

James Baldwin



Otro país



*Acaso ella lo amaba,
pero si era así, ¿por qué
permanecían tan aislados el uno del
otro? Quizás era él quien no sabía dar,
quien no sabía amar. El amor era
un país del que nada sabía.*

Otro país es una evocación de la felicidad. En el deslumbrante, estrecho y grandioso Nueva York de los años 50, los personajes de la más célebre novela de James Baldwin agotan sus vidas en el intento de comunicarse, de amarse, de buscar un consuelo en la piedad y el corazón del otro. Algunos fracasan, como Rufo, pero muchos, como Vivaldo e Ida, Cass y Eric, ejercen la suprema valentía de salvarse. En realidad, *Otro país* es el gran intento del amor: unos seres que existen en el enrarecido clima racial de esos años van a tratar de entender la injusticia de la marginación, van a buscar en el abrazo, acaso fingido, los restos dispersos de la solidaridad, sintiendo por encima de todo la nostalgia de ese otro país, de ése pareciera lejano país, el país del amor.

Lectulandia

James Baldwin

Otro país

ePub r1.0

Titivillus 19.07.2019

Título original: *Another Country*
James Baldwin, 1962
Traducción: Luis Echávarri, 1984

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



más libros en lectulandia.com

Lo golpean a uno, sobre todo, como si no respondieran de si mismos en términos ya consagrados por el uso humano; para este estado inarticulado forman acaso, colectivamente, el más inaudito de los monumentos; es insondable el misterio de lo que piensan, lo que sienten, lo que desean, lo que ellos mismos suponen que dicen.

HENRY JAMES

Para Mary S. Painter

Libro I

JINETE CÓMODO

Yo le dije: los jinetes cómodos tienen que mantenerse alejados para que él pueda llamar la atención, pero la caminata no es larga.

W. C. HANDY



I

ESTABA frente a la Séptima Avenida, en Times Square. Era más de la medianoche y había estado en el cine, en la última fila de anfiteatro, desde las dos de la tarde. En dos ocasiones lo habían despertado los acentos violentos de la película italiana, en otra, el acomodador, y en otras dos unos dedos de oruga entre los muslos. Estaba tan cansado, había caído tan bajo, que apenas tenía fuerzas para enojarse; nada de lo suyo le pertenecía ya. —*Tomaste lo mejor, por lo tanto, ¿por qué no tomas lo demás?*—, pero había rezongado en su sueño, y había mostrado los dientes blancos en el rostro oscuro, y había cruzado las piernas. Luego el anfiteatro había quedado casi vacío: la película italiana se acercaba a su culminación. Bajó dando traspiés por las interminables escaleras a la calle. Tenía hambre y sentía la boca sucia. Se dio cuenta demasiado tarde, cuando pasaba por las puertas, de que necesitaba orinar. No tenía un centavo, ni a dónde ir.

El policía pasó junto a él y le echó una mirada. Rufo se dio vuelta, se levantó el cuello de la chaqueta de cuero mientras el viento lo mordisqueaba agradablemente a través de los pantalones de verano, y echó a andar hacia el norte por la Séptima Avenida. Había pensado en ir al centro de la ciudad y despertar a Vivaldo —el único amigo que le quedaba en la ciudad, o quizás en el mundo—, pero ahora decidió ir hasta cierto bar y club nocturno en que había una orquesta de *jazz* y ver quién estaba allí. Quizás alguien lo vería y reconocería, acaso uno de los hombres le diese pan suficiente para una comida o al menos una moneda para el metro. Y asimismo esperaba que no lo reconocieran.

La avenida estaba tranquila; habían apagado la mayoría de las luces brillantes. De vez en cuando pasaba una mujer, de vez en cuando un hombre, pero rara vez una pareja. En las esquinas, bajo las luces, cerca de los bares,

pequeños grupos de personas blancas, alegres y locuaces, se mostraban mutuamente los dientes, se manoseaban, silbaban llamando a los taxis, se alejaban en ellos, y desaparecían por las puertas de los bares o en la oscuridad de las calles laterales. Los quioscos de periódicos, como pequeños cubos negros en un tablero, ocupaban las esquinas de las aceras, y policías, conductores de taxi y otros, más difíciles de clasificar, golpeaban el suelo con los pies y cambiaban las palabras de costumbre con el embozado vendedor de dentro. Un letrero anunciaba el chicle que podía ayudarle a uno a descansar y a mantenerse sonriente. El enorme nombre de un hotel en luces de neón desafiaba al firmamento sin estrellas. Lo mismo sucedía con los nombres de los astros cinematográficos y de los actores que actuaban corrientemente o iban a actuar en Broadway, juntamente con los nombres de un kilómetro de altura de los vehículos que los llevarían a la inmortalidad. Los grandes edificios, a oscuras, romos como el falo o puntiagudos como la lanza, guardaban la ciudad que nunca dormía.

Al pie de los edificios caminaba Rufo, uno de los caídos —pues el peso de esta ciudad era asesino—, uno de los que habían sido aplastados el día, que era todos los días, en que habían caído esas torres. Enteramente solo, y muriendo de soledad, era parte de una multitud sin precedentes. En los mostradores del bar había muchachos y muchachas que bebían café y que estaban separados de él, de su situación, por barreras tan perecederas como los cigarrillos que consumían rápidamente. Apenas podían soportar saber qué ocurría, y no habrían podido soportar la vista de Rufo, pero no ignoraban por qué estaba él en la calle en aquel momento, por qué viajaba en el metro durante toda la noche, por qué le gruñía el estómago, por qué tenía el cabello largo, los sobacos malolientes, los pantalones y los zapatos demasiado gastados, y por qué no se atrevía a detenerse y beber una copa.

Ahora Rufo estaba delante de las puertas brumosas del bar en que actuaba la orquesta de *jazz*, atisbando el interior, sintiendo más bien que viendo a los negros frenéticos del estrado y a la multitud absorta y mixta del bar. La música era fuerte y vacía, nadie hacía nada absolutamente y los sonidos eran arrojados a la gente como una maldición en la que no creían ya ni siquiera los que odiaban más profundamente. Sabían que nadie oía, que no es posible hacer sangrar a las personas que no tienen sangre. Por lo tanto, soplaban lo que todos habían oído anteriormente, aseguraban a todos que nada terrible estaba ocurriendo, y a la gente sentada a las mesas le gustaba gritar para hacerse oír por encima de esa ensordecedora corroboración, y las personas que estaban en el bar, al abrigo del ruido sin el cual apenas hubieran podido

vivir, seguían buscando aquello que buscaban. Rufo deseaba entrar y utilizar el servicio, pero le avergonzaba su propio aspecto. En realidad había permanecido oculto durante cerca de un mes. Y ahora, mentalmente, se veía pasar vacilando por entre aquella multitud hasta el servicio, y volver a salir de él arrastrándose mientras todos lo miraban con compasión, o desprecio, o con ojos burlones. Ahora bien, alguien murmuraría seguramente: «¿No es ése Rufo Scott?». Alguien lo miraría horrorizado y luego volvería a sus propios asuntos con un prolongado y compasivo: «¡Pobre hombre!». No jodía hacer eso, y bailaba sobre un pie y luego sobre el otro y las lágrimas le venían a los ojos.

Salió por la puerta una pareja de blancos que reían y que apenas le dirigieron una mirada al pasar. El calor, el olor de la gente, el *whisky*, la cerveza y el humo salían y lo golpeaban cuando se abrían las puertas, y casi le hacían llorar de deseo, y el estómago vacío le gruñía otra vez.

Recordaba días y noches, días y noches en que había estado allí adentro, en el estrado o entre el público, animado, querido, divirtiéndose con la chica que quería, o en las tertulias, bebiendo más de la cuenta y emborrachándose y bromeando con los músicos, que eran amigos suyos y lo respetaban. Luego iba a casa por sus propios medios, cerraba la puerta, se quitaba los zapatos, quizás se preparaba una bebida, quizás oía algunos discos, se acostaba y quizás llamaba por teléfono a alguna muchacha. Recordaba que se mudaba la ropa blanca, los calcetines y la camisa, se afeitaba, se daba una ducha, iba a la peluquería de Harlem, y luego a ver a su madre y a su padre y a reírse de su hermana Ida, y por fin comía: costillas de cerdo, o pollo, o verduras, o pan de maíz, o bizcochos. Durante un momento creyó que se iba a desmayar de hambre; se acercó a una pared del edificio y se apoyó en ella. El sudor le helaba la frente. Pensaba: «Esto tiene que terminar, Rufo, esta situación tiene que terminar». Luego, cansado e indiferente, viendo que no había nadie en la calle, y esperando que nadie saliese del bar, se apoyó con una mano en la pared y vertió su orina al pavimento helado, observando cómo se elevaba el tenue vaho.

Recordó a Leona, o mejor dicho, sintió de pronto una náusea fría y conocida y se dio cuenta de que recordaba a Leona. Echó a andar, ahora muy lentamente, alejándose de la música, con las manos en los bolsillos y la cabeza baja. Ya no sentía frío.

Pues recordar a Leona era también —por alguna razón— recordar los ojos de su madre, la ira de su padre, la belleza de su hermana. Era recordar las calles de Harlem, los muchachos en las escalinatas, las muchachas detrás de

las escaleras y en los techos, el policía blanco que le había enseñado a odiar, los juegos en la calle, las mujeres que se asomaban a las ventanas, y los números que jugaban diariamente con la esperanza de una buena suerte que su padre nunca tenía. Recordaba el fonógrafo automático, las bromas, los bailes, las peleas entre las pandillas, su primer juego de tambores —comprado por su padre—, la primera vez que probó la marihuana, la primera vez que montó a caballo. Sí: y los muchachos demasiado alejados, clavados en los escalones, el niño muerto por una dosis excesiva en una azotea bajo la nieve. Era recordar el toque de tambor. «*Un negro —decía su padre— vive toda su vida, vive y muere de acuerdo con un toque de tambor. Procrea al son de ese toque y el niño que nace nueve meses después parece un tamboril*». El redoble; manos, pies, panderetas, tambores, pianos, risas, maldiciones, hojas de afeitar: el hombre que se tensa con una risa, un gruñido y un ronroneo, y la mujer que se humedece y se ablanda con un murmullo, un suspiro y un grito. El toque de tambor: en Harlem, en el verano, uno casi podía verlo vibrar en las calles y las azoteas.

Y él había huido, así creía entonces, del redoble de tambores de Harlem, que era simplemente el latido de su propio corazón, a un campamento de instrucción en el sur y luego al mar agitado.

Cuando estaba todavía en la marina había comprado a la vuelta de uno de sus viajes un chal indio para Ida. Lo había adquirido en algún lugar de Inglaterra. El día en que lo entregó a su hermana y ella se lo puso descubrió algo que nunca había advertido hasta entonces. Nunca había visto la belleza de los negros. Pero contemplando a Ida, que se hallaba delante de la ventana de la cocina de Harlem, y al ver que ya no era solamente su hermana menor, sino una muchacha que sería pronto una mujer, ella se asoció con los colores del chal, con los colores del sol y con un esplendor incalculablemente más viejo que la piedra gris de la isla en la que habían nacido. Pensaba que quizás ese esplendor volvería de nuevo al mundo algún día, al mundo que ellos conocían. Hacía siglos y siglos Ida no había sido solamente una descendiente de esclavos. Contemplando su rostro negro a la luz del sol, suavizado y sombreado por el hermoso chal, se podía ver que había sido en otro tiempo una reina. Luego Rufo miró por la ventana al hueco de ventilación y recordó a las ramerías de la Séptima Avenida. Recordó a los policías blancos y el dinero que ganaban con la carne negra, el dinero que ganaba todo el mundo.

Volvió a mirar a su hermana, que le sonreía. En su largo dedo meñique daba vueltas al anillo en forma de culebra con ojos de rubí que le había llevado en otro viaje.

—Sigue así —le dijo ella— y llegarás a hacer de mí la muchacha mejor vestida del barrio.

Rufo se alegraba de que su hermana no pudiera verlo en aquel momento. Habría dicho: «Dios mío, Rufo, no tienes derecho a andar así. ¿No sabes que contamos contigo?».

Hacía siete meses, toda una vida, tocaba por última vez en uno de los nuevos clubes nocturnos de Harlem, donde el administrador, y propietario, era un negro. Había sido una buena noche y todos estaban satisfechos. La mayoría de ellos se proponían ir después de la función a casa de un famoso cantante negro que acababa de obtener un gran éxito con su primera película. Como el club era nuevo, estaba lleno. Más tarde, se enteró luego, no le había ido tan bien. Esa noche había allí gente de todas clases, blancos y negros, altos y bajos, gente que iba allá por la música, y gente que se pasaba la vida en esos lugares por otras razones. Había un par de abrigo de visón y unos pocos de casi visón, y muchos objetos de Dios sabía qué que brillaban en muñecas, orejas, cuellos y cabelleras. Las personas de color lo pasaban bien porque tenían la sensación de que, cualquiera que fuera el motivo, aquella gente estaba sólidamente con ellas; y las personas blancas lo pasaban bien porque nadie las menospreciaba por ser blancas.

Había movimiento en el escenario y Rufo estaba un poco achispado. Se sentía grande. Y durante el último número se animó doblemente porque el saxofonista, que había estado ausente toda la noche, tocó un solo terrible. Era un muchacho de aproximadamente la misma edad de Rufo, proveniente de algún manicomio como Jersey City o Syracuse, aunque de acuerdo con lo que había descubierto, sabía decir cosas con el saxofón. Y tenía muchas cosas que decir. Estaba allí, con las piernas abiertas, soplando, llenando de aire el barril del pecho, temblando en los harapos de sus veintitantos años y gritando con su instrumento: «¿Me amas? ¿Me amas? ¿Me amas?»; y otra vez: «¿Me amas? ¿Me amas? ¿Me amas?». De todos modos, ésta era la pregunta que oía Rufo, la misma frase repetida insoportable e interminablemente, con toda la fuerza que tenía el muchacho. El silencio de los oyentes se hizo más profundo, y al mismo tiempo que la atención se concentraba bruscamente, se apagaron los cigarrillos, las bebidas quedaron sobre las mesas y en todos los rostros, incluso en los más estragados y murrios, apareció una luz extraña y cautelosa. Los atacaba el saxofonista, quien quizás ya no deseaba su amor y les lanzaba su ultraje con el mismo orgullo desdeñoso y pagano con que

tocaba su instrumento. Y, sin embargo, la pregunta era terrible y real; el muchacho expelía soplando con sus pulmones y entrañas su propio breve pasado; en alguna parte de ese pasado, en las peleas callejeras entre pandillas, en la habitación de olor acre, en la sábana endurecida por el esperma, después de la marihuana o de la jeringa, bajo el olor de orines en el sótano del barrio, había recibido el golpe del que nunca se había repuesto, y eso nadie quería creerlo. *¿Me amas? ¿Me amas? ¿Me amas?* Los hombres del estrado lo acompañaban, fríos y un poco apartados, añadiendo y preguntando y corroborando, como podían haberlo hecho con una burla irónica de sí mismos; pero cada uno de ellos sabía que el muchacho soplaba por todos ellos. Cuando terminó el número estaban todos empapados. Rufo olía su olor y el olor de los hombres que lo rodeaban, y el del bajo dijo: «Bueno, se acabó». El público gritaba pidiendo más, pero ellos tocaron el tema de despedida y apagaron las luces. Rufo había tocado el último número de su última actuación.

Iba a dejar allí sus cosas hasta el lunes por la tarde. Cuando bajó del estrado se encontró frente a aquella muchacha rubia, vestida con mucha sencillez, que lo miraba.

—¿En qué piensa, guapa? —le preguntó Rufo.

—¿En qué piensa usted? —replicó la muchacha, pero era evidente que no sabía qué otra cosa decir.

Había dicho bastante. Ella era del sur y algo saltó en el interior de Rufo mientras contemplaba el rostro húmedo y descolorido, el rostro del blanco pobre del sur, y el cabello lacio y pálido. Ella era mucho más vieja que él: tenía probablemente más de treinta años y tenía un cuerpo demasiado delgado. De todos modos se convirtió bruscamente en el cuerpo más excitante que había visto desde hacía mucho tiempo.

—Querida —dijo Rufo—, ¿no está lejos de su casa?

—Por supuesto —contestó ella—, y no pienso volver allá.

Rufo rió, y también la muchacha.

—Bueno, señorita Ana, si los dos pensamos lo mismo, vayamos a esa reunión.

Rufo la tomó del brazo, dejando deliberadamente que el dorso de su mano tocara uno de los pechos de la joven, y preguntó:

—Su nombre no es realmente Ana, ¿verdad?

—No, es Leona.

—¿Leona? —y Rufo volvió a sonreír. Su sonrisa podía ser muy eficaz—. Es un bonito nombre.

—¿Y el suyo?

—¿El mío? Me llamo Rufo Scott.

Se preguntaba qué hacía ella en aquel lugar de diversión de Harlem. No parecía ser una de esas personas que se interesan por el *jazz*, y todavía menos tener la costumbre de ir sola a bares desconocidos. Llevaba un ligero vestido de primavera, el largo cabello peinado sencillamente hacia atrás, sostenido por algunas horquillas, y apenas pintados los labios, sin ningún otro maquillaje.

—Vamos —dijo Rufo—, tomaremos un taxi.

—¿Está seguro de que no estará mal que yo vaya?

Rufo chasqueó la lengua y contestó:

—Si no estuviera bien no se lo habría pedido. Y si digo que está bien es porque está bien.

—Bueno —dijo ella con una breve risita—, muy bien entonces.

Salieron con la multitud que, con muchas interrupciones, mucha conversación y risas, y mucha confusión erótica, se derramaba en las calles. Eran las tres de la madrugada y la gente vestida de gala que los rodeaba brillaba, silbaba y tomaba todos los taxis. Otros, mucho menos elegantes —eran de la orilla occidental de la Calle 125—, formaban grupos a lo largo de la calle, se desviaban, fanfarroneaban u holgazaneaban, y lanzaban miradas de soslayo o directas que eran más calculadoras que curiosas. Los policías se paseaban de un lado a otro, y cuidadosa, pero en realidad un tanto misteriosamente, hacían entender que se daban cuenta de que aquellos negros particulares, aunque estaban en la calle a una hora tan avanzada y en su mayoría borrachos, no debían ser tratados de la manera habitual, ni tampoco los blancos que los acompañaban. Pero Rufo advirtió de pronto que Leona sería en seguida la única persona blanca de toda la calle. Esto le inquietó, y su inquietud hizo que se enojara. Leona vio un taxi desocupado y lo llamó.

El conductor del taxi, que era blanco, no pareció vacilar en detenerse para que subieran, ni, una vez detenido, pareció lamentarlo.

—¿Va a trabajar usted mañana? —preguntó Rufo a Leona.

Ahora que estaban solos se sentía un poco tímido.

—No —contestó ella—. Mañana es domingo.

—Cierto.

Se sintió muy satisfecho y libre. Se proponía visitar a su familia, pero pensó lo agradable que sería pasar el día acostado con Leona. Volvió a mirarla y advirtió que, aunque era menuda, parecía bien proporcionada. Se

preguntó qué estaría pensando. Le ofreció un cigarrillo poniendo su mano en la de ella brevemente, pero Leona lo rechazó.

—¿No fuma?

—A veces. Cuando bebo.

—¿Lo hace con frecuencia?

Ella sonrió.

—No. No me gusta beber sola.

—Bueno, no va a beber sola durante un tiempo.

Ella nada dijo, pero en la oscuridad pareció que se ponía tensa y se ruborizaba. Miró por la ventanilla de su lado.

—Me alegra no tener que molestar a nadie llevándola a su casa temprano esta noche.

—No tiene que preocuparse por eso de todos modos. Soy una muchacha mayor.

—Querida, no es usted mayor que un minuto.

—A veces —replicó Leona suspirando—, un minuto puede ser algo muy poderoso.

Rufo decidió no preguntarle qué había querido decir. Lanzándole una mirada significativa, dijo:

—Eso es cierto.

Pero ella, aparentemente, no advirtió su intención.

Estaban en la Riverside Drive y se acercaban a su destino. A la izquierda, luces pálidas y desagradables destacaban la oscuridad de la ribera del Jersey. Rufo se recostó, apoyándose un poco en Leona, y se quedó observando cómo desfilaban la oscuridad y las luces. Luego el taxi cambió de dirección, y Rufo vislumbró brevemente el puente distante que brillaba como algo escrito en el firmamento. El taxi disminuyó la velocidad en busca del número de la casa. Otro taxi que iba delante de ellos acababa de dejar a un grupo de personas y desaparecía calle abajo.

—Ya hemos llegado —dijo Rufo.

—Parece una reunión realmente selecta —comentó el conductor del taxi, y guiñó un ojo.

Rufo no dijo nada. Pagó al hombre, se apearon y entraron en el vestíbulo, que era grande y feo, con espejos y sillas. El ascensor había comenzado a subir y ellos podían oír el rumor de la gente.

—¿Qué hacía usted en ese club sola. Leona? —preguntó Rufo.

Ella lo miró, un poco alarmada, y luego contestó:

—No sé. Deseaba conocer Harlem y fui allá anoche para echar un vistazo. Y dio la casualidad de que pasaba por delante de ese club, oí la música, entré y me quedé. Me gustaba la música. —Lo miró burlonamente—. ¿Está todo bien?

Él rió y guardó silencio.

Leona se apartó de él cuando oyeron la puerta del ascensor que se cerraba con un ruido que resonó en el hueco. Luego oyeron el zumbido de los cables, y el ascensor comenzó a bajar. Ella miraba las puertas cerradas como si toda su vida dependiera de eso.

—¿Es la primera vez que viene a Nueva York?

Leona le contestó que sí, pero que había soñado con ese viaje durante toda su vida. No miraba a Rufo de frente y sonreía un poco. Había en su actitud algo vacilante que a él le parecía muy conmovedor. Era como un animal salvaje que no sabía si aceptar la mano que se le tendía o huir, y se quedaba allí corriendo primero en una dirección y luego en otra.

—Yo nací aquí —dijo él, observándola.

—Lo sé; por lo tanto no puede parecerle tan maravilloso como a mí.

Rufo volvió a reír. Recordó de pronto su época en el campo de adiestramiento del sur y volvió a sentir la bota de un oficial blanco en la boca. Estaba con su uniforme blanco tendido en el suelo, contra la arcilla roja y polvorienta. Algunos de sus compañeros de color lo sostenían, le gritaban al oído, le ayudaban a levantarse. El oficial blanco, lanzando una maldición, había desaparecido, había escapado a la venganza. Rufo tenía el rostro lleno de barro, lágrimas y sangre; escupía sangre roja en el polvo rojo.

Llegó el ascensor y se abrieron las puertas. Rufo tomó a Leona del brazo, entraron y la mantuvo junto a su pecho.

—Creo que es usted una muchacha realmente agradable.

—También usted es simpático.

En el ascensor cerrado y en movimiento la voz de Leona tenía un temblor extraño, y también le temblaba el cuerpo, muy débilmente, como si lo moviera el suave viento primaveral de fuera.

Rufo le apretó con más fuerza el brazo y le preguntó:

—¿No le previnieron en su casa acerca de los negros que encontraría en el norte?

Leona retuvo el aliento, y luego contestó:

—Nunca me molestaron. Para mí son personas como las otras.

«Y ella para mí es tan gata como las otras gatas», pensó Rufo, pero de todos modos le agradecía el tono. Eso le dio un instante para dominarse, pues

también él temblaba un poco.

—¿Qué le hizo venir al norte? —preguntó.

Pensó en seguida si él debía hacerle la propuesta, o debía esperar a que la hiciera ella. Él no podía rogar. Pero acaso ella lo hiciese. Sintió una picazón en el vello de las ingles. El terrible músculo de la base del vientre se le calentaba y endurecía.

El ascensor se detuvo, las puertas se abrieron, y fueron por un largo corredor hacia una puerta entreabierta.

—Supongo —dijo Leona— que no podría volver allá. Estuve casada, pero me separé de mi marido y se llevaron a mi hijo. Ni siquiera me dejaron verlo. Y pensé que mejor que quedarme allí y enloquecer era venir aquí y tratar de emprender una nueva vida.

Algo despertó la imaginación de Rufo un instante, sugiriéndole que Leona era una persona, y tenía su historia, y que todas las historias eran desagradables. Pero desechó esa sugerencia. Él no estaría con ella el tiempo suficiente para que esa historia importunase. Sólo la quería para aquella noche.

Llamó a la puerta y entraron sin esperar contestación. Directamente delante de ellos, en la gran sala que terminaba en unas puertas vidrieras abiertas y un balcón, más de un centenar de personas se arremolinaba, unas con trajes de etiqueta y otras con pantalones *sport* y suéter. Muy por encima de sus cabezas colgaba una enorme bola de plata que reflejaba inesperadas partes de la habitación y hacía una especie de comentario nada amistoso de las personas presentes. La sala estaba tan activa con las idas y venidas, tan brillante con las joyas, los espejos y los cigarrillos, que la gran bola parecía casi viva.

El anfitrión —a quien realmente Rufo no conocía muy bien— no se hallaba a la vista. A la derecha de ellos había tres habitaciones; en la primera se amontonaban los abrigos y sobretodos.

El saxo de Charlie Parker, elevándose sobre los cuchicheos, dominaba todas las voces de la sala.

—Quítese el abrigo —le dijo a Leona—, y yo trataré de averiguar si conozco a alguien en esta reunión.

—Oh, estoy segura de que los conoce a todos.

—Entremos —y Rufo, sonriendo, la empujó suavemente hacia la sala—. Y haga lo que yo le diga.

Mientras Leona se quitaba el abrigo —y se empolvaba la nariz, probablemente—, Rufo recordó que había prometido visitar a Vivaldo.

Recorrió la casa en busca de un teléfono relativamente aislado y encontró uno en la cocina.

Marcó el número de Vivaldo.

—Hola, muchacho. ¿Cómo estás?

—Oh, muy bien, supongo. ¿Qué ha sucedido? Creía que me ibas a llamar más pronto. Estaba a punto de renunciar a ti.

—Acabo de llegar. —Bajó la voz, pues había entrado en la cocina una pareja, una muchacha rubia, con el cabello corto y desordenado, y un negro alto. La muchacha se apoyó contra la pila de ropa y el muchacho se colocó frente a ella y comenzó a frotarle con las manos, lentamente, la parte exterior de los muslos. Apenas miraron a Rufo—. Hay toda una serie de cuadros elegantes por los alrededores. ¿Comprendes?

—Sí —hubo una pausa—. ¿Crees que vale la pena que vaya ahí?

—Bueno, no lo sé. Si tienes algo mejor que hacer...

—Jane está aquí —dijo Vivaldo rápidamente, y Rufo se dio cuenta de que Jane estaba probablemente acostada en la cama y escuchaba.

—Oh, si está contigo tu abuela no tienes nada que hacer por aquí. —No simpatizaba con Jane, que era algo mayor que Vivaldo y tenía el cabello prematuramente gris—. Aquí no hay nadie lo bastante vieja para ti.

—¡Basta, degenerado! —Oyó la voz de Jane, y la de Vivaldo, que murmuraba algo, pero no podía entender lo que decía. Luego volvió a oír claramente la voz de Vivaldo: —Creo que no voy a ir.

—Supongo que harás bien. Te veré mañana.

—Quizás pase yo por tu casa.

—Muy bien. No dejes que la abuelita te desgaste ahora: me dicen que las mujeres se ponen verdaderamente feroces cuando llegan a ser tan viejas como ella.

—¡No pueden ponerse demasiado feroces para mí, papaíto!

Rufo se echó a reír.

—Será mejor que dejes de tratar de competir conmigo. Nunca vas a conseguirlo. Hasta la vista.

—Hasta la vista.

Rufo colgó el teléfono, sonriendo, y fue en busca de Leona. Estaba en el vestíbulo, desamparada, observando cómo los dueños de la casa saludaban a varias personas.

—¿Creía que la había abandonado?

—No. Sabía que no haría eso.

Rufo le sonrió y le tocó el mentón con el puño. El dueño de la casa se alejó de la puerta y se aproximó a ellos.

—Ustedes, muchachos, entren y sírvanse una bebida —dijo.

Era un hombre alto, apuesto, expansivo, más viejo y despiadado de lo que parecía, que se había abierto camino luchando hasta la cima en el negocio de los espectáculos, pasando por otras profesiones más rudas, incluyendo el boxeo y la alcahuetería. Debía su actual eminencia a su vitalidad y a su aspecto más que a su voz, y él lo sabía. No era de esos hombres que se engañan a sí mismos, y Rufo simpatizaba con él porque era rudo, bonachón y generoso. Pero Rufo le temía también un poco; a pesar de su encanto había algo en él que no incitaba a la intimidad. Tenía buen éxito con las mujeres, a las que trataba con un desdén grande y afectuoso, y su esposa actual era la cuarta.

Tomó a Leona y a Rufo por el brazo y los llevó hasta un lugar apartado de la reunión.

—Podríamos divertirnos verdaderamente si estos imbéciles se fueran de aquí —dijo—. No se alejen.

—¿Qué sensación produce ser respetable? —preguntó Rufo, sonriendo.

—Yo he sido respetable durante toda mi vida. Son esos *respetables* sinvergüenzas los que han hecho todo el daño. Han estado robando a la gente de color ignorante, y los negros les han ayudado —rió—. ¿Sabe?, cada vez que me dan uno de sus grandes cheques pienso para mí que no hacen más que devolverme *un poco* de lo que han estado robando durante todos estos años. ¿Comprende lo que quiero decir? —Palmeó a Rufo en la espalda—. Procure que lo pase bien esta Evita.

La gente disminuía ya, la mayoría de las personas respetables comenzaba a irse. Cuando se hubiesen ido, la reunión cambiaría de carácter y se haría muy agradable, tranquila y privada. Las luces disminuirían, la música sería más suave y la conversación más esporádica y sincera. Alguien cantaría o tocaría el piano. Relatarían anécdotas que les habían hecho reír, de los turgios en que habían tocado, los chistes que recordaban o los malos ratos que habían pasado. Alguien, enroscado en una alfombra en un rincón lejano de la habitación, comenzaría a roncar. Los que bailasen lo harían más lánguidamente y más apretados. Las sombras de la sala se animarían. Hacia el final, cuando la mañana y los sonidos brutales de la ciudad iniciaran su invasión a través de las anchas puertas vidrieras, alguien iría a la cocina y traería café. Entonces podrían saquear las neveras e irse a casa. El anfitrión y

la anfitriona podrían finalmente meterse entre las sábanas y quedarse acostados durante todo el día.

De vez en cuando Rufo se encontraba mirando hacia arriba, a la bola de plata que colgaba del techo, pero nunca conseguía verse reflejado allí, junto con Leona.

—Vamos al balcón —le dijo a ella.

Leona le entregó el vaso y contestó:

—¿Quiere llenármelo antes?

Tenía ahora los ojos muy brillantes y traviosos, y parecía una muchachita.

Rufo fue a la mesa y se escanció dos vasos bien llenos. Volvió a donde estaba Leona y le preguntó:

—¿Lista?

Ella tomó su vaso y los dos cruzaron las puertas vidrieras.

—¡No deje que Evita se resfríe! —le gritó el dueño de la casa.

Rufo le contestó:

—¡Puede quemarse, pero seguramente no se va a helar!

Directamente delante y debajo de ellos se extendían las luces de la ribera del Jersey. Desde donde estaba le parecía oír un débil murmullo que venía del agua.

De niño había vivido en el borde oriental de Harlem, a una manzana del río Harlem. Él y otros niños se metían en el agua desde la orilla llena de desperdicios o se zambullían desde ocasionales promontorios de basura. Un verano se había ahogado allí un niño. Desde la escalinata de su casa había observado Rufo a un pequeño grupo de personas que cruzaba la Park Avenue bajo la densa sombra de los raíles del ferrocarril elevado y luego salía al sol, un hombre en el medio, el padre del niño, llevando cubierto el cuerpo de su hijo, increíblemente pesado. Nunca había olvidado la inclinación de la espalda del hombre ni el ángulo agudo que formaba su cabeza. Un fuerte grito se oyó en el otro extremo de la manzana, y la madre del niño, con la cabeza envuelta en una toalla y en albornoz, tambaleándose como si estuviera borracha, comenzó a correr hacia la gente, que guardaba silencio.

Rufo sacudió los hombros como si se descargara de un peso, y fue al extremo del balcón donde estaba Leona. Ella miraba al río, hacia el puente George Washington.

—Es realmente hermoso —dijo—, muy hermoso.

—Parece que le gusta Nueva York.

Leona se volvió, miró a Rufo, y bebió un trago.

—Sí, me gusta. ¿Puedo molestarlo pidiéndole un cigarrillo?

Rufo le dio un cigarrillo, se lo encendió, y luego encendió otro para él.

—¿Cómo le va aquí?

—Oh, me va bastante bien. Atiendo las mesas en un restaurante del centro de la ciudad, cerca de Wall Street, una parte encantadora de la ciudad, y me alojo en una habitación con otras dos muchachas. —No podían ir a la habitación de ella de todos modos—. Sí, me las arreglo bastante bien.

Y volvió a mirar a Rufo con su sonrisa triste y dulce de blanca pobre.

Algo advirtió de nuevo a Rufo que se contuviera, que dejara en paz a aquella pobre muchachita, y al mismo tiempo el hecho de que la consideraba una muchacha pobre le hizo sonreír con verdadero afecto y decirle:

—Tiene usted mucho valor. Leona.

—Es según como lo mire. A veces creo que debería renunciar. Pero, ¿cómo se puede renunciar?

Parecía tan perpleja y cómica que él soltó una carcajada y un instante después ella rió también.

—¡Si mi marido me viera ahora! —exclamó Leona, y dejó escapar una risita— ¡A mí, a mí!

—¿Qué diría su marido?

—No lo sé. —Esta vez no rió y miró a Rufo como si saliera lentamente de un sueño—. Diga, ¿podría beber otro trago?

—Por supuesto. Leona.

Rufo le tomó el vaso y sus manos y sus cuerpos se tocaron durante un momento. Ella bajó los ojos.

—Vuelvo en seguida —dijo Rufo.

Volvió a la sala, en la que habían reducido las luces. Alguien tocaba el piano.

—¿Cómo le va con Eva? —le preguntó el amo de la casa.

—Bien, bien, lo pasamos espléndidamente.

—Eso no sucede en ninguna otra parte. Déle a la pequeña Eva algo que la haga retozar de gusto.

—Procuraré darle algo que la estimule.

—El viejo Rufo la ha dejado fuera contemplando el edificio del Empire State —dijo el joven saxofonista, y rió.

—Denme algo de eso —pidió Rufo, y alguien le entregó un vaso y bebió unos pocos tragos.

—Llévele esto. Es exquisito.

Rufo preparó un par de bebidas y se quedó en la sala un momento, terminando de beber su ración y escuchando el piano. Se sentía bien,

despejado, por encima de todo, y los oídos le zumbaban un poco cuando volvió al balcón.

—¿Se han ido todos a casa? —preguntó Leona ansiosamente—. Está todo tan tranquilo allí...

—No, siguen reunidos.

Le pareció de pronto más hermosa y más suave y las luces del río caían tras ella como una cortina. Esa cortina parecía moverse cuando se movía ella, densa, preciosa y deslumbrante.

—Yo no sabía —dijo Rufo— que era usted una princesa.

Le entregó su bebida y sus manos volvieron a tocarse.

—Yo sé que usted tiene que estar borracho —replicó ella, alegre, y en aquel momento, sobre su bebida, sus ojos lo llamaban inequívocamente.

Rufo esperó. Ahora todo parecía muy sencillo. Jugaba con los dedos de ella.

—¿Ha visto algo que desee desde que está en Nueva York?

—¡Oh! ¡Yo lo deseo todo!

—¿Ve algo que desee ahora mismo?

Los dedos de Leona se tensaron ligeramente pero él continuó.

—Siga. Dígame. No tiene que asustarse.

Estas palabras resonaban en su cabeza. Las había dicho anteriormente, hacía años, a alguna otra persona. El viento se puso frío durante un instante, le soplaba alrededor del cuerpo, y desordenaba el cabello de Leona. Luego se calmó.

—¿Y usted? —preguntó ella débilmente.

—¿Yo, qué?

—¿Ve algo que desee?

Rufo advirtió su propio deseo en la tensión de sus propios dedos, que parecían tirar de los de ella, y por el modo como la miraba a la garganta. Deseaba poner la boca allí y mordisquearla lentamente, dejándola negra y azul. Al mismo tiempo notaba que estaban en un lugar muy alto, sobre la ciudad, y que las luces de abajo parecían llamarlo. Fue al extremo del balcón y miró hacia abajo, y le pareció que estaban en un acantilado del desierto y que veía un reino y un río que no había visto hasta entonces. Podía hacer suyo cada centímetro del territorio que se extendía bajo él y a su alrededor, e, inconscientemente, comenzó a silbar una tonada y a mover los pies para encontrar el pedal de su tambor. Dejó la bebida cuidadosamente en el suelo del balcón y marcó un compás con los dedos en el parapeto de piedra.

—No ha contestado a mi pregunta.

Se volvió para mirar a Leona, que sostenía el vaso con ambas manos y enarcaba burlonamente las cejas sobre los ojos desesperados y la sonrisa dulce.

—Y usted no ha respondido a la mía.

—Sí, he respondido. —Ella parecía más quejumbrosa que nunca—. He dicho que lo deseaba todo.

Rufo le quitó el vaso y bebió la mitad de su contenido; luego se lo devolvió y fue a la parte más oscura del balcón.

—Bueno, entonces —murmuró— venga y tómelo.

Ella se le acercó, con el vaso apretado contra los pechos. En el último momento, cuando estaba directamente ante él murmuró con desconcierto e ira:

—¿Qué se propone hacerme?

—Querida —respondió él—, lo estoy haciendo. Y la atrajo hacia él lo más bruscamente que pudo. Esperaba que ella se resistiera, y lo hizo, manteniendo el vaso entre ellos y tratando frenéticamente de separar su cuerpo del de él. Rufo le arrancó de la mano el vaso, que cayó al suelo del balcón y se alejó rodando. «Adelante —pensaba humorísticamente—; si te dejara ahora quedarías tan decepcionada que probablemente te arrojarías desde el balcón». Y dijo en voz baja:

—Adelante. Lucha. Me gusta. ¿Así es como lo hacen en tu región?

—¡Oh, Dios mío! —exclamó ella, y se echó a llorar.

Pero al mismo tiempo dejó de luchar. Levantó las manos y tocó la cara de Rufo como si estuviera ciega. Luego le rodeó el cuello con los brazos y se pegó a él, todavía temblando. Los labios y los dientes de Rufo tocaron las orejas y el cuello de Leona, y él le dijo:

—Querida, no te voy a hacer nada por lo que tengas que llorar.

Rufo comenzó a sentir por Leona una ternura que no esperaba sentir. Se proponía reparar lo que estaba haciendo, lo que le estaba haciendo a ella. Todo parecía llevar un tiempo muy largo. Consiguió asirle los pechos, que resaltaban como montículos de crema amarilla, y los pezones duros, morenos, sabrosos, que comenzó a besar y mordisquear mientras ella gemía y lloriqueaba y se le doblaban las rodillas. Suavemente fue haciendo descender a los dos hasta el suelo y la puso a ella sobre él. La asía fuertemente de una cadera y de un hombro. Parte de él se preocupaba por los dueños de la casa y las otras personas que estaban en la sala, pero otra parte de él no podía interrumpir la locura que había comenzado a hacer. Los dedos de ella le abrieron la camisa hasta el ombligo y su lengua le quemó el cuello y el pecho;

y las manos de él le levantaron a ella las faldas y le acariciaron el interior de los muslos. Luego, tras un momento largo e intenso, mientras se estremecía bajo el temblor acelerado del cuerpo de la mujer, la puso violentamente bajo él y entró en ella. Durante un instante creyó que ella iba a gritar, pues estaba muy tensa y contenía vivamente el aliento. Pero gimió y se movió bajo él. Luego, desde el centro de su frenesí creciente, muy lenta y deliberadamente, Rufo inició el pausado viaje.

Y ella lo llevaba como el mar llevaría una embarcación: con un movimiento lento y oscilante que se elevaba y descendía y que apenas sugería la violencia del abismo. Murmuraban y sollozaban en su viaje, y él maldecía en voz baja e insistentemente. Cada uno de ellos se esforzaba por llegar a un puerto: no podía haber descanso hasta que aquel movimiento se hiciese insoportablemente acelerado por la fuerza que surgía en ambos. Rufo abrió los ojos un momento y observó el rostro de ella, transfigurado por la angustia y brillante en la oscuridad como si fuera de alabastro. Tenía lágrimas en las comisuras de los ojos y el cabello y la frente húmedos. Su aliento llegaba con gemidos y cortos gritos, con palabras que él no podía entender, y a pesar de sí mismo comenzó a moverse más rápidamente y a introducirse más profundamente. Deseaba que ella recordase el día más largo que había vivido. Nada habría podido detenerle, ni siquiera el Dios blanco mismo, ni una chusma linchadora que llegara volando. En voz baja maldecía a la ramera blanca como la leche, y gemía, y manejaba el arma entre los muslos de ella. Leona comenzó a llorar.

—Ya te lo dije —se quejó él—. Te he dado algo que te hará llorar.

E inmediatamente se sintió sofocado, a punto de estallar o morir. Exhaló un gemido y una maldición mientras la golpeaba con toda su fuerza y sentía que arrojaba veneno suficiente para un centenar de mestizos.

Quedó tendido de espaldas, jadeando. Oía la música que llegaba de la sala y un silbido en el río. Estaba asustado y tenía la garganta seca. El aire era frío en su piel mojada.

Ella lo tocó y él saltó. Luego se obligó a volverse hacia ella y mirarle a los ojos. Tenía los ojos, profundos y negros, todavía húmedos, y los labios trémulos se le curvaban ligeramente en una sonrisa tímida y triunfante. La atrajo hacia sí, deseando poder descansar. Esperaba que ella no dijera nada, pero dijo: «Ha sido algo maravilloso», y lo besó. Y esas palabras, aunque no le hicieron sentir ternura ni disiparon su temor vago y misterioso, renovaron su deseo.

Se incorporó y dijo:

—Eres un bizcochito gracioso. No sé lo que le vas a decir a tu marido cuando vuelvas a casa con un niño negro.

—No voy a tener más niños —contestó Leona—, así que no tienes que preocuparte por eso.

No dijo nada más, pero tenía mucho más que decir. Unos instantes después añadió:

—También me privó de eso.

Rufo deseaba oír la historia, y no deseaba saber nada más acerca de ella.

—Entremos para lavarnos —dijo.

Ella apoyó la cabeza contra su pecho y contestó:

—Temo entrar ahí, ahora.

Rufo rió y le acarició el cabello. Otra vez sentía afecto por ella.

—¿No querrás quedarte aquí toda la noche, verdad?

—¿Qué van a pensar tus amigos?

—Bueno, por lo menos. Leona, no van a invocar la ley. —La besó—. No van a pensar nada, querida.

—¿Entras conmigo?

—Por supuesto, entro contigo. —La apartó—. Lo único que tienes que hacer es arreglarte las ropas —le acarició el cuerpo, mirándole a los ojos—, y pásate, la mano por el cabello, así. —Y Rufo le pasó la suya por el cabello, echándoselo hacia atrás desde la frente. Ella lo observaba. Y él se oyó a sí mismo preguntar:

—¿Me quieres?

Leona tragó saliva. Rufo observó cómo le latía la vena del cuello. Parecía muy frágil.

—Sí —contestó, y bajó la vista—, Rufo, te quiero realmente. No me hagas daño, por favor.

—¿Por qué he de desear hacerte daño. Leona? —Le acarició el cuello con una mano mientras la miraba gravemente—. ¿Qué te hace creer que deseo hacerte daño?

—La gente lo hace, se hiere mutuamente.

—¿Alguien te hace daño. Leona?

Ella guardó silencio, con el rostro apoyado en la palma de Rufo. Por fin dijo, débilmente:

—Mi marido. Yo creía que me quería, pero no era así. ¡Oh!, yo sabía que era rudo, pero no creía que fuera *vil*. Y no podía haberme querido porque se llevó a mi hijo y lo tiene en algún lugar donde no puedo verlo. —Miró a Rufo con los ojos llenos de lágrimas—. Dijo que yo no era una madre digna

porque... bebía demasiado. Bebía demasiado porque sólo así podía soportar la vida con él. Pero habría dado la vida por mi hijo, nunca habría dejado que le sucediera algo.

Rufo la escuchaba en silencio y las lágrimas de ella caían en su puño negro.

—Él está todavía allí —continuó Leona—, mi marido, quiero decir. Él, mi madre y mi hermano son amigos íntimos. Creen que yo nunca he sido buena. Bueno, si a la gente le da por decir que una no es buena —trató de reír—, una termina siendo bastante mala.

Rufo renunció a todas las preguntas que deseaba hacerle. Comenzaba a hacer frío en el balcón; tenía hambre y quería beber algo e ir a casa a acostarse.

—Bueno —dijo por fin—, no te haré daño.

Se levantó y fue al extremo del balcón. Los calzoncillos eran como una cuerda pegajosa entre las piernas. Se abrochó el pantalón manteniendo las piernas separadas. El cielo se había puesto purpúreo. Las estrellas habían desaparecido y las luces de la ribera del Jersey estaban apagadas. Una barcaza carbonera descendía lentamente por el río.

—¿Qué aspecto tengo? —preguntó Leona.

—Estás hermosa. —Y lo estaba. Parecía una niña cansada—. ¿Quieres ir a mi casa?

—Si deseas que vaya.

—Sí, eso es lo que deseo.

Pero Rufo se preguntaba por qué se apegaba a ella.

Vivaldo llegó con retraso la tarde siguiente y encontró a Rufo todavía acostado y a Leona preparando el almuerzo.

Fue Leona quien abrió la puerta. Y Rufo observó con placer la lenta conmoción del rostro de Vivaldo mientras paseaba a mirada de Leona, envuelta en el albornoz de Rufo, a Rufo, incorporado en la cama y desnudo, cubierto con una sábana.

«Dejemos que se retuerza este bastardo blanco liberal», pensaba. Y dijo en alta voz:

—Hola, amiguito. Entra. Llegas a tiempo para el almuerzo.

—Ya he almorzado —contestó Vivaldo—. Pero vosotros no estáis ni siquiera decentes todavía. Volveré más tarde.

—Vamos, hombre, entra. Te presento a Leona. Leona, éste es un amigo mío, Vivaldo. Para abreviar, pues su verdadero nombre es Daniel Vivaldo Moore. Irlandés.

—Rufo está lleno de prejuicios —dijo Leona, y sonrió—. Pase.

Vivaldo cerró la puerta torpemente y fue a sentarse en el borde de la cama. Siempre que se sentía incómodo, lo que le sucedía con frecuencia, sus brazos y piernas parecían adquirir proporciones monstruosas y los manejaba con una aversión azorada, como si se los hubieran impuesto sólo unos momentos antes.

—Espero que pueda comer algo —le dijo Leona—. Hay en abundancia y estará listo dentro de un segundo.

—Tomaré una taza de café con ustedes —replicó Vivaldo—, a menos que tengan cerveza. —Miró a Rufo y añadió: —Supongo que fue una gran reunión.

—No mala, no mala —dijo Rufo, sonriendo.

Leona abrió una botella de cerveza, llenó un vaso y lo llevó a Vivaldo, quien lo tomó, la miró con su sonrisa rápida y picara y derramó parte del líquido sobre un pie.

—¿Tú quieres también, Rufo?

—No, querida, todavía no. Comeré antes.

Leona volvió a la cocina.

—¿No es un ejemplar magnífico de mujer meridional? —preguntó Rufo—. Allá abajo enseñan a sus mujeres a servir.

De la cocina llegó la risa de Leona.

—Seguramente no nos enseñan nada más —dijo.

—Querida, mientras sepas hacer a un hombre tan feliz como me haces a mí no necesitas saber más.

Rufo y Vivaldo se miraron un momento. Luego Vivaldo sonrió y preguntó:

—Bueno, Rufo, ¿vas a levantar tu trasero de la cama?

Rufo retiró las sábanas y saltó de la cama. Levantó los brazos, bostezó y se estiró.

—Estás dando todo un espectáculo esta tarde —le dijo Vivaldo, y le arrojó unos calzoncillos.

Rufo se puso los calzoncillos, unos viejos pantalones grises y una camisa verde descolorida.

—Debías haber ido a la reunión —le dijo a Vivaldo—. Había allí algo que no podía esperar.

—Es que anoche tuve mis disgustos.

—¿Tú y Jane, como de costumbre?

—Se emborrachó y armó un escándalo. Está enferma, no puede evitarlo.

—Sé que está enferma. ¿Pero qué te pasa a ti?

—Supongo que me gustaría que me golpearan en la cabeza.

Fueron a la mesa y Vivaldo preguntó:

—¿Es la primera vez que viene al Village, Leona?

—No. He pasado por aquí varias veces. Pero uno no conoce realmente un lugar a menos que conozca a algunas personas que viven en él.

—Ahora nos conoce a nosotros, y por medio de nosotros conocerá a todos los demás. La llevaremos de un lado a otro.

Algo en la manera como Vivaldo dijo eso irritó a Rufo. Su alegría se evaporó, y se llenó de celos. Lanzó una mirada disimulada a Vivaldo, que bebía su cerveza y miraba a Leona con una mirada impenetrable, impenetrable precisamente porque parecía tan franca y bondadosa. Luego Rufo contempló a Leona, que esa tarde, envuelta en el albornoz, con el cabello amontonado en lo alto de la cabeza y el rostro sin maquillaje, parecía realmente una bella muchacha. Quizá Vivaldo la desdeñaba porque era tan sencilla, lo que significaba que Vivaldo la desdeñaba a él. O quizás coqueteaba con ella porque parecía tan sencilla y accesible: la prueba de su accesibilidad era su presencia en casa de Rufo.

Luego Leona miró desde el otro lado de la mesa y le sonrió.

El corazón y las entrañas de Rufo se conmovieron, recordó la violencia y la ternura que habían experimentado juntos, y pensó: «¡Que se vaya al diablo Vivaldo!». Tenía algo que Vivaldo nunca podría tocar.

Se inclinó sobre la mesa y la besó.

—¿Puedo tomar un poco más de cerveza? —preguntó Vivaldo, sonriendo.

—Ya sabes dónde está —contestó Rufo.

Leona tomó su vaso y fue a la cocina. Rufo le sacó la lengua a Vivaldo, quien lo miraba con un ceño ligeramente burlón.

Leona volvió, puso el vaso lleno con cerveza delante de Vivaldo y dijo:

—Los dejo solos, muchachos. Voy a vestirme.

Recogió sus ropas y desapareció en el cuarto de baño.

Durante un momento reinó el silencio en la mesa. Luego preguntó Vivaldo:

—¿Se va a quedar aquí contigo?

—Todavía no lo sé. Nada se ha decidido aún. Pero creo que lo desea.

—¡Oh, eso es evidente! ¿Pero no es éste un lugar un poco pequeño para dos?

—Quizás encontremos uno mayor. De todos modos, como sabes, yo no estoy mucho tiempo en casa.

Vivaldo pareció reflexionar. Luego dijo:

—Supongo que sabrás lo que haces, amiguito. Sé que no es asunto mío, pero...

Rufo lo miró:

—¿No te gusta ella?

—Claro que me gusta. Es una muchacha agradable. —Bebió un trago de cerveza—. La cuestión es cuánto la quieres tú.

—¿No puedes adivinar?

—Bueno... no, francamente, no puedo. Quiero decir que seguramente la quieres, pero... ¡oh, no lo sé!

Volvió a hacerse el silencio y Vivaldo bajó la vista.

—No hay por qué preocuparse —dijo Rufo—. Soy un muchacho grande, lo sabes.

Vivaldo levantó la vista y replicó:

—El mundo es también bastante grande, amiguito. Supongo que habrás pensado en eso.

—He pensado en eso.

—Lo malo es que me siento demasiado paternal contigo, hijo de perra.

—Eso es lo que os sucede a todos los bastardos blancos.

Encontraron el gran mundo cuando salieron a las calles dominicales. Los miraba sin simpatía con los ojos de los transeúntes, y Rufo se dio cuenta de que no había pensado en modo alguno acerca de ese mundo y su facultad de odiar y destruir. No había pensado en absoluto acerca de su futuro con Leona, por la razón de que no había considerado que tuvieran un futuro. Sin embargo, allí estaba ella, con el claro propósito de quedarse si él quería tenerla. Pero el precio era alto: dificultades con el propietario, con los vecinos, con todos los adolescentes del Village y todos los que iban allá durante los fines de semana. Y a su familia le daría un ataque. No le importaba tanto por su padre y su madre, pues como su ataque duraba toda la vida no era mucho más que una acción refleja. Pero sabía que Ida odiaría instantáneamente a Leona. Siempre había esperado mucho de Rufo y poseía una profunda conciencia racial. Diría: «Ni siquiera habrías mirado a esa

muchacha, Rufo, si hubiera sido negra. Pero has recogido a una muchacha blanca cualquiera sólo porque es blanca. ¿Qué pasa? ¿Es que te avergüenzas de ser negro?».

Por primera vez en su vida se preguntó si eso era cierto, o más bien la pregunta le aporreó la mente durante un instante y luego, rápida y apologeticamente, se retiró. Miró de soslayo a Leona. En aquel momento estaba muy hermosa. Se había trenzado el cabello y recogido las trenzas formando un moño, por lo que parecía muy anticuada y mucho más joven de lo que era.

Una pareja joven caminaba hacia ellos con los diarios dominicales. Rufo observó los ojos del hombre mientras éste miraba a Leona; y luego el hombre y la mujer pasearon rápidamente la mirada de Vivaldo a Rufo como para deducir cuál de los dos era su amante. Y como se hallaban en el Village —el lugar de liberación— Rufo coligió, por la mirada rápida y casi tímida que les dirigió el hombre al pasar, que había decidido que la pareja la formaban Rufo y Leona. Sin embargo, el rostro de la mujer se mantuvo hermético, como una puerta bien cerrada.

Llegaron al parque. Mujeres viejas y desaliñadas de los barrios bajos y el East Side ocupaban los bancos, generalmente solas y a veces acompañadas por hombres canosos y de la misma catadura. Damas de los grandes edificios de apartamentos de la Quinta Avenida, vaga y desesperadamente elegantes, se paseaban también por el parque con sus perros; y niñeras negras que miraban con rostro impasible el mundo adulto canturreaban ansiosamente inclinadas sobre los cochecillos de los niños. Los obreros y los pequeños negociantes italianos se paseaban con sus familias o se sentaban bajo los árboles y conversaban, jugaban al ajedrez o leían *L'Espresso*. Los otros habitantes de Greenwich Village se hallaban sentados en bancos y leían —Kierkegaard era el nombre que gritaba desde un volumen en rústica que tenía una muchacha de cabello corto y *blue jeans*— o conversaban aturrulladamente de cuestiones abstractas, o chismorreaban y reían, o bien permanecían inmóviles con un esfuerzo inmenso e invisible que casi sacudía los bancos y los árboles, o con una desgana que indicaba que nunca volverían a moverse.

Rufo y Vivaldo —pero sobre todo Vivaldo— habían conocido o sido amigos íntimos de muchas de aquellas personas, hacía tanto tiempo, según parecía ahora, que podía haber ocurrido en otra vida. Había algo espantoso en el aspecto de los viejos amigos, los viejos amantes, que se habían convertido en nada misteriosamente. Eso indicaba la presencia de algún cáncer que había estado operando en ellos, invisiblemente, durante todo el tiempo y que ahora

podía estar actuando en uno mismo. Muchas personas habían desaparecido, por supuesto, habían vuelto a los puertos de los que habían huido. Pero otras muchas seguían siendo visibles, convertidas en seres lozanos o en desechos, o se dedicaban a la búsqueda crispadora de nervios del psiquiatra perfecto; se habían casado vengativamente, procreaban y estaban gordos; soñaban los mismos sueños que habían soñado diez años antes, los revestían con los mismos argumentos, citaban a los mismos maestros y dispensaban, según se imaginaban horriblemente, el mismo encanto que habían poseído antes de que comenzaran a fallarles los dientes y a caérseles el pelo. Eran más hostiles que antes, y ése era el cambio chillón e ineludible en su tono y la única vitalidad que les quedaba en los ojos.

A Vivaldo lo detuvo en el sendero una muchacha grande y afable que no estaba en su juicio. Rufo y Leona se detuvieron también para esperarle.

—Tu amigo es realmente simpático —dijo Leona—. Es realmente natural. Tengo la sensación de que nos conociéramos desde hace años.

Sin Vivaldo había una diferencia en los ojos que los miraban. Los transeúntes, tanto los acompañados como los solitarios, los miraban como si donde estaban hubiese una subasta pública o una caballeriza. A Rufo, el pálido sol primaveral le calentaba mucho el cuello y la frente. Leona centelleaba delante de él y parecía olvidada de todo y de todos menos de él. Y si hubiera habido alguna duda respecto de su relación, sus ojos eran suficientes para disiparla. Rufo pensaba: «Si ella pudiera tomarlo con calma, si no advirtiese nada, ¿qué importancia tiene la cosa?». Quizás él se lo imaginaba todo, quizás a nadie le importaba un comino. Luego levantó la vista y se encontró con los ojos de un adolescente italiano. Al muchacho lo rociaba el sol que caía entre los árboles. Miró a Rufo con odio y su mirada revoloteó sobre Leona como si fuera una prostituta; luego bajó la vista lentamente y se alejó fanfarroneando, después de haber registrado su protesta; su trasero mismo parecía refunfuñar.

—¡Imbécil! —murmuró Rufo.

Leona le sorprendió al decir:

—¿Te refieres a ese muchacho? Está aburrido y solo y no conoce nada mejor. Podrías hacerte amigo de él fácilmente si lo quisieras —Rufo rió, y ella continuó quejumbrosamente—. Bueno, eso es lo que le sucede a la mayoría de las personas: no tienen a nadie con quien estar. Eso es lo que las hace tan malas. Te digo lo que sé por experiencia, muchacho.

—No me llames muchacho.

—Está bien, no quería decir nada con eso, querido.

Leona lo tomó del brazo y ambos se volvieron para mirar a Vivaldo. La muchachona lo asía por el cuello, y él se esforzaba por separarse y reía.

—Ese Vivaldo —dijo Rufo, divertido— tiene muchos engorros con las mujeres.

—Eso le gusta seguramente —replicó Leona—, y parece que a ella también.

Para entonces la muchachona lo había soltado y parecía a punto de caerse de risa. La gente, con una sonrisa tolerante, los miraba desde los bancos o el césped o por encima de los libros y reconocía en ellos a dos vecinos del barrio.

Rufo se sintió ofendido por todos ellos. Se preguntaba si él y Leona se atreverían a hacer semejante escena en público, si tal día llegaría alguna vez para ellos. Nadie se atrevía a mirar a Vivaldo cuando salía con una muchacha cualquiera de la manera como miraban a Rufo en aquel momento, ni habrían mirado nunca a la muchacha como miraban a Leona. La más vil prostituta de Manhattan estaría protegida mientras la llevase Vivaldo del brazo. Y eso sucedía porque Vivaldo era blanco.

Recordaba una noche lluviosa del último invierno, cuando acababa de volver de una actuación en Boston y él y Vivaldo habían salido con Jane. Nunca había comprendido realmente qué veía Vivaldo en Jane, que era demasiado vieja para él, y además belicosa y sucia; nunca llevaba bien peinado su cabello gris; sus suéteres, que parecía poseer por millares, se hallaban igualmente deshilachados y deformados, y sus *blue jeans* estaban siempre flojos y cubiertos de pintura. “Se viste como un espantapájaros”, le había dicho Rufo a Vivaldo en una ocasión, y luego se rió de la expresión horrorizada de Vivaldo. Frunció la cara como si alguien hubiese roto un huevo podrido. Pero nunca había odiado realmente a Jane hasta aquella noche lluviosa.

Había sido una noche terrible, con una lluvia que caía como si la derramasen con cubos; llenaba el aire con un ruido rugiente y silbante y hacía que las luces, las calles y los edificios fueran tan fluidos como ella. Golpeaba y se derramaba contra las ventanas del bar fétido y miserable al que los había llevado Jane, un bar donde no conocían a nadie. Estaba lleno de mujeres deformes y sucias, con las que Jane bebía, al parecer, a veces durante el día; y hombres pálidos, desaliñados y hoscos que trabajaban en los muelles y a quienes les molestaba verlo allí. Rufo deseaba irse, pero esperaba que la lluvia amainase un poco. Gallaba aburrido por la charla de Jane acerca de sus cuadros y le avergonzaba que Vivaldo aguantase aquello. ¿Cómo comenzó la

pelea? Siempre había echado la culpa a Jane. Finalmente, para no dormirse, había comenzado a embromar un poco a Jane, pero esa broma revelaba, por supuesto, lo que sentía realmente respecto de ella, y Jane no tardó en darse cuenta. Vivaldo los observaba con una sonrisa tenue y cautelosa. También él estaba aburrido y las pretensiones de Jane le parecían intolerables.

—De todos modos —dijo Jane—, usted no es un artista y no creo que pueda juzgar el trabajo que yo hago.

—¡Oh, calla! —exclamó Vivaldo—. ¿Sabes lo tonta que te pones? ¿Quieres decir que sólo pintas para esa pandilla de pintores medio asnos de aquí?

—¡Oh, deja que se pavonee! —dijo Rufo, quien comenzaba a divertirse. Se inclinó hacia adelante y sonrió a Jane de una manera a la vez impúdica y sardónica—. Esta polla es demasiado profunda para nosotros, amigo, y no podemos escarbar en la caca que pone.

—Ustedes son los *snoobs* —replicó Jane—, no yo. Apuesto a que me comprenden más personas, personas honradas, trabajadoras, ignorantes, aquí mismo, en este bar, que las que les han comprendido a ninguno de ustedes nunca. Las personas que frecuentan ustedes están *muertas* y éstas, por lo menos, están *vivas*.

Rufo rió.

—Ya me parecía que esto olía a algo cómico, y así es. Es la vida, ¿no? —dijo, y volvió a reír.

Pero también se daba cuenta de que comenzaban a llamar la atención, y miró a las ventanas, por las que se deslizaba la lluvia, y se dijo: «Bueno, Rufo, pórtate bien». Volvió a recostarse en la silla, haciendo frente a Jane y Vivaldo.

Había herido a la mujer y ella le replicó con la única arma que poseía, un instrumento sin forma que en otro tiempo podía haber sido furia.

—Aquí no huele peor que en el lugar de donde viene usted, amiguito —dijo.

Vivaldo y Rufo se miraron. A Vivaldo se le pusieron los labios blancos.

—Si dices una palabra más, guapa —amenazó—, voy a golpearte en los dientes, en los dos que tienes, y te los voy a hacer tragar.

Eso complació profundamente a Jane. Se convirtió inmediatamente en Bette Davis y gritó con toda su voz:

—¿Me amenazas?

Todos se volvieron para mirarlos.

—Salgamos —dijo Rufo.

—Sí —convino Vivaldo—, salgamos de aquí. —Miró a Jane y añadió: —
¡Muévete, puta inmunda!

Jane se había arrepentido ya. Se inclinó hacia adelante y asió la mano de Rufo.

—No quise decir lo que parecía —explicó.

Rufo trató de soltarse la mano, pero ella la retuvo. Él cedió, pues no quería que pareciese que luchaba con ella, que ahora se había convertido en Joan Fontaine.

—¡Por favor, tiene que creerme, Rufo!

—La creo —contestó Rufo, y se levantó.

Pero se encontró con un fuerte irlandés que le cerraba el camino. Se miraron el uno al otro durante un instante y luego el irlandés le escupió en la cara. Rufo oyó el grito de Jane, pero ya había ido demasiado lejos. Golpeó, o creyó que golpeaba; un puño se descargó en su cara y algo lo hirió en el cuello. El mundo, el aire, se pusieron rojos y negros y luego se llenaron de rostros que rugían y puños que golpeaban. En la parte baja de la espalda volvió a sentir que le golpeaba algo frío, duro y recto; supuso que era el final del mostrador y se preguntó cómo había llegado allí.

Desde lejos vio un taburete posado sobre la cabeza de Vivaldo y oyó que Jane gritaba e insultaba a todos los irlandeses. No se había imaginado que hubiera tantos hombres en el bar. Golpeó un rostro, sintió un hueso bajo el hueso de su puño y vio unos ojos de color verde pálido que miraban fijamente a los suyos como faros reflectantes en el momento de la colisión. Cerró los suyos obligado por el dolor. Alguien le había alcanzado en el vientre y algún otro en la cabeza. Lo hacían girar y ya no podía luchar, sólo podía defenderse. Mantenía la cabeza baja, se movía a sacudidas y se desviaba, empujaba, tiraba y se agazapaba para proteger sus partes ocultas. Oyó que se rompía un vidrio. Durante un instante vio a Vivaldo, en el extremo más lejano del bar, derramando sangre por la nariz y la frente, rodeado por tres o cuatro hombres, y vio el dorso de una mano que enviaba a Jane girando a través de la sala. Su rostro estaba blanco y aterrado. «¡Muy bien!», pensó y sintió que lo lanzaban al aire e iba a caer sobre el mostrador. Volvió a oír un estallido de vidrios rotos y de madera que se astillaba. Sintió un pie en su hombro y otro pie en un tobillo. Apretó las nalgas contra el suelo y estiró la pierna libre todo lo que pudo, y con un brazo trató de contener el puño que le golpeaba una y otra vez en la cara. Muy detrás del puño estaba la cara del irlandés, con los ojos verdes en llamas. Luego no vio nada, no oyó nada, no sintió nada. Y después oyó pies que corrían. Estaba tendido de espaldas detrás del mostrador. No había

nadie cerca de él. Se incorporó y salió de allí medio arrastrándose. El propietario estaba en la puerta y hacía salir a sus clientes; una vieja sentada al mostrador bebía tranquilamente su ginebra. Vivaldo yacía de bruces en un charco de sangre. Jane se inclinaba impotente sobre él. Y volvió a oír el sonido de la lluvia.

—Creo que está muerto —dijo Jane.

Rufo la miró, odiándola con todo su corazón.

—¡Ojalá estuvieras tú ahí, puta! —le dijo.

Jane se echó a llorar. Rufo se inclinó para ayudar a Vivaldo a levantarse. Medio ladeándose, medio apoyándose el uno en el otro, fueron hacia la puerta. Jane los siguió.

—Déjame que te ayude.

Vivaldo se detuvo y trató de enderezarse. Se tambaleaban a medias fuera y a medias dentro de la puerta. El propietario los observaba. Vivaldo lo miró y luego a Jane. Él y Rufo salieron juntos y tropezando a la lluvia cegadora.

—¡Déjame que te ayude! —volvió a gritar Jane. Pero se detuvo en la puerta el tiempo suficiente para decirle al propietario, cuyo rostro se mostraba impasible: —Usted va a oír hablar de esto, créame. Voy a cerrar este bar y a quitarle su trabajo, aunque sea lo último que haga.

Luego corrió bajo la lluvia y trató de ayudar a Rufo a sostener a Vivaldo.

Vivaldo no dejó que lo tocara, resbaló y casi cayó.

—Apártate de mí —dijo—. Apártate de mí. Ya me has ayudado bastante esta noche.

—¡Tienes que ir a alguna parte! —gritó Jane.

—No te preocupes por eso, no te preocupes. ¡Cáete muerta, piérdete, haz lo que quieras! Nosotros vamos al hospital.

Rufo miró el rostro de Vivaldo y se asustó. Tenía los dos ojos cerrados y le corría la sangre desde alguna herida del cuero cabelludo. Y lloraba.

—¡Qué manera de hablar a mi compañera, amiguito! —dijo repetidamente—. ¡Qué manera de hablar a mi compañera!

—Vamos a su casa —propuso Rufo—. Está más cerca —Vivaldo no pareció oírle—. Vamos, muchacho, no hay inconveniente en que vayamos a casa de Jane.

Rufo temía que la herida de Vivaldo fuera grave y sabía lo que sucedería en el hospital si entraban allí sangrando. Pues los médicos y las enfermeras eran, ante todo, ciudadanos blancos honrados y de vida limpia. Y no temía realmente por él mismo, sino por Vivaldo, que sabía tan poco de sus compatriotas.

Y así, resbalando y tambaleándose, con Jane ora dando vueltas impotente a su alrededor ora precediéndoles, como una Juana de Arco atontada, llegaron a casa de Jane. Rufo llevó a Vivaldo al cuarto de baño y lo hizo sentar. Se miró en el espejo. Su cara parecía una compota, pero las tumefacciones probablemente se curarían y sólo tenía cerrado un ojo. Cuando comenzó a lavar a Vivaldo le encontró una gran incisión en el cráneo, y se asustó.

—Amigo —murmuró—, tienes que ir al hospital.

—Eso es lo que yo decía. Muy bien, vamos.

Y trató de levantarse.

—No, escucha. Si yo voy contigo se va a armar todo un lío acerca de quién ha herido a quién, porque yo soy negro y tú eres blanco. ¿Comprendes? Te digo las cosas como son.

—No quiero oír toda esa mierda.

—Pero es cierto, quieras oírlo o no. Jane te va a llevar al hospital. Yo no puedo ir contigo. —Vivaldo tenía cerrados los ojos y la cara blanca—. ¿Vivaldo?

Vivaldo abrió los ojos y preguntó:

—¿Estás enojado conmigo, Rufo?

—No, amigo, ¿por qué he de estar enojado contigo? —Pero sabía que estaba molestando a Vivaldo. Se inclinó y murmuró: —No te preocupes, amigo, todo está en calma. Sé que eres mi amigo.

—Te quiero, cabeza de caca, realmente te quiero.

—Yo también te quiero. Ahora vete a ese hospital. No quiero que te quedes muerto en este cuarto de baño de falsas jovencitas blancas. Te esperaré aquí. Me las arreglaré bien.

Salió rápidamente del cuarto de baño y le dijo a Jane:

—Llévelo al hospital. Está más gravemente herido que yo. Esperaré aquí.

Jane tuvo la sensatez de no decir nada. Vivaldo estuvo en el hospital diez días y le pusieron tres puntos en el cuero cabelludo. Por la mañana Rufo fue al centro para ver a un médico y se quedó en cama una semana. Él y Vivaldo nunca volvieron a hablar de esa noche y aunque Rufo sabía que Vivaldo había vuelto a ver a Jane, nunca hablaban de ella. Pero desde entonces Rufo dependía de Vivaldo y confiaba en él; dependía de él incluso en aquel momento, mientras observaba con amargura cómo se entretenía con la muchachona en el sendero. No sabía por qué sucedía eso; apenas sabía que sucedía. Vivaldo se distinguía de todos los demás que conocía en que todos los otros sólo podían asombrarlo con su bondad o su fidelidad, pero Vivaldo era el único que poseía la facultad de asombrarlo con su deslealtad. Incluso su

amorío con Jane era una prueba en su favor, pues si era realmente capaz de traicionar a su amigo por una mujer, como parecían hacer la mayoría de los blancos, sobre todo si el amigo era negro, debía haber buscado para sí una chica más afable, con los modales de una dama y el alma de una ramera. Pero Jane parecía ser exactamente lo que era, una mujer sucia, monstruosa, con lo que ella, sin saberlo, mantenía a Rufo y Vivaldo en un mismo plano.

Por fin Vivaldo quedó en libertad y corrió hacia ellos por el sendero, todavía sonriendo y saludando con la mano a alguien que estaba detrás.

—¡Mirad —gritó—, ahí está Cass!

Rufo se volvió, y allí estaba ella, sentada sola en el borde del círculo, frágil y bella. Para él era completamente misteriosa. No podía situarla en el mundo blanco al que parecía pertenecer. Provenía de Nueva Inglaterra, de clara y vieja cepa americana; por lo menos así decía ella; le gustaba mucho recordar que a una de sus antepasadas la habían quemado por bruja. Se había casado con Ricardo, que era polaco, y tenían dos hijos. Ricardo había sido el maestro de inglés de Vivaldo en la escuela superior, hacía años. Lo habían conocido cuando era un mocoso, y según decían, había cambiado poco; eran sus amigos más antiguos.

Con Leona entre ellos, Rufo y Vivaldo cruzaron el camino.

Cass los miró con aquella sonrisa que era a la vez helada y cálida. Era cálida porque era afectuosa, y helaba a Rufo porque era divertida.

—Bueno, no estoy segura de si he de hablar con ustedes —dijo—. Nos han desatendido vergonzosamente. Ricardo los ha borrado de su lista. —Miró a Leona y sonrió—. Soy Cass Silenski.

—Le presento a Leona —dijo Rufo, y puso una mano en el hombro de Leona.

Cass parecía más divertida que nunca, y al mismo tiempo más afectuosa.

—Me alegro mucho de conocerla.

—Y yo de conocerla a usted —contestó Leona.

Se sentaron en el cerco de piedra de la fuente, en el centro del cual ondeaba un poco de agua, la suficiente para que los niños pequeños se metieran en ella.

—Díganme qué ha sido de ustedes —dijo Cass—. ¿Por qué no han venido a vernos?

—¡Oh! —explicó Vivaldo—. Yo he estado muy ocupado, trabajando en mi novela.

—Está escribiendo una novela —le dijo Cass a Leona— desde que lo conocemos. Entonces tenía diecisiete años y ahora tiene cerca de treinta.

—Eso es poco amable —dijo Vivaldo, que parecía divertido al mismo tiempo que avergonzado e incómodo.

—Bueno, también Ricardo estaba escribiendo una. Entonces tenía veinticinco años y ahora tiene cerca de cuarenta. Conque... —Contempló a Vivaldo un momento—. Sólo que él se siente inspirado de nuevo y trabaja en ella como un loco. Creo que ésa es una de las razones de que haya estado esperando que usted nos visitara. Quizás deseaba discutirla con usted.

—¿Qué es esa nueva inspiración? —preguntó Vivaldo—. Así, de improviso, parece falsa.

Cass se encogió de hombros alegremente y aspiró con fuerza su cigarrillo.

—¡Oh! No me consultó y me mantiene en la ignorancia. Usted conoce a Ricardo. Se levanta antes del amanecer, va directamente a su estudio y se queda allí hasta la hora de ir al trabajo; vuelve a casa, va a su estudio y se queda allí hasta la hora de acostarse. Apenas lo veo. Los niños ya no tienen un padre. Yo no tengo ya un marido. —Rió—. La otra mañana se las arregló para gruñir algo acerca de que marcha muy bien.

—Ciertamente, parece como si marchara muy bien. —Vivaldo miró a Cass con envidia—. ¿Y dice usted que es nueva, que no es la misma novela en que trabajaba antes?

—Sospecho que no. Pero en realidad no sé nada al respecto. —Volvió a aspirar del cigarrillo, lo aplastó con el tacón e inmediatamente buscó otro en su bolsa.

—Bueno, tendré que ir a visitarles y comprobarlo todo personalmente —dijo Vivaldo—. A ese paso será famoso antes que yo.

—¡Oh, yo siempre he sabido eso! —exclamó Cass, y encendió otro cigarrillo.

Rufo observaba las palomas que se contoneaban a lo largo de los senderos, y los grupos de adolescentes que vagaban de un lado a otro. Deseaba alejarse de aquel lugar y aquel peligro. Leona puso su mano sobre la de él, y Rufo le asió uno de los dedos y lo retuvo.

Cass se volvió hacia Rufo y le preguntó:

—Y usted, que no ha estado trabajando en una novela, ¿por qué no nos ha visitado?

—He estado trabajando en la parte alta de la ciudad. Usted prometió venir a oírme. ¿Recuerda?

—Hemos estado malísimamente de dinero, Rufo.

—Cuando yo trabajo en un lugar de diversión no tienen ustedes que preocuparse por el dinero, ya se lo había dicho.

—Es un gran músico —dijo Leona— Lo oí por primera vez anoche.

Rufo parecía molesto.

—Ese contrato terminó anoche —explicó—. Durante un tiempo no voy a hacer más que cuidar a mi madre.

Y rió. Cass y Leona se miraron brevemente y sonrieron.

—¿Cuánto tiempo lleva aquí. Leona? —preguntó Cass.

—Poco más de un mes.

—¿Le gusta esto?

—Me gusta. Es tan diferente como la noche del día.

Cass miró a Rufo y dijo gravemente:

—Es maravilloso. Me alegro mucho por usted.

—Sí, me doy cuenta —dijo Leona—. Parece usted una mujer muy amable.

—Gracias —y Cass se ruborizó.

—¿Cómo vas a cuidar de tu madre —preguntó Vivaldo— si no trabajas?

—Oh, tengo un par de contratos en perspectiva. No te preocupes por el viejo Rufo.

Vivaldo suspiró.

—Me preocupo por mí. He elegido una profesión equivocada. O, más bien, no la ejerzo. Nadie quiere oír lo que escribo.

—No dejes que comience a hablarte de *mi* profesión.

—Las cosas son difíciles para todos.

Rufo miró al parque lleno de sol y dijo:

—Nadie ha hecho nunca una colecta para enterrar a empresarios o agentes —dijo—, pero barren a músicos en las calles todos los días.

—No te preocupes —dijo Leona amablemente—, nunca te van a barrer a ti en las calles.

Mientras decía eso le puso la mano en la cabeza y lo acarició. Él le separó la mano.

Se hizo un silencio. Luego se levantó Cass.

—Siento interrumpir esta reunión, tengo que ir a casa —dijo—. Una de mis vecinas llevó a los chicos al zoo, pero probablemente habrán vuelto ya. Será mejor que libre de ellos a Ricardo.

—¿Cómo están sus hijos, Cass? —preguntó Rufo.

—Sí que se interesa por ellos... Le estaría bien empleado si se olvidaran por completo de usted. Están bien. Tienen mucha más energía que sus padres.

—Yo voy a acompañar a Cass a su casa —dijo Vivaldo—. ¿Qué crees que harás más tarde?

Rufo sintió un oscuro temor y un vago resentimiento, casi como si Vivaldo lo abandonara.

—No lo sé —contestó—. Supongo que iremos a casa.

—Debo ir al centro más tarde —dijo Leona—. Mañana no tengo que ir a trabajar.

Cass le dio la mano a Leona:

—Me alegro de haberla conocido. Haga que Rufo la lleve a vernos un día.

—Yo también me alegro de haberla conocido. He conocido a personas realmente buenas últimamente.

—La próxima vez iremos las dos solas a beber un trago en alguna parte, sin todos estos hombres.

—Eso me gustaría —dijo Leona, y las dos rieron al mismo tiempo.

—¿Nos encontramos en el bar de Benno a las diez y media? —le dijo Rufo a Vivaldo.

—Está bien. Quizás crucemos la ciudad y caigamos en algún *jazz*.

—De acuerdo.

—Hasta luego. Leona. Me alegro de haberla conocido.

—Yo también. He visto cómo es usted realmente.

—Saluden de mi parte a Ricardo y los niños —dijo Rufo— y díganles que iré a verlos.

—Lo haré —contestó Cass—. Estoy segura de que irá, pues deseamos mucho verlo.

Cass y Vivaldo se alejaron lentamente en dirección al arco. El rojo sol poniente quemaba sus siluetas contra el aire y coronaba la cabeza morena y la rubia. Rufo y Leona se quedaron mirándolos; cuando estuvieron bajo el arco se volvieron y saludaron.

—Será mejor que nos vayamos —dijo Rufo.

—Supongo. —Comenzaron a volver a través del parque—. Tienes algunos amigos realmente buenos, Rufo. Eres afortunado. Te quieren realmente. Creen que eres alguien.

—¿Tú crees?

—Lo sé por la manera como hablan contigo, por la manera como te tratan.

—Supongo que *son* bastante amables después de todo.

Leona rió.

—Eres un muchacho extraño. —Se corrigió—. Una persona extraña. Obras como si no supieras quién eres.

—Sé muy bien quién soy —replicó Rufo, consciente de los ojos que los observaban al pasar, del murmullo casi inaudible que llegaba de los bancos o

los árboles. Apretó la delgada mano de ella entre su codo y su costado—. Soy tu muchacho. ¿Sabes lo que eso significa?

—¿Qué significa?

—Significa que tendrás que ser buena conmigo.

—Pues bien, Rufo, estoy segura de que trataré de serlo.

Ahora, abrumado por el recuerdo de todo lo que había sucedido desde aquel día, volvía desamparado a la calle Cuarenta y Dos. Se detuvo delante del gran bar—parrilla de la esquina. Cerca de él, un poco más allá del escaparate, se hallaba el hombre de los emparedados, detrás de su mostrador, con la comida dispuesta en la mesa humeante debajo de él. Pan y bollos, mostaza, entremeses, sal y pimienta, estaban al nivel de su pecho. Era un hombre grande, canoso, con un rostro inexpresivo, rojo y brutal. De vez en cuando entregaba un emparedado a alguno de los delincuentes que estaban dentro. El viejo parecía resignado a estar allí, y a no tener dientes, ni cabello, ni siquiera vida. Algunos reían juntos, los jóvenes, con los ojos muertos en los rostros amarillos; la flojedad de sus cuerpos revelaba vividamente la historia de su degradación.

Eran la presa que ya no se cazaba, aunque apenas se daban cuenta de su nueva situación ni se resignaban a dejar el lugar donde los habían corrompido por primera vez. Y los cazadores se hallaban allí, mucho más seguros y pacientes que su presa. En cualquiera de las ciudades del mundo, en una noche de invierno, un muchacho puede ser comprado por el precio de un vaso de cerveza y la promesa de mantas calientes.

Rufo temblaba, con las manos en los bolsillos, mirando a través de la ventana y preguntándose qué debía hacer. Se proponía ir a Harlem, pero temía a la policía que podía encontrar a su paso a través de la ciudad; y no sabía cómo podría mirar a la cara a sus padres y a su hermana. La última vez que había visto a Ida le había dicho que él y Leona se disponían a ir a México, donde la gente los dejaría en paz. Pero no habían tenido ninguna noticia de él desde entonces.

Un hombre alto, de aspecto rudo, bien vestido, blanco, con el pelo negro canoso, salió del bar. Se detuvo junto a Rufo, mirando a calle hacia arriba y hacia abajo. Rufo no se movió, aunque deseaba hacerlo; su pensamiento comenzó a correr penosamente y a revolvérsele el estómago vacío. Una vez más se le empapó de sudor la frente. Algo en él sabía lo que iba a suceder;

algo en él murió en el segundo glacial que transcurrió antes de que el hombre se volviera hacia él y le dijera:

—Hace frío aquí. ¿Le gustaría entrar y beber un trago?

—Preferiría comer algo —murmuró Rufo, y pensó: «*Ahora te has hundido realmente*».

—Bueno, tendrá usted también un emparedado. No hay ninguna ley que se lo prohíba.

Rufo miró a un lado y otro de la calle y luego el rostro helado y blanco del hombre. Recordó que conocía el asunto, que había tenido que ver con ello; no era la primera vez que durante su vagabundeo consentía en el destemplado intercambio físico, a pesar de lo cual tenía la sensación de que no podría soportar que lo tocara aquel hombre. Entraron en el bar—parrilla.

—¿Qué clase de emparedado le gustaría?

—De cecina, con pan de centeno.

Esperaron mientras cortaban la carne, la ponían en el pan y dejaban el emparedado en el mostrador. El hombre pagó y Rufo tomó el emparedado y lo llevó al bar. Tenía la sensación de que todos los presentes sabían lo que sucedía, de que todos sabían que Rufo vendía su trasero. Pero a nadie parecía importarle, nadie los miraba. El ruido continuaba en el bar y la radio chillando. El camarero sirvió una cerveza a Rufo, un *whisky* al hombre e hizo sonar el dinero en la caja registradora. Rufo trataba de olvidarse de lo que le estaba sucediendo. Engulló su emparedado, pero el pan pesado y la carne tibia hicieron que comenzara a sentir náuseas; durante un momento todo onduló ante sus ojos y bebió la cerveza para que no le volviera el emparedado a la boca.

—Tenía usted hambre —le dijo el hombre.

Rufo pensaba: «No puedes hacer esta escena. No hay en el mundo modo de que puedas hacerla. No vayas con este hombre. Sal ahora mismo de aquí».

—¿Desearía otro emparedado?

El primero amenazaba todavía con subírsele a la garganta. El bar hedía a cerveza pasada, orines, carne rancia y cuerpos sucios. De pronto sintió que iba a llorar.

—No, gracias —dijo—. Me siento bien ahora.

El hombre lo observó un momento.

—Entonces, tome otra cerveza.

—No, gracias.

Pero apoyó la cabeza en el mostrador, temblando.

—¡Eh!

Las luces rugían alrededor de su cabeza, todo el bar se tambaleaba, las caras oscilaban a su alrededor, la música de la radio le golpeaba en el cráneo. El rostro del hombre estaba muy cerca del suyo: unos ojos duros, una nariz cruel y unos labios fofos y brutales. Sintió el olor del hombre. Se separó.

—Estoy bien.

—Ha estado casi desmayado durante un minuto.

El camarero los observaba.

—Es mejor que beba un trago. ¡Eh, Mac, déle al muchacho una bebida!

—¿Está seguro de que se siente bien?

—Sí, se siente bien. Lo conozco. Déle una bebida.

El camarero llenó un vaso y lo colocó delante de Rufo. Y Rufo se quedó mirando el vaso brillante mientras rogaba: «¡Oh, Dios mío, no dejes que suceda! ¡No permitas que vaya con este hombre! ¡Me queda tan poco. Dios mío! ¡No dejes que lo pierda todo!».

—Beba. Le hará bien. Luego puede ir a mi casa y dormir un poco.

Rufo bebió el *whisky*, que al principio hizo que se sintiera todavía peor, pero luego lo calentó. Se enderezó.

—¿Vive usted cerca? —preguntó al hombre.

«Si me tocas —pensaba, todavía con aquellas lágrimas extrañas que amenazaban con desbordarse en cualquier momento— te sacaré toda la mierda que tienes dentro. No quiero que me toquen más manos. ¡No más, no más!». —No muy lejos. En la calle Cuarenta y Seis.

Salieron del bar y volvieron a encontrarse en la calle.

—Ésta es una ciudad solitaria —dijo el hombre mientras caminaba—. Yo estoy solo. ¿No está usted también solo?

Rufo no contestó.

—Quizás podamos consolarnos mutuamente esta noche.

Rufo observaba las luces del tránsito, las calles oscuras y casi desiertas, los negros edificios silenciosos, las densas sombras de los portales.

—¿Comprende lo que quiero decir?

—Yo no soy el muchacho que usted necesita, señor —dijo Rufo por fin, y de pronto recordó que le había dicho exactamente lo mismo a Eric, hacía mucho tiempo.

—¿Qué quiere decir con eso de que no es el muchacho que necesito? —y el hombre trató de reír— ¿No sería yo el mejor juez?

—No tengo nada que darle. No tengo nada que dar a nadie. No me haga pasar por eso, por favor.

Se detuvieron en la avenida silenciosa, el uno frente al otro. Los ojos del hombre se endurecieron y achicaron.

—¿No sabía de qué se trataba cuando estábamos en el bar?

—Tenía hambre.

—¿Qué es usted, sólo un aprovechado?

—Tenía hambre —repitió Rufo—. Tenía hambre.

—¿No tiene familia, ni amigos?

Rufo bajó la vista, y no contestó directamente.

—No quiero morir, señor. No quiero matarlo. Déjeme ir... a donde están mis amigos.

—¿Sabe dónde encontrarlos?

—Sé dónde puedo encontrar... a uno de ellos.

Se hizo un silencio. Rufo miraba fijamente a la acera y poco a poco las lágrimas le llenaron los ojos y se le escurrieron por la nariz. El hombre lo tomó del brazo.

—Venga, vamos a mi casa —le dijo.

Pero el momento, la posibilidad, había pasado, y ambos se daban cuenta de ello. El hombre le soltó el brazo.

—Es usted un buen mozo —dijo.

—Adiós, señor. Gracias —se despidió Rufo.

El hombre nada dijo y Rufo vio cómo se alejaba.

Él también se volvió y comenzó a caminar hacia el centro. Pensaba en Eric por primera vez desde hacía años y se preguntaba si vagaba esa noche por calles extranjeras. Vislumbraba por primera vez el alcance, la naturaleza de la soledad de Eric y el peligro en que lo ponía, y deseaba haber sido más amable con él. Eric había sido siempre muy amable con Rufo. Tenía un par de gemelos hechos para Rufo, para el cumpleaños de Rufo, con el dinero destinado a comprar el anillo de boda; y ese regalo, esa confesión, lo había puesto en manos de Rufo, que le despreciaba porque era de Alabama; quizás había permitido que Eric se le acercase para despreciarle más completamente. Eric había comprendido eso finalmente y se había ido a París para huir de Rufo. Y éste recordaba ahora dolorosamente sus azules ojos turbulentos, su cabello rojo y brillante, su pronunciación vacilante.

—Adelante, dímelo. No tienes por qué temer —le había dicho.

Y como Eric vacilaba, añadió, astutamente, sonriendo y observándolo:

—Te comportas como una muchachita.

E incluso ahora había algo fuerte y casi dulce en el recuerdo de la facilidad con que había manejado a Eric y sonsacado su confesión. Cuando

Eric terminó de hablar, Rufo dijo, lentamente;

—Yo no soy el muchacho adecuado para ti. No sigo ese camino.

Eric había entrelazado las manos de ambos y Rufo las contemplaba, la roja y la morena.

—Lo sé —dijo, y se fue al centro de la habitación—. Pero no puedo menos que desear que lo hagas. Deseo que trates de hacerlo.

Luego, con un esfuerzo terrible, Rufo oyó que decía:

—Yo haría cualquier cosa, lo probaría todo para complacerte. —Y añadió, sonriendo: —Soy casi tan joven como tú. No sé mucho... de eso.

Rufo lo había observado, sonriendo. Sentía afecto por Eric; y su propio ascendiente.

Se acercó a Eric y le puso las manos en los hombros. No sabía qué iba a decir o hacer. Pero con sus manos en los hombros de Eric, el afecto, el ascendiente y la curiosidad se juntaron en él con una violencia oculta e imprevista que lo asustó un poco; las manos que se proponían mantener apartado a Eric parecieron atraerlo hacia él; no sabía cómo contener la corriente que había comenzado a fluir.

Por fin dijo, en voz baja, sonriendo:

—Probaré lo que sea ahora mismo, amigo.

Esos gemelos estaban ahora en Harlem, en el cajón del tocador de Ida. Y cuando se fue Eric, Rufo olvidó sus batallas y la indecible torpeza física y de qué modo había tratado a Eric. Sólo recordaba que Eric lo había querido, como recordaba que lo había querido Leona. Había despreciado la virilidad de Eric tratándolo como a una mujer, diciéndole cuán inferior era a una mujer, considerándolo nada más que una horrible deformidad sexual. Pero Leona no era una deformidad. Y había utilizado contra ella los mismos epítetos que utilizaba contra Eric, y del mismo modo, con el mismo rugido en su cabeza y la misma intolerable presión en el pecho.

Vivaldo vivía solo en un apartamento del primer piso de la Bank Street. Estaba en casa, pues Rufo vio la luz en la ventana. Acortó un poco el paso, pero el aire frío no lo dejó vacilar; se introdujo apresuradamente en la puerta de la calle abierta, pensando: «Bueno, es mejor que termine con ello». Y llamó vivamente a la puerta de Vivaldo.

Se oía el teclear de la máquina de escribir, que cesó. Rufo volvió a llamar.

—¿Quién es? —preguntó Vivaldo, al parecer muy molesto.

—Soy yo, Rufo.

La luz súbita, cuando Vivaldo abrió la puerta, le sobresaltó, lo mismo que el rostro de Vivaldo, quien exclamó:

—¡Dios mío!

Asió a Rufo por el cuello y lo introdujo en el apartamento. Ambos quedaron apoyados contra la puerta durante un momento.

—¡Dios mío! —volvió a exclamar Vivaldo—. ¿Dónde has estado? ¿No sabes que no deberías hacer esas cosas? Nos has tenido a todos alarmados, amigo. Te hemos buscado por todas partes.

Era una gran emoción, y debilitó a Rufo, exactamente como si le estuviera golpeando en el vientre. Se asió a Vivaldo como si estuviera en las últimas. Luego se apartó.

Vivaldo lo miró, lo miró duramente, de arriba abajo. Y el rostro de Vivaldo le decía qué aspecto tenía. Se alejó de la puerta y del examen de Vivaldo.

—Ha venido Ida; está medio loca. ¿Te das cuenta de que desapareciste de la vista hace ya casi un mes?

—Sí —contestó Rufo.

Y se sentó pesadamente en el sillón de Vivaldo, que se combó bajo su peso casi hasta el suelo. Miró alrededor de la habitación, que en otro tiempo le fuera tan familiar y ahora le parecía extraña. Se recostó y se cubrió los ojos con las manos.

—Quítate la chaqueta —le dijo Vivaldo—. Voy a ver si encuentro algo para que comas. ¿Tienes hambre?

—No, ahora no. Dime, ¿cómo está Ida?

—Bueno, está inquieta, pero no le pasa nada malo. Rufo, ¿quieres que te prepare una bebida?

—¿Cuándo estuvo aquí?

—Ayer. Y me llamó anoche. Ha ido a la policía. Todos estaban preocupados: Cass, Ricardo, todos...

—¿La policía me busca?

—Bueno, sí, qué diablos, la gente no desaparece así.

Vivaldo fue a su pequeña cocina desordenada y abrió la nevera, en la que había un litro de leche y medio pomelo. Los miró, decepcionado.

—Tendré que llevarte afuera, pues no tengo nada para comer en la nevera —y cerró la puerta—. Pero puedes beber un trago de aguardiente.

Vivaldo preparó dos bebidas, le dio una a Rufo y se sentó en la otra silla de respaldo recto.

—Bueno, hablemos del asunto. ¿Qué has hecho, dónde has estado?

—He estado vagando por las calles.

—¡Dios mío, Rufo, con este tiempo! ¿Dónde has dormido?

—En el metro, en zaguanes. A veces en un cine.

—¿Y cómo te las has arreglado para comer?

Rufo bebió un trago. Quizá no debía haber ido.

—¡Oh! —contestó, asombrado al oírse decir la verdad—, a veces he tenido que vender mi trasero.

Vivaldo lo miró y dijo:

—Supongo que habrás encontrado bastante competencia. —Encendió un cigarrillo y entregó a Rufo el paquete y los fósforos—. Si hubieras estado en contacto con alguien, nos habríamos enterado de lo que sucedía.

—No podía hacerlo. Sencillamente no podía.

—Se supone que tú y yo somos amigos.

Rufo se levantó, con el cigarrillo sin encender, y recorrió la pequeña habitación tocando las cosas.

—No lo sé, no sé lo que pensaba. —Encendió el cigarrillo—. Sé lo que le hice a Leona. No soy estúpido.

—Yo también sé lo que le hiciste a Leona. Tampoco soy estúpido.

—Supongo que no pensaba...

—¿Qué?

—Que a alguien le importaría.

En el silencio que se cernió sobre la habitación Vivaldo se levantó y se acercó al tocadiscos.

—¿No creías que le importaría a Ida? ¿No creías que me importaría a mí? —preguntó.

Rufo se sentía como si se estuviera asfixiando.

—No sé. No sé lo que creía.

Vivaldo no dijo nada. Tenía el rostro pálido y enojado y se concentraba en el examen de los discos. Por fin puso uno en el tocadiscos: era el de *Backwater Blues* cantado por James Pete Johnson y Bessie Smith.

—Bueno —dijo, desalentado, y volvió a sentarse.

Aparte el tocadiscos, no había mucho más en el apartamento de Vivaldo: una lámpara de fabricación casera, estanterías de libros sostenidas por ladrillos, discos, una cama desvencijada, el sillón de muelles y la silla de respaldo recto. Además había un taburete alto delante de la mesa de trabajo, y en él se balanceaba Vivaldo en aquel momento, con el cabello negro oseo y rizado colgándole hacia adelante, los ojos sombríos y la boca contraída. En la mesa estaban sus lápices, sus papeles, su máquina de escribir y el teléfono. En

una pequeña alcoba se hallaba la cocina, en la que brillaba la luz que bajaba de arriba. La pila estaba llena de platos sucios y encima había una lata mellada, abierta y vacía. Una bolsa de papel que contenía la basura se apoyaba en una de las patas inseguras de la mesa de la cocina.

«*Hay millares de personas* —cantaba Bessie en aquel momento— y yo *no tengo adónde ir*», y por primera vez Rufo comenzó a oír, en la monotonía severamente lacónica de aquella canción triste, algo que hablaba a su mente perturbada. El piano confirmaba el testimonio de la cantante, estoico e irónico. Ahora que Rufo mismo no tenía adónde ir, «*porque mi casa se derrumbó y ya no puedo vivir en ella*» —cantaba Bessie—, oía el verso y el tono de la cantante y se preguntaba cómo habían salido otros del vacío y el horror a los que tenía que hacer frente.

Vivaldo lo observaba. Se aclaró la garganta y dijo:

—Quizás sería una buena idea que cambies de escenario, Rufo. Aquí todo seguirá despertándote recuerdos. A veces conviene limpiar la pizarra e irse. Acaso podrías ir a la costa.

—En la costa no sucede nada.

—Muchos músicos han ido allá.

—Y lo pasan mal allí también. Aquello no es distinto de Nueva York.

—No, trabajan. Allí podrías encontrarte mejor, con la luz del sol, las naranjas y todo. —Sonrió—. Haz de ti un hombre nuevo, amiguito.

—Sospecho que piensas —dijo Rufo malévolamente— que ya es hora de que comience a tratar de ser un hombre nuevo.

Hubo un silencio y luego Vivaldo dijo:

—No se trata de lo que pienso yo, sino de lo que piensas tú.

Rufo miró al muchacho alto, delgado, desmañado y blanco que era su mejor amigo y sintió que casi lo ahogaba el deseo de insultarlo.

—Rufo —dijo Vivaldo de pronto—, créeme que sé, sé, que te hieren muchas cosas que no puedo comprender. —Jugó con las teclas de la máquina de escribir—. Y a mí me hieren muchas cosas que no puedo comprender realmente.

Rufo se sentó en el borde del sillón y miró a Vivaldo.

—¿Me echas la culpa de lo que le sucedió a Leona?

—Rufo, ¿de qué serviría que te echara la culpa? Ya te lo censuras bastante tú mismo, en lo que haces mal. ¿De qué serviría que yo lo hiciera?

Pero Rufo veía que Vivaldo esperaba poder evitar esa pregunta.

—¿Me echas la culpa o no? Di la verdad.

—Rufo, si yo no fuera amigo tuyo, creo que te echaría la culpa. Obraste como un bastardo. Pero lo comprendo, creo que lo comprendo, trato de comprenderlo. De todos modos, puesto que eres mi amigo y, después de todo, significas para mí mucho más que lo que significaba Leona, no creo que pueda despreciarte porque obras como un bastardo. *Todos* somos bastardos. Por eso necesitamos a nuestros amigos.

—Desearía poder decirte cómo fue la cosa —dijo Ruto tras un largo silencio—. Desearía poder repararlo.

—Pero no puedes hacerlo. Por consiguiente, trata de olvidarlo.

Rufo pensaba: «Pero no es posible olvidar a alguien que erais y que os acusa, que era quien os acusa. No podéis olvidar algo que hiere tanto, que penetró tan profundamente y cambió el mundo para siempre. No es posible olvidar a quien habéis destruido».

Bebió un gran trago, lo retuvo en la boca y luego dejó que se deslizara por la garganta. Nunca podría olvidar los ojos sin brillo y espantados de Leona, su sonrisa amable, sus palabras quejumbrosas, su cuerpo delgado e insaciable. Se atragantó ligeramente, dejó la bebida y aplastó el cigarrillo en el cenicero.

—Apuesto a que no me creerás —dijo—, pero yo amaba a Leona.

—¡Oh, creerte! —exclamó Vivaldo—. Por supuesto te creo. Por eso sucedió todo.

Se levantó y puso el disco del otro lado. Se hizo un silencio que sólo rompía la voz de Bessie Smith.

Quando mi cama está vacía hace que me sienta muy inquieta y triste.

—¡Oh, canta eso, Bessie! —murmuró Vivaldo.

Mis muelles se enmohecen durmiendo sola como yo.

Rufo tomó su vaso y lo vació.

—¿Tuviste alguna vez la sensación —preguntó— de que una mujer te devoraba? ¿Quiero decir que, fuera como fuese o hiciera lo que hiciese, eso era lo que hacía *realmente*?

—Sí —dijo Vivaldo.

Rufo se levantó y se puso a caminar de un lado a otro.

—Ella no podía evitarlo. Y yo no podía evitarlo. Y ahí estaba el busilis. Claro está que entre Leona y yo había otras muchas cosas también.

Se hizo un largo silencio. Escuchaba a Bessie.

—¿Has deseado alguna vez estar chiflado? —preguntó Rufo de pronto.

Vivaldo sonrió, contempló su vaso y contestó:

—Solía pensar que quizás lo estaba. Creo que incluso *deseaba* estarlo. —
Rió—. Pero no lo estoy. Por eso me encuentro atrancado.

Rufo fue a la ventana y dijo:

—Así que también vosotros habéis tenido dificultades.

—Todos hemos tenido las mismas dificultades. Y son muchas. Sólo que a nosotros nos han enseñado a mentir tanto acerca de tantas cosas que apenas sabemos dónde estamos.

Rufo no dijo nada y siguió paseándose.

—Quizás debas quedarte aquí, Rufo, un par de días, hasta que decidas lo que deseas hacer.

—No quiero molestarte, Vivaldo.

Vivaldo tomó el vaso vacío de Rufo y se detuvo a la entrada de la cocina.

—Puedes acostarte aquí por las mañanas y contemplar el cielo raso. Está lleno de grietas que forman figuras de todas clases. Quizás te diga cosas que no me ha dicho a mí. Te prepararé otra bebida.

Rufo volvió a sentir que se ahogaba y contestó:

—Gracias, Vivaldo.

Vivaldo sacó hielo de la nevera y preparó dos bebidas. Volvió a la habitación y dijo:

—Aquí están. ¡Por todas las cosas que no conocemos!

Bebieron.

—Me has inquietado —dijo Vivaldo—. Me alegro de que hayas vuelto.

—Y yo me alegro de verte.

—Tu hermana me dejó un número de teléfono para que la llamara en el caso de que te viera. Es el de la señora que vive en la casa de al lado de la vuestra. Supongo que la puedo llamar ahora.

—No, es demasiado tarde. Iré mañana por la mañana.

Y esta idea, la idea de ver a sus padres y a su hermana por la mañana, lo refrenaba y desalentaba. Volvió a sentarse en el sillón y se recostó en él cubriéndose los ojos con las manos.

«Rufo —había dicho Leona repetidas veces—, no hay nada malo en ser de color».

A veces, cuando ella decía eso, Rufo se limitaba a mirarla fríamente, desde una gran distancia, como si se preguntase qué diablos quería decir. Su mirada parecía acusarla de ignorancia e indiferencia. Y, mientras ella le observaba la cara, sus ojos se ponían más desesperados que nunca, pero al mismo tiempo se llenaban con algún secreto sexual inmenso que la atormentaba;

Él había decidido volver a trabajar, hasta que comenzó a temer ir al trabajo.

A veces, cuando ella decía que no había nada malo en ser de color, él respondía:

—No, si se es una dama blanca que no tiene un centavo.

La primera vez que respondió eso. Leona parpadeó y no dijo nada. La segunda vez lo abofeteó, y él la abofeteó a ella. Peleaban constantemente. Se peleaban con las manos y con las voces y luego con los cuerpos; y una tormenta era como la otra. Muchas veces —y ahora Rufo estaba inmóvil, apretando la oscuridad contra los ojos, escuchando la música—, de pronto, sin saber que iba a hacerlo, arrojaba a Leona sollozante y aterrada a la cama, al suelo, la apretaba contra una mesa o una pared; ella le pegaba, sin fuerza, quejándose, completamente abyecta; él retorció sus dedos en el cabello largo y pálido de ella y la utilizaba de la manera que podía humillarla más. No era amor lo que sentía durante esos actos de amor: desahogado y temblando, totalmente insatisfecho, huía de la mujer blanca y violada y se iba a los bares. En esos bares nadie aplaudía su triunfo ni condenaba su culpabilidad. Comenzó a pelearse con hombres blancos y lo echaban de los bares. Los ojos de sus amigos le decían que estaba cayendo. Su propio corazón se lo decía. Pero el aire por el que corría era su prisión y ni siquiera podía tomar aliento para pedir ayuda.

Quizás ahora había tocado fondo. Se decía que lo bueno del fondo es que ya no se puede caer más. Trataba de consolarse con esa idea. Pero golpeaba en su corazón la sospecha de que el fondo no existía realmente.

—No quiero morir —se oyó decir, y comenzó a llorar.

La música seguía, lejos de él, terriblemente fuerte. Las luces eran muy brillantes y cálidas. Sudaba, y sentía picazón en todo el cuerpo. Vivaldo estaba a su lado y le acariciaba la cabeza; y el género del suéter asfixiaba a Rufo. Deseaba dejar de llorar, levantarse, respirar, pero sólo podía seguir sentado allí con la cara entre las manos. Vivaldo murmuró:

—Vamos muchacho, suéltalo, suéltalo todo.

Rufo deseaba levantarse, respirar, y al mismo tiempo quería estar tendido en el suelo, y que lo tragara cualquier cosa que pudiera poner fin a su dolor. Sin embargo, se daba cuenta, acaso por primera vez en su vida, de que nada podía ponerle fin, porque era él mismo. Rufo se daba cuenta de cada centímetro de Rufo. Era carne: carne, hueso, músculo, fluido, orificios, pelo y piel. Su cuerpo estaba regido por leyes que no comprendía. Tampoco comprendía qué fuerza existente dentro de ese cuerpo lo había arrastrado a una situación tan desolada. El más impenetrable de los misterios surgió en la oscuridad durante menos de un segundo, insinuando la reconciliación. Y la música continuaba, y Bessie decía que no le habría importado estar en la cárcel si no hubiese tenido que estar tanto tiempo.

—Lo siento —dijo, y levantó la cabeza.

Vivaldo le dio un pañuelo y Rufo se secó los ojos y se sonó la nariz.

—No te apesadumbres —dijo Vivaldo—. Alégrate. —Se inclinó sobre Rufo durante otro instante y luego añadió: —Voy a llevarte afuera para que comas una *pizza*. Tienes hambre, chiquillo, y por eso te tomas así las cosas.

Fue a la cocina y comenzó a lavarse la cara. Rufo sonreía observándolo, inclinado sobre la pila y bajo aquella luz horrible.

Era como la cocina de St. James *Slip*. Él y Leona habían terminado allí su vida en común, en el borde mismo de la isla. Cuando Rufo había dejado de trabajar y se le había acabado el dinero y ya no les quedaba nada que empeñar, dependían por completo del dinero que ganaba Leona en el restaurante. Luego ella perdió su empleo. Su vida doméstica, que exigía una terrible cantidad de bebida, le hacía difícil llegar a tiempo al trabajo y la desacreditó cada vez más. Una tarde, medio borracho, Rufo había ido al restaurante para llevársela. Al día siguiente la despidieron. No volvió a conseguir un empleo estable.

Una noche fue Vivaldo a visitarlos en su último apartamento. Oían los silbidos de los remolcadores durante todo el día y toda la noche. Vivaldo encontró a Leona sentada en el suelo del cuarto de baño, con el cabello sobre los ojos y la cara hinchada y sucia de haber llorado. Rufo le había pegado y estaba sentado, silencioso en la cama.

—¿Por qué? —preguntó Vivaldo.

—No lo sé —sollozó Leona—. No puede ser por nada que haya hecho. ¡Siempre me está pegando, por nada, por nada! —Jadeó, abrió la boca como una niña; en ese instante Vivaldo odiaba realmente a Rufo y Rufo lo sabía—. Dice que duermo con otros muchachos de color a espaldas de él, y eso no es cierto. ¡Dios sabe que no!

—Rufo sabe que no es cierto —dijo Vivaldo. Miró a Rufo, que no dijo nada. Se volvió hacia Leona y añadió: —Vamos, Leona, levántese y lávese la cara.

Entró en el cuarto de baño, la ayudó a levantarse y abrió el grifo.

—Vamos, Leona, recobre la calma y pórtese como una buena chica.

Ella trató de dejar de sollozar y se roció la cara con agua. Vivaldo le dio unas palmaditas en el hombro, asombrado una vez más al comprobar cuán frágil era. Entró en el dormitorio.

Rufo lo miró y le dijo:

—Ésta es mi casa y ésa mi chica. Tú no tienes nada que ver con esto. Sal de aquí.

—Te podrían matar por esto. Lo único que tendría que hacer ella es gritar. Y lo único que tengo que hacer yo es ir a la esquina y llamar a un policía.

—¿Quieres asustarme? ¡Vete en busca de un policía!

—Tienes que haber perdido el juicio. Si echaran una mirada a esta situación te meterían en la cárcel. —Fue a la puerta del cuarto—. Vamos, Leona, póngase el abrigo. Voy a sacarla de aquí.

—Yo no he perdido el juicio —dijo Rufo—, pero tú sí lo has perdido. ¿Adónde vas a llevar a Leona?

—No tengo adónde ir —murmuró Leona.

—Puede quedarse en mi casa hasta que encuentre algún lugar adónde ir. No la voy a dejar aquí.

Rufo echó hacia atrás la cabeza y rió. Vivaldo y Leona se volvieron para mirarlo. Rufo gritó, mirando al techo:

—¡Viene a *mi* casa y se va con *mi* chica y cree que este pobre negro se va a quedar sentado y le va a dejar hacer! ¿No es ésta una ramera?

Cayó de lado, todavía riendo. Vivaldo gritó:

—¡Por amor de Cristo, Rufo! ¡Rufo!

Rufo dejó de reír y se irguió.

—¿A quién diablos creéis que engañáis? —preguntó—. ¡Sé que sólo hay una cama en tu casa!

—¡Oh, Rufo! —gimió Leona—. Vivaldo solo trata de ayudar.

—¡Calla! —gritó Rufo, y la miró.

—No todos son animales —murmuró ella.

—¿Quieres decir como yo?

Leona no contestó. Vivaldo los observaba a ambos.

—¿Quieres decir como yo, perra? ¿O como tú?

—Si yo soy un animal —replicó Leona, furiosa, quizás envalentonada por la presencia de Vivaldo—, desearía preguntarte quién me ha hecho así. Dímelo.

—Tu marido lo hizo, perra. Tú misma me dijiste que tenía algo de caballo. Tú misma me dijiste lo que te hacía y que repetía que él tenía la cosa más grande de Dixie, negro o blanco. Y dijiste que tú no podías soportarlo. ¡Ja, ja! ¡Es una de las cosas más graciosas que haya oído nunca!

—Supongo —dijo ella, fastidiada, tras un silencio— que te he dicho muchas cosas que no debía haberte dicho.

—Creo que sí —resopló Rufo, dirigiéndose a Vivaldo, a la habitación, al río—. Fue su marido quien echó a perder a esta perra. Tu marido y todos los negros apestosos que te forzaron en los matorrales de Georgia. Por eso es por lo que te echó tu marido. ¿Por qué no dices la verdad? No habría tenido que pegarte si hubieses dicho la verdad. —Le hizo una mueca a Vivaldo—. Amigo, esta chica no se contenta con nada.

Y se interrumpió, mirando fijamente a Leona.

—Rufo —dijo Vivaldo, esforzándose por mantener la calma—, no sé qué te propones. Creo que estás loco. Fias conseguido una gran chica que haría cualquier cosa por ti, y tú lo sabes, e insistes en echarlo todo a rodar. ¿Qué le pasa a tu cabeza, amigo? —Trató de sonreír—. Por favor, no sigas.

Rufo guardó silencio. Se sentó en la cama, en la posición en que estaba a la llegada de Vivaldo.

—Vamos, Leona —dijo Vivaldo por fin, y Rufo se levantó y miró a los dos con una sonrisita llena de odio—. Voy a llevarla a otra parte durante unos pocos días, para que los dos os calméis.

—¡Sir Walter Raleigh... con una ramera! —se burló Rufo.

—Escucha —dijo Vivaldo—. Si no confías en mí, alquilaré una habitación en la Y.^[1] Yo volveré aquí. No trato de robarte tu chica. Me conoces lo bastante bien para estar seguro de eso.

Rufo replicó, con una humildad sorprendente y amenazadora:

—Supongo que no crees que sea lo bastante buena para ti.

—Tú eres quien no cree que sea bastante buena para ti.

—No —dijo Leona, y los dos hombres se volvieron para mirarla—, ninguno de los dos está en lo cierto. Rufo cree que no es bastante bueno para mí.

Ella y Rufo se miraron. Un remolcador silbó a lo lejos. Rufo sonrió.

—¿Lo ves? Tú lo recuerdas constantemente. Tú eres la que lo recuerda. ¿Cómo esperas que me entienda con una perra como tú?

—Así es como te criaron —dijo Leona— y supongo que no puedes evitarlo.

Se hizo otro silencio. Leona apretaba los labios y los ojos se le llenaron de lágrimas. Parecía querer retirar sus palabras, retroceder en el tiempo y comenzar todo de nuevo. Pero no se le ocurría nada que decir y el silencio se prolongaba. Rufo frunció los labios y dijo:

—Vete, perra, vete y hazlo con tu nuevo amante. No va a poder satisfacerte. Volverás. Ya no puedes prescindir de mí. —Se acostó boca abajo en la cama—. Yo voy a dormir bien toda la noche, para variar.

Vivaldo empujó a Leona hacia la puerta y salió de espaldas de la habitación sin perder de vista a Rufo.

—Volveré —dijo.

—No, no volverás —replicó Rufo—. Te mataré si vuelves.

Leona le lanzó una mirada rápida, rogándole que guardara silencio, y Vivaldo cerró la puerta tras ellos.

—Leona —preguntó cuando estuvieron en la calle—, ¿durante cuánto tiempo han estado así las cosas? ¿Por qué lo ha soportado?

—¿Por qué —contestó Leona, fastidiada— soporta algo la gente? Porque no puede evitarlo, supongo. Pues bien, eso me sucede a mí. Dios, no sé qué hacer. —Se echó otra vez a llorar. Las calles estaban muy oscuras y vacías—. Sé que está enfermo y sigo esperando que se ponga bien, pero no puedo conseguir que vea a un médico. Él sabe que yo no hago ninguna de esas cosas que dice, ¡lo sabe!

—Pero no puede seguir así. Leona. Puede matarla y matarse él.

—Él dice que soy yo la que trata de matarnos. La semana pasada tuvo una pelea con un tipo en el metro, algún hombre ignorante y desdichado al que no le gustó la idea de que estuviéramos juntos; pues bien, me echó la culpa de esa pelea. Dijo que yo incitaba al hombre. Y yo ni siquiera había visto al hombre hasta que él abrió la boca. Pero Rufo lo está buscando constantemente, lo ve aunque no exista y no ve nada más. Dice que le he arruinado la vida. Bueno, seguramente él no ha hecho muy buena la mía.

Leona trató de secarse los ojos. Vivaldo le dio su pañuelo y le pasó un brazo alrededor de los hombros.

—¿Sabe?, el mundo es bastante duro y la gente es bastante mala sin necesidad de buscar el mal constantemente y de provocarlo y hacerlo peor. Yo le repito que conozco a muchas personas a las que no les gusta lo que hago, pero no me importa. Que ellos sigan su camino y yo el mío.

Un policía pasó junto a ellos y les lanzó una mirada. Vivaldo sintió que el cuerpo de Leona se estremecía y luego se estremeció también el suyo. Nunca había temido a los policías; se limitaba a despreciarlos. Pero en aquel momento percibió la impersonalidad del uniforme, el vacío de las calles. Tuvo la sensación de que el policía podía hablar y actuar como si él hubiera sido Rufo caminando con el brazo alrededor de Leona.

Sin embargo, un momento después dijo:

—Debería dejarlo. Debería salir de la ciudad.

—Ya le he dicho, Viv, que sigo esperando. Todo se arreglará de algún modo. No era así cuando lo conocí, no es realmente así en modo alguno. Sé que no lo es. Algo se le ha retorcido en la mente y no puede remediarlo.

Estaban bajo un farol. El rostro de Leona era espantoso, indeciblemente hermoso, a causa de la misma pena. Las lágrimas le rodaban por las delgadas mejillas y hacía esfuerzos esporádicos e inútiles para dominar el temblor de su boca de niña.

—Le quiero —dijo, desamparada—. Le quiero, no puedo evitarlo. No importa lo que hace conmigo. Está desorientado y me pega porque no puede encontrar ninguna otra cosa a qué pegar.

Vivaldo la atrajo hacia sí mientras ella lloraba; era una muchacha frágil y cansada, heredera inconsciente de generaciones de amargura. No se le ocurría nada que decir. Una luz se encendía lentamente dentro de él, una luz terrible. Veía —vagamente— peligros, misterios, abismos con cuya existencia nunca había soñado.

—Ahí viene un taxi —dijo.

Ella sé irguió y trató otra vez de secarse los ojos.

—Iré con usted —dijo Vivaldo— y volveré inmediatamente.

—No —replicó Leona—, déme las llaves. Me arreglaré bien. Usted vuelva a ver a Rufo.

—Rufo ha dicho que me matará si vuelvo —dijo Vivaldo, sonriendo a medias.

El taxi se detuvo junto a ellos. Vivaldo entregó sus llaves a Leona y ella abrió la portezuela, ocultando su rostro al conductor.

—Rufo no va a matar a nadie más que a sí mismo —dijo—, si no encuentra un amigo que le ayude. —Se detuvo a medias dentro y a medias fuera del coche—. Usted es el único amigo que tiene en el mundo, Vivaldo.

Él le dio algún dinero para que pagara el taxi; le parecía que, después de todos aquellos meses, existía por fin algo explícito entre ellos: los dos querían a Rufo y los dos eran blancos. Ahora que la cosa era tan horriblemente clara,

cada uno de ellos podía ver cuán desesperadamente el otro había tratado de evitar esa confrontación.

—¿Va allá ahora? —preguntó Vivaldo—. ¿A mi casa?

—Sí, voy. Y usted vuelva a ver a Rufo. Quizás pueda ayudarle. Necesita a alguien que le ayude.

Vivaldo dio al conductor su dirección y se quedó mirando cómo se alejaba el taxi. Luego se dio vuelta y comenzó a desandar el camino que habían seguido.

La distancia parecía mayor ahora que estaba solo y la oscuridad era más densa. El conocimiento de que el policía rondaba por alguna parte, en la oscuridad cerca de él, hacía siniestro el silencio. Se sentía amenazado, se sentía totalmente enajenado de la ciudad en que había nacido, de esa ciudad por la que a veces sentía una especie de afecto duro, porque era lo único que conocía de la patria. Sin embargo, no tenía hogar en ella, pues el tugurio de la Bank Street no era un hogar. Siempre había supuesto que algún día podría hacerse un hogar. Ahora comenzaba a preguntarse si alguien podía echar raíces en aquella roca; o, más bien, comenzaba a darse cuenta de las figuras que adquirirían los que arraigaban. Comenzaba a interrogarse acerca de su propia figura.

Con frecuencia había pensado en su soledad, por ejemplo, como una situación que atestiguaba su superioridad. Pero personas que no eran superiores se hallaban, no obstante, muy solas, y no podían salir de su soledad precisamente porque no estaban equipadas para compenetrarse con ella. Su propia soledad, magnificada muchos millones de veces, hacía más frío el aire nocturno. Recordaba a qué excesos, a qué trampas y pesadillas, le había llevado su soledad, y se preguntaba a dónde podía llevar a toda una ciudad un vacío tan violento.

Al mismo tiempo, a medida que se acercaba a casa de Rufo, trataba con ahínco de no pensar en él.

Estaba en un sector de almacenes. De día los camiones llenaban las calles y los obreros se dedicaban en aquellas plataformas espectrales a mover grandes pesos y a maldecir. Como él había hecho en otro tiempo; durante una larga temporada había sido uno de ellos. Se enorgullecía entonces de su habilidad y de sus músculos, y era feliz porque se le aceptaba como a un hombre entre los hombres. Sólo que eran ellos los que veían en él algo que no podían aceptar, que los inquietaba. De vez en cuando un hombre, mientras encendía el cigarrillo, lo miraba burlonamente, con una sonrisita. La sonrisa ocultaba una hostilidad renuente y defensiva. Decían que era un «chico

inteligente», que «iría lejos»; y daban a entender claramente que esperaban que se fuera, no importaba adónde, con tal de que se fuera.

Pero en el fondo de su mente machacaba y punzaba la cuestión de Rufo. En su escuela había unos pocos muchachos de color, pero en su mayoría se mantenían en armonía con los demás, por lo que él recordaba. Había conocido muchachos a los que les gustaba mucho ir a pegar a los negros. Apenas parecía posible —e incluso apenas parecía justo— que los niños de color apaleados en la escuela llegasen a ser hombres de color que desearan pegar a todos los que se les pusieran a la vista, incluyendo, o quizás especialmente, a personas que nunca se habían ocupado de ellos de una manera u otra.

Vio luz en la ventana de Rufo, la única luz que se veía por allí.

Luego recordó algo que le había sucedido hacía mucho tiempo, dos o tres años antes. Era la época en que se pasaba mucho tiempo en Harlem, corriendo tras las prostitutas. Una noche, mientras caía una lluvia ligera, iba hacia el centro por la Séptima Avenida. Caminaba deprisa, pues era muy tarde y aquella parte de la avenida estaba casi desierta, y temía que lo detuviera un coche policial. En la Calle 116 se detuvo en un bar, eligiendo deliberadamente uno que no conocía. Como no conocía el bar, sentía una inquietud desacostumbrada y se preguntaba qué ocultaban los rostros de alrededor. Cualquiera cosa que fuera, la ocultaban muy bien. Seguían bebiendo y conversando y poniendo monedas en el tocadiscos automático. No parecía, ciertamente, que su presencia preocupase a nadie, ni que los hiciera callar. Sin embargo, nadie hacía el menor esfuerzo para conversar con él, y en sus ojos aparecía un brillo casi imperceptible cuando miraban en su dirección.

Ese brillo se mantenía incluso cuando sonreían. El camarero, por ejemplo, sonrió cuando Vivaldo dijo algo, pero hizo saber claramente, cuando le empujó la bebida a través del mostrador, que la anchura de éste no era sino una débil representación de la gran sima que los separaba.

Eso sucedió en la noche en que vio los ojos sin brillo. Más tarde se le acercó una muchacha. Dando la vuelta a la esquina, fueron a su habitación. Allí estaban; él se había aflojado la corbata y quitado los pantalones y estaban a punto de comenzar cuando se abrió la puerta y entró el «marido». Era uno de los hombres barbilampiños y reidores que estaban en el bar. La muchacha chilló, bastante bonitamente, y luego, con tranquilidad, se vistió de nuevo. Vivaldo se quedó al principio tan decepcionado que deseaba llorar, y luego tan irritado que quería matar. Pero hasta que miró a los ojos del hombre no comenzó a sentir miedo.

El hombre lo miró de arriba abajo y sonrió.

—¿Dónde pensabas poner eso, muchacho blanco? —preguntó.

Vivaldo no contestó y se subió lentamente los pantalones. El hombre era muy negro y muy grande, casi tan grande como Vivaldo, y, por supuesto, en aquel momento estaba en una situación mucho mejor para pelear.

La muchacha se sentó en el borde de la cama para ponerse los zapatos. Se hizo el silencio en la habitación, salvo el canturreo en voz baja, desarticulado e intermitente, de la mujer. Vivaldo no podía comprender lo que canturreaba y eso, por alguna razón demente, lo puso furioso.

—Podía haber esperado un par de minutos por lo menos —dijo—. Ni siquiera había empezado.

Dijo eso mientras se abrochaba el cinturón, inútilmente, con la vaga idea de que así podría reducir la multa. Apenas había hablado, cuando el hombre le golpeó dos veces, con la mano abierta, en la cara. Vivaldo se tambaleó, retrocedió y fue a parar al rincón donde estaba el lavabo, y un vaso de agua cayó al suelo y se rompió con estrépito.

—¡Caramba! —exclamó la muchacha—. No es necesario destruir la habitación. —Se agachó para recoger los trozos de vidrio, y a Vivaldo le pareció que estaba un poco asustada y un poco avergonzada—. Haz lo que vas a hacer —añadió, arrodillada— y déjalo salir de aquí.

Vivaldo y el hombre se miraron fijamente y el terror comenzó a disipar la ira de Vivaldo. No era sólo la situación lo que le asustaba, sino también los ojos del hombre. Miraban a Vivaldo con un odio tranquilo y firme, tan remoto e incontestable como la locura.

—Has tenido una maldita suerte al no haberlo hecho —dijo—. Lo habrías lamentado mucho si lo hubieras hecho. No habrías vuelto a poner tu zarpa blanca en una gatita negra, te lo aseguro.

«Bueno, si es así como sientes —deseaba decir Vivaldo—, ¿por qué diablos no la mantienes alejada de las calles?». Pero parecía mejor —y parecía, de una manera misteriosa, que la muchacha trataba de decírselo en silencio— hablar lo menos posible.

En consecuencia, sólo dijo, lo más tranquilo que pudo:

—Escuche. A mí me toca la peor parte en el asunto. Muy bien. ¿Qué quiere?

Y lo que el hombre quería era más que lo que sabía decir. Observaba a Vivaldo, esperando que éste volviera a hablar. La mente de Vivaldo se llenó de pronto con la imagen de una película que había visto hacía mucho tiempo. Veía a un perro de caza, tenso, al acecho, en completo silencio, esperando a que una bandada de codornices se entregara al pánico y levantara el vuelo

para que pudieran hacer blanco en ellas las escopetas de los cazadores. Lo mismo sucedía en la habitación mientras el hombre esperaba a que hablara Vivaldo. Cualquier cosa que éste dijera podía dar la oportunidad para la matanza. Vivaldo contenía el aliento, con la esperanza de que el pánico no se le reflejara en los ojos, y sentía que comenzaba a hormiguearle la carne. Luego el hombre miró a la muchacha, que estaba cerca de la cama, observándolo, y después se acercó lentamente a Vivaldo. Cuando estuvo directamente ante Vivaldo, con sus ojos penetrando en los de éste como si quisiera atravesarle el cráneo y el cerebro y apoderarse de todo, de pronto tendió la mano.

Vivaldo le entregó la cartera.

El hombre encendió el cigarrillo que tenía en la comisura de la boca y lenta, insolentemente, registró la cartera.

—Lo que no comprendo —dijo, con una lentitud espantosa— es por qué vosotros, los muchachos blancos, venís siempre a esta parte de la ciudad para husmear alrededor de nuestras muchachas negras. No veréis que ninguno de nosotros aparezca en el centro de la ciudad para acechar a vuestras muchachas blancas. ¿No es así?

«No estés tan seguro», pensaba Vivaldo, pero no dijo nada. Sin embargo, aquello le había excitado algún nervio y sintió que volvía a enojarse.

—Supón que te digo que esa mujer es mi hermana —añadió el hombre señalando a la muchacha con un gesto—. ¿Qué harías si me encontraras con tu hermana?

«Me importaría un comino que la partieses por la mitad», pensó Vivaldo, pero al mismo tiempo la pregunta le hizo temblar de ira y se dio cuenta, con otra parte de su mente, de que eso era exactamente lo que quería el hombre.

Quedaba en el fondo de su mente, no obstante, una vaga especulación acerca de por qué *aquella* pregunta le irritaba.

—¿Quiero decir: qué me harías? —insistió el hombre, todavía con la cartera de Vivaldo en la mano y mirándolo, sonriente—. Quiero que nombres tu castigo. —Esperó y luego añadió—. Vamos. Tú sabes lo que hacéis vosotros.

El hombre parecía un poco avergonzado y al mismo tiempo más peligroso que nunca. Vivaldo dijo por fin, tensamente:

—Yo no tengo hermana.

Se arregló la corbata, deseando que las manos se le mantuvieran firmes, y comenzó a buscar la chaqueta.

El hombre lo contempló un momento más, miró a la muchacha, y luego otra vez la cartera. Sacó de ella todo el dinero y preguntó:

—¿Esto es todo lo que tienes?

En esos días Vivaldo había estado trabajando continuamente y su cartera contenía cerca de sesenta dólares.

—Sí —contestó.

—¿No hay nada en tus bolsillos?

Vivaldo sacó los billetes y monedas que tenía en los bolsillos, unos cinco dólares en total, y el hombre se quedó con todo.

—Necesito algo para volver a casa, señor —dijo Vivaldo.

El hombre le entregó la cartera y contestó:

—Vuelve a pie. Tienes suerte de poder hacerlo. Si te vuelvo a sorprender aquí te enseñaré lo que le sucedió a un negro que conozco cuando el señor Charlie lo sorprendió con la señorita Anne.

Vivaldo guardó la cartera en el bolsillo trasero y recogió la chaqueta del suelo. El hombre lo observaba y la muchacha observaba al hombre. Llegó a la puerta y la abrió y se dio cuenta de que no le sostenían bien las piernas.

—Bueno —dijo—, gracias por el viaje a pie.

Bajó las escaleras tambaleándose. Había llegado al primer rellano cuando oyó que arriba se abría una puerta y unos pasos rápidos y cautelosos que descendían. Apareció sobre él la muchacha, que le tendió la mano por encima de la baranda.

—Tome esto —dijo ella en voz baja, y se inclinó peligrosamente sobre la baranda para meterle un dólar en el bolsillo del pecho—. ¡Vuelva a casa en seguida! ¡Apresúrese!

Y corrió escaleras arriba.

Recordó los ojos de aquel hombre durante largo tiempo, después de la ira, la vergüenza y el terror de aquella noche. Y los volvía a ver en aquel momento, mientras subía las escaleras que llevaban al apartamento de Rufo. Entró sin llamar. Rufo estaba cerca de la puerta, con un cuchillo en la mano.

—¿Eso es para mí o para ti? ¿O te proponías cortar un trozo de salami?

Se obligó a quedarse donde estaba y mirar directamente a Rufo.

—Pensaba clavártelo a ti, bribón —respondió Rufo, pero no se movió.

Vivaldo respiró lentamente.

—Bueno, déjalo. Si alguna vez he visto a un pobre bastardo que necesite a sus amigos, ése eres tú.

Se observaron el uno al otro durante lo que pareció un tiempo muy largo, y ninguno de ellos se movía. Se miraron mutuamente a los ojos, buscando

quizás al amigo que cada uno de ellos recordaba. Vivaldo conocía tan bien la cara que tenía delante que en cierto modo dejó de mirarla y en el fondo de su corazón se esforzaba por ver lo que el tiempo le había hecho a Rufo. No le había visto anteriormente las finas arrugas de la frente, la línea profunda y encorvada entre las cejas, la tensión que le agriaba los labios. Se preguntaba qué veían aquellos ojos que no habían visto en años anteriores. Nunca había asociado a Rufo con la violencia, pues su manera de andar era circunspecta y lenta, su tono burlón y amable; pero ahora recordaba cómo tocaba Rufo el tambor.

Dio un paso más, sin perder de vista a Rufo y el cuchillo.

—No me mates, Rufo —se oyó decir—. No trato de hacerte daño. Sólo quiero ayudarte.

La puerta del cuarto de baño estaba todavía abierta y la luz seguía encendida. La luz sin pantalla de la cocina iluminaba despiadadamente las dos canastas con naranjas, la tabla que servía de mesa, el lavabo y la bañera. En un rincón se amontonaban las ropas sucias. Más allá, en el dormitorio a oscuras, dos maletas, la de Rufo y la de Leona, se hallaban abiertas en el suelo. En la cama había una sábana gris retorcida y una manta delgada.

Rufo miraba fijamente a Vivaldo. Parecía no creerle, y al mismo tiempo parecía que anhelaba creerle. De pronto contrajo el rostro, dejó caer el cuchillo y abrazó a Vivaldo, temblando.

Vivaldo lo llevó al dormitorio y ambos se sentaron en la cama.

Alguien tiene que ayudarme —dijo Rufo por fin—, alguien tiene que ayudarme. Eso ha terminado.

—¿No puedes hablarme de eso? Estás destrozando tu vida. Y yo no sé por qué.

Rufo suspiró y se tendió de espaldas, con los brazos bajo la cabeza, mirando al techo.

—Yo tampoco lo sé. No lo sé en absoluto. Yo no sé lo que hago.

Todo el edificio estaba en silencio. La habitación en que estaban parecía muy alejada de la vida que respiraba alrededor en toda la isla.

Vivaldo dijo suavemente:

—Sabes lo que le estás haciendo a Leona. Eso no es justo. Aunque ella hiciera lo que tú dices que hace, no es justo. Si lo único que puedes hacer es pegarle, bueno, debes dejarla.

Rufo pareció sonreír.

—Sospecho que le pasa algo a mi cabeza.

Volvió a guardar silencio; retorció el cuerpo en la cama, miró a Vivaldo y preguntó:

—¿La has dejado en un taxi?

—Sí.

—¿Ha ido a tu casa?

—Sí.

—¿Tú vas a volver allá?

—Creo que quizás sea mejor que me quede aquí contigo durante un tiempo, si no tienes inconveniente.

—¿Qué te propones hacer, vigilarme?

Lo dijo sonriendo, pero no había sonrisa en su voz.

—Pensaba que acaso desearías compañía.

Rufo se levantó, y se puso a caminar arriba y abajo.

—No necesito compañía. Ya he tenido bastante compañía para el resto de mi vida. —Fue a la ventana y se quedó allí, dando la espalda a Vivaldo—. ¡Cómo los odio, a todos esos hijos de puta blancos! Tratan de matarme, ¿crees que no lo sé? Tienen al mundo en un puño esos miserables lameculos blancos, y me atan una cuerda alrededor del cuello y me matan. —Volvió a la habitación, pero no miró a Vivaldo—. A veces estoy acostado aquí y escucho, sólo escucho. Ellos están fuera, arrastrando los pies, y creen que eso va a durar siempre. A veces estoy acostado aquí y escucho, escucho esperando oír una bomba que caiga en la ciudad y pare todos los ruidos. Escucho para oír cómo se quejan, quiero que se desangren y ahoguen, quiero oírles gritar pidiendo que alguien les ayude. Gritarán largo tiempo antes de que yo vaya a ayudarles. —Se interrumpió y le brillaban los ojos con las lágrimas y el odio—. Va a suceder uno de estos días, va a suceder. —Volvió a la ventana—. A veces escucho los barcos que pasan por el río, escucho esos silbidos, y pienso que sería bueno tomar uno de esos barcos e ir a algún lugar alejado de toda esta gente, a un lugar donde traten a un hombre como hombre. —Se secó los ojos con el dorso de la mano y de pronto golpeó con el puño en el antepecho de la ventana—. ¡Hay que luchar con el dueño de la casa porque el dueño de la casa es *blanco*! ¡Hay que luchar con el ascensorista porque el hijo de puta es *blanco*! ¡Cualquier holgazán del Bowery puede cagarse en ti porque, aunque no puede oír, no puede ver, no puede caminar ni puede hacer el amor, es *blanco*!

—Rufo, Rufo, ¿qué dices...? —Vivaldo deseaba preguntar: «¿Qué dices de mí Rufo? Yo soy blanco». Pero dijo: —No todos son así, Rufo.

—¿No? Eso es nuevo para mí.

—Leona te quiere.

—Quiere tanto a las personas de color que a veces no puedo soportarlo. ¿Sabes qué es todo lo que esa chica conoce de mí? ¿Lo *único* que conoce? Es esto. —Y se llevó la mano al sexo, brutalmente, como si quisiera desgarrarlo, y pareció complacerle que Vivaldo retrocediera.

Volvió a sentarse en la cama.

—Creo que estás loco —dijo Vivaldo, pero el temor quitó convicción a su voz.

—Pero ella es la única chica para mí en el mundo —añadió Rufo un momento después—, y es una ramera.

—La estás destruyendo. ¿Eso es lo que quieres?

—También ella me está destruyendo a mí.

—Vamos, dime, ¿es eso lo que quieres?

—¿Qué quieren una de otra dos personas cuando se juntan? ¿Lo sabes?

—Sé por lo menos que no quieren enloquecerse mutuamente.

—Sabes más que yo —dijo Rufo sardónicamente—. ¿Qué quieres cuando te juntas con una muchacha?

—¿Qué quiero?

—Sí. ¿Qué quieres?

—Bueno —respondió Vivaldo, luchando con el pánico y tratando de sonreír—, quiero acostarme con ella.

Miró a Rufo, con la sensación de que se agitaban en él cosas terribles.

—¿De veras? —Y Rufo lo miró con curiosidad, como si pensara: «¿Así que eso es lo que hacen los muchachos blancos?»—. ¿Nada más?

—Bueno, quiero que la chica me quiera. Deseo hacer que me quiera.

Se hizo un silencio. Luego Rufo preguntó:

—¿Sucede eso siempre?

—No —contestó Vivaldo, pensando en las jóvenes católicas y en las prostitutas—. Supongo que no.

—¿Y cómo haces que suceda? ¿Qué haces? —miró a Vivaldo sonriendo a medias— ¿Qué haces?

—¿Qué quieres decir con eso de qué hago?

Trató de sonreír, pero sabía lo que quería decir Rufo.

—¿Lo haces exactamente como te han dicho que lo hagas? —Tiró a Vivaldo de la manga y bajó la voz—. Esa chica blanca tuya. Jane, ¿no te ha engañado nunca?

«¡Oh, Rufo —deseaba gritar Vivaldo—, deja de decir tonterías!», y sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas. Al mismo tiempo el terror le oprimía

el corazón y la sangre se le retiraba de la cara.

—Yo no he tenido una chica tan excelente —contestó, lacónicamente, pensando otra vez en las medrosas muchachas católicas con las que se había criado, y en su hermana, su madre y su padre. Trató de obligar a su memoria a recordar las camas en las que había estado, pero su memoria estaba tan en blanco como una pared—. Excepto —añadió de pronto— entre las prostitutas.

Y en el silencio que se hizo tuvo la sensación de que el asesinato estaba sentado en la cama, junto a ellos. Miró a Rufo, y vio que éste se reía. Estaba tendido de espaldas en la cama y reía de tal modo que las lágrimas le resbalaban por las mejillas. Era la peor risa que Vivaldo había oído nunca y deseaba sacudir a Rufo, o abofetearlo, cualquier cosa para hacer que dejara de reír. Pero no hizo nada; encendió un cigarrillo; tenía húmedas las palmas de las manos. Rufo se atragantó, farfulló algo y se incorporó. Volvió la cara angustiada hacia Vivaldo durante un instante y luego gritó:

—¡Prostitutas!

Y volvió a reír.

—¿Qué es tan gracioso? —preguntó Vivaldo, tranquilo.

—Si tú no lo ves, yo no puedo decírtelo —contestó Rufo. Había dejado de reír y estaba muy sereno y tranquilo—. Todos viajamos en el tren A; tú lo tomas hacia abajo y yo lo tomo hacia arriba. Es estúpido. —Volvió a mirar a Vivaldo con odio—. Yo y Leona... Ella es el mejor negocio que he realizado nunca. No hay nada que no hayamos hecho.

—¡Qué tontería! —exclamó Vivaldo.

Y aplastó el cigarrillo en el suelo. Comenzaba a enojarse y al mismo tiempo deseaba reír.

—Pero no va a tener buen fin —añadió Rufo—, no va a tener buen fin. —Oyeron las sirenas de los remolcadores en el río, y fue hacia la ventana—. Tengo que salir de aquí. Es mejor que me vaya de aquí.

—Bueno, vete. No te quedes esperando. Vete.

—Me iré. Pero quiero ver a Leona una vez más. Quiero acostarme con ella y que me ame una vez más.

—Tú sabes que a mí no me interesan realmente los detalles de tu vida sexual.

—¿No? Yo creía que todos vosotros, los muchachos blancos, teníais mucho interés por saber cómo lo hacemos nosotros, los fantasmas.

—Bueno, yo soy distinto.

—Sí, apuesto a que lo eres.

—Lo único que quiero es ser tu amigo. Nada más. Pero tú no quieres tener amigos, ¿verdad?

—Sí, lo quiero —dijo Rufo, tranquilo—. Lo quiero. —Hizo una pausa, y luego, lentamente, con dificultad, añadió:

—No me hagas caso. Yo sé que eres el único amigo que me queda en el mundo, Vivaldo.

«Y por eso me odias», pensó Vivaldo, y se sintió impotente y triste.

Vivaldo y Rufo estaban sentados en silencio cerca de la ventana de la pizzeria. Les quedaba poco por decir. Lo habían dicho todo, por lo menos Rufo, y Vivaldo había escuchado. La música de un club nocturno cercano les llegaba débilmente a través de las ventanas, juntamente con el zumbido constante e insuperable de la calle. Y Rufo miraba a la calle con una atención triste y desanimada, como si esperara a Leona. Las calles la habían reclamado y la habían encontrado, según dijo Rufo, en una noche helada, medio desnuda, buscando a su bebé. Sabía dónde estaba, dónde lo habían ocultado, conocía la casa, pero no podía recordar la dirección.

Y luego, dijo Rufo, la llevaron a Bellevue, y él no había podido sacarla de allí. Los médicos opinaron que sería criminal dejarla a cargo del hombre que era la causa principal de su trastorno y, además, no la podía reclamar legalmente. Avisaron a la familia de Leona y su hermano vino del sur y se la llevó con él. Ahora estaba en alguna parte de Georgia mirando fijamente las paredes de una habitación pequeña, y allí se quedaría para siempre.

Vivaldo bostezaba y se sentía culpable. Estaba cansado, cansado del relato de Rufo, cansado del esfuerzo de escuchar, cansado de la amistad. Deseaba ir a su casa, cerrar la puerta y dormir. Estaba cansado de las cuitas de las personas reales y deseaba volver a las personas que él había inventado y cuyas cuitas podía soportar.

Pero estaba inquieto también y no se sentía dispuesto, ya que se hallaba fuera de su casa, a volver a ella inmediatamente.

—Vamos a tomar un trago en el bar de Benno —dijo. Y como sabía que Rufo no deseaba realmente ir allá, añadió: —¿Conforme?

Rufo movió afirmativamente la cabeza; se sentía un poco asustado. Vivaldo lo observaba y tenía la sensación de que todo volvía, su afecto por Rufo y el pesar que le inspiraba. Se inclinó sobre la mesa y le dio una palmadita en la mejilla.

—Vamos —dijo—, no tienes por qué temer a nadie.

Ante esas palabras Rufo pareció todavía más asustado, aunque esbozó una sonrisita en las comisuras de la boca; Vivaldo tuvo la sensación de que cualquier cosa que fuera a ocurrir había comenzado ya. Suspiró, aliviado, y al mismo tiempo deseaba no haber pronunciado esas palabras. Se acercó el mozo, Vivaldo pagó la cuenta y salieron a la calle.

—Es casi el Día de Acción de Gracias —dijo de pronto Rufo—. No me daba cuenta. —Rió—. Pronto será Navidad y el año va a terminar...

Se interrumpió y levantó la cabeza para mirar las calles frías.

Un policía, de pie bajo la luz en la esquina, telefoneaba. En la acera opuesta un joven paseaba a su perro. La música del club nocturno se amortiguaba a medida que se alejaban de él hacia el de Benno. Una muchacha negra, gruesa y sencilla, que llevaba paquetes, y un muchacho blanco, con gafas e insolente, corrieron juntos hacia un taxi. La luz amarilla del techo se apagó, las portezuelas se cerraron de golpe. El taxi dio vuelta, se dirigió hacia Rufo y Vivaldo y las luces de la calle iluminaron durante un instante los rostros de la pareja silenciosa que iba dentro.

Vivaldo puso un brazo alrededor de Rufo y le hizo entrar delante de él en el bar de Benno.

El bar estaba abarrotado. Había allí agentes de las compañías de publicidad que bebían raciones dobles de aguardiente o vodka; estudiantes cuyos dedos húmedos resbalaban en las botellas de cerveza; y hombres solitarios cerca de las puertas o en los rincones que observaban a las mujeres vagabundas. Los estudiantes, centelleantes de ignorancia y enloquecidos de castidad, hacían esfuerzos terribles para atraer la atención femenina, pero sólo conseguían atraerse unos a otros. Algunos de los hombres pagaban bebidas a algunas de las mujeres —que iban incesantemente del tocadiscos automático al mostrador— y se miraban mutuamente con sonrisas que oscilaban, con una precisión misteriosa, entre el anhelo y el desdén. Parejas de blancos y negros estaban juntas allí, más juntas en aquel momento que lo que estarían luego cuando fueran a sus casas. Las diversas historias se encubrían bajo la jerga que, ola tras ola, rodaba por el bar; quedaban encerradas en un silencio parecido al silencio de los glaciares. Sólo el tocadiscos automático hablaba, repitiendo incesantemente cada noche, durante toda la noche, lamentos de amor sincopados y sintéticos.

Los ojos de Rufo encontraban dificultad para adaptarse a la luz amarilla, el humo y el movimiento. El lugar le parecía terriblemente extraño, como si fuese el recuerdo de un sueño. Reconocía rostros, gestos y voces de ese mismo sueño; y, como en un sueño, nadie miraba hacia él, nadie parecía

recordarlo. Cerca de él, sentada a una mesa, estaba una muchacha con la que había bailado una o dos veces, y que se llamaba Belle. Conversaba con su amigo Lorenzo. Se echó hacia atrás el largo cabello que le caía sobre los ojos y durante un momento miró directamente a Rufo, pero no pareció reconocerlo. Una voz le dijo al oído:

—¡Eh, Rufo! ¿Cuándo te pusieron en libertad?

Se volvió y se encontró frente a una cara de chocolate sonriente, coronada por un cabello muy minuciosamente peinado que caía hacia adelante. No podía recordar el nombre que correspondía a aquella cara. No podía recordar qué relación había tenido con la cara. Se limitó a decir:

—Sí, estoy libre. ¿Cómo le ha ido a usted?

—¡Oh, yo peleo, amigo, tengo que seguir peleando! —Sus ojos parecían embestir como dos insectos malévolos, el pelo le ondulaba y tenía húmedos los labios y la frente. Bajó la voz—. Me tuvieron encordelado durante un tiempo, pero ahora estoy en libertad. He oído que estás pelado.

—¿Pelado? No. He estado trabajando en los escenarios de la parte alta de la ciudad.

—¿De veras? Me alegro. —Movi6 la cabeza hacia la puerta en respuesta a una llamada que Rufo había oído—. Tengo que irme, pues me espera mi muchacho. Te veré por aquí.

En el bar penetró durante un momento un aire fresco, pero el vaho y el humo volvieron a envolverlo todo.

Mientras estaban allí, sin que todavía hubiesen podido pedir algo para beber y sin decidirse a quedarse o marcharse, apareció Cass entre el vaho y el ruido. Iba muy elegante, de negro, con el cabello dorado recogido cuidadosamente atrás y arriba. Llevaba una bebida y un cigarrillo en una mano y parecía al mismo tiempo la matrona un poco cansada que era actualmente y la muchacha traviesa que había sido en otro tiempo.

—¿Qué hace usted aquí? —le preguntó Vivaldo—. Y además tan elegantemente vestida. ¿Qué sucede?

—Estoy harta de mi marido y busco un hombre nuevo. Pero me parece que me he equivocado de almacén.

—Quizás tenga que esperar una liquidación.

Cass se volvió hacia Rufo y le puso la mano en el brazo.

—Me alegro de que haya reaparecido —dijo, y sus grandes ojos castaños miraban directamente a los de Rufo—. ¿Está usted bien? Todos le hemos echado de menos.

Rufo se apartó involuntariamente de su contacto y de su tono. Deseaba darle las gracias y dijo, moviendo la cabeza y tratando de sonreír:

—Estoy bien, Cass. Es agradable haber vuelto.

—¿Sabe de qué me doy cuenta cada vez que lo veo? De que somos muy parecidos. —Se volvió hacia Vivaldo—. No veo a su envejecida querida en ninguna parte. ¿Busca usted una mujer nueva? Si es así, también se ha equivocado de almacén.

—No veo a Jane desde hace mucho tiempo —contestó Vivaldo— y quizás sea conveniente que no volvamos a vernos.

Pero parecía preocupado.

—¡Pobre Vivaldo! —exclamó Cass, y un instante después los dos rieron—. Vengan al fondo conmigo. Allí está Ricardo y se alegrará mucho de verlos.

—No sabía que ustedes pusieran los pies en lugares como éste. ¿Es que ya no pueden soportar su felicidad doméstica?

—Esta noche festejamos un acontecimiento. Ricardo acaba de vender su novela.

—¡No!

—¡Sí! ¡Sí! ¿No es maravilloso?

—¡Bueno, maldición! —exclamó Vivaldo, algo ofuscado.

—Vamos —dijo Cass.

Tomó a Rufo de la mano y, con Vivaldo por delante, se abrieron paso hasta el fondo. Bajaron por las escaleras a la habitación trasera. Ricardo estaba solo sentado a una mesa y fumaba su pipa.

—¡Ricardo —gritó Cass—, mira a quienes te traigo de vuelta de entre los muertos!

—Podías haberlos dejado que se pudrieran allí —contestó Ricardo, sonriendo—. Venid, sentaos. Me alegro de verlos.

—Yo también me alegro de verte —dijo Vivaldo, y se sentó.

Él y Ricardo se sonrieron el uno al otro. Luego Ricardo miró a Rufo breve y vivamente y en seguida desvió la vista. Quizás Ricardo había simpatizado con Rufo tanto como los otros, y en aquel momento le censuraba lo de Leona.

La atmósfera era pesada en la habitación trasera, y Rufo creía sentir su propio olor y deseaba haberse dado una ducha en casa de Vivaldo. Se sentó también.

—¡Así que la has vendido! —exclamó Vivaldo. Echó la cabeza hacia atrás y soltó una risotada relinchante—. La has vendido. Es admirable. ¿Qué sensación produce eso?

—La retuve todo el tiempo que pude —dijo Ricardo—. Les repetía que mi buen amigo Vivaldo iba a venir para revisarla, y ellos me contestaban; «¿Ese Vivaldo? ¡Es un poeta, un bohemio! No leería una novela policial ni aunque la hubiera escrito Dios Omnipotente». En consecuencia, en vista de que no venías, me imaginé que tenían razón y tuve que entregársela.

—Está bien, Ricardo. Lo siento, pero he estado tan aislado...

—Sí, lo sé. Bebamos un trago. ¿Y tú, Rufo? ¿Qué has estado haciendo durante todo este tiempo?

—He estado recobrando la calma —contestó Rufo, sonriendo.

Se decía que Ricardo se mostraba afable, pero en el fondo le acusaba de cobardía.

—No se concentre demasiado en sí mismo —dijo Cass—. Nosotros hemos tratado de recobrar la calma durante años. Y puede ver lo que hemos progresado. Está usted en buena compañía.

Apoyó la cabeza en el hombro de Ricardo, y éste le acarició el cabello y tomó la pipa del cenicero.

—No creo que sea exactamente una novela policial —dijo, haciendo un ademán con la pipa— Quiero decir que no sé por qué no se puede hacer algo bastante serio dentro de los límites del género. A mí me ha fascinado siempre, realmente.

—No opinabas muy bien de ellas cuando me enseñabas inglés en el colegio —dijo Vivaldo, sonriendo.

—Bueno, yo era entonces más joven que lo que eres tú ahora. Cambiamos, nos desarrollamos. —El mozo entró en la habitación y parecía preguntarse dónde diablos estaba. Ricardo lo llamó—. ¡Eh! ¡Aquí nos morimos de sed! —Se volvió hacia Cass— ¿Quieres otra bebida?

—Sí, ahora que están aquí nuestros amigos. Así pasaré mejor la noche fuera de casa. Sólo que soy una borracha soñadora. ¿Te importa que apoye la cabeza en tu hombro?

—¿Importarme? —Rió Ricardo y miró a Vivaldo—. ¡Importarme! ¿Por qué crees que he estado esforzándome para obtener un triunfo? —Se inclinó y besó a Cass, y en su rostro infantil apareció algo, una sinceridad de ternura y pasión que lo hacía muy galante—. Puedes poner tu cabeza en mi hombro en cualquier momento. En cualquiera, nena. Para eso son mis hombros.

Y volvió a acariciarla con orgullo mientras el mozo desaparecía con los vasos vacíos.

Vivaldo se volvió hacia Ricardo y le preguntó:

—¿Cuándo podré leer tu libro? Estoy celoso. Quiero averiguar si debo estarlo.

—Bueno, si adoptas ese tono, bastardo, puedes comprarlo en la librería cuando se publique.

—O pedirlo prestado en la biblioteca —sugirió Cass.

—No, en serio, ¿cuándo podré leerlo? ¿Esta noche? ¿Mañana? ¿Es largo?

—Tiene más de trescientas páginas. Ve mañana a casa y podrás examinarlo. —Y dirigiéndose a Cass—. Es la única manera de conseguir que nos visite. —Otra vez a Vivaldo—. La verdad es que no nos visitas como solías hacerlo. ¿Tienes algún motivo? Porque nosotros seguimos queriéndote.

—No, no hay motivo alguno —contestó Vivaldo. Vaciló y añadió: —Tuve ese asunto con Jane, y cuando rompimos... y... ¡oh, no lo sé! El trabajo no marchaba bien y... —miró a Rufo— ha habido otras cosas. Bebía demasiado y hacía vida de prostíbulo en vez de trabajar en serio como tú y terminar mi novela.

—¿Cómo va tu novela?

—Oh. —Vivaldo bajó la vista y bebió un sorbo—. Lentamente. La verdad es que no soy un escritor muy bueno.

—¡Tonterías! —exclamó Ricardo alegremente.

Casi parecía otra vez el maestro de inglés que había idolatrado Vivaldo, la primera persona que le había dicho cosas que necesitaba oír, la primera persona que lo había tomado en serio.

—Me alegro mucho —dijo Vivaldo—, en serio, me alegro *mucho* de que hayas terminado tu novela y de que te haya salido tan bien. Y espero que hagas una fortuna.

Rufo recordaba las tardes y las noches en que tocaba en el estrado, cuando la gente se le acercaba a felicitarlo y profetizarle que haría grandes cosas. Entonces lo molestaban, ¡pero cómo deseaba ahora estar otra vez allí, tener a alguien que lo mirara como Vivaldo miraba a Ricardo! Y contemplaba el rostro de Vivaldo, en el que luchaba el afecto con algo fríamente especulativo. Se alegraba del triunfo de Ricardo, pero quizás deseaba que hubiera sido el suyo; y al mismo tiempo se preguntaba qué clase de triunfo era aquél. Y la manera como la gente había mirado a Rufo no era distinta de esta manera de mirar. Se preguntaban de dónde provenía esa fuerza que admiraban. Se preguntaban vagamente si podría soportarla, si no lo mataría pronto.

Vivaldo desvió la mirada hacia su bebida y encendió un cigarrillo. Ricardo pareció de pronto muy cansado.

Una muchacha alta, muy bella y bien vestida —parecía una modelo del centro— entró en la habitación, miró a su alrededor y durante un instante fijó la vista en ellos. Luego se volvió para salir.

—¡Ojalá me buscara a mí! —dijo Vivaldo.

La joven se echó a reír y replicó:

—Tiene suerte, porque *no* lo busco a usted.

Tenía una risa muy atractiva y un acento ligeramente meridional. Rufo se volvió para ver cómo subía ligeramente las escaleras y desaparecía en el bar abarrotado.

—Bueno, te has anotado un punto, viejo —dijo Rufo—. Síguela.

—No —replicó Vivaldo—, es mejor dejarla sola. —Miró a la puerta por la que había desaparecido la muchacha—. ¿Es bonita, verdad? —preguntó, en parte a sí mismo y en parte a los que rodeaban la mesa.

Volvió a mirar a la puerta, se movió ligeramente en su asiento y apuró lo que le quedaba en el vaso.

Rufo deseaba decirle: «No dejes que yo te detenga, amigo», pero no dijo nada. Se sentía negro, sucio y tonto. Deseaba estar a muchos kilómetros de distancia, o muerto. Seguía pensando en Leona; el recuerdo llegaba en oleadas, como un dolor de muelas o el dolor de una úlcera.

Cass dejó su silla y fue a sentarse junto a él. Se quedó mirándolo fijamente, y a él le asustó la simpatía que leía en su rostro. Se preguntaba por qué lo miraba ella así, cuáles podían ser sus recuerdos o su experiencia. Sólo podía mirarlo de aquel modo porque sabía cosas que él nunca se hubiera imaginado que podía saber una muchacha como Cass.

—¿Cómo está Leona? —preguntó ella—. ¿Dónde está ahora?

Y no apartó la vista de la cara de Rufo. Él no deseaba contestar, no deseaba hablar de Leona, y, sin embargo, probablemente no podía hablar de otra cosa. Durante un momento casi odió a Cass, y luego dijo:

—Está en su casa... en alguna parte del sur. Vinieron y la sacaron de Bellevue. Ni siquiera sé dónde está.

Cass no dijo nada. Ofreció un cigarrillo a Rufo, lo encendió y encendió otro para ella.

—Vi a su hermano una vez. Tenía que verlo e hice que me viera. Me escupió en la cara y me dijo que me habría matado si hubiésemos estado en su casa.

Se secó la cara con el pañuelo que le había prestado Vivaldo.

—Pero yo tuve la sensación de que estaba ya muerto. No quisieron dejarme que la viera. Yo no era un pariente, no tenía derecho a verla.

Se hizo un silencio. Rufo recordaba las paredes del hospital: blancas; y los uniformes y los rostros de los médicos y enfermeras: blancos sobre blanco. Y el rostro del hermano de Leona: blanco, con la sangre corriendo debajo, espesa, amarga, y subiendo a la superficie de la piel, llamada por su enemigo mortal. Si hubieran estado allá, su sangre y la sangre de su enemigo habrían corrido hasta mezclarse sobre la tierra indiferente, bajo el firmamento indiferente.

—Por lo menos —dijo Cass por fin— no han tenido hijos, y pueden agradecérselo a Dios.

—Ella tuvo uno, en el sur. Se lo quitaron. Por eso vino al norte.

Y recordó la noche en que se habían conocido.

—Era una buena muchacha —dijo Cass—. Yo la quería.

Rufo calló. Oyó que Vivaldo decía:

—... pero yo no sé qué hacer cuando no estoy trabajando.

—Sabes muy bien qué hacer. Lo que pasa es que no tienes a nadie con quien hacer o.

Rufo oyó su risa, que pareció sacudirlo como si fuera un taladro.

—De todos modos —añadió Ricardo en tono preocupado—, nadie puede trabajar constantemente.

Con el rabillo del ojo Rufo vio que golpeaba la mesa con el mondadientes.

—Supongo —dijo Cass a Rufo— que no va a seguir culpándose demasiado o durante demasiado tiempo. Lo hecho, hecho está, y nada puede deshacerlo. —Puso la mano sobre la de él, Rufo la miró, y ella sonrió—. Cuando sea más viejo, verá, creo, que todos cometemos nuestros crímenes. Lo que hay que hacer es no mentir acerca de ellos, tratar de comprender lo que uno ha hecho y por qué lo ha hecho. —Se acercó más a él, con los ojos castaños brillantes y el cabello rubio formándole, a causa del calor, una orla húmeda alrededor de la frente—. De ese modo puede comenzar a perdonarse. Eso es muy importante. Si no se perdona a sí mismo nunca podrá perdonar a ningún otro y seguirá cometiendo los mismos crímenes.

—Lo sé —murmuró Rufo, sin mirarla, inclinado sobre la mesa y con los puños cerrados. De lejos, del tocadiscos automático, venía una melodía que había tocado con frecuencia—. Lo sé —repitió.

Pero en realidad no lo sabía. No sabía por qué aquella mujer le hablaba así, qué era lo que trataba de decirle.

—¿Qué va a hacer usted ahora? —preguntó Cass, cautelosamente.

—Voy a tratar de recobrar la calma y volver a trabajar.

Pero le parecía inimaginable que pudiera volver a trabajar, que volviera a tocar sus tambores.

—¿Ha visto a su familia? Creo que Vivaldo ha visto a su hermana un par de veces. Está muy preocupada por usted.

—Voy a ir allá. No quería ir... en este estado.

—A ellos no les interesa su aspecto. A mí tampoco me interesa. Me alegra ver que está bien... y ni siquiera soy pariente de usted.

Rufo pensó, muy asombrado, que eso era cierto, y se volvió para mirar de nuevo a Cass, sonriendo un poco y casi llorando.

—Siempre lo he considerado a usted como una persona muy buena —dijo Cass, y dio a Rufo un golpecito en el brazo y le puso un billete arrugado en la mano—. Puede ayudarlo si tiene esa opinión de sí mismo.

—¡Eh, mamá! —llamó Ricardo—. ¿No te parece que ya es hora de que nos vayamos?

—Creo que sí —y Cass bostezó—. Supongo que esta noche hemos celebrado bastante un libro.

Se levantó, volvió al lugar que ocupaba anteriormente en la mesa y comenzó a reunir sus cosas. Rufo sintió de pronto temor al ver que se iba.

—¿Puedo ir a verlos pronto? —preguntó sonriendo.

Ella lo miró desde el otro lado de la mesa y contestó:

—Hágalo, por favor. Pronto.

Ricardo vació su pipa y la guardó en el bolsillo mientras miraba a su alrededor en busca del mozo. Vivaldo miraba fijamente a algo, a alguien que estaba justamente detrás de Rufo, y de pronto pareció a punto de saltar de su asiento.

—Bueno —dijo débilmente—, aquí está Jane.

Y Jane se acercó a la mesa. Llevaba el cabello corto y canoso cuidadosamente peinado, lo que no era habitual en ella, y un vestido negro, lo que tampoco era habitual. Quizás Vivaldo era la única persona de las presentes que la había visto sin los *blue jeans* y el suéter.

—Salud a todos —dijo, y esbozó su sonrisa brillante y hostil mientras se sentaba—. No he visto a ninguno de ustedes desde hace meses.

—¿Sigue pintando? —le preguntó Cass—. ¿O ha renunciado a eso?

—He estado trabajando como un perro —contestó Jane, y siguió mirando a su alrededor, pero evitando a Vivaldo.

—Parece que el trabajo le sienta bien —murmuró Cass, y se puso el abrigo.

Jane miró a Rufo, comenzando, al parecer, a recobrar el dominio de sí misma.

—¿Cómo le ha ido a usted, Rufo? —preguntó.

—Bastante bien.

—Todos hemos estado disipándonos —dijo Ricardo—, pero usted parece haberse portado como una buena muchacha y haber hecho dormir a su belleza todas las noches.

—Tienes muy buen aspecto —dijo Vivaldo, lacónicamente.

Por primera vez ella lo miró directamente.

—¿De veras? Creo que me he sentido bastante bien. Ahora bebo menos. —Rió un poco demasiado fuertemente y bajó la vista. Ricardo pagó al mozo y se levantó, con el impermeable en el brazo—. ¿Se van todos ustedes?

—Nosotros tenemos que irnos —contestó Cass—. Somos un matrimonio obtuso, sin talento y viejo.

Miró a Rufo y le dijo:

—Sea bueno; tómese un descanso —y le sonrió.

Rufo deseaba hacer algo para prolongar aquella sonrisa, aquel momento, pero no respondió con otra sonrisa y se limitó a mover la cabeza afirmativamente. Ella se volvió hacia Jane y Vivaldo:

—Adiós, muchachos. Volveremos a vernos pronto.

—Seguramente —dijo Jane.

—Te esperaré —dijo Ricardo—. No me falles. Adiós, Jane.

—Adiós.

—Adiós.

Se fueron y quedaron solos Jane, Rufo y Vivaldo.

No me importaba estar en la cárcel, pero he tenido que estar allí tanto tiempo...

Las sillas que habían ocupado los otros eran ahora como un abismo entre Rufo y el muchacho y la muchacha blancos.

—Bebamos otro trago —dijo Vivaldo.

Tanto tiempo...

—Yo pago —dijo Jane—. He vendido un cuadro.

—¿Lo has hecho ahora? ¿Por mucho dinero?

—Por mucho dinero. Por eso me hallaba de un humor tan apestoso la última vez que me viste; la cosa no marchaba bien.

—Estabas de un humor apestoso, ciertamente.

No me importaba estar en la cárcel...

—¿Qué va a tomar, Rufo?

—Seguiré con el *whisky*.

Pero he tenido que estar allí...

—Lo siento —dijo Jane—. No sé qué es lo que me hace tan perra.

—Bebes demasiado. Tomaremos un trago y luego te acompañaré a casa.

Ambos miraron rápidamente a Rufo.

Tanto tiempo...

—Voy al servicio —dijo Rufo—. Pídeme un *whisky* con agua.

Salió de la habitación trasera y fue al bar bullicioso. Se quedó en la puerta un instante, contemplando a los muchachos y muchachas, hombres y mujeres, que abrían y cerraban las bocas húmedas, sus rostros desencajados y pálidos, sus manos crispadas en el vaso o la botella, o asiendo una manga, un codo, o el aire. Pequeñas llamas destellaban incesantemente aquí y allá y se movían a través de capas de humo cambiantes. La caja registradora funcionaba constantemente. Un enorme guardián fornido apostado en la puerta lo vigilaba todo, y otro iba de un lado a otro limpiando mesas y ordenando sillas. Dos muchachos, uno de aspecto español y camisa roja y otro de aspecto danés con camisa parda, estaban junto al tocadiscos automático y hablaban de Frank Sinatra.

Rufo se quedó mirando a una muchachita rubia que vestía una blusa rayada abierta y una falda ancha con un gran cinturón de cuero y una brillante hebilla de bronce. Llevaba zapatos bajos y medias negras. Su blusa era lo bastante baja para que él pudiera ver el comienzo de los pechos; sus ojos siguieron la línea descendente hasta los perfectos pezones, que empujaban agresivamente hacia adelante; su mano circundó la cintura de la muchacha, acarició el ombligo y lentamente la obligó a separar los muslos. Ella conversaba con otra muchacha. Sintió los ojos de él en ella y miró en su dirección. Sus ojos se encontraron. Rufo se dio la vuelta y se metió en el servicio.

Olía a millares de viajeros, a océanos de orina, a toneladas de bilis, vómitos y mierda. Él agregó su chorro al océano, sosteniendo la parte más despreciada de su cuerpo flojamente entre dos dedos de una mano. *Pero he tenido que estar allí tanto tiempo...* Contempló la horrible historia salpicada furiosamente en las paredes: números telefónicos, penes, pechos, testículos, sexos femeninos, grabados en aquellas paredes con furia. Y leyendas: *Chúpamela. Me gusta que me azoten. Quiero sentir en el trasero algo duro y caliente. ¡Abajo los judíos! ¡Mueran los negros!*

Se lavó las manos muy cuidadosamente, se las secó en la sucia toalla continua y salió al bar. Los dos muchachos estaban todavía junto al tocadiscos

automático y la muchacha de la blusa rayada seguía conversando con su amiga. Cruzó el bar hasta la puerta y salió a la calle. Sólo entonces metió la mano en el bolsillo para ver qué le había dado Cass.

Era un billete de cinco dólares. Bueno. Bueno, con eso se las arreglaría hasta mañana. Tomaría una habitación en la Y.

Cruzó la Sheridan Square y echó a andar lentamente por la Calle Cuatro Oeste. Comenzaban a cerrar los bares. La gente estaba delante de las puertas, tratando inútilmente de entrar o simplemente demorando su vuelta a casa. Y a pesar del frío había vagabundos bajo los faroles. Se sentía tan apartado de ellos mientras caminaba lentamente como podía habérselo sentido de un seto, una granja o un árbol vistos desde la ventanilla de un tren: al acercarse cada vez más, los detalles cambian a medida que los captan los ojos, luego se aprietan contra la ventanilla con la urgencia de un mensajero o un niño, y después se van retirando, disminuyendo, desvaneciéndose y desaparecen para siempre. «Ese seto está cayéndose», podía haber pensado cuando el tren corría hacia él, o «Esa casa necesita pintura», o «Aquel árbol está muerto». Un instante después ya no existían ni su seto, ni su granja, ni su árbol. En aquel momento, al pasar, reconocía rostros, cuerpos y posturas, y pensaba: «Ésa es Ruth». O «Ahí está el viejo Lennie. Al hijo de perra le va bien otra vez».

Pasó por Cornelia Street. Eric vivía allí en otro tiempo. Volvió a ver con la imaginación su apartamento, la luz de las lámparas en los rincones, a Eric bajo la luz, los libros caídos sobre todo, y la cama deshecha. Eric... Y se hallaba en la Sexta Avenida, con las luces de los semáforos y los taxis centelleando a su alrededor. Dos muchachas y dos muchachos blancos estaban en la esquina opuesta esperando a que cambiaran las luces. Media docena de hombres que pasaban en un largo coche resplandeciente les gritaron. Alguien se colocó al lado de Rufo; era un Joven blanco con gorra vagamente militar y chaqueta de cuero negra. Miró a Rufo con la mayor hostilidad y echó a andar avenida abajo alejándose de él y meneando el trasero como una bandera. Miró hacia atrás y se detuvo bajo la marquesina de un cine. Cambiaron las luces. Rufo y las dos parejas de enfrente avanzaron en sentido contrario, se encontraron en medio de la avenida y, al cruzarse, una de las muchachas lo miró con una especie de curiosidad compasiva en los ojos. Rufo se dirigió a la Calle Ocho sin motivo alguno; sencillamente aplazaba el viaje en metro.

Se detuvo en las escaleras del metro y miró hacia abajo. Cosa extraña, sobre todo a aquella hora, no había nadie en las escaleras, que estaban vacías.

Se preguntó si el encargado le cambiaría el billete de cinco dólares. Y comenzó a bajar.

Luego, mientras el hombre le daba el cambio y él iba hacia la entrada, llegaron otras personas corriendo y gritando y lo empujaron al pasar como si fueran nadadores y él solamente un poste vertical en el agua. Entonces comenzó a despertar en él algo nuevo que aumentaba su distancia y su dolor. Aquella gente corría al andén, hacia las vías. Algo en que no había pensado durante muchos años, algo en que no había dejado de pensar, volvió a su memoria mientras caminaba detrás de la gente. El andén del metro era un lugar peligroso, había pensado siempre; se inclinaba hacia las vías que esperaban; y cuando era niño y estaba en el andén junto a su madre no se atrevía a soltarle la mano. Ahora se hallaba en el andén, solo, con todas aquellas personas, cada una de las cuales estaba también sola y esperaban el tren con una calma adquirida.

¿Y si algo, en alguna parte, fallaba, y las luces amarillas se apagaban y nadie podía ver ya el borde del andén? ¿Y si aquellas vigas caían? Se imaginaba el tren en el túnel, corriendo bajo el agua, el conductor enloquecido, ciego, incapaz de interpretar las luces, y las vías centelleando y enmarañándose insensatamente hacia arriba, y el tren sin detenerse nunca, y la gente gritando en las ventanillas y las puertas, y volviéndose unos contra otros con toda la furia acumulada en sus vidas impías, todo extinguido en ellos menos el deseo de asesinar, arrancándose los miembros o chapoteando en la sangre, con alegría, por primera vez con alegría después de tan larga condena en cadenas, saltando para asombrar al mundo, para asombrar otra vez al mundo. O bien el tren en el túnel, el agua fuera, la fuerza motriz que falla, las paredes que ceden, y el agua que no se eleva como una inundación, sino que irrumpe como una ola sobre las cabezas de esa gente, llenando las bocas que gritan, llenando los ojos, el cabello, desgarrando las ropas y descubriendo las partes ocultas que sólo el agua puede utilizar en ese momento. Podría suceder eso. Podría suceder y a Rufo le habría gustado que sucediese aunque él también pereciera. Llegó el tren y llenó la gran cicatriz de las vías. Todos entraron en él y se acomodaron en el coche iluminado que estaba muy lejos de hallarse vacío y que se abarrotaría de gente antes de que fueran muy lejos; y se quedaron de pie o sentados en la celda de aislamiento en que transformaban cada metro cuadrado que ocupaban.

El tren se detuvo en la Calle Catorce. Rufo estaba sentado junto a la ventanilla y vio entrar a unas pocas personas. Entre ellas iba una muchacha de color que se parecía un poco a su hermana, pero ella lo miró, desvió la vista y

fue a sentarse lo más lejos de él que pudo. El tren siguió adelante por el túnel. La siguiente parada era en la Calle Treinta y Cuatro, donde él hubiera tenido que bajar. Entró más gente y Rufo vio cómo se deslizaba la estación. Calle Cuarenta y Dos. Esta vez entró mucha gente, algunos con diarios, y no quedaron asientos libres. Un hombre blanco se asió a un agarradero cerca de él. Rufo sintió un nudo en la garganta.

En la Calle Cincuenta y Nueve entraron muchas personas y otras muchas corrieron por el andén del tren local que esperaba. Eran muchos blancos y muchos negros, encadenados unos con otros en el tiempo y el espacio y por la historia, y todos ellos con prisa, con prisa por separarse unos de otros.

Las puertas se cerraron con un gran estrépito que lo hizo saltar. El tren, como protestando por su carga más pesada, como protestando por la proximidad de las nalgas blancas y las rodillas negras, gemía, se sacudía, y las ruedas parecían raspar las vías y hacían un ruido desgarrador. Luego comenzó a moverse hacia la ciudad alta, donde, las masas se dividirían y la carga se haría más liviana. Las luces destellaban y se balanceaban y pasaron por delante de otros andenes en los que la gente esperaba otros trenes. Luego entraron en el túnel. El tren se introdujo en la oscuridad con un abandono fálico, en la oscuridad que se abrió para recibirlo, se abrió, se abrió, y el mundo entero se estremeció con su acoplamiento. Después, cuando parecía que el estruendo y el movimiento nunca cesarían, llegaron a las luces brillantes de la Calle Ciento Veinticinco. El tren jadeó y gimió al detenerse. Rufo se proponía descender allí, pero se quedó mirando cómo la gente se dirigía a las puertas, cómo se abrían éstas y cómo salía la gente. Eran principalmente negros los que salían. Se proponía salir allí e ir a casa, pero se quedó contemplando a la muchacha que le recordaba a su hermana mientras ella se adelantaba malhumorada a las personas blancas y se detenía un momento en el andén antes de dirigirse a las escaleras. De pronto Rufo supo que nunca volvería a su casa.

El tren comenzó a moverse, ahora medio vacío, y en cada parada disminuía el número de viajeros. Pronto los blancos que quedaban miraban a Rufo de una manera extraña. Él sentía sus miradas, pero tenía la sensación de que se hallaba muy lejos de ellos. *Tomaste lo mejor. Por lo tanto, ¿por qué no tomas el resto?* Salió de la estación que llevaba el nombre del puente construido en honor del padre de la patria.

Subió las escaleras y salió a las calles, que estaban desiertas. Altos edificios de apartamentos, sin luces, se destacaban contra el cielo oscuro y parecían observarlo, parecían oprimirlo. El puente se hallaba casi sobre su

cabeza, intolerablemente alto, pero él no veía el agua todavía. La sentía, la olía. Pensaba que nunca había comprendido hasta entonces que un animal pudiera oler el agua. Pero estaba allí; más allá de la carretera, donde podía ver los coches que corrían a gran velocidad.

Luego se encontró en el puente, mirando a su alrededor y hacia abajo. Las luces de los coches que corrían por la carretera parecían escribir un mensaje interminable, escribirlo con una terrible velocidad y con una letra fina e ilegible. Había luces mudas en la orilla del Jersey, y aquí y allá un letrero de neón anunciaba algo que vendía alguien. Se dirigió lentamente hacia el centro del puente, observando que desde aquella altura la ciudad, que estaba tan oscura cuando la cruzaba a pie, parecía arder en aquel momento.

Se hallaba en el centro del puente y hacía un frío cortante. Levantó los ojos al cielo y pensó: «Bastarda, miserable bastarda, ¿no soy yo también hijo tuyo?». Se echó a llorar. Algo que había en Rufo y que no podía salir lo sacudía como una muñeca de trapo, le arrojaba agua salada a la cara y le llenaba de angustia la garganta y las ventanas de la nariz. Sabía que aquel dolor nunca cesaría. No podía volver a la ciudad. Bajó la cabeza como si alguien le hubiera golpeado, y miró el agua. Hacía frío, y el agua estaría fría.

Él era negro y el agua era negra.

Se alzó apoyando las manos en la barandilla, se alzó todo lo que pudo y se inclinó hacia fuera. El viento le azotaba la cabeza y los hombros mientras algo dentro de él gritaba; «¿Por qué? ¿Por qué?». Se acordó de Eric. Sus brazos tensos amenazaban con romperse. *No puedo hacerlo así.* Se acordó de Ida. Murmuró: «Perdón, Leona». Y luego el viento se apoderó de él y se sintió lanzado cabeza abajo; el viento, las estrellas, las luces, el agua, todo rodaba junto. *Muy bien.* Sintió que se le desprendía un zapato; no había nada a su alrededor, solamente el viento. *¡Muy bien, maldita bastarda, voy hacia ti!*



II

LLOVÍA. Cass estaba sentada en el suelo de la sala con los diarios dominicales y una taza de café. Trataba de decidir qué fotografía de Ricardo quedaría mejor en la primera página de la sección bibliográfica. Sonó el teléfono.

—¿Diga?

Oyó una aspiración y una voz baja, vagamente conocida.

—¿Hablo con Cass Silenski?

—Sí.

Miró el reloj, preguntándose quién podía ser. Eran las diez y media y ella era la única persona despierta en la casa.

—Bueno —dijo la voz rápidamente—, no sé si usted me recuerda, pero nos encontramos en una ocasión, en el centro, en un club nocturno en el que trabajaba Rufo. Soy su hermana Ida. Ida Scott...

Cass recordaba a una muchacha negra muy joven y llamativa que llevaba un anillo en forma de culebra con ojos de rubí.

—Sí, la recuerdo muy bien. ¿Cómo está usted?

—Yo estoy bien. Bueno —con una risita seca—, quizás no esté tan bien. Trato de localizar a mi hermano. He estado llamando a casa de Vivaldo durante toda la mañana, pero no contestan —la voz hacía un esfuerzo para no temblar ni romperse—. Así que llamo a usted porque pensaba que quizás lo haya visto, a Vivaldo, quiero decir, o me pueda decir cómo puedo encontrarlo. —La muchacha lloraba—. ¿No lo ha visto? ¿Ni a mi hermano?

Oyó ruidos que venían de la habitación de los niños.

—Por favor, procure no agitarse —dijo—. No sé donde está Vivaldo esta mañana, pero vi a su hermano anoche. Y estaba bien.

—¿Lo vio anoche?

—Sí.

—¿Dónde lo vio? ¿Dónde estaba?

—Bebimos un par de vasos juntos en el bar de Benno. —Recordó el rostro de Rufo y se sintió vagamente alarmada—. Conversamos un rato. Parecía estar bien.

—¡Oh! —La voz se inundó de alivio y recordó a Cass la sonrisa de la muchacha—. ¡Espere a que le eche encima las manos! ¿Sabe adónde fue? ¿Dónde duerme?

Los ruidos del dormitorio indicaban que Pablo y Miguel se peleaban.

—No sé —«Debía habérselo preguntado», pensó—. Vivaldo tiene que saberlo; estaban juntos, los dejé juntos —Miguel gritó y luego se echó a llorar; iban a despertar a Ricardo—. Vivaldo vendrá esta tarde. ¿Por qué no viene usted también?

—¿A qué hora?

—De tres y media a cuatro. ¿Sabe dónde vivimos?

—Sí. Iré. Gracias.

—No se preocupe. Estoy segura de que todo saldrá bien.

—Sí. Me alegro de haberla llamado.

—Hasta luego, entonces.

—Sí. Adiós.

—Adiós.

Cass corrió al dormitorio de los niños y encontró a Pablo y Miguel rodando furiosamente por el suelo. Miguel estaba encima de su hermano. Cass lo levantó. Pablo se levantó también lentamente, desafiante y avergonzado. Tenía once años, después de todo, y Miguel solamente ocho.

—¿Por qué era todo este alboroto?

—Quería quitarme mi juego de ajedrez —contestó Miguel.

La caja, el tablero y las figuras rotas estaban diseminadas en las dos camas y por toda la habitación.

—No quería hacer eso —se defendió Pablo, y miró a su madre—. Sólo trataba de enseñarle a jugar.

—Tú eres el que no sabe jugar —replicó Miguel, quien, con la presencia de su madre en la habitación, se sorbió los mocos fuertemente una o dos veces y se puso a recoger sus bienes.

Pablo *sabía* jugar, o sabía, por lo menos, que el ajedrez es un juego con reglas que hay que aprender. Jugaba con su padre de vez en cuando. Pero también le gustaba atormentar a su hermano, quien prefería imaginarse cuentos acerca de las diversas piezas mientras las movía. Para eso, por

supuesto, no necesitaba un compañero de juego. Al ver a Miguel manejar el juego de ajedrez viejo y destartado de Ricardo, Pablo sentía siempre gran indignación.

—Eso no importa —dijo Cass—. Tú sabes que el juego es de Miguel y puede hacer con él lo que quiera. Vamos, tenéis que lavaros y vestiros.

Fue al baño para ver cómo se lavaban y vestían.

—¿Se ha levantado ya papá? —preguntó Pablo.

—No. Sigue durmiendo. Está cansado.

—¿Puedo entrar para despertarlo?

—No. Esta mañana, no.

—¿Y su desayuno? —preguntó Miguel.

—Tomará el desayuno cuando se levante.

—Ya nunca nos desayunamos juntos —dijo Pablo—. ¿Por qué no puedo ir a despertarlo?

—Porque te he dicho que no. —Entraron en la cocina—. Nosotros podemos desayunarnos juntos ahora, pero vuestro padre necesita dormir.

—Está siempre durmiendo —dijo Pablo.

—Estuvisteis anoche fuera hasta muy tarde —comentó Miguel, con timidez.

Cass era una madre bastante imparcial, o trataba de serlo, pero a veces el encanto tímido y grave de Miguel la conmovía como rara vez podía hacerlo la manera de ser más directa y calculadora de Pablo.

—¿Qué te importa? —replicó, y le desordenó el cabello rubio rojizo—. De todos modos, ¿cómo lo sabes? —Miró a Pablo—. Apuesto a que esa mujer os dejó estar levantados hasta una hora muy avanzada. ¿A qué hora os acostasteis anoche?

Su tono, sin embargo, los alió inmediatamente contra ella. Cass era propiedad común de los dos, pero tenían más cosas en común entre ellos que con ella.

—No tan tarde —dijo Pablo juiciosamente.

Guiñó el ojo a su hermano y comenzó a tomar su desayuno. Cass contuvo una sonrisa y preguntó:

—¿Qué hora era, Miguel?

—No lo sé, pero era verdaderamente temprano.

—Si esa mujer os dejó estar levantados un minuto después de las diez...

—¡Oh, no era tan tarde! —intervino Pablo.

Cass renunció, se sirvió otra taza de café y se quedó mirando cómo comían. Luego recordó la llamada de Ida. Marcó el número de Vivaldo. No

hubo respuesta. Pensó que estaría probablemente en casa de Jane, pero no conocía la dirección de Jane ni su apellido.

Oyó que Ricardo se movía en el dormitorio y luego que se daba una ducha.

Cuando salió, esperó un rato a que comiera y le dijo:

—Ricardo, ha llamado la hermana de Rufo.

—¿Su hermana? Ah, sí, la recuerdo, la vimos en una ocasión. ¿Qué quería?

—Quería saber dónde está Rufo.

—Bueno, si ella no lo sabe, ¿cómo diablos espera que lo sepamos nosotros?

—Parecía muy preocupada. No lo ha visto... desde hace mucho tiempo.

—¿Se queja? Ese bastardo ha encontrado probablemente a otra muchacha indefensa.

—¡Oh, no tiene nada que ver con eso! Está preocupada por su hermano y desea saber dónde está.

—No tiene un hermano muy simpático; probablemente topará con él en algún lugar uno de estos días. —Vio la cara preocupada de su esposa y añadió—. Al diablo, Cass, lo vimos anoche y no le ocurría nada malo.

—Así es. Ella viene aquí esta tarde.

—¡Oh, Cristo! ¿A qué hora?

—Le he dicho que venga de tres a cuatro. Pensaba que Vivaldo estaría aquí a esa hora.

—Está bien.

Ricardo se levantó y pasaron a la sala. Pablo miraba por la ventana la calle húmeda. Miguel estaba en el suelo, garrapateando en su cuaderno de apuntes. Tenían muchos cuadernos de apuntes, todos con árboles y casas y monstruos y anécdotas enteramente secretas.

Pablo se apartó de la ventana y se acercó a su padre.

—¿Vamos a salir ahora? —preguntó—. Se está haciendo tarde.

Pues Pablo nunca olvidaba una promesa o una cita.

Ricardo le guiñó el ojo a Pablo y tendió la mano para palmear ligeramente a Miguel en la cabeza. Miguel reaccionaba siempre ante eso con una especie de deleite arisco y contenido; parecía decirse a sí mismo que quería a su padre lo bastante como para pasar por alto una falta de dignidad ocasional.

—Vamos —dijo Ricardo—. Si queréis que os lleve al cine tenéis que daros prisa.

Cass se asomó a la ventana y vio cómo se alejaban los tres bajo el paraguas de Ricardo.

Habían pasado doce años. Ella tenía entonces veintiuno y él veinticinco. Era en plena guerra. Ella fue a parar finalmente a San Francisco, donde le pagaban por haraganear en un astillero. Podía haberle ido mejor, pero no le importaba. Esperaba simplemente a que la guerra terminase y Ricardo volviese a la patria. Él fue a parar a un depósito de intendencia en el norte de África, donde había pasado la mayor parte del tiempo, según pensaba ella, defendiendo a los limpiabotas y mendigos árabes contra los franceses cínicos y maliciosos.

Cass estaba en la cocina, preparando la masa para una tarta, cuando Ricardo asomó la cabeza por la puerta de la cocina, con el agua cayéndole de la punta de la nariz.

—¿Cómo te sientes ahora? —preguntó.

Ella se echó a reír.

—Más triste que nunca. Estoy haciendo una tarta.

—Es terrible. Creo que ya no tienes remedio.

Tomó un paño de cocina y se secó la cara.

—¿Qué ha sido del paraguas? —dijo ella.

—Se lo dejé a los chicos.

—Es muy grande, Ricardo. ¿Puede manejarlo Pablo?

—No, por supuesto que no. Una ráfaga de viento se va a llevar el paraguas y con él volarán los chicos por encima de los tejados y no volveremos a verlos. —Guiñó el ojo—. Por eso se lo he dado. No soy tan estúpido.

Se metió en su estudio y cerró la puerta.

Cass metió la tarta en el horno, peló patatas y zanahorias, las dejó en agua y calculó el tiempo que tardaría el *rosbif*. Se había mudado de ropa y sacado la tarta para que se enfriase cuando llamaron a la puerta.

Era Vivaldo. Llevaba un impermeable negro y tenía el cabello revuelto y empapado por la lluvia. Sus ojos parecían más negros que nunca y su rostro más pálido.

—¡Vivaldo! —exclamó Cass— ¡Cómo le agradezco que haya venido! — Lo metió en el apartamento empujándolo, pues parecía que él no fuera a moverse—. Deje esas cosas húmedas en el cuarto de baño y le prepararé una bebida.

—¡Qué inteligente es usted! —dijo Vivaldo, apenas sonriendo—. ¡Cristo, cómo llueve fuera!

Se quitó el impermeable y desapareció en el cuarto de baño.

Cass fue a la puerta del estudio y llamó.

—Ricardo, Vivaldo está aquí.

—Muy bien. Salgo en seguida.

Cass preparó dos bebidas y las llevó a la sala. Vivaldo se había sentado en el sofá, con las largas piernas extendidas, y miraba fijamente la alfombra.

Ella le entregó la bebida y le preguntó:

—¿Cómo está?

—Perfectamente. ¿Dónde están los niños?

Puso cuidadosamente la bebida en la mesita baja cercana.

—En el cine —contestó Cass, y contempló a Vivaldo durante un instante—. Puede estar usted muy bien, pero yo lo he visto con mejor aspecto.

—Bueno, no me he desembriagado todavía. Anoche me emborraché con Jane. Ella no puede hacer nada si está sobria.

Tomó un vaso y bebió un trago, sacó del bolsillo un cigarrillo torcido y lo encendió. Pareció tan triste y abatido durante un instante, encorvado sobre la llama del cigarrillo, que ella guardó silencio.

—¿Dónde está Ricardo?

—Saldrá ahora mismo. Está en su estudio.

Él bebió otro trago, tratando evidentemente de pensar en algo que decir, pero sin conseguirlo.

—¿Vivaldo?

—¿Sí?

—¿Estuvo anoche Rufo en su casa?

—¿Rufo? —Pareció asustado—. No. ¿Por qué?

—Su hermana llamó para averiguar dónde estaba.

Se miraron el uno al otro y la cara de él asustó a Cass.

—¿Adónde fue? —preguntó.

—No lo sé. Me imagino que fue a Harlem. Desapareció.

—Vivaldo, ella viene aquí esta tarde.

—¿Quién?

—Su hermana Ida. Le dije que lo dejé con usted y que usted vendría esta tarde.

—Pero yo no sé adónde fue. Yo estaba hablando con Jane. Él dijo que iba al servicio... y no volvió. —Miró a Cass y luego a la ventana—. Me pregunto adónde fue.

—Quizás se encontró con un amigo.

Vivaldo no respondió a eso, y dijo, en cambio:

—Debía haber sabido que yo no iba a echarlo. Podía haberse quedado en mi casa. Yo fui a la de Jane de todos modos.

Cass observó cómo aplastaba el cigarrillo en el cenicero.

—Nunca he comprendido —dijo ella suavemente— qué era lo que Jane deseaba de usted. O, lo que es lo mismo, lo que usted deseaba de ella.

Vivaldo se puso a examinarse las uñas de los dedos, melladas y sucias.

—No lo sé. Supongo que yo sólo deseaba una muchacha, alguien con quien compartir las largas noches de invierno.

—Pero ella es mucho más vieja que usted. —Cass tomó el vaso vacío de él—. Es más vieja que yo.

—Eso nada tenía que ver. De todos modos, yo necesitaba una muchacha que... supiera llevar las cuentas un poco.

—Sí —suspiró Cass—, esa muchacha sabe ciertamente llevar las cuentas.

—Yo necesitaba una mujer y ella necesitaba un hombre. ¿Qué tiene de malo?

—Nada, si era realmente lo que los dos necesitaban.

—¿Qué cree usted que hacía yo?

—Oh, no lo sé. No lo sé realmente. Sólo que, como le he dicho, usted parece complicarse siempre con mujeres imposibles, rameras, ninfómanas, borrachas, y creo que lo hace para protegerse de algo grave, permanente.

Vivaldo suspiró y luego dijo, sonriendo;

—Sólo quiero que seamos amigos.

—¡Oh, Vivaldo!

—Usted y yo somos amigos.

—Bueno... sí. Pero yo he sido siempre la esposa de un amigo de ustedes. Por eso nunca piensan en mí...

—Sexualmente. No esté tan segura.

Cass se ruborizó, al mismo tiempo molesta y complacida.

—No estoy hablando de sus fantasías —dijo.

—Yo la he admirado siempre y he envidiado a Ricardo.

—Será mejor que se olvide de eso.

Vivaldo calló mientras ella sacudía el hielo en el vaso vacío. Luego dijo:

—¿Qué puedo hacer? No soy un fraile. Estoy cansado de ir a Harlem y pagar.

—¿Y para eso va usted a Harlem? ¡Qué buen americano es usted!

Vivaldo se sintió molesto.

—Yo no he dicho que sean mejores que las chicas blancas. —Rió—. Quizás sea preferible que termine con ese maldito asunto.

—No sea niño. Debería oírse a sí mismo.

—¿Me está diciendo que va a venir alguien que me necesita? ¿Que de verdad me necesita?

—No le estoy diciendo nada que usted no sepa ya. —Oyeron que se abría la puerta del estudio de Ricardo—. Voy a prepararle otra bebida; quizás le haga bien emborracharse. —Tropezó en el vestíbulo con Ricardo, que llevaba el manuscrito—. ¿Quieres beber ahora?

—Me gustaría —contestó Ricardo, y entró en la sala.

Desde la cocina oyó Cass sus voces, un poco demasiado altas y un poco excesivamente amistosas. Cuando volvió a la sala, Vivaldo hojeaba el manuscrito y Ricardo estaba junto a la ventana.

—Limítate a leerlo —decía—, y no pienses en Dostoievsky y todo eso. Es sólo un libro... un libro bastante bueno.

—Es un libro *muy* bueno —dijo Cass, y entregó a Ricardo su bebida.

Puso el otro vaso en la mesa al lado de Vivaldo. Le sorprendía y no le sorprendía al mismo tiempo comprobar que le preocupaba el efecto que pudiera ejercer en Ricardo la opinión de Vivaldo.

—Pero la siguiente obra será mejor, y muy distinta —dijo Ricardo.

Vivaldo dejó el manuscrito y bebió un trago. Luego dijo, sonriendo:

—Bueno, lo leeré tan pronto como esté sobrio, siempre que eso sea posible.

—Y dime la verdad, ¿oyes, bastardo?

—Te diré la verdad.

Hacía años Vivaldo había llevado sus manuscritos a Ricardo y le había dicho casi exactamente las mismas palabras. Cass se apartó de los dos y encendió un cigarrillo. Luego oyó que se abría la puerta del ascensor y volvía a cerrarse y miró el reloj. Eran las cuatro. Sonó el timbre.

—Es ella —dijo Cass.

Ella y Vivaldo se miraron.

—Tómalo con calma —dijo Ricardo—. ¿Por qué te pones tan trágica?

—Ricardo, debe de ser la hermana de Rufo.

—Pues bien, hazla entrar. No la dejes esperando en el vestíbulo.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Vivaldo, y se levantó.

Parecía muy alto e impotente. Cass fue a la puerta.

La muchacha que vio al abrir era bastante alta, robusta, muy cuidadosamente vestida y algo más negra que Rufo. Llevaba impermeable con capucha y paraguas. Y bajo la capucha, entre las sombras del vestíbulo,

los ojos negros del rostro negro contemplaron a Cass atentamente. Había algo de Rufo en aquellos ojos —grandes, inteligentes y sagaces— y en su sonrisa.

—¿Cass Silenski?

—Entre. La recuerdo. —Cass cerró la puerta—. Me acordaba de que era usted una de las mujeres más hermosas que he visto.

La joven la miró, y Cass se dio cuenta, por primera vez, de que una negra podía ruborizarse.

—¡Oh, no diga eso, señora Silenski!

—Déme sus cosas. Y por favor, llámeme Cass.

—Entonces, llámeme usted Ida.

Se quitó el impermeable y dejó el paraguas.

—¿Quiere beber algo?

—Sí, creo que lo necesito. He estado recorriendo la ciudad, buscando a ese desdichado hermano mío.

—Vivaldo está dentro —se apresuró a decir Cass, quien deseaba decir algo para preparar a la muchacha, pero no sabía qué—. ¿Quiere usted *whisky* de maíz o escocés? Creo que tenemos algo de vodka.

—Tomaré *whisky*.

Parecía jadear un poco. Siguió a Cass a la cocina y se quedó observándola mientras preparaba la bebida. Cass le entregó el vaso y la miró a los ojos.

—Vivaldo no lo ha visto desde anoche —dijo. Los ojos de Ida se agrandaron y adelantó el labio inferior, que temblaba ligeramente. Cass le tocó en el codo y añadió:

—Vamos adentro. Procure no inquietarse.

Entraron en la sala. Vivaldo estaba exactamente tal como lo había dejado, como si no se hubiera movido. Ricardo se levantó del taburete en el que se cortaba las uñas.

—Le presento a mi marido, Ricardo —dijo Cass—, y ya conoce a Vivaldo.

Se estrecharon la mano y murmuraron saludos en un silencio que comenzaba a endurecerse como una clara de huevo batida. Se sentaron.

—Bueno —dijo Ida con voz trémula—, ha pasado mucho tiempo desde que nos vimos.

—Más de dos años —confirmó Ricardo—. Rufo nos dejó verla un par de veces y luego la puso fuera de la vista en alguna parte. Fue muy prudente al hacerlo.

Vivaldo callaba. Sus ojos, sus cejas y su cabello parecían otras tantas vetas de carbón en una muerta superficie blanca.

—¿Ninguno de ustedes —preguntó Ida— sabe dónde está ahora mi hermano?

—Estuvo conmigo anoche —contestó Vivaldo, pero su voz era demasiado baja e Ida tuvo que inclinarse hacia adelante para oírlo.

—Todos nosotros lo vimos —dijo Ricardo—. Estaba bien.

—Suponíamos que se iba a quedar con nosotros —añadió Vivaldo—, pero nosotros... yo... conversaba con alguien y cuando levanté la vista había desaparecido. —Pareció darse cuenta de que aquél no era el mejor modo de plantear las cosas—. Estaban por allí cerca muchos de sus amigos, y pienso que bebería un trago con alguno y luego quizás saldría y decidiría pasar la noche con ellos.

—¿Conoce usted a esos amigos? —preguntó Ida.

—Bueno, los conozco, pero no sé sus nombres.

El silencio se prolongó. Vivaldo bajó la vista.

—¿Tenía dinero?

—Bueno —Vivaldo miró a Ricardo y Cass—, no lo sé.

—¿Qué aspecto tenía?

—Parecía estar bien. Quizás un poco cansado.

—Lo creo. —Ida tomó un sorbo; la mano le temblaba un poco—. No quiero hacer un gran alboroto por nada. Estoy segura de que está bien, dondequiera que haya ido a parar. Lo único que deseo es *saber*. Papá y mamá están muy inquietos y —rió, jadeando un poco— supongo que yo también lo estoy. —Tras un silencio añadió: —Es el único hermano mayor que tengo.

Bebió otra vez y luego dejó el vaso en el suelo, junto a su silla. Jugaba con el anillo en forma de culebra con ojos de rubí que llevaba en el largo dedo meñique.

—Estoy segura de que está bien —dijo Cass, dándose cuenta con angustia de que sus palabras sonaban a huecas—, sólo que Rufo es como muchas personas que conozco. Cuando algo anda mal, cuando se sienten heridas, desean ocultarse hasta que todo haya pasado. Se lamen las heridas.

Miró a Ricardo en busca de ayuda, y él hizo lo que pudo.

—Creo que Cass puede tener razón —murmuró.

—He estado en todas partes —dijo Ida—, en todos los lugares donde ha actuado; he hablado con todos los que han trabajado con él que he podido encontrar, con todos los que lo han saludado alguna vez, incluso con los parientes de Brooklyn. —Se interrumpió y se volvió hacia Vivaldo—. Cuando lo vio usted, ¿dónde dijo que había estado?

—No lo dijo.

—¿No se lo preguntó usted?

—Sí, pero no quiso decirlo.

—Yo le di un número de teléfono para que me llamara apenas lo viera.
¿Por qué no me llamó?

—Era tarde cuando fue a mi casa; me pidió que no la llamara y dijo que iba a verla a usted hoy por la mañana.

Parecía desamparado y a punto de llorar. Ella lo miró y luego bajó la vista. El silencio comenzó a arrastrarse con una hostilidad acre y reprimida que emanaba de la muchacha que se sentaba sola, en la silla redonda, en el centro de la habitación. Miraba por turno a cada uno de los amigos de su hermano.

—Entonces, es extraño que Rufo no lo haya hecho —dijo.

—Bueno, Rufo no habla mucho —intervino Ricardo—. Usted debe de saber qué difícil es sacarle algo.

—Yo no habría podido sacárselo.

—Usted es su hermana —dijo Cass suavemente.

—Sí —e Ida se miró las manos.

—¿Ha ido a la policía? —preguntó Ricardo.

—Sí. —Hizo un ademán de disgusto, se levantó y fue a la ventana—. Dicen que eso sucede constantemente, que los hombres de color huyen de sus familias. Dicen que tratarán de encontrarlo. Pero no les interesa. No les importa lo que le sucede a un negro.

—¡Oh, no, eso no es justo! —exclamó Ricardo, con la cara roja—. Quiero decir que estoy seguro de que lo buscarán como buscarían a cualquier otro.

—¿Cómo puede saberlo usted? Yo lo sé, sé de qué estoy hablando. Digo que no les importa, ¡y no les importa!

—No creo que se deba tomar así las cosas.

Ida miraba a través de la ventana.

—Él está ahí en alguna parte y tengo que encontrarlo —dijo.

Daba la espalda a la habitación. Cass veía cómo le temblaban los hombros. Fue a la ventana y puso la mano en el brazo de Ida.

—Estoy bien —dijo ella, y se apartó ligeramente.

Buscó en el bolsillo de su vestido, fue adonde había estado sentada y sacó un pañuelo de la cartera. Se secó los ojos, se sonó la nariz y tomó el vaso. Cass la miraba, impotente.

—Permítame que lo refresque —dijo, y llevó el vaso a la cocina.

—Ida —decía Vivaldo cuando volvió—, si puedo hacer algo para ayudarla a encontrarlo, lo que sea... —Se interrumpió—. ¡Al diablo! Yo

también le quiero, yo también deseo encontrarlo. He estado censurándome todo el día por haberlo dejado ir anoche.

Cuando Vivaldo dijo «yo también le quiero». Ida lo miró con los ojos muy abiertos, como si en realidad lo viera por primera vez. Luego bajó la vista y dijo:

—No sé verdaderamente qué puede hacer usted.

—Puedo acompañarla. Podemos buscarlo juntos.

Ida reflexionó un instante, mirándolo, y por fin respondió:

—Bueno, quizás pueda acompañarme a un par de lugares en el Village.

—De acuerdo.

—No puedo evitarlo. Tengo la sensación de que ellos creen que estoy histérica.

—Iré con usted. No creerán que yo esté histérico.

Ricardo sonrió y dijo:

—Vivaldo no se pone nunca histérico, todos lo sabemos. No veo realmente el quid de todo esto. Lo probable es que Rufo esté durmiendo en alguna parte.

—¡Nadie lo había visto durante casi seis semanas! —exclamó Ida—. ¡Hasta anoche! Conozco a mi hermano y sé que no suele hacer esas cosas. Siempre va a casa, dondequiera que haya estado o sea lo que sea lo que le haya sucedido, precisamente para que no nos preocupemos. Solía llevar dinero y cosas, pero hasta cuando no tiene un centavo va de todos modos. No me digan que está durmiendo en alguna parte. Seis semanas son mucho tiempo. —Bajó un poco la voz hasta convertirla en un murmullo venenoso—. Y ustedes saben lo que sucedió entre él y esa maldita ramera loca.

—Está bien —dijo Ricardo, impotente, tras un silencio considerable—, haga como le parezca.

—Pero —dijo Cass— no es necesario que salgan por ahí ahora mismo, con la lluvia. Rufo sabe que Vivaldo iba a venir aquí. Puede venir él también. Yo esperaba que se quedaran a cenar. —Sonrió a Ida—. ¿Quiere tener la bondad de quedarse? Quizás quede todo aclarado esta noche.

Ida y Vivaldo se miraron; al parecer se habían hecho aliados en el transcurso de la tarde.

—¿Qué dice usted? —preguntó Vivaldo.

—No sé. Estoy tan cansada y perturbada que me parece que no soy capaz de pensar claramente.

Ricardo pareció estar de acuerdo con la propuesta y dijo:

—Escuche: usted ha estado en la policía, ha hablado con todas las personas que ha podido, ha averiguado en los hospitales... y en el depósito de cadáveres. —Ricardo miró a Ida y la muchacha movió la cabeza afirmativamente y bajó la vista—. Pues bien, no sé qué utilidad tiene correr por ahí en esta lluviosa tarde de domingo cuando ni siquiera saben adónde van a ir. Y todos lo vimos a él anoche. En consecuencia, sabemos que anda por los alrededores. ¿Por qué no ha de descansar durante un par de horas? En un par de horas puede aparecer, sin que ustedes hayan tenido que moverse.

—Ciertamente —dijo Cass—, hay muchas probabilidades de que él venga por aquí hoy.

Ida miró a Cass, y Cass advirtió que había algo en Ida que disfrutaba con aquello: con la atención, con el ascendiente con que contaba en aquel momento. Eso irritó a Cass, pero luego pensó: «Bueno, eso significa que suceda lo que suceda, ella podrá soportarlo». Sin saberlo, y desde el momento en que Ida había cruzado la puerta, había estado preparándose para lo peor.

—Está bien —dijo Ida, mirando a Vivaldo—. Le pedí a mamá que me llamara aquí... en caso necesario.

—Entonces —dijo Cass— todo está arreglado, me parece. —Miró el reloj—. Los niños volverán a casa dentro de una hora. Creo que prepararé más bebidas.

—Es una buena idea —dijo Ida, sonriendo.

Era terriblemente atractiva cuando sonreía. Entonces su rostro tenía algo del pilluelo de la calle, y al mismo tiempo una expresión de burla maravillosamente femenina le animaba los ojos. Vivaldo la observaba constantemente, insinuando apenas una sonrisa.

La nieve que se había pronosticado para la víspera del Día de Acción de Gracias no comenzó a caer hasta una hora avanzada de la noche, lentamente, en pequeños copos que giraban y centelleaban en la oscuridad y se derretían en el suelo.

Durante todo el día brilló en Manhattan un sol frío que no calentaba.

Cass se despertó un poco más temprano que de costumbre, sirvió el desayuno a los niños y los envió a la escuela. Ricardo tomó su desayuno y se retiró a su estudio; no estaba de buen humor. Cass limpió la casa, pensando en la comida del día siguiente, y salió a primera hora de la tarde para hacer compras y caminar un rato sola.

Había ido más lejos de lo que se proponía, pues le gustaba vagar por la ciudad. Tenía frío, cuando por fin se decidió a volver a casa.

Vivían casi en la esquina de la Calle Veintitrés, en el West Side, en un barrio al que habían ido a vivir recientemente muchos portorriqueños. Por este motivo se decía que el barrio decaía, pero habría sido difícil decir desde qué altura. A Cass le parecía que seguía siendo como siempre, un poco más destartado y con preponderancia de personas de aspecto muy tosco. En cuanto a los portorriqueños, más bien simpatizaba con ellos. No le daban la impresión de que fueran toscos, sino que le parecían, por el contrario, demasiado amables para aquel ambiente brutal. Le gustaba el sonido de su conversación, suave y risueña, o bien violenta, clara y brillantemente hostil; le gustaba la vitalidad que había en sus ojos y la manera como trataban a sus niños, como si todas las personas mayores fueran naturalmente responsables por todos los niños. Incluso cuando los adolescentes silbaban detrás de ella, o le decían obscenidades cuando ella pasaba, riéndose entre ellos, no se ofendía ni se asustaba; no sentía entonces la tensa hostilidad de Nueva York. No maldecían algo que deseaban y temían, sino que bromeaban acerca de algo que deseaban y amaban.

Cuando subía con esfuerzo por las escaleras exteriores del edificio, uno de los muchachos portorriqueños que veía por todas partes en el barrio le abrió la puerta sonriendo a medias. Ella le sonrió también y le dio las gracias, sinceramente, y se metió en el ascensor.

Había algo en el rostro de Ricardo cuando ella cerró la puerta y en el raro silencio de la casa. Cass le miró y comenzó a preguntar por los niños, pero los oyó en la sala. Ricardo la siguió a la cocina y Cass dejó sus paquetes. Le miró otra vez a la cara y preguntó:

—¿Qué sucede? —Luego, después de comprobar que no le faltaba nada, añadió de pronto: —Rufo. Has tenido noticias de Rufo.

—Sí. —Cass vio cómo le latía una vena a Ricardo en la frente—. Ha muerto, Cass. Encontraron su cuerpo flotando en el río.

Cass se sentó, apoyándose en la mesa de la cocina.

—¿Cuándo?

—En algún momento de esta mañana.

—¿Desde hace... desde hace cuánto tiempo?

—Unos pocos días. Creen que se arrojó desde el puente de George Washington.

—¡Dios mío! ¿Quién...?

—Vivaldo. Llamó por teléfono poco después de haber salido tú. Ida le había llamado.

—¡Dios mío! Eso va a matar a esa pobre muchacha.

—Vivaldo estaba como si un caballo le hubiera pateado el vientre.

—¿Dónde está?

—Traté de hacerlo venir, pero dijo que iba a ver a esa muchacha, Ida. No sé qué bien puede hacer con eso.

—Era mucho más amigo de Rufo que nosotros.

—¿Quieres beber algo?

—Sí, creo que necesito beber. —Cass se quedó mirando fijamente a la mesa—. Me pregunto si nosotros... alguien... podíamos haber hecho algo.

—No —contestó Ricardo mientras vertía un poco de *whisky* en un vaso y lo acercaba a Cass—, nadie podía haber hecho nada. Era demasiado tarde. Rufo quería morir.

Cass guardó silencio y comenzó a beber el *whisky*. Miraba cómo caía la luz del sol en la mesa. Ricardo le puso la mano en el hombro y le dijo:

—No te acongojes demasiado, Cass. Después de todo...

Cass recordaba el rostro de Rufo la última vez que había conversado con él, aquella mirada y aquella sonrisa cuando le preguntó a ella: «¿Puedo ir a verlos pronto?». Ahora deseaba haberse quedado conversando con él más tiempo. Bebía el *whisky* asombrada de que los niños estuvieran tan tranquilos. Tenía los ojos llenos de lágrimas, que le resbalaban lentamente por la cara, y caían en la mesa.

—Es vergonzoso —dijo—, terrible, terrible, terrible.

—Rufo seguía ese camino, y nada ni nadie podía pararlo.

—¿Cómo podemos saberlo?

—¡Oh, querida! Tú sabes cómo estaba durante los últimos meses. Nosotros apenas lo veíamos, pero todos lo sabían.

«¿Qué es lo que sabían? —deseaba preguntar Cass— ¿Qué diablos era lo que todos sabían?». Pero se secó los ojos y se levantó.

—Vivaldo —añadió Ricardo— hizo todo lo que pudo para impedir lo que Rufo le estaba haciendo a Leona. Y si hubiera podido impedirselo... bueno, quizás habría evitado esto también.

«Eso es cierto», pensó Cass y miró a Ricardo, quien siempre la sorprendía cuando recuperaba el dominio de sí mismo.

—Yo lo estimaba mucho —dijo Cass—. Había en él algo hermoso, amable.

Ricardo la miró, sonriendo débilmente.

—Bueno, supongo que tú eres por naturaleza más bondadosa que yo. Yo no pensaba así. Me parecía que tenía un carácter demasiado concentrado en sí mismo, si quieres que te diga la verdad.

—Sí, concentrado en sí mismo. ¿Pero quién no lo es?

—Tú no lo eres. Tú piensas en otras personas y procuras tratarlas con justicia. Te pasas la vida cuidando a los niños... y cuidándome a mí.

—Pero tú eres mi vida, tú y los niños. ¿Qué haría yo, qué sería de mí sin vosotros? Me concentro en mí misma tanto como cualquiera. ¿No puedes verlo?

Ricardo sonrió y pasó la mano torpemente por la cabeza de ella.

—No. Pero no voy a seguir discutiendo este asunto. —Sin embargo, un instante después insistió—. Yo no quería a Rufo, por lo menos de la manera como tú y todos vosotros lo queríais. No podía dejar de notar que todos vosotros le dabais tanta importancia porque era negro. Lo que no es una buena razón para creer a alguien. Yo sólo podía considerarlo como a otra persona. Y no podía perdonarle lo que le había hecho a Leona. Tú me dijiste en una ocasión que tampoco podías.

—He pensado en eso desde entonces.

—¿Y qué has pensado? ¿Has encontrado alguna justificación?

—No, yo no trataba de justificar. No se podía justificar. Pero ahora creo... que no estaba bastante informada para poder juzgarlo. Quizás sufría mucho. Quizás él la quería... Estoy segura de que él la quería.

—Buen modo de amar.

—Ricardo, tú y yo nos hemos herido mutuamente muchas veces. En algunas ocasiones no queríamos hacerlo, y en otras, sí. ¿Y no sucedía eso precisamente porque... porque nos queríamos?

Ricardo la miró de un modo raro, con la cabeza inclinada, y replicó:

—¿Cómo puedes hacer esa comparación? Nosotros nunca hemos tratado de destruirnos mutuamente, ¿no es así? —Cass calló—. Yo nunca he tratado de destruirte. ¿Tú has tratado alguna vez de destruirme?

Cass pensó en el rostro de Ricardo cuando se habían conocido; y lo miró ahora. Recordó todo lo que habían descubierto juntos, y lo que eran el uno para el otro, y cómo muchas pequeñas mentiras habían contribuido a formar una verdad particular, aquel amor que los unía mutuamente. Ella había dicho que no, muchas veces, a muchas cosas, sabiendo que podía haber dicho que sí, a causa de Ricardo; y a causa de Ricardo había creído muchas cosas que no estaba segura de haber creído realmente. Él había sido absolutamente necesario para ella —o al menos así lo creía ella, lo que venía a ser lo mismo

— y en consecuencia se había apegado a él, y su vida había tomado forma alrededor de él. No lo lamentaba por ella. Desde hacía años algo le decía que lo necesitaba. Y lo había ligado a ella; él había sido su salvación. No lo lamentaba por ella, pero comenzaba a preguntarse si no había algo que lamentar, algo que ella le había hecho a Ricardo, y que Ricardo no veía.

—No —dijo débilmente, y añadió—, pero quizás no haya tenido que tratar de hacerlo.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir —y Cass volvió a sentarse y a jugar con el vaso de *whisky*— que un hombre conoce a una mujer y la necesita. Pero ella utiliza esa necesidad contra él, la utiliza para arruinarlo subrepticamente. Y es fácil. Las mujeres no ven a los hombres como los hombres desean que los vean. Ven todas las partes frágiles, todas las partes de las que puede brotar la sangre. —Terminó el *whisky*—. ¿Comprendes lo que quiero decir?

—No —contestó él con franqueza—, no comprendo. Y no creo en esa intuición femenina. Es un sueño de las mujeres.

—¡Puedes decir eso, y en ese tono! —Cass imitó el tono de Ricardo—. Un sueño de las mujeres. Pero yo no puedo decir que el «sueño» de los hombres sea todo lo que existe, que el mundo que han soñado sea el mundo. —Rió, y luego añadió, más serena: —Bueno, eso es cierto.

—¡Qué rara eres! Has elegido un mal ejemplo de deseo sexual.

—Eso es lo que hacen la mayoría de los hombres —replicó Cass vivamente, y luego rió—. De todos modos, lo que quiero decir es que yo he tratado de adaptarme a ti, y no he tratado de que tú te adaptes a mí. Nada más. Y eso no ha sido fácil.

—No.

—Porque yo te quiero.

—¡Ah! —y Ricardo soltó una carcajada— Eres una muchacha graciosa. Yo también te quiero y tú lo sabes.

—Espero que sea así.

—¿Me conoces tan bien y no sabes eso? ¿Qué ha sido de toda esa intuición, de todo ese punto de vista especializado?

—Más allá de cierto punto —contestó Cass con una sonrisa hosca— no funciona muy bien.

Ricardo la levantó de la mesa y la abrazó, apoyando la mejilla en el cabello de ella.

—¿Qué punto es ése, querida? —preguntó.

Todo, e aliento de él, sus brazos, su pecho, su olor, era algo familiar para Cass, algo aprisionante, indeciblemente querido. Movi6 ligeramente la cabeza para mirar por la ventana de la cocina, y mientras contemplaba la fría luz solar, dijo:

—El amor.

Record6 el río frío, y el cadáver del muchacho negro que había sido amigo de ellos. Cerr6 los ojos, y repiti6:

—El amor, el amor.

El sábado Ricardo se qued6 con los niños, mientras Cass y Vivaldo iban al entierro de Rufo. Ella no deseaba ir, pero no pudo negarse a la petici6n de Vivaldo, quien sabía que tenía que estar allí, pero tenía miedo de encontrarse solo.

Era un funeral matutino y Rufo iba a ser llevado al cementerio inmediatamente después. En ese sábado frío y seco, Vivaldo lleg6 temprano, vestido enfáticamente de negro y blanco: camisa blanca, corbata negra, traje negro, zapatos negros, abrigo negro; y el cabello, los ojos y las cejas negros en una cara muy blanca y seca. A Cass le impresionaron su temor y su pena; sin decir una palabra se puso su abrigo negro y le cogió la mano; y bajaron en el ascensor. La pena le sentaba bien. Estaba reducido a su belleza y elegancia, así como los huesos, tras una larga enfermedad, se hacen presentes a través de la carne.

Tomaron un taxi y fueron hacia lo alto de la ciudad. Vivaldo estaba sentado junto a Cass, con las manos en las rodillas, mirando fijamente hacia adelante. Ella miraba las calles. El tránsito era intenso, pero rápido; el taxi se desviaba y saltaba, disminuía o aumentaba la velocidad, pero se las arreglaba para no detenerse. Luego, en la Calle Treinta y Cuatro la luz roja le oblig6 a hacer alto. Los rodeaba una violencia de autos, grandes camiones, autobuses verdes que avanzaban con ruido sordo a través de la ciudad, y muchachos, muchachos negros que empujaban carretas de madera colmadas de ropas. La gente de las aceras inundaba las calles. Mujeres con gruesos abrigos caminaban pesadamente llevando grandes paquetes y enormes bolsas de mano, pues el Día de Acción de Gracias había pasado, pero los letreros proclamaban que faltaban pocos días para hacer las compras de Navidad. Los hombres, relativamente descargados, persiguiendo el dinero que cuesta la Navidad, corrían de un lado a otro y pasaban a las mujeres; niños con peinados de cola de pato giraban en el asfalto frío y negro como si fuera una

pista de baile. Fuera de la ventanilla, tan cerca de ella como estaba Vivaldo, uno de los muchachos negros detuvo su carro, encendió un cigarrillo y se echó a reír. El taxi no podía moverse y el conductor lanzó una maldición. Cass encendió un cigarrillo y se lo entregó a Vivaldo, y después encendió otro. Luego, el taxi se puso en marcha.

El conductor encendió la radio y el coche se llenó de pronto con el sonido de una guitarra, una voz aguda y relinchante y un coro que gritaba: «¡Ámame!». Las otras palabras se las tragaban los gemidos guturales del cantante, y eran casi tan obscenas como habían sido las maldiciones del conductor, pero la palabra «¡Ámame!» se repetía.

—Toda mi familia cree que soy un holgazán —dijo Vivaldo—. Yo les diría que me han abandonado, pero sé que les asusta lo que podría hacer luego.

Cass guardó silencio. Vivaldo miró por la ventanilla. Estaban cruzando Columbus Circle.

—A veces, como hoy —continuó Vivaldo—, creo que probablemente tienen razón y que he estado embaucándome a mí mismo con respecto a todo.

Las paredes del parque se cerraban a ambos lados, y más allá de esas paredes, a través de árboles estériles que desfilaban rápidamente, se alzaban las paredes de los hoteles y los edificios de apartamentos.

—Mi familia opina que yo me casé con alguien indigno de mí —dijo Cass—, indigno de *ellos*.

Sonrió a Vivaldo y aplastó el cigarrillo en el suelo.

—Yo no creo haber visto a mi padre sobrio —dijo Vivaldo— ni una vez en todos estos últimos años. Mi padre me decía: «Quiero que me digas la verdad, que me digas siempre la verdad». Y luego, si yo le decía la verdad, me abofeteaba contra la pared. Entonces, como era natural, yo no le decía la verdad. Me limitaba a decirle cualquier vieja mentira, me importaba un comino. La última vez que fui a casa a verlos llevaba mi camisa roja, y mi padre me dijo: «¿Qué pasa, estás chiflado?».

Cass encendió otro cigarrillo y escuchó. En el camino de herradura había una amazona, una muchacha pálida de rostro arrogante y perplejo. Cass tuvo tiempo para pensar, involuntariamente, mientras la amazona desaparecía para siempre, que aquella muchacha podía haber sido ella misma, hacía muchos años, en Nueva Inglaterra.

—Aquel barrio era terrible —dijo Vivaldo—. Había que ser violento, pues si no lo mataban a uno. La gente moría a nuestro alrededor constantemente, por nada. A mí no me interesaba mucho realmente andar con la mayoría de

aquellos muchachos, pues me molestaban. Pero también me intimidaban. Yo no podía soportar a mi padre. Es un hombre muy cobarde. Se pasaba el tiempo afirmando —bueno, no sé qué afirmaba, que todo era excelente, supongo— mientras su mujer se enloquecía en la ferretería. Y él sabía que ni yo ni mi hermano le teníamos el menor respeto. Y su hija se estaba convirtiendo en una verdadera ramera. Finalmente se casó, y no quiero ni pensar en lo que su marido tendrá que prometerle cada vez que ella le deja un poco de libertad.

Vivaldo calló un instante, y luego continuó:

—Por supuesto, mi padre es un estúpido, además. A mí me gustaba tomar un autobús e ir a alguna parte desconocida de la ciudad, solo, o pasear o ir al cine solo, o leer, o haraganear. Pero no, allí había que ser un hombre y demostrarlo, demostrarlo constantemente. Le podría contar cosas... —Suspiró—. Pues bien, mi padre está allí todavía, ayudando a que marche bien la industria del licor. La mayoría de los muchachos que yo conocía están muertos, o en la cárcel, o en el vertedero. Yo soy sólo un holgazán; tengo suerte.

Cass escuchaba porque sabía que Vivaldo iba a insistir en el tema, y que quería considerarlo, coordinarlo, comprenderlo, expresarlo. Pero no lo había expresado. Había dejado algo de sí mismo en las calles de Brooklyn, algo que temía volver a ver.

—En una ocasión —dijo— tomamos un coche y fuimos al Village y allí agarramos a un marica y volvimos a Brooklyn. El pobre tipo estaba realmente asustado, pero no podía saltar del automóvil. Entramos en el garaje, éramos siete, y lo obligamos a agacharse delante de todos nosotros y le hicimos mear a golpes, le quitamos todo el dinero y las ropas, y lo dejamos tendido en el suelo de cemento, y, ¿sabe?, era invierno. —Miró directamente a Cass por primera vez en esa mañana—. A veces me pregunto todavía si lo encontraron a tiempo, o si murió, o qué le pasó. —Unió las manos y miró por la ventanilla—. A veces me pregunto si sigo siendo la misma persona que hizo esas cosas... hace tanto tiempo.

No. No lo había expresado. Cass se preguntaba por qué. Quizás era porque los recuerdos de Vivaldo no lo liberaban en ningún sentido de las cosas recordadas. Pero no había vuelto a aquella época, a aquel muchacho: miraba todo con un horror fascinado e incluso romántico y buscaba un modo de negarlo.

Quizás tales secretos, los secretos de todos, sólo se expresaban cuando la persona los sacaba laboriosamente a la luz del mundo, los imponía al mundo

y los hacía parte de la experiencia del mundo. Sin ese esfuerzo, el secreto no era sino un calabozo donde la persona conocía la muerte; sin ese esfuerzo, ciertamente, el mundo entero sería una oscuridad inhabitable; y Cass comprendía, de muy mala gana, por qué ese esfuerzo era tan raro. De mala gana, porque comprendía que Ricardo la había desilusionado amargamente al escribir un libro en el que no creía. Lo sabía en aquel momento, y sabía que Ricardo nunca afrontaría el hecho de que el libro que había escrito para ganar dinero representaba el límite absoluto de su talento. Aunque no lo había escrito realmente para ganar dinero. ¡Si hubiera sido eso! Lo había escrito porque temía cosas oscuras, extrañas, peligrosas, difíciles y profundas.

«No me importa —se apresuró a decirse—. No es culpa suya que no sea Dostoievsky, por lo que no me importa». Pero no tenía importancia que a ella le importara o no. Le importaba a *él*, le importaba tremendamente, y *él* dependía de la fe que ella le tenía.

—¿No es extraño —preguntó Cass de pronto— que recuerde usted todas esas cosas ahora?

—Quizás sea —respondió Vivaldo tras un momento de silencio— a causa de ella. Cuando fui allá el día en que me llamó para decirme que Rufo había muerto... no sé... recorrí aquella manzana y entré en aquella casa y... no sé... todo me *parecía familiar*. —Volvió el rostro pálido y perturbado hacia Cass, pero ella se dio cuenta de que Vivaldo veía solo la pared alta y fuerte que se alzaba entre él y su pasado—. No quiero decir que soliera pasar mucho tiempo en Harlem —y desvió la vista nerviosamente—. Apenas iba allá más que de día. Quiero decir que en aquel barrio veía a los mismos muchachos que solía ver en el mío; eran negros, pero los mismos, realmente los mismos. Y, ¡qué diablos!, los zaguanes tienen el mismo hedor, y todos tratan de hacer lo mismo, pero saben que no tienen la misma oportunidad. Las mismas ancianas, los mismos ancianos, acaso un poco más *vivos*. Y entré en aquella casa, y estaban sentados allí, Ida y su madre y su padre, y algunas otras personas, parientes acaso, y amigos. No sé, nadie me habló realmente, excepto Ida, y ella no dijo mucho. Y todos me miraban como si... bueno, como si yo hubiera hecho aquello. Y yo deseaba tomar a la muchacha en mis brazos y besar aquella mirada, y decirle que yo no lo había hecho, que yo no podía hacerlo, que quienquiera que lo hiciese me lo hacía a mí también — Vivaldo sollozó en silencio; se inclinó hacia adelante y se cubrió la cara con una larga mano—. Yo sé que lo abandoné, pero también le quería, y allí nadie deseaba saberlo. Yo pensaba: «Ellos son negros y yo soy blanco, pero nos han

sucedido las mismas cosas, realmente las mismas cosas, ¿y cómo puedo hacerles saber eso?».

—Pero no le han sucedido a usted —dijo Cass— *porque* usted sea blanco. Han sucedido porque tenían que suceder. Pero lo que sucede allí —el taxi salió del parque y ella tendió las manos invitándole a mirar— sucede porque ellos son negros. Y eso establece una diferencia. —Y, tras un momento, se atrevió a añadir: —Besará usted mucho tiempo, amigo mío, antes de que vuelva a besar a uno de esos que están afuera.

Vivaldo miró por la ventanilla mientras se secaba los ojos. Habían salido a la Lenox Avenue, aunque su destino era la Séptima; y nada de lo que veían al pasar les era desconocido porque todo era miserable. No era difícil imaginarse que los coches de caballos habían desfilado en otro tiempo orgullosamente por aquella ancha avenida, y damas y caballeros emperifollados, adornados con flores, vestidos de brocado, empenachados, habían descendido de sus carruajes para entrar en aquellas casas que el tiempo y la insensatez habían deteriorado y ennegrecido. Las cornisas habían sido en otro tiempo nuevas y brillaban tanto como ahora parecían enfurruñadas por la vergüenza, deslustradas y despreciadas. Las ventanas no siempre habían estado cegadas. Las puertas no siempre habían recordado la desconfianza y el sigilo de una ciudad largo tiempo sitiada. En otro tiempo la gente cuidaba esas casas, ésa era la diferencia; se enorgullecían de caminar por aquella avenida; en otro tiempo aquel barrio había sido un hogar, y ahora era una prisión.

Ahora nadie se preocupaba, y esa indiferencia era todo lo que unía a este *ghetto* con el continente. Ahora todo se venía abajo y a los propietarios no les importaba; a nadie le importaba. Los hermosos niños de las calles, negros, morenos, cobrizos, todos con una ceniza gris en las caras y las piernas a causa del viento frío, como la tenue capa de escarcha en una ventana o en una flor, no parecían preocuparse porque nadie viese cuán hermosos eran. Sus mayores, mujeres negras grandes y que caminaban con esfuerzo, y hombres delgados y pesados, les habían enseñado, mediante el ejemplo o el precepto, lo que significaba cuidar o no cuidar las cosas; y aunque los preceptos se perdían a diario, los ejemplos quedaban a todo lo largo de la calle. Las mujeres caminaban, se detenían, entraban y salían por las puertas oscuras, conversaban unas con otras, o con los hombres y los policías, contemplaban los escaparates de las tiendas, les gritaban a los niños, reían y se detenían para acariciarlos. Todos los rostros, incluso los de los niños, expresaban un desencanto amable o venenoso que hacía sus rostros extraordinariamente precisos, como si los hubieran tallado en piedra.

El taxi corría ciudad arriba, pasaba por delante de hombres apostados frente a las peluquerías, frente a los grills, frente a los bares; corría dejando atrás las calles laterales, largas, oscuras, apestosas, con casas grises que se inclinaban hacia adelante para ocultar el cielo; y a la sombra de esas casas los niños zumbaban y se amontonaban como moscas en un papel engomado. Luego salieron de la avenida hacia el oeste y entraron en una calle larga y gris. Tenían que ir despacio porque la calle estaba abarrotada de personas que no tenían prisa y niños que corrían entre los coches estacionados a ambos lados, a todo lo largo de la calle. Había gente en las escalinatas, gente que gritaba desde las ventanas y jóvenes que atisbaban con indiferencia dentro del taxi que se movía lentamente, con una expresión irónica en la cara y los ojos indescifrables.

—¿Le trajo Rufo alguna vez por aquí? —preguntó Cass—. Para visitar a su familia, quiero decir.

—Sí, hace mucho tiempo. Casi lo había olvidado. Lo *había* olvidado hasta que Ida me lo recordó. Ella llevaba trenzas entonces y era la niña de color más bonita que he conocido. Tenía unos quince años. Rufo y yo la llevamos a Radio City.

Cass sonrió al oír la descripción que hacía Vivaldo de Ida, y su tono, que era inconscientemente erótico. El taxi cruzó la avenida y se detuvo en la esquina más lejana de la manzana por la que habían ido y donde estaba la capilla. Dos mujeres conversaban en voz baja en la escalinata. Mientras Vivaldo pagaba al conductor se les unió un joven para introducirlos en la capilla.

De pronto, lanzando una exclamación, Cass se llevó la mano a la cabeza descubierta y dijo:

—Vivaldo, yo no puedo entrar.

Vivaldo la miró, perplejo, mientras el conductor interrumpía la acción de darle el cambio.

—¿De qué habla usted? —preguntó—. ¿Qué le pasa?

—Nada. Pero una mujer debe llevar la cabeza cubierta. No puedo entrar en la capilla sin sombrero.

—Puede entrar, por supuesto —replicó Vivaldo, pero al mismo tiempo recordó que nunca había visto en una iglesia a una mujer con la cabeza descubierta.

—No, no puedo. Todas llevan sombrero. Sería un insulto si yo no lo llevase, sería como venir aquí con pantalones... Es una iglesia, Vivaldo, es un funeral y sería un insulto.

Vivaldo le daba ya la razón y la miraba sin saber qué hacer. El conductor del taxi tenía todavía el cambio en la mano y miraba a Vivaldo con una cuidadosa falta de expresión.

—¿No ha traído usted un chal o algo parecido?

—No. —Buscó en el bolso y los bolsillos del abrigo, casi llorando—. No. Nada.

—Escuche, señora —dijo el conductor—, ¿y su cinturón? Es negro. ¿Por qué no se lo ata alrededor de la cabeza?

—¡Oh, no! Eso no sirve. Además, se darán cuenta de que es mi cinturón.

—Pruebe.

Para poner fin a la discusión y demostrar que tenía razón, Cass se quitó el cinturón y se lo puso alrededor de la cabeza.

—¿Ven? No sirve.

—¿Qué van a hacer ustedes? —preguntó el conductor— Yo no puedo quedarme aquí todo el día.

—Tendré que comprar algo —dijo Cass.

—Se nos hará tarde.

—Usted entre. Yo iré a una tienda y volveré en seguida.

—No hay tiendas por aquí, señora —dijo el conductor.

—Tiene que haber tiendas en alguna parte de las cercanías —replicó Cass—. Usted entre, Vivaldo. Yo volveré en seguida. ¿Cuál es la dirección de este lugar?

Vivaldo le dio la dirección y dijo:

—Tendrá que ir a la Calle 125, es la única que conozco donde hay tiendas. —Tomó el cambio que le dio el conductor y le entregó una propina—. Lleve a la señora a la Calle 125.

El conductor volvió a su asiento, resignado.

—¿Tiene usted dinero suficiente? —preguntó Vivaldo a Cass.

—Sí. Entre.

Vivaldo entró en la capilla, fastidiado, mientras el taxi se alejaba. El chófer dejó a Cass en la esquina de la Calle 125 y la Octava Avenida, y ella se daba cuenta, mientras corría por la calle ancha y llena de gente, de que se hallaba en un estado extraño e inexplicable que no era ira ni congoja, pero que se parecía a ambas. Una mujercita blanca que caminaba apresuradamente por la Calle 125 un sábado por la mañana era, al parecer, un espectáculo muy común, pues nadie la miraba. Cass no veía tiendas con sombreros de mujer en el escaparate. Pero corría demasiado y no miraba bien. Si no recobraba la calma podía pasar el día entero recorriendo de un lado a otro aquella calle.

Durante un momento pensó detener a una de las mujeres —a una de las mujeres en cuyos rostros, le parecía, había algo que ella necesitaba saber— para preguntarle direcciones. Luego se dio cuenta de que sentía un miedo misterioso: temía a aquella gente, aquellas calles, la capilla a la que tenía que volver. Se obligó a caminar más lentamente. Vio una tienda y entró en ella.

Se le acercó una muchacha negra, una muchacha de cabello rojo, flojamente ondulado, con un vestido violentamente verde y de piel parecida a cobre polvoriento.

—¿Qué desea usted?

La muchacha sonreía con la misma sonrisa —se dijo Cass— de todas las vendedoras de todas partes. Esa sonrisa hacía que Cass se sintiera siempre pobre y andrajosa. Pero ahora esa sensación era más intensa que nunca. Y aunque comenzaba a sacudirla una ira completamente misteriosa, sabía que su tono seco y aristocrático, por buenos resultados que diera en el centro, no ejercería allí su efecto habitual.

—Deseo —balbuceó— ver un sombrero.

De pronto recordó que aborrecía los sombreros y que ella nunca los llevaba. La muchacha, a quien indudablemente le habían enseñado a sonreír los dueños, parecía estar acostumbrada a vender por lo menos un sombrero todos los sábados por la mañana a una mujer blanca desconocida y jadeante.

—¿Quiere venir conmigo? —preguntó.

—Bueno... no —dijo Cass de pronto, y la muchacha se volvió con las cejas impecablemente arqueadas—. Quiero decir que lo que necesito no es realmente un sombrero. —Trataba de sonreír y quería echar a correr. En la tienda se había hecho el silencio—. Lo que desearía comprar es una cinta negra —¡y cómo pareció resonar esa palabra en la tienda!— para la cabeza —añadió, y tuvo la sensación de que un instante después llamarían a la policía. Y no tenía manera de identificarse.

—¡María! —llamó la muchacha, que había dejado de sonreír—, ¿quieres atender a esta señora?

Se fue, y otra muchacha mayor y más sencilla, pero que también estaba cuidadosamente vestida y acicalada, se acercó a Cass con una sonrisa muy distinta; era una sonrisa impúdica e irónica, de complicidad y desprecio. Cass sintió que se ruborizaba. La muchacha sacó cajas de cintas. Todas parecían angostas y costosas, pero Cass no podía quejarse. Compró una, la pagó, se la puso en la cabeza y salió. Le temblaban las rodillas. Consiguió un taxi en la bocacalle y, después de librar un pequeño duelo consigo misma, dio al chófer la dirección de la capilla; hubiese querido decirle que la llevara a su casa.

La capilla era pequeña y no había mucha gente. Cass entró lo más silenciosamente que pudo, pero las cabezas se volvieron para mirarla. Un anciano, probablemente un acomodador, se le acercó apresuradamente, pero Cass se sentó en el primer asiento que vio, en la última fila, cerca de la puerta. Vivaldo estaba sentado más adelante, cerca del centro, y le pareció a Cass que no había ninguna otra persona blanca en la capilla. La gente estaba un tanto diseminada —del mismo modo, quizás, como habían estado los elementos de la vida de Rufo— y eso hacía que la capilla pareciera más vacía de lo que estaba en realidad. Había muchos jóvenes, amigos de Rufo, según supuso Cass, los muchachos y muchachas que se habían criado con él. En la primera fila se sentaban seis personas, la familia; ninguna cantidad de luto podía hacer menos arrogante la espalda arrogante de Ida. Delante de la familia, ante el estrado, estaba el féretro de madreperla, cerrado, dominando el lugar.

Cuando entró Cass hablaba alguien que se sentó en aquel momento. Era muy joven y vestía de negro, como un evangelista. Cass se preguntó si podía ser un evangelista, pues no parecía mucho más que un muchacho. Pero se movía con gran autoridad, con la autoridad de alguien que ha encontrado su lugar y está habituado a él. Apenas se sentó, una muchacha muy delgada avanzó por la nave y el muchacho vestido de negro fue al piano situado al costado del altar.

—Recuerdo a Rufo —dijo la muchacha—, cuando él era un muchachón y yo sólo una niña —y trató de sonreír a los parientes. Cass vio que la muchacha trataba de no llorar—. Yo y su hermana nos consolábamos mutuamente cuando Rufo se iba con los muchachos grandes y no nos dejaba jugar con él. —Se oyó un murmullo de diversión y pena y las cabezas de la primera fila se movieron afirmativamente—. Vivíamos en la casa de al lado, y él era como un hermano para mí.

Bajó la cabeza y retorció un pañuelo blanco, el pañuelo más blanco que jamás había visto Cass, entre las dos manos oscuras. Guardó silencio, varios segundos, y una vez más una especie de viento pareció susurrar en la capilla como si todos los presentes compartieran los recuerdos y las angustias de la muchacha y desearan ayudarla. El muchacho sentado al piano tocó un acorde.

—A veces Rufo quería que yo cantase esta canción —dijo de pronto la joven—. La cantaré ahora para él.

El muchacho tocó los acordes iniciales, y la joven cantó con una voz áspera, indisciplinada, sorprendentemente fuerte:

Yo soy forastero, no me expulséis.
Yo soy forastero, no me expulséis.
Si me expulsáis, podéis necesitarme un día.
Yo soy forastero, no me expulséis.

Cuando terminó de cantar se acercó al féretro y se detuvo ante él un instante, tocándolo ligeramente con ambas manos. Luego volvió a su asiento.

En la primera fila lloraban. Cass vio que Ida mecía en sus brazos a una mujer más vieja y gruesa. Uno de los hombres se sonó la nariz ruidosamente. La atmósfera estaba pesada y Cass deseaba que aquello terminase.

Vivaldo se mantenía inmóvil y solo, mirando directamente hacia adelante.

Un hombre de cabello cano se adelantó desde detrás del altar. Se quedó mirándolos un momento y el muchacho de negro comenzó a tocar un himno fúnebre.

—Algunos de vosotros me conocéis —dijo el hombre— y otros, no. Soy el reverendo Foster. Y sé que algunos de vuestros rostros y algunos de vosotros me sois desconocidos. —Hizo una pequeña reverencia, mirando a Cass, y luego a Vivaldo—. Pero ninguno de nosotros somos realmente desconocidos. Todos estamos aquí por la misma razón. Alguien que amábamos ha muerto. —Hizo otra pausa y miró el féretro—. Alguien a quien amábamos y con quien reíamos y conversábamos y nos enfadábamos y por quien rogamos, ha desaparecido. Ya no está con nosotros. Ha ido a algún lugar donde os malvados dejan de molestar. —Volvió a mirar al féretro—. No volveremos a ver su rostro. Vivió momentos difíciles en este mundo y fue angustiosa su salida de él. Cuando se presente ante su Hacedor tendrá el aspecto que teníamos muchos de nosotros cuando vinimos aquí por primera vez: como si le hubiera sido difícil atravesar el pasaje, porque era *estrecho*. —Se aclaró la garganta y se sonó la nariz—. Yo no voy a deciros toda una cantidad de mentiras acerca de Rufo. No creo en eso. Yo conocía a Rufo, lo conocí durante toda su vida. Era un muchacho inteligente y tenía el diablo en el cuerpo y no había modo de entenderse con él. Se metió en muchos líos, todos vosotros lo sabéis. Muchos de nuestros muchachos se han metido en líos y algunos de vosotros sabéis por qué. Solíamos hablar de eso a veces, él y yo, pues Rufo y yo fuimos siempre muy buenos amigos, incluso después de que él diera un salto y se fuera de aquí, y aunque nunca asistiera a los servicios religiosos como yo... como todos nosotros deseábamos que hiciera. —Hizo otra pausa—. Él tenía que seguir su camino. Tuvo sus cuitas y se ha ido. Era joven, inteligente, apuesto y todos esperábamos grandes cosas de él;

pero se ha alejado de nosotros y somos nosotros quienes tendremos que hacer esas grandes cosas. Creo saber el terrible dolor que sentís alguno de vosotros. Sé el terrible dolor que siento yo, y nada que yo pueda decir puede amenguarlo. Pero ese muchacho era uno de los mejores hombres que he conocido, y he conocido a muchos. No trataré de juzgarlo. No nos corresponde a nosotros hacerlo. Mucha gente dice que un hombre que se quita la vida no ha de ser enterrado en terreno sagrado. Yo no sé nada al respecto. Lo único que sé es que Dios hizo cada palmo de tierra por la que he caminado y que todo lo que hizo Dios es *sagrado*. Ninguno de nosotros sabemos lo que pasa en el corazón ajeno, muchos de nosotros ni siquiera sabemos lo que pasa en nuestro propio corazón, y no podemos decir por qué hizo lo que hizo. Ninguno de nosotros estaba allí, y ninguno de nosotros lo sabe. Hemos de rogar que el Señor lo reciba como le rogamos que nos reciba a nosotros. Eso es todo. *Todo*. Y les diré algo más, y que nadie lo olvide: conozco a muchas personas que se quitaron la vida y ahora andan por las calles y algunas de ellas predicán el evangelio y otras ocupan altos puestos. Recuérdenlo. Si en el mundo no hubiese tanta gente muerta, quizás los que tratamos de vivir no tendríamos que sufrir tanto.

Se paseó de un lado a otro delante del altar y detrás del féretro, y añadió:

—Sé que nada de lo que pueda decir a quienes están delante de mí (sus padres, su hermana, sus parientes y amigos), puede traerlo de vuelta ni impedir la pesadumbre que les causa su muerte. Lo sé. Nada de lo que yo pueda decir hará su vida diferente, hará de ella la vida que quizás otro hombre podría haber vivido. Todo está ya hecho, todo está escrito allí en lo alto. Pero no os desaniméis, amigos míos, no os desaniméis. No dejéis que lo sucedido os amargue. Procurad comprender. Tratad de comprender. El mundo es ya bastante amargo y debemos procurar ser mejores que el mundo.

Bajó la vista y luego se volvió otra vez a los que ocupaban la primera fila:

—Hemos de recordar que él trataba de comprender. No son muchos los que tratan de hacerlo, y los que lo hacen tienen que sufrir. Estemos orgullosos de él. Tenemos derecho a sentirnos orgullosos. Y eso es todo lo que él deseaba en este mundo.

Un hombre lloraba en la primera fila. Cass pensó que ese hombre debía de ser el padre de Rufo y se preguntó si él creía lo que decía el predicador. ¿Qué había sido Rufo para él? Un hijo fastidioso, un extraño en vida y ahora un extraño para siempre en la muerte. Y ya nada más se sabría nunca. Cualquier otra cosa que hubiera habido o que pudiese haber habido en el corazón de

Rufo o en el de su padre, había pasado al olvido con Rufo. Nunca se expresaría ya. Había terminado.

—Están aquí algunos amigos de Rufo —dijo el reverendo Foster—. Van a tocar algo para nosotros y luego nos iremos.

Dos jóvenes avanzaron por el pasillo, uno con una guitarra y el otro con una viola. Los siguió la delgada muchacha negra. El muchacho de negro se sentó al piano y encorvó los dedos. Los otros dos se colocaron directamente frente al féretro y la muchacha un poco alejada de ellos, cerca del piano. Comenzaron a tocar algo que Cass no reconocía, algo muy lento y más parecido a los *blues* que a un himno. Luego la música se hizo más tensa y más rápida. La gente presente en la capilla canturreaba en voz baja y golpeaba el suelo con los pies. La muchacha se adelantó, echó hacia atrás la cabeza, cerró los ojos y cantó:

*¡Oh, aquella gran mañana del despertar!
¡Te digo adiós, te digo adiós!*

El reverendo Foster, colocado a más altura detrás de ella, levantó las dos manos y unió su voz a la de la muchacha:

*Llegaremos desde todas las naciones
¡Te digo adiós, te digo adiós!*

Todos los presentes en la capilla se les unieron, pero la muchacha terminó el canto sola:

*¡Oh, en aquella gran mañana del despertar!
¡Te digo adiós, te digo adiós!*

Luego el reverendo Foster rezó una breve plegaria por el viaje sin peligros del alma que los había dejado y por el viaje sin peligros a través de su vida y después de la muerte de todas las almas que lo escuchaban. Y el acto terminó.

Dos de los hombres de la primera fila y los dos músicos levantaron el féretro de madreperla, se lo pusieron a hombros y descendieron por la nave. Los siguieron las personas que llevaban el duelo.

Cass estaba cerca de la puerta. Los cuatro rostros inmóviles pasaron junto a ella con su carga y no la miraron. Directamente detrás de ellos iban Ida y su

madre. Ida se detuvo un momento y la miró, la miró detenidamente, indescifrable bajo el denso velo. Luego pareció sonreír. Y siguió adelante. También los otros pasaron. Vivaldo se unió a Cass y salieron juntos de la capilla.

Cass vio por primera vez el coche fúnebre, estacionado en la avenida, dirigido hacia el centro de la ciudad.

—Vivaldo —preguntó—, ¿vamos al cementerio?

—No. No tienen bastantes coches. Creo que sólo va la familia.

Vivaldo miró el coche situado detrás del furgón fúnebre. Los padres de ida habían entrado en él. Ida estaba en la acera. Miró a su alrededor y se acercó rápidamente a ellos. Les tomó a ambos una mano y les dijo:

—Deseaba darles las gracias por haber venido. —Tenía la voz ronca de llorar y Cass no le podía ver la cara detrás del velo—. No saben lo que esto significa para mí... para nosotros.

Cass apretó la mano de Ida, sin saber qué decir. Vivaldo dijo:

—Ida, todo lo que podamos hacer..., todo lo que yo pueda hacer... todo...

—Ya han hecho mucho. Se han portado admirablemente. Nunca lo olvidaré.

Les estrechó otra vez las manos y se alejó. Entró en el coche y cerró la portezuela. El coche fúnebre se puso lentamente en marcha seguido por el de la familia y luego por otro. Varias personas que habían asistido al servicio fúnebre miraron brevemente a Cass y a Vivaldo, conversaron unos instantes y comenzaron a dispersarse. Cass y Vivaldo echaron a andar por la avenida.

—¿Tomaremos el metro? —preguntó Vivaldo.

—No creo que lo pueda soportar en este momento.

Siguieron caminando, sin rumbo y en silencio. Cass andaba con las manos hundidas en los bolsillos, mirando las grietas de la acera.

—Aborrezco los funerales —dijo por fin—. Nunca parecen tener nada que ver con la persona muerta.

—No, los funerales son para los vivos.

Pasaron por delante de una escalinata donde estaban algunos adolescentes, que los miraron con curiosidad.

—Sí —dijo Cass.

Y siguieron caminando, pues ninguno de ellos parecía tener la energía que habría exigido detenerse para llamar a un taxi. No podían hablar del funeral en aquel momento; había demasiadas cosas que decir, y quizás los dos tenían muchas cosas que ocultar. Descendían por la amplia y atestada avenida,

rodeados, al parecer, por una atmósfera que impedía que los otros los empujasen o los mirasen demasiado directamente o durante demasiado tiempo. Llegaron a la boca del metro en la Calle 125. La gente subía de la oscuridad y en la esquina un grupo de personas esperaba el autobús.

—Tomemos aquel taxi —dijo Cass.

Vivaldo llamó al taxi y entraron en él —como la gente de la calle esperaba que ellos hicieran, no pudo dejar de pensar Cass— y comenzaron a alejarse de aquel escenario triste y violento sobre el que descendía ahora un sol pálido.

—Desearía saberlo —dijo Vivaldo.

—¿Qué desearía saber?

El tono de Cass era más incisivo que el que se proponía emplear, sin que ella supiera por qué.

—Qué ha querido decir ella cuando dijo que nunca lo olvidará.

Algo pasaba en la mente de Cass, algo que no podía nombrar ni detener, pero era casi como si ella fuera prisionera de su propia mente, como si las mandíbulas de su mente se hubiesen cerrado sobre ella.

—Bueno, eso prueba por lo menos que es usted inteligente —dijo—. Y eso puede servirle.

Observó cómo el taxi descendía por la calle que más tarde se convertiría en la calle familiar.

—Me gustaría demostrarle algún día... —dijo Vivaldo, y se interrumpió. Miró por la ventanilla y añadió: —Me gustaría hacerle saber que el mundo no es tan negro como ella cree que es.

—O tan blanco —corrigió Cass secamente.

—O tan blanco. —Cass se daba cuenta de que Vivaldo se negaba a reaccionar ante su tono—. A usted no le gusta Ida.

—Me gusta bastante, pero no la conozco.

—Eso prueba lo que digo. Usted no la conoce y no desea conocerla.

—No tiene importancia que me guste o no Ida. Lo que importa es que le guste a usted. Eso es evidente. No sé por qué desea usted que yo ponga reparos. No pongo reparos. ¿Pero qué importancia tendría que los pusiese?

—Ninguna. —Pero rectificó en seguida—. Bueno, tendría alguna. Me preocuparía su juicio.

—El juicio nada tiene que ver con el amor.

Vivaldo la miró vivamente, pero con agradecimiento, y preguntó:

—¿Es de amor de lo que estamos hablando?

—Parece, por lo que usted trata de probar. Y más vale que sea así. — Guardó silencio un instante y luego añadió—. Por supuesto, también ella puede tener algo que probar.

—Creo que tiene algo que olvidar. Creo que puedo ayudarla a olvidar.

Cass guardó silencio. Miró los árboles y el parque fríos. Se preguntó cómo habría ido el trabajo de Ricardo esa mañana; se preguntó por los niños. Le parecía de pronto que había estado fuera de casa mucho tiempo, que no había cumplido obligaciones muy importantes. Y lo único que deseaba en aquel momento era llegar a casa sin novedad y encontrar todo tal como lo había dejado... como lo había dejado hacía tanto tiempo, esa mañana.

—Es usted tan joven —se oyó decir, en su tono más maternal—. Conoce usted tan poco —sonrió— la vida, las mujeres...

Vivaldo sonrió también, con una sonrisa pálida y cansada.

—Muy bien, pero deseo que me suceda algo real. Lo deseo. ¿Cómo se conoce la vida, a las mujeres? —Sonrió burlonamente—. ¿Sabe usted mucho acerca de los hombres?

El gran reloj del lejano Columbus Circle brillaba en el cielo gris y anunciaba que eran las doce y veintisiete minutos. Llegaría a casa a tiempo para preparar el almuerzo.

Luego el abatimiento contra el que había estado luchando volvió, como si el cielo se hubiera caído convertido en niebla.

—En otro tiempo creía que lo sabía —dijo—. En ese tiempo era yo más joven que lo que usted es ahora.

Vivaldo volvió a mirarla, pero esta vez no dijo nada. Durante un momento, al desviarse la calle, la silueta de Nueva York se alzó ante ellos como una pared mellada. Luego desapareció. Cass encendió un cigarrillo y se preguntó por qué, en aquel momento, había odiado aquellos rascacielos orgullosos, aquellas antenas codiciosas. Nunca había odiado la ciudad hasta entonces. ¿Por qué le parecía todo tan pálido e inútil, y por qué sentía ella tanto frío, como si nada ni nadie pudiera volver a calentarla nunca?

Vivaldo canturreaba en voz baja los *blues* que habían oído en el funeral. Pensaba en Ida, soñaba con Ida, se lanzaba hacia lo que le esperaba con Ida. Durante un momento Cass odió su juventud, sus esperanzas, sus posibilidades, su masculinidad. Envidiaba a Ida. Escuchó a Vivaldo que canturreaba los *blues*.



III

UN sábado de comienzos de marzo, Vivaldo, asomado a la ventana, observaba cómo amanecía. El viento soplaba en las calles desiertas con una especie de gemido de desaliento. Había soplado durante toda la larga noche mientras Vivaldo, sentado a su mesa de trabajo, luchaba con un capítulo que no marchaba bien. Estaba muy cansado, pues había trabajado en la librería durante todo el día y luego ido al centro. Pero ése no era el motivo de su parálisis. No parecía saber bastante acerca de los personajes de su novela. Todos ellos tenían más o menos sus nombres, todos ellos tenían trazado más o menos su destino, y el modelo que él deseaba que representaran estaba claro para él. Pero no parecía claro para ellos. Él podía moverlos, pero ellos no se movían. Él les ponía en la boca palabras que ellos pronunciaban de mal humor, sin convicción. Con la misma angustia, o mayor, con que él trataba de seducir a una mujer, trataba de seducir a sus personajes: les suplicaba que le entregaran su vida privada. Y ellos se negaban, sin que, a pesar de su perversa intransigencia, mostraran el menor deseo de abandonarlo. Esperaban a que él diera con la clave, los animara, dijera la verdad. Parecían decirle que *luego* le darían todo lo que él deseaba y mucho más que lo que estaba ahora dispuesto a imaginarse. Durante toda la noche, con una ira y una impotencia crecientes, había estado dando vueltas de la mesa de trabajo a la ventana y viceversa. Se hacía café, fumaba cigarrillos, miraba el reloj... y la noche pasaba, pero su capítulo no avanzaba y tenía la sensación de que debía dormir algo, porque ese día, por primera vez desde hacía varias semanas, iba a ver a Ida. Era el sábado que ella tenía libre, pero iba a tomar una taza de café con una de sus amigas en el restaurante donde trabajaba. Él se encontraría con ella allí y luego irían a visitar a Ricardo y Cass.

La novela de Ricardo iba a aparecer de un momento a otro y prometía tener un gran éxito. Vivaldo, para su confusión y alivio, no la había encontrado muy notable. Pero no había tenido valor para decírselo a Ricardo ni para confesarse a sí mismo que no habría leído la novela si no la hubiera escrito Ricardo.

Todos los ruidos de la calle fueron cesando poco a poco: ruidos de motores, de neumáticos, de pasos, de maldiciones, de fragmentos de canciones, de despedidas fuertes y prolongadas; la última puerta del edificio en que vivía se cerró de golpe, los últimos murmullos, susurros y crujidos se acallaron. La noche se inmobilizó a su alrededor, y sus habitaciones se enfriaron. Encendió el hornillo. En el fondo de su mente comenzó a bullir su nube de testigos, en una atmósfera tan pesada como el calor del hornillo, amontonándose, en realidad, alrededor de la deseada y desconocida Ida. Quizás era ella quien los mantenía tan silenciosos.

Miraba a la calle y pensaba —con amargura, pero también con una sobriedad desalentadora y aturdida— que, aunque los veía desde hacía tanto tiempo, quizás nunca los había conocido en absoluto. El hecho de un acontecimiento no es lo mismo que saber qué es lo que uno ha vivido. La mayoría de las personas no han vivido —ni se podría decir que han muerto— durante ninguno de sus terribles acontecimientos. Simplemente el martillo las ha dejado aturdidas. Luego se han pasado la vida en una especie de limbo de dolor negado y no examinado. La gran pregunta a la que hacía frente Vivaldo esa mañana era si había o no estado realmente presente en su vida. Pues si había estado presente, seguía estándolo, y su mundo se abriría ante él.

La muchacha que vivía al otro lado de la calle y que él sabía que se llamaba Nancy, pero que le recordaba a Jane, y por eso nunca hablaba con ella, volvió en aquel momento de su ronda por los bares y los cafés con otro joven sin huesos. Los había en todas partes, lo que explicaba por qué los encontraba; pero por qué los llevaba a su casa era un asunto algo más siniestro. Los que llevaban el cabello largo llevaban también barba; los que lo llevaban corto se consideraban en libertad para prescindir de ese apéndice útil pero algo incómodo. Leían poesía o la escribían, furiosamente, como para demostrar que poseían cualidades para actividades más masculinas. El ejemplar de esa mañana vestía pantalones blancos y gorra de deporte náutico y llevaba una barbita paranoica que le salía de la parte inferior de la cara. Esa barba era su característica más agresiva, lo único que sugería en él endurecimiento o tensión. La muchacha, por otra parte, era toda ángulos, huesos, músculos y mandíbula; hasta sus pechos parecían de piedra. Iban por

la calle cogidos de la mano, pero no juntos. Se detuvieron delante de los escalones de la casa de ella, y la muchacha se tambaleó. Se apoyó contra él con la angustia de la repugnancia del alcohol que le venía a la boca, y la rigidez de él indicó que el peso de ella era molesto; y subieron los pocos escalones hasta la puerta. Allí ella se detuvo y sonrió al hombre, levantando coquetamente los pechos pétreos mientras con las manos se echaba hacia atrás el cabello. El joven pareció encontrar intolerable esa demora. Murmuró algo acerca del frío y empujó a la muchacha adentro delante de él.

Bueno, ahora lo harían. ¿Harían qué? No el amor, ciertamente. Y si Vivaldo se asomase a la ventana veinticuatro horas después vería la misma escena repetida con otro muchacho.

¿Cómo podían soportarlo? Bueno, él lo había hecho. ¿Cómo lo había soportado? El *whisky* y la marihuana habían ayudado; él sabía mentir bastante bien, y eso también ayudaba; y la mayoría de las mujeres le inspiraban un gran desprecio, y eso ayudaba asimismo. Pero había algo más. Después de todo, el país, el mundo —aquella ciudad— estaban llenos de gente que se levantaba por la mañana y se acostaba por la noche y generalmente durante toda su vida en la misma cama. Hacían todo lo que se suponía que debían hacer y criaban a sus hijos. Y quizás a él no le gustaban mucho esas personas, pero, por otra parte, tampoco las conocía. Suponía que existían porque le habían dicho que existían; probablemente los rostros que veía en el metro y en las calles pertenecían a esas personas, que eran admirables porque eran numerosas. Su madre y su padre y su hermana casada y el marido de ésta y sus amigos formaban parte de esa multitud, y su hermano menor pertenecería a ella pronto. ¿Y qué sabía de ellos en realidad excepto que se avergonzaban de él? Ellos no sabían que él era real. Parecía que tampoco sabían que ellos eran reales, pero él no era lo bastante simple para que esa idea le consolase.

Vio que subía por la calle un hombre solo, con el negro abrigo ajustado, abotonado hasta el cuello; miraba hacia atrás de vez en cuando como si esperara que le siguieran. Luego pasó por la calle el camión de la basura, como un insecto gris sin sesos. Vivaldo observó cómo cargaban la basura. Luego no vio nada ni a nadie. La luz se iba haciendo más intensa. Pronto comenzarían a sonar los despertadores y las casas expulsarían a la gente madrugadora. Pensó en el muchacho y la muchacha en la habitación.

Habrían descubierto ya que la luz eléctrica amarilla, deliberadamente indirecta, era inútil, y la habrían apagado. La muchacha se habría quitado los zapatos y habría encendido la radio, y estaría acostada. La luz gris que entraba por las persianas estaría examinando, con malicia de lo no comprometido,

cada superficie, rincón y ángulo de la no amada habitación. La música no sonaría fuertemente. Se habrían servido las bebidas y la de la muchacha estaría en la mesa. El joven tendría la suya entre las manos. Estaría sentado en la cama, un poco apartado de la muchacha, mirando el suelo. Tendría la gorra echada hacia atrás. Y el silencio, por debajo de la música, sería tremendo, por el temor de los dos. Dentro de un momento uno de ellos haría un movimiento para dominar ese temor. En la muchacha, ese movimiento sería un suspiro y una vacilación; un suspiro a causa de la necesidad, una vacilación a causa de la hostilidad. En el muchacho, el movimiento sería brusco o suavemente brutal: se abalanzaría sobre la muchacha como si quisiese violarla, o trataría de excitarla mediante besos furtivos, en su intención ardientes, como los que había visto en las películas. La ficción y la fantasía no dejarían de producir un calor y una dureza fisiológicos; y esa presión envainada entre los muslos de la muchacha sería la señal para que ella gimiese. Sacudiría la cabeza un poco y apretaría más fuertemente al muchacho y ambos iniciarían así el descenso hacia la confusión. Él se quitaría la gorra, mientras la cama se quejaba y la luz gris los miraba fijamente. Luego él se quitaría la chaqueta. Sus manos levantarían el suéter y desprenderían el sujetador. Quizás ambos desearían hacer una pausa y comenzar a descubrirse mutuamente, pero ninguno de ellos se atrevería. Ella gemiría y se asiría a la oscuridad y él le quitaría el suéter. Él lucharía nada amorosamente con los pechos de ella. El sonido de los jadeos de ella presagiaría el fracaso del muchacho. Luego terminaría el disco o en la radio un anuncio comercial reemplazaría a la canción amorosa. Él le levantaría la camisa a la muchacha, y ella, medio desnuda, con un breve murmullo apologético, se levantaría de la cama y apagaría el aparato. En el centro de la habitación, quizás ella se burlase de su propia desnudez con una breve broma cruel. Luego desaparecería en el cuarto de baño. El muchacho terminaría su bebida y se quitaría toda la ropa excepto los calzoncillos. Cuando la muchacha reapareciera, ambos estarían preparados.

Sí, él había estado allí: frotando, empujando y golpeando, tratando de despertar a una muchacha helada. La batalla era terrible porque la muchacha deseaba que la despertasen, pero le aterraba lo desconocido. Cada vez que ella se acercaba a él, que se acercaban el uno al otro, un retroceso violento volvía a separarlos. Ambos se aferraban a una fantasía más que a ellos mismos, preferían extraer placer de las grietas de la mente, antes que entregar los secretos del cuerpo. Los zarcillos de la vergüenza no los soltaban nunca, y todo lo que hacían era comentado por todas las palabras sucias que conocían. A veces esas palabras provocaban el clímax, un clímax triste, desagradable y

prematureo. Lo mejor que él había conseguido en la cama hasta entonces era un máximo de alivio con un mínimo de hostilidad.

En Harlem, no obstante, se había limitado a dejar allí su carga, y señalar el lugar con dinero. Durante un tiempo eso le había parecido mucho más sencillo. Pero incluso el placer sencillo, comprado y pagado, no tardaba mucho tiempo en desvanecerse, pues resultaba que el placer no era sencillo. Cuando, caminando por Harlem, encontraba a una muchacha que le gustaba, no podía dejar de desear haberla encontrado en alguna otra parte, en circunstancias diferentes. No podía dejar de desaprobador la situación de ella, y de exigirle más de lo que cualquier muchacha en esa situación podía dar. Si ella no le gustaba, la despreciaba y era muy penoso para él despreciar a una muchacha de color, porque entonces se despreciaba más a sí mismo. De modo que luego, por apremiante que pudiese ser la carga que llevaba a Harlem, volvía a su casa con otra mayor, de la que no se podía descargar tan fácilmente.

Durante varios años se había imaginado que pertenecía a aquellas calles oscuras de Harlem, precisamente porque la historia escrita en el color de su piel impugnaba su derecho a estar allí. Disfrutaba con eso, con que se le negara el derecho a estar en todas partes; allí su extrañamiento se había hecho visible y, por lo tanto, casi soportable. Se imaginaba que el peligro era allí más real, más franco que en el centro de la ciudad, y que él, al decidirse a correr esos peligros, arrebatava su virilidad a las aguas tibias de la mediocridad y la ponía a prueba en el fuego. Se sentía más vivo en Harlem porque se movía en una llamarada de ira y autocongratulación y de excitación sexual, con el peligro, como una promesa, esperándole en todas partes. Y, sin embargo, a pesar de su osadía, de correr esos riesgos, los contratiempos que había experimentado realmente habían sido triviales y los podía haber experimentado en cualquier otra parte. Su ansia de vivir, peligrosa y abrumadora, no le había complicado en nada más grave que una media docena de conocimientos muy casuales en otros tantos bares. No recordaba haber intervenido sino en una o dos reuniones para fumar marihuana, en uno o dos libertinajes colectivos; sólo tenía en su haber una o dos muchachas cuyos nombres había olvidado, una o dos direcciones que había perdido. Sabía que Harlem era un campo de batalla en el que se libraba una guerra día y noche, pero nada sabía de los fines de esa guerra.

Y eso se debía no sólo al silencio de los guerreros, silencio que era de todos modos espectacular porque sonaba tan fuertemente; se debía también a que uno conocía de las batallas sólo lo que aceptaba voluntariamente. Se vio

obligado, poco a poco, contra su voluntad, a comprender que al correr los peligros de Harlem no había puesto a prueba su virilidad ni reforzado su sentido de la vida. No había hecho más que refugiarse en la aventura exterior para evitar el choque y la tensión de la aventura que se desarrollaba inexorablemente dentro. Quizás era por eso por lo que a veces le parecía sorprender en los rostros oscuros que lo observaban una insinuación de desprecio divertido y no enteramente desprovisto de bondad. Parecían decir que él tenía que ser pobre, ciertamente, para haber sido arrastrado allá. Sabían que había sido arrastrado como en una huida; los sentimientos liberales e incluso revolucionarios de que se enorgullecía tanto no significaban nada para ellos. No era más que un pobre muchacho blanco en dificultades y no era nada original que corriese adonde estaban los negros.

A veces le había parecido que ese sentimiento le miraba con los ojos de Rufo. No había querido verlo, pues insistía en que él y Rufo eran iguales, y amigos mucho más allá del alcance de algo tan trivial como el color. Habían vivido juntos, habían bebido juntos, habían ido a los mismos bailes, se habían maldecido mutuamente y se habían prestado dinero. Y no obstante, parecía ahora, ¡cuántas cosas se habían ocultado! Todo había sido un juego, un juego en el que Rufo había perdido la vida. Todas las presiones que ellos habían negado, se habían unido para destruirlo. ¿Por qué era necesario negar algo? ¿Cuál era el objeto del juego?

Vivaldo volvió a la habitación, encendió un cigarrillo y se puso a pasear de un lado a otro. Bueno, quizás habían temido que si se examinaban demasiado atentamente el uno al otro iban a descubrir... Miró por la ventana; se sentía desanimado y asustado. Los dos habrían encontrado el abismo. En alguna parte de su corazón el negro odiaba al blanco porque era blanco. En alguna parte de su corazón Vivaldo temía y odiaba a Rufo porque era negro. Habían bailado con las chicas, una o dos veces con a misma chica. ¿Por qué? ¿Y eso qué había significado? Nunca volvían a ver a la muchacha y nunca hablaban realmente de eso.

En una ocasión, cuando él hacía el servicio militar, estando con licencia en Munich, se había emborrachado con un camarada de color. Estaban en una bodega, era una hora muy avanzada de la noche y ardían velas en las mesas. Cerca se sentaba una muchacha. ¿Quién había desafiado a quién? Riendo, se habían abierto los pantalones y se habían mostrado a la muchacha. A la muchacha y también el uno al otro. La muchacha se había alejado tranquilamente, diciendo que no comprendía a los norteamericanos. Pero quizás los había comprendido bastante bien. Había comprendido que esa

escena muda tenía muy poco que ver con ella. Pero tampoco se podía decir que ellos hubieran tratado de atraerse mutuamente, pues seguro que no se les habría ocurrido hacerlo de ese modo. Acaso sólo habían tratado de tranquilizarse, de quedarse tranquilos después de saber quién era más hombre. ¿Y qué pensaba entonces el muchacho negro? Pero la pregunta era qué pensaba él. Él pensaba: «¡Al diablo, estoy quedando bien!». Habría podido causarle una ligera angustia comprobar que su compañero de color le aventajaba, pero en general se sintió aliviado. La cosa estaba al descubierto, prácticamente sobre la mesa, y era exactamente así, nada había que temer.

Sonrió —*Apuesto a que el mío es mayor que el tuyo*—, pero recordó ocasionales pesadillas en las que ese mismo compañero desaparecido le perseguía a través de bosques impenetrables, le alcanzaba con un cuchillo al borde de precipicios y le amenazaba con arrojarlo al mar. En todas esas pesadillas había deseado vengarse. ¿Vengarse de qué?

Vivaldo volvió a sentarse a su mesa de trabajo. La página colocada en la máquina de escribir lo miraba, cubierta de jeroglíficos. La leyó de nuevo. No decía nada. No sucedía nada en esa página. Volvió a la ventana. Ya era de día y había gente en las cales, la gente que anda siempre por ahí de día. La muchacha alta, de cabello corto y gafas, con un abrigo corto y suelto, pasaba rápidamente por la calle. El almacén de comestibles estaba abierto. El viejo rumano que lo administraba guardaba el cajón de leche dejado en la acera. Vivaldo pensó otra vez que le convenía dormir algo. Iba a ver a Ida y almorzarían con Ricardo y Cass. Eran las ocho en punto.

Se tendió en la cama y se quedó contemplando las grietas del techo. Pensaba en Ida. La había visto por primera vez hacía unos siete años. Ella tenía entonces unos catorce. Era un día de fiesta y Rufo había prometido salir con ella. Y quizás el motivo de que pidiera a Vivaldo que lo acompañara era que tenía que pedirle dinero prestado. «Porque no puedo desilusionar a mi hermana, amigo».

Era un día muy parecido al actual, brillante, frío y duro. Rufo estaba excepcionalmente silencioso, y él también se sentía incómodo. Le parecía que se obligaba a sí mismo a estar donde no le correspondía. Pero Rufo había hecho la invitación y él la había aceptado; ninguno de ellos podía eludirlo ya.

Llegaron a la casa alrededor de la una de la tarde. La señora Scott les abrió la puerta. Estaba vestida como si también ella fuera a salir, con un vestido gris oscuro un poco demasiado pequeño para ella. Llevaba el cabello corto, recién rizado. Besó a Rufo ligeramente en la mejilla y dijo:

—¡Hola! ¿Cómo está mi niño travieso?

—¡Hola! —contestó Rufo, sonriendo.

Tenía su rostro una expresión que nunca había visto Vivaldo. Era una especie de emoción burlona de diversión y placer, como si su madre, allí presente con sus tacones altos, su vestido gris y su cabello rizado, acabara de hacer algo extraordinariamente encantador. Y esa expresión se repitió en el rostro más negro de su madre cuando le respondió, gravemente, con otra sonrisa. Parecía mirarlo de pies a cabeza, y saber exactamente cómo le había ido en el mundo.

—Éste es un amigo mío, Vivaldo —lo presentó Rufo.

—Para servir a usted.

La señora Scott le estrechó la mano brevemente. La brevedad no era descortesía o frialdad, sino simplemente falta de hábito. Hasta donde lo veía, lo veía como un amigo de Rufo, uno de los habitantes del mundo en que su hijo prefería vivir.

—Siéntese. Ida vendrá en seguida.

—¿Está preparada?

—Se ha estado preparando desde hace días. No me la vuelvan loca.

Se sentaron, Vivaldo cerca de la ventana que daba a un patio sucio y a la escalera de incendios trasera de otros edificios. Del otro lado, estaba sentado un negro, frente a una ventana entreabierta, y miraba afuera. A pesar del frío estaba en camiseta. En el patio no había más que latas, botellas, papeles, suciedad y un árbol solitario.

—Si hubiese sucedido algo y ustedes no hubieran venido —añadió la señora Scott— no quiero pensar en los llantos y gemidos que se habrían oído en esta casa. —Hizo una pausa para mirar a la puerta que llevaba al resto del apartamento—. ¿Quizás quieran ustedes un poco de cerveza mientras esperan?

—¿Eso es todo lo que puedes ofrecernos? —preguntó Rufo, sonriendo—. ¿Dónde está Bert?

—Bert ha ido al almacén y no ha vuelto todavía. Conoces a tu padre. Va a sentirlo si no te ve. —Se volvió hacia Vivaldo—. ¿Desearía un vaso de cerveza, hijo? Siento no tener otra cosa.

—Oh, esta bien la cerveza —contestó Vivaldo, y miró a Rufo—. Me agradaría un vaso de cerveza.

Ella se levantó y fue a la cocina.

—¿Qué hace tu amigo? ¿Es músico?

—No, no tiene talento para eso.

Vivaldo se ruborizó. La señora Scott volvió con una botella de cerveza y tres vasos. Tenía una manera de caminar notablemente autoritaria y graciosa.

—No le haga caso a mi hijo —dijo—; tiene el diablo dentro y no puede evitarlo. Yo he tratado de sacárselo, pero no he tenido mucha suerte. —Sonrió a Vivaldo mientras le servía la cerveza—. Parece usted tímido. No se sienta incómodo. Piense que aquí está en su propia casa.

Y le entregó el vaso.

—Gracias —dijo Vivaldo.

Bebió un trago de cerveza pensando que ella se sorprendería probablemente si supiera lo incómodo que se sentía en su propia casa. O quizás no se sorprendería.

—Usted parece haberse vestido para ir también a alguna parte, señora.

—¡Oh!, sólo voy a ver a la señora Braithwaite, que vive en esta misma manzana. ¿Recuerdas a su hija, Vickie? Ha tenido un niño y vamos al hospital a visitarla.

—¿Vickie ha tenido un niño? ¿Ya?

—Bueno, los jóvenes no esperan en estos tiempos —rió la señora Scott, y bebió su cerveza.

Rufo miró a Vivaldo con el ceño fruncido.

—¡Cáspita! —exclamó—. ¿Cómo está ella?

—Bastante bien, dadas las circunstancias. —Su pausa sugería que las circunstancias eran malas—. Tuvo un niño hermoso que pesaba siete libras.

Iba a decir más, pero entró Ida.

Era ya muy alta. También ella había estado manejando peines calientes y tenacillas, y la impresión posterior de Vivaldo de que llevaba trenzas se debía a que se había rizado apretadamente el cabello. El vestido que llevaba era largo y azul, de algún género susurrante que ondulaba sobre sus largas piernas.

Entró en la habitación mirando solo a su madre con una enorme sonrisa infantil. Vivaldo y Rufo se levantaron.

—Ya ves que he venido —dijo Rufo, sonriendo, y los dos hermanos se besaron en la mejilla.

La madre los observaba con una sonrisa de orgullo.

—Ya lo veo —dijo Ida, y se apartó un poco. Su placer al ver a su hermano era tan real que Vivaldo sintió una especie de angustia pensando en su casa y en su hermana— Me he estado preguntando si vendrías, porque estás siempre tan ocupado...

Dijo lo último con una exasperación disimulada, orgullosa y adulta, como quien se somete a las penalidades impuestas por el poder y la gloria. No había mirado a Vivaldo, aunque se daba cuenta vividamente de su presencia. Pero Vivaldo no podía existir hasta que Rufo lo permitiera.

Lo permitió ahora, tentativamente, con una mano en el cuello de su hermana. Se volvió hacia Vivaldo y dijo:

—He traído a un amigo mío, Vivaldo Moore. Mi hermana Ida.

Se estrecharon las manos. El apretón fue tan breve como el de la madre, pero más fuerte. Y ella miró a Vivaldo de otro modo, como si fuera un desconocido encantador, encantador no sólo por sí mismo y su color, sino también por su relación —difícil de imaginar— con Rufo.

—Bueno —preguntó Rufo burlonamente—, ¿adónde le gustaría ir, señorita?

Vivaldo vio que ella sonreía. Pero había ahora en la habitación una reserva que no existía anteriormente, que había entrado con la muchacha que sería pronto una mujer. Ella estaba allí como un blanco y un premio, la presa natural de alguien —en alguna parte— que pronto le seguiría el rastro.

—Me es igual —contestó—. Iré adónde queráis vosotros.

—Pero estás tan bien vestida que acaso te avergüences de que te vean con nosotros.

También él iba bien vestido, con su mejor traje negro y una camisa y una corbata que le había prestado Vivaldo. Ida y su madre rieron.

—Muchacho, no te burles de tu hermana —dijo la señora Scott.

—Bueno, ponte el abrigo —dijo Rufo—, y vámonos.

—¿Vamos lejos?

—Vamos lo bastante lejos para que lleves el abrigo.

—A Ida no le interesa si vais lejos —dijo la señora Scott—. Lo que quiere saber es *adónde* vais y cuándo volveréis.

Ida estaba junto a la puerta por la que había entrado, y vacilaba.

—Vamos —le dijo su madre—, trae tu abrigo y también el mío. Voy a acompañaros hasta la esquina.

Ida salió y la señora Scott sonrió y dijo:

—Si ella creyera que yo iba a ir con ustedes, se disgustaría mucho. Hoy los quiere a ustedes para ella.

Recogió los vasos vacíos y los llevó a la cocina.

—Cuando eran más jóvenes —le dijo a Vivaldo—, Rufo no podía hacer nada malo, si eso lastimaba a Ida. —Hizo correr el agua para lavar los vasos—. Ida siempre le tuvo miedo a la oscuridad, ¿sabe?, pero eso no impedía que

muchas veces se escapara de la cama a medianoche y corriera por la casa oscura para meterse en la cama con Rufo. Parecía que se sentía *segura* con él. No sé por qué, Rufo no le prestaba mucha atención.

—Eso no es cierto —replicó Rufo—. Yo siempre fui muy amable con mi hermanita.

La señora Scott dejó los vasos para secarse las manos. Se miró en un espejo de mano, se arregló el cabello y se puso cuidadosamente el sombrero.

—A veces la molestabas bastante —dijo.

Volvió Ida con un abrigo ribeteado de piel, y el de su madre en el brazo.

—¡Oh! —exclamó Rufo—. ¡Estás encantadora!

—Está hermosa —dijo Vivaldo.

—Si van a burlarse de mí —replicó Ida—, no voy con ustedes a ninguna parte.

La señora Scott se puso su abrigo y miró críticamente la cabeza descubierta de su hija.

—Si no deja de ser tan encantadora —dijo—, va a pescar una gripe. —Levantó el cuello del abrigo de Ida y se lo abotonó—. En esta familia nadie quiere llevar sombrero, y luego se preguntan por qué se resfrían —Ida hizo un gesto de impaciencia—. Tiene miedo de que el sombrero le enrede el cabello, pero no le tiene miedo al viento.

Rieron; Ida un poco de mala gana, como si le molestara la broma en presencia de Vivaldo.

Salieron al día invernal. Algunos niños jugaban en las aceras, pero por lo demás la calle estaba casi desierta. Una pareja de muchachos, sentados en unos escalones cercanos, saludaron a Ida, Rufo y la señora Scott y miraron con interés a Vivaldo; lo miraron como si fuera miembro de una pandilla enemiga; lo que había sido, ciertamente, no mucho tiempo antes. Una anciana subía lentamente las escaleras de piedra arenisca de un edificio ruinoso. Un letrero negro que sobresalía del edificio decía en letras blancas: Templo Apostólico del Monte de los Olivos.

—Yo no sé dónde ha ido vuestro padre —dijo la señora Scott.

—Estará en la esquina, en el bar de Jimmy —contestó Ida—. Dudo de que esté en casa cuando volvamos.

—Ya sé que no volveréis a casa antes de las cuatro de la mañana —dijo la señora Scott, sonriendo.

—Y él no estará en casa a esa hora, y tú lo sabes tan bien como yo.

Venía hacia ellos una muchacha de caderas estrechas, paso rápido, y aspecto tosco. También ella llevaba la cabeza descubierta y el cabello corto,

sucio y revuelto. Vestía chaqueta de gamuza de hombre, demasiado grande, y le sostenía el cuello con la mano. Vivaldo observó cómo la miraba Ida.

—Ahí viene Willa Mae —dijo la señora Scott—. ¡Pobrecita!

La muchacha se detuvo ante ellos y sonrió. Cuando sonreía tenía un rostro muy distinto. Era muy joven.

—¿Cómo están ustedes hoy? —preguntó—. A usted, Rufo, no lo veo desde hace mucho tiempo.

—Estamos bien —contestó Rufo—. ¿Ya usted cómo le va?

Mantén la cabeza muy en alto y los ojos sin expresión. Ida miraba el suelo y se apretaba a su madre.

—No puedo quejarme —dijo la muchacha— De nada serviría de todos modos.

—¿Sigue en el mismo lugar?

—Por supuesto. ¿Adónde cree usted que voy a ir?

Hubo un silencio. La muchacha miró a Vivaldo y luego desvió la vista.

—Bueno, tengo que irme —dijo—. Me alegro de haberlos encontrado. Ya no sonreía.

—También nosotros nos alegramos —replicó Rufo.

Cuando la muchacha se fue, Ida dijo con desaprobación:

—Ésa era amiga tuya también.

Rufo no contestó y le dijo a Vivaldo:

—Era una buena muchacha, pero alguien se aprovechó de ella y luego la dejó. —Escupió en la acera—. ¡Qué escándalo, amigo!

La señora Scott se detuvo delante de unos escalones. Ida tomó a Rufo del brazo.

—Tengo que dejarlos aquí —dijo la señora Scott. Y preguntó a Rufo: — ¿A qué hora vas a traer a esta muchacha a casa?

—No lo sé. No será muy tarde. Sé que ella quiere ir a los clubes nocturnos, pero no voy a dejar que se emborrache demasiado.

La señora Scott sonrió y tendió la mano a Vivaldo.

Me alegro de haberlo conocido, hijo. Haga que Rufo lo traiga otra vez. No desaparezca.

—No, señora. Gracias. Volveré por aquí pronto.

Pero nunca volvió a verla hasta que murió Rufo, quien no lo había vuelto a invitar a su casa.

—Nos veremos más tarde, señorita —le dijo a Ida, y comenzó a subir las escaleras—. Que lo pasen bien, muchachos.

Ella tenía catorce o quince años ese día y ahora tenía veintiuno o veintidós. Ida le había dicho que recordaba ese día, pero Vivaldo se preguntaba *cómo* lo recordaba. No la había vuelto a ver hasta que ya era una mujer, y él *entonces* no había recordado aquel primer encuentro. Pero lo recordaba ahora, recordaba el deleite y la incomodidad. ¿Qué recordaba ella?

Vivaldo pensaba: «Tengo que dormir algo. Tengo que dormir algo». Pero los personajes de su novela se unían contra él. Parecían mirarlo con una especie de reproche desesperado y suplicante. La máquina de escribir, una presencia oscura e informe, lo acusaba, recordándole los días y noches, las semanas, los meses, los años que había pasado sin dormir, persiguiendo seducciones más fáciles y menos honorables. Lanzó un suspiro furioso y pensó: «Tengo veintiocho años. Soy demasiado viejo para ese bocado». Cerró los ojos y gimió mientras pensaba: *Tengo que terminar esa maldita novela, y también: Oh, Dios, haz que ella me quiera. Oh, Dios, permíteme amar.*

—¡Qué día tan maravilloso! —exclamó Ida.

Vivaldo contempló el rostro de Ida un instante, muy complacido él también, y luego aumentó delicadamente la presión en el brazo de ella, más por el placer que le causaba que para apresurarse a lo largo de la avenida ancha, impaciente y sobrecogedora.

—Sí —dijo—, es un gran día.

Acababan de salir del metro y era quizás esa ascensión de la oscuridad a la luz del día lo que hacía las calles tan deslumbrantes. Estaban en Broadway, en la Calle Setenta y Dos, e iban hacia la parte alta de la ciudad, pues Cass y Ricardo se habían mudado, y, según Cass, subían la conocida escalera. La luz parecía caer con un rigor creciente, examinando e incitando a la ciudad con una violencia cruel, como la violencia del amor, y arrancando de los grises y negros de la ciudad un resplandor como de acero sobre acero. En las ventanas de los altos edificios oscilaba una llama viva, helada.

Soplaba un viento fuerte e impetuoso que abrillantaba los ojos y los rostros de los transeúntes y les obligaba a separar ligeramente los labios, de modo que todos ellos parecían llevar a algún encuentro inmenso la burbuja brillante y frágil de toda una vida de esperanza. Muchachos alegres, algunos de ellos acompañados por muchachas, que captaban la luz en el cabello y en las puntas de los dedos, contemplaban los escaparates de las charcuterías o de las tiendas, se detenían a las puertas de los cines para mirar las fotografías, y

sus voces, que compartían la aspereza de la luz, parecían quebrarse en el aire como pedazos de vidrio.

Los niños, en grandes pandillas, surgían de las calles laterales con el estruendo de sus patines de ruedas, y se lanzaban sobre las personas mayores como una venganza largo tiempo preparada, o como una flecha disparada.

—Nunca he visto un día como éste —le dijo Vivaldo a Ida.

Y era cierto. Todo parecía hinchado, violento y cambiante, a punto de convertirse en música, en llama o en revelación.

Ida callaba. Vivaldo sentía, más que veía, su sonrisa, complacido con su belleza. Era como si ella a llevara especialmente para él. Se mostraba con él más afectuosa que nunca. Vivaldo no tenía la sensación, que había tenido antes, durante mucho tiempo, de que ella lo eludía, de que se alejaba de él, no permitiendo que fuese más que un extraño. Se mostraba más alegre y natural, como si por fin hubiese decidido terminar con el luto. Había en su aspecto el sabor de algo conquistado, la atmósfera de duras decisiones terminadas. Había salido del valle.

Caminaba con un admirable paso largo y la cabeza alta, como si hubiese estado acostumbrada a llevar, hasta solamente el día anterior, el peso de un cántaro de agua africano. La cabeza de su madre había llevado el peso de la ropa lavada de personas blancas, y como Ida nunca había sabido de qué modo reaccionar —¿debía avergonzarse o sentirse orgullosa?— en su belleza regia se mezclaba algo del desdén plebeyo, demasiado vivo e inseguro. Trabajaba como camarera en un restaurante del extremo oriental del Village, y su confusión se mostraba en la actitud que adoptaba con los clientes: al mismo tiempo altiva y franca. Vivaldo la había observado con frecuencia cuando cruzaba la sala con su delantal a cuadros, el rostro como una máscara negra, detrás de la cual la beligerancia luchaba con la humildad. Esto se le veía en los ojos, que ni un solo instante perdían su cautela y estaban siempre dispuestos, en menos de un segundo, a oscurecerse con el desprecio. Hasta cuando se mostraba amistosa había en su actitud y en su voz algo que contenía una advertencia; esperaba constantemente el insulto velado o la sugerencia lasciva. Y tenía buenos motivos, pues no era imaginativa ni perversa. Así trataba el mundo a las muchachas de mala reputación, y todas las muchachas de color nacían con ella.

En aquel momento, mientras ella caminaba a su lado, acicalada y extrañamente elegante con un grueso abrigo azul oscuro, y la cabeza cubierta con un chal anticuado y algo teatral, Vivaldo veía que las miradas que se posaban en ella tan breve e inolvidablemente como un latigazo, afectaban

justamente su desdén y su vanidad. Ida era negra, muy negra, y hermosa; y Vivaldo se sentía orgulloso, con un orgullo natural, radiante, franco y masculino; pero los ojos que pasaban le acusaban, con envidia, de una conquista fácil y clandestina. Los hombres blancos miraban a Ida y luego le miraban a él. Miraban a Ida como si no fuera mejor, aunque sí más lasciva y rara, que una ramera. Y luego los ojos de los hombres buscaban los de él, invitándolo a la complicidad.

También las mujeres. Miraban primeramente a Ida y quizás la habrían admirado si hubiera estado sola. Pero estaba con Vivaldo, y eso la transformaba en una ladrona. Los medios que había utilizado para realizar ese robo estaban por debajo o quizás más allá de ellas, pero sus ojos acusaban brevemente de traición a Vivaldo, y luego se achicaban en un sueño o una pesadilla y miraban a otro lado.

Ida caminaba con pasos largos, y parecía no verlos. Con ese paso y su rostro indiferente daba a entender que los consideraba por debajo de ella. Tenía la gran ventaja de ser extraordinaria aparte de que ella pudiese soportar o no esa distinción, o que los otros quisieran negarla. Su sonrisa sugería que esas personas, los ciudadanos de la ciudad más aturdida del mundo, eran tan comunes que eran todo menos invisibles. Nada era más sencillo para ella que ignorar, o aparentar que los ignoraba, y nada estaba más fuera del alcance de esa gente que la posibilidad de ignorarla a ella. Y la desventaja en que se colocaban y de la que tenían que culparse a sí mismas, decía algo que Vivaldo apenas creía a la pobreza de sus vidas.

El paso de Ida levantaba, pues, pequeñas nubes de hostilidad masculina y femenina que les azotaba las caras como polvo. Ida aceptaba ese tributo rencoroso con un orgullo rencoroso.

—¿Qué tarareas? —le preguntó Vivaldo, pues venía tarareando en voz baja a lo largo de una manzana.

Ida siguió canturreando durante otro segundo, hasta terminar una frase, y luego dijo, sonriendo:

—No lo conoces. Es un viejo cántico religioso. Me desperté con él esta mañana y me acompaña todo el día.

—¿De qué se trata? ¿Por qué no lo cantas para mí?

—¿No irás a hacerte religioso, verdad? —Y miró a Vivaldo de soslayo, sonriendo— Yo era religiosa, ¿lo sabías? Hace mucho tiempo, cuando era niña.

—No, son muchas las cosas que no sé de ti. Canta esa canción.

Ida inclinó la cabeza hacia él y se apoyó más pesadamente en su brazo, como si fueran dos niños. Los colores del chal centelleaban.

Ella cantó, con su voz baja y ligeramente ronca, murmurándole al oído las palabras:

*Me desperté esta mañana con mi pensamiento puesto en Jesús.
Me desperté esta mañana con mi pensamiento puesto en Jesús.*

—Es una buena manera de despertar —dijo Vivaldo.

—Y ella continuó:

*Pasé todo el día con mi pensamiento puesto en Jesús.
¡Alelu, alelu, aleluya!*

—Es una gran canción —dijo él—. Es tremenda. Y tienes una voz admirable. ¿Lo sabías?

—Me desperté con ella y ha hecho que me sienta... no sé... diferente de como me he sentido durante meses. Era como si me hubieran librado de una carga.

—Sigues siendo religiosa.

—Creo que lo soy. Es gracioso. No he pensado en la iglesia ni en ninguna de esas cosas durante años. Pero sospecho que sigo creyendo en ellas. —Sonrió y suspiró—. Nada desaparece por completo. —Volvió a sonreír, mirando a Vivaldo a los ojos. Esa sonrisa tímida y confiada hizo que a él se le subiera el corazón, que quedó arriba, como la cabina de una noria de feria—. Aparenta desaparecer, pero no es así, y vuelve. Supongo que es cierto lo que solían decirme: si puedes pasar por lo peor, verás lo mejor.

Salieron de la avenida, hacia la casa de Cass.

—Qué hermosa eres —dijo Vivaldo, y ella se apartó de él, tarareando irreprimiblemente su canción—. Y tú lo sabes.

—Bueno —dijo Ida, y se volvió de nuevo hacia él—, no sé si soy o no soy hermosa, pero sé que estás loco.

—Estoy loco por ti. Supongo que lo sabes.

Lo dijo ligeramente y no sabía si maldecirse por su cobardía o si felicitarse por su restricción.

—No sé lo que hubiera hecho sin ti en estas últimas semanas —dijo Ida—. No te he visto mucho, pero yo sabía que estabas ahí. Te sentía, y eso

ayudaba... no podría decirte cuánto.

—A veces yo he tenido la impresión de que me considerabas una persona molesta.

Y Vivaldo se maldijo por no decir más concretamente lo que sentía y por mostrarse tan niño.

Pero aquél era su día al parecer; tenía la sensación de que llegaba al final del túnel por el que había viajado durante tanto tiempo.

—¡Una persona molesta! —exclamó Ida, y rió—. ¡Si siempre fuiste tan amable! Yo era la *molesta*, pero no podía evitarlo.

Entraron en un edificio gris y anónimo que tenía dos pilares inútiles a cada lado de la puerta y más allá un inmenso vestíbulo de imitación de mármol y cuero. Vivaldo recordó de pronto —se le había olvidado por completo— que aquel almuerzo tenía por objeto celebrar la publicación de la primera novela de Ricardo. Le dijo a Ida:

—Este almuerzo es una celebración, y he olvidado traer algo.

El ascensorista se levantó de su silla y los miró con aire de duda. Vivaldo le dijo el número del piso y, como el hombre parecía vacilar todavía, el número del apartamento. Cerró la puerta y el ascensor comenzó a subir.

—¿Qué celebramos? —preguntó Ida.

—A nosotros dos. Por fin tenemos una verdadera cita juntos. Tú no me has llamado para anularla en el último momento, ni me has dicho que tenías que volver corriendo a casa después de beber un trago.

Le hizo una mueca a Ida, pero se daba cuenta de que hablaba en parte para el ascensorista, en el que no había reparado antes, pero al que ahora aborrecía intensamente.

—No, en serio, ¿qué celebramos? ¿O acaso debiera decir qué es lo que celebran Ricardo y Cass?

—La novela de Ricardo. Se ha publicado. El lunes estará en todas las librerías.

—¡Oh, Vivaldo, es maravilloso! Ricardo tiene que estar muy contento. ¡Un escritor auténtico y sincero al que le publican un libro!

—Sí, y lo ha escrito uno de nuestros muchachos.

A Vivaldo se le contagiaba el entusiasmo de Ida. Pero al mismo tiempo se daba cuenta de que también ella había hablado para el ascensorista.

—Tiene que ser maravilloso también para Cass —añadió Ida—. Y para ti, que eres su amigo. —Lo miró—. ¿Cuándo vas a publicar *tu* novela?

Esta pregunta, y todavía más su manera de hacerla, parecía contener implicaciones a las que Vivaldo no se atrevía a dar crédito.

—Uno de estos días —murmuró, y se ruborizó.

El ascensor se detuvo y salieron al pasillo. La puerta de Ricardo quedaba a la izquierda.

—Parece que me da mucho que hacer ahora.

—¿Qué quieres decir? ¿No te sale como desearías?

—¿Te refieres a la novela?

—Sí. ¿A qué creías que me refería?

—Oh, a eso mismo. —Y Vivaldo pensó: «No lo echas a perder, no te precipites, estúpido, no lo echas a perder»—. Sólo que no es exactamente lo que yo quería decir.

—¿Qué querías decir?

—Quería decir... que esperaba que ahora iba a estar muy ocupado contigo. —Ida retiró parte de su sonrisa, pero seguía pareciendo divertida y lo observaba—. ¿Sabes?, comida, y almuerzos, y paseos, y cines, y otras cosas... contigo. —Bajó la vista—. ¿Sabes ahora lo que quería decir? —Luego, en el silencio cálido y eléctrico, levantó los ojos hasta los de ella y aseguró: —Tú sabes lo que quiero decir.

—Bueno, hablaremos de eso después del almuerzo. ¿De acuerdo?

Ida se apartó de él y miró a la puerta. Vivaldo no se movió. Ida lo miró con los ojos abiertos de par en par y le preguntó:

—¿No vas a llamar?

—Por supuesto.

Se contemplaron mutuamente. Ida extendió la mano y le tocó la mejilla. Vivaldo le tomó la mano y la retuvo un momento contra su cara. Ella la retiró suavemente y dijo:

—Eres la cosa más linda que yo haya visto nunca. De veras. Vamos, llama, que tengo hambre.

Vivaldo rió y apretó el botón. Oyeron el zumbido del timbre dentro del apartamento y luego confusión, una puerta que se cerraba de golpe y pasos. Vivaldo tomó una mano de Ida entre las suyas y dijo:

—Deseo estar contigo. Deseo que estés conmigo. Lo deseo más que todo lo que he deseado en el mundo.

La puerta se abrió y Cass apareció ante ellos, con un vestido anaranjado amarillento y el pelo peinado hacia atrás y cayéndole alrededor de los hombros. Llevaba un cigarrillo en una mano, con la que hizo un ademán de bienvenida exagerada.

—Entren, muchachos —dijo—. Me alegro de verlos, pero hoy hay un caos completo en esta casa. Todo sale mal.

Cerró la puerta. Oyeron gritar a un niño en alguna parte del apartamento y la voz airada de Ricardo. Cass escuchó durante un momento, con la frente arrugada por la inquietud, y luego dijo, desesperada:

—Es Miguel. Está hoy imposible, peleándose con su hermano, con su padre, conmigo. Ricardo le ha dado por fin una zurra y supongo que va a dejarlo en su habitación. —Los gritos de Miguel disminuyeron y oyeron su voz y la de Ricardo que, al parecer, establecían las condiciones para una tregua—. Bueno, siento tenerlos esperando en el vestíbulo. Quítense los abrigos y los llevaré a la sala y les serviré algo. Lo necesitarán. El almuerzo se va a demorar, por supuesto. ¿Cómo está usted, Ida? No la he visto Dios sabe desde hace cuánto tiempo. —Tomó el abrigo y el chal de Ida—. ¿Le importa que no los cuelgue aquí? Los dejaré en el dormitorio, pues vendrán otras personas después del almuerzo.

La siguieron al gran dormitorio. Ida se acercó inmediatamente al espejo de cuerpo entero, se arregló cuidadosamente el cabello y se aplicó la barrita de carmín en los labios.

—Yo estoy bien, Cass —dijo—, pero usted es quien... Tiene usted un marido famoso de pronto... ¿Qué sensación produce eso?

—Ricardo no es famoso *todavía* y yo ya no puedo soportarlo. Todo parece reducirse a beber y comer con una gran cantidad de personas con las que una no hablaría si no fueran —Cass tosió— de la *profesión*. ¡Dios mío, qué profesión! Yo no tenía ni idea. —Se echó a reír y se dirigieron a la sala—. Traten de que Vivaldo se haga fontanero.

—No, querida —dijo Ida—. Yo no confiaría a Vivaldo herramientas de ninguna clase. Este muchacho es todo lo chapucero que se puede ser. Estoy temiendo siempre que se caiga sobre esas patas delanteras que tiene. Nunca he visto a nadie con tantas patas delanteras.

La sala estaba dos escalones más abajo y tenía unas ventanas anchas que daban al río. Ida pareció retenida, aunque sólo durante un instante, por la vista del río. Volvió al centro de la habitación y dijo:

—Esto es maravilloso. Tienen ustedes realmente espacio.

—Hemos tenido mucha suerte. Las personas que vivían aquí ocupaban este apartamento desde hacía muchos años y por fin decidieron trasladarse a Connecticut o a algún lugar parecido, no recuerdo. De todos modos, como han vivido aquí tanto tiempo, el alquiler no ha subido mucho. El apartamento es realmente barato. —Volvió a mirar a Ida—. Tiene usted un aspecto admirable, realmente. Y me alegra mucho verla.

—A mí también me alegra verla. Y me siento bien, me siento mucho mejor que como me he sentido durante años. —Se acercó al bar y se quedó haciendo frente a Cass. Y añadió con una voz ronca de *whisky*: —Parece que también ustedes toman en serio sus bebidas. Permítame probar ese Cutty Sark.

Cass se echó a reír.

—Yo creía que era usted una mujer de aguardiente de maíz —y puso hielo en un vaso.

—Cuando se trata de licor soy una mujer de todo. —Y rió exactamente como habría hecho una niña—. Póngame un poco de agua, querida; no quiero que me tengan que sacar de aquí arrastrando esta tarde. —Miró hacia Vivaldo, que estaba en los escalones, observándola—. Querida, ¿quién es ese hombre de aspecto tan cómico que está en la puerta?

—¡Oh!, cae por aquí de vez en cuando. Siempre tiene ese aspecto. Es inofensivo.

—Yo beberé lo mismo que bebe la señorita —dijo Vivaldo, y se unió a ellas en el bar.

—Me alegra saber que es inofensivo —dijo Ida; le guiñó el ojo a Vivaldo y tamborileó con sus largos dedos en el bar.

—Yo beberé un traguito con ustedes —se excusó Cass— y luego tengo que desaparecer. Debo terminar de preparar el almuerzo, y tenemos que *comerlo*, y ni siquiera me he vestido todavía.

—Yo le ayudaré en la cocina —dijo Ida—. ¿A qué hora vendrán esas otras personas?

—Alrededor de las cinco, supongo. Vendrá ese productor de la TV al que se supone muy inteligente y liberal, Steve Ellis. ¿No suena bien eso?

—Oh, sí, se supone que es muy bueno ese hombre. Y *muy* famoso. —Mencionó un espectáculo de Ellis que ella había visto hacía algunos meses, en el que intervenían negros y había ganado muchos premios—. Un gran éxito. ¿Quién más viene?

—El editor de Ricardo y algún otro escritor cuyo nombre no puede recordar. Y supongo que traerán a sus mujeres. —Sorbió su bebida, un poco inquieta—. No puedo imaginarme por qué hacemos esto. Supongo que es principalmente por el hombre de la TV. Pero los editores de Ricardo organizan para el lunes una pequeña reunión en su honor, en sus oficinas, y él podría ver entonces a todas esas personas.

—Anímese, Cass —dijo Vivaldo—. Va a tener que acostumbrarse a estas cosas.

—Así lo espero. —Hizo a Vivaldo una mueca maliciosa y murmuró: —
¡Pero parecen tan tontos los que he conocido! Y son tan serios.

—Eso es traición, Cass —dijo Vivaldo, riendo—. Tenga cuidado.

—Lo sé. En realidad andan detrás del libro; tienen grandes esperanzas.
¿No lo ha visto usted todavía? —Fue al sofá, donde había libros y papeles
diseminados, y tomó el libro, pensativamente. Cruzó otra vez la habitación—.
Aquí está.

Puso el libro en el bar entre Ida y Vivaldo, y añadió:

—Se le ha hecho mucha propaganda de antemano. Ustedes saben:
«notable estilo», «adulto», «conmovedor»... todas esas cosas. Ricardo se las
mostrará. Hasta lo han comparado con *Crimen y castigo*, porque las dos obras
tienen un argumento sencillo, supongo. —Vivaldo la miró vivamente—.
Bueno, no hago más que citar.

El sol irrumpió a través de una nube y llenó la habitación con su luz. Ida y
Vivaldo examinaron rápidamente el libro en el bar. Cass se mantenía en
silencio detrás de ellos.

La cubierta del libro era muy sencilla: el título en letras rojas melladas
sobre fondo azul oscuro: *Los estrangulados. Novela de misterio, por Ricardo
Silenski*. Vivaldo leyó la solapa, que describía el argumento, y luego dio la
vuelta al libro y se encontró mirando el rostro franco y bondadoso de Ricardo.
El párrafo al pie del retrato resumía la biografía de Ricardo desde su
nacimiento hasta el presente: *El señor Silenski está casado y es padre de dos
hijos, Pablo (11 años) y Miguel (8). Reside en la ciudad de Nueva York.*

Dejó el libro y lo tomó Ida.

—Es maravilloso —le dijo Vivaldo a Cass—. Tiene que estar usted
orgullosa. —Le tomó el rostro entre las manos y la besó en la frente. Luego
recogió su vaso y añadió: —Siempre hay algo maravilloso en un libro, cuando
es realmente y de pronto un libro y está allí, entre cubiertas. Y además
aparece su nombre en él. Tiene que causar una gran emoción.

—Sí —dijo Cass.

—Tú conocerás esa emoción pronto —dijo Ida, que examinaba el libro
atentamente. Levantó la vista sonriendo, miró a Vivaldo y añadió: —Apuesto
a que he descubierto algo que tú no sabías.

—Imposible —replicó Vivaldo—. Estoy seguro de que sé todo lo que
sabe Ricardo.

—Yo no estaría tan segura —dijo Cass.

—Apuesto a que conoces el verdadero nombre de Cass.

—Lo sabe, pero lo ha olvidado.

Vivaldo la miró:

—Es cierto, lo he olvidado. ¿Cuál es su verdadero nombre? Sé que usted lo detesta y por eso no lo emplea nadie.

—Ricardo lo ha hecho, creo que para reírse de mí.

Ida le mostró la dedicatoria del libro, que decía: *A Clarisa, mi esposa*.

—¿Es bonito, verdad? —preguntó. Y añadió, dirigiéndose a Cass: —Usted me ha engañado, amiga; no parecía pertenecer al tipo Clarisa.

—Y ha resultado que es así —replicó Cass. Y le preguntó a Vivaldo: —¿Ha visto por casualidad una notita que aparece en la sección teatral de hoy? —Fue al sofá, tomó uno de los diarios y volvió—. Mire, Eric vuelve a su patria.

—¿Quién es Eric? —preguntó Ida.

—Eric Jones, un actor amigo nuestro que ha vivido en Francia durante los dos últimos años. Pero lo han contratado para que actúe en Broadway este otoño.

Vivaldo leyó: «Lee Bronson ha contratado a Eric Jones, quien actuó por última vez en esta ciudad hace tres temporadas en *El reino de los cielos*, obra que se representó poco tiempo, para el papel del hijo mayor en el drama de Lane Smith *El paraíso de la caza*, que comenzará a representarse en noviembre».

—¡El hijo de perra! —exclamó Vivaldo, al parecer muy complacido— ¿Ha tenido noticias de él, Cass?

—Ninguna durante largo tiempo.

—Me alegraré de volver a verlo. Te agradecerá, Ida. Rufo lo conocía, todos éramos muy buenos amigos. —Dobló el diario y lo dejó en el bar—. Todos son famosos, menos yo.

Ricardo entró en la sala; parecía molesto y pueril con un viejo suéter gris sobre la camisa abierta, y llevaba el cinturón en la mano.

—Es fácil comprender lo que has estado haciendo —le dijo Vivaldo, sonriendo—. Lo hemos oído todo desde aquí.

Ricardo miró, avergonzado, el cinturón, y lo arrojó en el sofá.

—En realidad no lo utilicé. Sólo le he hecho creer que iba a utilizarlo. Probablemente debía haberle dado una paliza. ¿Qué le pasa? —preguntó a Cass—. Nunca se había comportado así hasta ahora.

—Ya te he dicho cuál es la causa en mi opinión. La casa nueva le produce una especie de excitación, no te ve con la frecuencia con que solía verte y reacciona muy mal ante todo esto. Se va a acostumbrar, pero necesitará un poco de tiempo.

—Pablo no es así. Ha salido y ha hecho ya amigos. Está bailando.

—Ricardo, Pablo y Miguel no son en modo alguno iguales.

Ricardo se quedó mirándola y sacudió la cabeza.

—Es cierto. Lo siento. —Se volvió hacia Ida y Vivaldo—. Discúlpennos. Estamos fascinados por nuestra prole. A veces pasamos horas hablando de ellos. Ida, está usted admirable y es un placer verla. —Tomó la mano de ella—. ¿Se encuentra usted bien?

—Perfectamente, Ricardo. Y yo también me alegro de verlo. Sobre todo ahora que tiene usted tanto éxito.

—Oh, no debe hacer caso a mi mujer. —Fue detrás del bar—. Todos beben menos yo. Y yo —parecía muy seguro y feliz— voy a hacerme un martini seco con hielo. —Abrió la cubeta de hielo—. Sólo que no hay hielo.

—Yo te conseguiré algo —dijo Cass. Dejó su vaso en el bar y tomó la cubeta de hielo—. Creo que tendremos que comprar hielo en la charcutería.

—Bueno, bajaré y lo compraré más tarde. —Le pellizcó en la mejilla—. No te preocupes.

Cass salió de la habitación. Ricardo le guiñó el ojo a Vivaldo y le dijo;

—Si no hubieras venido hoy te juro que te habría expulsado de mi corazón, para siempre.

—Sabías que vendría —Vivaldo levantó el vaso—. Felicidades. ¿Qué es eso que oigo de que toda la cadena de televisión te reclama?

—No hay que exagerar. Sólo se trata de *un* productor que tiene algún proyecto y desea conversar conmigo. Ni siquiera sé de qué se trata. Pero mi agente cree que debo verlo.

—No te pongas a la defensiva. Me gusta la TV.

—Mientes. Ni siquiera tienes un televisor.

—Porque soy pobre. Cuando tenga un gran éxito como tú me compraré el mayor aparato de televisión que haya en el mercado. —Observó el rostro de Ricardo y volvió a reír—. Es una broma.

—Sí. Ida, vea qué puede hacer para civilizar a este personaje. Es un bárbaro.

—Lo sé —respondió Ida con tristeza—, pero realmente no sé qué hacer. Por supuesto, si usted me ofreciera un ejemplar autografiado de su libro, quizás me inspirara.

—Trato hecho.

Volvió Cass con la cubeta de hielo y Ricardo se la tomó y la colocó en el bar. Se preparó la bebida, se unió a ellos al otro lado del bar y puso el brazo alrededor de los hombros de Cass.

—¡Por el mejor sábado que hemos tenido nunca! —brindó—. ¡Ojalá le sigan otros muchos! —Bebió un largo trago y añadió: —Los quiero a todos.

—También nosotros te queremos —dijo Vivaldo.

Cass besó a Ricardo en la mejilla y le preguntó:

—Antes de que vaya a tratar de salvar el almuerzo dime qué clase de arreglo has hecho con Miguel. Así sabré qué hacer.

—Está dormitando un poco. Le he prometido despertarlo a tiempo para los cócteles. Tenemos que comprarle un poco de cerveza de jengibre.

—¿Y Pablo?

—Oh, Pablo se desprenderá de sus compinches a tiempo para subir, lavarse e intervenir en la reunión. Esos caballos cimarrones no lo retendrán alejado. —Se volvió hacia Vivaldo—. Anda por toda la casa jactándose de mí.

Cass lo contempló un momento y luego dijo:

—Muy bien arreglado todo. Y ahora les dejo.

—Espere un minuto. Voy con usted.

—No tiene por qué hacerlo, Ida. Puedo arreglarme sola.

—Estos hombres pueden emborracharse si les hace esperar demasiado tiempo. Yo la ayudaré y así terminaremos en seguida. —Siguió a Cass hasta la puerta, y con un pie en los escalones se dio vuelta y añadió: —Ahora tiene que cumplir su promesa, Ricardo. Me refiero a ese libro.

—Y usted tiene que cumplir la suya. Usted lleva la peor parte en este trato.

Ida miró a Vivaldo y contestó:

—¡Oh, no sé! Podría ocurrírseme algo.

—Supongo que sabe en qué va a meterse —comentó Cass—. No me gusta en modo alguno la cara que pone Vivaldo.

—Pone cara de inocente —rió Ida—. Vamos. Le hablaré de eso en la cocina.

—No creas una palabra de lo que Cass te diga de mí —dijo Vivaldo.

—¿Quieres decir que ella *sabe* algo de ti? Vamos, Cass, querida, se va a armar una buena esta tarde.

Y desaparecieron.

—A ti te han interesado siempre las muchachas de color, ¿verdad? —preguntó Ricardo un instante después.

Había en su voz algo extrañamente ansioso. Vivaldo le miró y contestó:

—No. Nunca tuve nada que ver con una muchacha de color.

—Pero solías ir con frecuencia a Harlem. Y es muy lógico que trates de hacerlo ahora con una muchacha de color, pues seguramente has raspado el fondo del barril blanco.

Vivaldo se vio obligado a reír contra su voluntad.

—Bueno de todos modos no creo que cuente aquí el color de Ida.

—¿Estás seguro? ¿No es ella una más en tu larga serie de animalitos extraviados e infortunados?

—Ricardo —y Vivaldo dejó su vaso en el bar—, ¿te propones tomarme el pelo? ¿Qué pasa?

—Por supuesto, no trato de tomarte el pelo. Creo sencillamente que quizás sea ya hora de que te endereces, de que te asientes, de que resuelvas lo que quieres hacer y comiences a hacerlo en vez de andar saltando de la ceca a la meca como un chiquillo. No eres un chiquillo.

—Pues bien, yo creo que ya es hora de que dejes de tratarme como tal. Sé lo que quiero hacer y lo estoy haciendo. ¿Está claro? Y lo tengo que hacer a mi manera. Deja de importunarme.

—No creía que te importunara. Lo siento.

—No quería ofenderte, lo sabes.

—Está bien, olvidémoslo.

—No quiero que te enojés conmigo.

—No estoy enojado contigo.

Ricardo fue a la ventana y se quedó allí, mirando afuera. Dando la espalda a Vivaldo, preguntó:

—¿No te gusta mucho mi libro, verdad?

—Así es.

—¿Por qué?

Ricardo se volvió; la luz del sol le daba en la cara y le destacaba las arrugas en la frente, alrededor y debajo de los ojos y alrededor de la boca y el mentón. Aquel rostro estaba lleno de arrugas; era un rostro vigoroso, un buen rostro, y a Vivaldo le había gustado durante mucho tiempo. Sin embargo le faltaba algo, no habría podido decir qué era, y también sabía que su desesperanzado juicio era injusto.

Sintió que las lágrimas le nublaban los ojos y dijo:

—Ricardo, hablamos del libro y te dije lo que pensaba. Te dije que la idea era brillante y la obra estaba muy bien organizada y hermosamente escrita y...

Se interrumpió. No le gustaba el libro. No podía tomarlo en serio. Era un *tour de force* hábil, inteligente, ligeramente perceptivo, y nunca significaría

nada para nadie. En el lugar de la mente de Vivaldo en que vivían los libros, ya fueran grandes, echados a perder, mutilados o insensatos, el libro de Ricardo no existía. Nada podía hacer al respecto.

—Y tú mismo —añadió— dijiste que el siguiente sería mejor.

—¿Por qué lloras?

—¿Cómo? —Se secó los ojos con el dorso de la mano—. Por nada. —Fue al bar y se apoyó en él. Una astucia honda y curiosa le hizo añadir: —Hablas como si no quisieras que siguiéramos siendo amigos.

—¡Qué tontería! ¿Es eso lo que piensas? Claro está que somos amigos y seguiremos siendo amigos hasta el día de la muerte. —Fue al bar, puso la mano en el hombro de Vivaldo y se inclinó para mirarle a la cara—. Sinceramente. ¿De acuerdo?

—De acuerdo. —Se estrecharon la mano—. Y no vuelvas a tomarme el pelo.

—No —rió Ricardo—, bastardo estúpido.

Ida apareció en la puerta:

—La comida está servida. De prisa, antes de que se enfríe.

Todos estaban un poco embriagados cuando terminó la comida, pues habían bebido con ella dos botellas de champaña. Cuando el sol comenzaba a ponerse rojizo preparándose para el ocaso, se sentaron otra vez en la sala. Llegó Pablo, sucio, jadeante y alegre. Su madre lo mandó al cuarto de baño para que se lavase y se mudase de ropa. Ricardo recordó el hielo que tenía que comprar para la reunión y la cerveza de jengibre que le había prometido a Miguel, y bajó a la calle. Cass decidió que debía cambiarse el vestido y arreglarse el cabello.

Ida y Vivaldo quedaron solos en la sala durante breve tiempo. Ida puso en el tocadiscos un viejo disco de Billie Holiday y bailó con Vivaldo.

Vivaldo sentía como martillazos en la garganta mientras Ida bailaba entre sus brazos sonriendo amistosamente, con una mano en la de él y la otra apoyada ligeramente en su brazo. Vivaldo la tomaba ligeramente por el talle. Sus dedos, en la cintura de ella, parecían haberse hecho anormal y peligrosamente sensibles y rogaba que su rostro no revelase el enorme placer ilícito que lo invadía desde las puntas de los dedos. Parecía sentir, bajo la gruesa tela del vestido de ella, la textura del paño de su blusa, la delicada obstrucción del cierre de su falda, el material lustroso de sus enaguas, que parecían ronronear y crujir contra la piel cálida y suave. Ida parecía no darse cuenta de las libertades que se tomaban los dedos rígidos e inmóviles de Vivaldo. Se movía con él, al mismo tiempo guiándolo y dejándose guiar,

manteniendo sin esfuerzo los pies fuera del alcance de los zapatones de Vivaldo. Sus cuerpos apenas se tocaban, pero el cabello de Ida le hacía cosquillas a Vivaldo en la barbilla y exhalaba un olor dulce y seco que sugería, como toda ella, un ardor carnal intenso y lento. Vivaldo deseaba estrecharla más fuertemente. Quizás en aquel momento mismo, cuando Ida levantaba la cabeza para mirarlo, sonriendo, él tenía que bajar la suya y borrar aquella sonrisa poniendo su boca seria en la de ella.

—Tienes las manos frías —dijo Vivaldo. Ida tenía la mano muy seca y las puntas de los dedos helados.

—Se supone que eso significa que tengo el corazón caliente, pero no es más que mala circulación.

—Prefiero creer que tienes el corazón caliente.

—Contaba con eso, pero cuando llegues a conocerme mejor descubrirás que soy yo quien tiene razón. Me temo que tengo siempre razón... en lo que a mí se refiere.

—Desearía conocerte mejor.

—Yo también lo desearía —e Ida rió brevemente.

Volvió Ricardo. Miguel, serio y tímido, salió de su destierro, y él y Pablo recibieron su cerveza de jengibre con hielo. Cass reapareció con un vestido de cuello alto, pasado de moda y de color borgoña, y el cabello recogido formando moño. Ricardo se puso una camisa sport y un suéter de aspecto más respetable. Ida desapareció para arreglarse la cara. La gente comenzó a llegar.

El primero fue el editor de Ricardo, Loring Montgomery, hombre rechoncho, con gafas, de liso cabello gris y que era más joven de lo que parecía, en realidad cerca de diez años más joven que Ricardo. Tenía modales tímidos y una risita nerviosa. Le acompañaba la agente de Ricardo, una mujer joven, morena y de ojos negros que llevaba mucha plata y un poco de oro y se llamaba Bárbara Wales. También ella tenía una risita, pero no era nerviosa, y muchos modales, pero no tímidos. Al parecer creía que su condición de agente de Ricardo creaba un vínculo de intimidad entre ella y Cass, quien, irremediable y lastimosamente hipnotizada y aventajada por el volumen de la voz de la señorita Wales y la claridad afilada de sus sílabas, trotó obedientemente tras ella al dormitorio, donde había que dejar los abrigos y sombreros y donde las mujeres podían reparar su maquillaje.

—El bar está aquí —dijo Ricardo— y pueden servirse en él lo que deseen.

—Yo podría aguantar otro trago —declaró Vivaldo—. He estado bebiendo todo el día y no consigo emborracharme.

—¿Tratas de hacerlo? —preguntó Ida.

Vivaldo la miró y sonrió:

—No, no trato de emborracharme. Pero si lo deseara, no podría hacerlo hoy. —Los dos estaban frente a la ventana—. Vas a cenar conmigo, ¿verdad?

—¿No tendrás hambre ya?

—No, pero la tendré a la hora de la cena.

—Entonces, pregúntamelo a la hora de la cena.

—¿No decidirás de pronto que tienes que ir a tu casa o algo parecido? ¿No vas a huir de mí?

—No, voy a estar pegada a ti hasta vencer o morir. Pero tienes que hablar con esa gente, ya lo sabes.

—¿Tengo que hablar con ella? —y Vivaldo miró en la dirección de la resplandeciente señorita Wales.

—Por supuesto. Estoy segura de que Ricardo te invitó para eso. Y también tienes que hablar con el editor.

—¿Por qué? No tengo nada que mostrarle.

—Pero hablarás con él. Ricardo ha organizado esta reunión por ti, estoy segura. Y ahora tienes que cooperar.

—¿Y qué vas a hacer tú mientras yo mantengo todas esas conferencias?

—Conversaré con Cass. Nadie se interesa realmente por nosotras. No escribimos.

Vivaldo la besó en el cabello.

—Eres guapísima —dijo.

Llamaron a la puerta. Esta vez era Steve Ellis, que venía con su mujer. Ellis era un hombre bajo y rechoncho, de pelo rizado y cara infantil. La cara comenzaba, como sucede con las caras infantiles, no tanto a endurecerse como a congelarse. Tenía fama de campeón de causas perdidas, de enemigo intrépido de la reacción, y se introducía en los recibidores del mundo como si esperara encontrar en ellos al enemigo emboscado. Su esposa llevaba un abrigo de visón y un sombrero floreado, parecía algo más vieja que él y le gustaba hablar por los codos y casi sin parar.

—Me alegro de conocerlo, Silenski —dijo Ellis. Aunque se veía obligado a levantar la vista para mirar a Ricardo, lo hacía con la cabeza puesta en un ángulo raro y beligerante, como si mirara hacia arriba para apuntar más claramente hacia abajo. La mano que tendió a Ricardo con una derechura de bala sugería también la arrogante flexibilidad de unas manos que tienen el poder de hacer o deshacer; sólo la costumbre impedía que la gente se la

besase—. He oído cosas tremendas acerca de usted. Quizás podamos charlar un poco más tarde.

Y su sonrisa era afable, franca e infantil. Cuando le presentaron a Ida se quedó inmóvil, echando afuera los brazos como si fuera un niño.

—Usted es actriz —dijo—. Tiene que ser actriz.

—No —replicó Ida—, no lo soy.

—Pero *debe* serlo. La he estado buscando durante años. ¡Es usted sensacional!

—Gracias, señor Ellis, pero no soy actriz.

Y rió. Su risa era un poco forzada, pero Vivaldo no podía saber si Ida estaba disgustada o nerviosa. La gente se agrupaba a su alrededor. Cass observaba desde detrás del bar.

Ellis sonrió conspiradoramente e inclinó un poco la cabeza hacia delante.

—¿Qué hace usted, entonces? —preguntó—. Vamos, dígamelo.

—Bueno, en este momento —contestó Ida, dominándose—, trabajo como camarera.

—Es camarera. Muy bien, mi mujer está aquí y por eso no le pregunto dónde trabaja. —Se acercó un poco más a Ida—. ¿Pero en qué piensa usted mientras atiende a las mesas? —Ida vaciló y él volvió a sonreír, insinuante, afectuoso—. Vamos. No puede decirme que lo único que desea es llegar a ser jefa de camareras.

Ida volvió a reír. Sus labios se curvaron un tanto amargamente y contestó:

—No. —Vaciló, miró hacia Vivaldo y Ellis siguió su mirada—. A veces he pensado en cantar. Eso es lo que me gustaría hacer.

—¡Ajá! —exclamó Ellis triunfalmente—. Yo sabía que lo confesaría al fin. —Sacó una tarjeta del bolsillo del pecho y se la entregó a Ida—. Cuando esté usted dispuesta a aprovechar la oportunidad, y ojalá sea pronto, vaya a verme. No se olvide.

—Usted no recordará mi nombre, señor Ellis.

Lo dijo rápidamente y miró a Ellis, pero Vivaldo no entendió qué podía significar esa mirada.

—Su nombre es Ida Scott. ¿No es así?

—Así es.

—Pues bien, yo nunca olvido los nombres ni los rostros. Póngame a prueba.

—Es cierto —dijo su esposa—. Nunca olvida un nombre ni un rostro. No sé cómo lo hace.

—Yo —dijo Vivaldo—, no soy actriz.

Ellis le miró alarmado y luego se echó a reír.

—Podía haberme engañado —dijo. Tomó a Vivaldo del brazo y le invitó—. Venga a beber conmigo, por favor.

—No sé por qué he dicho eso. Lo he hecho medio en broma.

—Pero sólo a medias. ¿Cómo se llama usted?

—Vivaldo. Vivaldo Moore.

—¿Y no es actriz...?

—Soy escritor. Inédito.

—¡Ajá! ¿Está escribiendo algo?

—Una novela.

—¿Sobre qué?

—Sobre Brooklyn.

—¿El árbol? ¿O los muchachos, los asesinos o los deshechos?

Vivaldo tragó saliva y contestó:

—Todo.

—Es un tema completo. Y si usted no tiene inconveniente en que se lo diga, un poquitín anticuado. —Se tapó la boca con la mano y eructó—. Brooklyn está acabado. Realmente acabado.

Vivaldo pensaba que no, pero dijo, sonriendo:

—¿Quiere usted decir que no tiene posibilidades para la televisión?

—Podría tenerlas, ¿quién sabe? —Miró a Vivaldo con un interés amistoso—. Pone usted un tono de desprecio en su voz cuando pronuncia la palabra televisión, ¿lo sabe? ¿Por qué la teme tanto? —dio una palmadita a Vivaldo en el pecho—. El arte no existe en el vacío. No es sólo para usted y su puñado de amigos. ¡Por Cristo, si supiera usted cuán hartos estoy del joven sensible!

—Yo también estoy harto. Y no crea que yo soy un joven sensible.

—¿No? Pues lo parece y se comporta como tal. Usted mira a todos de arriba abajo. Sí —insistió, pues Vivaldo le miró con alguna sorpresa—, usted cree que la mayoría de las personas son una porquería y preferiría morir antes que dejarse ensuciar por cualquiera de las artes *populares*. —Miró a Vivaldo de una manera deliberadamente insolente—. Y aquí está usted, con su mejor traje, y apuesto a que vive en algún apartamento sucio y helado y ni siquiera puede llevar a su amiga a un club nocturno. —Bajó la voz—. Esa muchacha de color, la señorita Scott, ya ve que recuerdo los nombres, ¿es amiga, verdad? Por eso me ha atacado usted. Amigo, es usted demasiado susceptible.

—Me pareció que se tomaba usted demasiadas libertades.

—Apuesto a que no habría opinado así si se hubiera tratado de una muchacha blanca.

—Habría opinado así a propósito de cualquier muchacha que hubiera estado conmigo.

Pero Vivaldo se preguntaba si Ellis estaba en lo cierto. Y comprendía que nunca lo sabría, que nunca tendría modo alguno de saberlo. Tenía la sensación de que Ellis había tratado a Ida con una sutil falta de respeto. Pero había hablado con ella de la única manera que podía, que era la manera como hablaba con todos. Todas las personas del mundo de Ellis se acercaban unas a otras ocultas tras unos modales destinados a ocultar lo que sentían realmente, de los demás y de ellos mismos. Cuando se enfrentaban con Ida, rechazada tan visiblemente del único mundo que conocían, esos modales se hacían necesariamente algo personales, afectados y tensos. No querían ser juzgados, temían que de pronto sus pagarés espirituales y sociales fueran puestos en duda. Al servicio de un impulso que era real, esos modales revelaban su falsedad y, por la misma razón, su carácter siniestro.

Luego, mientras Ellis se servía otro aguardiente de manzana, Vivaldo se sirvió otro *whisky*, y pensó que él siempre había deseado esas cosas que tenía Ellis, y que Ricardo iba a tener ahora. Para conseguir algo le bastaba a Ellis con llamar por teléfono; los camareros de los restaurantes le recibían con sonrisas, su firma en una pagaré o un cheque no era objetada. Si necesitaba un traje lo compraba; nunca carecía de recursos; si decidía ir en avión a Estambul al día siguiente llamaba a su agente de viajes. Era famoso, era poderoso, no era en realidad mucho mayor que Vivaldo, y trabajaba duramente.

Además podía conseguir material humano de primera categoría; no tenía más que entregar a la muchacha su tarjeta. Vivaldo comprendió por qué lo odiaba. Se preguntaba qué tendría que hacer para alcanzar una altura comparable. Se preguntaba qué estaba dispuesto a dar para ser poderoso, para ser adorado, para poder hacer suya a cualquier muchacha, para poder conservar a cualquier muchacha. Y miraba a su alrededor en busca de Ida. Al mismo tiempo se le ocurría que la cuestión no era en realidad cómo iba a *conseguir* las cosas, sino cómo iba a descubrir sus posibilidades y ajustarse a ellas.

Ricardo conversaba con la señora Ellis, o más bien la escuchaba; Ida escuchaba a Loring, y Cass, en el sofá, escuchaba a la señorita Wales. Pablo paseaba la mirada por la sala; Cass lo retenía distraída pero desesperadamente por el codo.

—De todos modos —le dijo Ellis a Vivaldo— desearía mantenerme en contacto con usted. Quizás consiga algo. —Le entregó su tarjeta—. ¿Por qué no me llama por teléfono en algún momento? Y le repito lo que le he dicho a

la señorita Scott. Yo organizo espectáculos bastante buenos, ya lo sabe usted. —Sonrió y le dio a Vivaldo una palmada en el hombro—. No tendrá usted que rebajar sus normas artísticas.

Vivaldo miró la tarjeta y luego a Ellis.

—Gracias —dijo—. Lo tendré presente.

—Usted me es simpático —sonrió Ellis—. Vamos con los otros.

Fue adonde estaban Ricardo y la señora Ellis, y Vivaldo se acercó a Ida.

—He tratado de averiguar algo acerca de su novela —dijo Loring—, pero esta señorita es muy reservada y no quiere darme ningún indicio.

—Le he repetido que yo no sé nada —dijo Ida—, pero no quiere creerme.

—Ella no sabe mucho —confirmó Vivaldo—. Y no estoy seguro de que yo sepa demasiado.

De pronto sintió que comenzaba a temblar de fatiga. Deseaba sacar de allí a Ida y volverse a su casa. Pero a ella parecía agradecerle estar allí; en realidad no era tarde: los últimos rayos del sol poniente palidecían más allá del río.

—Bueno —dijo Loring—, tan pronto como tenga hecho algo espero que se ponga en comunicación conmigo. Ricardo opina que usted tiene un gran talento y confío en su juicio.

Vivaldo sabía que la mediocridad de su respuesta había dejado a Ida perpleja e irritada. No podía imaginarse qué pensaba ella de Ellis, y la ira contra sí mismo, los celos, el temor y la confusión habían contribuido a que diera esa respuesta evasiva. Loring parecía más seguro que nunca de que él era un diamante en bruto, e Ida más segura que nunca de que necesitaba unas manos que lo empujasen.

Y él mismo sentía, de una manera que no había sentido nunca, que era hora de dar el salto. Ahí estaba el agua: esta gente a su alrededor; no era un agua muy buena, pero no había otra.

La señorita Wales le miraba, pero Vivaldo volvió la cabeza y prestó toda su atención a Ida.

—Vámonos —le dijo en voz baja—. Salgamos de aquí. Estoy harto.

—¿Quieres irte ahora? No has conversado con la señorita Wales.

Vivaldo notó que los ojos de Ida miraban hacia el bar, donde estaba Ellis. Y en el rostro de la muchacha había algo que él no podía descifrar, algo especulativo y duro.

—No quiero conversar con la señorita Wales.

—¿Por qué no? Estás conduciéndote como un tonto.

—Escucha: ¿hay aquí alguien con quien deseas conversar? —«¡Oh, qué idiota eres!», pensó enseguida, pero ya lo había dicho.

—No sé qué quieres decir. ¿A qué te refieres?

—A nada. Estoy loco. No me hagas caso.

—Pensabas en algo. ¿En qué pensabas?

—En nada, realmente en nada. —Vivaldo sonrió—. No tengo inconveniente en que nos quedemos, si lo deseas.

—Estoy aquí solo por ti.

Vivaldo estuvo a punto de decir: «Pues bien, entonces podemos irnos», pero decidió que era mejor no decirlo. Sonó el timbre de la puerta.

—Sólo deseaba evitar que nos invite a cenar alguna de esas personas, nada más —dijo.

—¿Pero con quién creías que deseaba hablar? —insistió Ida.

—Oh, pensaba que si te habías tomado realmente en serio ese asunto del canto podías haber deseado una cita con Ellis. Me imagino que él podría ayudarte.

Ida le miró fastidiada, con burla y compasión a la vez.

—Vivaldo —dijo—, ¡qué imaginación desatada! —Luego cambió de tono y añadió, muy fríamente: —No tienes realmente derecho, y lo sabes. Y lo que sugieres no me halaga en modo alguno. —Ida hablaba en voz baja y temblorosa—. Pero podría ser realmente quien crees que soy.

Ida fue al bar y se colocó entre Ricardo y Ellis. Sonreía. Ellis le puso una mano en el codo y su rostro cambió mientras hablaba con ella, haciéndose más ávido y vulnerable. Ricardo pasó al otro lado del bar para servirle una bebida a Ida.

Vivaldo podía haberse unido a ellos, pero no se atrevía. El estallido de Ida había sido tan misterioso y rápido que temía pensar en lo que podría suceder si se acercaba al bar. Ida tenía razón; y él no. No era asunto suyo con quién hablaba Ida.

¡Pero su reacción había sido tan rápida y terrible! La ventaja que tenía él se había esfumado. Su capital, pacientemente acumulado y atesorado —de comprensión y galantería— se había desvanecido en un abrir y cerrar de ojos.

—Desearía que conozca a Sydney Ingram. Le presento a Vivaldo Moore.

Cass estaba a su lado y le presentaba al recién venido, de cuya presencia Vivaldo se había dado cuenta vagamente. Venía solo. Vivaldo reconoció su nombre porque acababa de publicarse la primera novela del muchacho y deseaba leerla. Era alto, casi tan alto como Vivaldo, con un rostro agradable de facciones fuertes y abundante cabello negro y, como Vivaldo, vestía un traje oscuro, probablemente el mejor que tenía.

—Me alegro mucho de conocerlo —dijo Vivaldo, sinceramente por primera vez esa tarde.

—He leído su novela —dijo Cass—. Es admirable. Debe usted leerla, Vivaldo.

—Deseo hacerlo.

Ingram sonrió, un poco incómodo, y contempló su vaso como si deseara ahogarse en él.

—He circulado ya bastante por el momento —declaró Cass—. Permítanme que me quede con ustedes un rato.

Los condujo lentamente hacia la gran ventana. Anochecía, el sol se había puesto y pronto encenderían las luces de las calles.

—Por alguna razón —añadió Cass—, no creo haber nacido para anfitriona literaria.

—A mí me parece excelente —dijo Vivaldo.

—No traten de mantener una conversación conmigo. Mi atención vaga de un lado a otro, no puedo evitarlo. Lo mismo podría estar en una sala llena de físicos.

—¿De qué hablan en el bar? —preguntó Vivaldo.

—De la responsabilidad de Steve Ellis con los telespectadores de América —contestó Ingram, y los otros se rieron—. No se reían. También él puede llegar a ser presidente. Por lo menos sabe leer y escribir.

—Yo habría creído que eso podía inhabilitarlo —dijo Cass.

Tomó a cada uno de ellos por un brazo y se quedaron juntos en la ventana, cada vez más oscura, contemplando la carretera y el agua centelleante.

—¡Qué gran diferencia hay —continuó Cass— entre soñar con algo y tenerlo! —Ni Vivaldo ni Ingram hablaron. Cass se volvió hacia Ingram, y con una voz que Vivaldo nunca le había oído hasta entonces, anhelante y deseosa, le preguntó: —¿Trabaja en algo nuevo, señor Ingram? Supongo que sí.

Y la voz de él pareció responder extrañamente a la de ella. Podían haberse llamado mutuamente a través de la extensión de agua, buscándose mientras la oscuridad se intensificaba implacablemente.

—Sí —contestó Ingram—, trabajo en una nueva novela, una novela de amor.

—¡Una novela de amor! ¿Y dónde ocurre?

—Aquí, en la ciudad, y en el momento actual.

Se hizo un silencio. Vivaldo sintió que la manecita de ella, bajo su codo, se apretaba.

—Espero leerla —dijo Cass— con mucho interés.

—No con más interés —replicó Ingram— que el que tengo yo por terminarla y lograr que se lea. Sobre todo, si puedo decirlo, que la lea usted.

Cass volvió su rostro hacia Ingram. El muchacho no podía ver la sonrisa de ella, pero podía sentirla.

—Gracias —dijo. Se volvió otra vez hacia la ventana y suspiró—. Supongo que debo volver a mis físicos. —Vieron cómo se encendían las luces de la calle—. Voy a beber un trago. ¿Quiere alguien acompañarme?

—Por supuesto —contestó Vivaldo.

Fueron al bar. Ricardo, Ellis y Loring estaban sentados en el sofá. La señorita Wales y la señora Ellis hablaban de pie junto al bar. Ida no estaba en la habitación.

—Discúlpenme —dijo Vivaldo.

—¡Creo que hay alguien dentro! —gritó la señorita Wales.

Vivaldo bajó al vestíbulo, pero no llegó al cuarto de baño. Ida estaba sentada en el dormitorio, entre todos los abrigos y sombreros, completamente inmóvil.

—¿Ida...?

Ella tenía las manos entrelazadas en el regazo y miraba fijamente al suelo.

—Ida, ¿por qué te has enfadado? No he querido decir nada.

Ida le miró con los ojos llenos de lágrimas.

—¿Por qué tenías que decir eso? Todo marchaba bien y yo me sentía feliz hasta que lo has dicho. Crees que no soy más que una ramera. Sólo por eso deseas verme. —Las lágrimas le corrían por la cara—. Todos los bastardos blancos sois iguales.

—Ida, te juro que no es cierto. Juro que no es cierto. —Hincó una rodilla en el suelo junto a la cama y trató de tomarle las manos entre las suyas. Ida desvió la cara—. Querida, estoy enamorado de ti. Me he asustado y me he puesto celoso, pero te juro que no he querido decir lo que tú supones. No lo he dicho ni podría decirlo, porque te quiero. Ida, créeme por favor. Te quiero.

La muchacha temblaba, y Vivaldo sentía las lágrimas en las manos de ella. Las levantó hasta sus labios y las besó. Trató de mirarla a la cara, pero ella apartaba la cabeza.

—¡Ida, Ida, por favor!

—No conozco a ninguna de esas personas —dijo Ida—. No me interesan. Creen que soy solamente otra muchacha de color y tratan de ser amables, pero no les intereso. No desean conversar conmigo. He venido solo porque tú me lo pediste, y eras muy amable y yo estaba muy orgullosa de ti, pero lo has echado todo a perder.

—Ida, si he echado a perder las cosas entre tú y yo, no sé cómo voy a vivir. No puedes decir eso. Tienes que perdonarme y darme otra oportunidad, Ida. —Vivaldo le puso una mano en la cara y la volvió lentamente hacia él—. Te quiero más que a nada en este mundo. Créeme. Prefiero morir a ofenderte. —Ida guardaba silencio—. Estaba celoso y asustado y he dicho una tontería. Pero temía que yo no te interesara. Eso es todo. No pensaba nada malo de ti.

Ida suspiró y buscó su bolsa. Vivaldo le dio un pañuelo. Ida se secó los ojos y se sonó la nariz. Parecía muy cansada y desamparada.

Vivaldo se sentó junto a ella en la cama. Ida procuraba no mirarle, pero no se movió.

—Ida —y a Vivaldo le sorprendió el sonido de su propia voz, un sonido donde había mucha pena. No parecía que fuese su voz, ni que pudiese dominarla—. Te he dicho que te quiero. ¿Me quieres? —Ida se levantó y se acercó al espejo. Vivaldo la observaba—. Dímelo, por favor.

Ida se miró en el espejo y luego recogió su bolso de la cama. Lo abrió, lo cerró y volvió a mirarse en el espejo. Después miró a Vivaldo y contestó:

—Sí, te quiero.

Vivaldo le tomó el rostro entre las manos y la besó. Ida no reaccionó al principio; parecía limitarse a soportarlo, suspensa, pendiente de él, esperando. Temblaba, y Vivaldo trataba de dominar ese temblor con la fuerza de sus brazos y manos. Luego algo pareció ceder en ella, entregarse; abrazó a Vivaldo y se apretó contra él. Por fin Vivaldo le murmuró al oído:

—Salgamos de aquí, salgamos.

—Sí —respondió Ida—, creo que es hora de irse. —Pero no se separó de los brazos de Vivaldo inmediatamente— Siento haber sido tan tonta. Sabía que no quería decir eso.

—Yo también lo siento. Soy un celoso, un maldito bastardo, no puedo evitarlo. Estoy loco por ti.

Y volvió a besarla.

—... ¡y se van tan pronto! —exclamó la señorita Wales—. ¡No hemos tenido la oportunidad de conversar!

—Vivaldo —dijo Cass—, le llamaré esta semana. A usted, Ida, no puedo llamarla. ¿Quiere hacerlo usted? Tenemos que reunimos.

—Espero un trabajo suyo, holgazán —dijo Ellis a Vivaldo—, tan pronto como descienda de la torre de marfil provisional. Me alegro de haberla conocido, señorita Scott.

—Lo dice en serio —comentó la señora Ellis—. Lo dice realmente en serio.

—Me alegro de haberles conocido a los dos —dijo Ingram—, me alegro mucho. Y que tenga buena suerte con su novela.

Ricardo los acompañó hasta la puerta.

—¿Seguimos siendo amigos? —preguntó.

—¿Me estás tomando el pelo? Por supuesto.

Pero Vivaldo se preguntó si lo eran.

La puerta se cerró tras ellos y se quedaron en el corredor, mirándose.

—¿Vamos a casa? —preguntó Vivaldo.

Ida le miró, con ojos muy grandes y negros.

—¿Has comido algo aquí?

—No, pero las tiendas están todavía abiertas. Podemos conseguir algo.

Ida lo tomó del brazo y se dirigieron al ascensor. Vivaldo tocó el timbre. Miraba a Ida como si no pudiera creer lo que veía.

—Bueno, compraremos algo y te prepararé una cena decente.

—No tengo mucha hambre —dijo Vivaldo.

Oyeron que la puerta del ascensor se cerraba en el piso de abajo y que el ascensor comenzaba a subir.

El olor del pollo que Ida había asado la noche anterior todavía flotaba en la habitación, y los platos seguían en el fregadero. El hueso de la pechuga se secaba sobre la mesa, rodeado por los vasos pegajosos en los que habían bebido la cerveza y por las tazas de café sucias. Las ropas de Ida estaban en una silla y casi todas las de Vivaldo en el suelo. Vivaldo se había despertado, pero Ida dormía. Dormía de costado, con la cabeza morena apartada de la de él, en silencio.

Vivaldo se inclinó un poco y le miró la cara. Aquella cara sería en adelante más misteriosa e impenetrable que la de cualquier ser extraño. Los rostros de las personas extrañas no tienen secretos, porque la imaginación no les confiere ningún secreto. Pero el rostro de una persona amada es desconocido, precisamente, porque se le pone tanto de uno mismo. Es un misterio que contiene, como todos, la posibilidad de tormento.

Ida dormía y Vivaldo tenía la sensación de que dormía en parte para eludirlo. Volvió a recostarse en la almohada y se quedó mirando las grietas del techo. Ella estaba en su cama, pero lejos de él; estaba con él y sin embargo no estaba con él. En algún lugar profundo y secreto se vigilaba a sí misma, se refrenaba con él. Vivaldo tenía la sensación de que ella había decidido, hacía mucho tiempo, con precisión, dónde estaban los límites,

cuánto podía permitirse dar. Y él no había conseguido que ella traspasara esos límites. Había hecho el amor con él como si se tratara de una técnica de pacificación, un medio para algún otro fin. Por mucho que pudiera desear complacerlo, parecía que lo que Ida deseaba principalmente era agotarlo; y, sobre todo, quedarse ella en las orillas del placer mientras se esforzaba por ahogarlo a él en la corriente. Parecía decir que el placer de *él* era suficiente para ella, que era de ella. Pero Vivaldo deseaba que el placer de ella fuera suyo, que los dos se ahogaran juntos en esa corriente.

Vivaldo había dormido, pero mal, consciente del cuerpo de Ida junto al suyo, y también de un fracaso más sutil que cualquiera de los que había experimentado hasta entonces.

Y le perturbaban algunas preguntas que había rechazado anteriormente, pero que ahora había que responder. Vivaldo se preguntaba quién había estado con ella antes que él, cuántos habían sido, y con qué frecuencia, y durante cuánto tiempo; lo que él, y sus predecesores, significaban para ella; y si su amante, o sus amantes, habían sido blancos o negros. ¿Qué importancia tiene todo esto?, se preguntaba. ¿Qué importancia tenía ninguno de ellos? Uno o más, blancos o negros... Ella se lo diría uno de aquellos días. Se averiguarían todo mutuamente; tenían tiempo y ella se lo diría. ¿Lo haría? ¿O se limitaría a aceptar sus secretos como aceptaba su cuerpo, contentándose con ser el vehículo de su alivio? Mientras le ofrecía a cambio (pues ella conocía las reglas) revelaciones que tenían por finalidad tranquilizarlo, y también frustrarlo, es decir, frustrar toda tentativa por su parte de profundizar en aquel país increíble en el que, como la princesa de los cuentos de hadas, encerrada en una alta torre y guardada por fieras, encantada y desterrada, ella paseaba su secreto acerca de los días secretos.

Era una hora temprana de la mañana, alrededor de las siete, y no se oía ruido alguno en ninguna parte. La muchacha acostada junto a él se movió silenciosamente en sueños y levantó una mano como si se hubiera asustado. El ojo escarlata de su dedo meñique centelleó. Se le había enmarañado la espesa cabellera, y el rostro que tenía en el sueño no era su rostro de la vigilia. Se había quitado todo el maquillaje, de modo que apenas tenía cejas, y sus labios sin pintar parecían más blancos e indefensos. Su piel era más oscura que de día y la frente redonda y más bien alta tenía un lustre mate de caoba. Parecía una niña cuando dormía, pero no era una niña muy confiada; con una mano se cubría a medias la cara y la otra la tenía oculta entre los muslos. Vivaldo recordó, por alguna razón, el sueño de los niños pobres. Le tocó la frente ligeramente con los labios y luego dejó la cama en silencio y fue al

cuarto de baño. Cuando salió, se quedó un momento contemplando la cocina; luego encendió un cigarrillo y llevó un cenicero a la cama. Se acostó de bruceas, fumando, con los largos brazos colgando hasta el suelo, donde había colocado el cenicero.

—¿Qué hora es?

Vivaldo se incorporó, sonriendo.

—No sabía que estuvieras despierta.

Y, cosa extraña, de pronto se sintió terriblemente tímido, como si fuera la primera vez que se despertaba desnudo junto a una muchacha también desnuda.

—Me gusta observar a la gente cuando cree que duermo.

—Conviene saberlo. ¿Cuánto tiempo has estado observándome?

—No mucho. Desde que has salido del cuarto de baño. He visto tu cara y me he preguntado en qué pensabas.

—Pensaba en ti. —La besó—. Buenos días. Son las siete y media.

—¡Dios mío! ¿Te despiertas siempre tan temprano?

—No, pero supongo que no podía esperar para volver a verte.

—Voy a recordarte eso cuando comiences a despertarte al mediodía o incluso más tarde y hagas como que no quieres levantarte de la cama.

—Bueno, puedo no sentirme tan ansioso de levantarme de la cama. —Ida le indicó el cigarrillo y Vivaldo se lo sostuvo mientras ella le daba una o dos chupadas. Luego dejó el cigarrillo en el cenicero, se inclinó sobre ella y le preguntó: —¿Cómo te encuentras?

—Eres dulce... un buzo de aguas profundas.

Ambos se ruborizaron. Vivaldo le puso las manos en los pechos, que eran grandes y muy separados, de pezones rojizos. Los anchos hombros de Ida temblaron un poco y una vena le latió en el cuello. Observaba a Vivaldo con un rostro al mismo tiempo inquieto e indiferente, tranquilo y al mismo tiempo asustado.

—Quiéreme —dijo él— Quiero que me ames.

Ida tomó una de las manos de Vivaldo, que se paseaba por su vientre.

—Tú crees que soy una de esas muchachas que se dedican constantemente a hacer el amor.

—Así lo espero, nena. Vamos a ser famosos, déjame que te lo diga. Ni siquiera hemos comenzado todavía.

Vivaldo había bajado la voz hasta convertirla en un susurro y las manos de los dos se anudaban como si luchasen tirando de una cuerda. Ida preguntó, sonriendo:

—¿Cuántas veces has dicho eso?

Vivaldo guardó silencio un instante mientras miraba por encima de la cabeza de Ida las persianas que no dejaban entrar la luz del día, y luego contestó:

—No creo haberlo dicho nunca. Jamás había sentido así hasta ahora. — Volvió a besarla y repitió: —Nunca.

—Yo tampoco —dijo Ida.

Lo dijo rápidamente, como si se hubiera metido una píldora en la boca y le hubiese sorprendido el sabor, y temiera sus posibles efectos. Vivaldo le miró a los ojos y preguntó:

—¿Es cierto?

—Sí. Tengo que cuidarme de lo que hago contigo.

—¿Por qué? ¿No confías en mí?

—Es que quizás no confío en mí misma.

—Acaso no hayas amado a un hombre hasta ahora.

—Nunca he amado a un hombre blanco, ésa es la verdad.

—Muy bien —dijo Vivaldo sonriendo y tratando de vaciar su mente de dudas y temores—, serás mi invitada. —Volvió a besarla, un poco embriagado con el calor, el sabor y el olor de Ida—. Nunca, nunca conocí a nadie como tú. —La mano de ella se aflojó un poco y él la guió hacia abajo mientras le besaba en el cuello y los hombros—. Me gustan tus colores. Tienes muchos colores diferentes.

—¡Oh, Dios mío! —rió Ida, aguda, nerviosamente, y trató de desprender su mano, pero él la retuvo; la lucha con la cuerda se reanudó—. Tengo el mismo viejo color en todas partes.

—Tú no puedes verte a ti misma por completo, pero yo sí puedo. En parte eres de miel, en parte de cobre y en parte de oro.

—¡Por Dios! ¿Qué vamos a hacer contigo esta mañana?

—Te lo mostraré. También eres en parte negra, como la entrada de un túnel.

—Vivaldo.

La cabeza de Ida golpeó la almohada de lado a lado con una especie de tormento que nada tenía que ver con él, pero del que él era, de todos modos, responsable. Vivaldo le puso la mano en la frente, que comenzaba a humedecerse, y le impresionó la manera como le miró ella. Le miró como si fuera virgen, como si desde su nacimiento hubiera estado prometida a él como novia, como si viera su rostro por primera vez en la alcoba nupcial oscurecida después de haberse ido todos los invitados a la boda. No había ruido de fiesta

en ninguna parte, sino sólo silencio, ni ayuda en ninguna parte sino en la cama de él, y la violación por el cuerpo del novio era lo único que le esperaba. Sin embargo, trató de sonreír.

—Nunca he conocido a un hombre como tú hasta ahora —dijo en voz baja, en un tono en el que se mezclaba la hostilidad con la admiración.

—Ya te he dicho que yo tampoco he conocido a una muchacha como tú.

Pero Vivaldo se preguntó qué clase de hombres habría conocido Ida. Suavemente, la obligó a separar los muslos, y ella permitió que le llevara la mano al sexo de él. Vivaldo tenía la sensación, por primera vez, de que su cuerpo se ofrecía a Ida como un misterio y de que, inmediatamente, por eso mismo, él, Vivaldo, era para ella algo enteramente misterioso. Ella lo tocaba por primera vez con admiración y terror, dándose cuenta de que no sabía cómo acariciarlo. Comprendía que él la necesitaba a *ella*, lo que quería decir que ella ya no sabía lo que él necesitaba.

—Has dormido con otras muchachas como yo anteriormente, ¿no es cierto? Con muchachas de color.

—He dormido con muchas muchachas de todas clases.

Ya no reían, cuchicheaban, y el calor subía entre ellos. El olor de Ida subía al encuentro de Vivaldo, y se mezclaba con el sudor de él. Vivaldo estaba entre los muslos y las manos de Ida, y ella le miraba temerosamente a los ojos.

—¿Pero también con muchachas de color?

—Sí.

Hubo un largo silencio e Ida lanzó un suspiro largo y tembloroso. Levantó la cabeza para apartarla de él y preguntó:

—¿Eran amigas de mi hermano?

—No. No. Les pagaba.

—¡Oh!

Ida bajó la cabeza, cerró los ojos, unió los muslos y en seguida volvió a separarlos. Las sábanas estorbaban a Vivaldo, y las retiró, y luego, durante un instante, medio arrodillado, contempló la miel, el cobre, el oro y el negro. Ida respiraba con jadeos breves, fuertes y temblorosos. Vivaldo quería que se volviera hacia él y abriese los ojos.

—Ida, mírame.

Ida emitió un sonido, una especie de gemido, y volvió el rostro hacia él, pero con los ojos cerrados.

—Vamos, ayúdame.

Ida abrió durante un segundo los ojos, velados, pero sonrió. Vivaldo se tendió sobre ella lentamente, dejando que las manos de ella lo guiaran, y la besó en la boca. Se abrazaron, temblando, y las manos de ella se alzaron y se posaron en la espalda de él. *Les pagaba*. Ida volvió a suspirar, con un suspiro diferente, largo y rendido, y la lucha comenzó.

No era ahora como la lucha de la noche anterior, cuando ella se agitaba debajo de él como un caballo furioso o un pez varado en la playa. Ahora estaba tan atenta que temblaba; y Vivaldo creía sentir que en un instante de descuido ella se deslizaría fuera de él, y estaba también muy atento. Las manos de Ida subían y bajaban por la espalda de Vivaldo; a veces parecían querer atraerlo, y otras veces parecía que iban a rechazarlo, y se movían con una indecisión terrible y hermosa de modo que en el fondo de la garganta de Vivaldo nacía un gemido entrecortado. Ida se le ofrecía y al mismo tiempo retrocedía y él creía viajar por un río enfurecido de la selva en busca del manantial oculto más allá del follaje negro, peligroso y chorreante. Luego, durante un momento, parecieron abrirse paso. Ida soltó las manos y aflojó los muslos inexorablemente, sus vientres se unieron con crueldad, y un silbido bajo y curioso se abrió paso por la garganta de ella y a través de sus dientes. Luego Ida se quedó quieta, con las manos en el cuello de Vivaldo, y pasó el momento. Vivaldo descansó. Después comenzó de nuevo. Nunca se había mostrado tan paciente, tan decidido o tan cruel. La noche anterior ella lo había observado; esta mañana era él quien la observaba a ella; estaba decidido a llevarla a la orilla y dominarla, aunque en el momento en que por fin ella pronunciara su nombre, a él le estallara el corazón en el pecho. De todos modos, eso parecía más inminente que el derramamiento de su semilla. Se sentía dolorido como no se había sentido nunca, estaba congestionado de una manera nueva, y cada vez que las manos de ella lo tocaban, retirándose luego, sentía frío. Las manos de Ida lo tomaban del cuello como si quisieran ahogarlo, y ella estaba callada, callada como un niño que está acumulando aliento para gritar. Y cruelmente, depravadamente, él la empujaba hacia la orilla. No sabía si el cuerpo de ella se movía con el suyo o no, pues los dos cuerpos estaban muy juntos. Sentía que la cama vibraba, y la oía chirriar. Las manos de Ida parecieron enloquecerse de pronto y comenzaron a volar del cuello de él a su garganta, sus hombros, su pecho, y el cuerpo se movía debajo, tratando de escaparse y de acercarse al mismo tiempo. Por fin sus manos consiguieron lo que querían, y se apoderaron del cuerpo de Vivaldo, acariciadoras, arañadoras y quemantes. *Vamos. Vamos.* Vivaldo sintió un estremecimiento en el vientre de ella, exactamente debajo, como si algo se

hubiese roto allí, un estremecimiento que rodó y subió, tremendamente, dividiendo al parecer los pechos de ella, como si él la hubiera partido de abajo arriba. Y ella gimió. Fue un sonido de curiosa advertencia, como si quisiera contener con una mano el océano. Ese gemido de impotencia hizo que él volviera a sentir todo su afecto, su ternura y su deseo. *Vamos vamos vamos vamos*. Comenzó a galoparla, relinchando un poco de placer, y, por primera vez, se estremeció pensando que tanto de sí mismo, condenado durante tanto tiempo, se derramaría en aquel momento. A los gemidos de ella sucedieron los sollozos y los gritos. *Vivaldo. Vivaldo. Vivaldo*. Ida estaba ya en la orilla. Vivaldo se emborrachaba de ella y ella se emborrachaba de él, pronunciando su nombre, húmeda, anhelante, estallante, ciega. Vivaldo sintió que brotaba ese pequeño goteo que precede al desastre en las minas. Sintió que se le retorció el rostro, sintió el resuello en su garganta, y llamó otra vez a Ida, mientras todo el amor que había en él corría hacia abajo y se vertía en ella.

Largo tiempo después sintió los dedos de Ida en el pelo, y le miró a la cara. Ida sonreía, con una sonrisa pensativa y contraída.

—Aparta tu persona grande y blanca de mí. No puedo moverme —dijo, Vivaldo la besó, cansado, en paz.

—Dime algo antes.

Ida parecía socarrona, divertida y burlona, como una mujer, y al mismo tiempo como una niña tímida.

—¿Qué quieres saber?

Vivaldo la sacudió, riendo.

—Vamos, dímelo.

Ida lo besó en la punta de la nariz y contestó;

—Nunca me había sucedido esto, nunca nada como esto.

—¿Nunca?

—Nunca. Casi... pero no, nunca. ¿He sido buena contigo?

—Sí, sí. No te vayas.

—Deja que me levante.

Vivaldo se tendió de espalda y ella dejó la cama y fue al cuarto de baño. Vivaldo vio cómo desaparecía el cuerpo alto y oscuro que ahora era suyo. Oyó el agua que corría en el cuarto de baño y luego la ducha. Y se quedó dormido.

Se despertó a primera hora de la tarde. Ida estaba delante de la cocina y cantaba:

*Si no puedes darme un dólar,
dame una miserable moneda de diez centavos...*

Había lavado los platos, había limpiado la cocina y había colgado las ropas de Vivaldo. Estaba haciendo café.

*Quiero alimentar ahora
a este hambriento hombre mío.*

Libro II

CUALQUIER DÍA EN ADELANTE

*¿Por qué no me tomas en tus brazos y
me sacas de este lugar solitario?*

CONRAD, *Victoria*.



I

ERIC estaba desnudo en el jardín de la casa que había alquilado. Las moscas zumbaban y revoloteaban en el calor brillante y una abeja amarilla describía círculos alrededor de su cabeza. Eric se mantuvo un rato muy quieto y luego tomó los cigarrillos que tenía al lado y encendió uno, con la esperanza de que el humo ahuyentara a la abeja. El gatito negro y blanco de Yves andaba al acecho en el jardín como si estuviera en África, se agazapaba bajo las mimosas como una pantera y saltaba al aire.

La casa y el jardín daban al mar. Muy por debajo de la loma, más allá de la arena de la playa, en el azul atronador del Mediterráneo, la cabeza de Yves se sumergía en el agua, reaparecía y volvía a sumergirse. Luego desapareció por completo. Eric se levantó, miró al mar casi dispuesto a correr. A Yves le gustaba contener la respiración bajo el agua durante el mayor tiempo posible, prueba de resistencia que Eric consideraba inútil y, en el caso de Yves, espantosa. Pero la cabeza de Yves reapareció y sus brazos destellaron. E, incluso desde aquella distancia, Eric podía ver que Yves reía, pues sabía que él lo estaría mirando desde el jardín. Comenzó a nadar hacia la playa y Eric se sentó. El gatito corrió hacia él y se restregó contra sus piernas.

Era fines de mayo. Llevaban en aquella casa más de dos meses. Se iban al día siguiente. Durante mucho tiempo, quizás nunca, no se sentaría Eric en un jardín para contemplar a Yves en el agua. Tomarían el tren para París por la mañana y, después de estar dos días allí, Yves dejaría a Eric en el barco que iba a Nueva York. Eric se establecería allí, y más tarde se le uniría Yves.

Ahora que todo estaba decidido y no se podían volver atrás, Eric sentía una aprensión acre y salvaje. Observó cómo salía Yves del agua. El cabello moreno se le blanqueaba al sol y le centelleaba alrededor de la cabeza; su largo cuerpo flaco, pero fuerte y nervioso, tenía el color moreno del pan. Se

inclinó para quitarse el *slip* escarlata. Luego se puso unos *blue jeans* de los que había expropiado a Eric. Eran demasiado cortos para él, pero no importaba. Yves no quería mucho a los norteamericanos, pero le gustaban sus ropas. Subió por la loma hacia la casa, con el *slip* escarlata colgando de una mano.

Yves nunca había dicho que se propusiera ir a los Estados Unidos, ni le había dado a Eric motivo alguno para que supusiera que abrigaba tal deseo. El deseo llegó, o en todo caso se formuló, sólo cuando surgió la posibilidad. Pues Eric había pasado lentamente de casi morirse de hambre a doblar pequeños papeles en algunas películas norteamericanas que se producían en el exterior. Uno de esos papeles secundarios lo llevó a trabajar en la televisión, en Inglaterra; y luego un director de Nueva York le ofreció uno de los principales papeles secundarios en una obra teatral de Broadway.

Este ofrecimiento había planteado a Eric el enorme problema que venía eludiendo desde hacía tres años. Aceptarlo era poner fin a su residencia en Europa; y no aceptar significaba transformar su estancia en destierro. Él e Yves vivían juntos desde hacía más de dos años y desde su encuentro en la misma casa. Más precisamente, era Yves quien había ido a vivir con él, pero para ambos era el domicilio que no esperaban encontrar.

Eric no deseaba separarse de Yves. Pero cuando le dijo que por esa razón había decidido rechazar la oferta, Yves le miró sagazmente y suspiró.

—Deberías haberla rechazado inmediatamente o no haberme hablado de ella. Nunca harás una *carriere* en Francia, lo sabes tan bien como yo. Lo único que harás es volverte más viejo e irritable, y me darás una vida terrible y tendré que abandonarte. Pero puedes llegar a ser un gran astro, creo, si desempeñas ese papel. ¿No te agradaría eso? —Se interrumpió, sonriendo, y Eric se encogió de hombros y se ruborizó, lo que hizo reír a Yves—. ¡Qué tonto eres! Yo también tengo sueños que nunca te he contado.

Sonreía todavía, pero había en sus ojos una expresión que Eric conocía. Era la expresión de un aventurero maduro y capaz que trataba de decidir entre lanzarse sobre su presa o atraerla con engaños a una trampa. Tales decisiones son necesariamente rápidas, y también lo es la mirada de quien está ya irresistiblemente en movimiento hacia lo que desea, y que obtendrá seguramente. Esa expresión asustaba siempre un poco a Eric. Parecía no pertenecer al rostro de veintiún años de Yves, no tener relación alguna con su sonrisa franca e infantil, su retozar de cachorro, el ardor adolescente con que abrazaba y luego rechazaba a las personas, las doctrinas y las teorías. Era un rostro de expresión muy mordaz, profundamente cruel, sin años; la naturaleza,

la ferocidad de su inteligencia se le reflejaba entonces en los ojos; la extraordinaria austeridad de su frente alta prefiguraba su madurez y decadencia.

Tocó a Eric ligeramente en el codo, como podía hacerlo un niño muy joven, y le dijo:

—Yo no deseo quedarme aquí en este país, este detestable mausoleo. Vayamos a Nueva York. Allí labraré mi porvenir. No hay porvenir aquí para un muchacho como yo.

La palabra *porvenir* le causó a Eric un pequeño estremecimiento, un pequeño rechazo.

—Aborrecerás los Estados Unidos —dijo con vehemencia, e Yves le miró sorprendido—. ¿Con qué clase de futuro sueñas?

—Estoy seguro de que allí hay algo que puedo hacer. Puedo encontrar mi camino. ¿Crees realmente que deseo que tú me protejas siempre?

Y miró a Eric un instante como si fueran enemigos o extraños.

—No sabía que tuvieras inconveniente en que yo te... proteja.

—*Ne te fâche pas*. No tengo inconveniente; si lo tuviera me habría ido. —Sonrió y añadió, amable, razonablemente: —Pero eso no puede seguir siempre. Yo también soy un *hombre*.

—¿Qué no puede seguir siempre?

Pero Eric sabía lo que quería decir Yves y que lo que decía era cierto.

—Mi juventud —contestó—. No puede durar eternamente. Siempre he estado seguro de que volverías a tu patria algún día. Puedes muy bien hacerlo ahora, mientras todavía me tienes afecto y yo puedo seducirte para que me lleves contigo.

—Eres un gran seductor, ésa es la verdad.

—¡Oh, contigo es fácil! —Yves miró a Eric traviesamente—. Por lo tanto, está decidido. —No era una pregunta—. Supongo que ahora tendré que ir a visitar a mi puta madre para decirle que no volveré a verme.

Se le oscureció el rostro y torció su boca grande en un gesto amargo. Su madre era camarera en una taberna cuando los alemanes habían llegado a París. Yves tenía entonces cinco años y su padre había desaparecido hacía tanto tiempo que apenas podía recordarlo. Pero recordaba lo que hacía su madre con los alemanes.

—Era realmente una *putain*. Recuerdo las muchas veces que estuve observándola en el café. Ella no sabía que la observaba, y de todos modos las personas mayores creen que los niños no ven. El mostrador era muy largo y se curvaba en un extremo. Yo me sentaba siempre detrás, junto a la curva. Había

un espejo por encima de mí y podía verlos en ese espejo. Y también los podía ver en el zinc del mostrador. Recuerdo los uniformes y el brillo de las botas de cuero. Siempre se comportaban con una corrección extrema, no como los norteamericanos que vinieron después. Ella reía constantemente y se movía con mucha ligereza. Siempre estaba la mano de alguien sobre ella, sobre su pecho o su pierna. Siempre había alguna otra persona en nuestra casa, todo el ejército alemán pasaba por ella. ¡Qué gente horrible!

Y luego, como para hacer a su madre justicia a regañadientes, añadió:

—Más tarde decía que hacía eso por mí, que de otro modo no habríamos comido. Pero yo no lo creo. Creo que le gustaba. Creo que fue siempre una ramera. Cuando vinieron los norteamericanos encontró un oficial bastante guapo. Era muy amable conmigo, debo decirlo; tenía en los Estados Unidos un hijo al que sólo había visto una vez y decía que yo era su hijo, aunque yo era mucho mayor. Me hizo desear tener un padre, un padre *único* especialmente. —Yves sonrió con sarcasmo—. Un padre norteamericano al que le gustara comprarte cosas y llevarte a hombros a todas partes. Lo sentí, cuando se marchó. Estoy seguro de que fue él quien impidió que a ella le raparan la cabeza como se merecía. Ella dijo toda clase de mentiras acerca de su trabajo en la Resistencia. *Quelle horreur!* Toda esa época no fue muy agradable. A muchas mujeres les raparon la cabeza, a veces por nada, sólo porque eran bonitas, o porque alguien estaba celoso, o porque se habían negado a dormir con alguien. Pero no le sucedió eso a mi madre. *Nous, nous étions tranquille avec notre petit officier*, nuestro bistec y nuestros bombones de chocolate. —Se echó a reír—. Ahora es dueña de aquella taberna. ¿Ves qué clase de mujeres? Nunca voy allá.

Eso no era enteramente cierto. Se había separado de su madre a los quince años. O, más exactamente, habían acordado una tregua peculiar, para que él no le creara dificultades, es decir, para que él no cayera en manos de la ley; y para que ella no le creara dificultades a él, es decir, para que no utilizara su minoría de edad poniéndolo bajo el dominio de la ley. En consecuencia, Yves había vagabundado por las calles de París, como un *semi—tapette* y como un *rat d'hôtel*, hasta que conoció a Eric. Y durante todo ese tiempo, a grandes intervalos, visitaba a su madre... cuando estaba borracho, o insoportablemente hambriento, o insoportablemente triste; o más bien, quizás, visitaba la taberna, que ahora era diferente. El mostrador largo y curvo había sido reemplazado por otro largo y recto. La luz de neón se arremolinaba en el techo y sobre los espejos. Había mesitas de superficie plastificada y de colores brillantes, y lustrosas sillas de plástico en vez de las mesas y sillas de

madera que recordaba Yves. También había un fonógrafo automático donde antes los soldados manejaban torpemente los jugadores de metal de un juego de fútbolín, y anuncios de Coca—Cola, y Coca—Cola. El piso de madera estaba cubierto con una capa plástica negra. Sólo el servicio seguía igual: un agujero en el suelo con apoyos para los pies y papel de diario cortado colgando de una cuerda. Yves iba a la taberna a ciegas, buscando algo que había perdido, pero que ya no estaba allí.

Se sentaba en el viejo rincón desaparecido y observaba a su madre. El cabello que había sido moreno tenía ahora una vitalidad química anaranjada. El cuerpo que había sido esbelto comenzaba a engordar y a combarse. Pero su risa seguía siendo la misma, y ella todavía parecía buscar, con una especie de desamparo violento y triste, las manos de los hombres.

Iba al extremo del mostrador donde estaba Yves y le preguntaba, con un sonrisa forzada y ansiosa:

—*Je t'offre quelque chose, M'sieu?*

—*Un cognac. Madame* —respondía él con una mueca torcida y el esbozo de una reverencia sardónica. Y cuando ella estaba a medio camino gritaba: —*Un double!*

—*Ah! Bien sûr, M'sieu.*

Ella le traía su bebida y otra para ella, y chocaban los vasos.

—*A la vôtre, Madame.*

—*À la vôtre, M'sieu.*

Pero a veces él decía:

—*A nos amours.*

Y ella repetía secamente:

—*A nos amours!*

Bebían en silencio unos segundos y luego ella sonreía.

—Tienes muy buen aspecto. Te has vuelto muy apuesto. Estoy orgullosa de ti.

—¿Por qué has de estar orgullosa de mí? Soy un inútil y sólo porque tengo buen aspecto puedo vivir. *Tu comprends, hein?*

—Si hablas así no quiero saber nada de tu vida.

—¿Por qué? Es como la tuya cuando eras joven. O quizás ahora, ¿cómo puedo decirlo?

Ella sorbía su coñac y levantaba el mentón.

—¿Por qué no vuelves? Puedes ver personalmente lo bien que marcha el bar, sería una buena situación para ti. *Et puis...*

—*Et puis quoi?*

—Yo no soy ya muy joven y sería *un soulagement* si mi hijo y yo pudiéramos ser amigos.

Yves reía.

—¿Necesitas amigos? Desentierra a algunos de los que enterraste para adueñarte de este bar. ¡Amigos! *Je veux vivre, moi!*

—¡Eres un ingrato!

A veces, cuando decía eso, ella se frotaba los ojos con un pañuelo.

—No sigas molestándome. Ya sabes lo que pienso de ti. Vuelve con tus clientes arrojaba a su madre la última palabra como una maldición. A veces, si estaba bastante borracho, la decía con lágrimas en los ojos.

Dejaba que su madre recorriera medio camino a lo largo del mostrador antes de gritar:

—*Merci pour le cognac, Madame!*

Y ella se volvía, con una ligera inclinación, y decía:

—*De rien, M'sieu.*

Eric había estado allí con él en una ocasión y le había agradado bastante la madre de Yves, pero no habían vuelto. Y apenas hablaban de ese día. Existía en el asunto algo oculto que Yves no quería ver.

Yves saltó sobre la baja pared de piedra y entró en el jardín sonriendo.

—Deberías haberte metido en el agua conmigo —dijo—, estaba maravillosa. Y haría maravillas con tu cuerpo. ¿Sabes lo gordo que te estás poniendo?

Dio un golpecito a Eric en el vientre con su *slip* y se tendió en tierra a su lado. El gatito se acercó cautelosamente y olfateó los pies de Yves como si investigara alguna monstruosidad prehistórica. Yves lo alzó, se lo puso en un hombro, y lo acarició. El gatito cerró los ojos y comenzó a ronronear.

—¿Ves cómo me quiere? Es una lástima dejarlo aquí. Llevémoslo con nosotros a Nueva York.

—Ya va a ser bastante engorroso introducirte a ti en los Estados Unidos, si es que no naufraga el barco. Además, Nueva York está llena de gatos callejeros. Y de calles.

Dijo eso con los ojos cerrados, bebiendo el sol y los olores del jardín y los olores salobres de Yves. Los niños de la casa cercana estaban todavía en la playa y oían sus voces.

—No tienes simpatía por los animales. Sufrirá terriblemente cuando nos vayamos.

—Se repondrá. Los gatos son mucho más fuertes que las personas.

Estaba con los ojos cerrados, pero se dio cuenta de que Yves se volvía para mirarlo.

—¿Por qué te inquieta tanto la ida a Nueva York?

—Nueva York es una ciudad muy inquietante.

—A mí no me asustan las dificultades. —Tocó a Eric ligeramente en el pecho y Eric abrió los ojos. Se quedó mirando el rostro grave, moreno y afectuoso de Yves—. Pero a ti sí. Temes tener dificultades en Nueva York. ¿Por qué?

—No es que tema, Yves. Pero he tenido allí muchas y verdaderas dificultades.

—También aquí —dijo Yves con su seriedad brusca y siempre un tanto chocante—, y hemos salido siempre adelante y ahora estamos mejor que nunca, creo. ¿No es así?

—Sí —contestó Eric, lentamente, y observó el rostro de Yves.

—Pues bien, entonces, ¿por qué preocuparse? —Echó hacia atrás el cabello que le caía a Eric sobre la frente—. Tienes la cabeza caliente. Has estado al sol demasiado tiempo.

Eric le tomó la mano y el gatito saltó.

—¡Dios mío, cómo voy a echarte de menos!

—Será por poco tiempo. Tú estarás ocupado y yo apareceré en Nueva York antes de que te des cuenta de que hemos estado separados. —Sonrió y puso el mentón en el pecho de Eric—. Háblame de Nueva York. ¿Tienes muchos amigos allí? ¿Muchos amigos *famosos*?

—No, no tengo muchos amigos famosos. Y ni siquiera sé si tengo ahora allí amigos de ninguna clase. He estado fuera mucho tiempo.

—¿Qué amigos tenías cuando te fuiste? —Frotó su mejilla contra la de Eric—. ¿Muchachos como yo?

—Allí no hay muchachos como tú, gracias a Dios.

—¿Quieres decir tan guapos como yo, o tan afectuosos?

Eric puso las manos en los hombros salados y arenosos de Yves. Oía las voces de los niños que llegaban del mar y el zumbido y el revoloteo en el jardín.

—No. No tan imposibles —dijo.

—Naturalmente, ahora que estás a punto de marcharte me consideras imposible. ¿Y desde qué punto de vista?

Atrajo más a Yves y contestó:

—Desde todos los puntos de vista.

—*C'est dommage. Moi, je t'aime bien.*

Dijo estas palabras al oído de Eric y ambos callaron unos instantes. Eric deseaba preguntar si era cierto, pero sabía que lo era. Quizás no sabía lo que eso significaba, pero Yves no podía ayudarlo. Sólo podía ayudar el tiempo, el tiempo que entregaba todos los secretos, pero sólo con la condición inexorable —le parecía a él— de que el secreto no fuese utilizado. Puso los labios en el hombro de Yves y saboreó la sal del Mediterráneo. Pensaba en sus amigos. ¿En qué amigos? No estaba seguro de que hubiera sido realmente amigo de Vivaldo, Ricardo y Cass; y Rufo estaba muerto. No sabía con certeza quién le había comunicado la noticia, con mucho retraso; aunque creía que debía de haber sido Cass. Difícilmente podía haber sido Vivaldo, a quien le preocupaba demasiado lo que sabía de la relación de Eric con Rufo (lo sabía sin estar dispuesto a confesar que lo sabía) y tampoco podía haber sido Ricardo. En todo caso, ninguno de ellos le había escrito con mucha frecuencia; él no deseaba realmente saber lo que sucedía entre las personas de las que había huido, y tenía la sensación de que ellas habían procurado siempre no saber lo que le sucedía a él. No, Rufo había sido su único amigo entre ellos. Rufo le había hecho sufrir, pero se había atrevido a conocerlo. Y cuando el dolor de Eric amenguó y Rufo estaba ya muy lejos, Eric recordaba solamente la alegría que había compartido a veces, y el timbre de la voz de Rufo, su manera de caminar a pasos largos y engreída, su sonrisa, el modo como sostenía el cigarrillo, y cómo echaba hacia atrás la cabeza cuando reía. E Yves tenía algo que le recordaba a Rufo, la sonrisa confiada y la vulnerabilidad valiente y vigorosa.

Era un jueves cuando llegó la noticia. Llovía y todo París estaba fluctuante y gris. Eric no tenía dinero alguno ese día. Esperaba un cheque que se había enmarañado misteriosamente en una de las redes burocráticas de la industria cinematográfica francesa. Yves y él acababan de dividirse el último de sus cigarrillos e Yves había ido a tratar de conseguir que le prestase dinero un banquero egipcio que había conocido en otro tiempo. Eric vivía entonces en la Rue de la Montagne—Ste—Geneviève y ascendía con esfuerzo por la colina, bajo la lluvia, con la cabeza descubierta y el agua goteándole por la nariz y las pestañas y por detrás de las orejas y deslizándosele por la espalda y empapándole el bolsillo del impermeable en que había guardado imprudentemente los cigarrillos. Sentía cómo se desintegraban en la oscuridad humedad y sucia de su bolsillo de ningún modo protegido por su mano resbaladiza. Sentía una especie de desesperación entumecida y se proponía simplemente llegar a casa, quitarse las ropas y echarse en la cama hasta que llegara la ayuda, ayuda que probablemente le llevaría Yves con el

dinero para los emparedados; sería una ayuda apenas suficiente para que pudieran pasar otro día horrible.

Cruzó el gran patio y comenzó a subir las escaleras de su casa; y detrás de él, cerca de *la porte—cochére*, sonó el timbre de la portería y la portera gritó su nombre.

Retrocedió, con la esperanza de que no le fuese a preguntar por su alquiler. La mujer estaba en la puerta con una carta en la mano.

—Acaba de llegar —dijo—. Pensaba que podía ser importante.

—Gracias.

La mujer también esperaba que la carta trajera algún dinero, pero cerró la puerta. Era casi la hora de la cena y preparaba la comida. En realidad, la calle entera parecía estar cocinando, y a Eric casi se le doblaban las piernas.

No miró mucho la parte exterior del sobre. Sólo pensaba en el cheque recalitrante y no esperaba un cheque de los Estados Unidos, que era de donde venía la carta. La metió, sin leerla, en el bolsillo del impermeable, cruzó el patio y subió a su habitación. Allí dejó la carta en la mesa, se secó, se desvistió y se acostó. Luego sacó los cigarrillos para que se secaran, encendió el más seco y volvió a mirar la carta. Parecía una carta muy corriente hasta el párrafo que comenzaba «Todos le queríamos mucho y yo sé que también usted le quería». Sí, tenía que ser Cass quien había escrito. Rufo estaba muerto, se había suicidado. Rufo ya no existía.

«¿Muchachos como yo?», había preguntado Yves en broma. ¿Cómo podía decirle algo acerca de Rufo al muchacho tendido en aquel momento a su lado? Le había costado mucho tiempo darse cuenta de que una de las razones de que Yves lo conmoviese así, de que lo conmoviese de una manera que casi había olvidado, era porque le recordaba de algún modo a Rufo. Y casi hasta aquel momento mismo, en la víspera de su partida, no había comenzado a reconocer que parte del gran influjo de Rufo sobre él tenía que ver con el pasado que él, Eric, había enterrado en algún lugar profundo y oscuro; se relacionaba con él mismo, en Alabama, «cuando yo no era más que un niño»; con las personas blancas frías y las personas negras afectuosas, afectuosas a menos con él, y tan necesarias como el sol que bañaba en aquel momento su cuerpo y el de Yves. Tendido en aquel jardín, tan cálido, cubierto, los veía en las calles angulares y ardientes de su infancia, y en las casas cerradas, y en los campos. No reían como las otras personas, al menos así le había parecido, y se movían con más belleza y violencia, y olían como las buenas cosas en el horno.

¿Pero había querido a Rufo? ¿O sólo había sentido ira, nostalgia, culpabilidad y vergüenza? ¿Era al cuerpo de Rufo al que se había acercado, o a los cuerpos de los negros, vistos brevemente en alguna parte, en un huerto o un claro, hacía tiempo, con el sudor corriéndoles por los pechos y los hombros de chocolate, los negros de voces sonoras, uno que inclinaba hacia atrás la cabeza antes de zambullirse —y el agua salpicaba, centelleaba, cantaba—, otro con el brazo levantado para descargar un hacha contra la base de un árbol? Ciertamente nunca había conseguido hacer que Rufo creyera que le quería. Quizás Rufo le había mirado a los ojos y había visto en ellos a los negros que veía Eric, y le odiaba por eso.

Yacía muy quieto, sintiendo el peso inmóvil y confiado de Yves, y el sol.

—¿Yves?

—*Oui, mon chou?*

—Vamos adentro. Creo que me gustaría tomar una ducha y beber un trago. Comienzo a sentirme pegajoso.

—*Ah, les américains avec leurs drinks!* Seguramente me volveré alcohólico en Nueva York.

Pero levantó la cabeza, besó a Eric rápidamente en la punta de la nariz y se levantó.

Se alzaba entre Eric y el sol; con el cabello muy brillante y la cara en la sombra. Miró a Eric y sonrió.

—*Alors tu es toujours prêt, toi, d'après ce que je vois.*

—*Et toi, salaud?*

—*Mais moi, je suis français, mon cher, je suis pas puritain, fort heureusement. T'aura dû te rendre compte d'ailleurs.* —Levantó a Eric y lo azotó en las nalgas con el *slip* rojo—. *Viens.* Toma tu ducha. Creo que no nos queda casi nada para beber. Iré en bicicleta a la aldea. ¿Qué traigo?

—¿Algo de *whisky*?

—Naturalmente, puesto que es lo más caro. ¿Comeremos en casa o fuera? Entraron en la casa, abrazados.

—Trata de conseguir que *Madame Belet* venga y nos cocine algo.

—¿Qué deseas comer?

—Me da lo mismo. Lo que tú quieras.

La casa era larga y baja, de piedra, y muy fría y oscura después del calor y la luz de la cocina. El gatito les había seguido y gruñía insistentemente.

—Le daré de comer antes de irme. Sólo me llevará un minuto.

—No puede tener hambre todavía, porque está comiendo continuamente. Pero Yves ya estaba preparando la comida del gato.

Habían entrado por la cocina y Eric cruzó el comedor, entró en su dormitorio y se tendió en la cama. El dormitorio tenía también una entrada que daba al jardín. Las mimosas se apretaban contra la ventana y más allá había dos o tres naranjos que daban naranjas pequeñas y duras. También había olivos en el jardín, pero estaban abandonados desde hacía mucho tiempo; nadie se tomaba la molestia de recoger las olivas.

El libreto de la nueva comedia estaba sobre la sencilla mesa de madera que, junto con la chimenea del comedor, les había inducido a alquilar la casa. En la mesa había también unos cuantos libros, ejemplares de Yves de obras de Blaise Cendrars, Jean Cenet y Marcel Proust, y ejemplares de Eric de *La preparación del actor*, *Las alas de la paloma* y *Mi vida de negro*. El cuaderno de dibujos de Yves estaba en el suelo, y lo mismo sus zapatos de tenis, sus calcetines y su ropa interior, todo rodeando las camisas deportivas, las sandalias y el bañador de Eric, menos explícito y más sombrío que el de Yves; Eric mismo era menos explícito y más sombrío.

Yves entró alborotando en el dormitorio y preguntó:

—¿Vas a tomar o no esa ducha?

—Sí, ahora mismo.

—Pues comienza. Yo me voy y estaré de vuelta dentro de un momento.

—Conozco tus momentos. Procura no emborracharte demasiado con los del pueblo.

Guiñó el ojo y se levantó.

Yves recogió del suelo un par de calcetines, sus zapatos de tenis y un *pullover* azul descolorido y se los puso.

—Ah! *Celui—la, je te jure.*

Sacó un peine del bolsillo y se lo pasó por el pelo, con el resultado de que quedó más desordenado que antes.

—Te pondré en la bicicleta —dijo Eric, y fueron más allá de las mimosas—. Vuelve en seguida.

Yves montó en la bicicleta y contestó:

—Estaré de vuelta antes de que te seques.

Salió en la bicicleta por la puerta, a la carretera. Eric se quedó en el jardín, mirándolo. La luz era todavía muy intensa, pero a la manera misteriosa de la luz meridional; se concentraba y no tardaría en desaparecer. El mar estaba ya más oscuro.

Una vez que hubo cruzado la puerta, Yves no miró hacia atrás, y Eric entró en la casa.

Se metió bajo la ducha, que estaba frente al dormitorio. Abrió los grifos y el agua comenzó a caer sobre él, al principio demasiado fría, pero se obligó a aguantar, y luego demasiado caliente; graduó los grifos hasta que el agua se puso más soportable. Se enjabonó mientras se preguntaba si realmente estaba engordando. El vientre parecía aún bastante firme, pero siempre había tendido a la rechonchez; por eso, apenas llegara a Nueva York, volvería a hacer gimnasia. Y el recuerdo de la gimnasia, mientras el agua caía sobre él, hizo que se le agitaran en la mente muchas cosas penosas y enterradas. Ahora que su huida se acercaba tan rigurosamente al fin aparecía una luz, una luz lanzada hacia atrás, que mostraba sus terrores.

¿Qué terrores eran éstos? Estaban enterrados bajo el lenguaje imposible de una época vivida ocultamente, donde casi todo el sentimiento verdadero de esa época fermentaba de un modo rencoroso e incesante. Precisamente en la medida en que eran inexpresables, esos terrores eran poderosos; precisamente porque vivían en la oscuridad eran obscenas sus formas. Y porque el sabor de la obscenidad es universal y el deseo de la realidad raro y difícil de cultivar, casi había perecido en el sótano de su vida privada. O, más precisamente, de sus fantasías.

Esas fantasías comenzaron como fantasías de amor y se fueron corrompiendo imperceptiblemente hasta convertirse en fantasías de violencia y humillación. Cuando era pequeño se había encontrado muy solo, pues su madre era una dirigente cívica que estaba siempre ocupada con clubes, banquetes, discursos, propuestas y manifiestos, navegando constantemente en un mar de sombreros floreados; y su padre, sumergido en esa marea brillante y resonante, convertía en su hogar el banco, el campo de golf, los pabellones de caza y las mesas de póker. Parecía haber muy poca relación entre su padre y su madre, es decir, muy poco fuera del hábito, la cortesía y la coerción; y quizás los dos le querían, pero eso no era una realidad para él, pues era muy evidente que no se querían mutuamente. Él, Eric, quería a la cocinera, una mujer negra llamada Grace que le alimentaba, le zurraba, le reprendía y le mimaba, y le secaba las lágrimas que apenas veía en aquella casa ninguna otra persona. Pero todavía más de lo que quería a Grace quería a su marido. Henry.

Henry era más joven, o parecía más joven, que su esposa. Ponía a prueba a Grace, y probablemente a todos, porque bebía demasiado. Era el hombre adecuado para diversas tareas, y una de ellas era la de cuidar el horno. Eric recordaba todavía el aspecto y el olor de la deslumbradora habitación del horno, con las sombras rojas a lo largo de las paredes y el olor dulce y

pegajoso de la respiración de Henry. Habían pasado allí muchas horas juntos, Eric sentado en un cajón junto a las rodillas de Henry, y Henry con su mano en el cuello o el hombro de Eric. Su voz descendía sobre Eric como oleadas de seguridad. Sabía muchas anécdotas. Le relataba cómo había conocido a Grace y cómo la había seducido, y cómo (según suponía él) la había convencido para que se casara con él. Le refería anécdotas de predicadores y tahúres de aquella parte de la ciudad —al parecer, en aquella parte de la ciudad tenían mucho en común y con frecuencia eran las mismas personas—, cómo se había mostrado más listo que éste o aquél, y cómo, en una ocasión, se las había arreglado para que no le incluyeran en una cuadrilla de presidiarios. (Y le explicó a Eric qué era eso). Una vez Eric fue al horno y encontró a Henry solo. Le habló pero no contestó, y cuando se acercó a él y le puso la mano en las rodillas, las lágrimas de aquel hombre le escaldaron el dorso de la mano. Eric no recordaba ya la causa de las lágrimas de Henry, pero nunca olvidaría el asombro con que tocó la cara de Henry, ni la sensación que le produjo el temblor de su cuerpo. Se arrojó en los brazos de Henry, casi sollozando él también, pero con la prudencia necesaria para contener sus propias lágrimas. Le llenaba una ira indeciblemente penosa contra lo que había herido a Henry, lo que quiera que fuera. Era la primera vez que sentía los brazos de un hombre a su alrededor, la primera vez que sentía el pecho y el vientre de un hombre; tenía entonces diez u once años. Estaba terriblemente asustado, oscura y profundamente asustado; pero, como iban a demostrar los años, no se había asustado lo bastante. Sabía que lo que sentía era malo y que había que mantenerlo en secreto, pero pensaba que era malo porque Henry era un hombre maduro y de color, y él era un niño y blanco.

Henry y Grace fueron despedidos más tarde a causa de alguna falta o algún desliz cometido por Henry. Como los padres de Eric nunca habían aprobado aquellas reuniones en el horno, Eric sospechó siempre que ése era el motivo del despido de Henry, lo que hizo su oposición a sus padres más enconada que nunca. En todo caso, vivía alejado de ellos, en la escuela de día y ante su espejo por la noche, vestido con las ropas viejas de su madre o con los trapos de colores que había podido reunir, adoptando posturas y declamando en voz baja. Sabía que eso también estaba mal, aunque no podía decir por qué. Pero para entonces sabía que todo lo que hacía estaba mal ante los ojos de sus padres y los ojos del mundo y que, en consecuencia, todo lo debía vivir en secreto.

Lo malo de la vida secreta es que con mucha frecuencia es secreta para la persona que la vive, pero en modo alguno para las personas con las que se encuentra. Las encuentra, porque *tiene* que encontrarlas; son esas personas que ven los secretos de uno antes que cualquier otra cosa, y que le extraen a uno esos secretos, a veces con la intención de utilizarlos contra uno, a veces con intenciones más benévolas; pero, cualquiera que sea el propósito, el momento es terrible, y la revelación acumulada causa una indecible angustia. La finalidad del soñador, después de todo, es seguir soñando y que no le moleste el mundo. Los sueños son su protección contra el mundo. Pero los fines de la vida se oponen a los del soñador, y los dientes del mundo son afilados. ¿Cómo podía haber sabido Eric que sus fantasías, por ilegibles que fueran para él, estaban inscritas en cada uno de sus gestos, se revelaban en cada inflexión de su voz y vivían en sus ojos con todo el brillo, la belleza y el terror del deseo? Siempre había sido un muchacho fuerte y sano, había jugado como los otros niños y peleado como ellos, había hecho amigos y enemigos, pactos secretos y planes grandiosos. Sin embargo, ninguno de sus compañeros de juego, después de todo, se había sentado con Henry junto al horno, ni había besado a Henry en el rostro salobre. Ni se habían disfrazado con sombreros desechados, vestidos de mujer, bolsos, corsés, pendientes, manteletas y collares, para transformarse en personajes fingidos cuando todos dormían en la casa. Ni podían tener idea, incluso los más capaces, de las personas en que él se convertía en el secreto de la noche: las amigas de su madre —o su madre tal como él pensaba que había sido cuando era joven— y las amigas de su madre como ella era ahora; los protagonistas de ambos sexos de las novelas que leía y las películas que veía; o simplemente los personajes que creaba con su fantasía y los trapos con que contaba. Sin duda, el muchacho con quien luchaba en la escuela no sentía las curiosas punzadas de terror y placer que sentía Eric cuando rodaban aferrados y uno de ellos clavaba al otro en la tierra; y si Eric sentía la presencia de las muchachas, lo que veía principalmente era los vestidos y el cabello; para él no eran, como los muchachos, criaturas de una jerarquía que había que adorar, temer o despreciar. Nadie se miraba entre ellos como él los miraba a todos. Los sueños de él eran diferentes, sutil, cruel y criminalmente diferentes; esto no se sabía todavía, pero se sentía. Eric estaba amenazado como no lo estaban los otros, y era quizás esa sensación y el instinto que impulsa a la gente a apartarse de los condenados lo que explicaba la distancia invencible —y que aumentaba con el trascurso de los años— que se extendía entre él y sus coetáneos.

Y, por supuesto, en el caso de Eric y en Alabama, su creciente aislamiento y su esquividad eran atribuidos, incluso por él mismo, a la extremada impopularidad de sus actitudes raciales, o más bien, en lo que concernía al mundo en que actuaba, a la falta absoluta de actitudes responsables. La ciudad en que vivía Eric era célebre y próspera, pero no muy grande; en lo que a Eric concernía el sur mismo no era muy grande, ciertamente no bastante grande para él, que era el hijo único de personas muy destacadas. En consecuencia no pasó mucho tiempo antes de que su presencia en cualquier parte causara sacudimientos de cabeza, fruncimientos de labios, endurecimientos de lenguas o chasquidos violentos y venenosos. Pero su nombre era también el de su padre, por lo que Eric se encontró muy pronto, y con mucha frecuencia, con el horrible servilismo de unas personas que le despreciaban, pero que no se atrevían a decirlo. Hacía tiempo que habían renunciado a decir lo que sentían realmente, habían renunciado hacía tanto tiempo que ya eran incapaces de sentir algo que no fuese sentido por una multitud.

Eric salió de la ducha frotándose el cuerpo con la toalla blanca enorme y áspera que había dejado Yves en el cuarto de baño. A Yves no le gustaban las duchas; prefería los largos baños calientes con diarios, cigarrillos y *whisky* en una silla junto a la bañera, y Eric cerca para conversar y para que le lavara la cabeza y le frotase la espalda. La idea de la opulencia oriental que se apoderaba de Yves cada vez que se bañaba hacía sonreír a Eric. Sonreía pero también se sentía inquieto. Y mientras se ponía el albornoz le hormigueaba el cuerpo, menos por el efecto de la toalla y el agua de colonia que por la imagen, bruscamente abrumadora, de Yves tendido en la bañera, silbando, con un paño en la mano, una expresión pacífica y abstraída en el rostro y el sexo moviéndose y centelleando en el agua jabonosa como un pez flácido y cilíndrico; y Eric recordó, porque esa imagen era por algún motivo un umbral, aquel momento, hacía casi quince años, en que el golpe se había descargado inexorablemente, y en que su vergüenza, su batalla y su exilio habían comenzado. Fue al comedor y se sirvió una bebida. La botella quedó vacía y la arrojó al cesto de desechos.

Encendió un cigarrillo y se sentó en una silla cerca de la ventana, mirando al mar. El sol se ponía y el mar estaba en llamas.

El sol se ponía también en aquel día lejano, un domingo caluroso. Las campanas de la iglesia habían dejado de repicar y el silencio meridional pesaba sobre la ciudad. Los árboles que se alzaban a lo largo de los caminos no daban sombra. Las casas blancas, con sus puertas de entrada descoloridas y sus galerías en una sombra lúgubre, parecían librar una batalla contra el sol,

forcejeando y estremeciéndose bajo la luz implacable. De cuando en cuando, al pasar frente a una galería, se podía discernir en el fondo una figura inmóvil y sin rostro. Los negritos interminables jugaban en el polvo por donde iba Eric ese día, siguiendo un camino apartado cerca del límite de la ciudad, con un muchacho de color. Se llamaba LeRoy, tenía diecisiete años, uno más que Eric, y trabajaba como portero en el palacio de justicia. Era alto y muy negro y taciturno; Eric se preguntaba siempre en qué pensaba. Eran amigos desde hacía mucho tiempo, desde que habían despedido a Henry. Pero su amistad, su esfuerzo para mantener una conexión imposible, comenzaba a ser una carga para ambos. Habría sido más sencillo quizás si LeRoy hubiese trabajado para la familia de Eric. En ese caso todo les habría estado permitido, todo habría quedado encubierto por la suposición de que Eric era responsable de su muchacho de color. Pero, tal como estaban las cosas, era sospechoso, indecente, que un muchacho blanco, sobre todo de la clase y reputación de Eric, «corriese», como hacía indiscutiblemente Eric, tras uno de sus inferiores. Eric no tenía más remedio que correr, que insistir, pues LeRoy no podía ir a visitarlo.

Pero había algo completamente humillante en su posición; él lo sentía muy aguda y tristemente, y sabía que también LeRoy lo sentía. Eric no sabía, o acaso no quería saberlo, que hacía la vida de LeRoy más difícil, y que aumentaba el peligro que corría LeRoy; pues a éste se le consideraba «malo» porque no respetaba a las personas blancas. Eric no sabía, aunque por supuesto lo sabía LeRoy, lo que se insinuaba ya acerca de él en toda la ciudad. Eric no sospechaba, aunque LeRoy lo sabía demasiado bien, que tampoco los negros le querían. Barruntaban los motivos de aquella amistad. Buscaban el fundamento, y naturalmente lo encontraban.

En consecuencia, poco tiempo antes, cuando Eric apareció en el camino con las manos en los bolsillos y silbando desentonadamente, LeRoy saltó de su galería y salió a su encuentro, dirigiéndose hacia Eric como si fuese un enemigo.

Eric balbuceó:

—Pasaba por aquí solo para ver qué hacías.

LeRoy escupió en el camino polvoriento y replicó:

—No estoy haciendo nada. ¿Y tú no tienes nada que hacer?

—¿Quieres dar un paseo?

Durante un momento pareció que LeRoy iba a negarse, pues frunció todavía más el ceño. Pero luego sus labios esbozaron una débil sonrisa y contestó:

—Bueno. Pero no puedo ir lejos. Tengo que volver.

Comenzaron a caminar. De pronto Eric dijo:

—Quiero irme de esta ciudad.

—Nos iremos los dos.

—Quizás podamos ir al norte juntos. ¿Adónde te parece mejor? ¿A Nueva York, o Chicago, o acaso a San Francisco?

Habría deseado decir a Hollywood, pues tenía la vaga idea de tratar de llegar a ser un astro cinematográfico. Pero no podía imaginarse a LeRoy como actor de cine y no quería aparecer deseando lo que LeRoy no podía conseguir.

—Yo no puedo pensar en irme —dijo LeRoy—. Tengo que cuidar de mi madre y de los niños. —Miró a Eric y se echó a reír, pero no era una risa enteramente agradable—. Yo no soy un viejo que administra un banco, ¿sabes?

Recogió un guijarro y lo arrojó contra un árbol.

—Mi padre no me da dinero. Seguramente no me lo dará para ir al norte. Quiere que me quede aquí.

—Se morirá algún día, Eric, tendrá que dejárselo a alguien. ¿Y a quién crees que se lo dejará? ¿A mí?

LeRoy volvió a reír.

—Pero no voy a quedarme aquí el resto de mi vida esperando a que se muera. No es un porvenir muy brillante.

Y trató de reír para ponerse a tono con LeRoy. Pero no comprendía realmente el tono de LeRoy. ¿Qué iba mal entre ellos ese día? Pues ya no era solamente el mundo: se interponía entre ellos algo no dicho, algo indecible, no hecho y terriblemente deseado. Y sin embargo, en aquel día lejano y ardiente, aunque ese conocimiento clamaba en él y caía alrededor de él como el sol, y era en él dolor y deseo, Eric no podía darle nombre. No tenía nombre para él en todo caso, aunque había oído que para otras personas tenía nombres espantosos. Sólo tenía una forma, y esa forma era LeRoy, y era el misterio que le apretaba la garganta.

Puso un brazo alrededor del hombro de LeRoy y frotó la coronilla de su cabeza contra el mentón de su amigo.

—Bueno, tienes que esperarlo, lo quieras o no —dijo LeRoy, y 5USO una mano en el cuello de Eric—. Pero supongo que ya sabes o que puedo esperar yo.

Eric se dio cuenta de que LeRoy deseaba decir más, pero no sabía cómo. Caminaron unos segundos en silencio y luego se le ofreció a LeRoy la

oportunidad. Un coche abierto de color crema que llevaba a seis jóvenes, tres muchachas y tres muchachos blancos, apareció en el camino entre un remolino de polvo. Eric y LeRoy no tuvieron tiempo para apartarse, y en el coche se oyó una carcajada y el conductor tocó con la bocina una versión burlesca de la marcha nupcial y luego siguió haciéndola sonar mientras el coche se alejaba carretera abajo. Todos los que iban en el coche eran personas con las que Eric se había criado.

Sintió que se le encendía el rostro, y él y LeRoy se separaron. LeRoy le miró con una compasión curiosamente reservada.

—*Eso* es lo que se supone que haces —dijo, muy lentamente, mirando a Eric y lamiéndose el labio inferior—, y *eso* es lo que se supone que eres. No se supone que te paseas sencillamente por esta condenada región con un negro.

—Me importa un comino esa gente —replicó Eric, pero sabía que mentía y que LeRoy lo sabía también— Esa gente no significa nada para mí.

LeRoy parecía compadecerlo más que nunca, y también parecía exasperado. El camino estaba desierto en aquel momento, ningún ser viviente se movía en él; tenía un color amarillo rojizo y los árboles se inclinaban sobre él, y un fuego caía a través de las hojas. El camino descendía luego hacia las líneas férreas y el depósito. Allí estaba la línea divisoria de la ciudad, y los dos muchachos se desviaban siempre del camino en aquel punto y se dirigían a una arboleda y una loma desde la que se dominaba un arroyo. LeRoy llevó a Eric a aquel asilo, pero no como otros días; de un modo diferente, insistente, suave, feroz y resignado.

—Además —dijo Eric, desamparado— tú no eres un negro para mí, eres LeRoy, mi amigo, y te quiero.

Esas palabras le cortaron el aliento y le llenaron los ojos de lágrimas, mientras se detenían a la sombra ardiente de un árbol. LeRoy se apoyó en el árbol, mirando a Eric con una expresión terrible en el rostro negro. La expresión del rostro de LeRoy asustó a Eric, pero se esforzó por luchar contra ese temor y dijo:

—No sé por qué la gente no puede hacer lo que desea hacer. ¿Qué daño causamos a nadie?

LeRoy rió. Tendió los brazos y atrajo a Eric hacia él.

—¡Pobre muchachito rico! —dijo—, dime qué deseas.

Eric se quedó mirándolo. Nada habría podido desprenderlo de los brazos de LeRoy, de su olor, y del terrible y nuevo contacto de su cuerpo; y, no obstante, así como sabía que todo lo que había deseado o hecho estaba mal,

sabía que también aquello estaba mal y se sentía caer. ¿Caer adónde? Se aferró a LeRoy, cuyos brazos se apretaban a su alrededor.

—¡Pobre muchacho! —volvió a murmurar LeRoy—. ¡Pobre muchacho!

Eric ocultó su rostro en el cuello de LeRoy y el cuerpo de éste tembló un poco; *el pecho y el vientre de un hombre*. En seguida apartó a Eric, lo llevó al arroyo y se sentaron junto a él.

—Supongo que ahora sabes —dijo LeRoy tras un largo silencio, mientras Eric arrastraba la mano por el agua— lo que dicen de nosotros en esta ciudad. A mí no me importa, pero puede traernos muchos disgustos, y vas a tener que dejar de venir a verme, Eric.

Eric no había sabido anteriormente lo que decían, o no se había permitido saberlo, pero lo sabía ahora. Dijo, mirando fijamente al agua y con un abandono totalmente misterioso:

—Pues bien, si creen eso, podemos muy bien hacerlo, me parece. Me importa un comino esa gente; que se vayan al diablo. ¿Qué tienen que ver contigo y conmigo?

LeRoy lanzó una mirada breve a Eric y sonrió:

—Eres un buen muchacho, Eric, pero no te das cuenta de la situación. Tu padre es el amo de media ciudad, y no es mucho lo que te pueden hacer. Pero pueden hacérmelo a mí.

—No permitiré que te suceda nada.

LeRoy se echó a reír.

—Será mejor que te vayas de esta ciudad. Si no lo haces, te van a linchar antes de entendérselas conmigo.

Volvió a reír y pasó la mano por el cabello lustroso de Eric. Eric le tomó la mano. Se miraron, y hubo un silencio terrible. Al cabo de un momento dijo LeRoy en voz baja:

—Muchacho, ¿buscas realmente tres pies al gato, verdad?

Y no dijeron más. Se tendieron juntos a la orilla del arroyo.

Aquel día. Si hubiera sabido adónde lo llevaría aquel día, ¿hubiese sentido entonces una alegría tan angustiada? Pero si lo hubiera sabido, o le hubiera preocupado, adónde podía llevarle un día como aquél, quizá no hubiese necesitado de un día semejante. Eric había tenido miedo, y LeRoy se había convertido de pronto en un extraño. Sin embargo, aquel extraño había operado en Eric una transformación eterna y curativa. Iban a pasar muchos años antes de que pudiera comenzar a aceptar lo que descubrió entonces, en brazos de LeRoy, con el arroyo susurrando en el oído; y, no obstante, ese día había sido el comienzo de su vida como hombre. Lo que había estado siempre

oculto para él se le reveló ese día, y no importaba que quince años después estuviera sentado en un sillón, mirando a un mar extranjero y esforzándose todavía por encontrar la gracia que le permitiera soportar esa revelación. Pues el significado de la revelación consiste en que lo que se revela es cierto y ha de ser soportado.

¿Pero cómo soportarlo? Se levantó y se puso a pasear, inquieto, por el jardín. El gatito se había enroscado en el escalón de piedra y dormía bajo los últimos rayos del sol. Luego se oyó la campanilla de la bicicleta de Yves y poco después apareció Yves sobre la baja cerca de piedra. Pasó de largo mirando adelante y Eric lo oyó en la cocina tropezando con las cosas y abriendo y cerrando la nevera.

Por fin se presentó ante él y le dijo:

—*Madame* Belet estará aquí dentro de unos instantes. Nos va a cocinar un pollo. Y yo he comprado un poco de *whisky* y cigarrillos. —Miró a Eric y frunció el ceño—. Estás loco al quedarte aquí en albornoz. El sol se ha puesto y hace frío. Entra y vístete mientras preparo las bebidas.

—¿Qué haría yo sin ti?

—Eso es lo que yo me pregunto. —Entraron en la casa—. También he comprado champaña —añadió de pronto, y se volvió mirando a Eric con una sonrisita tímida— para celebrar nuestra última noche. —Entró en la cocina—. Vístete. *Madame* Belet llegará de un momento a otro.

Eric fue al dormitorio y comenzó a vestirse.

—¿Vamos a salir después de comer? —preguntó.

—Quizás. Eso depende. Si no nos emborrachamos demasiado con el champaña.

—Creo que yo preferiría quedarme.

—Acaso debemos echar una última mirada a nuestra pequeña ciudad marítima.

—Tenemos que empaquetar las cosas, limpiar un poco esta casa y tratar de dormir algo.

—*Madame* Belet se encargará de la limpieza. De todos modos, nosotros no conseguiríamos hacerlo. Podemos dormir en el tren y no tenemos mucho que empaquetar.

Eric oyó que Yves limpiaba los vasos, y que comenzaba a silbar una tonada que parecía una libre improvisación sobre un tema de Bach. Eric se peinó el cabello, que tenía demasiado largo.

Decidió que se lo cortaría casi al rape antes de volver a los Estados Unidos.

Luego se sentaron, como lo habían hecho muchas tardes, frente a la ventana que daba al mar. Yves se sentó en el escabel, con el cuello apoyado en las rodillas de Eric.

—Me da mucha tristeza dejar esto —dijo Yves de pronto—. Nunca he sido más feliz que en esta casa.

Eric le acarició el cabello y no contestó. Observaba las luces del firmamento y de la costa que se reflejaban en el mar oscuro y tranquilo.

—Yo también he sido muy feliz —dijo por fin— Me pregunto si volveremos a ser alguna vez tan felices.

—Sí, ¿por qué no? Pero eso no tiene tanta importancia. Por feliz que pueda llegar a ser, y estoy seguro de que me esperan grandes momentos todavía, nunca me olvidaré de esta casa. Aquí he descubierto algo.

—¿Qué es?

Yves volvió la cabeza y miró a Eric.

—Temía que seguiría siendo siempre un muchacho de la calle, que yo no fuera mejor que mi madre. —Se volvió de nuevo hacia la ventana—. Pero, por alguna razón, aquí, en esta casa, contigo, me he dado cuenta finalmente de que no era así. Valgo más que eso. —Hizo una pausa—. Lo he aprendido de ti. Es realmente extraño, pues, ¿sabes?, al principio pensaba que tú me considerabas así. Pensaba que eras sólo uno de esos norteamericanos sórdidos. He estado con tantas personas horribles, tan pronto, y durante tanto tiempo... Realmente es asombroso que no me haya vuelto completamente *sauvage*. —Bebió su *whisky*. Eric no podía verle la cara, pero podía imaginarse su expresión: dura, desengañada y terriblemente joven, con la crueldad del dolor y el temor—. Primeramente mi madre y todos aquellos soldados, *ils étaient mes oncles, tous*, y luego todos aquellos terribles hombres viscosos. —Guardó silencio un momento—. Algunos eran realmente fantásticos. Ninguna ramera ha dicho nunca la verdad acerca de los que van con ella, estoy seguro, pues le cortarían la cabeza antes de tener el valor de oírlo. Pero eso sucede, sucede constantemente. —Se reclinó, abrazando las rodillas y mirando al mar—. Luego yo recibía el dinero; si ponían dificultades podía asustarlos porque yo era *mineur*. De todos modos era muy fácil asustarlos. La mayoría de esas personas son cobardes.

—¿Por qué —preguntó Eric al fin— no utilizaste a las mujeres, ya que despreciabas tanto a los hombres?

—No lo sé —contestó Yves tras un breve silencio—. *D'ahord*, tomaba lo que había, o permitía que lo que había me tomase a mí. —Miró a Eric y sonrió. Bebió su *whisky* y se puso de pie—. Es más sencillo con los hombres,

habitualmente más breve y se consigue el dinero con más facilidad. Las mujeres son mucho más astutas que los hombres, especialmente las mujeres dispuestas a seguir a un muchacho como yo, e incluso menos atractivo. —Rió—. Es un trabajo mucho más duro y no tan seguro. —Su rostro se sumió otra vez en un tristeza incongruente y austera—. No hay muchas mujeres en los lugares en que he estado, y en realidad no hay muchas personas humanas. Están todos muertos, muertos. —Se interrumpió, frunció los labios y le brillaron los ojos a la luz que entraba por la ventana—. Había muchas prostitutas donde vivía mi madre, pero... bueno, sí, había también unas pocas mujeres, pero tampoco podía soportarlas. —Fue a la ventana y se quedó allí dando la espalda a Eric—. No me gusta *l'élégance des femmes*. Cada vez que veo una mujer que lleva chaquetón de pieles, joyas y un vestido de moda me dan ganas de arrancárselo todo y arrastrarla a algún lugar, a un *pissoir*, y obligarle a oler el olor de muchos hombres, la orina de muchos hombres, y hacerle saber que *eso* es lo que le corresponde, que no vale más que eso, que no me engaña con todos esos trapos brillantes, que, de todos modos, sólo consigue extorsionar a algún hombre estúpido.

Eric reía, pero estaba asustado.

—*Comme tu es feroce!*

Vio que Yves se apartaba de la ventana y se ponía a pasear lentamente por la habitación, alto y delgado, como un gato al acecho, en la sombra ya densa. Y observó que el cuerpo de Yves cambiaba, perdía su rudeza de adolescente pobre. Se estaba convirtiendo en un hombre.

Y contempló aquel cuerpo hosco y flaco, pero fuerte y nervioso. Observó su rostro. La curva de la frente parecía más marcada que nunca, y más pura, y la boca, al mismo tiempo, más cruel e indefensa. Esa desnudez era la prueba del afecto y la veracidad de Yves, y también la prueba de su fuerza. Algún día Yves no necesitaría ya a Eric como lo necesitaba en aquel momento.

Yves echó hacia atrás la cabeza, terminó su bebida y volvió a donde estaba Eric sonriendo.

—Bebes muy lentamente. ¿Qué te pasa? —le preguntó.

—Me estoy haciendo viejo —contestó Eric riendo; terminó su bebida y entregó el vaso a Yves.

Y mientras Yves se alejaba de él y le oía moverse en la cocina, mientras contemplaba las luces amarillas y parpadeantes a lo largo de la costa, algo se abrió, una desesperación indecible se apoderó de él. *Madame* Belet había llegado y oía las voces apagadas de Yves y la vieja campesina en la cocina.

El día en que Yves ya no lo necesitase, Eric volvería a caer en el caos. Recordaba el ejército de solitarios que lo habían utilizado, que habían luchado con él, que lo habían acariciado y se le habían sometido, en una oscuridad más profunda que la noche más oscura. Habían utilizado su flaqueza. Había sido el receptáculo de una angustia que apenas podía creer que existiese en el mundo. Esa angustia le ataba de pies y manos, aunque también le proporcionaba una gracia y una fuerza misteriosas y malditas, y le desconcertaba y establecía las dimensiones de su propia trampa. Quizás había soñado a veces que abandonaba el drama en que estaba enmarañado y desempeñaba algún otro papel. Pero todas las salidas estaban cerradas, cerradas por hombres ávidos; el papel que desempeñaba era necesario, y no sólo para él.

Y pensaba en esos hombres, en ese ejército ignorante. Eran maridos, padres, gangsters, futbolistas, vagabundos, y estaban en todas partes. O estaban, en todo caso, en todos los lugares en los que le habían asegurado que no se les podía encontrar, y la necesidad que les llevaba era una necesidad que ellos apenas sabían que tenían, que pasaban la vida negándola, que se apoderaba de ellos y los narcotizaba, poniéndoles los miembros tan pesados como los de los dormidos, o los ahogados, y que sólo podía ser satisfecha en la oscuridad vergonzosa y punible, y rápidamente. Luego huían, con la infección abierta, pero con la raíz de la infección todavía en ellos. Podían pasar días, semanas, meses e incluso años antes de que una vez más, furtivamente, en una habitación vacía y cerrada, en una escalera abandonada o en una azotea, a la sombra de una pared del parque, en un coche estacionado, o en la habitación amueblada de un amigo ausente, se entregaran a las manos, las caricias, los besos del sexo despreciado y anónimo. Y, sin embargo, la necesidad no parecía ser predominantemente física. La necesidad parecía ser, precisamente, esa pasividad, ese don de placer ilícito, esa adoración. Ese ejército salía no de la alegría, sino de la pobreza, y de la ignorancia más tremenda. Algo se había helado en ellos, la raíz de sus afectos se había congelado, de modo que ya no podían aceptar el afecto, aunque morían por su ausencia. La triste sumisión era la sombra del amor.

Caos. Pues la gran diferencia entre aquellos hombres y él se descubría en las condiciones de su relación con ellos. Él veía la vulnerabilidad de ellos, y ellos veían la de él. Pero no lo querían por eso. Le utilizaban. Él tampoco los quería a ellos. Y el encuentro se producía a la postre entre dos soñadores, ninguno de los cuales podía despertar al otro, excepto durante los segundos

más penosos y breves. Luego seguían durmiendo, la búsqueda continuaba, y se repetía el caos.

Y había más que eso. Cuando la vinculación tan casualmente iniciada sobrevivía a los primeros encuentros, cuando una especie de afecto tímido comenzaba a abrirse paso por la fuerza a través del terreno helado, y disminuía la vergüenza, el caos se imponía más que nunca. Pues la vergüenza no había disminuido tanto como encontrado un cómplice. El afecto aparecía, pero por una fisura, una grieta abierta en la persona y a través de la cual, detrás del afecto, llegaban todos los vientos del temor. Pues el acto amoroso es una confesión. Uno miente acerca del cuerpo, pero el cuerpo no miente acerca de sí mismo; no puede mentir acerca de la fuerza que lo impulsa. Y Eric había descubierto, inevitablemente, la verdad acerca de muchos hombres que entonces deseaban expulsar del mundo a Eric y la verdad juntamente.

¿Y dónde estaba el honor en todo ese caos? Observaba las luces parpadeantes y oía a Yves y *Madame* Belet en la cocina. El honor. Sabía que él no tenía un honor que el mundo pudiese reconocer. Su vida, sus pasiones, sus pruebas, sus amores, eran, en el peor caso, sucios; y en el mejor, una enfermedad en opinión del mundo, y delitos en opinión de sus compatriotas. Para él no había más normas que las que podía trazarse él mismo. No había normas para él porque no podía aceptar las definiciones, la jerga horriblemente mecánica de la época. No veía a su alrededor a nadie que mereciera su envidia, no creía en el sueño vasto y gris al que se llama seguridad, no creía en los remedios, panaceas y consignas que afligían al mundo, y eso significaba que tenía que crear sus normas y formular sus definiciones mientras seguía adelante. A él le correspondía averiguar quién era y tenía que hacerlo, por lo que concernía a los exorcistas de la época, solo, sin ayuda de nadie.

—*Mais, bien sûr* —oyó que decía Yves a *Madame* Belet—, *je sais tout à fait de votre avis.*

Madame Belet sentía mucho afecto por Yves y le daba el beneficio, de ninguna manera solicitado, de su experiencia de setenta y dos años cada vez que podía acapararlo. Eric veía a Yves en la cocina, con dos vasos en la mano, avanzando de lado hacia la puerta, con una sonrisa pálida y cortés en la cara —pues sentía gran respeto por los ancianos— esperando una pausa en la charla de *Madame* Belet para poder escaparse.

Madame Belet quería también a Eric, pero él pensaba que ello se debía principalmente a que le reconocía como el benefactor un tanto inverosímil de Yves. Si Eric hubiera sido francés, le habría despreciado. Pero Francia no

producía. *Dieu merci!*, adivinanzas como Eric, y no se le podía juzgar por las normas civilizadas que regían en su país.

—¿A qué hora se van? —preguntó.

—Seguramente no antes del mediodía, *Madame*.

La mujer rió y lo mismo hizo Yves. Había algo de impúdico en aquellas risas, y Eric no pudo evitar la sensación, aunque la reprimió inmediatamente, de que se reían de él.

—Espero que le gusten los Estados Unidos —dijo *Madame Belet*.

—Me haré muy rico allí —contestó Yves—, y cuando vuelva la llevaré en peregrinación a Roma.

Pues *Madame Belet* era devota y nunca había estado en Roma y era su mayor deseo ver la Ciudad Santa antes de morir.

—¡Oh, nunca volverá usted!

—Volveré.

Pero la voz de Yves estaba llena de dudas y Eric se dio cuenta, por primera vez, de que tenía miedo.

—La gente que va a América —dijo *Madame Belet*— nunca vuelve.

—*Au contraire*, están volviendo constantemente.

¿Volviendo a qué?, se preguntó Eric. *Madame Belet* rió otra vez. Luego dejaron de oírse sus voces e Yves volvió a la habitación. Entregó a Eric su bebida y se sentó en el escabel, con la cabeza en las rodillas de Eric.

—Creía que no iba a poder librarme de ella —murmuró.

—Ya pensaba en ir a salvarte.

—Comienzo a sentir hambre —dijo Yves.

—Yo también. Pero no tardaremos en comer. —El gatito se acercó y saltó al regazo de Eric—. ¿Recuerdas cómo nos conocimos?

—Nunca lo olvidaré. Le debo mucho a Beethoven.

—Y a las maravillas de la ciencia moderna.

Caminaba por la Rue des St. Pères en un atardecer de primavera, y sus pensamientos no eran agradables. París parecía, y había parecido durante largo tiempo, la ciudad más solitaria del mundo. Y todo el que prolongue su estancia en esa ciudad —es decir, que trate de hacerla su hogar— está destinado a descubrir que no se le puede culpar a nadie de lo que sucede. Contrariamente a su leyenda, París no ofrece muchas distracciones; o las distracciones que ofrece son como la repostería francesa, brillante e insustancial, dulce para la lengua y agria para el estómago. El caminante descontento está obligado a volver sobre sí mismo; si su vida se ha de hacer soportable solo él puede conseguirlo. Y en ese atardecer de primavera,

mientras recorría la calle larga, oscura y murmurante hacia el *boulevard*, Eric estaba desesperado. Sabía que tenía que hacerse una vida, pero no parecía contar con las herramientas.

Luego, cuando se acercaba al *boulevard*, oyó música. Al principio creyó que provenía de las casas, pero luego se dio cuenta de que llegaba de las sombras del otro lado de la calle, donde no había casas. Se detuvo y escuchó: era el concierto *El Emperador* de Beethoven, que se alejaba de él. De pronto, saliendo de las sombras, delante de él y al otro lado de la calle, vio la figura larga y delgada de un muchacho. Se detuvo en la esquina, esperando a que cambiara el semáforo, y Eric vio que llevaba un pequeño aparato de radio portátil que sujetaba con las dos manos. Eric fue a la esquina, cambió el semáforo, el muchacho cruzó la calle y Eric lo siguió. Descendieron por la larga y oscura calle, el muchacho en un lado y él en el otro, y la violencia de la música, que era como la violencia de su corazón, llenaba el suave aire primaveral.

Llegaron a la esquina de la Rue de Rennes. El concierto se acercaba a su terminación. A la derecha, lejos de ellos, se agazapaba la Gare Montparnasse; a la izquierda, y algo más cerca, estaban los cafés y el *boulevard*.

El muchacho vaciló en la esquina; levantó la vista brevemente y sus ojos se encontraron con los de Eric. Se volvió en la dirección de St. Germain—des—Pres. Eric cruzó la calle. *Tum—ta—tum, tum—ta—tum, tum—ta—tum* seguía la música.

—¡Eh! —llamó Eric—, desearía oír el final de ese concierto.

Yves se volvió y a Eric le llamaron inmediatamente la atención sus ojos. Por el candor con que le miraban eran como los ojos de un niño, pero en aquel escudriñamiento había también algo que no era de modo alguno infantil. Eric sentía que el corazón le latía fuertemente. Yves sonrió y dijo:

—Casi ha terminado.

—Lo sé.

Caminaron en silencio, escuchando el final del concierto. Cuando terminó, Yves apagó la radio.

—¿Quiere beber un trago conmigo? —preguntó Eric—. Estoy solo. No tengo a nadie con quien hablar y no se encuentra uno todos los días con gente que escucha música de Beethoven.

—Es cierto —sonrió Yves—. Tiene usted un acento extraño. ¿De dónde es?

—De los Estados Unidos.

—Pensaba que tenía que ser de allí. ¿Pero de qué parte?

—Del sur, de Alabama.

—¡Oh! —exclamó Yves, y le miró con interés—. ¡Entonces usted es *racista*!

—No —replicó Eric, un poco aturdido—, no todos lo somos.

—Yo leo sus diarios. Tengo muchos amigos africanos y he observado que no les gustan los norteamericanos.

—Yo no tengo ese problema. Salí de Alabama todo lo rápidamente que pude y si alguna vez vuelvo allá me matarán probablemente.

—¿Lleva aquí mucho tiempo?

—Alrededor de un año.

—¿Y todavía no conoce a nadie?

—Es difícil hacer amistad con los franceses.

—Eso es sólo porque somos más *réservés* que ustedes.

—Así parece. —Se detuvieron ante el Royal St. Germain—. ¿Echamos un trago aquí?

—No tengo inconveniente. —Yves miró las mesas, que estaban ocupadas, y luego, a través de las vidrieras, al bar, que estaba lleno; la mayoría eran hombres jóvenes—. Pero está terriblemente atestado.

—Iremos a otra parte.

Fueron a la esquina y cruzaron la calle. Todos los cafés estaban llenos. Volvieron a cruzar la calle y pasaron por la Brasserie Lipp. Eric había estado observando a Yves con más atención de la que se imaginaba. Al pasar por delante de la cervecería comprendió de pronto que Yves tenía hambre. No sabía cómo se había dado cuenta de ello, pues Yves no decía nada, ni se detenía o suspiraba; sin embargo, no habría estado más seguro de que el muchacho tenía hambre si de pronto hubiera caído desvanecido en la acera.

—Escuche —dijo—. Se me ocurre una idea. Me muero de hambre, pues no he comido. Venga a Les Halles conmigo y comeremos algo. Y para cuando volvamos ya no estarán tan llenos estos cafés.

Yves le miró con la cabeza inclinada en una especie de sorpresa cauta y expectante.

—Está muy lejos —murmuró.

Y se quedó mirando a Eric con un desconcierto suspicaz, como si pensara: «Estoy dispuesto a jugar a todos los juegos, amigo, ¿pero cuáles son las reglas de éste? ¿Y cuales son las penas?». —Le traeré de vuelta. —Sonrió, tomó a Yves del brazo y echó a andar hacia la parada de taxis—. Venga, sea mi invitado y me hará un favor. ¿Cómo se llama?

—*Je m'appelle Yves.*

—Yo me llamo Eric.

Desde entonces había pensado Eric muchas veces que de no haber sido por esa comprensión súbita delante de la cervecería él e Yves no habrían vuelto a verse. Su primera comida juntos les dio tiempo para, por decirlo así, dar vueltas el uno alrededor del otro. Eric llevó la mayor parte de la conversación; la carga de la prueba recaía sobre él. Eric charlaba, complacido con el rostro cambiante de Yves, esperando su sonrisa y su risa. Deseaba que Yves supiera que no trataba de cerrar con él el trato común y vulgar. Y pronto esa declaración no expresada hizo que Yves moviera la cabeza gravemente, como si él le diera vueltas en la mente. También apareció en su rostro cierto temor. Era ese temor que Eric desesperaba a veces de dominar en Yves o en sí mismo. Era el temor de comprometerse totalmente, de hacer un voto; era el temor de ser amado.

El día que estuvieron en Chartres recorrieron la ciudad y vieron a unas mujeres arrodilladas a la orilla del agua golpeando las ropas contra una tabla lisa. Yves las contempló durante largo tiempo. Anduvieron de un lado a otro por las calles encorvadas bajo un sol ardiente. Eric recordaba que un lagarto había corrido a lo largo de una pared. Y en todas partes les perseguía la catedral. Es imposible estar en esa ciudad sin hallarse a la sombra de las grandes torres; es imposible encontrarse en esas llanuras sin sentirse turbado por esa presencia cruel, elegante, dogmática y pagana. La ciudad estaba llena de turistas, con sus cámaras fotográficas, sus chaquetas amplias, sus vestidos y camisas floreados, sus niños, insignias colegiales, sombreros de Panamá, sus gritos nasales y sus automóviles que se arrastraban como insectos monstruosos y brillantes por las calles llenas de baches y pavimentadas con guijarros. Los autocares de los turistas provenientes de Holanda, Dinamarca y Alemania estaban estacionados en la plaza delante de la catedral. Muchachos y muchachas rubios, serios, con mochilas, pantalones cortos de color caqui y nalgas y muslos gruesos, recorrían lentamente la ciudad. Soldados norteamericanos, unos de uniforme y otros en traje civil, se inclinaban sobre los puentes, entraban en las tabernas en grupos ruidosos y sonrientes, contemplaban las tarjetas postales coloreadas o compraban recuerdos de mal gusto y carácter sagrado. Toda la belleza de la ciudad, toda la energía de las llanuras y toda la fuerza y la dignidad de la población las había absorbido, al parecer, la catedral. Era como si la catedral exigiera, y recibiera, un perpetuo sacrificio viviente. Se alzaba sobre la ciudad como una aflicción más bien que como una bendición, y hacía que todo pareciera, en comparación con ella, miserable y provisional. Las casas en que vivía la gente no sugerían amparo

ni seguridad. La gran sombra que caía sobre ellas las convertía en meros trozos de madera y mineral colocados en el camino de un huracán que poco después los arrojaría a la eternidad. Y esa sombra se cernía también pesadamente sobre los habitantes. Parecían achaparrados y deformados; el color único de sus rostros indicaba demasiado vino malo y demasiado poco sol; hasta los niños parecían haber sido incubados en una bodega. Era una ciudad como algunas ciudades del sur de los Estados Unidos, congelada en su historia como la mujer de Lot se convirtió en estatua de sal, y por lo tanto condenada —pues su historia, ese don abrumador y omnipresente de Dios, no podía ser puesta en tela de juicio— a ser propiedad de los mediocres grises y conformistas.

En algún momento de la tarde, aunque habían ido desde París sólo para pasar el día, decidieron quedarse allí por la noche. Fue una sugerencia de Yves, hecha cuando, de vuelta en la catedral, estaban en la escalinata contemplando los santos y mártires tallados en piedra. Yves había estado extrañamente silencioso durante todo el día. Y Eric le conocía ya bastante bien para no apremiarlo, no aguijonearlo y ni siquiera preocuparlo. Sabía que los silencios de Yves significaban que estaba librando alguna curiosa guerra propia, tomando alguna decisión, y que poco después, ese mismo día, al día siguiente o en la semana próxima, de pronto volvería a recorrer con la palabra los pasos que en aquel momento estaba dando en silencio. Y cosa extraña, pues no es eso lo corriente en la vida, para Eric el oír los pasos de Yves a su lado, el sentir que Yves estaba a su lado, y el observar su rostro cambiante, era una felicidad suficiente, o casi suficiente.

Encontraron un hotel que daba a un arroyo y tomaron una habitación doble. Las ventanas miraban al agua y las torres de la catedral se alzaban a la derecha de ellos, muy lejos. Cuando tomaron la habitación el sol se ponía y grandes líneas de fuego y oro mate salpicaban el cielo azul e inmóvil.

Fuera de la ventana había tres árboles que se encorvaban hacia el agua, y unas pocas mesas y sillas desocupadas, pues no parecía haber mucha gente en el hotel.

Yves se sentó en la gran ventana, encendió un cigarrillo y se quedó mirando las mesas y las sillas. Eric se colocó a su lado, con la mano en el hombro de Yves.

—¿Echamos un trago ahí abajo, compañero?

—¡No por Dios! Nos comerían las chinches. Vamos a una taberna.

—Muy bien.

Yves se levantó y quedaron mirándose.

—Me imagino que volveremos pronto —dijo Yves—, pues no hay nada que hacer en esta ciudad. —Sonrió traviesamente—. *Ça va?*

—La idea de venir ha sido tuya.

—Sí. —Volvió a la ventana—. Éste es un lugar tranquilo, ¿no? Y podemos pasar un momento juntos.

Arrojó el cigarrillo por la ventana. Cuando se volvió de nuevo hacia Eric tenía los ojos empañados, y una boca vulnerable. Tras un momento de silencio añadió en voz baja:

—Vamos.

Pero era casi una pregunta y los dos parecían asustados. Por alguna razón las torres parecían estar más cerca que antes; y de pronto las dos anchas camas fueron los únicos objetos de la habitación. Eric sintió que le palpitaba el corazón y que su sangre comenzaba a correr y a espesarse. Tenía la sensación de que Yves esperaba a que él se moviese, que todo dependía de él; y no podía hacer nada.

Luego se levantó la sombra roja y peligrosa, pasó el momento y se sonrieron. Yves se dirigió a la puerta y la abrió. Bajaron otra vez a la ciudad bella y soñolienta.

Pues no era la misma ciudad de unas pocas horas antes. En aquel segundo vivido en la habitación algo se había fundido entre ellos, una brecha que existía entre ellos se había cerrado; y ahora los arrastraba la corriente irresistible, los arrastraba lentamente y con completa seguridad al cumplimiento de aquella promesa.

Y por esa razón vacilaban, perdían tiempo y lo demoraban deliciosamente. Decidieron comer en una taberna modesta porque estaba vacía, vacía cuando entraron en ella, aunque al poco rato la invadieron media docena de soldados franceses borrachos y musicales. El ruido que hacían habría sido insoportable en cualquier otro momento, pero en aquél operaba como una muralla protectora entre ellos y el mundo. Les daba un motivo para reír, y necesitaban reír; la distracción que proporcionaban los soldados a las otras personas que habían entrado en la taberna les permitía apretarse brevemente las manos, y ese pequeño preámbulo del terror les calmaba el corazón y la mente.

Luego salieron a caminar por la ciudad, en la que no se movía ni siquiera un gato, y a todas partes adónde iban, la catedral los vigilaba. Cruzaron un puente y contemplaron la luna en el agua. Sus pasos resonaban en los guijarros. Las paredes de las casas estaban todas negras y caminaban por

grandes extensiones de oscuridad entre un farol y otro. Pero la catedral estaba iluminada.

La luna iluminaba también las mesas, las sillas y el agua cuando volvieron al hotel. Yves cerró la puerta de la habitación y Eric fue a la ventana y miró el firmamento y las torres poderosas. Oyó el murmullo del agua y luego Yves pronunció su nombre. Se volvió. Yves estaba en el otro lado de la habitación, entre las dos camas, desnudo.

—¿Qué cama crees que es la mejor? —preguntó.

Y parecía auténticamente perplejo, como si se tratara de una decisión difícil.

—La que tú prefieras —contestó Eric, gravemente.

Yves retiró la colcha de la cama más próxima a la ventana y se metió entre las sábanas. Volvió a levantar la colcha hasta el mentón y se quedó acostado de espaldas, esperando a Eric. Sus ojos parecían negros y enormes en la habitación a oscuras. Sus labios esbozaban una leve sonrisa.

Y esa mirada, ese momento, penetraron en Eric para siempre. Había en el rostro de Yves una inocencia aterradora, un bello sometimiento. De una manera maravillosa aquel momento en aquella cama borraba para Yves y arrojaba al mar del olvido todas las camas sórdidas y todos los abrazos escuálidos que lo habían llevado allá. Se volvía hacia el amante que no le traicionaría, hacia su primer amante. Eric cruzó la habitación, se sentó en la cama y comenzó a desnudarse. Otra vez oyó el murmullo del arroyo.

—¿Quieres darme un cigarrillo? —preguntó Yves.

Tenía una voz nueva, y cuando Eric le miró vio por primera vez cómo el rostro de un amante se convierte en un rostro extraño.

—*Bien sûr.*

Encendió dos cigarrillos y le dio uno a Yves. Se miraron el uno al otro a la luz del pequeño resplandor fantástico, y sonrieron, casi como conspiradores.

Y ahora Yves, aunque recordaba también aquel día y aquella noche, volvió la cabeza y miró a Eric con una sonrisa interrogadora, especulativa y triunfante. Y en aquel momento entró *Madame* Belet con ruido de cuchillos, tenedores y platos y encendió las luces. El rostro de Yves cambió y el mar desapareció. Se levantó del escabel, parpadeando un poco. La señora Belet puso los utensilios en la mesa, cuidadosamente, salió y volvió en seguida con una botella de vino y un sacacorchos. Los dejó en la mesa e Yves abrió la botella.

—Ella cree que vas a abandonarme —dijo Yves. Vertió un poco de vino en su vaso y luego lanzó una rápida mirada a Eric, puso más vino en el primer

vaso y dejó la botella.

—¿Abandonarte? —Eric rió, e Yves pareció aliviado y un poco avergonzado—. ¿Quieres decir que ella cree que huyo de ti?

—Cree que acaso no te propones realmente llevarme a Nueva York. Dice que los norteamericanos son muy distintos... cuando están en su país.

—¿Cómo diablos lo sabe? —Se enojó de pronto—. Y de todos modos no es asunto suyo.

Entró *Madame* Belet y él la miró fijamente. Ella, imperturbable, dejó en la mesa una fuente que contenía *les crudités* y una cesta con pan. Volvió a la cocina sin que Eric apartara la mirada malévolamente de su espalda erguida y patrioteramente.

—Si hay algo que no puedo soportar —añadió Eric— son las viejas maliciosas.

Se sentaron e Yves dijo:

—En realidad no se propone hacer daño a nadie. Creía que lo decía para bien mío.

—¿Crees que es bueno para ti desconfiar de mí cuando estoy a punto de embarcarme? ¿No le parece que ya tenemos bastantes cosas de qué preocuparnos?

—Tú sabes que la gente no toma en serio las relaciones entre muchachos. No conocemos muchas personas que crean que nos queremos. No creen que pueda haber lágrimas entre hombres. Piensan que no hacemos más que jugar y que lo hacemos para escandalizarlos.

Eric guardaba silencio mientras masticaba las verduras crudas que parecían no tener sabor alguno. Bebió un trago de vino, pero eso no sirvió para nada. Se le cerraba el estómago y se le humedecía la frente.

—Lo sé. Y va a ser peor en Nueva York.

—Pues bien —replicó Yves con una extraña y conmovedora nota de decisión en la voz—, mientras no me abandones no temeré eso.

A Eric le hicieron sonreír el tono y la declaración, pero sintió que se le calentaba la frente y que un temor extraño le cerraba la garganta.

—¿Es eso una promesa? —preguntó.

Lo preguntó a la ligera, pero pareció que se le ahogaba la voz.

Yves, que había inclinado la cabeza sobre el plato, la levantó. Se miraron. Eric observaba fijamente los ojos negros de Yves, terriblemente consciente de la frente de Yves, que brillaba como un cráneo; y, al mismo tiempo, con el deseo más inmenso, observaba los labios curvados y separados de Yves. Le

brillaban los dientes. Y la breve longitud de la mesa parecía estremecerse entre ellos.

—¿Por qué no le pagamos ahora a *Madame* Belet y la dejamos que vaya a su casa? —preguntó Eric.

Yves se levantó y fue a la cocina. Eric volvió a masticar las verduras crudas condimentadas con ajo, mientras pensaba: «Ésta es nuestra última noche aquí, nuestra última noche». Volvió a oír las voces de los otros dos en la cocina. *Madame* Belet parecía protestar y luego accedió a volver por la mañana. Eric terminó de beber el vino y la puerta de la cocina se cerró e Yves volvió.

—Creo que está un poco enojada, pero se ha ido —dijo Yves, sonriendo—. Volverá por la mañana, especialmente para despedirnos. Creo que lo hace porque desea asegurarse de que tú sabes cuánto te aborrece. —No se sentó, sino que se quedó en el extremo de la mesa con las manos en las caderas—. Dice que el pollo está listo y que no lo dejemos enfriar —rió, y Eric también—. Yo le he dicho que no me importa que esté frío o caliente, pues me gusta igual.

Volvieron a reír. Y luego, bruscamente, cayó el silencio entre ellos.

Eric se levantó y se acercó a Yves, y ambos permanecieron un momento como dos luchadores, observándose mutuamente con una especie de cálculo físico, sonrientes y pálidos. Yves parecía siempre, en ese momento, dubitativo y trémulo, no como una muchacha, sino como un muchacho; y aquella espera extrañamente inocente, aquel desamparo viril engendraba siempre en Eric una tormenta de ternura. En todo él, desde sus alturas y profundidades, su fuente misteriosa y oculta, corría juntamente, como una gran avenida mal canalizada en un estrecho arroyo de la montaña. Y lo enfriaba como ella, como el agua helada; y rugía en él como ella, y con la amenaza de cosas apenas comprendidas, difíciles de controlar; y temblaba con la violencia con que corría hacia Yves. Era esa violencia la que le hacía dócil, porque le asustaba. Y ahora tocó a Yves ligeramente e interrogadoramente en la mejilla. La sonrisa de Yves desapareció, miró a Eric y se abrazaron.

Se durmieron arrullados por el estruendo del mar. Eric despertó una vez, cuando el gatito se metió en la cama y trató de apretarse contra el cuello de Yves. Pero Eric lo puso al pie de la cama.

Se dio vuelta, se apoyó en un codo, y contempló el rostro dormido de Yves. Pensó en levantarse y en apagar todas las luces; sentía un poco de

hambre. Pero nada parecía lo bastante importante para sacarlo de la cama, para apartarlo de Yves ni siquiera un momento. Volvió a acostarse, cerró los ojos y escuchó la respiración de Yves. Se quedó dormido pensando: «La vida es muy distinta en Nueva York», y se despertó con ese pensamiento en el momento en que salía el sol. Yves estaba ya despierto y le observaba. Eric pensó: «Quizás él odie a Nueva York y luego acaso me odie a mí también». Yves parecía asustado y decidido. Guardaron silencio. De pronto Yves tomó a Eric en sus brazos, como si estuviera enojado o como si estuviera perdido. Pronto quedaron otra vez en paz, acostados en silencio. El humo azul de los cigarrillos describía círculos alrededor, en el aire soleado, y el gato ronroneaba a los pies de la cama. Luego el ruido que hizo *Madame* Belet en la cocina advirtió a Eric que ya era hora de levantarse.



II

OCHO días después, Eric estaba en Nueva York, con las últimas palabras de Yves resonándole todavía en los oídos. Los ojos de Yves, como los reflectores de la Torre Eiffel o las luces de un faro, iluminaban a intervalos la profunda oscuridad que le rodeaba, y le proporcionaban, en la negra distancia, su único sistema de coordenadas, y su única guía de navegación.

En el último día en París, en el último momento, ambos habían sufrido terribles dolores de cabeza que los habían tenido despiertos toda la noche, bebiendo, en casa de un amigo; sus rostros estaban grises y húmedos y hedían a cansancio. Había un gran griterío y confusión a su alrededor y el tren respiraba sobre ellos como un escarabajo inimaginablemente malévolamente. Se hallaban casi demasiado cansados para sentir pena, pero no para sentir miedo. El miedo brotaba de ellos como las emanaciones mefíticas de la Gare St. Lazare. En la densa sombra negra de su compartimento, mientras sus amigos se mantenían a discreta distancia de ellos y el empleado de la estación recorría el andén gritando: «*En voiture, s'il vous plaît! En voiture! En voiture!*», y la gran manecilla del reloj se acercaba a la hora cero, se miraban a la cara como camaradas que han pasado por una guerra.

—*T'ne fait pas* —murmuró Eric.

—*En voiture!*

Eric se levantó para quedarse en la puerta llena de gente del tren. No había nada que decir, o había demasiado que decir.

—Aborrezco la espera —dijo—. Odio las despedidas. —De pronto le pareció que estaba a punto de llorar y sintió pánico por toda aquella gente que lo miraba—. Nos veremos muy pronto. Te lo prometo, Yves. Te lo prometo. *Tu me fais toujours confiance, j'espère?* Y trató de sonreír. Yves no dijo nada, pero movió la cabeza afirmativamente, con los ojos muy brillantes, la

boca muy débil, la frente muy alta y lleno de inquietud. La gente gritaba asomada a las ventanillas y se pasaba por ellas los últimos paquetes. Eric fue el último que se quedó en la puerta. Tenía la terrible sensación de que había olvidado algo muy importante. Había pagado la habitación del hotel a Yves, habían visitado la embajada de los Estados Unidos y a las autoridades francesas, había dejado a Yves algún dinero. ¿Qué más, qué más? El tren comenzó a moverse. Yves pareció aturdido durante un momento y Eric apartó la vista de la cara de su amigo para despedir a todos los otros. Yves corrió a lo largo del andén y de pronto saltó al estribo del coche, asiéndose con una mano, y besó a Eric.

—*Ne m'oublie pas* —murmuró—. Tú eres todo lo que tengo en este mundo.

Saltó del estribo en el momento en que el tren aumentaba la velocidad. Corrió un poco más a lo largo del andén y luego se detuvo, con las manos en los bolsillos, mirando y con el viento levantándole el cabello. Eric le saludó con la mano. El andén se estrechó, se inclinó, terminó, el tren se desvió e Yves desapareció de la vista. Aquello no parecía posible y Eric se quedó mirando estúpidamente los postes y los alambres telegráficos, el cartel que decía PARIS—ST—LAZARE y las paredes traseras de los edificios. Luego las lágrimas rodaron por su rostro. Encendió un cigarrillo y se quedó en el vestíbulo mientras desfilaban las horribles afueras de París. «¿Por qué voy a mi patria?», se preguntaba. Pero sabía por qué. Era el momento oportuno. Para no perder todo lo que había ganado tenía que seguir adelante y arriesgarlo todo.

Nueva York parecía muy extraña en verdad. Por la rara ferocidad de los modales y costumbres, por la sensación de peligro y horror que apenas dormía bajo la superficie ruda y gregaria, casi habría podido ser alguna ciudad impenetrablemente exótica del Oriente. Tan grandiosa se mostraba ahora que parecía no tener nada que ver con el transcurso del tiempo: el tiempo podía haberla descartado tan completamente como había descartado a Cartago y Pompeya. Parecía no tener sentido alguno de las exigencias de la vida humana; era tan familiar y tan pública que al final se convertía en la más desesperadamente privada de las ciudades. A uno lo empujaban constantemente y, no obstante, anhelaba al mismo tiempo la sensación de los otros, el contacto humano; y si uno —según la queja general— nunca se encontraba solo en Nueva York, tenía, sin embargo, que luchar muy duramente para no morir de soledad. Esta lucha, librada de muchas maneras diferentes, creaba el extraño clima de la ciudad. Las muchachas que pasaban

por la Quinta Avenida ostentaban sus vestidos vistosos como semáforos, tratando inútilmente de llevar a la atención de los varones la noticia de una misteriosa perturbación. Los hombres no podían leer ese mensaje. Pasaban de largo deliberadamente, con sus sombreritos anónimos, o con la cabeza descubierta, el cabello juvenilmente dividido, o cortado al rape, cargados con sus maletines, y corriendo, evidentemente, a los vagones de fumadores de los trenes. En ese asilo despleaban los diarios y leían las malas noticias del día. O se les encontraba, a las cinco en punto, en bares discretamente oscuros y anónimos, inquietos, en compañía de mujeres frágiles e inquietas, bebiendo tristes martinis.

Esta nota de desesperación, de desesperación oculta, sonaba insistente, constantemente, se paseaba por todas las avenidas de Nueva York, vagaba por todas las calles de Nueva York; se hacía presente tanto en Sutton Place, donde vivía el director de la obra en que iba a actuar Eric y donde se reunían con frecuencia los grandes, como en Greenwich Village, donde había alquilado un apartamento y le espantaba ver lo que les había hecho el tiempo a las personas que había conocido bien en otra época. Tenía la sensación de que una especie de peste estaba haciendo estragos, aunque oficial, pública y privadamente se negaba su existencia. Incluso los jóvenes parecían apestados, más apestados que todos. Los muchachos, con sus *blue jeans*, corrían juntos, sin atreverse apenas a confiar los unos en los otros, pero unidos, como los mayores, en una desconfianza infantil por las muchachas. Su manera de caminar misma, una especie de medio galope antierótico, era una parodia de locomoción y de virilidad. Parecía —¿pero podía ser cierto, y cómo había sucedido?— que se habían acostumbrado a la brutalidad y la indiferencia y se sentían cómodos con ellas, y que les aterraba el afecto humano. De una manera extraña parecían creer que no lo merecían.

Un domingo por la tarde, cuando llevaba en Nueva York cuatro días y todavía no había escrito a sus padres, que vivían en el sur, Eric marchaba por calurosas calles hacia el domicilio de Cass y Ricardo. Iba a beber con ellos para celebrar su regreso.

—Me alegro de que usted crea que es algo que merece celebrarse —le había dicho a Cass por teléfono.

—No es usted muy amable. Parece como si no nos hubiera echado de menos.

—No; deseaba, ciertamente, verles a todos ustedes. Pero no sé si en realidad he añorado mucho la ciudad. ¿Han observado ustedes alguna vez lo fea que es?

—Se está afeando constantemente. Es un ejemplo perfecto de lo que hace la libre empresa enloquecida.

—Deseaba darle las gracias por escribirme acerca de Rufo.

Y pensó, con un rencor algo sorprendente y penoso, que a nadie más se le había ocurrido hacerlo.

—Bueno, creí que usted debía saberlo. —Hubo un silencio y preguntó—. ¿Conocía usted a su hermana?

—Sabía que tenía una, pero nunca la vi. Era una niña en esa época.

—Ahora no es una niña. Va a cantar el domingo en el Village con algunos amigos de Rufo, por primera vez. Prometimos llevarlo a usted. Estará allí Vivaldo.

Eric pensaba en Rufo y no sabía qué decir.

—¿Se parece a su hermano? —preguntó.

—Yo no diría eso. Sí y no. Ya lo verá usted.

Eso los llevó a otro silencio y unos segundos después terminaron la conversación.

Entró en el edificio, se metió en el ascensor y le dijo al ascensorista adónde iba. Había olvidado la manera de proceder de los ascensoristas norteamericanos, pero en aquel momento la recordó. Sin decir una palabra insolente, el ascensorista cerró de golpe las puertas del ascensor y lo puso en marcha. La naturaleza de su silencio expresaba su desaprobación de los Silenski y sus amigos y su vivido sentimiento de que valía tanto como ellos.

Eric llamó y Cass abrió la puerta enseguida. Estaba tan brillante como el día.

—¡Eric! —exclamó, y le miró con la burla afectuosa que él recordaba—. ¡Qué guapo está con el cabello tan corto!

—¡Y qué guapa está usted con el suyo tan largo! —replicó Eric, sonriendo—. ¿O lo llevaba siempre largo? Es una de esas cosas que se olvidan con una larga ausencia.

—Déjeme que le mire —Cass le hizo entrar en el apartamento y cerró la puerta—. Tiene realmente un aspecto admirable. Bienvenido a esta casa. —Se inclinó y de pronto le besó en la mejilla—. ¿Es así como hacen en París?

—Tiene que besarme en las dos mejillas —contestó él, gravemente.

—¡Oh! —Cass pareció ligeramente desconcertada, pero volvió a besarlo—. ¿Así está mejor?

—Mucho mejor. ¿Dónde están todos?

Pues la gran sala estaba vacía, y llena con el sonido de los *blues*. Era la voz de una mujer de color, la voz de Bessie Smith, y eso lo lanzó, con

violencia, al centro ardiente de su pasado:

Llueve y hay tormenta en el mar.

Me siento como si alguien me hubiese echado a pique.

Durante un momento Cass pareció repetir sardónicamente la pregunta de él. Cruzó la habitación y bajó un poco el volumen de la música.

—Los niños están en el parque con algunos amigos. Ricardo trabaja en el estudio. Pero todos aparecerán de un momento a otro.

—Entonces, he llegado demasiado pronto. Lo siento.

—No llega demasiado pronto. Llega a tiempo. Y me alegro. Esperaba tener la oportunidad de conversar con usted a solas antes de que vayamos a ese espectáculo.

—Podemos mantener ahora mismo una reunión muy agradable. —Cass fue al bar y Eric se arrojó en el sofá—. Aquí la atmósfera está muy agradable y fresca. Fuera es terrible. Me había olvidado del calor que puede hacer en Nueva York.

Las grandes ventanas estaban abiertas y el agua que se extendía más allá era muy brillante y tranquila, pero más sombría que la del Mediterráneo. La brisa que inundaba la habitación llegaba directamente del agua; casi parecía traer consigo la fragancia y el hedor de Europa y el murmullo de la voz de Yves. Eric se recostó, con una especie de tristeza tranquila, consolado por la canción de Bessie y contemplando a Cass.

El sol le envolvía el pelo dorado, recogido en lo alto de la cabeza, y le caía sobre la frente en tirabuzones juveniles un poco demasiado ingenuos e incongruentes, pero que le suavizaban el rostro, que había sido siempre de una osedad descarnada y frágil. Tenía una fina red de arrugas alrededor de los ojos y el sol mostraba que se había maquillado demasiado. Eso, y algo indefiniblemente doloroso en la línea de la boca y el mentón mientras se hallaba silenciosamente en el bar mirando hacia abajo, le dieron a Eric la sensación de que Cass comenzaba a marchitarse, a hacerse quebradiza. Algo helado la había tocado.

—¿Quiere ginebra, vodka, *whisky*, cerveza o tequila? —preguntó Cass, sonriendo.

Aunque la sonrisa era sincera, revelaba cansancio. No tenía el encanto travieso que recordaba Eric. Y alrededor del cuello había pequeñas arrugas que él no había observado anteriormente.

«Nos estamos volviendo viejos», pensó.

—Creo que será mejor que tome *whisky* —dijo—. La ginebra se me sube muy pronto a la cabeza, y no sé lo que nos deparará esta tarde.

—¡Oh, qué perspicaz es este Eric! ¿Y qué *whisky*?

—En París, cuando pedimos *whisky*, lo que no me atreví a hacer durante mucho tiempo, nos referimos siempre al escocés.

—A usted le gustaba París, ¿verdad? Tenía que gustarle, pues ha estado allí mucho tiempo. Hábleme de él.

Preparó dos bebidas y fue a sentarse a su lado. A lo lejos se oía el teclear de una máquina de escribir.

Es un camino largo y viejo —cantaba Bessie—, *pero voy a encontrar un final*.

—No parece tan largo —dijo Eric— ahora que estoy de vuelta. —Se sentía muy tímido, pues cuando Cass había dicho «A usted le gustaba París» había pensado inmediatamente: «Yves está allí»—. París es una gran ciudad, una ciudad hermosa y... ha sido muy buena para mí.

—Lo veo. Parece usted mucho más feliz. Hay una especie de luz a su alrededor.

Lo dijo muy directamente, con una sonrisa apenada y conspiradora, como si conociese la causa de su felicidad y se alegrase por él.

Eric bajó la vista, pero volvió a levantarla.

—Es el sol —dijo, y ambos rieron. Luego añadió, irreprimiblemente: —Era muy feliz allí.

—¿Pero no se fue porque ya no seguía siendo feliz?

—No. —Bessie cantaba: *Y cuando llegue a él voy a estrechar la mano de un amigo*—. Un tipo que conozco y cree poseer grandes facultades psíquicas —bebió el *whisky* sonriendo—, francés, me convenció de que podía llegar a ser un gran astro si volvía a la patria y actuaba en esa obra. Y yo no tengo valor para oponerme a lo que ordenan las estrellas, y mucho menos para discutir con un francés.

—Yo no sabía —rió Cass— que a los franceses les diera por esas cosas. Creía que eran muy lógicos.

—La lógica francesa es muy sencilla. Todo lo que hacen los franceses es lógico porque lo hacen los franceses. Ésa es la ventaja realmente irrefutable que tiene la lógica francesa sobre todas las otras.

—Comprendo —y Cass volvió a reír—. Supongo que usted leyó la obra antes de que su amigo consultara con las estrellas. ¿Es un buen papel?

—Es el mejor papel que haya interpretado nunca.

Volvió a oír, brevemente, la máquina de escribir. Cass encendió un cigarrillo, ofreció otro a Eric y se lo encendió también.

—¿Se va a establecer aquí o se propone volver a París?

—No he hecho planes para volver. Mucho, quizás todo, depende de lo que suceda con esta obra.

Cass sintió el retraimiento de él y adoptó su tono:

—Me gusta ir a presenciar los ensayos. Le haría café y otras cosas parecidas. Eso me daría la sensación de que había contribuido a su triunfo.

—Porque está usted segura de que va a ser un triunfo. ¡Qué Cass maravillosa! Supongo que es un hábito que adquieren las esposas de los grandes hombres.

Llorando y lamentándome, cayendo las lágrimas en la tierra.

La atmósfera entre ellos se espesó un poco, no obstante, mientras pensaban por qué había dejado él que su carrera en Nueva York se retrasase durante tanto tiempo. Luego Eric se permitió recordar la noche del estreno y pensó: «Yves estará allí». Esa idea le exaltó y le hizo sentirse seguro. No se sentía seguro en aquel momento, sentado allí a solas con Cass; no se había sentido seguro desde que había desembarcado. Sus oídos anhelaban el sonido de los pasos de Yves a su lado; hasta que oyera ese ritmo todos los demás sonidos carecían de sentido. *Llorando y lamentándome, cayendo las lágrimas en la tierra.* Para él borraba todos los otros rostros el brillo cegador de la ausencia de Yves. Miraba a Cass con el deseo de hablarle de Yves, pero no se atrevía a hacerlo, no sabía cómo comenzar.

—¡Las esposas de los grandes hombres, ciertamente! —exclamó Cass—. Cómo me gustaría refutar ese mito literario.

—Miró a Eric gravemente mientras bebía su *whisky* sin saborearlo al parecer. *Cuando llegué al final estaba muy angustiada*—. Parece usted muy seguro de sí mismo.

—¿De veras? —Eric estaba profundamente sorprendido y complacido—. No me siento muy seguro de mí mismo.

—Lo recuerdo a usted antes de que se fuera. Era muy desdichado entonces. Todos nos preguntábamos, yo me preguntaba, qué sería de usted. Pero ahora no es desdichado.

—No —y se ruborizó bajo la mirada escrutadora de Cass—, ya no me siento desdichado. Pero todavía no sé qué va a ser de mí.

—Lo que hará usted es desarrollarse. Eso es lo que ha hecho. —Volvió a dedicarle su sonrisa extrañamente íntima y triste—. Es muy agradable verlo a

usted, es muy... envidiable. No envidio a muchas personas. No he envidiado a *ninguna* durante mucho tiempo.

—Es sumamente gracioso que me envidie a mí.

Eric se levantó del sofá y se dirigió a la ventana. Tras él, bajo el fuerte lamento de la música, se hizo un silencio profundo. También Cass tenía algo de qué hablar, pero no quería saber qué era. «No puedes confiar en nadie, es como si estuvieras sola». Mirando fuera de la ventana, Eric preguntó:

—¿Cómo estaba Rufo... cerca del final? —Un instante después se volvió y miró a Cass—. No me proponía preguntarle eso, pero supongo que necesito realmente saberlo.

El rostro de Cass, a pesar del flequillo que lo suavizaba, adquirió una expresión reservada y contemplativa. Frunció los labios y contestó:

—Ya le dije algo en mi carta. Pero yo no sabía cuáles eran sus sentimientos en aquel momento y no consideré oportuno agobiarlo. —Dejó el cigarrillo y encendió otro—. Era muy desdichado... como usted sabe. En realidad, no teníamos mucha intimidad con él. Vivaldo lo conocía mejor que... *nosotros*, en todo caso —Eric sintió una curiosa punzada de celos: ¡*Vivaldo!*—. No lo veíamos con mucha frecuencia. Se complicó mucho con una muchacha del sur, una muchacha de Georgia...

*Encontré a mi amigo perdido hacía largo tiempo,
¡pero habría sido lo mismo que me hubiera quedado en casa!*

—No me dijo usted eso.

—No. Él no era muy bueno. Le pegaba mucho...

Eric se quedó mirando a Cass fijamente, sintiendo que palidecía, recordando más cosas que las que deseaba recordar, sintiendo su esperanza de seguridad amenazada por fuerzas interiores invencibles y anónimas. Recordaba la cara de Rufo, sus manos, su cuerpo y su voz, y la humillación constante.

—¿Le pegaba? ¿Por qué?

—¿Quién sabe? Porque era del sur, porque era blanca. No sé. Porque él era Rufo, muy feo, y ella una muchacha bonita, acaso un poco patética.

—¿Ya ella le gustaba que le pegase? Quiero decir... ¿a algo que había en ella le gustaba? ¿Le gustaba que la envilecieran?

—No lo creo. Realmente no lo creo. Bueno, quizás tengamos todos algo que se complace en ser envilecido, pero no creo que la vida sea tan sencilla.

No confío en todas esas fórmulas... Para decir la verdad, creo que ella quería a Rufo, le quería realmente, y deseaba que Rufo la amara.

—¡Qué anormal puede llegar a ser uno!

Eric terminó su bebida. Un leve gesto divertido cruzó por el rostro de Cass.

—De todos modos, el asunto fue de mal en peor y a ella la internaron finalmente en una institución.

—¿Quiere decir en un manicomio?

—Sí.

—¿Dónde?

—En el sur. Su familia vino a buscarla.

—¡Dios mío! Continúe.

—Rufo desapareció durante mucho tiempo. Entonces fue cuando conocí a su hermana, pues vino a vernos, en su busca... y volvió una vez y... él murió.

Abrió una mano huesuda, que en seguida cerró en un puño. Eric volvió a la ventana y dijo:

—Una muchacha del sur.

Sentía un dolor muy sordo y muy distinto. Todo parecía haber sucedido hacía mucho tiempo, en aquel tiempo jadeante, tembloroso, helador y ardiente. El dolor era ahora distante porque había sido apenas soportable entonces. No lo podía recordar porque se había convertido en parte de él. Sin embargo, la fuerza de ese dolor, aunque disminuida, no había desaparecido: de nuevo aparecía ante él el rostro de Rufo, aquel rostro oscuro con aquellos ojos negros y aquellos labios curvos y gruesos. Luego saltaban de su escondite sus otros rostros, el rostro astuto y engatusador del deseo, el rostro remoto del deseo satisfecho. Durante un segundo vio el rostro de Rufo mirando fijamente a la muerte, y vio su cuerpo descendiendo por el aire al agua, al agua que se extendía ante él en aquel momento. El viejo dolor se retiró al hogar que se había hecho en él, pero otro dolor, sin hogar todavía, comenzó a golpearle el corazón... no por primera vez; se abriría una entrada algún día y se quedaría con él para siempre. Bessie cantaba:

Deténla. No dejes entrar aquí a la tristeza.

Me sacude en la cama, no puedo sentarme en mi silla.

—Permítame que le prepare otra bebida —dijo Cass.

—Muy bien. —Ella recogió su vaso, y mientras se dirigía al bar, él añadió: —Usted estaba enterada de lo nuestro, supongo. Sospecho que todos

lo sabían, aunque nosotros creíamos que éramos muy astutos. Y, por supuesto, él siempre tenía muchas muchachas a su alrededor.

—Bueno, también las tenía usted. Recuerdo vagamente que en algún momento usted pensaba casarse.

Eric tomó su vaso y se puso a pasear por la habitación.

—Sí. No he vuelto a acordarme de ella durante mucho tiempo. —Se detuvo e hizo una mueca agria—. Es verdad, tenía a unas pocas muchachas a mi alrededor. Apenas recuerdo sus nombres. —Y al decir eso los nombres de dos o tres viejas amigas relampaguearon en su memoria—. No he pensado en ellas durante años. —Fue al sofá y se sentó. Cass le observaba desde el bar—. Quizás —añadió penosamente— las tenía a mi alrededor a causa de Rufo, para tratar de probarnos algo a él y a mí mismo.

La sala se oscurecía y Bessie cantaba:

La tristeza no me deja tranquila. Ronda alrededor de mi casa, dentro y fuera de la puerta de entrada.

Luego la aguja del tocadiscos raspó sin objeto durante un segundo y el disco terminó. La atención de Eric se había enganchado en el recuerdo de aquellas muchachas no amadas, pero tampoco enteramente indeseadas. Volvía a percibir su contextura y su olor y se sentía bruscamente asombrado porque no había pensado en ese lado de sí mismo durante tanto tiempo. La culpa la tenía Yves. Esa idea le llenó de un resentimiento horrible e involuntario: recordaba las aventuras hostiles de Yves con las muchachas del Barrio Latino y St. Cermain—des—Prés. Esas aventuras no habían afectado a Eric porque evidentemente no afectaban a Yves. Pero ahora, soberbiamente, como un buzo que vuelve a la superficie, su terror ascendía, desnudo, a la superficie de su mente: perdería a Yves allí. Eso sucedería allí. Y él no tendría mujer ni tampoco tendría a Yves. Comenzó a hormiguearle la carne y sintió que comenzaba a sudar.

Se volvió y sonrió a Cass, quien se había acercado al sofá y sentado, muy quieta, a su lado en la oscuridad. Ya no le observaba. Tenía las manos entrelazadas en el regazo y se hallaba sumida en sus propios pensamientos.

—Ésta es una buena reunión —dijo Eric.

Cass se levantó, sonriendo, y se sacudió un poco.

—¿Lo es, verdad? Comenzaba a preguntarme dónde están los niños; ya deberían estar en casa. Y quizás será mejor que encienda las luces. —

Encendió una lámpara situada cerca del bar. El agua y las luces a lo largo del agua brillaban más suavemente, lo que indicaba la noche inminente—. Voy a despabilar a Ricardo.

—Yo no sabía que fuera tan fácil sentirse uno en su elemento otra vez.

Cass le lanzó una mirada rápida y preguntó:

—¿Es eso bueno?

—No lo sé todavía.

Estaba a punto de decir algo más, algo acerca de Yves, pero oyó que la puerta del estudio de Ricardo se abría y cerraba. Se volvió para mirar a Ricardo cuando entraba en la sala; tenía un aspecto muy apuesto y juvenil.

—¡Así que por fin te tenemos de vuelta! Me han dicho que en la Shubert Alley han arrebañado hasta el último centavo. ¿Cómo estás, viejo bastardo?

—Estoy bien, Ricardo, y me alegro de verte. —Se abrazaron, brevemente, a la manera norteamericana, extrañamente truncada y encogida, y en seguida se separaron para mirarse mutuamente—. Me han dicho que vendes más libros que Frank Yerby.

—Mejor, pero no más. —Miró a Cass—. ¿Cómo te sientes nenita? ¿Cómo va ese dolor de cabeza?

—Eric ha empezado a hablarme de París y me he olvidado de él. ¿Por qué no vamos a París? Creo que nos sentaría muy bien.

—Sentaría muy bien también a nuestra cuenta del banco. No dejes que este expatriado piojoso venga a trastornarte la cabeza. —Fue al bar y se sirvió una bebida—. ¿Has dejado por allí muchos corazones destrozados?

—Se mostraban muy reservados al respecto. Esos siglos de urbanidad significan algo, ¿sabes?

—Eso es lo que me decían cuando estuve allí. Pero no parecía significar mucho fuera de pobreza, corrupción y enfermedad. ¿Cómo te fue?

—Me gustaba. Por supuesto, no estaba en el ejército.

—¿Te gustan los franceses? Yo no podía soportarlos. Me parecían todo lo feos y falsos que se puede ser.

—A mí no me parecían así. Pueden ser bastante exasperantes, pero, ¡qué diablos!, me gustaban.

—Está bien. Claro que tú eres mucho más paciente que yo. ¿Cómo anda tu francés?

—*Du trottoir*... de la calle, pero fluido.

—¿Lo aprendiste en la cama?

Eric se ruborizó. Ricardo le miró y rió.

—Sí. La verdad es que sí.

Ricardo llevó su bebida al sofá y se sentó.

—Ya veo que los viajes no han mejorado tus costumbres. ¿Vas a quedarte aquí una temporada?

Eric se sentó en el sillón, frente a Ricardo.

—Bueno, tendré que quedarme aquí hasta que se estrene la obra. Pero después, ¿quién sabe?

—¡Brindemos por que tenga éxito! —y Ricardo levantó su vaso—. ¡Ojalá dure más que *El camino del tabaco*!

Eric se estremeció y replicó:

—No conmigo en ella, amigo. —Bebió y encendió un cigarrillo. Comenzaba a sentir cierto temor e ira familiares—. Háblame de ti, ponme al día.

Pero al decir eso se dio cuenta de que no le importaba lo que había hecho Ricardo. Se limitaba a mostrarse cortés porque Ricardo estaba casado con Cass. Se preguntaba si había sentido siembre así. Quizás nunca había podido confesárselo. Quizás Ricardo había cambiado, ¿pero cambiaba la gente? Se preguntaba qué pensaría de Ricardo si lo conociera por primera vez. Y luego qué pensaría Yves de aquellas personas y lo que aquellas personas pensarían de Yves.

—No hay mucho que decir. Estás enterado de lo del libro. Tengo un ejemplar para ti, un regalo de bienvenida —Eso le habría alegrado si hubiera estado de regreso— dijo Cass.

Ricardo la miró sonriendo.

—Nada de sabotaje, por favor. —Y añadió a Eric—. A Cass todavía le gusta burlarse de mí. Estoy escribiendo otro libro. Hollywood puede comprar el primero y ya he conseguido algo en televisión.

—¿No hay nada para mí en la televisión?

—Ya está hecho el reparto. Lo siento. Probablemente no habríamos podido incluirte de todos modos.

Sonó el timbre de la puerta y Cass fue a abrir.

De pronto hubo una gran conmoción en la puerta y se oyeron sollozos y gritos, pero Eric no reaccionó hasta que vio el cambio en el rostro de Ricardo y oyó llorar a Cass. Ricardo y Eric se levantaron y los niños entraron en la sala. Miguel sollozaba y la sangre le goteaba de la nariz y la boca sobre la camisa de rayas rojas y blancas. Pablo estaba detrás de él, pálido y silencioso, con sangre en los nudillos y el rostro, desgarrada la camisa blanca.

—No pasa nada, Cass —se apresuró a decir Ricardo—, no pasa nada. No han muerto.

Miguel corrió hacia su padre y ocultó en su pecho la cara ensangrentada.

Ricardo miró a Pablo y le preguntó:

—¿Qué diablos ha sucedido?

Cass apartó a Miguel y le miró la cara.

—Vamos, hijo, déjame que te lave esa sangre y vea lo que tienes. — Miguel se volvió hacia ella, todavía sollozando y asustado—. Ven, querido, no te pasa nada, cállate, ven.

Miguel salió llevado por la mano temblorosa de Cass y Ricardo miró a Eric por encima de la cabeza de Pablo. Luego preguntó a éste:

—Vamos, ¿qué ha pasado? ¿Os habéis metido en una pelea o le has pegado?

Pablo se sentó y juntó las manos.

—No sé realmente qué ha pasado. —Estaba a punto de llorar; su padre esperaba—. Habíamos estado jugando a pelota y nos preparábamos para volver a casa; no hacíamos nada, sino bromear y caminar. Yo no miraba mucho a Mike, que venía detrás con algunos amigos suyos. Luego unos negros, unos muchachos negros, han venido por la colina y han gritado algo; yo no podía oír lo que gritaban. Lino de ellos me ha echado la zancadilla al pasar y han empezado a pegar a los pequeños y nosotros hemos corrido para impedirlo. —Miró a su padre—. Nunca habíamos visto a ninguno de ellos, no sé de dónde han venido. Uno de ellos tenía a Mike en el suelo y le golpeaba, pero yo le he librado de él. —Miró su puño ensangrentado—. Creo que le he hecho tragar un par de dientes al negro.

—Bien hecho. ¿Y tú no te has lastimado? ¿Cómo te sientes?

Pablo temblaba.

—Me siento bien.

—Levántate. Ven aquí, déjame que te examine.

Pablo se levantó y se acercó a su padre, que se arrodilló y le examinó la cara, le punzó suavemente en el vientre y el pecho y le acarició el cuello y el rostro.

—Te han hecho un buen tajo en la mandíbula, ¿verdad?

—Mike está peor que yo.

Pero de pronto se echó a llorar. Ricardo frunció los labios y tomó a su hijo en sus brazos.

—No llores, Pablo. Ahora todo ha terminado.

Pero Pablo no podía contenerse.

—¿Por qué han hecho eso, papá? ¡Nunca los habíamos visto antes!

—A veces... a veces el mundo es así, Pablo. Debéis tener cuidado con esa clase de gente.

—¿Es porque ellos son negros y nosotros somos blancos? ¿Es ése el motivo?

Ricardo y Eric volvieron a mirarse. Ricardo contestó:

—El mundo está lleno de personas de todas clases y a veces se hacen cosas terribles unas a otras, pero... no es ése el motivo.

—Algunos negros son muy buenos —dijo Eric— y otros no lo son tanto... como los blancos, algunos de los cuales son amables y otros terribles.

Pero le pareció que lo que había dicho no era muy convincente y se arrepintió de haber hablado.

—Estas cosas suceden cada vez con más frecuencia últimamente —dijo Ricardo— y, francamente, de buena gana renunciaría al Tío Sam y entregaría la isla a los malditos indios, pues no creo que se hayan propuesto nunca que seamos felices aquí. —Lanzó una risita seca y de nuevo volvió su atención a Pablo—. ¿Reconocerías a alguno de esos muchachos si lo volvieras a ver?

—Creo que sí —contestó Pablo. Dejó de llorar y se secó los ojos—. Creo que reconocería a uno de ellos, al que he pegado. Cuando ha comenzado a salirle sangre de la nariz y la boca parecía tan... fea contra su piel...

Ricardo lo observó un momento.

—Vamos adentro para que te laves y veamos qué le sucede al viejo Miguel.

—Miguel no puede pelear, ¿sabes?, y los chicos la toman siempre con él.

—Bueno, vamos a tener que hacer algo al respecto. Tendrá que aprender a pelear. —Se dirigió a la puerta, con el brazo en el hombro de Pablo, y, volviéndose hacia Eric, añadió: —Dispón de todo a tu gusto. Volveremos dentro de unos minutos.

Y salió con Pablo de la habitación.

Eric escuchó las voces de los niños y de sus padres, confusas.

—Todos los niños intervienen en peleas —dijo Ricardo—. No le demos al asunto demasiada importancia.

—Pero ellos no han intervenido en una pelea. Les han atacado, lo que no es lo mismo, me parece.

—Cass, no hagamos las cosas peores de lo que son.

—Sigo creyendo que debemos llamar al médico. Nosotros no sabemos nada del cuerpo humano. ¿Cómo podemos saber si no hay algo roto o que sangra dentro? Suele suceder que la gente se cae muerta dos días después de un accidente.

—Está bien, está bien, no te pongas histérica. ¿Quieres asustarlos?

—No me pongo histérica, y tú deja de hacerte el Peñón de Gibraltar. No formo parte de tu público. ¡Te conozco!

—¿Qué significa eso?

—Nada. Nada. ¿Haces el favor de llamar al médico?

Se oyó la voz de Miguel, aguda y llena de un terror infantil.

—Ésa es la cosa más tonta que he oído nunca —dijo Cass en otro tono y con gran autoridad—. Por supuesto nadie va a venir aquí mientras tú duermes. Mamá y papá están aquí y también Pablo. —La voz de Miguel volvió a interrumpirla—. Muy bien, no vamos a salir.

—No vamos a salir esta noche —dijo Ricardo— y Pablo y yo te vamos a enseñar algunas tretas para que los chicos no vuelvan a molestarte. Cuando las hayas aprendido, esos tipos te tendrán miedo. En cuanto te vean llegar huirán levantando una nube de polvo.

Eric oyó la risa insegura de Miguel. Luego oyó el sonido del teléfono al marcar, la voz de Ricardo y el sonido del timbre cuando Ricardo colgó el aparato.

Ricardo entró en la sala y dijo:

—Creo que después de todo no vamos a ir al centro contigo. Lo siento. Estoy seguro de que los niños están bien, pero Cass quiere que los vea el médico y tenemos que esperar a que venga. De todos modos no creo que los debamos dejar solos esta noche. —Le quitó a Eric el vaso de la mano—. Permíteme que te lo vuelva a llenar. —Fue al bar; no estaba tan tranquilo como aparentaba—. ¡Esos negritos bastardos! Podían haber matado al niño. ¿Por qué diablos no se pelean entre ellos?

—¿Le han pegado muy fuerte a Miguel?

—Bueno... le han aflojado uno de los dientes y le han hecho sangrar por la nariz, pero sobre todo lo han asustado mucho. Gracias a Dios que Pablo estaba con él. —Guardó silencio un momento—. ¡No sé, todo este barrio, toda esta ciudad, pueden irse al diablo! Le repito a Cass que deberíamos mudarnos, pero ella no quiere. Quizás esto la haga cambiar de opinión.

—¿Que cambie de opinión acerca de qué? —preguntó Cass.

Se acercó a la mesa baja colocada delante del sofá, cogió sus cigarrillos y encendió uno.

—De que salgamos de la ciudad —contestó Ricardo, quien la observaba mientras hablaba, y lo hizo demasiado tranquilamente, como si se dominara.

—No me opongo a que nos mudemos. En lo que no hemos podido ponemos de acuerdo es respecto al lugar adónde vamos a ir.

—No nos hemos puesto de acuerdo en eso porque lo único que has hecho ha sido poner objeciones a todos los lugares que sugiero. Y como no has hecho contrasugerencias, saco la conclusión de que en realidad no deseas mudarte.

—¡Oh, Ricardo! Lo que pasa sencillamente es que no me atraen mucho esas colonias literarias de las que deseas que formemos parte.

Los ojos de Ricardo se pusieron tan negros como las aguas profundas.

—A Cass no le gustan los escritores —le dijo a Eric—, al menos si se ganan con ello la vida. Cree que los escritores no deben dejar de sufrir hambre y de recorrer los prostíbulos como nuestro buen amigo Vivaldo. Ése es un muchacho excelente, realmente responsable y artista. Pero todo el resto de nosotros, los que tratamos de amar a una mujer y de mantener una familia y de hacer alguna fortuna..., somos prostitutas.

—Yo nunca he dicho tal cosa —replicó Cass, pálida.

—¿No? Hay muchas maneras de decir cosas como ésa. Lo has dicho un millar de veces. ¿Crees que soy tonto, querida? —Se volvió otra vez hacia Eric, que estaba cerca de la ventana y deseaba huir de allí—. Si ella estuviera liada con un tipo como Vivaldo...

—¡No metas a Vivaldo en esto! ¿Qué tiene que ver?

Ricardo rió de manera sorprendentemente alegre, y repitió:

—Si ella estuviera liada con un tipo como ése quizás no oiría tantos lamentos. ¡Oh, qué martirio! ¡Y cómo le gusta a ella! —Bebió un trago y cruzó la habitación hacia Cass—. ¿Y sabes por qué? ¿Quieres saber por qué? —Hubo un silencio y ella levantó sus enormes ojos para encontrar los de él—. Porque eres exactamente como todas las otras norteamericanas. Quieres un tipo al que puedas compadecer, le amas mientras está desamparado. Luego puedes *poner manos a la obra*, como te gusta decir, puedes *ayudarle*. ¡Ayudarle! —Echó hacia atrás la cabeza y rió—. Después, un buen día, el tipo siente frío entre las piernas y busca lo que le falta y descubre que ella se ha ayudado a sí misma y lo ha guardado en el armario de la ropa blanca. —Terminó su bebida y bruscamente contuvo el aliento. Su voz cambió y se hizo casi tierna con el pesar—. Así son las cosas, ¿verdad, querida? Ya no me quieres como me querías en otro tiempo.

Cass parecía terriblemente cansada; parecía que se le había aflojado la piel. Puso levemente una mano en el brazo de Ricardo y dijo:

—No, las cosas no son así. —Una especie de furia la sacudió y las lágrimas asomaron a sus ojos— No tienes derecho a decirme esas cosas; me estás culpando de algo con lo que nada tengo que ver en absoluto —Ricardo

tendió la mano para tocarle el hombro, pero ella se apartó—. Es mejor que se vaya, Eric; esto no puede ser muy agradable para usted. Discúlpennos, por favor, ante Vivaldo e Ida.

—Puedes decirles que los Silenski, este matrimonio modelo, han tenido su pelea dominical —dijo Ricardo, con el rostro muy pálido, jadeando y mirando a Cass.

Eric dejó su bebida cuidadosamente. Deseaba correr.

—Les diré que tienen que quedarse en casa a causa de los niños.

—Dile a Vivaldo que lo tome como una advertencia. Esto es lo que sucede si se tienen hijos, es lo que sucede si se consigue lo que se desea... Lo siento, Eric. No nos proponíamos someterte a una tarde melodramática. Vuelve a vernos, por favor. No hacemos esto siempre, realmente no lo hacemos. Te acompañaré hasta la puerta.

—No ha pasado nada. Ya soy mayor y comprendo. —Eric se acercó a Cass y le estrechó la mano—. Me alegro de haberla visto.

—Yo también me alegro de haberle visto a usted. No deje que toda esa luz se apague.

Eric rió, pero aquellas palabras lo helaron.

—Procuraré mantenerla encendida —dijo.

Él y Ricardo fueron a la puerta del vestíbulo. Cass se quedó en el centro de la sala. Ricardo abrió la puerta.

—Hasta la vista, muchacho. ¿Podemos llamarte por teléfono? ¿Tiene Cass tu número?

—Sí. Y yo tengo el vuestro.

—Muy bien. Te veremos pronto.

—Seguramente. Adiós.

—Adiós.

La puerta se cerró tras Eric. Estaba de nuevo en el corredor anónimo, rodeado por puertas cerradas. Sacó el pañuelo y se secó la frente, pensando en los millones de disputas que se libraban detrás de las puertas cerradas. Llamó al ascensor. Llegó, manejado por otro hombre más viejo que comía un bocadillo. Y se encontró otra vez en la calle. La larga manzana de casas en que vivían Cass y Ricardo estaba silenciosa y vacía en aquel momento, esperando la noche. Llamó un taxi en la avenida y se dirigió en él hacia el centro.

Su destino era un bar situado en el extremo oriental del Village que, hasta recientemente, sólo había sido uno de tantos bares de barrio. Pero ahora se especializaba en *jazz* y a veces funcionaba como un escaparate para talentos o

personalidades más jóvenes, pero no completamente noveles o desconocidos. Anunciaba la atracción corriente en una pequeña ventana un cartelón escrito a mano; Eric recordó el nombre de un batería que él y Rufo habían conocido años antes y que probablemente no lo recordaría; en la ventana había también recortes de diarios y revistas que elogiaban las virtudes heterodoxas del lugar.

Lo heterodoxo, en consecuencia, llenaba la sala, que era muy pequeña y de techo bajo, con un mostrador en un lado y mesas y sillas al otro. En el extremo más lejano del bar la sala se ensanchaba y dejaba espacio para más mesas y sillas y un pasillo muy estrecho llevaba a las otras habitaciones y la cocina; y en ese espacio más ancho, en ángulo con la habitación, había un tablado para los músicos, pequeño y muy empinado.

Eric llegó durante un intermedio. Los músicos saltaban del tablado, se secaban la frente con grandes pañuelos y se dirigían a la puerta de la calle, que quedaría abierta durante unos diez minutos. En la sala hacía un calor terrible y el ventilador eléctrico colocado en el centro del techo no contribuía a aliviarlo. La sala hedía a años de polvo, aire viciado, alcohol regurgitado, cocina, orina, sudor y lujuria. La gente se amontonaba alrededor del mostrador, pegajoso y brillante, y parecía mucho más feliz que los músicos, que habían huido a la acera. La mayoría de las personas sentadas a las mesas no se habían movido y parecían muy jóvenes: los muchachos con camisetas deportivas y pantalones de algodón y las muchachas con blusas sueltas y faldas anchas...

En la acera los músicos descansaban juntos, todavía abanicándose con los pañuelos, los rostros vagamente alerta, sin hacer caso de los mendigos ocasionales ni del policía que iba de un lado a otro con los labios fruncidos y los ojos llenos de innumerables sospechas y temores.

Eric deseaba no haber ido. Temía ver a Vivaldo, temía encontrarse con Ida, y comenzaba a sentirse, en medio de aquella chusma sofocante, insoportablemente raro y visible, insoportablemente extraño. No era una sensación nueva, pero no la sentía desde hacía mucho tiempo; se sentía marcado, como si un momento después alguien fuera a advertir su presencia y toda aquella chusma se fuera a volver contra él para reírse e insultarlo. Pensó en marcharse, pero en vez de hacer eso se abrió paso hasta el mostrador y pidió una bebida. No tenía idea de cómo se las arreglaría para encontrar a Ida o Vivaldo. Se imaginaba que tendría que esperar a que ella comenzara a cantar. Pero, quizás, ellos le buscarían también, guiándose por su cabeza pelirroja.

Tomó su bebida, incómodamente cerca de un estudiante corpulento, desagradablemente empujado por un mozo que llenaba su bandeja junto a él. Y comenzaba, ciertamente, a atraer una atención disimulada; no parecía norteamericano exactamente, y se preguntaban a qué nacionalidad podía pertenecer.

Los vio antes de que ellos lo vieran. Algo le hizo volverse y mirar a través de la puerta a la acera; Ida y Vivaldo, moviendo mucho las manos, conversaban con los músicos. Ida llevaba un vestido blanco ceñido y escotado, y se cubría los hombros con un chal de colores vivos. En el dedo índice de una mano llevaba el anillo en forma de culebra con ojos de rubí, y en la muñeca de la otra un grueso brazalete de plata. Su cabello estaba peinado hacia atrás desde la frente y formando un alto moño en la cabeza, y brillaba como una corona. Era mucho más hermosa que Rufo y, con excepción de una tensión bellamente dolorosa y azogada alrededor de la boca, podía no haberle recordado a Rufo. Pero ese detalle, que él conocía tan bien, le llamó la atención inmediatamente, lo mismo que otro detalle, más difícil de ubicar por el momento. Reía por algo que decía uno de los músicos, echando la cabeza hacia atrás, y la luz se reflejaba en sus gruesos pendientes de plata. Eric sintió un golpeteo en el pecho y entre sus omoplatos mientras miraba al metal centelleante y a la muchacha que reía. Se sintió de pronto atrapado en un sueño del que no podía despertar. Los pendientes eran pesados y arcaicos y sugerían la forma de una flecha emplumada. «A Rufo no le gustaban realmente». En aquella época, hacía siglos, cuando habían sido gemelos, Eric se los había dado como una confesión de su amor, pero Rufo apenas se los ponía. Sin embargo, los había conservado, y allí estaban, transformados, en el cuerpo de su hermana. El estudiante corpulento, mirando directamente hacia adelante, pareció tocar a Eric con la rodilla. Eric se apartó un poco del mostrador y se acercó a la puerta, para que ellos pudieran verle cuando miraran en esa dirección.

Siguió tomando su bebida, y los otros en la acera semi a oscuras. Eric observaba a Vivaldo y aprovechaba aquellos momentos para recordarlo. Vivaldo parecía más radiante que en otro tiempo y menos infantil. Seguía siendo muy delgado, muy enjuto, pero parecía tener más peso. En el recuerdo de Eric, Vivaldo siempre asentaba uno de los pies ligeramente, como un potro desconfiado, dispuesto a echar a correr en cualquier momento; pero ahora asentaba los dos pies firmemente en la tierra y ya no tenía ese aspecto espantado, husmeante y de res mostrenca. O quizás no lo había perdido por completo: sus ojos negros se lanzaban de un rostro a otro mientras hablaba y

escuchaba, investigando, pesando, observando y ocultando más de lo que revelaban. La conversación tomó un giro más lúgubre. Uno de los músicos trajo a colación el tema del dinero, de los sindicatos, y, haciendo un gesto hacia el lugar donde estaba Eric, de las condiciones de trabajo. Los ojos de Vivaldo se oscurecieron, se le inmovilizó el rostro y lanzó una rápida mirada a Ida. Ella miraba al músico, que hablaba con una expresión orgullosa y severa.

—Por lo tanto, es mejor que lo vuelva a pensar, muchacha —concluyó el músico.

—Ya lo he pensado —replicó Ida, bajando la vista, y se tocó uno de los pendientes.

Vivaldo le tomó la mano y le besó ligeramente en la punta de la nariz.

—Bueno —dijo otro músico—, ya es hora de que entremos.

Se volvió, entró en el bar y dijo «Discúlpeme» al pasar junto a Eric. Ida le dijo algo al oído a Vivaldo y él la escuchó con el ceño fruncido. Le caía el pelo sobre la frente, por lo que echó hacia atrás la cabeza con violencia y expresión de fastidio. Y vio a Eric.

Durante un momento se quedaron mirándose. Otro músico, al entrar en el bar, pasó entre ellos. Luego Vivaldo dijo:

—¡Así que estás aquí! No creía realmente que fuera cierto, no creía que hubieras vuelto.

—Pero estoy aquí —respondió Eric, sonriendo—. ¿Qué opinas?

Vivaldo levantó de pronto los brazos y se echó a reír, y el policía se movió directamente detrás de él, con el ceño fruncido, esperando, al parecer, una señal oculta. Vivaldo recorrió el espacio que le separaba de Eric y le abrazó. Eric casi dejó caer el vaso que tenía en la mano, pues Vivaldo le hizo perder el equilibrio; sonrió en respuesta a la sonrisa de Vivaldo, y entretanto se daba cuenta de que detrás de Vivaldo Ida observaba inescrutablemente y el policía esperaba.

—¡Endiablado rebelde pelirrojo! —exclamó Vivaldo—. ¡No has cambiado nada! ¡Cristo, cómo me alegra verte! ¡No tenía ni idea de que me alegraría tanto!

Soltó a Eric y retrocedió, olvidado, al parecer, de la tormenta que estaba creando. Arrastró a Eric fuera del bar, a la calle, adonde estaba Ida.

—Aquí está el camastrón del que hemos hablado tanto, Ida. Éste es Eric, el último ser humano que salió de Alabama.

El policía pareció hacerse una idea poco clara e incluso sospechosa de todo aquello y, dejando de esperar una inspiración oculta, atisbó

imperativamente en el bar. La señal que recibió hizo que se apartara un poco lentamente. Pero Vivaldo estaba radiante, como si Eric fuera su orgullo y su alegría, y volvió a decir a Ida, mirando a Eric:

—Ida, éste es Eric; Eric, te presento a Ida.

Y tomó las manos de ambos y las unió. Ida estrechó la mano de Eric, le miró a los ojos y dijo:

—Eric, creo que he oído hablar de usted más que de cualquier otro ser humano viviente. Me alegro mucho de conocerle, se lo aseguro. Había llegado a la conclusión de que no era usted más que un mito.

El contacto de su mano impresionó a Eric, lo mismo que sus ojos y su cordialidad y su belleza.

—También a mí me complace conocerla. Usted no puede haber oído hablar más de mí, no puede haber oído hablar *mejor* de mí, que lo que he oído yo hablar de usted.

Cada uno de ellos mantuvo la mirada del otro durante un segundo, Ida todavía sonriente, llevando toda su belleza como una gran reina lleva su vestimenta —y estableciendo la misma distancia entre ellos—; y luego uno de los músicos fue a la puerta y dijo:

—Ida, el hombre dice que venga si ha de venir.

—Vamos, síganme —contestó Ida—. Habrán reservado una mesa para nosotros en alguna parte del fondo. —Tomó a Eric del brazo—. Me hacen un favor al dejarme actuar. Nunca he cantado en público hasta ahora. Por lo tanto, no puedo contrariarlos.

—Ya ves —dijo Vivaldo detrás de ellos—, has desembarcado a tiempo para asistir a un gran acontecimiento.

—Debías haberle dejado a él decir eso —observó Ida.

—Estaba a punto de hacerlo, créame —declaró Eric.

Se abrieron paso entre la gente hasta el espacio algo más amplio del fondo. Allí se detuvo Ida, miró a su alrededor y preguntó a Eric:

—¿Qué les ha sucedido a Ricardo y Cass?

—Me han pedido que los excuse. No podían venir porque uno de sus hijos está enfermo.

Al decir eso sintió Eric un ligero estremecimiento de deslealtad para con Ida, como si ella se mezclara en su pensamiento con los niños negros que habían atacado a Pablo y Miguel en el parque.

—¡Tenía que ser hoy! —suspiró Ida.

Pero parecía que, en realidad, no la afectaba mucho. Sus ojos siguieron escrutando a la multitud y volvió a suspirar, con un suspiro de resignación

personal. Los músicos estaban preparados y se hacían tentativas para acallar a la gente. Apareció un mozo y los acomodó en una mesita colocada en un rincón cerca del tocador de señoras y tomó nota de lo que querían. Ahora que estaban atrapados en aquel lugar, el calor malsano comenzó a elevarse del piso y a descender del techo.

Eric no escuchaba realmente la música, no podía hacerlo; se quedaba fuera de él por completo, como una agitación secundaria en el aire. Observaba a Ida y a Vivaldo, sentados frente a él y con los perfiles vueltos hacia los músicos. Ida los miraba con un conocimiento inteligente y sardónico, como si los hombres que estaban en el tablado estuviesen transmitiendo un mensaje que ella les había ordenado transmitir; pero Vivaldo inclinaba ligeramente la cabeza y miraba al tablado con una especie de desafío torcido e inseguro, como si se iniciara una guerra entre él y los músicos, una guerra que tenía que ver con la categoría, el color y la autoridad. Él e Ida se mantenían muy quietos, muy derechos, sin tocarse, como si ante aquel altar les estuviera prohibido todo contacto.

Los músicos sudaban en el tablado como caballos, tocaban ruidosa y malamente, con una especie de desprecio atolondrado, y durante el primer número no lograron ponerse de acuerdo en nada. Esto no influyó, por supuesto, en los aplausos, que fueron fuertes, entusiastas y prolongados. Sólo Vivaldo no aplaudió. El batería, que de vez en cuando había paseado la mirada entre Ida y Vivaldo, volvió a inclinar la cabeza sobre el tambor, registró el silencio de Vivaldo con una mueca ancha y burlona e hizo un gesto a Ida.

—Ahora le toca a usted —dijo—. Suba aquí y vea qué puede hacer para civilizar a esos demonios. —Y lanzando una mirada a Eric y Vivaldo, añadió: —Creo que ya ha podido adquirir usted bastante práctica.

Ida le miró a los ojos con una sonrisa indescifrable, pero que tenía algo de vengativa. Aplastó el cigarrillo, se ajustó el chal y se levantó con gravedad.

—Me alegro de que crea que estoy preparada —dijo, y añadió, dirigiéndose a Vivaldo: —Mantén los dedos cruzados para que me vaya bien, querido.

Y subió al tablado. No la anunciaron. Habló unas pocas palabras con el pianista y se acercó al micrófono. El pianista tocó los primeros compases, pero la gente no se dio por aludida.

—Comencemos de nuevo —dijo Ida con voz fuerte y clara.

Las cabezas se volvieron para mirarla y ella les devolvió tranquilamente la mirada. La única señal de su agitación estaba en sus manos, que tenía

fuertemente entrelazadas delante de ella retorciéndose así; pero no lloraba.

Alguien dijo con un fuerte cuchicheo:

—Es la hermana del muchacho.

Había gotas de sudor en la frente y la nariz de Ida, y le temblaba una pierna. El pianista comenzó otra vez y ella tomó el micrófono como si se ahogara, y de pronto cerró los ojos:

Tú

me hiciste abandonar mi hogar feliz.

Tomaste mi amor y ahora te has ido,

en vista de que me enamoré de ti.

No era una cantante todavía. Y si se la había de juzgar por la voz, baja, ronca y de limitado registro, nunca lo sería. Sin embargo, tenía algo que hizo que Eric levantara la vista y que en la sala se hiciera el silencio; y Vivaldo miraba a Ida como si nunca la hubiera visto hasta entonces. Lo que le faltaba de facultad vocal, y de habilidad por el momento, lo compensaba con una cualidad tan misteriosa e implacablemente egocéntrica que nadie podía denominarla. Esta cualidad implica un sentido del yo tan profundo y tan potente que no tanto salta barreras como las reduce a átomos, dejándolas, no obstante, donde están; y este sentido terrible es personal, incognoscible, inarticulable, y tiene que ver, literalmente, con alguna otra cosa; transforma, arrasa, da vida y mata.

Terminó su primer número y el aplauso fue aturdido y esporádico. Ida miró a Vivaldo y se encogió de hombros ligera e infantilmente. Y ese gesto le reveló a Eric por algún motivo cuán desesperadamente se la podía amar, cuán desesperadamente Vivaldo estaba enamorado de ella. El del tambor inició un número que resultó ser una canción que Eric nunca había oído:

Betty le dijo a Dupree

que quería un anillo de diamante.

Y Dupree contestó: Betty,

te conseguiré a lo más alguna cosa vieja.

—¡Dios mío! —murmuró Vivaldo—. ¡Ha estado trabajando!

Su tono implicaba inconscientemente que él no había trabajado y contenía un resentimiento inconsciente. Y eso hizo que Eric pensara en sí mismo.

Tampoco él había trabajado durante largo tiempo; no había hecho más que practicar un poco. La culpa era de Yves; eso era lo que se había dicho, ¿pero era cierto? Contemplaba el rostro blanco y apasionado de Vivaldo y se preguntaba si no pensaría que no había trabajado a causa de Ida, quien, no obstante, no le había permitido que él la distrajera. Allí estaba ella, en el tablado, y a menos que todas las señales fueran falsas, y por duro y largo que fuera el camino, estaba en su camino. Ida cantaba:

*Dale a mamá mis ropas,
dale a Betty mi anillo de diamante.
Mañana es viernes,
el día en que me van a ahorcar.*

Ella y los músicos comenzaban a disfrutar mutuamente y a incitarse mutuamente mientras se lanzaban a través de aquella canción de codicia, traición y muerte; e Ida había creado en la sala una atmósfera y una excitación nuevas. Incluso el calor parecía menos intolerable. Los músicos tocaban para ella como si fuera una vieja amiga de vuelta y el orgullo que les inspiraba restablecía el orgullo por ellos mismos.

El número terminó e Ida descendió del tablado sudorosa y triunfante, mientras los aplausos estallaban como espuma alrededor de sus oídos. Fue a la mesa, miró a Vivaldo sonriendo y con un pequeño gesto interrogante y, de pie, tomó su bebida. La llamaron para que volviera. El batería se inclinó y la subió al tablado y los aplausos continuaron. Eric se dio cuenta de un cambio en la atención de Vivaldo. Le miró a la cara, que estaba más tempestuosa que nunca, y siguió su mirada. Vivaldo miraba a un hombre bajo y rechoncho con el pelo rizado y rostro infantil que estaba en el extremo del mostrador y contemplaba a Ida. Sonrió y saludó con la mano e Ida movió la cabeza. Vivaldo volvió a mirar al tablado, con los ojos contraídos y los labios fruncidos y un aire de torva especulación.

—Tu amiga ha encontrado a alguien —dijo Eric.

—Eso le viene de casta —replicó Vivaldo. Su tono no era amistoso, como si sospechara que Eric se mofaba de él; y así se refirió oblicuamente a Rufo, con la intención de humillar a Eric. Pero en seguida se aplacó—. Ella va a ser terrible, y yo voy a tener que comprar un bate de béisbol para mantener alejados a todos esos gatos hambrientos.

Sonrió y volvió a mirar al hombre bajo del mostrador.

Ida se acercó al micrófono y anunció:

—Esta canción es en memoria de mi hermano. —Vaciló y miró a Vivaldo —. Murió un poco antes del Día de Acción de Gracias, el año pasado.

Hubo un murmullo en la sala. Alguien dijo triunfalmente:

—¿No te lo había dicho?

Se oyeron algunos aplausos esparcidos, probablemente para el difunto Rufo, y el batería inclinó la cabeza y dio unos golpes extrañamente irreverentes en el borde del tambor: *¡tac, tac, tac!*; *¡tac, tac, tac!*; *¡tac, tac, tac!*

Ida cantó:

*Amado Señor, toma mi mano,
guíame, sostenme.*

Tenía los ojos cerrados y la negra cabeza sobre el largo cuello negro echada hacia atrás. En su rostro aparecía algo que no había en él anteriormente, una especie de ira y angustia apasionadas y triunfantes. Su cuerpo fino, sensual y de movimientos vivos se hallaba en aquel momento completamente inmóvil, como si estuviera dispuesto a una comunión más total que la que podía soportar la carne; y un extraño escalofrío recorrió la sala, juntamente con un extraño resentimiento. Ida no sabía qué gran ejecutante tenía que llegar a ser antes de que pudiera atreverse a poner de manifiesto a sus oyentes, como hacía en aquel momento, sus temores y dolores personales. Después de todo, su hermano no había significado nada para ellos, o no había significado lo que significaba para ella. No deseaban ser testigos de su dolor, sobre todo porque sospechaban vagamente que ese dolor contenía una acusación contra ellos, una acusación que justificaba su desasosiego. En consecuencia, soportaban su canción, pero se mantenían fuera de ella; y, no obstante, al mismo tiempo, la arrogancia y la inocencia misma de la ofrenda de Ida conquistaba su admiración.

*¡Escucha mi lamento, escucha mi llamada,
tómame de la mano para que no caiga,
amado Señor!*

El aplauso fue raro, no enteramente involuntario ni completamente espontáneo, sino más bien prudente, en reconocimiento de una fuerza en la que no se podía confiar del todo pero que había que observar ciertamente. Los

músicos se mostraban ahora jubilosos y vigilantes al mismo tiempo, como si Ida se hubiese convertido bruscamente en su propiedad. El batería le ajustó el chal y le dijo:

—Está usted sudando; no vaya a resfriarse.

Y cuando se retiraba del tablado, el pianista se levantó y la besó ceremoniosamente en la frente. El del contrabajo exclamó:

—¡Qué diablos, digámosle a la gente su nombre!

Tomó el micrófono y dijo:

—Damas y caballeros, han escuchado ustedes a la señorita Ida Scott. Es su primera... *exposición* —y se secó la frente irónicamente. El público rió—. Pero no será la última. —Se renovaron los aplausos, esta vez con más espontaneidad, pues el auditorio había recuperado su papel de juez y otorgador—. Hemos presenciado un acontecimiento histórico.

Esta vez el público, en un paroxismo de autofelicitación, aplaudió, gritó y vitoreó.

—Bueno —dijo Vivaldo, tomando las manos de Ida entre las suyas—, parece que has hallado el camino.

—¿Estás orgulloso de mí? —preguntó Ida, y agrandó los ojos y frunció los labios de una manera un poquitín sardónica.

—Sí, pero siempre me siento orgulloso de ti.

Ida rió y le besó rápidamente en la mejilla.

—Mi querido Vivaldo, no has visto nada todavía.

—Desearía —dijo Eric— agregar mi voz al coro general de satisfacción y agradecimiento. Ha estado usted bien, realmente bien.

Ida le miró. Sus ojos seguían siendo muy grandes y algo que vio en su mirada le produjo a Eric la sensación de que le tenía aversión. Ahuyentó ese pensamiento como si hubiese ahuyentado una mosca.

—No lo hago bien todavía, pero lo haré —dijo Ida; levantó las dos manos y se tocó los pendientes.

—Son muy bellos sus pendientes —declaró Eric.

—¿Le gustan? Mi hermano encargó que me los hicieran... poco antes de morir.

—Yo conocí un poco a su hermano. Lo sentí mucho cuando me enteré de... su muerte.

—Muchos, muchos lo sintieron. Era un hombre muy bueno, un artista muy grande. Pero tuvo —y contempló a Eric con una insolencia cuidadosa y fría— algunas relaciones muy malas. Era de los que creen en lo que dice la gente. Si usted le decía a Rufo que le quería, él lo creía y se apegaba a usted

hasta la muerte. Yo trataba de decirle que el mundo no era así. —Sonrió—. Era mucho más amable que yo. No conviene ser demasiado amable en este mundo.

—Eso puede ser cierto. Pero usted parece... parece muy amable conmigo.

—Es porque no me conoce. ¡Pregúnteselo a Vivaldo!

Se volvió hacia Vivaldo y le tomó del brazo.

—Tengo que pegarle de vez en cuando —respondió Vivaldo—, pero, por lo demás, es excelente. —Tendió la mano hacia el hombre bajo que en aquel momento se hallaba detrás de Ida—. ¡Hola, señor Ellis! ¿Qué le trae por aquí?

Ellis enarcó las cejas exageradamente y levantó las palmas de las manos.

—¿Qué quiere que me traiga? Tenía un deseo indomitable de ver las Sammy's Bowery Follies.

Ida se volvió, sonriendo, apoyada todavía en Vivaldo.

—¡Dios mío! Le vi en el mostrador, pero no me atrevía a creer que fuera usted.

—Pues lo era, y usted lo sabe. —La miraba con una tremenda admiración—. Es usted una joven extraordinaria. Siempre lo he creído, debo decirlo, pero ahora lo he visto. Dudo de que se dé cuenta de la gran carrera que le espera.

—Tengo que recorrer un camino terriblemente largo, señor Ellis. Me queda mucho por aprender.

—Si alguna vez deja de pensar así, yo le ayudaré personalmente. —Miró a Vivaldo—. No me ha llamado usted, y eso no me parece muy amable por su parte.

Vivaldo reprimió la réplica agresiva que tenía en la lengua y dijo, suavemente:

—Es que no creo que tenga mucho porvenir en la televisión.

—¡Oh, qué falta abismal de imaginación! —Y preguntó, dirigiéndose a Ida: —¿Puede usted hacer algo con este hombre suyo? ¿Por qué insiste en pasar inadvertido?

—La verdad es —dijo Ida— que la última vez que alguien le cambió la manera de pensar a Vivaldo fue la última vez que le cambiaron los pañales. Y desde entonces ha pasado mucho tiempo. —Y se frotó la mejilla contra el hombro de Vivaldo—. Yo no soñaría con tratar de cambiarlo. Me gusta como es.

Había algo muy feo en el aire. Ida se asía a Vivaldo pero Eric se daba cuenta de que ahí había algo destinado a Ellis. Y Vivaldo parecía tener la

misma sensación. Se apartó ligeramente de Ida, recogió su bolso de la mesa —¿para dar a sus manos algo que hacer?— y dijo:

—Usted no conoce a nuestro amigo, que acaba de venir de París. Le presento a Eric Jones. Le presento a Steve Ellis.

Se estrecharon las manos.

—Conozco su nombre —dijo Ellis—. ¿Por qué?

—Es actor —explicó Ida—, y se presenta en Broadway en el otoño.

Vivaldo, entretanto, pagaba la cuenta. Eric sacó su cartera, pero Vivaldo le hizo desistir.

—He oído hablar de usted. He oído hablar mucho de usted. —Y Ellis contempló a Eric de arriba abajo apreciativamente—. Bronson lo ha contratado para *El paraíso de la caza*. ¿No es así?

—Así es —contestó Eric, que no sabía si simpatizaba o no con Ellis.

—Es una obra interesante —dijo Ellis, cautelosamente— y, por lo que he oído de usted, tendrá ocasión de lucirse. —Se volvió hacia Ida y Vivaldo—. ¿Puedo invitarles a beber un trago conmigo en algún bar solitario *con aire acondicionado*? Realmente —le dijo a Ida—, no creo que debiera usted habituarse a trabajar en estos infiernos. Terminaría muriendo de tuberculosis, como los toreros españoles, que están siempre demasiado calientes o demasiado fríos.

—Supongo que tenemos tiempo para beber *un* trago —dijo Ida, y miró con duda a Vivaldo—. ¿Qué opinas, querido?

—Ésta es tu noche —le contestó, y se dirigieron a la puerta.

—Me gustaría mezclar un *poco* de negocio con esa bebida —dijo Ellis.

—Me lo imaginaba —replicó Vivaldo—. Es usted un castor muy afanoso.

—Es el secreto de mi no despreciable éxito. —Y preguntó a Ida: —¿No me dijo usted ayer que vendrían Dick Silenski y su esposa?

Algo sucedió entonces en el rostro de Ida y en el de Vivaldo; en el de él un gesto de pánico y de pesar rápidamente encubiertos; en el de ella uno de advertencia violenta enseguida disimulada. Entraron en la calle ancha y cálida.

—Eric ha estado con ellos —dijo Ida con calma—. Ha sucedido algo y no han podido venir.

—Los niños han tenido una pelea en el parque —explicó Eric—. Unos muchachos de color les han golpeado. —Oyó que la respiración de Ida cambiaba y se dijo que era un bastardo—. Los he dejado esperando al médico.

—¡No me habías dicho eso! —exclamó Vivaldo—. ¡Dios mío! Tendré que llamarlos por teléfono.

—Tampoco a mí me lo ha dicho —confirmó Ida.

—No estaban muy mal heridos —aclaró Eric—. Sólo con las narices ensangrentadas. Pero han creído conveniente llamar a un médico para que los examinara y, por supuesto, no querían dejarlos solos.

—Les telefonaré tan pronto como llegemos al bar —dijo Vivaldo.

—Sí, querido —dijo Ida—, debes hacerlo. ¡Qué terrible que haya sucedido eso!

Vivaldo guardó silencio y dio un puntapié a una lata de cerveza que había en la acera. Se dirigían hacia el oeste a través de un oscuro desierto de viviendas, niños sucios, adolescentes mirones y personas mayores sudorosas.

—Cuando usted ha hablado de muchachos de color —preguntó Ida un momento después—, ¿ha querido decir que ése era el motivo de la pelea?

—No parecía haber ningún otro motivo —contestó Eric—. Nunca habían visto a esos muchachos hasta entonces.

—Me imagino que sería una especie de represalia por algo que otros muchachos les habrán hecho.

—Supongo que debe de ser eso.

Llegaron al parque lleno de gente al final de la Quinta Avenida. Eric no había visto el parque desde hacía muchos años, y la tristeza y el fastidio que le agobiaban aumentaron cuando comenzaron a atravesarlo. Allí estaban los árboles y los bancos y la gente y las negras sombras en el césped; el campo de juego de los niños, en aquel momento desierto, con los columpios, los toboganes y el montón de arena; y la oscuridad rodeando el lugar donde los desdichados que no tenían hijos se reunían para realizar sus tristes ritos. Su vida, toda su vida, se le subió a la garganta como bilis esa noche. El mar de los recuerdos le inundaba una y otra vez, y cada vez que se retiraba, otro Eric humillado quedaba retorciéndose en la arena. ¡Qué duro era ser despreciado! ¡Cuán imposible no despreciarse a sí mismo! Allí estaban los hombres pacíficos jugando al ajedrez a la luz de un farol. Del centro del parque llegaba un sonido de canto y de guitarras; se dirigieron ociosamente hacia allá; cada uno parecía esperar y temer la resolución de esa noche. Había mucha gente alrededor de la pequeña fuente; esa gente se dividía en pequeños grupos, cada uno de los cuales rodeaba a uno, dos o tres cantantes. Los cantantes, hombres y mujeres, llevaban *blue jeans* y el cabello largo y mostraban más entusiasmo que talento. Sin embargo, había algo muy atractivo, muy conmovedor en sus rostros frescos y sin arrugas, en sus ojos inexpresivamente brillantes e infantiles, y en sus voces no cultivadas y sinceras.

Cantaban como si al hacerlo pudieran lograr la codificación y la inmortalidad de la inocencia. Sus oyentes eran de otra clase, sin rumbo, vacíos y corrompidos, y estaban reunidos alrededor de la fuente de piedra sólo para que les consolara o inflamara el contacto y el olor de la carne humana. Y los policías, a la luz de las lámparas, describían círculos alrededor de ellos.

Ida y Vivaldo caminaban juntos, lo mismo que Eric y Ellis, pero todos ellos estaban lejos unos de otros. Eric sentía vagamente que debía tratar de conversar con el hombre que iba a su lado, pero no deseaba hacerlo; deseaba irse y temía irse. Ida y Vivaldo también se habían mantenido en silencio. Pero al pasar de un grupo de cantantes a otro, intermitentemente, entre canciones del oeste romantizadas y cantos religiosos de los negros, Eric oía sus voces. Y sabía que Ellis escuchaba también. Eso le obligó por fin a hablar con Ellis.

Oyó que decía Ida:

—... querido, no seas así.

—¿Quieres dejar de llamarme *querido*? Así es como llamas a todos esos miserables lameculos que vienen a husmear a tu alrededor.

—No debes hablar así.

—No te hagas la dama conmigo.

—¡No podré comprender nunca a los blancos, nunca, nunca! ¿Cómo podéis hablar de ese modo? ¿Cómo podéis esperar que los demás os respeten si no os respetáis a vosotros mismos?

—¡Oh! ¿Por qué diablos me habré liado con una negra? ¡Y yo no soy blanco!

—... ¡Te lo advierto! ¡Te lo advierto!

—... Tú eres la que empiezas. ¡Tú eres siempre la que empiezas!

—... sabía que te pondrías celoso. ¡Por eso lo hice!

—Has elegido una buena manera de evitar que me ponga... celoso, guapa.

—¿No podemos hablar de ello más tarde? ¿Por qué tienes que echarlo todo a perder siempre?

—¡Oh, seguramente, soy yo quien lo echa todo a perder!

Eric le dijo a Ellis:

—¿Cree usted que alguno de estos cantantes tiene porvenir en la televisión?

—En la televisión diurna, quizás —contestó Ellis, y rió.

—Es usted un hombre duro.

—Soy realista. Me imagino que todos procuran su propio provecho, ganar unos dólares, lo digan o no. Y nada malo hay en ello. Sólo que desearía que lo confesara más gente, eso es todo. La mayoría de las personas que creen

desaprobarme no me censuran de modo alguno. Lo que pasa es que desearían ser yo.

—Supongo que eso es cierto —dijo Eric, aburrido.

Se alejaron de la música.

—¿Ha vivido usted mucho tiempo en el extranjero? —preguntó Ellis, cortésmente.

—Unos tres años.

—¿Dónde?

—En París principalmente.

—¿Por qué fue? Un actor no tiene nada que hacer allí. Quiero decir un actor norteamericano.

—Hice un par de cosas para la televisión norteamericana. —Hacia ellos, por el sendero, avanzaban dos sodomitas relucientes y que hablaban en voz alta. Eric contrajo el vientre y miró directamente hacia adelante—. Y vi mucho teatro. No sé... pero fue muy conveniente para mí.

Las aves del paraíso pasaron, sus gritos roncós dejaron de oírse.

—Siempre me compadezco de personas como ésas —dijo Ida.

—¿Por qué ha de compadecerlas? —preguntó Ellis, sonriendo—. Se han encontrado el uno al otro.

Los cuatro se pusieron en fila e Ida tomó a Eric del brazo.

—Un par de mozos del lugar donde trabajo son así. ¡Y cómo los tratan algunas personas! Ellos me hablan del asunto, me lo dicen todo. Y me gustan, me gustan realmente. Son muy amables. Y, por supuesto, son muy buenos compañeros. Uno no tiene que preocuparse por ellos.

—Además no cuestan mucho —dijo Vivaldo—. Elegiré uno para ti la semana próxima y lo podrás tener en casa como un niño mimado.

—¿Es que hoy no puedo decir nada que te agrada?

—Deja de esforzarte por hacerlo. Ellis, ¿adónde nos lleva para beber ese trago de negocio mezclado con el placer?

—Reprima su entusiasmo. Ya estamos prácticamente allí.

Se alejaron del parque hacia la Calle Ocho y entraron en un bar situado escaleras abajo. Ellis era conocido allí, naturalmente; encontraron un reservado y pidieron las consumiciones.

—El *negocio* a que me he referido es muy sencillo —dijo Ellis mirando a Ida y Vivaldo—. He ayudado a otras personas y creo que puedo ayudar a la señorita Scott. Usted no está preparada todavía. Tiene que trabajar mucho y que aprender mucho. Y desearía que pasara por mi oficina una tarde de esta semana para que podamos hablar detalladamente del asunto. Tiene usted que

estudiar y trabajar, y que mantenerse viva mientras hace todo eso, y quizás yo pueda ayudarle a conseguirlo. —Miró a Vivaldo—. Y usted puede ir también si cree que trato de explotar a la señorita Scott de mala fe. ¿Se propone actuar como su agente?

—No.

—No tiene motivo alguno para desconfiar de mí; es, simplemente, que no simpatiza conmigo, ¿verdad?

—Sí —contestó Vivaldo tras un instante de vacilación—, supongo que es eso.

—¡Oh, Vivaldo! —exclamó Ida.

—Está bien. Siempre conviene saber a qué atenerse. Pero seguramente usted no va a permitir que ese... *prejuicio* se interponga en el camino de la señorita Scott.

—No se me ocurriría semejante cosa. De todos modos, Ida hace lo que quiere.

Ellis le contempló y luego miró brevemente a Ida.

—Bueno, eso es tranquilizador —dijo. Hizo una señal al mozo y le preguntó a Ida— ¿Qué día podremos hablar de ello? ¿El martes, el miércoles?

—El miércoles sería mejor —contestó Ida, vacilando.

—¿Alrededor de las tres?

—Sí, está bien.

—Convenido, entonces.

Tomó nota en su agenda y luego sacó su cartera, entregó al mozo un billete de diez dólares y le dijo:

—Sirva a estas personas todo lo que deseen. Es por mi cuenta.

—¿Se va usted ahora? —preguntó Ida.

—Sí. Mi esposa me mataría si no vuelvo a casa a tiempo para ver a los niños antes de ir al estudio. Nos veremos el miércoles. —Tendió la mano a Eric—. Me alegro de haberle conocido. Quizás algún día trabaje para mí. —Se dirigió a Vivaldo—. Adiós, genio. Siento no serle simpático. Acaso uno de estos días tenga que preguntarse por qué. No le conviene censurarme si no sabe cómo conseguir o cómo conservar lo que desea.

Se dio la vuelta y salió. Vivaldo observó cómo las cortas piernas subían las escaleras y salían a la calle. Se limpió la frente con el pañuelo húmedo, y los tres guardaron silencio durante un momento. Luego dijo Vivaldo:

—Voy a llamar a Cass.

Se levantó y se dirigió a la cabina telefónica del fondo.

—Tengo entendido —dijo Ida con cautela a Eric— que usted era un buen amigo de mi hermano.

—Sí, lo era. O al menos traté de serio.

—¿Tan difícil se le hacía ser su amigo?

—No, no he querido decir eso —y Eric trató de sonreír—. Estaba muy embebido en su música, era muy... él mismo. Yo era más joven entonces y acaso no siempre... le comprendiera.

Sentía sudor en los sobacos, en la frente y entre las piernas. Ida le miró desde una gran distancia.

—¡Oh! Quizás usted deseaba de él más de lo que podía darle. Muchas personas lo hicieron, hombres y mujeres. —Dejó que esas palabras colgaran entre ellos durante un instante—. Era enormemente atractivo, ¿verdad? Yo siempre pienso que ésa fue la razón de que muriera; era demasiado atractivo y no sabía cómo... cómo mantener alejada a la gente. —Tomó su bebida—. La gente no tiene misericordia. Le arrancan a uno un miembro tras otro en nombre del amor. Luego, cuando está muerto, cuando le han matado con lo que le han hecho sufrir, dicen que no tenía carácter. Lloran mucho, derraman lágrimas amargas, pero no por uno, sino por ellos, porque han perdido su juguete.

—Ésa es una manera terriblemente pesimista de ver el amor.

—Sé lo que digo. Eso es lo que quieren decir la mayoría de las personas cuando hablan del amor. —Sacó un cigarrillo y esperó a que él se lo encendiera—. Gracias. Usted no estaba aquí, usted nunca vio a la última amiga de Rufo, una terrible ninfómana de Georgia. Ella no quería soltarlo, aunque él intentó todos los medios de librarse de ella. Incluso pensó en huir a México. Lo retenía de tal modo que él no podía trabajar. Se lo juro, no hay nada como una persona blanca del sur, sobre todo una *mujer* sureña, cuando atrapa a un negro. —Lanzó una gran nube de humo sobre la cabeza de Eric—. Y ahora ella sigue viviendo, esa puerca blanca, y Rufo está muerto.

Eric dijo, con la esperanza de que Ida le escuchara realmente, aunque sabía que no o haría, que acaso no *podía* hacerlo:

—Espero que usted no crea que yo quería a su hermano de la manera terrible que describe. Creo que *éramos* realmente muy buenos amigos y... me impresionó mucho la noticia de su muerte. Estaba en París cuando lo supe.

—¡Oh, yo no le acuso! Usted y yo vamos a ser amigos. ¿No lo cree?

—Lo espero, ciertamente.

—Bueno, eso arregla el asunto en lo que a mí me concierne. —Sonrió, con los ojos muy abiertos—. ¿Qué hacía usted en París en ese momento?

—¡Oh!, trataba de desarrollarme.

—¿No podía haber hecho eso aquí? ¿O no quería?

—No lo sé. Era más divertido en París.

—Por supuesto. —Aplastó el cigarrillo—. ¿Y se ha desarrollado?

—Ya no sé si la gente lo hace.

—Ha dicho una gran verdad —rió Ida.

Vivaldo volvió a la mesa e Ida le preguntó:

—¿Y bien? ¿Cómo están los niños?

—Están bien. Cass parecía un poco aturdida, pero os envía recuerdos y espera veros pronto. ¿Nos vamos a quedar aquí, o qué vamos a hacer?

—Podemos cenar aquí —dijo Ida.

Vivaldo y Eric cambiaron una mirada rápida.

—No podrán contar conmigo —se apresuró a decir Eric—. Me han contratado y tengo que ir a casa y estudiar mi papel.

—Es muy temprano —insistió Ida.

—Pero acabo de desembarcar y estoy todavía vibrando. —Eric se levantó—. Tomaré un taxi.

—Bueno —dijo Ida, y miró humorísticamente a Vivaldo—, siento que el dueño y señor no esté de mejor humor. —Salió del reservado—. Tengo que ir a la habitación de la niña. Espérenme arriba.

—Lo siento —dijo Vivaldo mientras subían las escaleras que llevaban a la calle—. Yo me proponía pasar contigo esta noche y conversar de muchas cosas, pero creo que es mejor que nos dejes solos. ¿Comprendes, verdad?

—Comprendo, por supuesto. Te llamaré por teléfono la semana próxima.

Se quedaron en la acera contemplando a la gente que caminaba a la ventura.

—Debe de ser muy extraño para ti hallarte de vuelta. Pero supongo que no pensarás que ya no somos amigos, porque lo somos. Te estimo mucho, Eric. Quiero que lo sepas, para que no pienses que te dejo a un lado amablemente esta noche. Es que sucede una de esas cosas... —Miraba hacia afuera y parecía muy molesto—. A veces esa muchacha me pone de tal modo que no sé lo que hago.

—Sé algo acerca de eso. No te preocupes. —Tendió la mano, que Vivaldo estrechó durante un momento—. Te llamaré dentro de un par de días. ¿De acuerdo? Despídeme de Ida.

—Así lo haré, Eric. Que te vaya bien.

—Lo mismo te digo.

Eric se volvió y se encaminó hacia la Sexta Avenida, pero en realidad no sabía adónde iba. Sentía la mirada de Vivaldo en su espalda. Luego la gente que los separaba se tragó a Vivaldo.

En la esquina de la Sexta Avenida se quedó esperando y observando cómo cambiaban las luces del semáforo. Pasó un camión; miró la cara del conductor y sintió un terrible deseo de unirse a aquel hombre y viajar en el camión a dondequiera que fuera.

Pero cruzó la calle y siguió caminando hacia su apartamento. Era el lugar más seguro, el único lugar en que podía estar. Personas extrañas —le parecían extrañas en aquel momento, pero un día él podía ser otra vez una de ellas— pasaban por su lado con aquella mirada inefable, de soslayo y desesperada, pero él mantenía la vista fija en el pavimento. *Todavía no, tú no. Todavía no, todavía no.*



III

EL miércoles por la tarde en que Ida fue a ver a Ellis, Cass llamó a Vivaldo a la librería del centro de la ciudad en que trabajaba y le preguntó si podía invitarle a beber Cuando terminara su horario de trabajo. El sonido de la voz de Cass, rápida, baja y angustiada, tuvo el efecto de sacarlo bruscamente de su perplejidad. Le pidió que lo recogiese en la librería a las seis.

Cass llegó a la hora exacta, con un vestido de verano verde que la hacía parecer muy joven y un bolso de paja absurdamente grande. Llevaba el cabello peinado hacia atrás y le caía sobre los hombros. Y durante un momento, mientras atravesaba las puertas, empañada y definida al mismo tiempo por la luz fuerte, a Vivaldo le pareció la Cass de su adolescencia, hacía años. Entonces era la muchacha más bella y más rubia de la tierra. Y Ricardo era el hombre más grande y más apuesto.

Parecía muy excitada, parecía casi inflamada por alguna pasión oculta apenas reprimida. Sonrió a Vivaldo, y los dos se sintieron novicios e incómodos, y durante un momento él se dio cuenta vagamente del calor y el olor personales de ella.

—¿Cómo está usted, Vivaldo? Ha pasado mucho tiempo sin que nos hayamos visto.

—Así es. Y yo tengo la culpa. ¿Cómo le ha ido a usted?

Cass se encogió de hombros caprichosamente y levantó las manos como una niña.

—¡Oh, con altibajos! Más bien con bajos en este momento. —Recorrió la librería con la vista. La gente atisbaba en las estanterías como atisban los niños a los peces en un acuario—. ¿Está usted libre? ¿Puede salir ahora?

—Sí. La esperaba.

Se despidió de su patrón y salieron a la calle calurosa.

—¿Adónde vamos?

—Me es igual. A algún lugar con aire acondicionado. Y sin televisión. No me podría interesar menos el béisbol.

Se dirigieron hacia el este, como si ambos desearan alejarse lo más posible del mundo que conocían y sus responsabilidades en él. La presencia de las otras personas que pasaban por su lado, que caminaban hacia ellos, que salían bruscamente de los zaguanes y los taxis y que surgían de pronto en las esquinas, se entrometían penosamente en su silencio y parecían amenazar su conexión. Y cada hombre o mujer junto al que pasaban parecía llevar también una carga intolerable; sus vidas privadas gritaban desde sus rostros sudorosos y descontentos.

—En días como éste —dijo Cass de pronto— recuerdo, creo recordar, lo que era ser joven, *muy* joven. —Miró a Vivaldo—. Cuando todo era conmovedor y sabroso, cuando todo era tan nuevo, y hasta el sufrimiento era maravilloso porque era tan completo.

—El pasado siempre se ve de color de rosa, Cass. Yo no desearía volver a ser el joven que fui por nada del mundo.

Pero Vivaldo sabía lo que quería decir ella. Sus palabras le habían hecho olvidar durante un momento sus crueles visiones de Ida y Ellis. (—Me dijiste que no lo habías visto desde aquella reunión. —Fui a verlo una vez, sólo para hablarle de mi estreno—. ¿Por qué tenías que ir a verlo? ¿Por qué no le hablaste por teléfono? —No estaba segura de que me recordara si le hablaba por teléfono. Y no te lo dije porque sabía cómo te comportas—. No me importa lo que dices, nena; sé lo que él busca: sólo quiere conquistarte. — ¡Oh, Vivaldo! ¿Crees que no sé manejar a mocosos como ése? —E Ida le lanzó una mirada que Vivaldo no sabía cómo contestar y que parecía decir: «Mira cómo te manejo a ti»).

Pero ahora Vivaldo se recordaba a sí mismo a los quince o dieciséis años de edad, nadando en el oleaje de Coney Island, o en la piscina de su barrio; jugando a pelota en el campo de deportes, a veces con su padre; tendido en la cuneta después de una pelea callejera, vomitando, rogando que ningún enemigo aprovechara la ocasión para patearle la cabeza. Recordaba el temor de aquellos días, el temor a todo, encubierto con un tono burlón, defendido con las balas de las palabras sucias. Todo era por primera vez a los quince o dieciséis años. ¿Y cómo se llamaba ella? Zelda. ¿Podía ser cierto eso? En la azotea, en el verano, bajo las sucias estrellas de la ciudad.

Todo por primera vez en la época en que los actos no tenían consecuencias y nada era irreparable, y el amor parecía sencillo e incluso el

dolor tenía la dignidad de ser permanente; era inimaginable que el tiempo pudiera hacer algo para disminuirlo. ¿Dónde estaba ahora Zelda? Podía haberse transformado muy bien en la matrona de nalgas carnosas y cabello inverosímilmente rubio que se balanceaba sobre sus altos tacones delante de ellos en aquel momento. También ella, algún día y en alguna parte, había mirado y tocado todo por primera vez y sentido el aire estival en sus pechos como una bendición y se había entregado por primera vez.

¿Y qué estaba pensando Cass?

—¡Oh, no! —dijo, lentamente—. No quiero decir que desee volver a ser aquella muchacha infeliz. Sólo recordaba cuán diferente era entonces, cuán distinta de lo que soy ahora.

Vivaldo le pasó el brazo por los delgados hombros.

—Parece triste, Cass. Dígame qué le pasa.

Ella le guió a un bar oscuro y frío. El mozo los condujo a una mesita para dos, anotó lo que pedían y desapareció. Cass contempló el mantel y jugó con los cacahuets salados en el plato de material plástico rojo.

—Pues bien, para eso le he citado, para conversar con usted. Pero no es tan fácil. No estoy segura de saber lo que pasa. —Volvió el mozo y puso sus bebidas ante ellos—. No es cierto. Creo que sé lo que pasa.

Guardó silencio. Bebió nerviosamente y encendió un cigarrillo.

—Creo que es algo que se refiere a Ricardo y a mí —añadió por fin—. No sé qué va a ser de nosotros. Parece como si entre nosotros no existiera ya vínculo alguno. —Hablaba de una manera extraña y jadeante, casi como una colegiala y como si no creyera lo que decía—. O supongo que eso no es cierto, que hay muchas cosas entre nosotros, tiene que haberlas, pero ninguna de ellas parece funcionar. A veces... a veces creo que me odia... porque estamos casados, por los niños, por el trabajo que hace. Y otras veces sé que eso no es cierto, que no puede ser cierto. —Se mordió el labio inferior, aspiró fuertemente el cigarrillo y trató de reír—. ¡Pobre Vivaldo! Sé que tiene usted sus propias preocupaciones y no sabe qué hacer con la charla a tontas y a locas de una matrona madura y concentrada en sí misma.

—Ahora que usted lo menciona —dijo Vivaldo—, creo que usted está prácticamente decrepita. —Procuró sonreír; no sabía qué decir. Ida y Ellis, arrojados apresuradamente al fondo de su memoria, estaban, no obstante, dedicados vagamente a execrables violaciones de su propia masculinidad—. Eso parece en realidad una tormenta de verano. ¿No las tienen todos los casados?

—No sé realmente nada acerca de todos los casados. No estoy segura de saber nada acerca del matrimonio. —Cass volvió a beber, y añadió, inconexamente: —Quisiera poder emborracharme y salir por ahí y entenderme con un conductor de camión o un taxista o alguien que me tocara y me hiciera sentir otra vez como una mujer.

Ocultó el rostro con la mano huesuda y las lágrimas se le deslizaron entre los dedos. Con la cabeza baja buscó furiosamente en su absurdo bolso de paja y por fin sacó un pedacito de Kleenex, con el que se las arregló milagrosamente para sonarse la nariz y secarse los ojos.

—Lo siento —dijo—, pero he estado incubándolo demasiado tiempo.

—¿Qué ha estado incubando, Cass? Yo creía que usted y Ricardo se entendían bien.

Estas palabras le parecieron a Vivaldo duras e imprudentes. Pero conocía a Cass y a Ricardo desde hacía mucho tiempo y era demasiado joven cuando los conoció; nunca se había imaginado a Cass y a Ricardo como amantes. A veces, por supuesto, había visto a Cass moverse, y había comprobado que, aunque pequeña, era toda una mujer, con buenas piernas y bonitos pechos, y que sabía balancear su traserito; y a veces, observando la gran zarpa de Ricardo en la cintura de ella, se preguntaba cómo soportaba Cass su peso. Pero tenía la tendencia de todas las personas desorganizadas a suponer que las vidas de los demás eran más tranquilas, menos sensuales y más cerebrales que la suya. Y por primera vez tenía ahora la sensación de que Cass era una mujer apasionada que no había hecho más que sobrellevar un amorío legal, que se retorció en los brazos de Ricardo tan bella y desvergonzadamente como las mujeres con las que Vivaldo había soñado durante todos aquellos años.

—Supongo —añadió— que debo parecer un poco estúpido. Perdóneme.

Cass sonrió, como si hubiera leído sus pensamientos.

—No, no lo parece. Quizás yo también creyera que nos entendíamos. Pero nadie se ha entendido nunca. —Encendió otro cigarrillo y enderezó los hombros, dando vueltas lentamente, como venía haciendo desde hacía semanas, alrededor de alguna decisión terrible—. Me repito que eso es por la manera como han cambiado nuestras vidas, ahora que Ricardo se está haciendo famoso. Pero no es eso. Es algo que ha existido durante todo el tiempo. —Se puso muy seria y seca y miró a Vivaldo a través del humo de su cigarrillo achicando los ojos—. ¿Sabe?, yo solía contemplarlo a usted y todas sus horribles aventuras y compararlo con Ricardo y conmigo y pensaba cuán afortunados éramos. Él era... —vaciló y bajó la vista— el primer hombre que

he tenido, y yo era también para él su primera mujer, realmente la primera, en todo caso la primera muchacha que había *amado*.

Volvió a bajar la vista, como si el peso de la confesión fuera demasiado grande. Pero a ambos los unía el conocimiento de que lo que ella había comenzado a decir tenía que terminarlo.

—¿Y usted cree que ya no la ama?

Cass no respondió. Se cubrió la frente con la mano izquierda, en la que tenía el anillo, y se quedó mirando fijamente el plato de cacahuets como si en él estuviera oculta la solución de todos los enigmas. Las manecillas de su reloj de pulsera indicaban que eran las siete menos veinticinco. Ida habría dejado a Ellis hacía horas e ido a visitar a su maestro de canto. En aquel momento estaría en el restaurante, ocupando su puesto y con el uniforme, preparada para la actividad de la hora de la cena. Se imaginaba su rostro hermético y altivo al acercarse a una mesa, esgrimiendo su bloc de papel y su lápiz como si fueran una espada y un escudo. No habría estado mucho tiempo con Ellis, pues era un hombre muy ocupado. ¿Pero cuánto tiempo necesitaban esos tipos para hacer lo que desean, en plena tarde y en sus oficinas inviolables? Trató de concentrarse en Cass y sus preocupaciones. Quizás Ellis la había llevado a algún bar, quizás la había convencido para que no fuese a trabajar, y la había invitado a comer; quizás estaban juntos en aquel momento. ¿Dónde? Quizás Ellis la había convencido para que se encontrase con él a medianoche en un bar de gente de teatro, lugar en que a ella le convenía que la viesan con él. Pero no, a Ellis no le convenía que lo viesan con ella. Ellis era demasiado listo para eso, así como era demasiado listo para hacer comparaciones verbales entre su poder y el de Vivaldo. Pero no perdería la oportunidad de obligar a Ida a hacer esas comparaciones por su cuenta.

Se estaba afligiendo tontamente con sus temores y sus fantasías. Si Ida le amaba, Ellis y todo el gran mundo brillante carecían de importancia. Si ella no le amaba, no había nada que él pudiera hacer al respecto, y cuanto más pronto terminara todo entre ellos tanto mejor sería. Pero sabía que las cosas no eran tan sencillas y que no era sincero. Ella podía muy bien amarle y, no obstante —se estremeció y tragó su bebida—, estar gimiendo en algún diván de cuero bajo el peso de Ellis. Su amor por él de ningún modo mitigaría la fuerza de su decisión de llegar a ser una cantante, de seguir la carrera que en aquel momento parecía tan a su alcance. Vivaldo incluso podía ver la verdad de la afirmación amorosa y vehemente de ella de que era él, su amor, lo que le había dado valor para comenzar. Eso no le alegraba, pues esa afirmación contenía para sus oídos la sugerencia de que su papel había terminado y que

lo estaba ensuciando todo al no salir oportunamente de escena. Sacudió la cabeza. Dentro de media hora... no, de una hora, llamaría al restaurante.

—¡Oh, Cass! —se oyó decir a sí mismo—, desearía poder hacer algo para ayudarla.

Cass sonrió y le tocó la mano. Las manecillas de su reloj de muñeca no se habían movido.

—Gracias —dijo ella, muy seria—. No sé si Ricardo me sigue o no queriendo. Ya no me ve, no me ve. No me ha tocado... —Levantó los ojos hacia los de Vivaldo y por el rostro le rodaron dos lágrimas; no hizo nada para contenerlas—. No me ha tocado desde hace no sé cuánto tiempo. Yo nunca he sido muy agresiva; nunca he tenido que serlo.

—Se secó las lágrimas con el dorso de la mano. —Estoy en aquella casa como... como una ama de casa. Cuido de los niños, preparo las comidas, limpio las cosas y respondo las llamadas telefónicas... y él no me ve. Está siempre *trabajando*. Está siempre ocupado con gestiones con... con Ellis, supongo, y con su agente y todas esas personas horribles. Quizás está enojado conmigo porque no me gustan mucho esas personas y no puedo evitarlo—. Contuvo el aliento, encontró más Kleenex y volvió a hacer milagros con ello. —Al comienzo bromeaba un poco a cuenta de ellos. No lo sigo haciendo, pero sospecho que es demasiado tarde. Sé que son importantes, pero no puedo evitarlo, no creo que su trabajo sea serio. Quizás Ricardo tenga razón. Dice que soy una fachendosa de Nueva Inglaterra y una matadora de hombres, pero Dios sabe que no me propongo serlo y... no creo que la obra de Ricardo sea buena y él no me lo perdona. ¿Qué voy a hacer?

Se llevó las dos manos a la frente, bajó la vista y comenzó a llorar otra vez. Vivaldo miró cautelosamente a su alrededor. Nadie les observaba. De pronto eran las siete menos cuarto. Inhábilmente preguntó:

—¿Han hablado de esto usted y Ricardo?

—No. No hemos hecho más que pelearnos. Parece que ya no podemos conversar el uno con el otro. Yo sé que la gente dice que en el matrimonio llega un momento en que se extingue todo menos el compañerismo, pero *no puede ser* que se refieran a eso, al menos no tan pronto. ¡No lo tolero!

La violencia extraordinaria de su voz hizo que algunas cabezas se volvieran hacia ellos. Él le tomó las manos, sonriendo, y le dijo:

—Cálmese, amiga mía, cálmese. Y permítame que la invite a otra copa.

—Eso me vendría bien.

La bebida que tenía delante era casi toda agua, pero la terminó. Vivaldo hizo seña al mozo para que les sirviera otra ronda.

—¿Sabe Ricardo dónde está usted ahora?

—No... sí. Le dije que iba a beber una copa con usted.

—¿A qué hora espera que vuelva?

Cass vaciló:

—No sé. Dejé la cena en el horno. Le dije que no volvería a tiempo para darles la comida a los niños y a él. Se limitó a gruñir un poco y se metió en su estudio. —Encendió un cigarrillo; parecía desesperada y distante y Vivaldo sabía que había en su pensamiento más de lo que decía—. Pero supongo que tendré que volver. O quizás vaya al cine.

—¿Le gustaría cenar conmigo?

—No, no tengo ganas de comer. —El mozo llegó con las bebidas y Cass esperó hasta que se fue—. Ricardo está un poco celoso de usted.

—¿De mí? ¿Por qué está celoso de mí?

—Porque usted puede llegar a ser un verdadero escritor. Y él nunca lo será, y lo sabe. Y en eso está todo el engorro. —Hizo esa declaración con la máxima frialdad, y Vivaldo comenzó a comprender, por primera vez, lo difícil que tenía que ser ahora para Ricardo entenderse con una mujer como Cass—. ¡Qué diablos! No me importaría si no supiera *leer*.

—Sí, le importaría. No puede evitarlo.

—Si no supiera leer, podría aprender. Yo podría enseñarle. Pero no me importa que sea escritor o no. Él es el único que ha soñado con serlo. —Hizo una pausa y se quedó pensativa. Luego añadió: —Es hijo de un carpintero, el quinto hijo de un carpintero que vino de Polonia. Quizás por eso la cosa sea tan importante. Hace cien años habría sido como su padre e instalado un taller de carpintería. Pero ahora le ha dado por ser escritor y ayuda a Steve Ellis a vender convicciones y lisonjas. —Arrojó con furia el cigarrillo—. Y ni él ni ningún otro de esa pandilla puede decir qué diferencia hay entre ellos. —Encendió inmediatamente otro cigarrillo—. No me entienda mal; no tengo nada contra Ellis ni contra ninguna de esas personas. Son norteamericanos corrientes que tratan de progresar. Y lo mismo es Ricardo, supongo.

—Y lo mismo es Ida.

—¿Ida?

—Creo que ha ido a verlo. Sé que tenía una cita con Ellis esta tarde. Él ha prometido ayudarla... en su carrera.

Y Vivaldo sonrió heladamente. Cass se echó a reír de pronto y exclamó:

—¡Dios mío! ¿No somos un maravilloso par de estúpidos? Estamos aquí, en este lugar oscuro, llenos de compasión hacia nosotros mismos y de alcohol, mientras nuestros amantes están en el mundo real, viendo a personas

reales, haciendo cosas reales, obteniendo triunfos reales... ¿Son reales? ¿Lo son?... A veces me despierto por la noche con esa pregunta en la mente y recorro la casa y voy a ver a los niños. No quiero que ellos sean *así*. No quiero que sean como yo, tampoco. —Desvió la cara y se quedó mirando desamparadamente a la pared. Con el cabello dorado caído y toda la preocupación que expresaba su rostro parecía increíblemente joven—. ¿Qué voy a hacer?

—Siempre he creído —se aventuró a decir Vivaldo— que era más fácil para las mujeres.

Cass se volvió y le miró; ya no parecía tan joven.

—¿Qué era más fácil?

—Saber qué hacer.

Cass echó hacia atrás la cabeza y rió:

—¡Oh, Vivaldo! ¿Por qué?

—No lo sé. Los hombres tienen que pensar en muchas cosas. Las mujeres sólo tienen que pensar en los hombres.

—¿Y qué hay de tan fácil en eso?

—¿No lo es? Creía que lo era.

—Vivaldo, ¿si los hombres no saben lo que sucede, lo que hacen, adónde van... qué van a hacer las mujeres? ¿Si Ricardo no sabe qué clase de mundo desea, cómo voy a ayudarlo? ¿Qué les voy a decir a nuestros hijos?

La pregunta quedó flotando en el aire entre ellos; perezosamente (eran las siete y diez) despertaba en él ecos del tono de Ida y de los ojos de Ida cuando se peleaban. «¡Oh, todos vosotros, los muchachos blancos, me dais náuseas! Quieres averiguar lo que está sucediendo, amiguito, y lo único que tienes que hacer es cumplir tus obligaciones».

¿Había en toda aquella ira una súplica?

—Le invito a otra copa.

—Sí. Quiero ir a casa, o a hacer lo que quiera que vaya a hacer, un poquito embriagada. Discúlpeme un momento.

Señaló vivamente al mozo, recogió su gran bolso y se dirigió al lavabo de señoras.

«Lo único que tienes que hacer es cumplir tus obligaciones». Vivaldo se quedó aislado por el susurro vago y la música sin sentido del bar, y recordó los errores y equivocaciones de su vida con Ida, de los que, en el momento, había culpado a ella. Su primera disputa se había producido alrededor de un mes después de haber ido ella a vivir a su casa, en abril. Su madre le había llamado, un domingo por la tarde, para recordarle una fiesta de cumpleaños

que se realizaría a la semana siguiente en honor de su hermano menor, Stevie. Su madre suponía que él no deseaba ir, que trataría de eludir la fiesta, y eso hizo que su voz, antes de que él pudiera decir algo, fuese quejosa. Eso no lo podía soportar él, lo que hizo su tono cortante y hostil. Y allí estaban, la mujer anciana y asustada y su hijo maduro, representando su drama de jardín de infancia. Ida, en la cocina, observaba y escuchaba. Vivaldo, observándola, se echó a reír de pronto y antes de que se diera cuenta de lo que decía preguntó:

—¿Tienes inconveniente en que lleve a una amiga?

Y al decir eso sintió que Ida se ponía tensa y mostraba una ira concentrada.

—Si es una buena muchacha —respondió su madre—. Ya sabes que nos gusta conocer a tus amistades.

Vivaldo se arrepintió inmediatamente, pues veía con la imaginación el rostro perplejo de su madre, sabía que se preguntaba por qué su hijo mayor le causaba, y parecía desear causarle, tanta pena. Al mismo tiempo se daba cuenta del ominoso susurro de Ida en la cocina.

—Es una muchacha excelente —dijo, sinceramente. Luego vaciló mientras lanzaba una mirada furtiva a Ida. No sabía cómo decir: «Mamá, es una muchacha de color», pues sabía que su madre, ¿y quién podía culparla?, deduciría que aquello no era sino otra tentativa por su parte de escandalizar y humillar a su familia—. Quiero que las dos os conozcáis un día, lo quiero realmente.

Y esto parecía totalmente insincero. Vivaldo pensaba: «Supongo que voy a tener que decírselo, voy a tener que obligarles a aceptarlo». Y en seguida: «¡Oh, qué diablos! ¿Por qué?». Volvió a mirar a Ida. Fumaba un cigarrillo y hojeaba una revista.

—Bueno —dijo su madre, en tono de duda más que de buena voluntad, aunque a su manera, de satisfacer el deseo de su hijo—, procura traerla a la fiesta. Vendrán todos y preguntarán por ti, ya que no te vemos desde hace mucho tiempo. Sé que tu padre te echa mucho de menos aunque nunca dice una palabra, y también te echa de menos Stevie, y todos nosotros, Danny.

En su casa le llamaban Danny.

Todos: su hermana y su cuñado, su hermano y sus padres, los tíos, tías y primos y el resultante miasma de compasión, malignidad, recelo y temor. La charla de la gente acerca de personas que no tenían realidad para él, la conversación acerca de dinero, las enfermedades de los niños, las cuentas del médico, los embarazos, las infidelidades improbables y desagradables entre nulidades y neutros en el vacío, la obstrucción de la alcantarilla, sucias

anécdotas infantiles y el chismorreo insensato sobre política. En realidad todos ellos deberían seguir viviendo en los establos con los caballos y las vacas y no deberían hablar de asuntos que no comprendían. Vivaldo se aborrecía a sí mismo por la sinceridad de sus reflexiones y le desconcertaba, como siempre, el carácter particular y peligroso de su injusticia.

—Muy bien —dijo, para contener la charla de su madre.

Ella le decía que su padre volvía a padecer trastornos estomacales. «¡Al diablo los trastornos estomacales! —pensaba— Lo que pasa es que ya no le queda un trocito de hígado sano. Uno de estos días va a rociar esas paredes con todo lo que tiene dentro, ¡y qué hedor. Dios mío!». —¿Vas a traer a tu amiga?

—No lo sé. Ya veré.

Se imaginaba a Ida con todos ellos. Él, solo, ya era bastante malo; él solo ya les angustiaba y asustaba bastante. Ida los sometería a una especie de histeria muda y Dios sabía lo que diría su padre bajo la impresión de que él ponía a sus anchas a la muchacha negra.

Más charla de su madre; era como si cada uno de sus contactos con Vivaldo fuera tan breve y tan amenazado que se tratase de establecer en pocos minutos una comunión que no se había realizado durante años.

—Iré —dijo Vivaldo—. Adiós —y colgó el teléfono.

Sin embargo, él quería a su madre, en otro tiempo, la seguía queriendo, los quería a todos. Miró el teléfono silencioso, y luego miró a Ida.

—¿Quieres ir a una fiesta de cumpleaños?

—No, gracias, querido. Tienes que educar a tu familia, pues cometen algunos deslices. Deslices de *color*.

Y levantó burlonamente los ojos de la revista. Vivaldo rió, pero se sentía tan culpable respecto a Ida y a su madre que no podía dejar de hablar del asunto.

—Me gustaría llevarte conmigo uno de estos días. Podría ser conveniente para ellos. ¡Tienen la cabeza tan dura!

—¿Qué podría ser conveniente para ellos? —preguntó Ida, con la atención todavía fija en la revista.

—Conocerle. No son malas personas. Sólo muy limitadas.

—Ya te he dicho que no me interesa en absoluto la educación de tu familia, Vivaldo.

Oscura, profundamente, esas palabras le picaron.

—¿Crees que no hay esperanza alguna para ellos?

—Me importa un comino que haya o no esperanza para ellos. Pero sé que no voy a dejar que me molesten más burlones blancos que todavía no pueden decidir si soy o no soy un ser humano. Si no lo saben, tanto peor para ellos y espero que se caigan muertos lentamente y con mucho dolor.

—Eso no es muy cristiano.

—Es lo mejor que puedo hacer. Aprendí mi cristianismo con los blancos.

—¡Caramba, volvemos a las mismas!

La revista voló hacia él y le dio en la nariz.

—¿Qué quieres decir, hijo de perra blanco? —Le imitó—. ¡Volvemos a las mismas! He vivido en esta casa durante más de un mes y todavía crees que sería muy divertido llevarme a tu casa para ver a tu madre. ¡Maldita sea! ¿Crees que ella es una mujer mejor que yo, asno grandote, blanco y tolerante? —Avanzó hacia él, agazapada, con las manos en las caderas—. ¿O crees que divertiría a tu puta madre que lleves a tu puta negra para que la vea? ¡Responde!

—¿Quieres callarte? Vas a hacer que la policía se presente dentro de un minuto.

—Sí, y cuando vengan les diré que me has sacado a rastras de las calles y te niegas a pagarme. Sí, lo soy. Crees que soy una ramera. ¡Pues bien, trátame como a una ramera y págame!

—Ida, si he dicho una tontería, lo siento y ya está. No era mi intención la que tú supones. No trataba de rebajarte.

—Sí, tratabas. Tenías exactamente la intención que yo he supuesto que tenías. ¿Y sabes por qué? Porque no puedes evitarlo, por eso. Ninguno de vosotros, los blancos, lo podéis evitar. Todos vuestros malditos pollitos blancos de culo triste creen que consiguen una ramera para mearse en ella y lo único que mean es cerveza, y si no fuera por los fantasmas ninguno de esos malditos lameculos blancos se acostarían nunca con una. Ésa es la verdad. Sois un montón de personas jodidas. ¿Me oyes? Un montón de personas jodidas.

—Está bien. Somos como tú dices, pero calla. Ya tenemos bastantes problemas aquí tal como están las cosas.

Y los tenían, porque el dueño de la casa y los vecinos y el vigilante de la esquina desaprobaban la presencia de Ida. Pero no era lo más discreto que Vivaldo podía haber dicho en aquel momento.

Con un arrepentimiento completamente falso y rencoroso, Ida dijo:

—Es cierto. Lo había olvidado.

Volvió a la cocina, se acercó a la alacena y arrojó al suelo todos los platos, que, por fortuna, no eran muchos.

—Creo que les voy a dar un motivo para que se quejen —declaró.

Había sólo dos vasos y los estrelló contra la nevera.

Vivaldo se había situado contra el tocadiscos y, mientras Ida taconeaba en la cocina con lágrimas en los ojos, se echó a reír. Ida corrió hacia él y se puso a abofetearle y arañarle. Vivaldo la mantenía apartada con una mano y seguía riendo. Le dolía el vientre de tanto reír. Los otros vecinos del edificio golpeaban en las paredes y en el techo, pero Vivaldo no podía dejar de reír. Terminó en el suelo, tendido de espaldas, aullando, y por fin Ida, sin quererlo, también comenzó a reír.

—Levántate del suelo, tonto. ¡Oh, qué tonto eres!

—Soy una persona jodida. ¡Oh, Dios, ten misericordia de mí!

Ida reía, impotente, y Vivaldo la atrajo hacia sí y la hizo caer sobre él.

—¡Compadécete de mí, nena, compadécete de mí! —exclamó. Y como continuaban los golpes en las paredes y el techo, añadió: —Parece que en esta casa hay un montón de cabrones que ni siquiera nos dejan hacer el amor en paz.

Cass volvió con el cabello arreglado, un nuevo maquillaje y los ojos brillantes y secos. Se sentó otra vez en el reservado y tomó su vaso.

—Estoy lista; cuando usted quiera —dijo—. Gracias, Vivaldo. Si no hubiera podido encontrar un amigo con quien hablar creo que me habría muerto.

—No habría muerto, pero sé qué quiere decir. ¡Por usted, Cass! —y Vivaldo levantó su vaso.

Eran las ocho menos veinte, pero ahora temía llamar al restaurante. Esperaría hasta que Cass se hubiese separado.

—¿Qué va a hacer? —preguntó.

—No sé. Creo que voy a infringir... ¿No es el sexto mandamiento el adulterio?

—Quiero decir ahora.

—A eso es a lo que creía que se refería.

Los dos rieron. Pero por la mente de Vivaldo cruzó la idea de que se refería a eso precisamente.

—¿Con alguien que conozco?

—¿Me toma el pelo? ¡Piense cómo son las personas que conoce!

—Muy bien. Pero, por favor, no haga un disparate, Cass.

—No creo que lo haga —murmuró ella, y bajó la vista. Luego añadió: — Que nos traigan la cuenta.

Llamaron al mozo, pagaron y salieron a la calle. El sol se ponía, pero el calor no había disminuido. La piedra, el acero, la madera, el ladrillo y el asfalto que habían absorbido el calor durante el día lo devolvían por la noche. Caminaron dos manzanas, hasta la esquina de la Quinta Avenida, en silencio; y en ese silencio vivía algo que hacía que Vivaldo sintiese, extrañamente, muy pocas ganas de dejar sola a Cass.

La esquina en que se detuvieron estaba completamente desierta y había muy poco tránsito.

—¿En qué dirección va? —preguntó Vivaldo.

Cass miró hacia arriba y hacia abajo de la avenida, hacia arriba y hacia abajo. Desde el parque se acercaba un taxi verde y amarillo.

—No sé, pero creo que voy a ir a aquel cine.

El taxi se detuvo a varias manzanas de ellos, esperando a que cambiara el semáforo. Cass levantó la mano de pronto. Vivaldo se ofreció otra vez:

—¿Quiere que la acompañe? Puedo actuar como su guardaespaldas.

—No, Vivaldo, gracias —contestó Cass, riendo—. No quiero que me sigan protegiendo.

El taxi se dirigió hacia ellos. Ambos observaron cómo se acercaba, disminuía la marcha y se detenía. Vivaldo miró a Cass con las cejas muy enarcadas.

—Bueno —dijo.

Cass abrió la portezuela y él la sostuvo.

—Gracias, Vivaldo, gracias por todo. Me pondré en contacto con usted dentro de pocos días. O llámeme. Estaré en casa.

—De acuerdo, Cass. —Le tocó con el puño en el mentón—. Que le vaya bien.

—Y a usted también. Adiós.

Cass entró en el taxi y Vivaldo cerró la portezuela. Cass se inclinó hacia el conductor y el taxi se puso en marcha hacia el centro. Se volvió para saludar con la mano a Vivaldo y el taxi giró hacia el oeste.

Era como decir adiós a la tierra; y ella no podía sospechar lo que podía sucederle si alguna vez volvía a ver la tierra.

En la Calle Doce y la Séptima Avenida hizo que el conductor la llevara una manzana más adelante, hasta la taquilla del Loew's Sheridan. Allí pagó el taxi, salió de él, subió las escaleras hasta el anfiteatro de aquel horrible lugar

de culto y se sentó. Encendió un cigarrillo, agradecida a la oscuridad pero no protegida por ella, y miró a la pantalla, pero lo único que vio fueron los culebros muy poco convincentes de una muchacha cuyo nombre, cosa increíble, parecía ser Doris Day. Cass pensaba: «No debería venir a los cines; no puedo soportarlos». Y comenzó a llorar. Lloraba mirando directamente hacia adelante, y esa lluvia se interponía entre ella y el rostro grande y rojo de James Cagney, que parecía por fin, gracias a Dios, fuera de toda posibilidad de maquillaje. Luego miró su reloj y vio que eran exactamente las ocho en punto. «¿Está eso bien o mal? —se preguntaba tontamente, sabiendo, lo que formaba siempre parte de su congoja, que se portaba como una tonta—. ¡Dios mío, tienes treinta y cuatro años, baja y llámalo!». Pero se obligó a esperar, preguntándose constantemente si esperaba demasiado o si llamaría demasiado pronto. Por fin, durante lo más pesado de la tormenta en tinte que se desarrollaba en la ancha pantalla, bajó las escaleras y entró en la cabina telefónica. Marcó el número de él y comunicaba. Volvió a subir las escaleras y se sentó en su asiento.

Pero no podía soportar la película, que no daba señales de terminar. A las nueve en punto bajó otra vez, con el propósito de caminar, beber algo en alguna parte e ir a casa. ¡A casa! Volvió a marcar el número.

Sonó una, dos veces. Luego levantaron el auricular y se hizo un silencio. Después oyó, en tono agresivo:

—¿Diga?

Cass contuvo el aliento.

—¿Diga? —repitieron.

—Hola. ¿Eric?

—Sí.

—Soy yo, Cass.

—¡Oh! ¿Cómo está usted, Cass? Le agradezco que me llame. He estado tratando de leer esa comedia y volviéndome loco y sintiéndome suicida.

—Me imagino que usted podía haber estado esperando esta llamada.

«Pues que no se diga —pensaba, ahora realmente a despecho de la irrealidad y de la angustia— que no ponga mis cartas sobre la mesa». —¿Qué ha dicho, Cass?— preguntó Eric.

Pero ella sabía, por el ritmo de la pregunta, que él la había comprendido.

—He dicho: «Usted podía haber estado esperando esta llamada».

Tras un momento él dijo:

—Sí, en cierto modo. ¿Dónde está usted, Cass?

—En la esquina de su casa. ¿Puedo subir?

—Hágalo, por favor.

—Muy bien. Estaré ahí dentro de cinco minutos.

—Muy bien. ¡Oh, Cass...!

—¿Qué pasa?

—No tengo en casa nada para beber. Si puede conseguir una botella de *whisky*... Se la pagaré cuando venga.

—¿De alguna clase especial?

—Me es indiferente. La que usted prefiera.

De manera milagrosa, a Cass le pareció durante un momento que le quitaban del corazón una piedra. Rió:

—¿Etiqueta negra?

—Magnífico.

—Hasta dentro de un minuto, entonces.

—Hasta dentro de un minuto. La espero.

Cass colgó el auricular y durante un momento se quedó contemplando el brillante instrumento negro de su... liberación. Salió a la calle, encontró una tienda y compró una botella de *whisky*; y el peso de la botella en su bolso de paja hacía que todo fuese real, como la compra de un billete de ferrocarril prueba la inminencia de un viaje.

¿Qué le diría a Eric? ¿Y qué le diría él?

Llamó.

—¿Es usted, Cass?

—Sí.

Y subió torpemente las escaleras, como una colegiala. Llegó a la puerta sin aliento, y él estaba allí, con camisa deportiva y unos viejos pantalones militares, sonriente y pálido. Su realidad impresionó a Cass, así como su belleza, o su vigor, que en un hombre es casi lo mismo. Era como si lo viera por primera vez: su cabello rojo, corto y desordenado, su frente algo cuadrada con arrugas bien marcadas, cejas más densas que las que ella recordaba y ojos más negros y separados. En el mentón tenía una pequeña hendidura que ella nunca había advertido. Su boca era más grande de lo que recordaba, sus labios más gruesos, sus dientes ligeramente encorvados. No se había afeitado y su cabeza roja se erizaba y brillaba a la débil luz amarilla del rellano de la escalera. No llevaba cinturón en los pantalones y llevaba en los pies desnudos sandalias de cuero.

—Entre —dijo.

Y Cass pasó rápidamente rozándole el cuerpo. Eric cerró la puerta.

Ella fue al centro de la habitación y miró a su alrededor sin ver nada. Luego se miraron el uno al otro, terriblemente tensos, terriblemente tímidos, sin atreverse a imaginar qué iba a pasar a continuación. Eric estaba asustado, pero se dominaba; Cass sentía que él la estudiaba, preparándose para cualquiera que pudiera ser la solución de aquel nuevo enigma. Él no había tomado aún decisión alguna y sólo trataba de ponerse a tono con ella. Y ella no sabía todavía lo que había en su corazón, o no quería saberlo.

Eric le cogió el bolso y lo dejó en el estante. La manera como lo hizo indicó a Cass que no estaba acostumbrado a tener mujeres en su habitación. La Quinta Sinfonía de Shostakovich estaba en su tocadiscos y la comedia *El Paraíso de la caza* se hallaba abierta sobre la cama, bajo la lámpara. La única otra luz de la habitación provenía de una lamparita colocada en su escritorio. El apartamento era pequeño y sencillo, completamente monástico; no era un lugar para vivir tanto como para trabajar; y Cass se dio cuenta, de pronto y agudamente, de cuán profundamente podía afectar a Eric la intrusión en su aislamiento sin adornos del orden y la delicadeza femeninos.

—Bebamos un trago —dijo Eric, y sacó la botella del bolso de Cass—. ¿Qué le debo?

Ella se lo dijo, y él le pagó, tímidamente, con unos billetes arrugados que estaban en la repisa de la chimenea, junto a sus llaves. Fue a la cocina y quitó la envoltura a la botella. Ella observó cómo buscaba los vasos y el hielo. La cocina estaba en desorden y Cass deseaba ofrecerse para limpiarla, pero no se atrevía, todavía. Se acercó lentamente a la cama, se sentó en el borde de ella y tomó la comedia.

—No sé si esa obra es buena o no. No puedo decir nada.

Siempre que estaba inseguro se hacía más perceptible su acento meridional.

—¿Qué personaje interpreta usted?

—Uno de los perversos, el llamado Malcolm.

Cass miró el reparto y vio que Malcolm era el hijo de Egan. El libreto estaba lleno de subrayados y tenía largas anotaciones al margen. Una de ellas decía: «En este pasaje recuerda lo que sabes de Yves», y leyó la frase subrayada: «No, no quiero una maldita aspirina. Si un hombre tiene un dolor de cabeza, ¿por qué no dejas que averigüe qué clase de dolor de cabeza es?». Eric preguntó:

—¿Lo quiere con agua o sólo con hielo?

—Con un poco de agua, por favor.

Eric volvió a la habitación y entregó a Cass su *whisky*.

—Interpreto el papel del último miembro varón de una familia norteamericana noble y rica. Se enriquecen mediante toda clase de estafas, matando gente y cosas parecidas. Pero yo no puedo hacer eso cuando llego a ser hombre, porque todo está ya hecho y han cambiado las leyes. En consecuencia, tengo que convertirme en un gran dirigente obrero y mi padre trata de que me envíen a la cárcel acusado de comunista. Eso da ocasión a un par de buenas escenas. El quid está en que no se puede elegir entre nosotros. —Sonrió—. Probablemente será un gran fracaso.

—Bueno, consíganos entradas para la noche del estreno.

Se hizo un breve silencio en el que el «*consíganos*» resonó con más insistencia que los tambores de Shostakovich.

—Voy a tratar de llenar el teatro con mis amigos —dijo Eric—. No tema.

Volvió a hacerse el silencio. Eric se sentó en la cama junto a Cass y la miró, y ella bajó la vista.

—Usted me causa una sensación muy extraña —dijo Eric—. Me hace sentir cosas que no creía volver a sentir.

—¿Qué le hago sentir? —preguntó Cass, y añadió: —Usted me causa la misma impresión.

Tenía la sensación de que él tomaba la iniciativa por ella. Eric se inclinó y puso una mano en la de Cass; luego se levantó, se apartó y la dejó sola en la cama.

—¿Qué hay de Ricardo? —preguntó.

—No lo sé. No sé lo que va a pasar entre Ricardo y yo. —Se obligó a mirarlo a los ojos y dejó la bebida en la mesita de noche—. Pero no es usted el que se interpone entre Ricardo y yo. Usted nada tiene que ver con ello.

—No sé qué se propone usted. O no lo sé todavía. —Dejó el cigarrillo en el cenicero de la repisa, detrás de él—. Pero supongo que, en cierto modo, sé qué es lo que quiere.

Todavía parecía muy perplejo y su perplejidad le impulsó otra vez hacia ella, hacia la cama. Sintió que ella temblaba, pero todavía no la tocó, sino que se quedó mirándola con los ojos perplejos y escrutadores y los labios separados.

—Querida Cass —dijo, y sonrió—, creo que tenemos el *ahora*, pero no creo que tengamos mucho porvenir.

Cass pensaba: «Quizás si tomamos el *ahora* podamos tener también un porvenir. Depende de lo que entendamos por *porvenir*». Sintió el aliento de él en su rostro y su cuello, y luego Eric se inclinó más, bajó la cabeza, y sintió sus labios. Cass levantó las manos y le acarició la cabeza y el cabello rojo.

Sintió la violencia y la inseguridad de Eric, y eso hacía que pareciera mucho más joven que ella. Y la excitó como nunca la habían excitado hasta entonces; vislumbró, por primera vez, la fuerza que impulsa a las mujeres mayores hacia los hombres más jóvenes, y se asustó. Se asustó porque nunca se había encontrado desempeñando un papel tan anómalo y porque en su experiencia nada le había sugerido que su cuerpo pudiera convertirse en una trampa para muchachos y en la tumba de su amor propio. Había emprendido un viaje que podía terminar años después en alguna villa horrible, cerca del mar azul, con algún turco o español o judío o griego o árabe atrocemente fálico. Sin embargo, no quería detenerse. No sabía en absoluto lo que estaba sucediendo en aquel momento, o adónde la llevaría, y tenía miedo, pero no quería impedirlo. Veía que el humo del cigarrillo de Eric ascendía ensortijado de la repisa, y esperaba que estuviese en el cenicero; el libreto de la comedia se hallaba bajo su cabeza y la sinfonía se acercaba al final. Se daba cuenta, como si estuviera enfocando a los dos con una cámara fotográfica, de cuán sórdida tenía que parecer aquella escena: una mujer casada, ya no joven, que comenzaba a gemir de lujuria, acosada en aquella cama desaliñada y completamente transitoria por un extraño que no la amaba y al que ella no podía amar. Y se preguntaba si existía el amor, si alguien sabía realmente algo acerca del amor. Eric le puso una mano en el pecho, y era un contacto nuevo, no el de Ricardo, no; sabía que era el de Eric, ¿pero era amor o no? ¿Y qué sentía Eric? El *sexo*, pensaba, pero ésa no era realmente la respuesta, o, si lo era, era una respuesta que no aclaraba nada. Eric se apartó de ella suspirando y volvió a tomar su cigarrillo, y se quedó un momento observándola; y ella comprendió que el peso de las cosas no dichas que se interponía entre ellos hacía imposible cualquier acto. ¿Sobre qué base iban a actuar? Pues su búsqueda a ciegas no era una base que pudiera soportar peso alguno.

Eric volvió a la cama, se sentó y dijo:

—Escuche. Conozco a Ricardo. No le creo en modo alguno cuando dice que yo nada tengo que ver con lo que sucede entre usted y Ricardo porque evidentemente tengo que ver, tengo que ver *ahora* de todos modos, aunque sólo sea porque estoy aquí. —Ella comenzó a decir algo, pero él levantó la mano para acallarla—. Pero está bien, no quiero hacer un problema de esto. No estoy muy bien situado para defender... la moralidad convencional. —Sonrió—. Algo está sucediendo entre nosotros que no comprendo realmente, pero que estoy dispuesto a aceptarlo. Tengo, por algún motivo, la sensación de que *debo* aceptarlo. —Tomó la mano de Cass y la levantó hasta su mejilla sin afeitar—. Pero yo también tengo un amante, Cass; un muchacho, un

muchacho francés, y se supone que vendrá a Nueva York dentro de unas pocas semanas. No sé qué sucederá cuando llegue aquí, pero —soltó la mano de ella, se levantó y se puso a pasear por a habitación— él viene y hemos estado juntos durante más de dos años. Y eso significa algo. Probablemente, si no hubiera sido por él, yo no me habría quedado en el extranjero tanto tiempo. Suceda lo que suceda, yo le quería mucho, Cass, y sigo queriéndole. No creo que haya querido a nadie así nunca y —se estremeció— no estoy seguro de que quiera a nadie tanto nunca.

A Cass no le asustaba en modo alguno el amante de Eric. Recordaba su nombre escrito al margen: Yves. Pero era mejor que él mismo pronunciara el nombre de su amante. Se sentía extrañamente conmovida, como si pudiera ayudarle a soportar el peso del muchacho que ejercía tal influencia sobre él.

—Él parece muy notable —dijo—. Dígame su nombre, hábleme de él.

Eric volvió a la cama y se sentó. Había terminado su bebida y bebió de la de ella.

—No hay mucho que decir. Se llama Yves. —Hizo una pausa—. No puedo imaginarme lo que pensará de los Estados Unidos.

—O de todos nosotros.

—O de todos nosotros. No estoy seguro de saber yo mismo lo que pienso. —Ambos rieron; ella bebió un sorbo de su *whisky*, y la atmósfera entre ambos comenzó a hacerse más cómoda, como si fueran amigos—. Pero... soy responsable de él cuando esté aquí. No vendría si no fuera por mí. —Miró a Cass—. Es hijo de alguien a quien apenas puede recordar y su madre tiene una taberna en París. Odia a su madre, o cree que la odia.

—Eso no es lo habitual, ¿verdad? —Y Cass deseó no haber dicho eso o poder retirar sus palabras, pero ya era demasiado tarde para hacer algo más que componer suavemente su error—. Quiero decir que, según nos dicen, la mayoría de los hombres que se inclinan sexualmente hacia otros hombres aman a su madre y odian a su padre.

—No sabemos mucho al respecto —observó Eric, moderadamente sardónico—. Yo conocí en París a muchachos de la calle que no habían tenido la oportunidad de odiar a su madre o a su padre. Por supuesto, odiaban a *les flics*, los polizontes, y supongo que cualquier norteamericano aporreado comprendería que odian a los polizontes porque son figuras paternas y nosotros no sabemos aquí mucho acerca de las figuras paternas porque no sabemos nada acerca de nuestros padres, a los que hemos hecho anticuados. Pero me parece justo también que odian a los polizontes porque a éstos les gusta aporrearlos.

Era extraño cómo se sentía Cass apartarse, no de Eric, sino de esa visión del mundo. No quería que él viese el mundo de esa manera porque esa visión no podía hacerle feliz y todo lo que le hiciera desdichado la amenazaba. Ella nunca había tenido que habérselas con policía alguno y nunca se le había ocurrido sentirse amenazada por uno. Los policías no eran amigos ni enemigos; formaban parte del paisaje, presentes con el propósito de mantener la ley y el orden; y si un policía —pues nunca había creído que fueran muy inteligentes— parecía olvidarse de su lugar, era bastante fácil recordárselo. Bastante fácil si el lugar de uno era más seguro que el de él y si uno representaba, o podía llegar a asumir, un poder mayor que el de él. Pues todos los policías eran lo suficientemente inteligentes para saber para quién trabajaban, y no trabajaban, en parte alguna del mundo, para los impotentes.

Cass acarició el cabello de Eric, recordando que ella y Ricardo, cuando se conocieron por primera vez, habían discutido acerca de esa misma cuestión, pues él, en esa época, tenía plena conciencia de su pobreza y del privilegio de Cass. Él la llamaba la heredera rodeada de hielo de todos los siglos y ella se había esforzado duramente para demostrarle que se equivocaba y para dissociarse en la mente de él de los que manejaban el azote del poder.

Eric apoyó la cabeza en su regazo y dijo:

—Bueno, de todos modos, ésa es la historia, o al menos toda la historia que puedo relatarle en este momento. —Vaciló y Cass observó cómo se le movía la nuez de la garganta al tragar—. No puedo prometerle nada, Cass.

—No le he pedido que me prometa nada. —Se inclinó y besó a Eric en la boca— Es usted muy hermoso y muy fuerte. No temo.

Eric la miró, al parecer confuso, de modo que era para ella en aquel momento un niño y un hombre al mismo tiempo, y a Cass le temblaron los muslos. Eric la besó de nuevo y le quitó las dos peinetas, de modo que su cabello dorado cayó sobre él. Se dio la vuelta y la sujetó bajo él en la cama. Como niños, y con la misma alegría y temblando, se desnudaron y se contemplaron mutuamente; y ella se sintió llevada de nuevo a una época y un estado no recordados e inimaginables en que no era Cass, como ahora, sino la sencilla, apacible, arrogante y expectante *Clarisa*, cuando no estaba cansada, cuando el amor se hallaba en camino pero todavía no había llegado a las puertas. Él contempló su cuerpo desnudo como si ese cuerpo fuera una creación nueva, recién salida del vasto firmamento, y su admiración contagió a Cass, que observó el cuerpo desnudo de Eric mientras cruzaba la habitación para apagar la lámpara, y pensó en los cuerpos de sus hijos, Pablo y Miguel, que habían salido de ella tan milagrosamente formados y tan cargados de

promesas ocultas; y como el agua que brotó en el desierto cuando Moisés golpeó la roca con su vara, así afluyeron las lágrimas a sus ojos. Él brillaba a la luz de la lámpara situada sobre la cabeza de ella, pero no quiso apagarla. Vio cómo Eric se inclinaba para apagar la radio y cómo desaparecía el ojo verde; luego se volvió hacia ella, muy serio en verdad y con los ojos más negros y apartados que nunca. Ahora, menos que nunca, sabía ella o que era el amor, pero sonrió de gozo, y él le respondió con una risita triunfante. Eran extrañamente iguales; quizás cada uno de ellos podía enseñarle al otro, respecto al amor, lo que ninguno de ellos sabía. Y eran iguales en que ambos temían los enigmas insolubles e inimaginables que podía poner al descubierto una luz tan despiadada.

Cass apagó la lámpara de la cabecera de la cama y observó cómo se le acercaba él en la oscuridad. Eric la tomó como un niño, con la ingenuidad y con el deseo de complacer de un niño; pero ella había despertado en él algo, un animal largo tiempo enjaulado que salía de su cautiverio golpeando con una furia que sorprendía y transfiguraba a los dos. Por fin se quedó dormido sobre el pecho de ella, como un niño. Lo contempló, contempló sus labios separados y sus dientes encorvados y brillantes, y el delgado y plateado goteo de su saliva que caía sobre ella; y contempló las pequeñas pulsaciones en la vena de un brazo, y el vello rojizo que brillaba en él, tendido pesadamente a través de la cadera de ella; tenía una pierna estirada hacia atrás y una rodilla apuntando hacia ella; el dedo meñique de la mano más alejada de ella, al borde de la cama, con la palma hacia arriba, se crispaba; el resto de su cuerpo estaba oculto.

Cass miró su reloj. Era la una y diez. Tenía que ir a casa y le alivió descubrir que se sentía aprensiva, pero no culpable. Sentía realmente que se había quitado un peso de encima y que volvía a ser ella misma, en su propia piel, por primera vez desde hacía mucho tiempo.

Se desprendió lentamente del cuerpo de Eric, le besó en la frente y lo cubrió. Luego fue al cuarto de baño y se puso bajo la ducha. Canturreaba en voz baja mientras el agua le caía sobre el cuerpo y utilizó con gozo la toalla que olía a Eric. Se vistió, todavía canturreando, y se peinó. Pero las peinetas estaban en la mesita de noche. Salió del cuarto de baño y encontró a Eric sentado en la cama y fumando un cigarrillo. Se sonrieron.

—¿Cómo te sientes, querida? —preguntó él.

—Me siento maravillosamente. ¿Y tú?

—También me siento maravillosamente —y rió con timidez—. ¿Tienes que irte?

—Sí, tengo que hacerlo.

Cass fue a la mesita de noche y se puso las peinetas. Eric la atrajo hacia la cama y la besó. Era un beso extraño por su triste insistencia. Sus ojos parecían buscar en ella algo que no esperaba encontrar, y todavía no confiaba.

—¿Estará despierto Ricardo?

—No lo creo. Además no tiene importancia. Rara vez pasamos las noches juntos. Él trabaja y yo leo, o voy al cine, o miro la televisión. —Le tocó en la mejilla—. No te preocupes.

—¿Cuándo volveré a verte?

—Pronto. Yo te llamaré.

—¿Hay inconveniente en que te llame yo? ¿O prefieres que no lo haga?

Cass vaciló.

—Es lo mismo.

Los dos pensaron: «Es lo mismo todavía». Eric volvió a besarla y dijo:

—Desearía que pasaras aquí la noche. No hemos hecho más que comenzar, supongo que lo sabes.

—Sí, lo sé. Pero ahora tengo que irme.

—¿Te acompaño hasta el taxi?

—¡Oh, Eric, no hagas esa tontería! No es necesario.

—Me gustaría hacerlo. Es cuestión de un minuto.

Se levantó de la cama y entró en el cuarto de baño. Cass escuchó el ruido del agua y del lavoteo y entretanto contempló el apartamento, que ya le parecía enormemente familiar. Trataría de volver y limpiarlo en algún momento de los próximos días. Le sería difícil ir de día, excepto, quizás, los sábados. Se le ocurrió que necesitaba una excusa para aquel asunto y que tendría que utilizar a Vivaldo e Ida.

Eric salió del cuarto de baño y se puso los calzoncillos, los pantalones y la camisa, y metió los pies en las sandalias. Estaba soñoliento y pálido. Tenía los labios hinchados y muy rojos, como los de los héroes y dioses de la antigüedad.

—¿Listos? —preguntó.

—Listos.

Eric recogió el bolso de ella y se lo entregó. Se besaron brevemente y descendieron por la escalera a la calle. Él la abrazó por la cintura. Caminaban en silencio y la calle estaba desierta. Pero en los bares había gente que gesticulaba y parecía gritar en la luz amarilla detrás de los vidrios ahumados; también en las calles laterales había gente que holgazaneaba y acechaba, y perros atraillados que husmeaban con sus amos. Pasaron por delante del cine

y se encontraron en la avenida, frente al hospital. Y a la sombra de la gran marquesina se sonrieron mutuamente.

—Me alegro de que hayas venido a verme —dijo Eric—. Me alegro mucho.

—Y yo de que estuvieras en tu casa.

Vieron un taxi que se acercaba y Eric levantó la mano.

—Te llamaré dentro de unos días —dijo Cass—, el viernes o el sábado.

—Muy bien, Cass —el taxi se detuvo y Eric abrió la portezuela, la ayudó a entrar y se inclinó para besarla. Que te vaya bien querida.

—Lo mismo a ti.

Eric cerró la portezuela y saludó con la mano. El taxi se puso en marcha y Cass vio cómo se alejaba Eric, solo, por la larga calle oscura.

No había cabinas telefónicas en la desierta Quinta Avenida y Vivaldo se dirigió a la Sexta, que estaba silenciosa, entró en el primer bar que encontró y fue directamente al teléfono. Marcó el número del restaurante y esperó un buen rato antes de que una irritada voz masculina respondiera. Preguntó por la señorita Ida Scott.

—No ha venido esta noche. Dijo que estaba enferma. Quizás la encuentre en su casa.

—Gracias.

Pero el hombre había colgado ya el aparato. Vivaldo no sintió nada, y desde luego no asombro. Sin embargo, se apoyó contra el teléfono, helado y desfallecido. Luego marcó su propio número. No hubo respuesta.

Salió de la cabina al bar, que era un bar de obreros, y por la televisión transmitían una lucha. Pidió un *whisky* doble y se apoyó en el mostrador. Lo rodeaban precisamente los hombres que conocía desde la infancia, desde su primera juventud. Era como si, horriblemente, tras un viaje largo e inútil, hubiera vuelto a la patria para descubrir que se había convertido en un extranjero. Los otros no le miraban, o no parecían mirarle, pero ésa era la manera de ser de aquellos hombres, y si habitualmente veían menos de lo que estaba presente, con frecuencia también veían más de lo que uno sospechaba. Cerca de él dos negros, con ropas de trabajo, parecían apostar sobre el resultado de la lucha, que, sin embargo, no aparentaban observar muy atentamente. Conversaban en un tono sordo y monótono, mientras una sonrisa jugaba en sus rostros, y de vez en cuando pedían que les renovasen la bebida, o lanzaban una risotada, o volvían su atención a la pantalla. En todo el bar

había hombres que se mantenían en silencio, en general solos, mirando la pantalla de televisión o sin mirar nada. Había reservados detrás del mostrador, cerca del fondo. Una pareja de negros de edad madura y otra de negros jóvenes compartían un reservado, y en otro se hallaban tres jóvenes que bebían cerveza, y en el último un hombre de aspecto extraño que podía ser persa y que manoseaba a una muchacha de cara pastosa y cabello trenzado. Las parejas de negros conversaban en serio y la mujer madura se inclinaba hacia adelante con gran vehemencia; los tres jóvenes hacían muecas y observaban a hurtadillas al negro que estaba con la muchacha, y si aquella noche terminaba como todas las otras, no tardarían en ir a algún refugio para verse mutuamente cómo se masturbaban. El dueño era pelirrojo y carilleno, llevaba gafas y, apoyado en un barril en el extremo del mostrador, miraba la televisión. Vivaldo la miró también y vio dos hombres maduros y fofos que se derribaban mutuamente sobre la lona; de vez en cuando una rubia que sonreía sensualmente anunciaba un jabón, pero su sonrisa era menos sensual que la lucha, y un marinero neutro de fuerte mandíbula fumaba con rapacidad y un placer enervante un cigarrillo. Luego volvían los luchadores, quienes en realidad deberían haber estado en su casa acostados, probablemente juntos.

¿Dónde estaba ella? ¿Dónde estaba ella? Con Ellis, seguramente. ¿Dónde? Había llamado al restaurante, pero no le había llamado a él. Diría: «Pero no teníamos planes para esta noche, querido. Yo sabía que ibas a ver a Cass y estaba segura de que cenarías con ella». ¿Dónde diablos estaba? Ella diría: «¡Oh, querido, no seas así! ¿Acaso armo yo un alboroto cada vez que tú sales y vas a beber con otra persona? Yo confío en ti y tú tienes que confiar en mí. Supón que llego a ser una cantante y tengo que ver a mucha gente. ¿Qué vas a hacer entonces?». Ella confiaba en él porque él no le importaba un comino. ¡Que se fuera al diablo!

¡Oh, Ida! Ella diría: «Mamá me ha llamado después de haber salido tú y estaba muy trastornada; papá ha tenido una pelea en este fin de semana y le han herido seriamente y yo acabo de venir del hospital. Mamá quería que me quedara con ella, pero yo sabía que estarías preocupado y he vuelto a casa. Como sabes, no les agrada la idea de que viva aquí contigo, pero quizás se acostumbren a ello, aunque estoy segura de que eso es lo que tiene tan mal a mi padre, pues no puede olvidar a Rufo. Por favor, querido, prepárame una bebida; estoy casi muerta».

¡Que se fuera al diablo! ¡Que se fuera al diablo!

Ella diría: «Oh, Vivaldo, ¿por qué has de ser tan desconsiderado cuando sabes cuánto te quiero?». Parecería exasperada y muy próxima a llorar. Y

luego, aunque sabía que ella le estaba utilizando contra él mismo, la esperanza surgió fuertemente en él, la pena le apretó la garganta y desechó todas sus dudas. Acaso ella le amaba, pero si era así, ¿por qué permanecían tan aislados el uno del otro? Quizás fuera él quien no sabía dar, quien no sabía amar. El amor era un país del que nada sabía. Y pensaba, muy de mala gana, que acaso no la amaba. Quizás era solamente porque no era blanca por lo que se atrevía a hacerle el ofrecimiento de sí mismo. Quizás tenía la sensación en alguna parte, en el fondo de sí mismo, de que ella no se atrevía a despreciarlo.

Y si eso era lo que ella sospechaba, entonces su ira sería insondable y él nunca podría conquistarla.

Salió del bar a la calle; no sabía qué hacer, pero sabía que no podía ir a casa. Deseaba tener un amigo, un amigo varón, con quien pudiera conversar; y eso hizo que se diera cuenta de que, con la dudosa excepción de Rufo, nunca había tenido un amigo en su vida. Se le ocurrió ir a ver a Eric, pero Eric había estado ausente durante demasiado tiempo. Ya no sabía nada de la vida de Eric y esa noche no deseaba saberlo.

En consecuencia, siguió andando. Pasó por la gran cicatriz lívida de la Calle Cuarenta y Dos, pero sabía que esa noche no podía permanecer sentado viendo una película; siguió por la solitaria Sexta Avenida y llegó al Village. Otra vez pensó en ir a ver a Eric, pero de nuevo desechó la idea. Se dirigió al parque; no había cantantes esa noche, sino sólo sombras a la sombra de los árboles, y un policía entraba en el parque cuando él salía de allí. Echó a andar por la MacDougal Street. Allí estaban las parejas de blancos y negros, desafiantemente blancos y llamativamente negros; y los italianos los observaban y los odiaban; odiaban, en realidad, a todos los habitantes del Village, que daban mala fama a sus calles. Los italianos, después de todo, lo único que deseaban era que los aceptasen como norteamericanos decentes y probablemente no se les podía censurar por creer que les habría ido mejor si no hubieran tenido que aguantar a tantos judíos y borrachos y chiflados y castrados. Vivaldo atisbaba en los bares y cafés con la semiesperanza de ver algún rostro conocido y soportable. Pero sólo veía muchachos con cara de rata y barba y muchachas infantiles e informes con el cabello largo.

—¿Cómo os va a ti y a tu chica? —oyó que le preguntaban.

Se volvió y era Jane. Estaba borracha y con un tipo de Harlem que probablemente trabajaba en publicidad. Vivaldo se la quedó mirando y ella se apresuró a decir, riendo:

—¡Oh, no te enloquezcas! Te lo he dicho en broma. ¿Es que las viejas amigas no tienen algunos derechos? —Y dirigiéndose al hombre que tenía a

su lado, añadió: —Te presento a un viejo amigo mío, Vivaldo Moore. Y éste es Dick Lincoln.

Vivaldo y Dick Lincoln se saludaron con breves y restringidos movimientos de cabeza.

—¿Cómo te va. Jane? —preguntó Vivaldo, cortésmente, y al mismo tiempo comenzó a moverse en la que esperaba no fuese la dirección de ellos. Pero ellos, naturalmente, siguieron su misma dirección.

—Oh, estoy bien —contestó Jane—. He experimentado una mejoría increíble.

—¿Has estado enferma?

—Sí, verdaderamente. De los nervios. A causa de un amorío que no terminó bien.

—¿Con alguien que yo conozca?

Jane se echó a reír y contestó:

—Contigo, bastardo.

—Es que estoy totalmente acostumbrado a tus escenas dramáticas. Pero me alegro de que te vaya bien ahora.

—¡Oh, ahora todo me va bien! —Dio un saltito grotescamente infantil, asida fuertemente de la mano de Lincoln— A Dick no le interesan mucho los estudios psíquicos, pero se desenvuelve bien en las cosas que le interesan.

El hombre así descrito caminaba rígidamente junto a ella, y su rostro era una rubicunda máscara de inseguridad claramente decidida a hacer lo conveniente, fuera lo que fuese lo conveniente.

—Ven a tomar un trago con nosotros —dijo Jane.

Se hallaban en una esquina iluminada por las luces que salían de un bar. Esas luces iluminaban y deformaban horriblemente la cara de Jane, de modo que sus ojos parecían brasas y la boca se le replegaba sobre las encías.

—En recuerdo de los viejos tiempos —añadió.

—No, gracias. Voy a casa. He tenido un día largo y duro.

—¿Corres a casa a ver a tu amiguita?

—Es bueno correr a casa si se tiene una —dijo Dick Lincoln, y puso su mano rosada y sin nervios en el hombro de Jane.

Por alguna razón, ella soportó eso, pero no sin otra contorsión infantil.

—Vivaldo tiene una chica excelente —le dijo a Dick Lincoln—. Apuesto a que eres tolerante; pero este muchacho, amiguito, es mucho más tolerante que tú. Lo es mucho más que yo; si yo fuera tan tolerante como mi amigo Vivaldo, aquí presente —rió; un muchacho negro muy alto pasó junto a ellos y les miró brevemente—, no estaría contigo, pobre sujeto blanco. ¡Estaría con

el macho más grande y más negro que pudiera encontrar! —Vivaldo sintió una picazón en la piel, y Dick Lincoln se ruborizó. Jane reía y Vivaldo observó que otras personas, negros y blancos, les miraban—. Quizás yo debería haber ido con su hermano. ¿Me habrías querido más si lo hubiera hecho? ¿O ibas tú también con él? Todo es posible tratándose de un tolerante.

Y apoyó la cara, riendo, en el hombro de Lincoln, que miró a Vivaldo sin saber qué hacer.

—Ella le pertenece a usted por completo, señor —dijo Vivaldo.

Jane le lanzó una mirada, ya sin reír, con el rostro lívido y viejo de ira. Y eso hizo que la rabia de Vivaldo se disipara por completo.

—Hasta la vista —dijo, y se alejó.

Quería irse antes de que Jane provocara un tumulto racial. Se daba cuenta de que se había convertido en el foco de dos clases de atención muy distintas. Los negros sospechaban que era un aliado —aunque no un amigo, ¡nunca un amigo!— y los blancos, sobre todo los italianos del barrio, sabían que no se podía confiar en él.

—¡Corre a casa! —le gritó Jane—. ¡Corre a casa! ¿Es cierto que ellos tienen sangre más caliente que la nuestra? ¿Es la sangre de ella más caliente que la mía?

Y la risa recorrió la calle al oír esos gritos: la risa reprimida e impúdica de los italianos, pues, después de todo, Vivaldo era uno de ellos, y un varón, y al parecer de talento; y la risa complacida y vengativa de los negros. Durante un momento, detrás de él, estuvieron casi unidos, pero luego, oyendo los unos la risa de los otros, la ahogaron.

Vivaldo cruzó la avenida. Deseaba ir a casa y comer y emborracharse, y también, quizás por la furia que sentía, deseaba acostarse, pero no creía que esa noche le pudiera suceder nada bueno. Tenía la sensación de que si hubiera sido un verdadero escritor habría ido sencillamente a su casa y se habría puesto a trabajar, olvidándose de todo lo demás, como hacían Balzac y Proust y Joyce y James y Faulkner. Pero quizás ellos nunca habían tenido en su mente las reservas que él tenía en la suya. Sentía una resignación muy peculiar: sabía que no iría a su casa hasta que fuera demasiado tarde para que pudiera ir a alguna otra parte, o hasta que Ida respondiera al teléfono. Ida: y tenía un misterioso presentimiento, como si fuera viejo y caminara muchos años después por calles conocidas donde nadie le conocía o reparaba en él, pensando en su amor perdido y preguntándose «¿Dónde está ella ahora? ¿Dónde está ella ahora?». Pasó por delante del cine y de los muchachos y hombres vulgares que se hallaban siempre a sus puertas. Se dirigió al oeste

hacia la Waverly Place y entró en un bar lleno de gente donde podía conseguir un emparedado de carne picada. A la fuerza, se lo comió y bebió cerveza antes de volver a llamar a su apartamento. No hubo respuesta. Volvió al mostrador y pidió un *whisky* y se dio cuenta de que se le acababa el dinero. Si iba a seguir bebiendo debía ir al bar de Benno, donde tenía cuenta abierta.

Bebió su *whisky* muy lentamente, observando y escuchando a las personas que le rodeaban. La mayoría eran estudiantes de su época, pero tanto él como ellos se habían hecho más viejos, y colegía, por las conversaciones que oía a su alrededor, que los estudiantes se habían graduado y ejercían diversas profesiones. Miraba, vagamente, a una muchacha delicada y rubia que también parecía mirarle a él, aunque menos vagamente. Cosa increíble, parecía ser abogada. Y de pronto se sintió muy excitado, como se había sentido hacía años, ante la perspectiva de hacerlo con una chica de una posición social superior a la de él, una chica a la que supuestamente ni siquiera podía mirar. Él era de los barrios bajos de Brooklyn y tenía el olor de ese lugar, y resultaba que ése era el olor que ellas buscaban. Estaban cansadas de los muchachos que se lavaban demasiado, que no tenían olor en los sobacos ni sudor en los testículos. Vivaldo volvió a mirar a la rubia preguntándose cómo sería desnuda. Estaba sentada a una mesa cerca de la puerta, frente a él, jugando con un vaso de daiquiri y conversando con un hombre grueso de cabello cano que reía sonoramente y estaba un poco embriagado y al que Vivaldo reconoció como un poeta bastante renombrado. La rubia le recordaba a Cass. Y eso hizo que se diera cuenta por primera vez —es sorprendente cómo puede ocultarse lo evidente— de que cuando conoció a Cass, hacía muchos años, se había sentido muy halagado porque una dama de tan alta alcurnia reparase en un muchacho maloliente. Se había sentido abrumado. Y había adorado a Ricardo sin reserva, no como ahora, por su talento, que de todos modos no podía juzgar entonces, sino sólo porque Ricardo poseía a Cass. Envidiaba la proeza de Ricardo y se imaginaba que esa envidia era afecto.

Pero seguramente había afecto allí, pues de otro modo no hubieran podido ser amigos durante tanto tiempo. (¿Habían sido amigos? ¿Qué se habían dicho el uno al otro en realidad?). Quizás la prueba del afecto de Vivaldo consistía en que nunca había pensado en Cass carnalmente, como una mujer, sino sólo como una dama y la esposa de Ricardo. Pero, con más probabilidad, eso se debía únicamente a que ellos eran más viejos y él necesitaba personas mayores que se interesaran por él, que le tomaran en serio y en las que pudiera confiar. Por ello habría pagado cualquier precio. Ellos no eran mucho

mayores ahora, pues él tenía cerca de veintinueve años, Ricardo treinta y siete o treinta y ocho y Cass treinta y tres o treinta y cuatro. Pero en aquel tiempo parecían, sobre todo en el cálido asilo de su afecto, mucho mayores.

Y ahora... ahora parecía que todos eran iguales en desgracia, confusión y desesperación. Contempló su rostro en el espejo de detrás del mostrador. Todavía conservaba todo su pelo, que no tenía hebras grises; su rostro no había comenzado a caer en la parte de abajo ni a arrugarse en la parte de arriba; y no era todavía todo nalgas y vientre. Pero no obstante... y pronto... Y lanzó otra mirada furtiva a la rubia. Se preguntaba cuáles serían su olor, sus jugos, sus sonidos; por una noche, sólo por una noche. De pronto, sin advertencia, se encontró preguntándose cómo habría mirado Rufo a aquella muchacha, y sucedió algo extraño: perdió todo el deseo, se quedó absolutamente frío. Pero luego el deseo volvió rugiendo, con legiones. «Ajá —oyó la risita de Rufo—, descuida, hijo de perra, que te va a arreglar una *negra*». Volvió a oír la risa que le había seguido por la calle. Y algo se rompía en él; se hallaba, breve y horriblemente, en una región donde no había definiciones de ninguna clase, ni de color ni de macho y hembra. Sólo había el salto y el desgarramiento y el terror y la renuncia. Y el terror: el cual parecía comenzar y terminar y comenzar de nuevo —perpetuamente— en una caverna situada detrás de los ojos. Y todo el que estaba allí al acecho *veía* y difundía la noticia de lo que veía por todo el reino de cualquiera, aunque los ojos mismos pudieran perecer. ¿Qué orden podía prevalecer contra una soledad tan horrenda? Y no obstante, sin orden, ¿qué valor tenía el misterio? El orden, el orden. *Pon tu casa en orden*. Bebió su *whisky* y años luz le alejaron de la rubia y el bar, sin embargo más que nunca y más desagradablemente presentes. Cuando la gente o vidaba que sólo se puede abordar un misterio mediante la forma, se convertía en lo que la gente de aquel tiempo y lugar se había convertido, en lo que se había convertido él. Perecían dentro de sus despreciadas viviendas de arcilla, en el aislamiento, pasivamente; o activamente juntos, en multitud, sedientos de sangre y al final oliendo a sangre. Para romper y desgarrar nunca puede haber fin, ¡y Dios salve al pueblo cuyo apasionamiento se hace impersonal!

Volvió a la cabina telefónica y, sin esperanza alguna, llamó a su número. Llamó y volvió a llamar. Colgó el aparato y se quedó un momento en la cabina. Se preguntaba ahora si le habría sucedido algo a Ida, si realmente se habría producido alguna crisis familiar. Pero era demasiado tarde para llamar a la mujer que vivía en la casa de al lado de la familia de Ida. Se le ocurrió

otra vez llamar a Eric, pero volvió a renunciar. Cruzó el bar lentamente, pues apenas le quedaba dinero y tenía que irse.

Cuando llegó a la mesa le dijo al poeta, pero mirando a la muchacha:

—Deseo decirle que sé quién es usted y que he admirado su obra durante largo tiempo y... se lo agradezco.

El poeta le miró, sorprendido, y la muchacha rió y dijo:

—Es usted muy amable. ¿Es poeta también?

—No. —Pensaba que hacía mucho tiempo que no había estado con una muchacha blanca y no podía menos de preguntarse cómo sería ahora eso—. Soy novelista. Inédito.

—Bueno, cuando consiga que le publiquen puede ganar algún dinero —dijo el poeta—. Usted es inteligente al haber elegido un campo que puede permitirle pagar al menos un alquiler modesto.

—No sé si soy inteligente, es sólo que las cosas han resultado así. —Sentía curiosidad por la muchacha, ciertamente, pero otras necesidades llenaban el centro de su pensamiento; quizás volvieran a verse—. Bueno, sólo deseaba saludarle y darle las gracias. Adiós.

—Le quedo muy agradecido —dijo el poeta.

—¡Buena suerte! —gritó la muchacha.

Vivaldo movió la mano en ademán de saludo y salió. Se dirigió al bar de Benno. Estaba tan solitario como un cementerio. Había un par de personas a las que conocía aunque habitualmente eludía; pero esa noche se hallaba de malas, como parecían darse cuenta todos instintivamente, y, de todos modos, en un bar y en un miércoles por la noche nadie está en situación de mostrarse melindroso.

No lo estaban ciertamente las tres personas a cuya mesa se unió y que tampoco tenían dinero. Uno de ellos era Lorenzo, un poeta canadiense de cara de luna y mucho pelo rizado; lo acompañaban su amiga, una refugiada de Texas con cara de tijera, mucho cabello lacio, una risita falsa y el tic de morderse el pulgar; y el amigo de ambos, más viejo, carilargo, de labios torturados, que fruncía el ceño cuando se sentía complacido, lo que ocurría raras veces, y esbozaba una sonrisa pálida cuando estaba asustado, lo que le ocurría casi siempre, por lo que tenía fama de ser muy afable.

—¡Eh, Vi! —gritó el poeta—. ¡Siéntate con nosotros!

Vivaldo no podía hacer otra cosa, a menos que se fuese del bar; en consecuencia, se sentó y pidió una bebida. Los otros bebían cerveza y casi la habían terminado. Le presentaron, quizás por trigésima vez, a Belle y Harold.

—¿Cómo te va, amigo? —le preguntó Lorenzo—. No se te ve nunca.

Tenía una sonrisa franca e infantil que lo resumía con precisión, aunque comenzaba a ser un poco viejo para que pasara por muchacho. Sin embargo, y sobre todo en contraste con su amigo y su amiga, parecía la persona más animada de la mesa, y Vivaldo le apreciaba.

—Unas veces bien y otras mal —contestó Vivaldo, y Belle rió y se mordió el pulgar—. Me estoy convirtiendo en una persona seria; ése es el motivo de que no me veas.

—¿Escribes? —preguntó Lorenzo, todavía sonriendo.

Pues era uno de esos poetas que eludían los terrores de escribir mediante el recurso de escribir constantemente. Llevaba consigo un cuaderno de apuntes adondequiera que fuera y garrapateaba en él, y cuando se emborrachaba lo suficiente leía el resultado en voz alta. En aquel momento lo tenía delante, cerrado, sobre la mesa.

—Trato de hacerlo —dijo Vivaldo, y miró por encima de las cabezas de los otros, y a través de la ventana, a la calle—. Es una noche muerta.

—Lo es —aseguró Harold, y miró a Vivaldo con su sonrisita—. ¿Dónde está su chica? No me diga que huyó.

—No. Está en Harlem, por algún asunto familiar. —Se inclinó hacia adelante—. Hemos convenido que ella no me moleste con su familia ni yo la moleste con la mía.

Belle volvió a hacer oír su risita falsa y Lorenzo rió.

—Deberías poner en contacto a las dos. Sería la mayor batalla desde la Guerra Civil.

—O desde Romeo y Julieta —sugirió Belle.

—He tratado de hacer eso en un largo poema —dijo Lorenzo—. ¿Sabes?, un Romeo y una Julieta actuales, sólo que ella es negra y él es blanco.

—Y Mercurio que pasa —sonrió Vivaldo.

—Sí. Y todos los demás se joroban.

—Llámalo *Negritos en todas partes* —sugirió Harold.

—O *Negritos de todos*.

—O *Juego de damas*.

Todos aullaron. Belle, todavía mordiéndose el pulgar, rió hasta que las lágrimas le rodaron por la cara.

—Están ustedes borrachos —dijo Vivaldo.

Eso les hizo recobrar la compostura.

—Amigo —declaró Lorenzo—, un día tendrás que decirme cómo has resuelto eso.

—¿Quiere usted hablar de ello? —preguntó Harold.

Había pasado mucho tiempo. A Vivaldo le fastidiaba la gente que pedía explicaciones; en realidad, lo que le molestaba era la marihuana. O bien no le trastornaba los sentidos lo suficiente, o bien estaba ya más que suficientemente trastornado. El malestar que sigue a la borrachera se le hacía aplastante y le impedía trabajar y nunca había podido hacer el amor en ese estado.

Pero había pasado mucho tiempo. Eran sólo las once y diez y no sabía qué iba a hacer consigo mismo. Quería penetrar en él u olvidar el caos que tenía dentro.

—Quizás —contestó—. Pero antes les invito a otra ronda. ¿Qué van a beber?

—Podríamos hacerlo en mi casa —dijo Harold, y frunció el ceño.

—Yo voy a beber cerveza —declaró Lorenzo.

Su expresión indicaba que habría preferido tomar otra cosa, pero no quería parecer que se aprovechaba de Vivaldo.

—¿Y usted? —preguntó Vivaldo a Belle.

Ella dejó caer la mano y se inclinó hacia adelante.

—¿Cree usted que podría tomar un Alexander?

—Muy bien, si usted puede beberlo, supongo que ellos pueden hacerlo.

Belle se inclinó hacia atrás otra vez, sin sonreír, y miró a Harold.

—Yo cerveza —dijo Harold—. Luego repartiremos la cuenta.

Vivaldo fue al mostrador, pidió las bebidas y luego hizo un viaje especial para llevar el Alexander lleno hasta el borde y viscoso. Sabía que a Lorenzo le gustaba el *whisky* de centeno y le llevó uno y una botella de cerveza, y otra cerveza para Harold y un *whisky* para él. «Estoy sin un centavo —pensaba— ¡Al diablo!, veremos qué pasa». Y en realidad no sabía, porque no deseaba saberlo, si obraba por pánico, o por temeridad o por dolor. Había ciertamente algo en lo que no quería pensar: no quería pensar en dónde estaba Ida o en lo que hacía en aquel momento. No quería ir a casa y permanecer despierto, esperando, o ponerse a dar vueltas por su habitación mirando la máquina de escribir y contemplando las paredes. Más tarde habría tiempo para todo eso, más tarde. Y debajo de todo eso estaba el vacío en que vivía la angustia y se agazapaban las preguntas, que se referían solamente a Vivaldo y a nadie más en el mundo. Allí vivía la materia prima e informe para la creación de Vivaldo, y sólo él, Vivaldo, podía dominarla.

—¡A la salud de todos! —exclamó, e, inseguramente, levantaron sus copas y bebieron.

—Gracias, Vivaldo —dijo Lorenzo, y se bebió el *whisky* de un trago.

Vivaldo contempló el rostro juvenil, que estaba húmedo y un poco gris y pronto estaría más húmedo y más gris. Las venas de la nariz se le espesaban y ennegrecían, y a veces, como en aquel momento, cuando Lorenzo miraba directamente hacia adelante, sus ojos adquirirían una expresión de desconcierto y soledad mayores que las de un niño.

Y en esos momentos Belle le observaba también, y la compasión luchaba para sobreponerse a la implacable vacuidad de su rostro. Y Harold parecía ocultarse entonces, como un gran pájaro que acecha desde un árbol.

—Me gustaría volver a España —dijo Lorenzo.

—¿Conoces España? —le preguntó Vivaldo.

—Ha vivido allí —explicó Belle—. Habla siempre de España cuando se emborracha. Se supone que vamos a ir este verano. —Inclinó la cabeza sobre su cóctel y desapareció durante un momento, como una tortuga nunca vista, tras la ciudadela de su cabello—. ¿Iremos, verdad?

Lorenzo tendió las manos, desamparado, y contestó:

—Si podemos conseguir el dinero necesario, iremos.

—No cuesta mucho el viaje a España —intervino Harold—. Y podrías vivir allí por casi nada.

—Es un país maravilloso —dijo Lorenzo—. Viví en Barcelona, con una beca, más de un año. Y recorrí toda España. Conocí las personas más serviciales y amables del mundo. Están dispuestas a hacer cualquier cosa por uno, a prestarte sus camisas, a decirte la hora, a darte un cigarrillo...

—A prestarte sus hermanas —rió Harold.

—No, amigo, quieren a sus hermanas.

—¿Pero odian a sus madres?

—Tampoco, las quieren, como si nunca hubieran oído hablar de Freud. —Harold rió—. Te invitan a su casa y te dan de comer, comparten todo lo que tienen contigo y se ofenden si no lo tomas.

—¡Madres, hermanas y hermanos! —exclamó Harold—. ¡Al diablo con ellos! Abre esa ventana y deja que salga el aire viciado.

Lorenzo pasó por alto esas palabras, miró alrededor de la mesa y movió la cabeza gravemente.

—Ésa es la verdad, amigos, son un gran pueblo.

—¿Y qué dices de Franco? —preguntó Belle, quien parecía un tanto orgullosa de conocer la existencia de Franco.

—¡Oh, Franco es un figurón que no tiene importancia!

—¡Al diablo que no tiene importancia! —exclamó Harold—. ¿Crees que todos esos uniformes que *nosotros* ayudamos a pagar a Franco recorren toda

España sólo para divertirse? ¿Crees que no llevan balas en los fusiles? Permíteme que te diga, compañero, que esos tipos defienden la propiedad y matan a la gente.

—Bueno, eso nada tiene que ver con el pueblo.

—Así es. Pero apuesto a que no te gustaría ser español.

—Estoy harto de todo ese folklore acerca del feliz campesino español —dijo Vivaldo. Se acordó de Ida y se inclinó hacia Lorenzo—. Apostaría a que no desearías ser un negro en este país, ¿verdad?

—¡Oh! —exclamó Lorenzo—. ¡Tu chica te ha lavado el cerebro seguramente!

—No me ha lavado nada. Tú no desearías ser negro aquí ni desearías ser español allí. —Había una curiosa tensión en su pecho y bebió un largo trago de *whisky*— La cuestión es qué queremos ser.

—Yo quiero ser yo —dijo Belle, con una ferocidad inesperada, y se mordió el pulgar.

—¿Y qué es lo que se lo impide? —le preguntó Vivaldo.

Ella rió y mordió, y luego bajó la vista.

—No lo sé. Es difícil entenderlo bien. —Miró a Vivaldo como si temiera que fuese a pegarle—. ¿Comprende lo que quiero decir?

Tras una larga pausa y un largo suspiro, Vivaldo contestó:

—Sí, seguramente sé lo que quiere decir.

Todos ellos guardaron silencio bruscamente. Vivaldo pensaba en su chica, su chica negra, su querida Ida, su tormento, deleite y esperanza misteriosos, y en su propia piel blanca. ¿Qué veía ella cuando le miraba? Dilató las ventanas de la nariz para olerse a sí mismo. ¿Qué le parecía ese olor a ella? Cuando enredaba los dedos en el cabello de él, en su «fino cabello italiano», ¿jugaba con agua, como ella pretendía, o jugaba con la idea de desarraigar un bosque? Cuando él entraba en la maravillosa herida de ella, *rompiendo y rasgando, rompiendo y rasgando*, ¿se entregaba alegremente al Novio, Señor y Salvador, o entraba en una ciudad caída y humillada, entraba en una emboscada, observada desde lugares secretos por ojos hostiles? «¡Oh, Ida —pensaba—, yo he renunciado a mi color por ti! ¡Tómame, tómame, ámame como soy! ¡Tómame como te tomo yo!». ¿Cómo la tomaba él, qué le daba? ¿Era su orgullo y su jactancia lo que le daba, o su vergüenza? Si él despreciaba su carne, tenía que despreciar la de ella, ¿y despreciaba él su carne? Y si ella despreciaba su carne, tenía que despreciar la de él. «¿Quién puede censurarle —pensaba, cansado— si lo hace?». Y luego pensó, y ese pensamiento le sorprendió: «¿Quién puede censurarme a mí?». Estaba

siempre a punto de terminar con aquel maldito asunto, y entonces, ¿para qué todas esas confesiones? «He pecado, con el pensamiento y de hecho. He pecado, he pecado, he pecado». Y era siempre mejor, para socavar la competencia del Infierno, pecar, si había que pecar, solo.

Harold le observaba.

—¿Quiere que nos vayamos? —preguntó—. ¿O quiere tomar otro trago antes?

Su voz era muy bronca y fruncía el ceño y sonreía al mismo tiempo.

—Me da igual —contestó Vivaldo—. Estoy con amigos.

Pensó en telefonar otra vez, pero se dio cuenta de que no se atrevía. ¡Al diablo con ello! Era la una y cuarto. Y por fin estaba, gracias a Dios, al menos un poco borracho.

—Entonces, vamos —dijo Lorenzo—. Beberemos cerveza encasa.

Se levantaron, salieron del bar de Benno y se dirigieron hacia el oeste a casa de Harold. Vivía en una calle estrecha y oscura cerca del río, en el último piso. La ascensión era desalentadora, pero el apartamento estaba limpio y no demasiado desordenado; no era en modo alguno la clase de apartamento que se habría esperado que tuviera Harold, con alfombras en el suelo y arpilleras cubriendo las ventanas. Había un aparato de música y discos, y revistas de ciencia—ficción diseminadas por todas partes. Vivaldo se dejó caer en el estrecho diván colocado contra la pared, en una especie de alcoba formada por dos estanterías de libros. Belle se sentó en el suelo cerca de la ventana. Lorenzo fue al lavabo y luego a la cocina y volvió con una botella de cerveza.

—Te has olvidado de traer los vasos —le dijo Belle.

—¿Qué necesidad hay de vasos? Todos somos amigos —contestó, pero volvió obedientemente a la cocina.

Entretanto Harold, como un anfitrión meticuloso y científico, se ocupaba en preparar la hierba. Se sentó a la mesa para el café, cerca de Vivaldo, y colocó sobre una hoja de diario tenacillas, cigarrillos, papeles de cigarrillos y una lata de Bull Durham.

—Es un gran mejunje —le dijo a Vivaldo—. La chica lo trajo de México ayer mismo. Y esta porquería sienta bien, amigo.

Vivaldo rió. Lorenzo volvió con los vasos y miró preocupado a Vivaldo.

—¿Te sientes bien? —le preguntó.

—Perfectamente. Y tranquilo, ya ves.

Lorenzo puso cuidadosamente un vaso de cerveza en el suelo, cerca de Vivaldo, y llenó otro para Harold.

—Se va a sentir como si se balanceara —dijo Harold, feliz y activo como las abejas— tan pronto como se conecte con los filtros especiales de la vieja Madre Harold. ¡Va a llorar, amigo!

Lorenzo sirvió un vaso de cerveza a Belle y dejó la botella en el suelo junto a ella.

—¿Y si ponemos unos discos?

—Ponlos, chico.

Vivaldo cerró los ojos, sintiendo una languidez y una lujuria anticipadas. Lorenzo puso un disco al mismo tiempo ruidoso y melancólico del Modern Jazz Quartet.

—Aquí está.

Vivaldo alzó la vista y vio a Harold sobre él con un pitillo encendido.

Se incorporó, sonriendo vagamente, y recogió su cerveza del suelo antes de tomar el pitillo que le entregaba Harold. Éste lo contempló, sonriendo intensamente, mientras aspiraba largo tiempo el pitillo. Vivaldo bebió un trago y devolvió el pitillo. Harold o inhaló profunda y expertamente y se frotó el pecho.

—Venid a la ventana —dijo Belle.

Su voz era aguda y grata, como la de un niño. Y, exactamente como si respondiera a un niño, Vivaldo, aunque prefería seguir sólo en el diván, fue a la ventana. Harold le siguió. Belle y Lorenzo se sentaron en el suelo, compartiendo un pitillo entre los dos, y se quedaron contemplando las azoteas de Nueva York.

—Es extraño —dijo Belle—. La ciudad es muy fea de día y muy bella de noche.

—Vamos a la azotea —propuso Lorenzo.

—¡Oh, qué gran idea!

Recogieron sus cosas y la cerveza y Belle una manta; y, como niños, salieron de puntillas del apartamento y subieron por las escaleras a la azotea. Allí, completamente solos, parecían bañados en el silencio. Belle extendió la manta, que no era bastante grande para todos. La compartieron ella y Lorenzo. Vivaldo hizo otra larga inhalación y fue a sentarse en cuclillas en el borde de la azotea, abrazándose las rodillas.

—No hagas eso —le dijo Lorenzo—. Estás demasiado cerca del borde. No puedo verte así.

Vivaldo sonrió y se retiró, para tenderse de bruces junto a ellos.

—Lo siento. A mí me pasa lo mismo. Puedo ponerme al borde yo mismo, pero no puedo ver que lo hagan otros.

Belle le asió la mano. Vivaldo miró su rostro pálido y delgado, enmarcado por el cabello negro. Ella sonrió y era más bonita de lo que parecía en el bar.

—Me gusta usted —dijo—. Es un buen tipo. Lorenzo ha dicho siempre que lo era, pero yo no le creía.

Su acento era también más notable ahora; parecía la más sencilla e inocente de las muchachas campesinas... si las muchachas campesinas eran inocentes, y Vivaldo suponía que en algún momento de su vida tenían que serlo.

—Gracias —contestó.

Lorenzo, pálidamente iluminado por las luces del cielo y de la tierra, le sonrió. Vivaldo retiró su mano de la de Belle y la tendió para dar a Lorenzo una suave palmadita en la mejilla.

—También ustedes dos me gustan —dijo.

—¿Cómo se siente, papá? —preguntó Harold, quien parecía estar muy lejos.

—Perfectamente.

Y se sentía así, de una manera extraña e indigna de confianza. Se sentía terriblemente consciente de su cuerpo, de la longitud de sus miembros, del viento suave que le enredaba el cabello, de Lorenzo y Belle, suspendidos juntos como dos querubines y de Harold, el príncipe de la oscuridad, diligente e infatigable mantenedor de la hierba. Harold estaba sentado a la sombra de la chimenea, preparando otro pitillo. Vivaldo se echó a reír y dijo:

—Amigo, le gusta realmente su trabajo.

—Me gusta ver a la gente feliz —replicó Harold, y de pronto sonrió.

También él parecía muy distinto que en el bar, más joven y suave, y en alguna parte debajo de todo ello, mucho más triste, por lo que Vivaldo lamentaba todos sus juicios duros y sardónicos. ¿Qué le sucedía a la gente? ¿Por qué sufría tan espantosamente? Y al mismo tiempo Vivaldo sabía que él y Harold nunca podrían ser amigos y que ninguno de ellos se acercaría al otro más de lo que estaban en aquel momento.

Harold encendió su pitillo y se lo entregó a Vivaldo.

—Tome, amigo —le dijo, muy tiernamente, y le miró sonriendo.

Vivaldo tomó su vez mientras los otros le observaban. Era una especie de esfuerzo común, como si fuera un niño al que le estuvieran enseñando a nadar. Casi aplaudieron cuando lo pasó a Lorenzo, quien, después de utilizarlo, lo pasó a su vez a Belle.

—¡Oh! —exclamó Lorenzo—. ¡Me parece que vuelo! —y apoyó la cabeza en el regazo de Belle.

Vivaldo se tendió de espaldas, con la cabeza apoyada en los brazos y las rodillas apuntando al cielo. Sentía deseos de cantar.

—Mi chica canta —anunció.

El cielo parecía en aquel momento un océano enorme y amistoso en el que estaba prohibido ahogarse, y en él se estacionaban las estrellas como boyas. ¿A qué país llevaba ese océano? Pues los océanos llevan siempre a algún lugar grande y bueno, y a eso se debe que existan los marineros, los misioneros, los santos y los americanos.

—¿Dónde canta? —preguntó Lorenzo con una voz que parecía descender suavemente del aire.

—No lo hace ahora, pero lo hará pronto. Y llegará a ser muy buena.

—Yo la he visto —dijo Belle—. Es hermosa.

Vivaldo volvió la cabeza en la dirección de la voz.

—¿La ha visto? ¿Dónde?

—En el restaurante donde trabaja. Fui allí con alguien, no con Lorenzo, y el tipo con quien estaba me dijo que era la amiga de usted. —Hizo una pausa y añadió—. Es muy enérgica.

—¿Por qué dice eso?

—¡Oh, no lo sé! Parecía... muy enérgica, nada más. No quiero decir que no fuera amable. Pero se mostraba muy segura de sí misma, se podía afirmar que no es de las que se dejan manejar.

—Así es mi amiga, ciertamente —rió Vivaldo.

—Quisiera ser como ella.

—Me gustas tal como eres —le dijo Lorenzo.

Y con el rabillo del ojo, y desde lejos, Vivaldo vio que los brazos de Lorenzo se levantaban y que el cabello negro de Belle caía.

Exactamente sobre mi cabeza.

Era una canción que Ida cantaba a veces mientras se atareaba ineficientemente en la cocina, que siempre estaba sucia con los restos del café molido y vagamente inmoral con las colillas de los cigarrillos apagados en los estantes quemados y con la pintura ampollada.

Quizás la respuesta estaba en las canciones.

*Exactamente sobre mi cabeza
oigo una música en el aire.
Y realmente creo
que hay un Dios en alguna parte.*

¿Pero era *música* en el aire o *aflicción* en el aire? Comenzó a silbar otra canción:

*Con la aflicción en mi mente, estoy triste,
pero no estaré triste siempre,
porque el sol va a brillar
en mi puerta trasera algún día.*

¿Por qué en la puerta *trasera*? Y el cielo parecía descender ahora, no ya fosforescente con posibilidades, sino rígido con el mineral de las alternativas, opresivo con el peso de la tierra finita, sobre su pecho. Le apretaba. «¡Avanzo —cantaba a veces Ida— *por el camino que va hacia arriba!*» ¿Qué significaban esas canciones para ella? Pues Vivaldo sabía que ella las cantaba con frecuencia para alardear ante él de secretos que él no podía tener la esperanza de profundizar y para expresar acusaciones que él no podía descifrar y mucho menos negar. Y sin embargo, si él pudiera penetrar en aquel lugar secreto se liberaría con ello para siempre de la fuerza de sus acusaciones. Su presencia en aquél, el más extraño y horrendo de los santuarios, demostraría su derecho a estar allí, del mismo modo que el príncipe, después de haber superado todos los peligros y matado al león, es conducido a la presencia de su novia, la princesa.

*Te amo, Porgy, no dejes que él me tome,
no dejes que me toque con sus manos calientes.*

¿Para quién, para quién cantaba ella esta canción?

*La tristeza me sobrevino esta mañana.
La tristeza que me causó mi nena.*

Las lágrimas le corrieron por la oreja hasta la muñeca. No se movió y las lágrimas lentas siguieron deslizándose desde las comisuras de sus ojos.

—Tú también estás triste —oyó que decía Belle.

—¿De veras?

—De veras.

—Procuraremos ir a España. Lo procuraremos realmente.

—El lunes me vestiré al estilo de Harlem —rió ella— y conseguiré un

empleo de recepcionista en alguna parte. No me gusta, es muy fastidioso, pero de ese modo quizás podamos irnos de aquí.

—Hazlo, nena. Yo también conseguiré un trabajo, lo prometo.

—No tienes que prometerlo.

—Pero lo hago.

Vivaldo oyó que se besaban; era un beso ligero y amoroso y él envidió su inocencia inmovible.

—Hagamos el amor.

—Aquí no. Vamos abajo.

Oyó la risa de Lorenzo.

—¿Qué pasa, te da vergüenza?

—No. Vamos abajo.

—Ellos están atontados, no les importa.

Se volvió a oír la risita de Belle.

—Míralos.

Vivaldo cerró los ojos. Sintió otro peso en el pecho, el de una mano, y examinó el rostro de Harold. Estaba terriblemente cansado, arrugado y pálido, y el cabello húmedo y rizado le caía sobre la frente. Sin embargo, bajo aquella fatiga espectacular era el rostro de un muchacho muy joven que le miraba fijamente.

—¿Cómo se siente?

—Bien. Era una gran carga.

—Sabía que la tenía. Me es usted simpático.

A Vivaldo le sorprendía y no le sorprendía al mismo tiempo la intensidad de los ojos de Harold. Pero no podía soportarla. Desvió su cara y luego puso sobre su pecho el peso de la cabeza de Harold.

—Por favor, amigo —le dijo un momento después—, no se preocupe. No vale la pena, no sucederá nada. Es demasiado largo.

—¿Qué es demasiado largo?

Y Vivaldo se sonrió a sí mismo de pronto, con una sonrisa tan triste como sus lágrimas, recordando los concursos de tiro al blanco y otras competiciones en las terrazas y sótanos y en habitaciones cerradas hacía ya la mitad de su vida. Y había soñado con ello desde entonces, aunque sólo ahora recordaba los sueños que había tenido. Sentía mucho frío, un frío interior, con la mano de Harold en su sexo y la cabeza de Harold en su pecho, y sabía que *podía* suceder algo, pues recordaba sus fantasías acerca de la boca, las manos y los órganos masculinos. A veces un muchacho —que siempre le recordaba a su hermano menor Stevie, y quizás en eso estaba la prohibición como en otros

podía estar la clave— pasaba por su lado, y él observaba la cara y el trasero del muchacho, y sentía el deseo de tocarlo, de hacer reír al muchacho, de darle una palmada en el trasero juvenil. Por lo tanto sabía que existía la cosa, y probablemente no le asustaba ya, pero era demasiado costosa para él, no tenía suficiente importancia. En consecuencia, le dijo a Harold amablemente:

—Compréndame, amigo. No le menosprecio. Pero mi época con los muchachos pasó hace mucho tiempo. He estado muy ocupado con las muchachas. Lo siento.

—¿Y no puede suceder nada ahora?

—Prefiero que no. Lo siento.

—Yo también lo siento —dijo Harold, sonriendo—. ¿Puedo seguir acostado así, junto a usted, de todos modos?

Vivaldo lo retuvo y cerró los ojos. Cuando los abrió, el cielo era un gran tazón de bronce sobre él. Harold se hallaba tendido cerca de él, con una mano en la pierna de Vivaldo, dormido. Belle y Lorenzo se habían envuelto en la manta, como dos niños sucios. Vivaldo se levantó, se acercó al borde de la terraza y lanzó una mirada temerosa a las calles expectantes y calcinadas de abajo. Tenía la boca como el Misisipí en la época en que reinaba el algodón. Se apresuró a bajar por las escaleras a la calle y a su casa en busca de Ida. Ella diría: «Dios mío, Vivaldo, ¿dónde has estado? Te he llamado aquí durante toda la noche para hacerte saber que tenía que ir a reunirme con algunos compañeros en Jersey City. ¡Te repito que convendría que tuviéramos a alguien que atendiera la casa, pero nunca escuchas lo que digo!».



IV

Y llegó el verano, el verano de Nueva York, que no se parece al verano de ninguna otra parte. El calor y el ruido comenzaron a destruir los nervios y la cordura y las vidas privadas y los amoríos. El aire se llenó con resultados de partidos de béisbol, malas noticias y canciones melosas; y las calles y los bares con personas hostiles, más hostiles a causa del calor. En esta ciudad no era posible, como le había sido a Eric en París, dar un paseo largo y tranquilo a cualquier hora del día o de la noche, entrar para echar un trago en una taberna, o sentarse en un café para ver pasar a la gente por la acera, pues la media docena de tristes parodias de cafés con mesas en la acera que había en Nueva York no eran para descansar. Era una ciudad sin oasis, entregada por completo, al menos hasta donde podía advertirlo la percepción humana, a la búsqueda de dinero; y sus ciudadanos parecían haber perdido enteramente el sentido de su derecho a renovarse. Quien en Nueva York trataba de ejercer ese derecho vivía desterrado en la ciudad, desterrado de la vida que le rodeaba; y esto, paradójicamente, ejercía el efecto de colocarlo en perpetuo peligro de perder para siempre toda auténtica sensación de sí mismo.

Por las tardes, y en los fines de semana, Vivaldo se sentaba en paños menores a la máquina de escribir, con las nalgas pegadas a la silla, el sudor corriéndole por los sobacos y por detrás de las orejas y goteándole en los ojos, y las hojas de papel pegándose unas con otras y a sus dedos. Las teclas de la máquina de escribir se movían perezosamente y golpeaban con un ruido sordo y húmedo; en realidad se movían al ritmo con que se movía su novela, sin vigor, empujada hacia adelante, centímetro a centímetro, recalcitrante, casi enteramente por un esfuerzo de la voluntad. Apenas sabía ya cuál era el tema de su novela o por qué había deseado escribirla, pero no podía abandonarla. No podía abandonarla ni podía terminarla, pues el precio de aquel abrazo era

la pérdida del de Ida, o al menos así lo temía. Y ese temor le tenía suspendido en un limbo pestilente.

Su situación física, en todo caso, era espantosa. Su apartamento era demasiado pequeño. Aunque los dos hubieran observado un horario regular, hubieran trabajado de día e ido a casa sólo por la noche, habrían estado apretados; pero algunas semanas Vivaldo trabajaba en la librería por las noches y otras trabajaba de día y también Ida estaba sujeta a cambios impredecibles en el restaurante, y unas veces tenía que servir el almuerzo, otras la cena y otras ambos. Los dos aborrecían su trabajo —lo que no favorecía sus relaciones mutuas—, pero Ida era la camarera más popular que tenía su patrón, lo que le daba cierta libertad, y Vivaldo no podía aceptar otros puestos más exigentes y lucrativos que le ofrecían un futuro que no deseaba. Ambos corrían, por decirlo así, delante de una tormenta y se esforzaban por ponerse a salvo antes de que los tragara la arena movediza, que veían a su alrededor, de una bohemia a la ventura, frustrada y defensiva. Y eso significaba que no podían abrigar la esperanza de mejorar su situación física, pues apenas les era posible conservar el apartamento que tenían.

Vivaldo sugería con frecuencia que se trasladasen del Village al East Side más bajo, donde se podía encontrar pisos baratos que se podían hacer muy atractivos. Pero Ida se oponía a eso. Nunca exponía su razón más importante, pero Vivaldo comprendió por fin que le horrorizaba aquel barrio porque allí había realizado Rufo su última tentativa de mantener una vida casera, o de vivir simplemente. Le dijo a Vivaldo:

—Querido, no me sentiría segura al volver a casa por la noche, ni siquiera de día. Tú no conoces a esa gente como la conozco yo, porque nunca te han tratado como me han tratado a mí. Algunos de esos tipos, si te encuentran sola en el andén del metro o subiendo las escaleras de tu apartamento, consideran natural abrirse los pantalones y pedirte que les hagas el gusto. Y eso es poco. Yo estuve allí, querido, estuve en la Mott Street, con Rufo, hace un par de años, para ver a algunas personas con motivo del servicio dominical. Eran blancos. Y salimos a la escalera de incendios para ver un cortejo nupcial que pasaba por la calle. Algunos de los vecinos de la casa nos vieron. Pues bien, sabrás que tres hombres blancos subieron al apartamento, uno con una cachiporra, otro con una escopeta y el tercero con un cuchillo, y nos echaron de allí. Dijeron —y rió— que estábamos dando mala fama a su calle. —Observó el rostro de Vivaldo y añadió, suavemente: —Así son las cosas. Quedémonos aquí, Vivaldo, hasta que podamos arreglarnos mejor. Esto es incómodo, pero no tan incómodo como podría ser.

En consecuencia, trataron de mantener la puerta abierta para poder respirar mejor, pero eso comportaba también sus riesgos, sobre todo si Ida estaba en casa, repantigada en el diván con su corto vestido azul de escena o ejercitando la voz con ayuda de un tocadiscos. El sonido de la máquina de Vivaldo, de la voz de Ida y del disco atraían la atención de los que subían o bajaban por las escaleras, y la visión de Ida que proporcionaba la puerta abierta inflamaba la imaginación de los transeúntes. La gente utilizaba la puerta abierta como una incitación para detenerse, escuchar, mirar o llamar alegando que un amigo suyo había vivido en otro tiempo en aquel departamento y no sabían qué era del viejo Torn o de Nancy o Joanna. O les invitaban a una reunión en el piso de arriba o en otra casa de la calle, o se invitaban ellos mismos a una reunión en casa de Vivaldo. En una ocasión, completamente fuera de sí, Vivaldo había arrojado a golpes del rellano a la calle a un muchacho que se hallaba en la sombra cálida del mismo, con las manos en los bolsillos y los ojos fijos en Ida, o más bien en el lugar que, con un grito furioso y una maldición, ella se había apresurado a ocultar. El muchacho no había sacado las manos de los bolsillos, sino sólo lanzado un pequeño gemido animal y caído cuando Vivaldo le empujó a través de la puerta golpeándole en un hombro. La policía llegó poco después con la imaginación combustible encendida por el orgullo cívico. En adelante mantuvieron la puerta no sólo cerrada, sino también atrancada. A pesar de lo cual toda la ciudad informe y execrable parecía estar en la habitación con ellos algunas noches de verano.

Vivaldo trabajaba, Ida trabajaba, él se paseaba por la habitación y ella hacía lo mismo. Ida deseaba que él llegara a ser un «gran» escritor, pero, si no trabajaba, no era capaz de quedarse sola. Y si trabajaba, el sonido de su voz, el sonido de su música amenazaban, y la mayoría de las veces ahogaban, la otra orquesta que Vivaldo tenía en la cabeza. Si ella no trabajaba, le servía otra cerveza y le desordenaba el cabello; observaba que el cigarrillo de él se había consumido en el cenicero y le encendía otro; o leía por encima de su hombro lo que escribía, cosa que él no podía soportar, aunque era más fácil soportar eso que oír que le acusaba de no respetar su inteligencia. En las noches en que estaban juntos en casa a Vivaldo le era imposible trabajar realmente, pues no podía apartarse lo suficiente de ella, no podía concentrarse. Pero procuraba no enojarse por eso, pues las noches en que ella no estaba en casa eran peores.

Una o dos veces por semana en algunas ocasiones, o una vez cada dos o tres semanas, Ida iba a Harlem y nunca invitaba a Vivaldo a acompañarla. O

tenía que reunirse con algunos músicos en Peekskill, o en Poughkeepsie, o en Washington, o en Filadelfia, o en Baltimore, o en Queens. Él la acompañó en una ocasión, con los otros músicos, a un lugar de diversión en Washington. Pero el ambiente era letal; los músicos habían mostrado que no les agradaba su compañía. La gente del lugar le trató bastante bien, pero también parecía preguntarse qué hacía él allí, o quizás él era el único que se lo preguntaba. Ida cantó solamente dos canciones, lo que no era mucho después de un viaje tan largo, y además no las cantó bien. Él tenía la sensación de que eso tenía algo que ver con la actitud de los músicos, quienes, al parecer, querían castigarla, y con la molesta desconfianza con que ella se obligó a hacer frente a su juicio. Era demasiado evidente que si él hubiera sido un blanco poderoso habría modificado la actitud de los músicos la suposición de que Ida lo utilizaba; pero era obvio que, tal como eran las cosas, él no podía beneficiarla a ella y, por consiguiente tenía que utilizar a Ida. Además Ida no poseía la situación profesional que les hubiera obligado a aceptar a Vivaldo como el capricho, el favorito o el marido de una estrella. Sacaron la conclusión de que él no tenía función alguna, y se unieron contra él, cerraron filas contra él.

Entre Ida y Vivaldo se acumulaban rápidamente vastos campos de minas que ninguno de ellos se atrevía a cruzar. Nunca hablaban de lo sucedido en Washington ni volvió a acompañarla fuera de la ciudad. Nunca hablaban de sus familias respectivas. Después de aquella larga noche tormentosa del miércoles, Vivaldo descubrió que carecía de valor para mencionar el nombre de Steve Ellis. Sabía que Ellis la enviaba a un maestro de canto más exclusivo y célebre, así como a un instructor, y se proponía conseguirle una grabación. Ida y Vivaldo enterraban sus disputas silenciosamente en el campo de minas. Eso parecía mejor que enronquecerse, amargarse, jadear y encontrarse más solos que nunca. Él no deseaba oír que le acusaban otra vez de interponerse entre ella y su carrera, no quería oír eso porque había más que un poco de verdad en esa acusación. Por supuesto, también él tenía a sensación de que Ida, aunque inconscientemente, trataba de interponerse entre él y su obra. Pero no quería decirlo. Habría puesto demasiado en evidencia su miedo mutuo, su terror a quedarse solos.

Y allí estaban, mientras el horrible verano gemía y hervía, Vivaldo trabajando para no quedarse a la zaga de ella e Ida trabajando... ¿para librarse de él o para crear una base sobre la cual pudieran estar más juntos que nunca?

—Tengo que hacerlo —decía ella a veces—. Y voy a hacerlo. Y es mejor que tú también lo hagas, querido. He estado a punto de hacerlo, abajo, entre las latas de la basura.

O se refería a Ellis:

—Vivaldo, si quieres creer que te estoy engañando con ese hombre, es un problema tuyo. Si deseas creerlo, vas a creerlo. Yo no me pondré en situación de tener que *probar* nada. Eso es asunto tuyo. Si no confías en mí, está bien, hasta la vista, amigo. Empaqueto mis cosas y me voy.

Algunas noches, cuando volvía Ida del restaurante, de estudiar con el maestro de canto o de casa de sus padres, de dondequiera que hubiera estado, llevándole cerveza, cigarrillos y bocadillos, con el rostro cansado y pacífico y los ojos suavizados por el amor, parecía inimaginable que pudieran separarse algún día. Comían, bebían, conversaban y reían juntos, y se acostaban desnudos en su estrecha cama en la oscuridad, cerca de las ventanas abiertas por las que entraba de vez en cuando algún soplo de brisa, y se saboreaban mutuamente los labios y acariciaban a pesar del calor, y hacían grandes planes para el indiscutible porvenir. Y con frecuencia se quedaban dormidos así, en paz completa el uno con el otro. Pero otras veces no podían encontrarse. En ocasiones, incapaz de entenderse con ella y con los personajes de su novela, Vivaldo salía de casa y caminaba sólo por las calles estivales. Otras veces Ida declaraba que no podía soportar un minuto más los gruñidos de Vivaldo y se iba a un cine. Y no faltaban ocasiones en que iban juntos al bar de Benno o a visitar a Eric, aunque ahora generalmente era a Eric y Cass.

Ida se declaraba muy impresionada por el cambio operado en Eric —con lo que quería decir que desaprobaba las sorpresas y que Eric la había sorprendido—, y la puritana implacable e inexplicable que había en ella censuraba aquel amorío nuevo y asombroso. Decía que Cass era tonta, y Eric falso.

Los sentimientos de Vivaldo eran mucho más moderados. No era Eric quien le había sorprendido, sino Cass. Ella lo había arriesgado todo, ciertamente, y recordaba su declaración: «No, gracias, Vivaldo, no quiero que me sigan protegiendo». Y hasta donde su propia confusión le permitía considerar la de ella, se sentía orgulloso de Cass, no tanto porque se había puesto en peligro como porque ella sabía que se había puesto.

Una película francesa en la que Eric desempeñaba un papel secundario llegó a Nueva York ese verano y los cuatro se citaron para ir a verla. Ida y Vivaldo se encontrarían con Eric y Cass en la taquilla.

—¿Qué cree ella que está haciendo? —preguntó Ida a Vivaldo mientras se dirigían al teatro.

—Trata de vivir.

—Pero Cass es una mujer madura con dos hijos... ¿Qué va a ser de esos niños? Eric no es del tipo paternal, al menos con dos niños de esa edad.

—¡Qué asquerosa moralista eres! Lo que hace Cass con su vida es asunto suyo y no tuyo. Seguramente ella sabe acerca de esos niños más que tú, quizás trata de vivir como cree que debe vivir para que ellos no teman hacerlo cuando les llegue el momento. —Vivaldo sintió que se enojaba—. Y acerca de Eric no sabes lo bastante para hablar de él de ese modo.

—Esos niños van a odiar a Cass antes de que el asunto termine, créeme. Y no me digas que no conozco a Eric; lo conocí por completo en el momento en que lo vi por primera vez.

—Sabías lo que habías oído, y no habías oído que fuera a tener un amorío con Cass. Y eso te fastidia.

—Eric puede haberte engañado a ti, y puede haber engañado a Cass; y, por supuesto, creo que ella se engaña a sí misma, pero a mí no me engañan. Lo verás.

—No eres una cantante, sino una adivina. Deberías ponerte unos grandes zarcillos de bronce y un turbante llamativo y dedicarte a ese oficio.

—Ríe, payaso.

—A fin de cuentas, ¿qué te importa? Si él desea hacerlo con ella y ella con él, ¿qué nos importa?

—¿No te importa? Ricardo es amigo tuyo.

—Cass es más amiga que Ricardo.

—Ella *no puede* darse cuenta de lo que hace. Tiene un buen marido que comienza realmente a hacerse famoso y no encuentra nada *mejor* que hacer que entenderse con un pobre ganapán blanco de Alabama. Te juro que no entiendo a los blancos.

—Eric no es un pobre blanco; su familia está en muy buena posición —replicó Vivaldo, que comenzaba a sudar más a causa del calor y deseaba dejar de oír la voz de Ida.

—Bueno, espero que no lo hayan repudiado. ¿Crees que Eric va a hacer carrera como actor?

—No veo qué tiene que ver eso con el asunto. Pero sí, creo que es muy buen actor.

—Es ya un poco viejo para ser tan desconocido. ¿Qué ha hecho en París durante todo ese tiempo?

—No lo sé, querida, pero supongo que ha estado divirtiéndose. Y lo habrá hecho con quien más le gustaba.

—Eso no es lo que está haciendo ahora.

Vivaldo suspiró. Se decía que debía dejar el tema o cambiarlo, pero dijo:

—No sé por qué ha de interesarte eso. Si a él le gusta hacerlo con un hombre, allá él.

—Quería hacerlo con mi hermano también. Quería que Rufo fuese tan vicioso como él.

—Si sucedió algo entre Eric y tu hermano no sucedió porque Eric lo arrojase al suelo y lo violase. Cálmate, querida. No sabes acerca de los hombres tanto como crees.

Ida le miró con una sonrisita torva:

—¡Si sucedió algo! ¡Eres un maldito mentiroso y además un cobarde!

—¿Por qué dices eso? —preguntó Vivaldo, y en aquel momento la odiaba.

—Porque sabes muy bien lo que sucedió. Sólo que no quieres saberlo.

—Ida, no era asunto mío y nunca hablé de eso con Rufo ni con Eric. ¿Por qué había de hacerlo?

—Vivaldo, no es necesario *hablar* de lo que sucede para *saber* lo que sucede. Rufo nunca me hablaba de lo que le pasaba, pero yo lo sabía igual.

Vivaldo guardó silencio un momento y luego preguntó:

—¿Nunca me perdonarás, verdad, la muerte de tu hermano? —Como ella callaba, añadió: —Yo también quería a tu hermano, Ida. Sé que no lo crees, pero le quería. Pero él era sólo un hombre, y no un santo.

—Yo nunca he dicho que fuera un santo. Pero soy negra y sé cómo tratan los blancos a las muchachas y los muchachos negros. Creen que pueden hacer con ellos lo que quieran.

Vivaldo vio las luces del cine a tres manzanas de distancia en la avenida. Las calles estaban llenas. Se le cerró la garganta y los ojos comenzaron a arderle.

—¿Después de todo el tiempo que llevamos viviendo juntos —preguntó— sigues creyendo eso?

—El hecho de que vivamos juntos no modifica el mundo, Vivaldo.

—Lo modifica, al menos para mí.

—Porque eres blanco.

Vivaldo sintió de pronto que iba a gritar, allí mismo, en la calle llena de gente, o que iba a apretar sus fuertes dedos alrededor del cuello de Ida. Las luces del cine oscilaban ante él y la acera parecía ladearse.

—¡Termina con eso! —exclamó, con una voz que no se reconoció—. ¡Termina con eso! ¡Deja de tratar de matarme! Yo no tengo la culpa de ser blanco. Yo no tengo la culpa de que tú seas negra. Yo no tengo la culpa de

que él esté muerto. —Echó hacia atrás la cabeza vivamente para dispersar las lágrimas, para enfocar las luces, para nivelar la acera. Y con otra voz añadió —. Él está muerto, querida, pero nosotros estamos vivos. Estamos vivos y yo te quiero, te quiero. Por favor, no trates de matarme. ¿Es que no me quieres? ¿Me quieres, Ida, me quieres?

Volvió la cabeza y miró a Ida. Ella no miró ni dijo nada; no dijo nada durante una manzana o más. El cine se fue acercando. Cass y Eric se hallaban bajo la marquesina y les saludaron con movimientos de las manos.

—Lo que no comprendo —dijo Ida lentamente— es que puedas hablar de amor cuando no quieres saber lo que sucede. Y de *eso* no tengo yo la culpa. ¿Cómo puedes decir que querías a Rufo si no deseabas saber muchas cosas acerca de él? ¿Cómo puedo creer que me amas? —Y con un desamparo curioso le tomó del brazo—. ¿Cómo puedes amar a alguien de quien no sabes nada? No sabes dónde he estado. No sabes cómo es la vida para mí.

—Pero estoy dispuesto a pasar el resto de mi vida averiguándolo.

Ida echó hacia atrás la cabeza y rió:

—¡Oh, Vivaldo! *Puedes* pasar el resto de tu vida averiguándolo, pero no será porque estés dispuesto a hacerlo. —Y añadió, con ferocidad: —Y no será a *mí* a quien descubrirás. —Soltó su brazo y le lanzó una extraña mirada de soslayo que Vivaldo no pudo interpretar; parecía de compasión e indiferencia al mismo tiempo—. Siento haber herido tus sentimientos, y no trato de matarte. Sé que no eres responsable por... por el mundo. Y escucha: no te censuro porque no estés dispuesto. Yo no estoy dispuesta, nadie está dispuesto. Nadie está dispuesto a pagar sus deudas.

Y se adelantó, sonriendo, para saludar a Cass y Eric.

—Hola, muchachos —dijo, y Vivaldo observó su sonrisa de pihuela, sus ojos llameantes—. ¿Cómo están? —Palmeó a Eric ligeramente en la mejilla—. Me dicen que comienza usted a disfrutar de Nueva York casi tanto como disfrutaba de París. ¿Qué hay de eso? Aquí no somos tan malos, ¿verdad?

Eric se ruborizó, frunció humorísticamente los labios, y dijo:

—Disfrutaría aquí mucho más si ustedes hubieran puesto sus ríos y sus puentes en medio de la ciudad en vez de haberlos llevado a los bordes. No se puede *respirar* en esta ciudad durante el verano; es espantoso. —Miró a Vivaldo—. No sé cómo podéis soportarlo vosotros, los bárbaros.

—Si no fuera por nosotros, los bárbaros —replicó Vivaldo—, vosotros, los mandarines, no lo pasaríais muy bien. —Besó a Cass en la frente y acarició a Eric ligeramente en el cuello—. De todos modos, me alegro de verte.

—Tenemos una buena noticia —dijo Cass—, pero supongo que debo dejar que la diga Eric.

—Bueno, no estamos completamente seguros de que sea una buena noticia —declaró Eric, y miró a Ida y Vivaldo—. De todos modos, creo que la debemos mantener en suspenso durante un rato. Si a ellos no les parece que yo soy lo mejor que han visto nunca en este cine, creo que debemos dejar que descubran qué sucede cuando lo descubra el público en general.

Levantó el mentón y fue fanfarroneando a la taquilla.

—¡Oh, Eric! —gritó Cass—. ¿No puedo decírselo? —Y añadió, dirigiéndose a Ida y Vivaldo: —Tiene algo que ver con la película que vamos a presenciar.

—Bueno, tiene que decírnoslo —declaró Ida— o no entraremos. —Levantó la voz en dirección de la espalda de Eric—. Conocemos a otros actores.

—Vamos, Cass, tiene que decírnoslo ahora —insistió Vivaldo.

Cass volvió a mirar en la dirección de Eric con una sonrisita ceñuda y suplicó:

—Déjame que se lo diga, querido.

Eric se volvió, sonriendo, con las entradas en la mano, y contestó:

—No sé cómo hacerte callar.

Se acercó a Cass y le rodeó el hombro con el brazo.

—Bueno —dijo Cass, más pequeña y más radiante que nunca, y mientras hablaba Eric le miraba con una sonrisa divertida y afectuosa—. Eric no tiene mucho papel en esta película; sólo aparece en una o dos escenas y dice unas pocas palabras.

—*Tres escenas* —le rectificó Eric— y apenas una palabra. Si alguno de ustedes estornuda, morirá.

—... pero fundándose en eso... —continuó Cass.

—No sólo fundándose en eso —volvió a rectificar Eric.

—¿Quieres dejar que hable ella? —preguntó Vivaldo—. Adelante, Cass.

—... fundándose en esta actuación...

—... revelación...

—¡Vete al diablo! —exclamó Vivaldo.

—Es un perfeccionista —dijo Cass.

—Va a ser un hombre muerto si no deja de interrumpir —intervino Ida—. ¡Dios mío, aborrecería trabajar con usted! Continúe por favor, Cass.

—Pues bien, han llegado telegramas y llamadas telefónicas de Hollywood preguntándole si quiere interpretar... —y miró a Eric.

—No se interrumpa ahora —pidió ida.

Eric, muy pálido, explicó:

—Se les ha ocurrido la idea disparatada de hacer una versión cinematográfica de *Los endemoniados*...

—La novela de Dostoievsky —dijo Cass.

—Gracias —replicó Vivaldo—. ¿Y?

—Quieren que interprete el papel de Stavrogin.

Se hizo un silencio total, todos miraron a Eric, quien les miró a su vez, inquieto. Le brillaba una coronita de sudor en la frente, bajo la línea del pelo. Vivaldo sintió un fuerte arrechucho de celos y de temor y exclamó:

—¡Bravo!

Eric le miró y pareció leer en su corazón. Frunció la frente ligeramente, como si se preparara para una pelea.

—Probablemente va a ser una película terrible —dijo—. ¿Pueden imaginarlos haciendo *Los endemoniados*? Yo no lo tomé realmente en serio hasta que me fue a ver mi agente. Luego me fue a ver también Bronson, porque se va a producir una especie de conflicto con *El paraíso de la caza*. Íbamos a comenzar los ensayos el mes próximo y, ¿quién sabe?, quizás sea un gran éxito. Por lo tanto, tendremos que arreglar el asunto.

—Pero ellos están dispuestos a hacer cualquier cosa por conseguir a Eric —dijo Cass.

—Eso no es enteramente cierto, no le crean. No están más que muy interesados. Yo no creo nada hasta que lo vea. —Sacó un pañuelo azul del bolsillo trasero y se secó la cara—. Entremos.

—Amiguito —le dijo Vivaldo—, vas a ser un astro. —Besó a Eric en la frente—. ¡Hijo de perra!

—Nada está aún resuelto —y Eric miró a Cass—. En realidad soy parte de un mecanismo económico. Pueden conseguirme barato, ¿saben?, y cuentan con casi todos aquellos de quienes se ha oído hablar para los otros papeles. Mi agente me explicó que mi nombre irá debajo del título.

—Pero del mismo tamaño —añadió Cass.

—Es una de esas *presentaciones* —dijo Eric, y rió.

Pareció por primera vez complacido con su buena noticia.

—Bueno —dijo Ida—, parece que ahora está usted lanzado. Le felicito.

—¿Pero qué van a hacer con ese acento de antes de la guerra? —preguntó Vivaldo.

—Vamos a ver esta película —contestó Eric— Hablo en francés en ella. —Rodeó con el brazo el hombro de Vivaldo—. Impecablemente.

—¡Al diablo! —exclamó Vivaldo—. No tengo realmente ganas de ver una película. Preferiría ir a alguna otra parte para que te emborraches.

—Lo harás en cuanto termine la película.

Entraron en la sala, riendo, en el momento en que comenzaba la película francesa. Los títulos aparecían sobrepuestos en un montaje de vistas de París por la mañana: obreros que se dirigían al trabajo en bicicleta, que descendían de las colinas de Montmartre, que cruzaban la Plaza de la Concordia, que pasaban por la gran plaza situada ante Notre Dame. En enormes primeros planos se encendían y apagaban los semáforos, subían y bajaban los bastones blancos de los agentes de tránsito; pronto se hizo evidente que uno había descubierto ya al personaje central y lo seguiría a su destino, el que, a juzgar por la música, sería un patíbulo. La película era uno de esos dramas de política, sexo y venganza que gustan a los franceses, y el protagonista uno de los grandes actores franceses que había muerto apenas terminada la filmación. Por lo tanto la obra, aunque no era notable en sí misma, ejercía esa innegable fascinación necrofílica. Trabajar con ese actor, estar en el escenario mientras ese hombre trabajaba, había sido una de las grandes aventuras de la vida de Eric. Y aunque Cass, Vivaldo e Ida se interesaban por la película principalmente porque Eric aparecía en ella, la atención que ponía era dictada por la silenciosa intensidad de la adoración de Eric. Todos ellos habían oído hablar del gran actor y le admiraban. Pero no podían ver, por supuesto, como veía Eric, con qué economía de medios conseguía grandes efectos y convertía un papel indiferente en una creación sorprendente.

Por otra parte, así como el apasionamiento francés por la disputa y la desconfianza en la comunidad hacía irremediablemente frívolo el aspecto político de la película, así también la extraordinaria actuación del astro masculino planteaba la cuestión de por qué se había invertido tanta energía y tanto talento en algo de tan poca importancia.

Ida asió la mano de Vivaldo en la oscuridad y la retuvo como si fuera una niña que suplicaba mudamente confianza y perdón. Él apretó su hombro contra el de ella y quedaron apoyados el uno en el otro. La película proseguía. Cass cuchicheaba con Eric y Eric con Cass. Cass se volvió hacia los otros y les dijo en voz baja:

—¡Ahí viene él!

La cámara mostró un café lleno de gente y se detuvo finalmente en un grupo de estudiantes.

—¡Ése es nuestro muchacho! —exclamó Ida, molestando a las personas que les rodeaban y que durante un momento zumbaron como la más

horripilante nube de insectos.

Cass se inclinó y besó a Eric en la nariz, y Vivaldo murmuró:

—Estás muy bien.

Durante toda esa breve escena, Eric permaneció inmóvil, mientras a su alrededor disputaban los estudiantes; tenía la cabeza echada hacia atrás y apoyada en la pared y los ojos cerrados. Pero el director lo había colocado de tal modo que su somnolencia de borracho unificaba la escena y destacaba la futilidad de los conversadores apasionados. Alguien empujaba la mesa y la posición de Eric cambiaba ligeramente. Parecía estar hecho de goma y huir de la controversia que bramaba a su alrededor, en la que, no obstante, se hallaba complicado fatalmente. Vivaldo sabía que Eric no se comportaba así cuando se emborrachaba; por el contrario, lo que se manifestaba en él entonces era el rebelde meridional y cierta cualidad de varilla de acero; y Vivaldo, al mismo tiempo que se daba cuenta de que Eric hacía mucho haciendo tan poco, vislumbraba por primera vez quién era Eric realmente. Resultaba muy extraño ver mejor a Eric cuando representaba que cuando era, como se dice, él mismo. La cámara se movía muy poco durante esta escena y Eric estaba constantemente enfocado. La luz en que se hallaba atrapado no cambiaba y en consecuencia su rostro quedaba expuesto como nunca en la vida real. Y el director seguramente había colocado a Eric allí porque su rostro producía el efecto de una nota de pie de página al tormento del siglo xx. Bajo la luz implacable, la frente arrugada, tensa y de granulación gruesa sugería también el cráneo paciente; efecto que subrayaba el promontorio de las cejas y lo recóndito de los ojos. La nariz era saliente y ligeramente respingada, pero más hueso que carne. Y los labios llenos y ligeramente separados parecían solitarios e indefensos, apenas protegidos por el mentón obstinado. Era el rostro de un hombre, de un hombre atormentado. Sin embargo, precisamente de la manera en que la gran música depende, esencialmente, del gran silencio, así también definía y hacía poderosa esa masculinidad algo que no era masculino. Pero tampoco era femenino, y en Vivaldo algo se oponía a la palabra *andrógino*. Era una cualidad a la que gran número de personas responderían sin saber a qué respondían. Había una gran fuerza en el rostro, y una gran delicadeza. Pero, así como la mayoría de las mujeres no son delicadas, ni fuertes la mayoría de los hombres, era un rostro que sugería, resonantemente, en el fondo, la verdad acerca de nuestra manera de ser.

Eric, sin mover la cabeza abría de pronto los ojos y miraba confusamente alrededor de la mesa. Luego parecía disgustado, se levantaba y desaparecía rápidamente. Todos los estudiantes reían. Se mostraban cáusticos acerca de su

compañero desaparecido, dando a entender que el personaje representado por Eric carecía de coraje. La película continuaba y Eric aparecía otras dos veces, una en silencio, en el fondo, durante un consejo de guerra juvenil, y por último, hacia el final de la película, en una terraza, con una ametralladora en la mano. Mientras pronuncia sus únicas palabras: «*Nom de Dieu, que j'ai soif!*», la cámara giraba para mostrarlo enmarcado en la mira de un fusil enemigo; la sangre brotaba de pronto de los labios de Eric y él se deslizaba fuera de la azotea y se perdía de vista. Con la muerte de Eric la película moría también para ellos y, por suerte, terminó muy pronto. Salieron de la fría oscuridad al horno del mes de julio.

—¿Quién va a pagarme ese trago? —preguntó Eric. Sonreía pálidamente, y causaba impresión verlo de pie en la acera poco después de haber aparecido en la película en carne y hueso—. De todos modos, salgamos de aquí antes de que la gente comience a pedirme autógrafos —y rió.

—Podría suceder eso, querido —dijo Cass—, pues has actuado muy bien en la pantalla.

—La película no es gran cosa —comentó Vivaldo—, pero tú estás estupendamente.

—En realidad no tenía nada que hacer.

—No —replicó Ida—, pero ha sacado un buen partido de ello.

Caminaron en silencio durante unos instantes.

—Me temo que sólo pueda beber una copa con ustedes —dijo Cass— y luego me tendré que ir a casa.

—Eso está bien —dijo Ida—. No haraganearemos con estos tipos hasta altas horas de la madrugada. Yo tengo que ver a mucha gente mañana. Además —miró a Vivaldo con una sonrisa—, no creo que ellos se hayan visto a solas ni una vez desde que Eric desembarcó.

—Y usted piensa que conviene que les dejemos una noche libre.

—Si no se la damos, se la tomarán. Pero así podemos parecer buenas, y eso es siempre conveniente. —Rió—. Es cierto, Cass: tiene que ser *inteligente* si quiere conservar a su hombre.

—Debería haber comenzado a recibir sus lecciones hace años.

—Cuidado —dijo Eric suavemente—, porque no creo que eso sea muy halagador.

—Lo decía en broma —afirmó Cass.

—Bueno, no estoy muy seguro.

Entraron en el bar de Benno, que estaba casi vacío esa noche, y se sentaron, en medio de un silencio algo brusco y misterioso, a una de las mesas

del fondo. Ese silencio se debía a que cada uno de ellos tenía en la mente más cosas de las que podía decir fácilmente. Sus sexos, por decirlo así, se lo impedían. Quizás las mujeres deseaban conversar entre ellas acerca de sus hombres, pero no podían hacerlo estando ellos presentes; y Eric y Vivaldo tampoco podían descargar sus pensamientos en presencia de Ida y Cass. En consecuencia, dijeron frivolidades acerca de la película que habían visto y de la que iba a hacer Eric. Incluso esa charla era restringida y cautelosa, pues Eric mostraba una renuencia inconfesada a ir a Hollywood. Vivaldo no podía adivinar cuál era el carácter de esa renuencia, pero cierta preocupación y cierto temor se reflejaban en el rostro de Eric como la luz de un faro, y Vivaldo pensaba que quizás Eric temiese que le atraparan en las alturas como le habían atrapado anteriormente en las profundidades. Quizás temiera, como Vivaldo sabía que temía él mismo, cualquier verdadero cambio en su situación. Y pensaba: «Las mujeres tienen más valor que nosotros, pero quizás no pueden elegir».

Después de beber una copa, pusieron a Ida y Cass juntas en un taxi. Ida le dijo a Vivaldo:

—No me despiertes cuando vayas a casa.

Y Cass a Eric:

—Te llamaré mañana en algún momento.

Los dos se miraron. Vivaldo exclamó, sonriendo:

—¡Bueno! Aprovechemos la ocasión, amigo. Vamos a emborracharnos.

—No quiero volver al bar de Benno. Es mejor que vayamos a mi casa. Tengo algo para beber.

Muy bien. Prefiero más acompañarte a tu casa que tenerte que *arrastrar* a tu casa. No sabes lo mucho que me alegro de verte.

Echaron a andar hacia casa de Eric.

—Yo también deseaba verte —dijo Eric—, pero... —se miraron y sonrieron— hemos estado muy ocupados.

—Somos buenos hombres y fieles —rió Vivaldo—. Supongo que Cass no es tan... impredecible como puede serlo Ida.

—Y yo supongo que tú no eres tan impredecible como yo.

Vivaldo sonrió, pero no dijo nada. Las calles estaban muy oscuras y tranquilas. En una de las laterales se alzaba un árbol solitario que iluminaba la luna.

—Todos somos impredecibles —dijo por fin— de una manera u otra. No desearía que creyeses que tú eres especial.

—Es muy difícil vivir con eso. Quiero decir con la sensación de que uno no es nunca lo que parece, nunca, y, sin embargo, lo que uno parece ser es probablemente, hasta cierto punto, casi exactamente, lo que uno es. ¿Entiendes lo que quiero decir?

—Quisiera no entenderlo, pero me temo que sí.

El edificio en que vivía Eric se hallaba en una calle con árboles, hacia el oeste, no lejos del río. Era muy tranquila, con excepción del ruido proveniente de dos figones, uno en cada esquina. Eric había estado en ellos en una ocasión.

—Uno es gay —dijo— y parece un cementerio. El otro es de estibadores, y también bastante aburrido. Los estibadores nunca van al bar gay y los muchachos gays nunca van al bar de los estibadores, pero saben dónde se pueden encontrar cuando cierran los bares a lo largo de esta calle. Todo ello me parece muy triste, pero quizás sea porque he estado fuera demasiado tiempo. No me gustan esas cosas a hurtadillas, pues creo que el pecado debe ser divertido.

Vivaldo rió, pero pensaba, con asombro y un poco de temor, que Eric había cambiado. Nunca hablaba así anteriormente. Y contemplaba la calle silenciosa y las sombras que arrojaban las casas y los árboles con una nueva sensación de su amenaza y de su aterradora soledad. Y volvió a mirar a Eric, de un modo muy parecido a como le había mirado en la película, preguntándose otra vez quién era Eric y cómo lo soportaba.

Entraron en el pequeño vestíbulo iluminado y subieron por la escalera al apartamento de Eric. Una luz, la lamparilla colocada junto a la cama, ardía.

—Es para mantener alejados a los ladrones —dijo Eric.

El apartamento se hallaba en un desorden familiar, con la cama sin hacer y las ropas de Eric arrojadas sobre sillas o colgadas en cualquier protuberancia.

—¡Pobre Cass! —rió Eric—. Se empeña en establecer aquí algún orden, pero es una tarea difícil. De todos modos, tal como marchan las cosas entre nosotros, yo no le doy mucho tiempo para que se ocupe en ordenar las cosas.

Recorrió la habitación recogiendo objetos y ropas que luego dejó amontonados en la mesa de la cocina. Encendió la luz de ésta y abrió la nevera. Vivaldo se dejó caer en la cama deshecha. Eric preparó dos bebidas y fue a sentarse frente a él en un sillón de respaldo recto. Reinó el silencio durante un momento.

—Apaga la luz de la cocina —dijo Vivaldo—. Me da en los ojos.

Eric se levantó, apagó la luz de la cocina y volvió con la botella de *whisky*, que dejó en el suelo. Vivaldo se quitó los zapatos y estiró las piernas, jugando con los dedos de un pie.

—¿Estás enamorado de Cass? —preguntó bruscamente.

El cabello rojo de Eric destelló a la débil luz al bajar la cabeza para mirar su bebida. Luego miró a Vivaldo y contestó:

—No. No creo que esté enamorado de ella. Creo que desearía estarlo. Me interesa mucho... pero no estoy enamorado.

Y bebió.

—Pero ella está enamorada de ti. ¿No es así?

—Supongo que sí. Ella cree que lo está. No lo sé. ¿Qué significa estar enamorado? ¿Tú estás enamorado de Ida?

—Sí.

Eric se levantó y fue a la ventana.

—Tú ni siquiera tienes que pensar en ello —dijo, dando la espalda a Vivaldo—. Supongo que eso me dice dónde estoy. Yo te envidiaba, ¿lo sabías?

—Tenías que estar loco. ¿Por qué?

—Porque eres normal.

Se volvió de cara a Vivaldo, que echó hacia atrás la cabeza y rió.

—La adulación no te llevará a ninguna parte, amigo. ¿O es una inculpación sutil?

—No es una inculpación. Pero me alegro de no seguir envidiándote.

—¡Al diablo! Soy yo quien podría envidiarte. Puedes hacerlo con hombres y mujeres, y a veces he deseado poder hacerlo yo también. Todos tenemos nuestras preocupaciones.

Eric estaba muy serio. Refunfuñó, evasivamente, y volvió a sentarse.

—Tú has deseado poder hacerlo... *dices*. Y yo desearía no poder hacerlo.

—Dices.

Se miraron y sonrieron. Luego Eric dijo:

—Espero que te vaya con Ida mejor que a mí con Rufo.

Vivaldo sintió un escalofrío. Desvió la vista de Eric a la ventana; las oscuras calles solitarias parecían inundarles. Preguntó:

—¿Cómo te fue con Rufo?

—Era terrible, me volvió loco.

—Me lo imaginaba. ¿Ha terminado todo eso ahora? Quiero decir... ¿Es Cass en cierto modo la que te indica el futuro?

—No sé. Yo creía que podía enamorarme de Cass, pero... pero no. La quiero mucho, nos va muy bien juntos. Pero no se me ha metido en las entrañas como supongo que se te ha metido a ti Ida.

—Quizás sea porque no estás enamorado de ella. Uno no se enamora cada vez que se acuesta. No hay que enamorarse para tener una buena aventura amorosa.

Eric guardó silencio un momento y luego dijo:

—No, pero una vez que se ha estado... —y se quedó mirando su bebida.

—Sí, lo sé.

—Creo que tengo que aceptar... o decidir... algunas cosas muy extrañas ahora mismo.

Fue a la cocina oscura, volvió con hielo y renovó su bebida y la de Vivaldo. Se sentó otra vez en el sillón.

—He pasado años, así me parece, pensando que un buen día despertaría y todo mi tormento habría terminado, toda mi indecisión habría llegado a su fin y ningún hombre, ningún muchacho, ningún varón volvería a influir en mí.

Vivaldo se ruborizó, encendió un cigarrillo y dijo:

—Yo no puedo estar seguro de que un buen día no me sienta atraído por algún muchacho... como le sucede al protagonista de *La muerte en Venecia*. Del mismo modo tú no puedes estar seguro de que una mujer no te espere a ti, precisamente a ti, en alguna parte del camino.

—Ciertamente, no puedo estar seguro. Y, no obstante, tengo que decidir.

—¿Qué tienes que decidir?

Eric encendió un cigarrillo.

—Quiero decir que en mi opinión se debe ser sincero con la vida que uno *tiene*. De otro modo no hay posibilidad de conseguir la vida que uno *desea*. O cree que desea.

—O la vida que crees que *deberías* desear.

—La vida que uno cree que debería desear es siempre la vida que parece más segura. —Eric miró hacia la ventana. La única luz de la habitación, que llegaba desde detrás de Vivaldo, se reflejaba en su rostro—. Cuando estoy con Cass es divertido y a veces... bueno, realmente fantástico. Y hace que me sienta tranquilo y protegido... y fuerte. Hay algunas cosas que sólo puede darte una mujer. —Fue a la ventana y atisbó a través de las tablillas de la persiana veneciana, como si esperara el momento en que los hombres de los campamentos opuestos levantaran sus tiendas de campaña y se reunieran a la sombra de los árboles—. Y, no obstante, hasta cierto punto, todo es una especie de calistenia superior. Es un gran desafío, una gran prueba, un gran

juego. Pero no siento realmente ese *terror*, esa angustia y esa alegría que he sentido a veces con unos cuantos hombres. No invierto en ello lo bastante de mí mismo; es casi como si estuviera haciendo algo por Cass. —Se volvió y miró a Vivaldo—. ¿Tiene eso sentido para ti?

—Creo que sí, que lo tiene.

Pero Vivaldo recordaba algunas noches que había pasado en la cama con Jane, cuando ella estaba lo bastante embriagada para mostrarse insaciable; recordaba su aliento y su cuerpo resbaladizo y la misteriosa impersonalidad de sus gritos. En esa ocasión había sentido un terrible dolor de estómago, pero Jane no le daba descanso y finalmente, para no meterle el puño en la garganta, se había arrojado sobre ella desesperadamente, con el propósito de agotarla y poder dormir algo. Pero sabía que no era de eso de lo que hablaba Eric.

—Quizás —dijo Vivaldo, vacilante, pensando en la noche pasada en la terraza con Harold y en las manos de Harold— eso sea algo parecido a la sensación que yo tendría si me acostara con un hombre sólo porque me *gustara* y él me deseara.

Eric sonrió torvamente.

—No estoy seguro de que sea una buena comparación, Vivaldo. El sexo es demasiado personal. Pero si tú te acostaras con un tipo sólo porque él te deseaba, tú no tendrías responsabilidad alguna por ello, no harías parte alguna del trabajo. Él haría todo el trabajo. Y la idea de ser pasivos es muy atractiva para muchos hombres, quizás para la mayoría de los hombres.

—¿De veras? —Vivaldo apoyó los pies en el suelo y bebió un largo trago. Luego miró a Eric, suspiró y sonrió—. Haces que todo ello parezca un poco escabroso, ¿no?

—Bueno, así es como parece desde mi punto de vista. —Hizo una mueca, echó la cabeza hacia atrás y bebió su *whisky*— Quizás me lamento porque deseaba creer que en alguna parte, y para algunas personas, la vida y el amor son más fáciles de lo que lo son para mí. Acaso era más fácil que me considerara a mí mismo un invertido y atribuyera a ello mi aflicción.

El silencio llenó la habitación como un escalofrío. Eric y Vivaldo se miraron con una intensidad extrañamente beligerante. Había una gran pregunta en los ojos de Eric y Vivaldo se volvió como si se alejara de un espejo y se dirigió a la puerta de la cocina.

—¿Crees realmente que eso no tiene importancia? —le preguntó.

—No sé. ¿Tiene alguna importancia la importancia?

—Bueno —dijo Vivaldo, golpeando con la uña del pulgar los goznes de la puerta—, creo ciertamente que el verdadero juego amoroso se hace entre

hombres y mujeres. Y es físicamente más fácil. —Lanzó a Eric una mirada rápida—. ¿No es así? Además... hay hijos.

Eric replicó, riendo:

—Nunca he oído hablar de dos tipos que desearan hacerlo y fracasaran por no tener el tamaño debido. El amor siempre encuentra un camino, amigo. Yo no sé nada del béisbol y por lo tanto no sé si la vida es o no un juego de béisbol. Quizás lo sea para ti. No lo es para mí. Y si lo que quieres es hijos, puedes hacerlos en cinco minutos y no tienes que amar a nadie para hacerlos. Si todos los niños que nacen aquí cada año fueran traídos por el amor, ¡qué feliz sería este mundo!

Vivaldo sintió, en el fondo mismo de su corazón, que surgía cierto odio renuente, contra el cual luchaba como habría luchado contra el vómito.

—No puedo decidir —dijo— si quieres hacer a todos tan desdichados como tú o si todos son tan desdichados como tú.

—Bueno, no lo digas así, amigo. ¿Tú eres feliz? ¿Tiene eso algo que ver conmigo, tiene que ver cómo vivo, o qué pienso, o cuán desdichado soy, o cómo lo haces tú?

La pregunta quedó colgada en la habitación como el humo que ondulaba entre Eric y Vivaldo. Era una pregunta tan densa como el silencio durante el cual Vivaldo dejó de mirar a Eric para registrar su corazón en busca de una respuesta. Estaba asustado y Eric estaba asustado también. Se observaban el uno al otro.

—Estoy enamorado de Ida —dijo Vivaldo—, y a veces lo hacemos bellamente, bellamente, y otras veces, no. Y entonces es espantoso.

—Yo también estoy enamorado. Se llama Yves. Va a venir a Nueva York muy pronto. Hoy recibí carta suya.

Se levantó, fue a su escritorio, tomó la comedia, la abrió y sacó un sobre de correo aéreo. Vivaldo contempló su rostro, que había adquirido en un instante una expresión cansada y transfigurada. Eric abrió la carta y volvió a leerla.

—A veces —dijo— nosotros lo hacemos también y es hermoso. Y cuando no lo hacemos es espantoso. —Se sentó—. Cuando antes hablaba de aceptar o decidir, pensaba en él. —Hizo una pausa y arrojó la carta a la cama. Se hizo un largo silencio que Vivaldo no se atrevía a interrumpir—. Debo comprender que si yo soñaba con la escapatoria, y soñaba con ella cuando comenzó ese asunto con Cass, pensaba que acaso ésa era mi oportunidad para cambiar, y me *alegraba*. Yves, que es mucho más joven que yo, también soñará con la

escapatoria. Y debo prepararme para dejar que se vaya. Se irá. Y creo que *debe* irse, probablemente para hacerse hombre.

—Quieres decir para hacerse él mismo.

—Sí. —Y volvió el silencio. Por fin añadió: —Lo único que puedo hacer es quererle. Pero eso quiere decir, ¿verdad?, que no puedo engañarme a mí mismo pretendiendo que quiero a otra persona. No puedo hacer una promesa mayor que la que he hecho ya... no en este momento, y quizás nunca haré una promesa mayor. No puedo ser leal y ruin al mismo tiempo. No puedo obrar como si fuera libre sabiendo que no lo soy. Tengo que vivir con eso, tengo que aprender a vivir con eso. ¿No tiene eso sentido, o estoy loco? —Había lágrimas en sus ojos. Se acercó a la puerta de la cocina y miró a Vivaldo. Luego se apartó y añadió: —Tienes razón. Tienes razón. No hay nada que decidir. Hay que aceptarlo todo.

Vivaldo se alejó de la puerta y se tendió de bruces en la cama, con los largos brazos colgando hasta el suelo.

—¿Sabe Cass lo de Ivés? —preguntó.

—Sí. Se lo dije antes de que sucediera nada. Pero tú sabes cómo son esas cosas. Tratábamos de ser honorables. Nada podía habernos contenido en aquel momento; nos necesitábamos demasiado el uno al otro.

—¿Qué vas a hacer ahora? —Señaló con un gesto la carta, que estaba en algún lugar bajo su ombligo—. ¿Cuándo llega Yves?

—Dentro de unas dos semanas, según la carta. Puede ser un poco más tarde o un poco antes.

—¿Se lo has dicho a Cass?

—No, se lo diré mañana.

—¿Cómo crees que lo tomará?

—Ella ha sabido siempre que él iba a venir. No sé cómo tomará su llegada real.

Oyeron pasos en la calle que caminaban rápidamente y alguien que silbaba. Eric miró de nuevo a la pared con el ceño muy fruncido. Se oyeron otras voces en la calle.

—Supongo que comienzan a cerrar los bares —dijo Eric.

—Sí. —Vivaldo se incorporó y miró hacia las persianas que los aislaban de la selva—. Eric, ¿cómo puede uno soportar todo eso? ¿Cómo puedes vivir si no puedes amar? ¿Y cómo puedes vivir si amas?

Y miró a Eric, que no contestó y cuyo rostro brillaba a la luz amarilla, tan misteriosamente impersonal y tan terriblemente conmovedor como podía

haber sido una mascarilla mortuoria de Eric siendo niño. Se dio cuenta de que los dos comenzaban a estar borrachos.

—No comprendo cómo puedo vivir con Ida y no comprendo cómo podría vivir sin ella. Paso todos los días rezando. Cada mañana, cuando me despierto, me sorprende encontrarla todavía a mi lado. —Eric le observaba completamente rígido e inmóvil; parecía que apenas respirase y sólo estuvieran vivos sus ojos—. Y, sin embargo, a veces deseo que ella no estuviera allí, a veces lamento haberla conocido, a veces pienso en ir a cualquier parte para librarme de esa carga. Ella nunca me deja olvidar que soy blanco, nunca me deja olvidar que ella es negra. ¡Y no me importa, no me importa! ¿Te hizo alguna vez eso Rufo? ¿Trató de hacerte pagar?

Eric bajó la vista y apretó los labios.

—¡Oh! Él no *trató*, pero yo pagué. —Miró a Vivaldo—. Pero eso ya no me pesa. Si no hubiera sido por Rufo no habría tenido que irme, no habría conocido a Yves. —Se levantó y fue a la ventana, al otro lado de la cual se oían cada vez más voces—. Quizás para eso sirva el amor.

—¿Duermes con alguien además de Cass?

—No.

—Lo siento. Pensaba que podías hacerlo. Yo no duermo con nadie más que con Ida.

—No podemos estar en todas partes al mismo tiempo.

Escucharon los pasos y las voces de la calle; alguien cantaba, alguien llamaba, alguien maldecía. Y alguien corría. Luego volvió el silencio.

—Es cierto —dijo Eric— que se puede hacer niños sin amor, pero si se ama a la persona con quien se hace los niños tiene que ser algo fantástico.

—Ida y yo podríamos tener niños magníficos.

—¿Crees que lo desearías?

—No lo sé. Lo he deseado, pero... —se tendió en la cama, mirando al techo—. No lo sé.

Durante un momento se permitió el lujo de soñar con los hijos de Ida, aunque sabía que esos hijos nunca nacerían y que aquel momento era lo único que podía tener por siempre de ellos. Sin embargo, soñó con un varoncito que tenía la boca y los ojos de Ida y la frente y el cabello de él, sólo que más rizado, y el color de *ambos*. ¿Cuál sería ese color? En la calle volvieron a oír un grito, un estallido y un rugido. Eric apagó la lamparilla y abrió las persianas, y Vivaldo se le unió en la ventana. Pero no había nada que ver, la calle estaba vacía, oscura y tranquila, aunque flotaba un eco de voces que disminuía.

—Una de las últimas veces que vi a Rufo... —comenzó a decir Vivaldo de pronto, y se interrumpió.

Nunca había pensado en ello desde aquel momento, y en cierto modo nunca había pensado en ello.

Apenas podía divisar la cara de Eric en la oscuridad. Se apartó de él, fue a sentarse otra vez en la cama y encendió un cigarrillo. Y a la luz de la llamita el rostro de Eric saltó hacia él y luego desapareció en la oscuridad. Entreveía su silueta rojinegra al vago resplandor de la persiana.

Recordaba aquel terrible apartamento, y las lágrimas de Leona, y a Rufo con el cuchillo, y la cama con la sábana gris retorcida y la delgada manta; y todo ello parecía haber sucedido hacía muchos, muchos años. Pero en realidad sólo habían transcurrido unos meses.

—Nunca le he dicho esto a nadie hasta ahora —declaró— y la verdad es que no sé por qué te lo digo. La última vez que vi a Rufo antes de que desapareciera, cuando todavía estaba con Leona —suspendió el aliento, aspiró el humo del cigarrillo y su brillo hizo que la habitación volviera al mundo para sumirlos otra vez en el caos—, tuvimos una disputa y él dijo que iba a matarme. Y, al final mismo, cuando se acostó, después de haber llorado y haberme dicho muchas cosas terribles, lo miré; yacía de costado, con los ojos entreabiertos, y me miraba. Yo me quitaba los pantalones, porque Leona se había quedado en mi casa y yo tenía que estar allí porque temía dejarlo solo. Pues bien, cuando me miró, antes de cerrar los ojos y hacerse a un lado para dejarme sitio, completamente enroscado, tuve la horripilante sensación de que deseaba que lo tomara en mis brazos. Y no por el sexo, aunque quizás el sexo podía haber intervenido. Yo tenía la sensación de que él deseaba que alguien lo sostuviera, y de que esa noche tenía que ser un hombre. Yo estaba en la cama y pensaba en ello y miraba su espalda; la habitación estaba entonces tan oscura como se halla ésta ahora, y yo yacía de espaldas y no lo toqué ni dormí. Recuerdo esa noche como una especie de vigilia. No sé si él durmió o no; quería averiguarlo por su respiración, pero no podía hacerlo porque era demasiado agitada y quizás tenía pesadillas. Yo quería a Rufo, le quería y no deseaba que muriera. Pero cuando murió pensé en eso, lo pensé, ¿no es extraño? No sabía que lo hubiera pensado tanto como lo he hecho, y me preguntaba, creo que me lo pregunto todavía, qué habría ocurrido si lo hubiera tomado en mis brazos, si no hubiera tenido miedo. Temía que él no comprendiera que se trataba solamente de afecto, solamente de afecto. Pero, ¡oh. Dios mío!, cuando murió pensé que quizás podría haberlo salvado si me hubiera acercado a él los pocos centímetros que nos separaban en la cama y le

hubiera abrazado. —Sintió las lágrimas frías en el rostro y trató de secárselas—. ¿Comprendes lo que quiero decir? No le he hablado a Ida de esto, no se lo he dicho a nadie, no he vuelto a pensar en eso desde que él murió. Pero sospecho que he vivido con eso. Y nunca lo sabré, nunca lo sabré.

—No, nunca lo sabrás. Si yo hubiera estado aquí lo habría hecho... pero no habría servido para nada. Su amiguita trató de sostenerlo y fue inútil. —Se sentó en la cama junto a Vivaldo—. ¿Quieres una taza de café?

—¡No, qué diablos! —Se secó los ojos con el dorso de la mano—. Sigamos bebiendo. Y veamos cómo nace la aurora.

—Muy bien —y Eric comenzó a moverse, pero Vivaldo le tomó la mano.

—Eric —observó los ojos negros e interrogantes de Eric y sus labios ligeramente separados y sonrientes—, me alegro de haberte hablado de eso. Creo que no habría podido decírselo a ninguna otra persona.

Eric pareció sonreír. Tomó la cara de Vivaldo entre sus manos y la besó, con un beso suave y rápido en la frente. Luego su sombra se desvaneció y Vivaldo lo oyó en la cocina.

—No tengo hielo.

—¡Que se vaya al diablo el hielo!

—¿Agua?

—No... bueno, quizás un poco.

Eric volvió con dos vasos y puso uno en la mano de Vivaldo.

Brindaron.

—¡Por la aurora! —exclamó Eric.

—¡Por la aurora!

Se quedaron sentados el uno junto al otro, observando cómo aumentaba la luz detrás de la ventana y se filtraba en la habitación. Vivaldo suspiró y Eric se volvió para contemplar su rostro delgado y gris, y las largas mejillas en aquel momento hundidas, el vello de la barba creciente, la maravillosa boca resignada y los ojos negros que miraban fijamente porque comenzaban a mirar hacia adentro. Y Eric sentía, acaso por primera vez en su vida, la clave de la camaradería de los hombres. Allí estaba Vivaldo, alto, delgado, cansado, vestido, como casi siempre, de negro y blanco; tenía abierta la camisa blanca, casi hasta el ombligo, y estaba sucia, y dejaba al descubierto el vello rizado del pecho; el cabello de la cabeza, siempre demasiado largo, estaba revuelto y le caía sobre la frente. Y Eric olía el sudor de Vivaldo, sus sobacos e ingles, y se sentía terriblemente consciente de sus largas piernas. Allí estaba Vivaldo, sentado en su cama, y sólo unos pocos centímetros les separaban. Su hombro

casi tocaba el de Vivaldo y oía su respiración. Eran como dos soldados que descansaban de la batalla y a punto de volver a ella.

Vivaldo se tendió de espaldas en la cama, cubriéndose la frente con una mano y con la otra entre las piernas. Al poco tiempo roncaba; luego se estremeció y apoyó la cabeza en la almohada de Eric. Éste se sentó en la cama, solo, y lo contempló. Le quitó los zapatos, le aflojó el cinturón, y volvió su cara hacia él. La luz matutina bañaba al durmiente. Eric se preparó otra bebida, con hielo esta vez, pues ya lo había formado la nevera. Se le ocurrió volver a leer la carta de Yves, pero la sabía de memoria; y le aterraba la llegada de Yves. Se sentó en la cama, mirando a la mañana, y recitó para sí; *Mon plus cher. Je te préviendrai le jour de mon arrivée. Je prendrai l'avion. J'ai dit au revoir à ma mère. Elle a beaucoup pleuré. J'avoue que ça me faisait quelque chose. Bon. Paris est mortelle sans toi. Je t'adore mon petit et je t'aime. Comme j'ai envie de te serrer très fort entre mes bras. Je t'embrasse. Toujours à toi. Ton YVES.*

¡Oh, si! En alguna parte alguien puso en funcionamiento un aparato de radio. Había llegado el día. Eric terminó su bebida, se quitó los zapatos, se aflojó el cinturón y se tendió junto a Vivaldo. Apoyó la cabeza en el pecho de su amigo y, a la sombra de aquella roca, se durmió.

Ida le dijo al conductor del taxi:

—A la parte alta de la ciudad, por favor, al *Small's Paradise*. —Se volvió hacia Cass con una sonrisa triste e indicando a los desaparecidos Eric y Vivaldo añadió: —Ésta es *su* noche y ahora comienza. También la mía, sólo que la mía no será tan divertida.

—Creía que iba a su casa —dijo Cass.

—No. Tengo que ver a algunas personas. —Se miró pensativamente las uñas de los dedos—. No podía decírselo a Vivaldo y, por lo tanto, le ruego que no se lo diga usted. Se inquieta cuando tiene alrededor... algunos de esos músicos. No puedo censurarle, y tampoco puedo censurarles a ellos, pues sé cómo se sienten. Pero no quiero que se desquiten a costa de Vivaldo: ya sufre bastante. —Y tras una pausa añadió, en voz muy baja: —Y yo también.

Cass callaba, pues estaba demasiado asombrada. Lejos de imaginarse que ella e Ida fueran amigas, hacía ya tiempo que había llegado a la conclusión de que Ida le tenía antipatía y desconfiaba de ella. Pero ya no lo parecía. Ida se sentía solitaria y preocupada.

—Desearía que me acompañase usted y bebiese una copa conmigo allí —dijo Ida, retorciendo el anillo del dedo meñique.

Cass pensó inmediatamente que se sentiría allí muy fuera de lugar y que si Ida se entrevistaba con alguien no tenía objeto que ella la acompañara. Pero se daba cuenta de que no podía decir eso y de que Ida necesitaba una mujer con quien conversar, aunque sólo fuera unos minutos, y aunque la mujer fuera blanca.

—Muy bien —dijo—, pero sólo una copa. Tengo que apresurarme a ir a casa para ver a Ricardo.

Las dos rieron. Era casi la primera vez que reían juntas, y esa risa le reveló a Cass que la actitud de Ida respecto de ella se había modificado a causa del conocimiento que tenía de su adulterio. Quizás Ida tenía la sensación de que Cass era más digna de confianza y más mujer ahora que su virtud y su seguridad habían desaparecido. Y había también en aquella risa súbita y espontánea la vaga insinuación de una extorsión. Ida podía ser ahora más franca con Cass, puesto que el juicio del mundo, si fuera necesario enfrentarlo, condenaría a Cass más cruelmente que a ella. Pues Ida no era blanca, ni casada, ni madre. El mundo consideraba los pecados de Ida naturales, en tanto que los de Cass eran perversos.

—Los hombres son unos perros, ¿verdad, querida? —dijo Ida, y parecía triste y preocupada—. Yo no los entiendo, le juro que no los entiendo.

—Yo he creído siempre que usted los comprendía mucho mejor que yo.

Ida sonrió.

—Bueno, todo eso es cuestión de práctica. Además no es difícil entenderse con un hombre si a una él no le importa un bledo. La mayoría de los hombres con los que he tenido que ver no valían la pena. Y siempre he esperado de todos ellos que fueran así. —Guardó silencio y miró a Cass, que estaba muy quieta, mirando hacia abajo. El taxi se aproximaba a la Times Square—. ¿Comprende lo que quiero decir?

—No sé si lo comprendo. Creo que no. Yo sólo he tenido que ver con dos hombres... en toda mi vida.

Ida la miró especulativamente, con una sonrisita sardónica en los labios.

—Es muy difícil de creer, eso. Y difícil de imaginarlo.

—Bueno, yo nunca he sido muy bonita y he vivido una vida recoleta. Además, me casé muy joven.

Encendió un cigarrillo y cruzó las piernas. Ida miraba las luces y la multitud.

—Yo me pregunto —dijo— si me casaré alguna vez. Creo que no. No lo haré con Vivaldo y... —dio vueltas a su anillo— es difícil predecir lo que puede suceder, pero no veo un novio en perspectiva.

Cass guardó silencio un instante y luego preguntó:

—¿Por qué no se casará con Vivaldo? ¿No le quiere?

—El amor no tiene tanto que ver. Quiero decir que no lo cambia todo, como dice la gente. Puede ser un tormento. —Se movió, inquieta, en su estrecho espacio y miró por la ventanilla—. Claro que quiero a Vivaldo; es el hombre más amable que he conocido. Y sé que le doy malos ratos a veces. No puedo evitarlo. Pero no puedo casarme con él. Sería su final y el mío.

—¿Por qué? —Cass hizo una pausa y volvió a preguntar, con cautela—. ¿No querrá decir que porque él es blanco?

—Sí —contestó Ida, con violencia—, en cierto modo quiero decir eso. Quizás a usted le parezca terrible. Pero no me importa el color de su piel. No quiero decir eso. —Se interrumpió, tratando claramente de descubrir qué quería decir—. Sólo he conocido a un hombre mejor que Vivaldo y ese hombre era mi hermano. Bueno, usted sabe que Vivaldo era su mejor amigo, y Rufo se *moría* y Vivaldo no lo sabía. ¡Y yo estaba muy lejos y lo sabía!

—¿Cómo sabe usted que Vivaldo no lo sabía? Es usted muy injusta. Y *su* conocimiento no evitó nada, no cambió nada.

—Quizás no se pueda evitar ni cambiar nada, pero uno llega a saber lo que está sucediendo.

—Nadie sabe realmente lo que está sucediendo, Ida, nadie lo sabe realmente. Quizás usted sabe cosas que yo no sé, pero es posible que yo también sepa cosas que usted no sabe. Yo sé lo que es tener un hijo, por ejemplo, y usted no lo sabe.

—¡Oh, Cass! Yo puedo tener un maldito niño y lo sabré luego. Los niños no me gustan mucho, pero puedo tenerlos si lo deseo. Y dada la manera como se comporta Vivaldo, es probable que los tenga, lo desee o no. Pero —suspiró— eso no arregla las cosas. Usted no sabe, y no hay en el mundo ningún medio para que lo averigüe, lo que es ser una muchacha negra en este mundo y la manera como la tratan a una los hombres blancos y negros. Usted nunca ha pensado que el mundo entero no es más que un gran prostíbulo, y por lo tanto lo único que puede hacer una es decidirse a ser la prostituta más grande, más fría y más despiadada y obligarle al mundo a que pague. —Estaban en el parque. Ida se inclinó hacia delante y encendió un cigarrillo con manos temblorosas y luego hizo un gesto hacia fuera de la ventanilla—. Apuesto a que usted cree que estamos en un parque. No sabe que estamos en una de las grandes selvas del mundo. Usted no sabe que detrás de todos esos bonitos árboles la gente extorsiona y engaña y pasa apuros y agoniza. Agoniza, querida, en este momento mismo, mientras nosotras cruzamos esta oscuridad

en el taxi de este hombre. Y usted no lo sabe aunque se lo digan, no lo sabe aunque lo vea.

Cass se sentía muy lejos de Ida, y muy pequeña y desalentada.

—¿Cómo podemos saberlo, Ida? ¿Cómo puede culparnos si no lo sabemos? Nunca tuvimos la oportunidad de descubrirlo. Yo apenas sabía que existía el Central Park hasta después de casarme. —Y también ella miró al parque, tratando de ver lo que veía Ida; pero, por supuesto, sólo veía los árboles y las luces y el césped y el camino serpenteante y la forma de los edificios más allá del parque—. Apenas había personas de color en la ciudad donde me crié. ¿Cómo podía saberlo? —Y se aborrecía a sí misma por la siguiente pregunta, pero no podía dejar de hacerla—. ¿No cree usted que merezco algún encomio porque trato de ser humana, porque no intervengo en todo eso, porque... he salido de eso?

—¿De dónde diablos ha salido usted, Cass?

—De ese mundo, de esa vida vacía, sin sentido.

Ida se echó a reír. Era una risa cruel y, sin embargo, Cass tenía la sensación, muy fuerte, de que Ida no quería ser cruel. Parecía subir con esfuerzo, en su interior, una loma muy empinada y sin precedentes.

—¿No podríamos decirlo de otro modo querida, sólo para quejarnos? ¿No podríamos culpar de ello a la naturaleza y decir que usted vio a Ricardo y él la entusiasmó, y usted no salió realmente de ese mundo, sino que se casó?

Cass comenzaba a enojarse y se preguntaba por qué.

—No —contestó—. Mucho antes de conocer a Ricardo sabía que ésa no era una vida para mí.

Y eso era cierto, pero su voz carecía de convicción. E Ida, implacablemente, expresó con palabras la pregunta no formulada de Cass.

—¿Y qué habría sucedido si no hubiera aparecido Ricardo?

—No lo sé. Pero eso es una tontería. Él *vinó*. Y yo salí.

El aire se espesó entre ellas, como si estuvieran en los lados opuestos de un precipicio de la montaña, tratando de divisarse mutuamente a través de las nubes y la niebla, pero terriblemente asustadas por el precipicio que tenían a los pies. Pues ella había dejado a Ricardo, o, por lo menos, le engañaba, ¿y qué significaba ese fracaso? ¿Y qué hacía ahora con Eric, y qué significado tenía aquello? Comenzaba, vaga e involuntariamente, a sentir las vastas dimensiones de la acusación de Ida, al mismo tiempo que su antigua e incipiente culpabilidad respecto de su vida con Ricardo se abría paso una vez más al primer plano de su mente. Siempre había visto mucho más lejos que Ricardo y sabido mucho más que él; era más hábil, más paciente, más astuta y

más sincera; y él debía haber sido un hombre muy distinto, más fuerte y más despiadado, y *no* haberse casado con ella. Pero eso era lo que había sucedido y lo que sucedería siempre entre hombres y mujeres, en todas partes. ¿Era así? Arrojó su cigarrillo por la ventanilla. «Él *vino* y yo *salí*». ¿Lo había hecho ciertamente? El taxi se acercaba a Harlem. Se dio cuenta, con un pequeño sobresalto, de que no había estado allí desde la mañana del funeral de Rufo.

—Pero imagínese —decía Ida— que él viene, *ése* hombre que es *su* hombre, porque usted siempre lo sabe y seguramente él no viene todos los días, y no hay lugar para que usted salga o entre, porque llega demasiado tarde. Y cualquiera que sea el momento en que llegue es ya demasiado tarde, porque han sucedido ya demasiadas cosas cuando usted nace, y muchas más cuando se conocen.

—«Yo no creo eso —pensaba Cass—. Es demasiado cómodo. No lo creo». Y dijo en voz alta:

—Si se refiere usted a sí misma y Vivaldo, hay otros países. ¿No ha pensado nunca en eso?

Ida echó hacia atrás la cabeza y rió.

—¡Oh, sí! Y dentro de cinco o de diez años, cuando hayamos hecho el botín juntos, podremos preparar el equipaje e ir a uno de esos países. —Y añadió fieramente: —¿Y qué cree usted que nos habrá sucedido en esos cinco años? ¿Qué es lo que quedará? —Se inclinó hacia Cass—. ¿Qué cree usted que quedará entre usted y Eric dentro de cinco años? Porque yo sé que usted sabe que no va a casarse con él, pues no es usted tan tonta.

—Seremos amigos. Espero que seamos amigos siempre.

Sintió frío; pensaba en las manos y los labios de Eric, y volvió a mirar a Ida, que miraba por la ventanilla.

—Lo que usted no sabe —dijo Ida— es que la vida es una *perra*. Es la mayor usurera que existe. Usted no tiene experiencia alguna en cuanto a pagar sus deudas, y va a ser muy duro para usted, querida, cuando venza el plazo. Hay muchas deudas atrasadas que pagar y yo sé muy bien que usted no ha ahorrado ni un centavo.

Cass contempló la cabeza negra y altiva medio desviada de ella y preguntó:

—¿Odia usted a los blancos, Ida?

Ida chasqueó la lengua airada.

—¿Qué diablos tiene eso que ver con nada? Sí, a veces los odio y desearía verlos a todos muertos. Pero otras veces, no. Tengo un par de otras cosas en que ocuparme. —Su rostro cambió. Se miró los dedos y retorció el anillo—.

Si alguna persona blanca pasa por usted destruye un poco de su... ingenuidad. Dicen que el amor y el odio están muy unidos. Es cierto. —Se volvió otra vez hacia la ventana—. Pero, Cass, pregúntese a sí misma, asómese y pregúntese a usted misma: ¿odiaría a todos los blancos si la tuvieran encarcelada aquí? —Corrían ya por la Séptima Avenida. Toda la población parecía estar en las calles, casi colgada de los faroles, las escalinatas y las bocas de riego, y caminando entre el tránsito como si no existiera—. Quédese aquí y verá cómo le impiden desarrollarse, la matan de hambre y la obligan a presenciar cómo su madre, su padre, su hermana, su amante, su hermano y su hijo y su hija mueren, o enloquecen o se arruinan ante sus ojos. Y no rápidamente, de un día para otro, sino todos los días, durante años, durante generaciones. La tienen presa aquí porque es usted negra, esos puercos blancos, mientras ellos van por ahí jactándose de que éste es el país de la libertad y la patria de los valientes. Y quieren que usted vaya por ahí cantando la misma música, sólo que manteniendo la distancia. Algunos días, querida, desearía convertirme en un gran puño y reducir a polvo a este miserable país. Algunos días creo que no tiene derecho a existir. Pero usted nunca ha sentido eso, ni lo ha sentido Vivaldo. Él no quería saber que mi hermano se moría porque no quiere saber que mi hermano viviría todavía si no hubiera nacido negro.

—Yo no sé si eso es o no cierto —dijo Cass, lentamente—, pero supongo que no tengo derecho a decir que no lo es.

—No, querida, seguramente no lo tiene, a menos que esté realmente dispuesta a preguntarse a sí misma qué habría hecho usted si ellos se hubieran arrojado sobre usted como se arrojaban sobre Rufo. Y no puede hacerse esa pregunta porque no hay modo de que usted sepa lo que sufrió Rufo, no lo hay en este mundo mientras usted sea blanca. —Sonrió, con la sonrisa más triste que había visto nunca Cass—. Así son las cosas, querida.

El taxi se detuvo delante del *Small*.

—Hemos llegado —dijo Ida, vivamente, y pareció que en un instante se arrancaba a sí misma de sus profundidades y se disponía a pasar de los bastidores a la escena.

Miró rápidamente el taxímetro y abrió el bolso.

—Deje que pague yo —dijo Cass—. Es lo único que puede hacer todavía una pobre mujer blanca.

Ida la miró y sonrió.

—No diga eso, porque usted *puede* sufrir, y va a tener que sufrir, créame. —Cass entregó un billete al conductor—. Se expone a perder su hogar, su marido e incluso sus hijos.

Cass estaba muy quieta, esperando el cambio. Parecía una niña desafiante.

—Nunca abandonaré a mis hijos —dijo.

—Se los podrían quitar.

—Sí. Podría suceder. Pero no sucederá.

Dio la propina al conductor y salieron del taxi.

—Eso les sucedía a mis antepasados todos los días —dijo Ida.

—Quizás —declaró Cass con una ira súbita y muy próxima a llorar— nos ha sucedido a todos nosotros. ¿Por qué se avergonzaba mi marido de hablar en polaco antes? Y mírelo ahora: no sabe quién es. Quizás nosotros seamos peores que ustedes.

—¡Oh, lo son! No hay quizás al respecto.

—Entonces, tenga un poco de compasión.

—Pide usted demasiado.

Los hombres que estaban en la acera las miraron con una especie de cálculo despiadado y sacaron la conclusión de que eran inasequibles, de que sus maridos o sus amantes las esperaban dentro; y de todos modos tres policías blancos se acercaban por la avenida. Cass se sintió de pronto expuesta y en peligro y deseaba no haber ido. Se veía a sí misma, más tarde, buscando un taxi, pero no se atrevió a decir nada a Ida, la cual abrió las puertas para entrar.

—No vamos vestidas para este lugar —murmuró Cass.

—No importa.

Ida miraba imperiosamente por encima de las cabezas de las personas que se hallaban en el bar a la habitación más lejana, donde parecía estar el tablado para la música y la pista de baile. Y su arrogancia hizo que saliera del humo y la confusión un negro vigoroso que se les acercó con las cejas enarcadas.

—Somos de la reunión del señor Ellis —dijo Ida—. ¿Quiere conducirnos hasta él, por favor?

Esas palabras parecieron impresionar al hombre, que casi hizo una reverencia.

—¡Oh, sí! —exclamó—. Tengan la bondad de seguirme.

Ida retrocedió un poco para permitir que Cass se le adelantara y le guiñó rápidamente el ojo. Cass se sentía vencida por la admiración y la ira y al mismo tiempo deseaba reír. Avanzaron, o más bien marcharon a través del bar, como dos mujeres solitarias y soberbiamente inaccesibles cuya respetabilidad, si no había sido definida con precisión, quedaba más allá de las puertas de la especulación común. El lugar estaba lleno, pero a una gran mesa se hallaba sentado Ellis, con dos parejas, una negra y otra blanca.

Ellis se levantó y el criado desapareció.

—Me alegro de volver a verla, señora Silenski —dijo, sonriendo y tendiendo su mano regia—. Cada vez que veo a Ricardo le ruego que le saludé de mi parte, ¿pero le ha transmitido alguna vez alguno de mis mensajes? Por supuesto que no.

—Por supuesto que no —contestó Cass, riendo. Se sentía de pronto inexplicable y extremadamente alegre—. Ricardo carece por completo de memoria. Pero yo me imaginaba que usted volvería a visitarnos, y no lo ha hecho.

—Pero lo haré. Me verán más a menudo, estimada señora, de lo que tienen el valor de imaginarse. —Se volvió hacia la mesa—. Permítanme que les presente. —Señaló a la pareja negra—. El señor y la señora Barry. La señora Silenski. —Se inclinó irónicamente en dirección a Ida—. La señorita Scott.

Ida respondió a su inclinación con otra medio irónica.

El señor Barry se levantó y se estrecharon las manos. Lucía un bigotito sobre los labios delgados y esbozó una sonrisa que no ocultaba por completo su curiosidad por saber quiénes eran ellas. Su esposa parecía una corista retirada. Centelleaba y fulguraba y era una de esas mujeres que parecen estar siempre deseando ir a casa para quitarse sus cordones y broches crueles, complicados e invisibles. Su rojo labio inferior descendía o se encorvaba sobre su mentón cuando sonreía, lo que hacía siempre. La otra pareja se llamaba Nash. El marido tenía la cara roja y el cabello gris, era grueso, fumaba un gran cigarro y reía como quien se siente satisfecho de sí mismo; era mucho más viejo que su esposa, pálida, rubia y delgada y con flequillo. Ida y Cass se sentaron alrededor de la mesa, Ida junto a Ellis y Cass junto a la señora Barry. Pidieron bebidas.

—La señorita Scott —dijo Ellis— pasa gran parte de su tiempo aparentando que es una camarera. No se acerquen nunca al lugar donde trabaja, ni siquiera les diré dónde está, porque es lo peor que se puede ser como camarera. Pero es una gran cantante. Van a oír hablar mucho de la señorita Scott. —Le tomó la mano y la palmeó durante un instante—. Quizás podamos convencer a los muchachos del tablado para que la dejen cantar un par de números para nosotros.

—¡Oh, por favor! No he venido vestida para eso. Cass me ha ido a buscar al lugar donde trabajo y hemos venido tal como estábamos.

Ellis miró alrededor de la mesa y preguntó:

—¿Alguien objeta como está vestida la señorita Scott?

—De ningún modo —contestó la señora Barry, encorvando el labio inferior, transpirando y respirando con dificultad—, está encantadora.

—Si la opinión de un hombre significa algo —dijo el señor Nash—, no me podría importar menos lo que a la señorita Scott se le ha metido en su bella cabeza que debería llevar. Hay mujeres que están muy bien en... bueno, será mejor que no lo diga delante de mi esposa.

Y se echó a reír, con su risa sonora y alegre que casi ahogó la música durante unos segundos. Sin embargo, su esposa no parecía divertirse tan fácilmente.

—De todos modos —dijo Ida—, ellos tienen una cantante y no les gustará eso. Si yo fuera la cantante no me gustaría.

—Bueno, ya veremos —y Ellis volvió a tomarle la mano.

—Prefiero no hacerlo.

—Ya veremos. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —e Ida se soltó la mano—. Veremos.

Llegó el camarero y les sirvió las bebidas. Cass miró a su alrededor. La orquesta se había ido y el tablado estaba vacío, pero en la pista de baile unas pocas parejas bailaban al son del fonógrafo automático. Vio a un muchacho grande y de color de jengibre que bailaba con una muchacha alta y mucho más negra que él. Bailaban con una concentración al mismo tiempo natural y tremenda, a veces muy cerca uno de otro y otras veces muy apartados, pero siempre unidos, y con cada cuerpo haciendo lugar, respondiendo y comentando al otro. Tenían los rostros impasibles. Solamente los ojos, de vez en cuando, destellaban una señal o reconocían un matiz inesperado. Lo hacían todo sin esfuerzo, sencillamente; seguían la música, que parecía seguirles a ellos; y Cass sabía que ella nunca podría bailar así. ¿Nunca? Observó a la muchacha y luego al muchacho. Parte de su naturalidad se debía a que era el muchacho —indiscutiblemente— el que llevaba la iniciativa y la muchacha la que lo seguía; pero también, más profundamente, a que a la muchacha no le aterraba el muchacho en sentido alguno y no vacilaba un instante en responder al estremecimiento erótico más fuerte de él con el suyo. Todo parecía muy natural y sencillo y, no obstante, si se consideraba de dónde provenía, se comenzaba a ver con claridad que no era tan sencillo; por el contrario, era difícil y delicado, peligroso y profundo. Y Cass, que los observaba con gran envidia (primeramente a la muchacha y luego al muchacho), comenzó a sentirse algo inquieta; pero ellos, extrañamente, en la pista brillante y bajo la luz, se sentían cómodos. ¿En qué sentido y por qué razón a ella le sería siempre imposible bailar como ellos?

El señor Barry decía:

—Hemos oído las cosas más admirables acerca de su marido, señora Silenski. He leído su libro y debo decir —sonrió cordialmente, pues en él todo se mantenía dentro de límites decentes— que es una obra muy notable.

Durante un instante Cass guardó silencio. Tomaba su bebida y le observaba la cara, que era tan blanda como una jalea negra. Al principio sintió la tentación de desechar aquella cara por considerarla vacía. Pero no estaba vacía; era sólo que trataba desesperadamente de vaciarse, decentemente, hacia adentro; una imposibilidad que sólo Dios podía saber qué contención de bilis. Profundamente, detrás de los ojos cuidadosamente ocultos y evasivos, rugía y embestía la selva y yacían diseminados brillantes pájaros muertos. Era como su esposa, sólo que él no podía librarse de sus corsés de hierro.

Cass se compadeció mucho de él, pero luego tembló; él la odiaba, y por alguna razón su odio se relacionaba con el deseo apenas consciente de ella de que el muchacho de color de jengibre que bailaba en la pista le hiciera el amor. La odiaba, en consecuencia, por mucho más que por lo que podía odiarlo ella a él, y estaba mucho más a merced de su odio, constantemente pisoteado, y que anhelaba ascender y hacer saltar el mundo. Pero él no podía saberlo.

Cass dijo, sonriendo, con los labios rígidos:

—Muchas gracias.

—Tiene usted que sentirse muy orgullosa de su marido.

Cass e Ida cambiaron una mirada rápida, y Cass contestó:

—Siempre me he sentido orgullosa de él; nada de eso me sorprende.

—Es cierto —rió Ida—. Cass cree que Ricardo no puede hacer nada mal.

—Ni siquiera cuando lo sorprende *in fraganti* —dijo Ellis sonriendo—. Hemos estado juntos con frecuencia en los últimos tiempos y siempre habla de lo feliz que es.

Por alguna razón, esas palabras asustaron a Cass. Se preguntaba cuándo y con cuánta frecuencia se veían Ricardo y Ellis y lo que decía realmente Ricardo. Ocultó su temor y dijo, tontamente:

—Tengo una fe ciega en él.

Y pensó: «¡Dios mío!». Miró hacia la pista de baile, pero la pareja había desaparecido.

—Su marido es un hombre afortunado —dijo el señor Barry. Miró a su esposa y le tomó la mano—. Y yo también.

—El señor Barry forma parte de nuestro departamento de publicidad —explicó Ellis— Estamos muy orgullosos de tenerlo con nosotros. Sentiría parecer jactancioso, ¡qué diablos, no lo siento, me jacto de ello!, pero creo que esto representa un tremendo avance en nuestra industria evasiva y difícil. —Hizo una mueca y el señor Barry sonrió—. ¡Y difícil tan pronto!

—Era difícil cuando yo nací —dijo el señor Nash—, lo mismo que nuestra industria cinematográfica, y por la misma razón. Inmediatamente se convirtió en propiedad de los bancos, en parte de lo que llaman graciosamente libre empresa, aunque Dios sabe que no tiene nada de libre y ni siquiera remotamente de empresa para muchos de ustedes.

Cass e Ida le miraron y Cass preguntó:

—¿De dónde es usted?

Nash le sonrió desde una gran distancia tolerante y dijo:

—De Belfast.

—¡Oh! —exclamó Ida—. Yo tengo un amigo cuyo padre nació en Dublín. ¿Conoce usted Dublín? ¿Queda muy lejos de Belfast?

—¿Geográficamente? Sí, a alguna distancia. De otro modo la distancia es insignificante, aunque la población de cada una de esas ciudades me ahorcaría si me oyera decir eso.

Y soltó su risa alegre y lubricada.

—¿Qué tiene usted contra nosotros? —preguntó Cass.

—¿Yo? Nada. Gano mucho dinero con ustedes.

—El señor Nash —explicó Ellis— es un empresario que ya no vive en Belfast.

—La libre empresa, como ven —y el señor Nash guiñó el ojo al señor Barry.

El señor Barry rió y se inclinó hacia el señor Nash:

—Bueno, yo opino como la señora Silenski. ¿Qué tiene que decir usted contra nuestro sistema? Creo que hemos progresado mucho con él. —Levantó una mano huesuda y un dedo manicurado—. ¿Con qué lo reemplazaría?

—¿Con qué —preguntó Cass inesperadamente— reemplaza uno un sueño? Desearía saberlo.

El señor Nash rió, y luego se contuvo, como si estuviera desconcertado. Ida lo observaba, sin parecer que lo hacía. Cass sintió, por primera vez en su vida, el conocimiento que los negros tenían de los blancos —aunque, en realidad, ¿qué sabía Ida de ella, fuera de que mentía, era infiel y fingía estar en dificultades?— y durante un segundo odió a Ida con todo su corazón. Luego volvió a sentirse muy fría y el segundo pasó.

—Supongo —dijo Ida, con una voz extraordinaria— que uno reemplaza un sueño con la realidad.

Todos rieron, nerviosamente. Se reanudó la música. Cass miró otra vez a la pista de baile, pero aquellos bailarines habían desaparecido. Tomó su vaso como si fuera un mástil y lo retuvo en la boca como si fuera hielo.

—Sólo —añadió Ida— que no es tan fácil hacerlo. —Levantó su vaso entre sus dos manos delgadas y miró a Cass a través de él. Cass tragó el líquido cálido que retenía en la boca y que le lastimó la garganta. Ida dejó el vaso, tomó a Ellis de la mano y añadió: —Venga, querido, bailemos.

Ellis se levantó y dijo:

—Ustedes nos disculparán, pero me requieren.

—Así es —dijo Ida.

Sonrió a todos y se dirigió a la pista de baile. Ellis la siguió, como alguien enredado en el lazo de ella.

—Me recuerda a la joven Billie Holiday —dijo el señor Barry pensativamente.

—Sí, me gusta como canta —declaró la señora Nash, con algún veneno y de la manera más inesperada.

Todos se volvieron con expectación hacia ella, como si se tratara de una sesión espiritista y ella fuera la médium. Pero ella tomó un sorbo de su bebida y no dijo una palabra más.

Cass se volvió de nuevo hacia la pista de baile, para observar a Ida y a Ellis. La luz seguía brillando. La pista estaba un poco más llena y el fonógrafo automático resonaba. Había mucha astucia, consciente o no, en la elección por Ida del vestido con que había ido a aquel lugar. Llevaba un vestido anaranjado pálido muy sencillo, zapatos de tacón bajo y muy poco maquillaje; y el cabello, que habitualmente peinaba formando un moño alto, lo llevaba esa noche peinado hacia atrás y formando un moñito severo de solterona. Por consiguiente, parecía todavía más joven de lo que era, casi una niña, y el efecto de ello era hacer que Ellis, mucho más bajo que ella, pareciera más viejo y más corrompido. Se transformaban en la bella y la bestia; y por primera vez Cass se preguntó conscientemente cuál sería la verdadera relación entre ellos. Ida había dicho que no quería que los músicos molestasen a Vivaldo, pero no había ido allí para verse con los músicos. Había ido para encontrarse con Ellis. Y la había llevado a ella como una especie de cortina de humo; e Ida y Ellis no podían haberse visto en público con frecuencia. ¿En privado, entonces? Reflexionaba sobre eso mientras los

observaba. El baile de Ellis, lento, y que debía haber sido fluido, era torpe y duro y lleno de vacilaciones. Ida lo mantenía a distancia.

—Me pregunto si su esposa sabe dónde está —le dijo la señora Nash, *sotto voce*, a su marido, con una sonrisita relamida.

Cass se acordó de Vivaldo, y luego de Ricardo, e inmediatamente odió a la señora Nash. «Ramera mal intencionada», pensó, y rompió el silencio de la mesa diciendo:

—La señora Ellis y la señorita Scott se conocen desde hace mucho tiempo, desde mucho antes del casamiento de la señora Ellis.

«¿Por qué he dicho eso? —pensó—. Ella puede averiguar fácilmente que miento». Miró fijamente a la señora Nash, sin tratar de ocultar su aborrecimiento. «Pero no lo hará. No tiene inteligencia ni valor suficientes».

La señora Nash miró a Cass con esa altanería absolutamente enfurecedora que sólo consiguen las camareras convertidas recientemente en grandes damas, y murmuró:

—Qué extraño.

—De ningún modo —replicó Cass— Las dos trabajaban en la misma fábrica.

La señora Nash se quedó observándola con un ligero temblor en alguna parte de su labio superior. Cass sonrió y preguntó al señor Nash:

—¿Usted y su esposa se conocieron en Belfast?

—No —contestó el señor Nash, y Cass sintió, con una oleada de diversión y horror, cuánto la despreciaba su esposo en aquel momento—, nos conocimos en Dublín, cuando fui allá en un viaje de negocios. —Tomó la mano floja de su esposa. Los ojos pálidos de ella no se movieron, ni cambió su rostro—. Fue el viaje más importante que he hecho.

«¡Oh, sí —pensó Cass—, no lo dudo, para los dos!». Pero de pronto se sintió cansada e inexplicablemente triste. ¿Qué diablos hacía ella allí y por qué pinchaba a aquella mujercita absurda? La música cambió y se hizo más fuerte, rápida y ronca; y toda su atención volvió, con alivio, a la pista de baile. Ida y Ellis habían comenzado a bailar una nueva danza, o, más bien, Ida había iniciado una nueva crueldad. Ida bailaba de pronto como probablemente no había bailado desde su adolescencia, y Ellis trataba de competir con ella, pero no se podía decir que la condujera ahora tampoco. Trataba de hacerlo, por supuesto, moviendo su figura cuadrada, y haciendo que su carita de niño pareciera abandonada. Pero cuanto más ahincadamente trataba de hacerlo —«¡El idiota!», pensaba Cass— tanto más lo eludía ella, tanto más furiosamente lo avergonzaba. Él no se llevaba bien con su propio cuerpo, ni

con el de ella, ni con el cuerpo de nadie. Movía sus nalgas a fuerza de voluntad, sin el más vago recuerdo del amor ni la menor insinuación de gracia; sus muslos eran los de un trepador y sus pies podían haber sido uvas pisadas. No sabía qué hacer con sus brazos, que separaba del cuerpo formando ángulos como cortados y manejados con cuerdas, y también como si no estuvieran conectados con sus manos, que asían y tomaban, pero nunca acariciaban. ¿Ida se estaba vengando o le estaba advirtiendo? El sudor ponía lustrosa la frente de Ellis y su cabello corto y rizado parecía ennegrecerse. Cass oía su respiración. Ida daba vueltas a su alrededor con su vestido anaranjado, sus piernas que centelleaban como cuchillos y sus caderas que se zarandeaban cruelmente. De vez en cuando se estiraba hacia él y los dedos de Ellis tocaban la mano delgada, morena y ardiente de Ida. Las otras parejas que bailaban en la pista les abrían paso, se lo abrían a ella. A Ellis tenía que parecerle que la música no terminaba nunca.

Pero el fonógrafo automático guardó silencio por fin y las luces de colores dejaron de girar, ya que la orquesta iba a tocar de nuevo. Ida y Ellis volvieron a la mesa.

Se amortiguaron las luces y Cass se levantó:

—Ida —dijo—, prometí beber una copa y lo he hecho, y ahora tengo que irme. Verdaderamente tengo que hacerlo. Ricardo me matará si me quedo fuera de casa más tiempo.

La voz le temblaba inexplicablemente y sentía que se ruborizaba mientras lo decía. Al mismo tiempo se daba cuenta de que Ida se hallaba en aquel momento en un estado de ánimo más peligroso que antes de bailar.

—¡Oh, llámelo por teléfono! —dijo Ida—. Hasta las esposas más fieles merecen una noche fuera de casa.

Cass, en su temor y desesperación, estuvo a punto de dejarse caer de nuevo en su asiento, pero Ellis se enjugaba la frente y se mostraba más alegre que nunca.

—No creo que sea necesario —dijo, y arrancó de la mesa la risa obligatoria— y de todos modos la señora Silenski es responsable de una inversión muy considerable. Su marido es muy valioso y debemos cuidar de su estado de ánimo.

Ida y Cass se miraron y la primera sonrió.

—¿Sufrirá el estado de ánimo de Ricardo si usted no va a casa? —preguntó.

—Indudablemente. Tengo que ir.

El rostro de Ida cambió y bajó la vista. De pronto parecía cansada y triste.

—Creo que tiene usted razón —dijo— y no hay motivo para diferirlo. — Se dirigió a Ellis—. Acompáñela hasta que tome un taxi, por favor.

—Con mucho gusto —dijo Ellis.

—Buenas noches a todos —se despidió Cass—. Siento tener que irme. — Y añadió, dirigiéndose a Ida: —La veré pronto.

—¿Podré encontrarla en el lugar habitual?

—Si existe todavía... sí.

Se volvió y se abrió paso a través de la sala, con Ellis trotando a su zaga. Llegaron a la calle, Cass floja y asustada. Ellis la introdujo en un taxi, que conducía un joven portorriqueño.

—Buenas noches, señora Silenski —dijo Ellis, y le tendió la mano húmeda y dura—. Tenga la bondad de saludar a Ricardo de mi parte y decirle que iré a visitarlo dentro de un par de días.

—Sí, se lo diré. Gracias. Buenas noches.

Ellis se fue y Cass quedó sola en el taxi, tras la espalda silenciosa del portorriqueño. Trató inútilmente de ver la cara de él en el espejo, y encendió un cigarrillo. El taxi comenzó a moverse. Cass no miraba afuera y permanecía acurrucada en la oscuridad, ardiendo con una curiosa clase de vergüenza. No se sentía avergonzada —¿se sentía?— de nada de lo que había hecho, pero sí, como si lo previese, de lo que podía estar haciendo ahora irremediabilmente. Había utilizado a Ida y Vivaldo como cortinas de humo para ocultar su amorío con Eric; ¿por qué no había de utilizarla Ida a ella para ocultar a Vivaldo su cita con Ellis? Ella les había impuesto silencio en relación con Ricardo y ahora le imponía Ida silencio en relación con Vivaldo. Sonreía, pero el humo que inhalaba era amargo. Cuando ella era leal y respetable, el mundo era también leal y respetable; ahora el mundo entero se había hecho amargo con el engaño, el peligro y la pérdida. ¿Y cuál era la mayor ilusión? Se daba cuenta incómodamente de la presencia del conductor, de sus hombros, su cara juvenil, su color y sus ojos suaves y negros. Él la miraba de vez en cuando por el espejo; después de todo ella le había mirado antes, y su estado de ánimo quizás había creado una tensión entre ellos, una tensión sexual. Cass recordaba, de mala gana, al muchacho de la pista de baile, y sabía (como si su mente se hubiera convertido durante un momento en un estanque de agua clara y viera sus profundidades) que, sí, sí, si él la hubiera tocado, si hubiera insistido, habría logrado lo que deseaba y ella se habría alegrado. Se habría alegrado de conocer el cuerpo del muchacho, aunque el cuerpo quizás fuera lo único que podía conocer. La entrada de Eric en su vida, su pérdida de la... gracia, la había dejado presa de ambigüedades cuya fuerza

no había vislumbrado anteriormente. Ricardo había sido su protección, no sólo contra la maldad del mundo, sino también contra su propio desierto. Y ya nunca volvería a estar protegida. Trataba de sentirse jubilosa por eso, pero no se sentía jubilosa, sino asustada y perpleja

—El taxista tosió. El taxi se detuvo ante una luz roja, inmediatamente antes de entrar en el parque, y el conductor encendió un cigarrillo. También Cass encendió otro cigarrillo, y las dos llamitas casi parecieron hacerse señales mutuamente. En aquel momento recordó Cass, mientras el taxi se ponía otra vez en marcha, que había cruzado así, sin rumbo y con amargura, la ciudad cuando Ricardo comenzó a alejarse de ella. Entonces deseaba que repararan en ella, que algún hombre reparara en ella. Y lo habían hecho: habían advertido que ella era una mendiga sexual, ya no joven. ¡Era terrible que la pérdida de la intimidad con una persona tuviese como consecuencia la congelación del mundo y la pérdida de uno mismo! Y terrible que las condiciones del amor fuesen tan rigurosas y que sus prohibiciones y libertades estuviesen tan estrechamente unidas.

Eran muchas las cosas que no podía exigir a Eric. Sus relaciones dependían de la restricción de ella. No podía ir a verlo, por ejemplo, en aquel momento, a las dos de la madrugada; esa libertad no figuraba en su contrato. La premisa de su amorío, sobre la base de su comedia, consistía en que eran dos personas independientes, que se necesitaban mutuamente durante un tiempo, que serían siempre amigos pero, probablemente, no serían siempre amantes. Esa premisa prohibía la intrusión del futuro, o una exhibición demasiado vivida de la necesidad. Eric, en efecto, marcaba el paso, esperando... esperando a que se resolviera algo. Y cuando se resolviera —con la llegada de Yves, la firma de un contrato o la aceptación por Eric de una aflicción que ninguno de ellos podía nombrar— ella quedaría excluida de su cama. Él emplearía todo lo que la vida le había dado, o quitado, en su trabajo; ésa sería su vida. Él era demasiado orgulloso para utilizarla a ella, ni a nadie, como un asilo, demasiado orgulloso para aceptar cualquier resolución de su aflicción no forjada por él mismo. Y ella no podía amargarse, ni siquiera lamentarse por ello, pues por eso precisamente le amaba. O, si no era por eso, pues en esas cuestiones el *porqué* queda fuera de la percepción humana, era esa cualidad de Eric lo que más admiraba ella y sin la cual sabía que él no podía vivir. La mayoría de los hombres podían hacerlo y lo hacían, y por eso estaba ella tan amenazada.

En consecuencia, también ella marcaba el paso y esperaba... a que descargara el golpe, a que le presentaran la cuenta. Sólo después de haber

pagado esa cuenta sabría realmente cuáles eran sus recursos. Y temía ese momento, lo temía; su terror de ese momento le cortaba a veces el aliento. Lo que le aterraba no era solamente no saber cómo reconstruiría su vida, o que al envejecer llegara a despreciarse a sí misma, sino que la despreciaran sus hijos. La reconstrucción de su vida podía reducirse, sencillamente, a abandonar la casa de Ricardo —¡La casa *de Ricardo!* ¿Desde cuándo pensaba en ella como la casa de Ricardo?— y conseguir un empleo. Pero conservar el amor de sus hijos y ayudarles a convertirse de niños en hombres... ésa era una cuestión diferente.

El conductor del taxi canturreaba en español.

—Tiene usted una voz excelente —se oyó decir Cass.

El hombre volvió la cabeza, brevemente, sonriendo, y ella observó su perfil juvenil, el débil brillo de sus dientes y sus ojos chispeantes.

—Gracias —dijo—. Todos cantamos en el país de donde soy.

Su acento era fuerte y ceceaba ligeramente.

—En Puerto Rico no puede haber muchas cosas que cantar.

—Pero cantamos, de todos modos. —Se volvió de nuevo hacia ella—. Tampoco aquí hay nada que cantar, ¿sabe?, nadie canta aquí.

—Es cierto. Creo que cantar, por el placer de hacerlo en todo caso, puede haberse convertido en uno de los grandes delitos norteamericanos.

Él no siguió esa idea, excepto en la intención.

—Aquí son todos ustedes demasiado serios. Fríos y rudos.

—¿Cuánto tiempo lleva aquí?

—Dos años. —Volvió a sonreírle—. He tenido suerte, trabajo bien y voy pasando. Sólo que a veces me siento solo y por eso canto. —Los dos rieron—. Eso hace que pase el tiempo.

—¿No tiene amigos?

El chófer se encogió de hombros y contestó:

—Los amigos cuestan dinero. Y yo no tengo dinero ni tiempo. Tengo que enviar dinero a mi familia.

—¿Está casado?

Él volvió a encogerse de hombros y dirigió su perfil hacia ella, pero sin sonreír:

—No, no estoy casado. Eso también cuesta dinero.

Se hizo un silencio y llegaron a la manzana donde vivía Cass.

—Sí —dijo ella—, tiene usted razón. —Señaló su casa—. Hemos llegado.

El taxi se detuvo y Cass recogió su bolso mientras él la observaba.

—¿Está usted casada? —preguntó por fin.

—Sí. Y tengo dos hijos.

—¿Niños o niñas?

—Niños.

—Eso es muy bueno.

Cass le pagó y dijo:

—Adiós. Que le vaya bien.

El chofer sonrió. Éra una sonrisa realmente amistosa.

—Yo también le deseo que le vaya bien. Es usted muy amable. Buenas noches.

—Buenas noches.

Cass abrió la portezuela y la luz les dio plenamente en los rostros durante un momento. El de él era muy joven, franco y confiado, e hizo que ella se ruborizase un poco. Cerró la portezuela del taxi y entró en su casa sin mirar hacia atrás. Oyó que el taxi se alejaba.

La luz de la sala estaba encendida y Ricardo, completamente vestido pero descalzo, se hallaba acostado en el diván, dormido. Habitualmente estaba en la cama, o trabajando, cuando ella volvía a casa. Se quedó contemplándolo durante un instante. Había medio vaso de vodka en la mesa junto a él y un cigarrillo apagado en el cenicero. Dormía muy silenciosamente y su rostro parecía atormentado y muy joven.

Comenzó a despertarlo, pero lo dejó allí y fue de puntillas a la habitación donde dormían Pablo y Miguel. Pablo estaba acostado de bruces, con la sábana enredada en los pies y los brazos estirados hacia arriba. Con sobresalto vio Cass lo grueso y alto que era; salía ya de la infancia. Eso había sucedido tan rápidamente que casi parecía haber ocurrido en un sueño. Contempló la cabeza dormida y se preguntó qué pensamientos contendría, qué juicios, y al observar una contracción de la pierna se preguntó qué soñaría en aquel momento. Suavemente lo cubrió con la sábana. Luego contempló al reservado Miguel, enroscado en su sitio como un gusano o un embrión, con las manos ocultas entre las piernas y el cabello húmedo caído sobre la frente. Pero Cass no se atrevió a tocársela porque se despertaba con demasiada facilidad. Lo más silenciosamente posible recogió su sábana del suelo y lo cubrió con ella. Salió del dormitorio y fue al cuarto de baño. Luego oyó, en la sala, los pies de Ricardo en el suelo.

Cass se lavó la cara, se peinó y contempló en el espejo su rostro cansado. Luego entró en la sala. Ricardo se hallaba sentado en el diván, con el vaso de vodka en las manos, mirando el suelo.

—¡Hola! —saludó ella—. ¿Por qué te has quedado dormido aquí?

Había dejado el bolso en el cuarto de baño. Fue al bar, tomó un paquete de cigarrillos y encendió uno. Después preguntó, burlonamente:

—¿No estarías esperándome, verdad?

Ricardo la miró, vació el vaso y lo dejó.

—Sírreme una bebida. Y sírvete tú otra.

Cass tomó el vaso de Ricardo. Ahora su rostro, que cuando dormía semejaba tan joven, parecía viejo. Ella sintió cierto dolor y terror. Mientras daba la espalda a su marido recordó el lamento de Cleopatra por Antonio: *Su cara, era como los cielos*. ¿Era eso cierto? No podía recordar el resto. Preparó dos bebidas, vodka para él y *whisky* para ella. La bandeja del hielo estaba vacía.

—¿Quieres hielo?

—No.

Entregó a Ricardo su bebida y puso un poco de agua en su *whisky*. Volvió a mirarlo a hurtadillas... y comenzó a sentir su culpabilidad.

Su cara era como los cielos y en ella estaban tachonados un sol y una luna...

—Siéntate, Cass.

Ella dejó el bar y se sentó en el sillón frente a él. Había dejado los cigarrillos en el bar.

... que observaban su curso y alumbraban esta pequeña O, la tierra.

Ricardo preguntó, en tono amistoso:

—¿De dónde llegas, Cass? —Miró su reloj—. Son más de las dos.

—Vengo con frecuencia después de las dos. ¿Es ésta la primera vez que lo adviertes?

Le asombraba la hostilidad de su propia voz. Bebió. Su mente comenzó a jugarle extrañas tretas: la llenó, bruscamente, el recuerdo de un campo, mucho tiempo antes, en Nueva Inglaterra, un campo con flores azules aquí y allá. El campo estaba completamente silencioso y desierto y descendía suavemente hacia un bosque; ellos se hallaban ocultos por la alta hierba. El sol calentaba. El rostro de Ricardo se inclinaba sobre ella, sus brazos y sus manos la asían e inflamaban y su peso la oprimía contra las flores. A poca distancia de ellos se hallaban la gorra y la chaquetilla militares de Ricardo; tenía la camisa abierta hasta el ombligo y el vello áspero y relumbrante de su pecho le torturaba los senos. Pero ella resistía, estaba asustada, y el rostro de él lleno de dolor y de ira. Desamparadamente, levantó la mano y le acarició el cabello.

¡Oh, no puedo!

Estamos casados, recuerda. Y yo voy a ultramar la semana próxima.

¡Alguien puede vernos aquí!

Nadie viene por aquí. Todos se han ido.

Aquí no.

¿Dónde?

—No —contestó Ricardo con una tranquilidad peligrosa—, no es la primera vez que lo he advertido.

—Bueno, no tiene importancia. Acabo de dejar a Ida.

—¿Con Vivaldo?

Cass vaciló y él sonrió.

—Hemos estado todos juntos anteriormente. Luego ella y yo hemos ido a Harlem y bebido una copa.

—¿Solas?

—Con otras muchas personas. ¿Por qué? —Pero antes de que él pudiera responder, añadió—; Ellis estaba allí. Ha dicho que vendrá a verte dentro de un par de días.

—¡Ah, Ellis estaba allí! —exclamó Ricardo—. ¿Y has dejado a Ida con Ellis?

—He dejado a Ida con el grupo de Ellis. —Le miró fijamente—. ¿En qué estás pensando?

—¿Y qué has hecho después de dejar a Ida?

—He venido a casa.

—¿Directamente a casa?

—He tomado un taxi y venido directamente. —Cass comenzaba a enojarse—. ¿Me estás sometiendo a interrogatorio? Sabes que no quiero que me sometan a interrogatorios, ni tú ni nadie.

Ricardo guardó silencio, terminó su vodka y fue al bar.

—Creo que ya estás bastante embriagado —dijo Cass, fríamente—. Si quieres hacerme alguna pregunta, házmela. Si no es así, voy a acostarme.

Ricardo se volvió y la miró. Esa mirada la asustó, pero trató de calmarse.

—No vas a acostarte todavía. Son muchas las preguntas que quiero hacerte.

—Tú puedes hacerlas y yo puedo no responderlas. Has esperado mucho tiempo, me parece, para hacerme preguntas. Quizás hayas esperado demasiado.

Se miraron el uno al otro. Y ella vio, con una sensación de triunfo que le hizo daño, que era más fuerte que él. Podía dominarlo, ya que para competir

con su voluntad Ricardo se vería obligado a descender a estratagemas indignas de él.

Y la imaginación de Cass volvió a llenarse con aquel campo brillante y azul. Se estremeció al recordar el peso de él, y el deseo, y el terror y la astucia de ella. *Aquí no. ¿Dónde? ¡Oh, Ricardo!* El sol cruel, el aire indiferente y los dos ardiendo en un campo ardiente. Ella sabía que sí, que debía entregarse, ahora que él era suyo; sabía que no podía soltarlo; y ¡sus manos, sus manos! Pero estaba asustada, se daba cuenta de que no sabía nada.

¿No puedes esperar? Espera.

No, no los labios de él le quemaban el cuello y los pechos.

Entonces, vamos al bosque, vamos al bosque.

Y él sonrió. El recuerdo de esa sonrisa surgió de su escondite y le rompía el corazón ahora.

Tendrás que llevarme o tendré que arrastrarme, ¿no te das cuenta?

Déjame hacerlo, Cass. Tómame, tómame. ¡Te juro que no te engañaré, sabes que no lo haré!

—Te quiero, Cass —dijo Ricardo, con los labios crispados y los ojos aturcidos por el pesar—. Dime dónde has estado, dime por qué te has alejado tanto de mí.

—¿Por qué me he alejado yo tanto de ti? Percibió el olor de flores aplastadas. Y comenzó a llorar.

No bajó la vista. Miró directamente al sol. Luego cerró los ojos y el sol rugió dentro de su cabeza. Una mano la había soltado, y donde estaba antes la mano de él sintió frío.

No te haré daño.

¡Por favor!

Acaso sólo un poco. Al principio.

¡Oh, Ricardo, por favor!

Dime que me quieres. Dímelo. Dilo ahora.

¡Sí, te quiero, te quiero!

Dime que me querrás siempre.

¡Sí. Siempre, siempre!

Ricardo la miraba, apoyado en el bar, la miraba desde lejos. Cass se secó los ojos con el pañuelo que él le había arrojado al regazo.

—Dame un cigarrillo, por favor.

Ricardo le arrojó el paquete y algunos fósforos y ella encendió el cigarro.

—¿Cuándo fue la última vez que viste a Ida y Vivaldo? Dime la verdad.

—Anoche.

—¿Y has pasado todo ese tiempo, cada vez que vienes a casa de madrugada, con Ida y Vivaldo?

Estaba asustada y sabía que su tono la traicionaba.

—Sí.

—Mientes. Ida no ha estado con Vivaldo. Ha estado con Ellis. Y eso sucede desde hace mucho tiempo. —Hizo una pausa—. La pregunta es... dónde has estado *tú*. ¿Quién ha estado con Vivaldo mientras Ida se hallaba ausente... hasta las dos de la madrugada?

Cass le miró, demasiado aturdida durante un instante para calcular.

—¿Quieres decir que Ida tiene amores con Steve Ellis? ¿Desde cuándo? ¿Y cómo lo sabes?

—¿Cómo no lo sabes tú?

—Porque... siempre que los he visto parecían completamente naturales y felices juntos.

—¡Pero muchas de las veces que dices haber estado con ellos no podías estar con ellos porque Ida estaba con Steve!

Cass no podía admitirlo todavía, aunque sabía que era cierto y que pasaban los segundos preciosos y pronto tendría que comenzar a luchar por ella misma.

—¿Cómo lo sabes?

—¡Porque me lo ha dicho Steve! Está muy encaprichado por ella, lo está volviendo loco.

Cass comenzaba a calcular, desesperadamente, maldiciendo a Ida por no haberle advertido. ¿Pero cómo podía hacerlo? Dijo, fríamente:

—¿Ellis a merced de una gran pasión? No me hagas reír.

—¡Oh!, ya sé que piensas que estamos hechos con la arcilla más basta y que somos insensibles a todas las vibraciones superiores. No me importa. Lo que sé es que no puedes haber visto mucho a Ida. ¿Has visto mucho a Vivaldo? Respóndeme, Cass.

Ella preguntó a su vez, pues era *eso* lo que no le cabía en la cabeza:

—¿Y Vivaldo no sabe...?

—¿Y tú tampoco? Sois los dos únicos que no lo sabéis en la ciudad. ¿Qué poderosas distracciones habéis encontrado los dos?

Cass retrocedió y miró a Ricardo. Vio que él se dominaba con un esfuerzo grande y terrible, que al mismo tiempo deseaba saber la verdad y la temía. Ella no pudo soportar la angustia de sus ojos y desvió la vista.

¿Cómo podía haber dudado de que él la amaba?

—¿Has visto con frecuencia a Vivaldo? Dímelo.

Cass se levantó y fue a la ventana. Sentía náuseas. Su estómago parecía haberse encogido hasta alcanzar el tamaño de una bolita de goma dura.

—Déjame en paz. Siempre has estado celoso de Vivaldo, y los dos sabéis por qué, aunque tú no quieres confesarlo. A veces veo a Vivaldo, a veces veo a Vivaldo con Ida, a veces doy un paseo y a veces voy al cine.

—¿Hasta las dos de la madrugada?

—¡A veces he venido a la medianoche y otras veces a las cuatro! ¿Por qué tiene eso tanta importancia para ti ahora? He vivido en esta casa como un fantasma durante meses, y la mitad del tiempo no te has enterado de que yo estaba aquí. ¿Qué importancia tiene eso ahora?

Ricardo tenía el rostro húmedo, pálido y feroz.

—Yo he vivido aquí como un fantasma, no tú. Sabía que estabas aquí, ¿cómo podía no saberlo? —Dio un paso hacia ella y bajó la voz—. ¿Sabes cómo hacías conocer tu presencia? Por la manera como me miras, por el desprecio que hay en tus ojos cuando me miras. ¿Qué he hecho para merecer tu desprecio? ¿Qué he hecho, Cass? Tú me querías antes, me querías, y todo lo que he hecho lo he hecho por ti.

Cass oyó que su propia voz preguntaba fríamente:

—¿Estás seguro? ¿Lo has hecho por mí?

—¿Y por qué otra, por qué otra? Tú *eres* mi vida. ¿Por qué te has alejado de mí?

Cass se sentó.

—Hablemos de esto por la mañana.

—No. Hablemos de esto ahora.

Ricardo se puso a dar vueltas por la habitación para, según la sensación que tenía Cass, no acercarse a ella demasiado, para no tocarla, pues no sabía qué sucedería si lo hacía. Ella se cubrió la cara con una mano. Pensaba en el muchacho de color de jengibre y en el portorriqueño. Eric llameó en su imaginación durante un instante como la salvación. Recordó el campo de flores. Luego recordó a los niños y su estómago volvió a contraerse. Y el dolor que sentía en el estómago disipaba su lucidez. Dijo, y sabía vagamente al decirlo que cometía un error, que se entregaba:

—Deja de torturarte respecto a Vivaldo. No hemos dormido juntos.

Ricardo se acercó a la silla en que estaba sentada y ella no levantó la vista.

—Sé que siempre has admirado a Vivaldo. Más de lo que me admiras a mí.

Había en su tono una mezcla terrible de humildad y de ira y a ella le palpitó el corazón, pues comprendió lo que Ricardo trataba de aceptar. Casi

levantó la vista para mirarlo, para ayudarlo y consolarlo, pero algo la detuvo.

—La admiración y el amor son muy diferentes —dijo.

—¿De veras? No estoy tan seguro. ¿Cómo puedes tocar a una mujer si sabes que ella te desprecia? Y si una mujer admira a un hombre, ¿qué es en realidad lo que admira? Una mujer que admira a un hombre se le abre de piernas inmediatamente, le da todo lo que tiene. —Cass sentía su calor y su presencia sobre ella como una nube y se mordió un nudillo—. Tú lo hiciste... lo hiciste por mí, ¿recuerdas? ¿No quieres volver a hacerlo?

Cass le miró, mientras las lágrimas le corrían por el rostro.

—¡Oh, Ricardo! No sé si puedo.

—¿Por qué? ¿Tanto me desprecias? —Cass bajó la vista y retorció el pañuelo. Ricardo se puso en cuclillas junto a su silla—. Siento que nos hayamos separado tanto, no sé realmente cómo ha sucedido, pero supongo que me he disgustado contigo porque... porque parecías respetar muy poco —trató de reír— mi triunfo. Quizás tengas razón, no lo sé. Sé que eres más inteligente que yo, ¿pero cómo vamos a comer, querida, qué otra cosa puedo hacer? Quizás no debiera haberme sentido tan celoso de Vivaldo, pero parecía muy lógico cuando lo pensaba. Una vez que lo he pensado ya no podía olvidarme. Sé que él tiene que sentirse muy solo, y tú también te has sentido sola. —Cass le miró y desvió la vista. Ricardo le puso una mano en el brazo y ella se mordió el labio para dominar su temblor—. Vuelve a mí, por favor. ¿Ya no me quieres? No puedes haber dejado de quererme. No puedo vivir sin ti. Tú has sido siempre la única mujer del mundo para mí.

Cass podía guardar silencio y caer en los brazos de él, y los últimos pocos meses desaparecerían y él nunca sabría dónde había estado. El mundo volvería a su forma anterior. ¿Lo haría? El silencio entre ellos se alargó. Cass no podía mirar a Ricardo. Él había existido durante demasiado tiempo en su mente y ahora se sentía humillada por la desconcertante realidad de su presencia. Su imaginación no lo había tomado suficientemente en cuenta, ella no había previsto, por ejemplo, la medida o la cualidad o la fuerza del dolor de él. Era un hombre solitario y limitado que la amaba. ¿Le amaba ella a él?

—Yo no te desprecio —dijo—. Siento haberte hecho creer eso.

Y no dijo más. ¿Por qué decírselo? ¿Para qué serviría? Ricardo no la comprendería y ella no haría sino causarle una angustia que él no podría soportar. Y no volvería a confiar en ella.

¿Le amaba ella? Y si le amaba, ¿qué podía hacer? Muy lenta y suavemente desprendió el brazo de la mano de Ricardo y fue a la ventana. Las persianas estaban cerradas, pero las abrió un poco y miró fuera, a las luces y

el agua profunda y negra. El silencio hacía oír sus fuertes gongos en la habitación tras ella. Cerró las persianas, volvió y miró a Ricardo. Estaba sentado en el suelo, junto a la silla en que se hallaba antes ella, con el vaso entre los pies, las grandes manos entrelazadas flojamente bajo las rodillas y la cabeza inclinada hacia ella. Era una actitud que conocía Cass, una actitud de escucha y de confianza. Cass se obligó a mirarle; podía no volver a ver esa actitud, ¡y la había sostenido durante tanto tiempo! El rostro de Ricardo era el de un hombre que entraba en la edad madura, y era también —y había sido siempre para ella— el rostro de un niño. Tenía el cabello más largo que de costumbre y comenzaba a ponerse gris, y la frente y el cabello estaban húmedos. Cass descubrió que le quería durante el segundo medroso e inmensurable en que estuvo contemplándolo. Si le hubiese querido menos habría consentido cansadamente en seguir actuando como el baluarte que protegía la simplicidad de Ricardo. Pero no podía hacerles eso a Ricardo ni a sus hijos. Él tenía derecho a conocer a su esposa y Cass rogaba que Ricardo lo soportase. Dijo:

—Tengo que decirte algo, Ricardo. No sé cómo lo vas a tomar o cuáles pueden ser las consecuencias para nosotros. —Hizo una pausa y el rostro de Ricardo cambió. «¡Suéltalo pronto!» se dijo ella—. Tengo que decírtelo porque no podemos volver a unirnos, no podemos tener porvenir alguno si no lo hago. —Su estómago se contrajo una vez más. Deseaba correr al cuarto de baño, pero sabía que eso no serviría de nada. El espasmo pasó—. Vivaldo y yo jamás nos hemos tocado. Yo he tenido... un amorío con Éric.

La voz de Ricardo, cuando habló, parecía no tener detrás un estado consciente, no pertenecer a nadie; era un mero tintineo absurdo en el aire:

—¿Eric?

Cass fue al bar y se apoyó en él.

—Sí.

¡Cómo sonaba y se acumulaba el silencio!

—¿Eric? —Ricardo rió—. ¿Eric?

«Ahora le toca a él», pensaba Cass. No miraba a su marido, que se levantó y, súbitamente borracho, se acercó tambaleando al bar. Sintió que él la miraba fijamente y por alguna razón pensó en un avión que trataba de aterrizar. Luego sintió la mano de él en su hombro. Se volvió y se obligó a mirarle a los ojos.

—¿Es eso cierto?

Cass se sentía del todo fría y seca y deseaba ir a dormir.

—Sí, Ricardo, es cierto.

Fue a sentarse otra vez en la silla. Se había entregado, ciertamente; pensaba en los niños y el temor rompió sobre ella como una ola y la dejó helada. Miraba fijamente hacia adelante y se mantenía completamente inmóvil, escuchando, pues no estaba dispuesta a renunciar a sus hijos, no los soltaría.

—No es cierto. No te creo. ¿Con Eric? ¿Por qué con él?

—Él tiene algo... algo que yo necesitaba desesperadamente.

—¿Qué es, Cass?

—Un sentido de sí mismo.

—Un sentido de sí mismo —repitió Ricardo lentamente—, un sentido de sí mismo. —Cass sintió que él la miraba, y también, con temor, cuán lentamente se acumulaba en él la tormenta y cuánto tiempo tardaría en estallar—. Perdona a tu marido poco inteligente, pero yo he tenido siempre la sensación de que él no tiene sentido alguno de sí mismo. Ni siquiera está seguro de qué es lo que tiene entre las piernas ni sabe qué hacer con eso, pero supongo que debo retractarme ahora.

«Ya llegó», pensó Cass, y dijo, cansada, desamparada:

—Sé que parece extraño, Ricardo. —Las lágrimas le asomaron a los ojos—, pero es una persona excelente. Lo sé. Lo conozco mejor que tú.

—Supongo que lo sabes —replicó Ricardo con una voz que fluctuaba entre un gruñido y un sollozo—, aunque él quizás prefiriera lo otro. ¿Lo has pensado alguna vez? Tú tienes que ser una de las pocas mujeres en el mundo...

—No lo digas, Ricardo, no lo digas. No cambiaría nada ni serviría para nada.

Ricardo se acercó a ella:

—Hablemos con claridad —dijo—. Llevamos casados casi trece años y yo he estado enamorado de ti durante todo ese tiempo y he confiado en ti, y, con excepción de un par de veces en el ejército, nada he tenido que ver con ninguna otra mujer. Aunque he pensado en ello, no me parecía que valiera la pena. Y he trabajado, he trabajado muy duramente, Cass, por ti y nuestros hijos, para que pudiéramos ser felices y para que marchase bien nuestro matrimonio. Quizás tú creas que eso está anticuado, quizás creas que soy un estúpido, no sé, eres mucho más... *sensible* que yo. Y de vez en cuando... —Fue al bar y dejó en él su vaso—. De pronto, sin motivo alguno, justamente cuando comienza a parecer que las cosas van a marchar realmente bien para nosotros... de pronto comienzas a darme la sensación de que soy algo que apesta, que debería estar fuera de casa. Yo no sabía qué había sucedido, yo no

sabía adónde ibas... y todo de pronto. Te oía cuando entrabas en casa e ibas a mirar a los niños y luego te metías en la cama. Te juro que oía cada movimiento que hacías... y yo me quedaba en el despacho como un niño porque no sabía cómo, *cómo* acercarme a ti de nuevo. Pensaba: «A ella se le pasará eso, sólo se trata de un extraño trastorno femenino que no puedo comprender». Incluso pensaba: «Dios mío, quizás vamos a tener otro hijo y ella no quiere decírmelo todavía». —Inclinó la cabeza sobre el bar—. ¡Y Jesús, Jesús, Eric! ¡Entras y me dices que has estado durmiendo con Eric! — Se volvió y miró a Cass—. ¿Durante cuanto tiempo?

—Unas semanas.

—¿Por qué? —Cass no contestó y él se acercó—. Respóndeme, querida. ¿Por qué? —Se inclinó sobre ella, aprisionándola en la silla—. ¿Es que querías herirme?

—No, nunca he querido herirte.

—¿Por qué, entonces? —Se inclinó más—. ¿Estabas harta de mí? ¿Es que él hace el amor mejor que yo, conoce tetas que yo no conozco? ¿Es eso? — Enredó los dedos de una mano en el cabello de ella—. ¿Es eso? ¡Respóndeme!

—Ricardo, vas a despertar a los niños.

—¡Ahora se preocupa por los niños! —Le levantó la cabeza y la golpeó contra la silla y luego la abofeteó dos veces con la mayor fuerza que pudo. La habitación se sumió en la oscuridad durante un segundo y luego volvió a la luz vacilando; las lágrimas asomaron a los ojos de Cass y le comenzó a sangrar la nariz—. ¿Es eso? ¿Te hacía él cosas que yo no te he hecho nunca? ¡Contéstame, perra, ramera!

Cass trataba de echar hacia atrás la cabeza, se ahogaba y jadeaba y sentía la espesa sangre en los labios y que le caía en los pechos.

—¡No, Ricardo, no! ¡Por favor, Ricardo!

—¡Oh, Dios mío. Dios mío!

Ricardo se apartó de ella y, como en un sueño, Cass vio que su corpachón se dirigía tambaleando al diván, y caía junto al diván de rodillas, llorando. Escuchó, escuchó si hacían algún ruido los niños, y miró hacia la puerta, donde habrían estado si se hubieran levantado, pero no estaban allí ni se oía sonido alguno. Miró a Ricardo y se cubrió el rostro durante un instante. No podía soportar el sonido de su llanto, ni la vista de aquellos hombros hundidos. Le pareció que había crecido su propio rostro y cuando apartó las manos de él vio que estaban cubiertas de sangre. Se levantó y fue tambaleando al cuarto de baño.

Dejó correr el agua y el flujo de sangre se fue deteniendo poco a poco. Se sentó en el suelo del cuarto de baño. Su pensamiento oscilaba alocadamente, como la aguja de un instrumento estropeado. Se preguntaba si se le hincharía el rostro por la mañana y cómo explicaría eso a Pablo y Miguel. Pensaba en Ida, Vivaldo y Ellis, y se preguntaba qué haría Vivaldo cuando descubriese la verdad, y lo lamentaba mucho por él, tanto que las lágrimas volvieron a afluir a sus ojos y le caían en las manos entrelazadas. Pensaba en Eric y se preguntaba si ella le había traicionado también a *él* al decirle la verdad a Ricardo. ¿Y qué le diría ahora a Eric o qué le diría él a ella? No quería dejar el refugio blanco e iluminado del cuarto de baño. El centro de su pensamiento lo llenaban la visión y el sonido de la angustia de Ricardo. Se preguntaba si había alguna esperanza para ellos, si quedaba entre ellos algo que pudieran utilizar. Esta última pregunta hizo que por fin se levantara, con el estómago todavía contraído, y se quitara el vestido ensangrentado. Deseaba quemarlo, pero lo echó al canasto de la ropa sucia. Fue a la cocina y puso café en el hornillo. Luego volvió al cuarto de baño, se puso una bata y sacó los cigarrillos de su bolso. Encendió uno y se sentó a la mesa de la cocina. Eran las tres de la mañana. Esperó a que Ricardo se levantara y fuera adonde estaba ella.

Libro III

HACIA BELÉN

*¿Cómo podrá defenderse contra su furia la belleza,
cuya energía no es más resistente que una flor?*

SHAKESPEARE, *Soneto LXV*



I

VIVALDO soñaba que corría, corría, corría por una región que había conocido siempre pero que no podía recordar en aquel momento, una región rocosa. Le cegaba la lluvia que caía intensamente, enredaderas correosas y húmedas le trababan las piernas y espinas y ortigas le herían las manos, los brazos y la cara. Huía y buscaba al mismo tiempo y, en su sueño, el tiempo corría también. Había una alta pared delante de él, una alta pared de piedra. Vidrios rotos brillaban en lo alto de la pared y sus puntas agudas se alzaban como lanzas. Recordaba una música, aunque no oía ninguna: creaba esa música la vista de la lluvia que caía en forma de saetas largas, crueles y brillantes y los vidrios centelleantes que se alzaban enconadamente contra ella. Y sentía un levantamiento correspondiente en su propio cuerpo, un tirón fugitivo, potente y vagamente perturbador, como el que habría podido sentir durante un momento si hubiera tenido bajo él el movimiento y la fuerza de un caballo. Y al mismo tiempo, en su sueño, mientras corría o le empujaban le abrumaba y le fastidiaba la certeza de que había olvidado... ¿olvidado qué?... algún secreto, algún deber que podía salvarle. Su respiración era un terrible peso cautivo en su pecho. Llegó a la pared. Se asió a la piedra con las manos ensangrentadas, pero la piedra era resbaladiza y no podía asirla, no podía alzarse. Probó con los pies, pero sus pies resbalaban y la lluvia seguía cayendo.

Y se dio cuenta de que su enemigo le alcanzaba. La sal le quemaba los ojos. No se atrevía a volverse; aterrado, se apretó contra la pared áspera y húmeda, como si la pared pudiera fundirse o se pudiera penetrar en ella. Había olvidado —¿qué?— cómo huir de su enemigo o cómo vencerlo. Luego oyó un gemido de trombones y clarinetes y un constante y furioso redoblar de tambores. Tocaban un *blue* que nunca había oído hasta entonces, y llenaban la

tierra con un sonido tan terrible que sabía que no podía soportarlo. ¿Dónde estaba Ida? Ella podía ayudarlo. Pero sintió que le asían unas manos duras y vio el rostro deformado y vengativo de Rufo. «¡Arriba! —le dijo Rufo—. Yo te ayudo a subir. ¡Arriba!»». Las manos de Rufo le empujaban y empujaban y pronto se encontró a más altura de la que nunca había estado Rufo, en el puente invernal, mirando a la muerte abajo. Sabía que esa muerte era lo que más deseaba Rufo. Trató de mirar abajo, de pedir misericordia a Rufo, pero no podía moverse sin caer de la pared, o caer sobre el vidrio. A lo lejos, mucho más allá de la corriente, vio a Ida, en una verde pradera en declive, caminando sola. El sol era bello en su cabello azul oscuro y en su frente azteca, y se concentraba formando un estanque centelleante en el hueco de su garganta. No miraba hacia él, andaba con un paso mesurado, mirando el terreno. Sin embargo, tenía la sensación de que ella le veía, de que se daba cuenta de que él estaba en la pared cruel, y esperaba, en connivencia con su hermano, su muerte. Luego Rufo se arrojó desde el aire y fue a empalarse en la lejana y aguzada cerca de la pradera. Ida no miraba: esperaba. Vivaldo vio cómo corría la sangre de Rufo, roja y brillante, por los clavos negros a la pradera verde. Trató de gritar, pero no le salieron las palabras; trató de alcanzar a Ida, y sintió en las manos y las rodillas que se le clavaban los vidrios. No podía soportar el dolor, pero, no obstante, volvió a sentir el tirón casual y voluptuoso. Se sentía completamente desamparado y más aterrado que nunca. Pero había placer en ello. Se retorció contra el vidrio. «¡No me mates, Rufo, por favor! ¡Por favor! ¡Te quiero!»». Luego, para su deleite y confusión, Rufo se hallaba acostado junto a él y le abría los brazos. Y en el momento en que se entregaba a su abrazo grato y abrumador su sueño se quebró como el vidrio, oyó la lluvia en las ventanas, volvió violentamente a su cuerpo, percibió su olor y el de Eric y se encontró con que era Eric a quien se asía y quien se asía a él. Los labios de Eric estaban en el cuello y el pecho de Vivaldo.

Vivaldo esperaba seguir soñando. Se apoderó de él una pena terrible, porque soñaba y porque estaba despierto. Inmediatamente tuvo la sensación de que había creado su sueño para crear aquella oportunidad; había realizado algo que deseaba hacía mucho tiempo. Estaba asustado y al mismo tiempo enojado —no sabía si con Eric o consigo mismo— y comenzó a separarse. Pero no podía separarse, no quería hacerlo, era demasiado tarde. Pensó en mantener los ojos cerrados para no contraer responsabilidad alguna por lo que sucedía. Ese pensamiento le avergonzó. Trató de reconstruir el modo como había comenzado aquel esfuerzo monstruoso. Sin duda se había dormido, y

Eric se había enroscado contra él. ¡Oh!, ¿qué le hacía recordar eso? Él mismo había enroscado sus piernas alrededor de Eric, pues el cuerpo de Eric estaba allí; y el deseo había entrado en aquel lecho monástico e infantil. Ahora era demasiado tarde, gracias a Dios era demasiado tarde; les era necesario a ambos desenredarse de la trabazón. Vivaldo abrió los ojos. Eric le miraba con una sonrisita, una sonrisa inquieta, y esa sonrisa hizo que Vivaldo comprendiera que Eric le quería. Eric le quería realmente y se enorgullecería dando a Vivaldo todo lo que necesitaba. Con un gemido y un suspiro, y con un alivio indescriptible, se despertó por completo y atrajo a Eric. Había sido un sueño y no un sueño. ¿Cuánto tiempo podían durar esos sueños? Aquél no podía durar mucho. Instantáneamente, en consecuencia, cada uno de ellos pareció resuelto a hacer que aquel momento, que les pertenecía, durara lo más posible. Vivaldo tembló como nunca había temblado hasta entonces, se sentía terriblemente incómodo, porque no sabía qué se esperaba de él ni qué podía esperar de Eric. Levantó a Eric y le besó la boca. Aquel pecho, aquel vientre y aquellas piernas eran como las suyas y el temblor del aliento de Eric era un eco del suyo. ¿Qué era lo que no podía recordar? Asociaba el acto con la humillación y el envilecimiento, pero no sentía eso con Eric y por lo tanto no sabía lo que sentía. Esa atormentada conciencia de sí mismo hacía que Vivaldo temiera que su momento, después de todo, pudiera frustrarse. No quería que eso sucediera, pues habían ido demasiado lejos y Eric había arriesgado demasiado. Temía lo que pudiera suceder si fracasaban. No quería causar dolor a Eric. El dolor físico que había causado a veces a muchachas desaparecidas y espectrales había sido necesario para ellas, les había abierto la puerta de la vida; pero ahora se hallaba envuelto en otro misterio. Trataba de volver a su adolescencia y, al mismo tiempo, de pensar en una mujer, pero no deseaba pensar en Ida. El temblor infantil y confiado de Eric devolvía a Vivaldo la sensación de su propia fuerza. Protegía a Eric del cielo que se derrumbaba, pero también se sentía protegido por Eric. El cuerpo del hombre no era misterioso, nunca lo había pensado, pero era en aquel momento el más impenetrable de los misterios; y ese asombro le hacía pensar en su propio cuerpo, sus posibilidades y su inminente y completa decadencia, como nunca había pensado hasta entonces. Y en aquel momento, difícil y dudoso, comprendió que estaba condenado a las mujeres. ¿Cómo era un hombre condenado a los hombres? No podía imaginarlo y sintió una rápida revulsión, que desapareció rápidamente porque amenazaba su tranquilidad.

El sueño se balanceaba al borde de la pesadilla: ¿cuán antiguo era aquel rito, aquel acto de amor, cuán profundo en el tiempo impersonal, en los

actores? Tenía la sensación de que se había lanzado desde un precipicio a un aire que lo mantenía inexorablemente en alto, como el agua salada sostiene al nadador; y le parecía que podía ver a una grande y horrible profundidad, en el fondo de su corazón, de ese corazón que contenía todas las posibilidades que podía nombrar y otras que no podía nombrar. Su momento llegaba a su fin. ¿Eric sollozaba y rogaba como hacía él cuando estaba con Ida? Pero Rufo seguramente lo hacía. ¡Rufo, Rufo! ¿Había sido así para él? Deseaba preguntárselo a Eric. Luego se sintió hundir, como si el mar cansado hubiera fallado y le hubiera envuelto, y se hundía, se hundía mientras luchaba desesperadamente por ascender a la superficie. Oía a lo lejos su propia respiración, oía el tamborileo de la lluvia; se sentía atrapado. Recordaba que Ida, en ese momento insoportable, echaba hacia atrás la cabeza y mostraba los dientes. Y pronunciaba el nombre de Vivaldo. ¿Y Rufo? ¿Había murmurado al final, con una voz extraña, el nombre de Eric, como lo murmuraba él en aquel momento?

Luego se quedaron juntos, ocultos y protegidos por el sonido de la lluvia. La lluvia caía fuera como una bendición, como una muralla entre ellos y el mundo. Vivaldo parecía haber caído, por un gran agujero en el tiempo, de nuevo a su inocencia. Lentamente comenzó a dormirse otra vez. Deseaba abrir los ojos, mirar a Eric, pero era un esfuerzo demasiado grande y además corría el peligro de destruir su paz. Al mismo tiempo se preguntaba, y eso casi le hizo reír, que después de todo lo que había dicho la noche anterior, ¿qué hacía en aquella cama, en los brazos de aquel hombre? Que era para él el hombre más querido. Se sentía fantásticamente protegido, liberado, por el conocimiento de que, a cualquier parte que se sintiera obligado a ir después de terminado ese día, fuera lo que fuese lo que le sucediera desde aquel momento hasta su muerte, y aunque, o acaso especialmente por ello, ellos no volvieran a encontrarse el uno en brazos del otro, había en el mundo un hombre que le quería. Toda su esperanza, que había palidecido tanto, volvió a la vida.

—¿Eric?

Ambos abrieron los ojos y se miraron. Los ojos de color azul oscuro de Eric eran muy claros y cándidos, pero en su profundidad esperaba también un temor terrible.

Al final Eric sonrió.

—¡Qué día tan extraño! Comienza con revelaciones.

—Se están abriendo todos los libros del cielo. —Cerró los ojos y sonó el teléfono—. ¡Qué fastidio!

—Más revelaciones.

Eric hizo una mueca, pidió a Vivaldo un cigarrillo y lo encendió.

—Es demasiado temprano. ¿No podemos volver a dormir?

El teléfono seguía llamando.

—Es la una —dijo Eric, y, dudando, desvió la vista de Vivaldo al teléfono—. Probablemente es Cass. Volverá a llamar.

—Quizás sea Ida. Ella, probablemente, no volverá a llamar.

Eric levantó el receptor y preguntó:

—¿Quién llama?

Vivaldo oyó vagamente, a lo lejos, la voz de Cass.

—Buenos días, querida, ¿cómo estás? —la saludó Eric.

Luego guardó silencio. Algo que había en la cualidad de ese silencio hizo que Vivaldo se despertara por completo y se incorporara. Observó la cara de Eric. Luego encendió un cigarrillo y esperó.

—¡Oh! —exclamó Eric un momento después—. ¡Pobre Cass! —La voz seguía y seguía y el rostro de Eric se ponía cada vez más inquieto y cansado—. Sí, pero ha sucedido, y está ahí, sobre nosotros. —Lanzó una rápida mirada a Vivaldo y luego a su reloj—. Sí, ciertamente, ¿dónde? —Miró hacia la ventana—. Cass, no parece probable que... Por favor, Cass, no hagas eso. —La expresión de su rostro volvió a cambiar, registrando un sobresalto. Miró a Vivaldo y se apresuró a añadir—. Vivaldo está aquí. No fuimos a ninguna parte, nos quedamos en casa. —Sus labios esbozaron una sonrisa amarga y seca—. Eso es lo que dicen y seguramente ahora van a hacerlo hasta más no poder. —Rió—. No, nadie vive sin frases hechas. —Escuchó y añadió suavemente: —Pero yo voy a tener ensayos muy pronto, Cass, y quizás tenga que ir a la Costa. Además... —Miró a Vivaldo con la frente fruncida—. Sí, lo comprendo Cass. Sí, a las cuatro. Muy bien. Tú insiste, querida, insiste.

Colgó el teléfono. Se quedó un momento contemplando la lluvia y luego miró a Vivaldo con una sonrisita a la vez triste y orgullosa. Volvió a mirar su reloj, dejó el cigarrillo y se tendió de espaldas, mirando al techo y con la cabeza apoyada en los brazos.

—Bueno, adivina qué pasa. Todo se ha descubierto. Cass Volvió anoche a casa a una hora muy avanzada y tuvo con Ricardo una pelea acerca de nosotros. Ricardo está enterado de todo.

Vivaldo silbó, con los ojos abiertos de par en par.

—Sabía que no debías responder a esa llamada telefónica.

—¡Qué lío! ¿Viene Ricardo aquí con una escopeta? ¿Cómo lo ha averiguado?

Eric parecía sentirse extrañamente culpable.

—Cass no se expresaba de una manera muy coherente —dijo—. No lo sé, realmente. De todos modos lo que menos importa es cómo lo ha descubierto, puesto que lo ha descubierto. Al parecer, sospechaba... pero sospechaba de ti.

—¿De mí? ¡Tiene que estar loco!

—Cass iba a verte con mucha frecuencia, al menos eso es lo que ella le ha dicho.

—¿Y qué crees que hacía Ida mientras Cass y yo nos abrazábamos? ¿Nos leía cuentos de hadas?

Eric volvió a sentirse incómodo, pero rió:

—No sé lo que pensaba. De todos modos, Cass dice que está muy enojado contigo porque... —balbuceó un momento y bajó la vista—, porque conocías el asunto y se supone que eres su amigo y que debías habérselo dicho. ¿Crees que se lo debías haber dicho?

—¡Qué disparate! Yo no soy el *boy—scout* de nadie. Además, mis amigos sois tú y Cass, no Ricardo.

—Bueno, él no sabía eso. Tú le conoces desde hace mucho más tiempo que a mí y Ricardo no me quiere mucho, realmente; esperaba, como es natural, que le fueras leal.

Vivaldo suspiró.

—Hay muchas cosas que Ricardo no sabe y eso es demasiado malo, pero yo no tengo la culpa. Y no es sincero. Él sabe que no hemos sido realmente amigos durante mucho tiempo y no me siento culpable por eso. Ya tengo bastante por lo que sentirme culpable.

—¿Te sientes culpable?

Se miraron un momento y Vivaldo se echó a reír:

—No es eso lo que quería decir. Pero, no, no me siento culpable y espero que nunca volveré a sentirme culpable. Es una pérdida de tiempo monstruosa.

—Cass dice que Ricardo puede tratar de verte hoy.

—Eso es muy propio de él. Bueno, no estoy en casa. —Rió de pronto—. ¿No sería gracioso que Ricardo viniera aquí?

—¿Y te encontrara aquí, quieres decir? —Los dos rieron, revolcándose en la cama como niños—. Me pregunto qué pensaría.

—¡Pobre hombre! No sabría qué pensar.

Se miraron y reanudaron la risa.

—Ciertamente, no sentimos mucha compasión por él —dijo Eric.

—Así es. —Vivaldo se incorporó, encendió dos cigarrillos y dio uno a Eric—. El pobre bastardo, verdaderamente tiene que sufrir. Después de todo,

no sabe qué le ha sucedido. Y estoy seguro de que Cass no se ríe.

—No. No se ríe de Ricardo ni de nada. Parecía enloquecida.

—¿Desde dónde ha llamado?

—Desde su casa. Ricardo acababa de salir.

—Me pregunto si se dirige a mi casa. Quizás deba llamar para ver si está allí Ida.

Pero no se movió para ir al teléfono.

—Todo está lo más revuelto posible —dijo Eric un instante después— Ricardo habla de pedir el divorcio y conseguir la custodia de los hijos.

—Sí, y probablemente ha ido a comprar un hierro de marcar reses con la letra A y si pudiera haría que Cass se prostituyera en las calles y cayera muerta de sífilis. Lentamente, porque ha sido herido en su amor propio.

—Bueno, le han herido —dijo Eric, lentamente—. Y no hay que ser... admirable... para sentir el dolor.

—No, pero creo que uno puede comenzar a hacerse admirable si cuando le hieren no trata de vengarse. —Miró a Eric y le puso una mano en el cuello—. ¿Comprendes lo que quiero decir? Quizás, si no puedes aceptar el dolor que casi te mata, puedes utilizarlo para hacerte mejor.

Eric le miró con una semisonrisa extraña y una expresión de afecto y dolor en el rostro.

—Es muy difícil hacer eso —dijo.

—Pero hay que tratar de hacerlo.

—Lo sé. —Y añadió, muy cuidadosamente, observando a Vivaldo—. De otro modo te paraliza lo que te ha arruinado, cualquier cosa que sea, y haces que suceda una y otra vez, y tu vida ha terminado realmente, porque no puedes moverte, ni cambiar, ni volver a amar.

Vivaldo dejó caer la mano y se inclinó hacia atrás.

—Tratas de decirme algo. ¿Qué tratas de decirme?

—Hablabas de mí mismo.

—Quizás, pero no te creo.

—Espero —dijo Eric de pronto— que Cass no me odie.

—¿Por qué ha de odiarte?

—No puedo hacerle mucho bien. *No le he hecho* mucho bien.

—No k) sabes. Cass sabía lo que hacía. Creo que ella tenía una idea mucho más clara que tú, porque tú —sonrió— no eres muy inteligente.

—Creo que yo esperaba, quizás *nosotros* esperábamos, que Ricardo no lo descubriera y que Yves llegara... antes.

—Sí, pero la vida no es siempre tan... ordenada.

—Tú eres muy inteligente.

—Naturalmente. Y tú debes serlo también conmigo cuando estoy en dificultades. Tienes que ser *inteligente*.

—Haré todo lo que pueda.

Vivaldo rió.

—No se te puede odiar. Eres demasiado gracioso. ¿A qué hora vas a verte con Cass?

—A las cuatro. En el Museo de Arte Moderno.

—Muy bien. ¿Cómo se las va a arreglar para salir? ¿O la acompañará Ricardo?

—No está segura de que Ricardo vuelva hoy.

—Comprendo. Creo conveniente que tomemos una taza de café. Voy al baño.

Saltó de la cama y cerró tras él de golpe la puerta del cuarto de baño.

Eric fue a la cocina, que sólo estaba un poco menos desordenada que como sentía que estaba él, y puso café en el hornillo. Se quedó un momento observando la llama azul en la oscuridad de la pequeña habitación. Tomó dos tazas y encontró la leche y el azúcar. Volvió a la sala—dormitorio y quitó de la mesita de noche los libros y las notas garrapateadas con urgencia—casi todas las cuales, bajo sus ojos, mientras las escribía en pequeños pedazos de papel, se habían hecho inaplicables— y vació el cenicero. Recogió sus ropas y las de Vivaldo del suelo y las amontonó en una silla, y arregló las sábanas de la cama. Puso las tazas, la leche y el azúcar en la mesita de noche, descubrió que sólo quedaban cinco cigarrillos y buscó más en los bolsillos, pero no había. Tenía hambre, pero la nevera estaba vacía. Pensó que quizás tendría energía suficiente para vestirse y bajar a la tienda de la esquina en busca de algo, pues probablemente Vivaldo tendría hambre también. Fue a la ventana y atisbó a través de las persianas. Llovía intensamente. El agua golpeaba el pavimento produciendo un sonido maligno y salpicaba el borde de la calzada con fuerza de balas. El asfalto estaba ancho, blanco y vacío a causa de la lluvia. Los adoquines grises bailaban, centelleaban y saltaban. No pasaba un coche, ni una persona, ni un gato, y el único ruido era el de la lluvia. Se olvidó de ir a la tienda y se quedó contemplando la lluvia, confortado por el anonimato y la violencia, pues aquella violencia era también paz. Y así como la lluvia deformaba, borraba y embotaba todos los contornos conocidos de las paredes, las ventanas, las puertas, los coches estacionados, los faroles, las bocas de riego y los árboles, así también Eric, en su observación silenciosa, trataba de borrar y embotar y de huir de todos los

enigmas que se amontonaban sobre él. «¿Cómo iré al Museo con toda esta lluvia?», se preguntaba. Pero no se atrevía a preguntarse qué le diría a Cass o qué le diría ella a él. Pensaba en Yves con una angustia que se parecía al pánico, se sentía doblemente infiel, sentía que el soporte principal de su vida había cambiado, había cambiado y podía volver a cambiar, podía romperse bajo el terrible peso secreto que se acumulaba. Débilmente, a través de la puerta cerrada que tenía a la espalda, oía silbar a Vivaldo. ¿Cómo no había sabido lo que era capaz de sentir por Vivaldo? Y la respuesta le golpeaba tan implacablemente como la lluvia que caía: no lo sabía porque no se atrevía a saberlo. Eran muchas cosas que uno no se atrevía a saber. Y todas ellas esperaban pacientemente, como demonios en la oscuridad, a surgir de su escondite para ponerse de manifiesto en alguna mañana de domingo lluviosa.

Cerró la persiana y volvió a la habitación. Sonó el teléfono. Miró el aparato torvamente, pensando: «Más revelaciones», y levantó el auricular.

Su agente, Harman, le gritó al oído:

—¡Hola! ¿Eric? Siento molestarle en una mañana de domingo, pero es muy difícil dar con usted. Pensaba enviarle un telegrama.

—¿Es difícil encontrarme? He estado en casa, me parece, enredado en ese bello libreto.

—No me jorobe, amigo. Sé que le da trabajo esa obra, pero no tanto. Ni siquiera ha respondido al teléfono. Escuche.

—Escucho.

—Se refiere a su prueba cinematográfica. ¿Tiene un lápiz?

—Espere un minuto.

Eric encontró en su escritorio un lápiz y un trozo de papel y volvió al teléfono.

—Diga, Harman.

—No va a ir a la Costa. Se ha arreglado el asunto para que lo haga aquí. ¿Sabe dónde están los Allied Studios?

—Sí, naturalmente.

—Bueno, se ha arreglado para el miércoles por la mañana. En Allied a las diez. Escuche: ¿puede usted almorzar conmigo mañana?

—Sí, con mucho gusto.

—Entonces le informaré de todos los detalles. ¿En Downey?

—De acuerdo. ¿A qué hora?

—A la una en punto. Ahora... ¿sigue escuchándome?

—Soy todo oídos.

—Por fin hemos conseguido que venga a la ciudad esa estrella de cine decrepita, y la fecha del ensayo se ha fijado definitivamente para dentro de una semana.

—¿La semana próxima?

—Eso es.

—Magnífico. Me alegraré de volver a trabajar.

Vivaldo salió del baño, indeciblemente inmenso en su blanca desnudez, y entró en la cocina. Miró críticamente la cafetera, fue al dormitorio y se tendió en la cama.

—En adelante va a trabajar, Eric. Está usted en camino, y va a llegar a la cumbre. No podría sentirme más complacido.

—Gracias, Harman. Espero que acierte usted.

—He trabajado en este negocio más tiempo del que lleva usted en el mundo, Eric. Reconozco al triunfador en cuanto lo veo, y nunca me he equivocado. Bueno, que le vaya bien. Nos veremos mañana. Adiós.

—Adiós.

Eric colgó el teléfono, lleno de una excitación fugitiva.

—¿Buenas noticias? —preguntó Vivaldo.

—Era mi agente. Vamos a comenzar los ensayos la semana próxima y mi prueba cinematográfica el miércoles. ¿No es fantástico?

Vivaldo le miró, sonriendo.

—Creo que deberíamos brindar por ello. —Vio que Eric levantaba del suelo la botella vacía—. ¡Oh, qué lástima!

—Pero tengo un poco de aguardiente de maíz.

—Magnífico.

Eric preparó dos copas y bajó la llama bajo el café.

—El aguardiente de maíz es en realidad mucho más apropiado, puesto que lo beben en el sur, de donde soy yo.

Se sentó en la cama y chocaron los vasos.

—¡Por tu primer Óscar! —brindó Vivaldo.

—Es emocionante. ¡Por tu premio Nobel!

—Eso sí que es conmovedor. —Y añadió de pronto: —Te vas a sentir muy solo.

Eric le miró y se encogió de hombros.

—Así te encuentras tú, a fin de cuentas. A fin de cuentas yo estoy solo ahora.

Vivaldo guardó silencio un momento, y cuando habló parecía muy triste.

—¿Lo estás? ¿Lo estarás... cuando llegue tu amigo?

Fue Eric quien guardó silencio.

—No —contestó finalmente. Vaciló—. Bueno... sí y no. ¿Tú te sientes solo con Ida?

—He pensado en eso, o he tratado de no pensar en eso, durante toda la mañana. Espero que no te importe que diga... bueno, ¡qué diablos!, de todos modos lo sabes, que, en cierto modo, me oculto en tu cama ahora, me oculto en tus brazos... de Ida. Trato de ver claro acerca de mi vida con Ida. Creo que me corresponde a mí resolverlo, de una manera u otra. Pero me falta valor, al parecer. No sé cómo hacerlo. Temo forzar algo porque temo perderla. — Parecía tropezar en las profundidades del silencio de Eric—. ¿Comprendes lo que quiero decir? ¿Tiene sentido para ti?

—¡Oh, sí, tiene sentido! —Miró a Vivaldo Sonriendo, y se atrevió a añadir: —Quizás en este momento, mientras los dos estamos juntos aquí, ocultándonos cosas que nos asustan, quizás tú me quieras y yo te quiera más que nunca en este mundo.

—No sé si puedo aceptar eso todavía. Todavía no. Más adelante, quizás. Bueno, seguramente. Pero eso no es muy completo, ¿verdad? Este día casi ha terminado. ¿Cuánto tiempo pasará hasta que volvamos a tener otro día como éste? Porque no somos niños sabemos cómo es la vida, cómo pasa el tiempo, cómo corre. Y yo no puedo realmente desear hacerte menos solitario un momento tras otro, un día tras otro, un mes tras otro. Ni tú a mí. No nos llevan en las mismas direcciones, y yo no puedo evitarlo, como no puedes evitarlo tú. —Se interrumpió para mirar los ojos enormes y atormentados de Eric, y sonrió—. Sería maravilloso si las cosas pudieran seguir así. Yo no seguiré el camino que tú quieres que siga, según supongo. ¿Lo sabes? Y si tratamos de arreglarlo, de prolongarlo, de dirigirlo, si tratamos de tomar más que aquello con lo que, por algún milagro, lo juro, hemos tropezado, yo me convertiré en un parásito y los dos nos marchitaremos. Por lo tanto, ¿qué podemos hacer realmente el uno por el otro como no sea querernos y ser el uno testigo del otro? ¿Y no tenemos derecho a esperar más? ¿Para que podamos llegar a ser realmente lo que realmente somos? ¿No crees lo mismo? —Y antes de que Eric pudiera contestar bebió un largo trago y añadió, en tono diferente y en voz más baja: —Porque cuando estaba en el cuarto de baño, pensaba que sí, me gusta estar contigo —se ruborizó, y levantó nuevamente la mirada hacia Eric—, por qué no, es ardiente; soy sensual, me gusta la forma en que me quieres, pero... —bajó la vista— no es ésa mi batalla, no es eso lo mío, y yo lo sé y no puedo renunciar a mi batalla. Si lo hago, moriré, y si muero —miró a Eric con una sonrisa triste y juvenil— ya no me querrás.

Eric tendió la mano y tocó el rostro de Vivaldo, y un momento después Vivaldo le tomó la mano.

—Por ti, la luna, amigo —dijo Eric, y su voz, para su sorpresa, era un murmullo grave y ronco. Se aclaró la garganta—. ¿Quieres ahora café?

Vivaldo movió la cabeza negativamente. Vacío su vaso y lo dejó en la mesa.

—Bebe —le dijo a Eric.

Eric terminó su bebida, le tomó el vaso y lo dejó también en la mesa.

—No quiero café ahora —dijo—. Aprovechemos lo mejor que podamos nuestro pequeño día.

A las cuatro menos diez Eric estaba lavado, afeitado y vestido, y tenía puesto su impermeable. El café estaba demasiado caliente, por lo que sólo pudo beber media taza. Vivaldo no se había vestido todavía.

—Vete. Yo haré un poco de limpieza y cerraré la puerta.

—Está bien. —Pero Eric temía salir tanto como Vivaldo temía vestirse—. Te dejaré los cigarrillos. Compraré otros.

—Gracias. Ahora vete. Saluda de mi parte a Cass.

—Y tú saluda de mi parte a Ida.

Ambos sonrieron.

—Voy a llamarla; tan pronto como te vayas.

—Pues bien, me voy.

Pero se detuvo en la puerta y miró a Vivaldo, que estaba en el centro de la habitación con la taza de café en la mano. Miraba al suelo con expresión de perplejidad. Luego sintió los ojos de Eric y levantó la vista. Dejó la taza de café y fue a la puerta. Besó a Eric en la boca y le miró a los ojos.

—Nos veremos pronto.

—Sí, nos veremos pronto.

Y Eric abrió la puerta y salió. Vivaldo escuchó cómo bajaba las escaleras. Luego fue a la ventana, abrió las persianas y lo buscó; Eric apareció en la calle como si hubiera corrido o le hubieran empujado. Miró primeramente en una dirección y luego en otra; después, con las manos en los bolsillos, la cabeza inclinada y los hombros levantados, avanzó por la larga manzana de casas, apretándose contra los edificios. Vivaldo lo contempló hasta que dobló la esquina.

Luego volvió a la habitación, con una sensación de culpabilidad que comenzaba deliciosamente a roer la cuerda con que la había atado. Y, no

obstante, al mismo tiempo, se sentía radiante, maravillosamente agotado. Se sirvió otra bebida y se sentó al borde de la cama. Lentamente marcó su número.

En el otro lado levantaron el receptor casi inmediatamente y oyó la voz de Ida, que le llegó con la fuerza de una sacudida eléctrica.

—¿Diga?

En el fondo oyó a Billie Holiday cantando *Billie's Blues*.

—Hola, querida. Soy tu hombre que pregunta por su mujer.

—¿Sabes qué hora es? ¿Dónde diablos estás?

—En casa de Eric. No hemos salido de aquí. Estoy recobrando la calma.

Había en la voz de Ida un tono de alivio peculiar. Él lo advirtió porque ella trataba de ocultarlo.

—¿Habéis estado ahí toda la noche, desde que yo te dejé?

—Sí. Vinimos, comenzamos a conversar y terminamos el *whisky* de Eric. Y tenía mucho *whisky*, ya ves.

—Sí, ya sé que consideras ilegal dejar de beber mientras quede bebida. ¿Ha llamado Cass?

—Sí.

—¿Has hablado con ella?

—No. Ha hablado Eric.

—¿Y qué te ha dicho Eric?

—¿Qué quieres decir con qué me ha dicho Eric?

—Quiero decir qué ha dicho Cass.

—Que tenía dificultades. Ricardo ha descubierto lo suyo.

—¿No es espantoso? ¿Qué más ha dicho?

—Bueno, creo que eso le ha alborotado la mente. No parece haber dicho nada más. ¿Sabes algo al respecto?

—Sí. Ricardo ha estado aquí. ¿No ha ido ahí?

—No.

—¡Oh, Vivaldo, ha sido terrible! Lo siento por él. Yo pensaba que podías estar en casa de Eric, pero le he dicho que habías ido a ver a tu familia en Brooklyn y que no tenía el número del teléfono ni la dirección. Es muy triste, Vivaldo; él está muy amargado y quiere hacerte daño. Cree que le has traicionado.

—Bueno, creo que puede ser más cómodo para él pensar eso. ¿Cuánto tiempo ha estado ahí?

—No mucho. Sólo unos diez minutos. Pero han parecido más. Ha dicho cosas terribles.

—Seguramente. ¿Todavía quiere verme?

—No sé. —Hubo una pausa—. ¿Vienes a casa ahora?

—Sí, inmediatamente. ¿Estarás ahí?

—Estaré aquí. Ven. ¿Dónde está Eric?

—Ha ido... a Harlem.

—¿Para ver a Cass?

—Sí.

—¡Dios mío, qué lío! —suspiró Ida—. Ven a casa, querido. Si Ricardo va a matarte no querrás que lo haga mientras estás en casa de Eric. Eso sería demasiado.

Vivaldo rió.

—Tienes razón. Hoy parece estar de buen humor.

—En realidad estoy de un humor terrible. Pero me siento valiente al respecto, imito a Greer Garson.

Vivaldo volvió a reír.

—¿Sirve eso de algo?

—No, querido, pero lo hace todo bastante divertido.

—Muy bien. Estaré ahí dentro de un minuto.

—Hasta luego, querido.

—Hasta luego.

Vivaldo colgó el auricular con una alborozada sensación de alivio porque en su casa no parecía esperarle ninguna dificultad con Ida. Tenía la impresión de que había conseguido algo. Tomó una ducha y mientras se bañaba cantaba. Pero cuando salió del cuarto de baño se dio cuenta de que estaba terriblemente hambriento y débil. Mientras se vestía llamaron a la puerta.

Estaba seguro de que era Ricardo por fin, y se apresuró a abrocharse el cinturón y ponerse los zapatos antes de apretar el botón del zumbador. Comenzó tontamente a arreglar a cama, pero comprendió que no habría tiempo y, además, a Ricardo le importaría un comino que la cama estuviera o no hecha. Esperó mientras oía que la puerta de la calle se abría y volvía a cerrarse, y luego abrió la del apartamento. Pero no oyó pasos. Una voz gritó:

—¡Eric Jones!

—¡Aquí! —contestó Vivaldo, y salió al rellano.

Un mensajero de la Western Union subía las escaleras.

—¿Es usted Eric Jones?

—Él ha salido. Pero yo puedo recibirlo.

El mensajero le entregó un telegrama y un libro para que firmara. Vivaldo le dio veinte centavos y volvió al apartamento.

Pensaba que el telegrama era, probablemente, del agente o el productor de Eric, pero lo examinó más atentamente y vio que era un cablegrama proveniente de Europa. Lo dejó junto al teléfono y garrapateó una nota que decía: «Te he cogido prestado el otro impermeable. *Fíjate en el cablegrama.* Ha sido un gran día. Vivaldo». Dejó la nota en el centro del escritorio de Eric, sujeta con una botella de tinta.

Luego paseó la mirada por la habitación. La cama seguía deshecha y la dejó así; la botella de *whisky* estaba en el suelo y los vasos en la mesita de noche. Todo se hallaba completamente tranquilo y silencioso, con excepción de la lluvia. Volvió a mirar el cablegrama, apoyado en el teléfono. Siempre le asustaban un poco los telegramas. Cerró la puerta, comprobó que quedaba bien cerrada y salió, por fin, a la lluvia hostil.

Eric la vio inmediatamente cerca de las escaleras, detrás del taquillero. Se paseaba describiendo un pequeño círculo y cuando él entró le daba la espalda. Llevaba su impermeable pardo y se cubría la cabeza con la capucha; jugaba con el mango de hueso blanco en forma de garra de su delgado paraguas. El museo estaba lleno de gente y con el hedor rancio que exhalan los museos los domingos, agravado en esta ocasión por la humedad. Eric cruzó las puertas detrás de una gran nube de alegres damas azotadas por el viento y la lluvia, que formaron delante de él una gran muralla ruidosa y oscilante mientras sacudían los paraguas y se repetían con voces triunfantes lo terrible que estaba el tiempo. Tres muchachos y dos muchachas, muy limpios y acicalados, centelleantes con su pasión por el progreso y la comodidad con que se movían entre abstracciones, entregaban sus entradas y cruzaban la barrera. Otros se hallaban en las escaleras, bajando, subiendo o parados, atisbándose mutuamente como pájaros medio ciegos y produciendo un zumbido espantoso como de plumas flotantes y alas jactanciosas. Cass, pequeña, pálida y anticuada con su capucha, se paseaba sin cesar y observaba desencantada todo aquello. Miraba con indiferencia a las damas resonantes, pero no veía a Eric, que todavía trataba de pasar a través o alrededor de la muralla. Miró otra vez a la gente que estaba en la escalinata y se preguntaba por qué Cass había querido que se encontrasen allí; era muy probable que en aquellas salas sagradas estériles estuviese, cerrando un pasillo o medio oculto tras un grupo de estatuas, alguien que ellos conocían. Cass encendió resignadamente un cigarrillo medio vuelta en su pequeña jaula imaginaria. En

aquel momento la gente cruzaba con ímpetu las puertas detrás de Eric y su mayor presión le empujó más allá de las damas. Tocó a Cass en el hombro.

Ella pareció saltar. Se le avivaron los ojos inmediatamente y los labios pálidos se le pusieron tensos. Su sonrisa era pálida.

—¡Oh! —exclamó—. Creía que no ibas a llegar nunca.

Él había dominado la tentación desesperada de no ir y tenía la semiesperanza de no encontrarla. Cass estaba tan pálida y parecía en aquel lugar frío y deslumbrador tan desamparada que a Eric le dio un vuelco el corazón. Llegaba con una media hora de retraso.

—Querida Cass —dijo—, te ruego que me perdones, pero es difícil llegar a ninguna parte con un tiempo como éste. ¿Cómo estás?

—Muerta. —No se movía y miraba la punta de su cigarrillo como si estuviera hipnotizada por ella—. No he dormido.

Su voz era muy clara y tranquila.

—Has elegido un lugar extraño para que nos veamos.

—¿De veras? —Miró a su alrededor sin ver nada y luego a Eric. La desesperación que expresaba su rostro parecía darse cuenta, a lo lejos, de la presencia de Eric, y la pena le ablandó el rostro—. Supongo que lo hice porque pensaba... bueno, no es probable que nos oigan aquí y... no se me ocurrió ningún otro lugar.

Eric estaba a punto de sugerir que se fueran de allí, pero el rostro pálido de Cass y la lluvia le disuadieron.

—Está bien —dijo.

La tomó del brazo y subieron sin rumbo las escaleras. Eric se daba cuenta de que estaba enormemente hambriento.

—No puedo quedarme contigo mucho tiempo porque he dejado solos a los niños. Pero le he dicho a Ricardo que iba a salir, que trataría de verte hoy.

Llegaron a la primera de la serie laberíntica de salas, desviándose y tropezando con grupos de personas, con cuadros brillantes a su alrededor y extendiéndose a lo lejos como lápidas sepulcrales con inscripciones ilegibles. La gente se movía en oleadas, como los turistas en un cementerio extranjero. De vez en cuando un lloraduelo solitario, soñando con algún pariente desaparecido, permanecía sólo en adoración o arrobamiento ante un monumento conmemorativo, pero la mayoría ponían de manifiesto, moviéndose sin cesar de un lado a otro, una alegría democrática. Cass y Eric se movían con cierto pánico entre aquella multitud, buscando un lugar más tranquilo; a través de campos de impresionistas y cubistas franceses y cacófonos maestros modernos, llegaron a una sala más pequeña dominada por

un cuadro enorme, ejecutado, principalmente, en rojo, y ante el cual dos estudiantes, una muchacha y un muchacho, se hallaban con las manos entrelazadas.

—¿Fue muy desagradable lo de anoche, Cass?

Eric hizo la pregunta en voz baja delante de un retrato, en amarillo, de una joven de largo cuello con un vestido y un cabello amarillos.

—Sí. —La capucha le oscurecía el rostro; hacía calor en el museo y se quitó la capucha; tenía el cabello desgreñado en la frente y colgante en el cuello; parecía cansada y vieja—. Al principio fue espantoso porque no me había dado cuenta de lo mucho que le había herido. Él *puede* sufrir, después de todo. —Lanzó una mirada rápida a Eric y luego la desvió. Se alejaron del cuadro amarillo y se colocaron frente a otro, que representaba una calle con canales de alguna parte de Europa—. Y... a pesar de lo que ha sucedido desde entonces, yo le quería mucho, él era toda mi vida y será siempre muy importante para mí. —Hizo una pausa—. Supongo que hizo que me sintiera terriblemente culpable. Yo no sabía qué iba a suceder. No creía que pudiera, pero sucedió. —Volvió a interrumpirse, con los hombros hundidos por una frustración cansada y orgullosa. Luego tocó la mano de Eric—. Aborrezco hablarte de ello, pero debo tratar de decírtelo todo. Me asustó también, me asustó porque de pronto sentí el temor terrible de perder a mis hijos y no puedo vivir sin ellos. —Se llevó una mano a a frente para levantarse inútilmente el cabello—. Yo no tenía que habérselo dicho; él no lo sabía realmente, no sospechaba de ti desde luego; creía que era Vivaldo. Se lo dije porque pensé que tenía derecho a saberlo, que si íbamos a... seguir juntos, podíamos comenzar de nuevo, con todo aclarado entre nosotros. Pero me equivocaba. Algunas cosas no pueden ser claras.

El muchacho y la muchacha se dirigían a su lado de la sala. Cass y Eric la cruzaron para colocarse ante el cuadro rojo. Cass continuó:

—O quizás algunas cosas *son* claras, sólo que uno no quiere hacer frente a esas cosas. No lo sé... De todos modos... no creía que él me amenazara, no creía que tratara de asustarme. Si *él* me dejara, si él me fuera infiel, ¡infiel, qué palabra!, no creo que tratara de retenerlo de ese modo, no creo que tratara de castigarlo. Después de todo... no me pertenece, nadie *pertenece* a nadie.

Comenzaron otra vez a caminar, por un largo pasillo, en dirección a las damas. Y Cass añadió:

—Me dijo cosas terribles, me dijo que pediría el divorcio y que me quitaría a Pablo y a Miguel. Yo le escuchaba y no me parecía real. No comprendía cómo podía decir esas cosas si alguna vez me había amado. Le

observaba y comprendía que decía esas cosas para herirme, para herirme porque le han herido... como a un niño. Y me daba cuenta de que yo le amaba así, como a un niño; ahora ha llegado la cuenta por todo ese soñar. ¿Cómo se puede haber soñado durante tanto tiempo? Y yo creía que aquello era real. Ahora no se qué es real. Y me sentía engañada, tenía la sensación de que me había engañado a mí misma y te había engañado a ti y a todo lo que vale, de todos modos a todo lo que una aspira a ser, pues una no desea ser simplemente otro monstruo gris e informe. —Pasaron junto a las damas alegres y Cass las miró con asombro y odio—. ¡Oh, Dios mío, qué mundo miserable!

Eric callaba, pues no sabía qué decir, y continuaban su paseo espantoso por la selva helada y angular. Los colores de las paredes les sonaban como música congelada; Eric tenía la sensación de que aquellas salas nunca dejarían de enlazarse unas con otras, de que aquel laberinto era eterno. Y comenzó a sentir por Cass una pena mayor que cualquier afecto que hubiera sentido por ella. Ella se mantenía erguida como un soldado, avanzaba directamente hacia adelante y, como dicen en el sur, no era mayor que un minuto. Él deseaba poder salvarla, que estuviera en su poder salvarla y hacer su vida menos dura. Pero sólo el amor podía realizar el milagro de hacer soportable su vida, sólo el amor, y el amor mismo fallaba la mayoría de las veces. Él no la había amado; la había utilizado para descubrir algo acerca de sí mismo. Y ni siquiera eso era cierto. La había utilizado con la esperanza de eludir una confrontación consigo mismo que, no obstante, y como una venganza, se había visto obligado a soportar. Se sentía tan alejado de Cass en aquel momento, en aquella hora terrible para ella, como estaba alejado físicamente de Yves. El espacio rugía entre ellos como una inundación. Y mientras, a cada momento que pasaba, Yves se acercaba cada vez más, venciendo a toda aquella agua, y a medida que se acercaba se hacía más irreal, Cass era arrastrada lejos, se hallaba ya a una distancia inconquistable, donde la envolvería la realidad, eternamente inalterable, como envuelve el sudario a un cadáver. Sin embargo la pena de Eric, ahora que nada podía hacer, se extendía frondosamente.

—Nunca serás un monstruo —dijo—, nunca. Lo que sucede es atroz, lo sé, pero no puede vencerte. No puedes hundirte, has ido demasiado lejos.

—Creo que sé lo que no seré, pero no veo en absoluto en qué voy a convertirme. Y tengo miedo.

Pasaron no muy lejos de un guardián cansado que parecía cegado y deslumbrado, como si nunca hubiera podido eludir la luz. Delante de ellos estaba un lienzo grande y violento en verdes, rojos y negros, con bloques y

círculos y exclamaciones como dagas; parecía saltar de la pared a los ojos del espectador, y al mismo tiempo extenderse interminable y adoradoramente sobre sí mismo, hasta sumirse en un caos indecible. Era agresiva y soberbiamente desagradable e ilegible y podía haber sido pintado por un tirano solitario y sediento de sangre que había engañado a sus víctimas.

—¡Qué horrible! —murmuró Cass, pero no se movió, pues con excepción del guardián, en aquel rincón estaban solos.

—Dijiste en una ocasión —recordó Eric— que deseabas desarrollarte. ¿No es eso siempre espantoso? ¿No hace siempre daño?

Era una pregunta que se hacía a sí mismo, por supuesto. Cass se volvió hacia él con una sonrisita de agradecimiento y luego miró otra vez el cuadro.

—Comienzo a creer —dijo— que desarrollarse significa aprender cada vez más acerca de la angustia. Ese veneno se convierte en tu dieta, bebes un poco de él cada día. Una vez que lo has visto, no puedes dejar de verlo, eso es lo malo. Y puede, puede —se pasó la mano por la frente— volverte loco. —Se alejó un poco y volvió a su rincón—. Comienzas a darte cuenta de que tú mismo, inocente y honrado, has contribuido y sigues contribuyendo a la desdicha del mundo. Que nunca terminará porque somos lo que somos.

Eric observaba su rostro, en el que moría la juventud ante sus ojos; al menos su lozanía se marchitaba. Sin embargo, su rostro no parecía precisamente marchito, ni en realidad viejo. Parecía sin rasgos, había en él algo invenciblemente impersonal.

—Contemplaba a Ricardo esta mañana —continuó— y pensaba, como había pensado anteriormente, cuánta responsabilidad debo atribuirme por lo que es, por lo que ha llegado a ser. —Se llevó la punta del dedo a los labios durante un momento y cerró los ojos—. Yo le censuro, después de todo, por ser de segunda categoría, por no tener una verdadera pasión, una verdadera osadía, verdaderas ideas propias. Pero nunca las ha tenido y no ha cambiado. Yo me complacía en darle *mis* opiniones; cuando estaba con él yo poseía la osadía y la pasión. Y él las tomaba, por supuesto, ¿cómo podía decir que no eran tuyas? Y yo era feliz porque había conseguido, en mi opinión, hacer de él lo que yo deseaba que fuera. Y desde luego él no puede comprender que es precisamente ese triunfo lo que se hace ahora intolerable. Me he hecho a mí misma menos de lo que habría podido ser al conducirlo a un agua que no sabe cómo beber. No es para él. Pero ya es demasiado tarde. —Sonrió—. Él no tiene ninguna verdadera obra que hacer, eso es lo malo, eso es lo malo de toda esta época y este lugar execrables. Y estoy atrapada. No sirve de nada

censurar a la gente o a la época, pues uno mismo es toda esa gente. Nosotros somos la época.

—¿Crees que no hay esperanza alguna para nosotros?

—¿Esperanza? —La palabra pareció rebotar de pared en pared—. ¿Esperanza? No, no creo que haya esperanza alguna. Éstamos aquí demasiado vacíos. —Miró a la multitud dominical—. Demasiado vacíos. Éste no es un país, sino una colección de jugadores de fútbol y de explotadores. De cobardes. Creemos que somos felices y no lo somos. Estamos condenados. —Miró su reloj—. Tengo que volver. —Miró a Eric—. Sólo deseaba verte un momento.

—¿Qué vas a hacer?

—No lo sé todavía. Te lo comunicaré cuando lo sepa. Ricardo se ha ido y quizás no vuelva en un par de días. Dice que quiere reflexionar. —Suspiró—. No sé —añadió cuidadosamente, mirando al cuadro—. Me imagino que, por el bien de los niños, decidirá que sobrevivamos a esto y sigamos juntos. No sé si deseo o no eso, no sé si podré soportarlo. Pero no solicitaré el divorcio, no tiene valor para nombrarte como cómplice. —Ambos, con asombro mutuo, rieron. Ella volvió a mirarle—. Pero no puedo volver a ti.

Hubo un silencio, que rompió Eric:

—No, no puedes volver a mí.

—Esto es en realidad, aunque volveré a verte, un adiós.

—Sí. Tenía que llegar.

—Lo sé. Habría deseado que no llegara como ha llegado, pero... —sonrió— de todos modos, tú has hecho algo muy valioso para mí, Eric. Espero que me creas, espero que nunca olvides... lo que he dicho. Yo nunca te olvidaré.

—No —dijo Eric.

Y de pronto tocó el brazo de Cass. Sentía que se caía, que caía fuera del mundo. Cass lo lanzaba al caos. Se asió a ella por última vez. Cass le miró a la cara y dijo:

—No te asustes, Eric. Me hará bien no sentirme asustada si tú no lo estás. Hazlo por mí. —Le tocó la cara y los labios—. Sé un hombre. Eso se puede soportar, todo se puede soportar.

—Sí. —Pero él seguía mirándola—. ¡Oh, Cass, si pudiera hacer algo más!

—No puedes hacer más de lo que has hecho. Has sido mi amante y ahora eres mi amigo. —Tomó la mano de él entre las suyas y la miró—. Eras tú mismo lo que me has dado durante breve tiempo, eres realmente tú.

Se alejaron del cuadro resonante, volvieron a la multitud y descendieron las escaleras lentamente. Cass se puso la capucha; él no se había quitado el

sombrero.

—¿Cuándo te veré? —preguntó—. ¿Me llamarás?

—Te llamaré, mañana o pasado mañana.

Se dirigieron a las puertas y se detuvieron. Seguía lloviendo.

Se quedaron contemplando la lluvia. Nadie entraba ni salía. Luego un taxi se acercó a la acera y se paró. Dos mujeres que llevaban capuchas de plástico buscaron a tientas sus paraguas y bolsos, preparándose para salir del taxi.

Sin decir una palabra, Eric y Cass corrieron a la acera bajo la lluvia. Las mujeres se apresuraron a entrar en el museo. Eric abrió la portezuela del taxi.

—Adiós, Eric.

Cass se inclinó hacia adelante y le besó. Él la retuvo. El rostro de ella estaba húmedo, pero Eric no sabía si por la lluvia o por las lágrimas. Ella se separó y entró en el taxi.

—Estaré esperando tu llamada —dijo Eric.

—Sí, te llamaré. Que te vaya bien.

—Que Dios te bendiga, Cass. Hasta la vista.

—Hasta la vista.

Eric cerró la portezuela y el taxi se alejó por la calle larga, vacía y brillante.

Comenzaba a oscurecer. Pronto se encenderían las luces de la ciudad; no pasaría mucho tiempo antes de que esas luces anunciaran su nombre. Un viento errante, un viento frío, rizaba el agua de la calzada a los pies de Eric. Luego todo quedó inmóvil, con una desolación que era casi reconfortante.

Ida oyó los pasos de Vivaldo y corrió a abrir la puerta cuando él comenzaba a probar la llave. Echó hacia atrás la cabeza y rió.

—Parece que acabes de escapar de un linchamiento, querido. ¿Dónde has conseguido ese impermeable? —Le miró de arriba abajo y volvió a reír—. Entra, pobrecita rata ahogada, antes de que llegue la autoridad.

Cerró la puerta y él se quitó el impermeable de Eric, lo colgó en el cuarto de baño y se secó el cabello goteante.

—¿Hay algo de comer en esta casa?

—Sí. ¿Tienes hambre?

—Me muero de inanición. —Salió del cuarto de baño—. ¿Qué ha dicho Ricardo?

Ida estaba en la cocina, dándole la espalda, y buscaba en la alacena de debajo de la pica, donde guardaba las ollas y cacerolas. Se incorporó con una

sartén y lanzó una rápida mirada a Vivaldo, lo que dio a éste la sensación de que Ricardo había conseguido asustarla por alguna razón.

—Nada muy agradable. Pero eso no tiene importancia ahora. —Puso la sartén al fuego y abrió la puerta de la nevera—. Creo que tú y Cass erais todo su mundo. Y los dos le habéis tratado tan mal que no sabe dónde está. —Sacó tomates y lechuga y un paquete de costillas de cerdo de la nevera y los puso en la mesa—. Trató de enojarme, pero yo me sentía terriblemente triste. Le habían herido tanto... —Hizo una pausa—. ¡Los hombres quedan tan desamparados cuando les hacen daño!

Vivaldo se acercó a Ida por la espalda y la besó.

—¿De veras?

Ella le devolvió el beso y dijo gravemente:

—Sí. Vosotros no creéis que eso suceda. Creéis que tiene que haber sido algún error.

—¡Qué sabia eres!

—No soy sabia. No soy más que una muchacha negra pobre e ignorante que trata de ir pasando.

Vivaldo rió:

—Si no eres más que una muchacha negra pobre e ignorante que trata de ir pasando, estoy seguro de que aborrecerías enredarte con quien no sabe hacerlo.

—Pero tú no te enterarías. Crees que las mujeres dicen la verdad. No la dicen, no pueden decirla.

Se apartó de él, para ocuparse con otra cacerola, el agua y la llama. Y miró burlescamente a Vivaldo, diciéndole:

—Los hombres no las *amarían* si la dijeren.

—Es que no te gustan los hombres.

—No puedo decir que haya conocido a muchos. No a los que llamo hombres.

—Espero ser uno de ellos.

—¡Oh, hay esperanza para ti! —replicó Ida humorísticamente—. Todavía podrías llegar a serlo.

—Eso es, probablemente, la cosa más agradable que me has dicho hasta ahora.

Ida rió, pero en el sonido de su risa había algo de tristeza y soledad. Había algo de tristeza y soledad en todo su aspecto, lo que inquietaba vagamente a Vivaldo. Comenzó a observarla más atentamente, sin darse cuenta de que lo hacía.

—¡Pobre Vivaldo! —exclamó ella—. Te he hecho pasar malos ratos, ¿verdad, querido?

—No me quejo —contestó él, con cuidado.

—No —dijo Ida, a medias para sí misma, mientras pasaba los dedos pensativamente por un tazón de arroz— No lo digo tanto por ti. Lo digo simplemente, pero estoy segura de que puedes soportarlo.

—¿Crees, acaso, que soporto demasiado?

Ida frunció el ceño y arrojó el arroz en el agua hirviente.

—Quizás. ¡Qué diablos!, yo no creo que las mujeres sepan lo que quieren, ninguna de ellas. Mira a Cass... —Y preguntó de pronto: —¿Quieres beber algo antes de comer?

—Por supuesto. —Vivaldo tomó la botella y los vasos y sacó el hielo—. ¿Qué quieres decir con eso de que las mujeres no saben lo que quieren? ¿No sabes tú lo que quieres?

Ida había bajado de la alacena una fuente para la ensalada y partía tomates en ella; parecía que no se atrevía a quedarse quieta.

—Creía que lo sabía —contestó—. Estaba segura de ello en otro tiempo. Ahora no estoy tan segura. Y no lo he descubierto... hasta anoche.

Miró a Vivaldo humorísticamente, se encogió un poco de hombros y cortó furiosamente otro tomate. Él le puso la bebida al lado.

—¿Qué sucedió para perturbarte así?

Ida rió y él volvió a oír en su risa la misma tristeza llamativa.

—¡La vida contigo! ¿Lo creerías? ¡Haberme enamorado de esa jerga!

Vivaldo arrastró su taburete de trabajo desde la otra habitación y se quedó balanceándose en él, un poco por encima de ella, observándola.

—¿De qué jerga hablas, querida?

—De esa jerga del amor, querido. ¡Amor, amor, amor!

A Vivaldo le dio un salto el corazón; se observaron el uno al otro y ella esbozó una sonrisa triste.

—¿Tratas de decirme, sin que yo te lo haya preguntado, que me quieres?

—¿Qué te quiero? Supongo que sí.

Dejó caer el cuchillo y se quedó completamente inmóvil, mirando hacia abajo y tamborileando en la mesa con los dedos de una mano. Luego entrelazó las manos, con los dedos de una de ellas jugando con el anillo en forma de culebra con ojos de rubí, sacándoselo a medias y volviendo a introducirlo en el dedo.

—¡Pero..., eso es maravilloso! —exclamó Vivaldo. Tomó la mano de Ida, que quedó húmeda e inanimada en la suya, y una especie de viento de terror

lo sacudió durante un instante—. ¿No lo es? Me hace muy feliz, *tú* me haces muy feliz.

Ida tomó a su vez la mano de él y apoyó la mejilla en ella.

—¿De veras, Vivaldo?

Se levantó y fue al fregadero para lavar la lechuga. Vivaldo la siguió, se puso a su lado y le observó el rostro hermético y desviado.

—¿Qué pasa, Ida? —preguntó, y le puso una mano en la cintura. Ella se estremeció, como si reaccionara, y Vivaldo dejó caer la mano—. Dímelo, por favor.

—No es nada. Ya te he dicho que estaba de mal humor. Se trata, probablemente, del mes.

—Vamos, querida, no eludas así el asunto.

Ida deshojaba la lechuga, la lavaba y la ponía en un lienzo. Siguió haciendo eso en silencio hasta que arrancó la última hoja. Trataba de eludir los ojos de Vivaldo, que nunca la había visto tan perpleja. Volvió a asustarse.

—¿Qué pasa?

—Déjame en paz, Vivaldo. Hablaremos de eso más tarde.

—No hablaremos de eso más tarde. Hablaremos ahora.

El arroz comenzó a hervir e Ida se apartó de Vivaldo para bajar la llama.

—Mi madre me dice siempre, querido, que no se puede cocinar y hablar al mismo tiempo.

—¡Pues bien, deja de cocinar!

Ida le lanzó la mirada coqueta, amplia y divertida que él conocía desde hacía tanto tiempo, pero había en ella algo desesperado. ¿Había habido siempre desesperación en su mirada?

—¡Pero has dicho que tenías hambre!

—Deja eso. No tiene gracia. —La llevó a la mesa—. Quiero saber qué sucede. ¿Es algo que haya dicho Ricardo?

—No trato de ser graciosa. Desearía alimentarte. —Y con un súbito estallido de ira, añadió: —No tiene nada que ver con Ricardo. ¿Qué puede decir Ricardo, después de todo?

Vivaldo tenía la extraña idea de que Ricardo había dicho algo acerca de él y Eric, y estuvo a punto de negarlo. Renunció a ello con la esperanza de que Ida no se hubiera dado cuenta de su pánico. Pero su pánico aumentó, y dijo, muy suavemente:

—Bueno, entonces, ¿de qué se trata, Ida?

Ella respondió, cansada:

—¡Oh, de muchas cosas! Sucede desde hace demasiado tiempo. Nunca puedo hacértelo comprender, nunca.

—Ponme a prueba. Dices que me quieres. ¿Por qué no puedes confiar en mí?

—¡Oh, tú crees que la vida es muy sencilla! —Miró a Vivaldo y rió, y su risa era insoportable. Él deseaba pegarle, no por ira, sino para hacer que cesara su risa, pero se obligó a quedarse quieto—. Sé que eres más viejo que yo, pero me pareces siempre mucho más joven. Te considero siempre como un muchacho muy bueno que no sabe cómo son las cosas, que quizás no lo averigüe nunca. Y no quiero ser yo quien te lo enseñe.

Dijo lo último en tono venenoso, mirándose las manos.

—Muy bien. Adelante.

—¿Adelante? ¿Quieres que continúe? —y le miró de una manera extraña.

—Por favor, no me atormentes, Ida. Continúa.

—¿Te estoy atormentando?

—¿Quieres que lo ponga por escrito?

El rostro de Ida cambió. Se levantó de la mesa y volvió al fogón.

—Estoy segura de que tiene que parecerte así —dijo, muy humildemente. Fue al fregadero y se apoyó en él, observándole—. Pero yo no trataba de atormentarte, nunca lo he hecho. Creo que ni siquiera lo he pensado. En realidad, sé que no lo he hecho, pues nunca he tenido tiempo. Últimamente me he dado cuenta de que he mordido más de lo que puedo masticar, seguramente más de lo que puedo tragar. —Vivaldo respingó y ella preguntó de pronto: —¿Estás seguro de que eres un hombre, Vivaldo?

—He procurado asegurarme de ello.

—Demasiado.

Ida fue al fogón y prendió fuego debajo de la sartén. Se acercó a la mesa y desenvolvió la carne. Comenzó a espolvorearla con sal, pimienta y pimentón y la mechó con ajo cerca del hueso. Tomó un trago de su bebida, que no tenía sabor alguno, y vertió más *whisky* en el vaso de Vivaldo.

—Cuando murió Rufo me sucedió algo —dijo. Ahora parecía muy tranquila y cansada, como si hablara de alguna otra persona y también como si ella misma, con un débil asombro, lo oyera por primera vez. Pero era todavía más asombroso que Vivaldo comenzara a escuchar un relato que ya conocía pero que no se atrevía a creer—. No puedo explicarlo. Rufo había sido siempre el mundo para mí. Yo le quería.

—Yo también —dijo Vivaldo, demasiado rápida e impertinentemente; y por primera vez se le ocurrió que probablemente mentía; nunca había querido

a Rufo, sólo le temía y envidiaba.

—No necesito tus credenciales, Vivaldo.

Ida observaba la sartén críticamente, esperando a que se calentara lo suficiente, y luego vertió en ella un poco de aceite.

—De todos modos —añadió—, lo que importa en este momento es que yo le quería. Era mi hermano mayor, pero tan pronto como supe algo, supe que era más fuerte que él. Era amable, realmente amable, sea lo que fuere lo que algunos de vosotros hayáis podido pensar de él posteriormente. Ninguno de vosotros, de todos modos, sabía nada acerca de él. Tú no lo sabías.

—Dices eso con frecuencia. ¿Por qué?

—¿Cómo podías... cómo puedes... soñar como sueñas? Creéis que sois libres. Eso significa que creéis tener algo que otras personas desean... o necesitan. —Sonrió torcidamente y miró a Vivaldo—. Y lo tenéis, en cierto modo, pero no es lo que creéis que es. Y lo descubríis, además, tan pronto como alguna de esas otras personas comienza a obtener lo que habéis conseguido. —Sacudió la cabeza—. Lo siento por ellos. Lo siento por ti. E incluso lo siento por mí misma, pues Dios sabe que he deseado con frecuencia que me hubieses dejado donde estaba.

—¿En la selva?

—Sí, en la selva, negra y húmeda... y siendo yo misma.

La pequeña ira de Vivaldo se apagó tan rápidamente como se había encendido.

—Bueno —dijo, tranquilamente—, a veces yo también siento nostalgia, Ida. —Contempló su rostro negro y triste, y por primera vez tuvo un indicio del aspecto que tendría cuando fuera más vieja—. Lo que nunca he comprendido es que me acuses siempre de hacer alharaca acerca de tu color, o de castigarte por eso. Pero tú haces eso. Haces constantemente que me sienta blanco. ¿No crees que eso me hiera? Me cierras la puerta. Y lo único que deseo es que seas una parte de mí y ser yo una parte de ti. Me importaría un comino que estuvieses rayada como una cebra.

Ida rió.

—Sí, te importaría realmente. Pero dices cosas muy hermosas. Si te cierro la puerta, como tú dices, es sobre todo para protegerte.

—¿Para protegerme de qué? No quiero que me protejan. Además...

—¿Además?

—No te creo. No creo que sea por eso. Tú quieres protegerte a ti misma. Quieres odiarme porque soy blanco, porque para ti es más fácil eso.

—No te odio.

—Entonces, ¿por qué traes siempre a colación eso? ¿Qué tiene que ver?

Ida revolvió el arroz, que estaba ya casi listo, buscó un colador y lo dejó en la pica. Luego se volvió de cara a Vivaldo.

—Todo esto ha comenzado porque he dicho que la gente...

—Óyete. ¡*La gente!*

—... no sabía nada acerca de Rufo.

—Porque somos blancos.

—No. Porque él era negro.

—¡Oh, termina con eso! Y, de todos modos, ¿por qué hemos de terminar siempre hablando de Rufo?

—Yo había comenzado a decirte algo —dijo Ida, tranquilamente, y le miró.

Vivaldo bebió más *whisky* y encendió un cigarrillo.

—Es cierto. Continúa, por favor.

—*Porque soy negra* —e Ida se sentó a la mesa cerca de él— sé respecto a lo que le sucedió a mi hermano más de lo que puedes saber tú. Observé cómo sucedía... desde el comienzo. Yo estaba allí. Él no debía haber terminado como terminó. Por eso ha sido tan difícil para mí aceptarlo. Era un muchacho muy hermoso. La mayoría de las personas no son hermosas. Me di cuenta de ello inmediatamente. Yo los observaba y sabía. Pero él no, porque era mucho mejor que yo. —Se interrumpió, y el silencio gruñó con el ruido de la sartén y el sonido constante de la lluvia—. Él quería a nuestro padre, por ejemplo. Le quería realmente. Yo no. Era un hombre gritón, decrepito, y le gustaba emborracharse y haraganear en las peluquerías... Bueno, quizás no le gustaba eso, pero era lo único que podía hacer, excepto trabajar como un perro por nada... y tocar la guitarra en los fines de semana para su único hijo. —Volvió a interrumpirse y sonrió—. De todos modos había algo muy agradable en esos fines de semana. Todavía veo a papá, con el vientre prominente, rasgueando la guitarra y tratando de enseñar a Rufo alguna canción, y a Rufo sonriéndole y burlándose de él un poco, pero muy amablemente, y cantando con él. Apostaría a que mi padre nunca fue más feliz, en toda su vida, que cuando cantaba para Rufo. Ahora no tiene a nadie para quien cantar. Estaba muy orgulloso de él y le compró a Rufo su primera batería.

Ida no le cerraba la puerta en aquel momento; Vivaldo tenía la sensación de que se la abría más bien. Escuchaba viendo, o tratando de ver, lo que ella veía, y sintiendo algo de lo que ella sentía. Pero se preguntaba, de todos modos, cuánto había dejado filtrar su memoria. Se preguntaba qué aspecto

tenía Rufo en esa época, con toda su brillante impetuosidad y todas sus esperanzas intactas.

Ida guardó silencio durante un momento, inclinada hacia adelante y mirando al suelo, con los codos en las rodillas y los dedos jugando incesantemente con el anillo.

—Cuando Rufo murió —continuó— toda la luz desapareció de esa casa, toda. Por eso no podía quedarme allí, sabía que no podía quedarme; había envejecido como ellos de pronto y terminaría como todas las otras muchachas abandonadas que no pueden encontrar a alguien que las proteja. Siempre había sabido que no podía terminar así, lo había sabido siempre. Contaba con Rufo para que me sacara de allí, pues sabía que estaba dispuesto a hacer cualquier cosa por mí, como estaba yo a hacerlo por él. No se me ocurría que eso no sucedería. *Sabía* que sucedería.

Se levantó y volvió al fogón, sacó el arroz del fuego, lo puso en el colador y vertió agua sobre él; luego puso agua en la cacerola y la volvió a colocar en el fuego, poniendo el colador sobre ella y cubriendo el arroz con un lienzo. Dio vuelta a las costillas y se sentó.

—Cuando vimos el cuerpo de Rufo... no puedo decírtelo. Mi padre se quedó mirándolo fijamente, se quedó mirándolo y no dejaba de mirarlo. No parecía Rufo... era terrible... a causa del agua y porque había golpeado con algo al caer, o en el agua, pues estaba tan quebrado, e hinchado... y feo. ¡Mi hermano! Y mi padre lo miraba y dijo: «No le dejan a un hombre mucho, ¿verdad?». A su propio padre lo mató con un martillo un guardia ferroviario. Y llevaron a su padre a casa así. Mi madre estaba asustada y quería que mi padre rezara. Y él dijo, gritó con toda la fuerza de sus pulmones: «¿Rezar? ¿Rezar a quién? ¡Te aseguro que si alguna vez me acerco en alguna parte a ese diablo blanco al que llamáis Dios, arrancaré a mi hijo y a mi padre de su piel blanca! No me vuelvas a decir la palabra rezar, mujer, si quieres seguir viviendo». Luego comenzó a llorar. Nunca lo olvidaré. Quizás no le quería antes, pero le quise entonces. Ésa fue la última vez que gritó; no ha levantado la voz desde entonces. Se pasa todo el tiempo sentado y ni siquiera bebe ya. A veces sale y va a oír a esos tipos que pronuncian discursos en la Calle 125 y la Séptima Avenida. Dice que quiere vivir lo bastante... lo bastante...

Vivaldo dijo, para romper el silencio que de pronto rugió alrededor de ellos:

—Para vengarse.

—Sí, y yo siento lo mismo. —Fue otra vez al fogón—. Tengo la sensación de que me han robado. Me *han* robado la única esperanza que tenía.

Y lo ha hecho un grupo de personas demasiado cobardes incluso para saber lo que han hecho. Y no creo que merezcan algo mejor que lo que me han dado. No me importa lo que les pase a ellos, ni que sufran. Pero no iba a permitir que lo que le sucedió a Rufo, y lo que sucedía a mi alrededor, me sucediera a mí. Estaba dispuesta a lanzarme al mundo para conseguir de él lo que necesitaba, comoquiera que fuese.

Vivaldo pensó: «¡Oh, ahora viene!», y sintió un alivio extraño y amargo. Terminó su bebida, encendió otro cigarrillo y se quedó observando a Ida. Ella le miró, como para asegurarse de que él escuchaba.

—Nada de lo que has dicho hasta ahora —observó, con cuidado— tiene mucho que ver con ser negro, fuera del significado que tú le das. Pero nadie puede ayudarte en eso.

Ida suspiró vivamente, con una especie de ira.

—Quizás; pero es demasiado cómodo para ti decirlo.

—Ida, mucho de lo que has dicho desde que nos conocemos ha sido... demasiado cómodo. ¿No es así? Querida, el sufrimiento no tiene color. ¿Lo tiene? ¿No podemos salir de esta pesadilla? Daría todo, daría cualquier cosa porque pudiéramos hacerlo. —Se acercó a ella y la tomó en sus brazos—. Por favor, Ida, todo lo que haya que hacer para liberarnos, hagámoslo.

Ida tenía los ojos llenos de lágrimas y bajó la vista.

—Déjame terminar mi relato.

—Nada de lo que digas tendrá importancia.

—No lo sabes. ¿Tienes miedo?

Vivaldo retrocedió, y contestó:

—No... Es decir, sí, sí. No puedo seguir soportando tu venganza.

—Yo tampoco. Déjame terminar.

—Apártate de ese fogón. No puedo comer ahora.

—Todo se echará a perder.

—Que se pierda. Ven y siéntate.

Vivaldo deseaba encontrarse mejor preparado para aquel momento, no haber estado con Eric, que su hambre desapareciese, que su temor disminuyera, y que el amor les prestara una percepción y una concentración superiores. Pero sabía que estaba físicamente débil y cansado, no borracho, pero tampoco sobrio; parte de su mente perturbada se encontraba muy lejos, engullendo los enigmas de sí mismo.

Ida apagó el fuego bajo la sartén y fue a sentarse a la mesa. Vivaldo le empujó la bebida, pero ella no la tocó.

—Yo sabía que no había esperanza alguna en Harlem. Muchos de aquellos hombres cuentan con sus pequeños negocios, pero en realidad no tienen nada. El señor Charlie no les va a dejar que vayan muy lejos. Los que en realidad tienen algo nunca tendrán nada útil para mí. Soy demasiado negra para ellos, ven muchachas como yo en la Séptima Avenida todos los días. Yo sabía lo que me harían.

Vivaldo se dio cuenta de que no quería seguir escuchando el resto del relato de Ida. Pensaba en sí mismo en la Séptima Avenida; quizás nunca la había dejado. Y pensaba en el día que tenía detrás, en Eric, Cass y Ricardo, y se sentía absorbido por la corriente de una frustración misteriosa.

—Yo sólo podía hacer una cosa —continuó Ida—, como solía decir Rufo, y era tomar el tren A. Y eso fue lo que hice. Nada estaba claro en mi mente al principio. Veía que los hombres blancos me miraban como perros y pensaba en lo que yo les podía hacer a ellos. ¡Cómo los odiaba por la manera como miraban y las cosas que decían, todos ellos vestidos con su maldita piel blanca y sus ropas del mismo color, y sus miembrecitos débiles y blancos saltando en sus calzones! Una podía hacer cualquier cosa con ellos si los conducía, porque deseaban hacer algo sucio y sabían que una sabía hacerlo. Todos los negros lo sabían, sólo que los bien educados no lo llamaban indecente, sino real. Yo solía preguntarme qué hacían en la cama, los blancos quiero decir, entre ellos, para estar tan viciados. Porque están viciados, te digo algo que sé. Yo tenía un par de amigas y solíamos salir de vez en cuando con algunos de esos viciosos. Pero eran astutos, sabían que eran blancos y que podían volver siempre a su casa, y una no podía hacer nada al respecto. Yo me decía: «¡Qué porquería! Esta escena no es para mí». Porque yo no quería su pequeña variedad, no quería estar a merced de ellos. Quería que ellos estuvieran a mi merced.

Bebió, y prosiguió:

—Bueno, tú me llamabas constantemente en esa época, pero yo no pensaba en ti mucho, al menos no en serio. Me gustabas, pero no me proponía echar el guante a un muchacho blanco que no tenía dinero; en realidad no me proponía echar el guante a nadie. Pero me gustabas, y las pocas veces que te veía era una especie de... alivio de todas aquellas otras personas horribles. Tú eras realmente amable conmigo. No había más que mirarte a los ojos. Te comportabas como un muchacho verdaderamente agradable y, quizás sin darme cuenta, llegué a depender de eso. A veces sólo te veía durante un minuto o poco más, tomábamos una taza de café o algo parecido y me iba, pero me sentía mejor, me sentía protegida de los ojos y de las manos de los

otros. Me sentía tan disgustada la mayor parte del tiempo que pasé por aquello... Yo no quería que mi padre supiera lo que estaba haciendo y trataba de no pensar en Rufo. Fue entonces cuando decidí que debía tratar de cantar. Lo haría por Rufo y todo lo demás no importaría. Saldaría las cuentas. Pero pensaba que necesitaba a alguien que me ayudara, y fue entonces, justamente, en el momento en que yo... —Se interrumpió y contempló sus manos—. Creo que deseaba acostarme contigo; no tener un amorío contigo, sino sólo acostarme con alguien que me gustaba, con alguien que no fuese viejo, porque todos esos hombres son viejos, por muy jóvenes que sean. Yo sólo me había acostado con un muchacho que me gustaba, un muchacho de nuestro barrio, pero se volvió religioso, y el asunto terminó y él se casó. Y no había otros hombres de color, porque ya ves lo que les sucedía, los segaban como a la hierba. Y yo no veía salida alguna, excepto, finalmente, tú. Y Ellis.

Ida calló. Oían caer la lluvia. Vivaldo había terminado su bebida y tomó la de ella, que bajó la vista. Tenía la sensación de que Ida no podía levantarla y temía tocarla. Y el silencio se prolongaba. Vivaldo deseaba que terminase y lo temía; no había nada que pudiera decir.

Ida se enderezó y tomó un cigarrillo y Vivaldo se lo encendió.

—Ricardo está enterado de lo de mí y Ellis —dijo ella en tono natural—, pero no es por eso por lo que te lo digo. Te lo digo porque trato de terminar con esta cosa terrible. Si es posible. —Hizo una pausa y añadió: —Déjame tomar un sorbo de tu bebida, por favor.

—Es la tuya —contestó Vivaldo; se la dio y se sirvió otra.

Ida arrojó una nube de humo hacia el techo.

—Es curioso cómo se producen las cosas. Si no hubiera sido por ti no creo que Ellis se hubiera interesado tanto por mí. El vio, mejor que yo, que te quería realmente, y que eso significaba que podía querer a alguien, ¿y por qué no había de ser a él, que podía darme mucho más? Y yo pensaba que era una especie de perrada la que me hacía la vida al quererte a ti más de lo que le quería a él. Y, después de todo, las probabilidades de su duración eran más o menos iguales, sólo que con él, si yo jugaba bien, podía tener algo que mostrar cuando terminara todo. Y él era inteligente, decía que no quería importunarme. Desde luego me necesitaba, pero iba a ayudarme de todos modos, pues lo uno no tenía nada que ver con lo otro. Y lo hizo, era muy delicado conmigo, a su manera, hizo honor a su palabra y me trataba mejor de lo que nadie me había tratado hasta entonces. Me llevaba a comer a lugares donde nadie le conocía o no importaba que le conociesen. Muchas veces íbamos a Harlem, o si sabía que yo estaba en alguna parte, caía por allí. No

parecía que quisiera engatusarme, ni siquiera cuando hablaba de su esposa y sus hijos. Daba la impresión de que se sentía realmente solitario. Y, después de todo, yo le debía mucho, y era agradable que la trataran a una así y saber que el tipo tenía dinero suficiente para llevarte a cualquier parte, y... bueno, la cosa comenzó, supongo que yo sabía que iba a comenzar, y luego, una vez comenzada, no podía soportarla, pero no sabía cómo terminarla. Porque una cosa es que un hombre haga todas esas cosas por ti cuando no tienes una intriga amorosa con él y otra que las haga cuando has dejado de tenerla. Y yo tenía que seguir adelante, yo tenía que llegar a la cima, donde quizás podría comenzar a respirar. Pero veía que él nunca se inquietaba por ti. Me dijo que se alegraba de que estuviera contigo, se alegraba de que yo tuviera otro amigo porque eso hacía más fáciles las cosas para él. Eso significaba que yo no le haría escenas, no creería que me había enamorado de él. Eso le daba otra clase de poder sobre mí hasta cierto punto, porque sabía que yo temía que lo descubriese, y cuanto más o temía tanto más difícil era que renunciase a él. ¿Comprendes eso?

—Sí, creo que lo comprendo.

Se miraron e Ida bajó la vista.

—Pero creo que tú lo sabías desde el principio. —Como Vivaldo no contestó, insistió—. ¿Lo sabías?

—Me dijiste que no había nada de eso.

—¿Pero me creíste?

—*Tenía* que creerte.

—¿Por qué? —Vivaldo volvió a callar—. ¿Porque tenías miedo?

—Sí, tenía miedo.

—¿Era más fácil dejar que sucediera que tratar de ponerle fin? —Sí.

—¿Por qué?

Los ojos de Ida escrutaron la cara de Vivaldo, a quien le tocó desviar la mirada.

—A veces te aborrecía por eso —añadió ella—, porque simulabas creermelo a causa de que no querías saber lo que me estaba ocurriendo.

—¡Procuraba hacer lo que creía que tú deseabas! ¡Temía que me dejases, porque me habías dicho que lo harías! —Se levantó y comenzó a dar vueltas por la cocina, con las manos en los bolsillos y lágrimas en los ojos —Me atormentaba por ti, pensaba en ello, pero me esforzaba por olvidarlo. Tú habías hecho de eso una cuestión de confianza en ti, ¿lo recuerdas?

Miró a Ida con odio, colocándose sobre ella, pero Ida parecía estar fuera del alcance de su ira.

—Sí, lo recuerdo. Pero no confiabas en mí. Accedías a que yo lo hiciese y simulabas confiar en mí.

—¿Qué habrías hecho si te hubiera pedido explicaciones?

—No lo sé. Pero si tú hubieras hecho frente al asunto yo habría tenido que hacerlo también. Mientras simulabas yo tenía que simular. No te censuro, no hago más que decirte las cosas como son. Me daba cuenta de que eso podía seguir así largo tiempo. —Frunció los labios con cansancio—. En cierto modo tú estabas donde yo quería que estuvieses. Había conseguido vengarme. Sólo que no eras tú de quien me quería vengar, no eras tú a quien trataba de golpear.

—¿Era a Ellis?

Ida suspiró y se llevó una mano a la cara.

—¡Oh, no lo sé, no sé en verdad lo que pensaba! A veces dejaba a Ellis y venía y te encontraba aquí... como mi perro o mi gato, pensaba en ocasiones, esperando. Y temía que estuvieses aquí, y temía que no estuvieses, temía que me interrogases, que me preguntases dónde había estado, y temía que no lo hicieses. A veces tratabas de hacerlo pero yo podía siempre impedirlo, podía ver en tus ojos cuando estabas asustado. Aborrecía esa mirada y me odiaba y te odiaba. Podía ver cómo los hombres blancos adquieren esa mirada que tenían con tanta frecuencia cuando me miraban; alguien les había golpeado, les había asustado mucho tiempo antes. Y yo hacía eso contigo. Y se me hacía penoso cuando me tocabas, especialmente... —Se interrumpió, tomó su bebida, la probó y la dejó—. Yo no podía soportar a Ellis. No sabes lo que es tener el cuerpo de un hombre encima si una no puede soportar ese cuerpo. Y era peor desde que estaba contigo que lo que había sido anteriormente. Antes los veía retorcerse y escuchaba sus gruñidos, y se mostraban tan solemnes esos cerdos rubios sudorosos y tan inútiles como sospecho que era para ellos el triste trocito de carne que hacía milagros, y no me sentía tocada en absoluto, sólo deseaba rebajarlos todavía más. ¡Oh, sí!, lo descubrí todo acerca de los blancos, así es como son a solas, donde únicamente una muchacha negra podía verlos, pero la muchacha negra podía haber sido ciega en lo que a ellos les concernía. Porque sabían que ellos eran blancos y gobernaban el mundo. Pero ahora era diferente, y a veces, cuando Ellis me ponía las manos encima, lo único que podía hacer yo era no gritar, no vomitar. Eso se había introducido en mí, y tenía la sensación de que me llenaba de... no sé de qué, no de veneno exactamente, sino de lodo, de borra, de mugre, y nunca podré sacar eso de mí, nunca podré librarme de ese hedor. Y a veces, a veces... —Se tapó la boca y las lágrimas le cayeron en la mano

sobre el anillo rojo. Vivaldo no podía moverse—. ¡Oh, Dios mío! ¡He hecho cosas terribles. Dios mío! A veces. Y luego venía a casa para estar contigo. Él tenía siempre esa extraña sonrisita cuando yo lo dejaba, esa sonrisa que le he visto muchas veces cuando le vence en destreza alguien que no le conoce todavía. No puede evitarlo, es natural en él, es como si dijera: «Ahora que he terminado contigo, pásalo bien con Vivaldo y salúdale de mi parte». Y... es extraño, extraño... yo no podía odiarle. Me daba cuenta de lo que hacía, pero no podía odiarle. Me preguntaba qué sensación producía ser así, no tener verdaderos sentimientos, excepto para decir: «Bueno, hagamos esto y hagamos aquello y comamos y hagamos el amor y marchémonos». Y hacer eso durante toda la vida. Y luego yo venía a casa y te miraba. Pero lo traía a él conmigo. Era como si estuviera sucia y tú tuvieras que lavarme cada vez. Y yo sabía que no podías hacerlo, por muy duramente que trataras de hacerlo, y no le odiaba a él, sino que te odiaba a ti. Y me odiaba a mí misma.

—¿Por qué no terminaste con eso, Ida? Podías haber terminado con eso, no tenías por qué haber seguido así.

—¿Terminar con eso para ir adónde? ¿Terminar con eso para hacer qué? No, yo me decía: «Bueno, estás en eso, muchacha, cierra los ojos, aprieta los dientes y pasa por eso. Valdrá la pena cuando termine». Y por eso he trabajado tan duramente. Para escaparme.

—¿Y yo? ¿Y nosotros?

Ida le miró con una sonrisa amarga.

—¿Y nosotros? Yo esperaba salir, y luego veríamos. Pero anoche sucedió algo que no pude seguir soportando. Estábamos en el *Small's Paradise*...

—¿Anoche? ¿Tú y Ellis?

—Sí. Y Cass.

—¿Cass?

—Le pedí que me acompañara y tomara un trago conmigo.

—¿Salisteis juntas?

—No.

—Por eso fue por lo que anoche volvió tarde a casa. —Miró a Ida—. Y yo hice bien en no venir entonces, ¿verdad?

—¿Qué habrías hecho si hubieras venido? —gritó Ida—. Te habrías sentado a la máquina de escribir durante un rato, habrías tocado un poco de música y luego habrías salido para emborracharte. Y cuando yo habría vuelto a casa, cualquiera que hubiese sido la hora, habrías creído cualquier mentira que te hubiera dicho porque habrías temido no creerme.

—¡Qué perra eres!

—Sí —replicó Ida con una terrible sobriedad—. Lo sé. —Encendió un cigarrillo y la mano que sostenía el fósforo temblaba—. Pero trato de no serlo. No sé si hay o no para mí alguna esperanza. —Dejó caer el fósforo en la mesa—. Él me hizo cantar con la orquesta. Los músicos no querían que lo hiciera, y yo tampoco quería, pero no se atrevían a decirle que no. Y, por supuesto, yo sabía que algunos de los músicos y algunos de los presentes habían conocido a Rufo. Y si los músicos no quieren trabajar contigo, pueden hacértelo saber. Canté *Sweet Georgia Brown* y algo más. Yo quería salir de aquel tablado de la peor manera posible. Cuando terminó y la gente aplaudía, el contrabajo me dijo al oído: «Putá negra de los blancos, que no te encuentre en la Séptima Avenida, ¿me oyes? Te arrancaría ese gatito negro». Y los otros músicos lo oían y sonreían con sarcasmo. Y añadió: «Voy a hacerlo dos veces, una por los negros que has castrado cada vez que caminas, y otra por tu pobre hermano, porque yo le quería. Y él me va a dar las gracias por ello, puedes estar segura, negrita». Y me dio unas palmadas en el trasero, con fuerza, todos podían verlo, y tú sabes que los que van allí no son tontos. Y antes de que pudiera alejarme me tomó la mano, la levantó y gritó: «Ella es la *campeona*, ¿verdad, señores? Si se trata de caminar, ¡esta muchacha no ha *comenzado* a caminar!». Y me soltó la mano violentamente, como si estuviera demasiado caliente o demasiado sucia, y casi me caí del tablado. Y todos rieron y aplaudieron, porque sabían lo que él quería decir, y yo también. Volví a la mesa, y Ellis sonreía como si se tratara de una broma. Y lo era, a mi costa.

Se levantó y se sirvió otra bebida.

—Ellis me llevó al piso que tiene en el East River. Yo me preguntaba qué iba a hacer, no sabía qué hacer. Le observaba la cara en el taxi. Puso su mano en mi pierna y trató de tomarme la mano. Pero yo no podía moverme. Pensaba en lo que me había dicho aquel hombre negro y en su rostro cuando lo decía. Y pensaba en Rufo, y pensaba en ti. Era como un carrusel, todos esos rostros daban vueltas en mi mente. Y un canto resonaba en mi cabeza: «*Oh, Señor, ¿soy yo?*». Y allí estaba él, a mi lado, fumando su cigarro. Lo extraño era que yo sabía que si me ponía a llorar o a suplicar me llevaría a casa, pues no puede soportar las escenas. Pero yo no podía ni siquiera hacer eso. Y Dios sabe que deseaba venir a casa, esperando que tú no estuvieras aquí, de modo que pudiera arrastrarme bajo las sábanas y morir. Y de ese modo, cuando tú volvieras a casa podría decírtelo todo antes de que te acostaras y quizás... Pero no, íbamos a su piso y yo tenía la sensación de que lo merecía. Tenía la sensación de que no podía caer mucho más bajo y de que debía ir hasta el fin y recibir mi castigo. —Bebió unos dos dedos de *whisky* e

inmediatamente se sirvió más—. Siempre se puede caer más, siempre, siempre. —Se apartó de la mesa con el vaso y se apoyó en la nevera—. E hice todo lo que él quería, le dejé salirse con la suya. ¡No era yo, no era yo!

Hizo un gesto a la ventura con el vaso, trató de beber, lo dejó caer y de pronto se arrodilló junto a la mesa, con las manos contra el vientre, llorando.

Estúpidamente, Vivaldo recogió el vaso, por temor a que ella se cortara. Estaba arrodillada en el *whisky* derramado, que le había manchado los bordes de la falda. Vivaldo arrojó los vidrios rotos a la bolsa de papel de estraza que utilizaban para la basura. Temía acercarse a ella, temía tocarla, era casi como si ella le hubiera dicho que la había infestado la peste. La revulsión hacía que le temblaran los brazos y cada acto del cuerpo parecía inimaginablemente vil. Y no obstante, al mismo tiempo, mientras permanecía impotente y estupefacto en la cocina que de pronto se había hecho inmortal, o que, en todo caso, viviría seguramente mientras él viviera y le seguiría a todas partes, comenzó a latirle el corazón con una angustia más nueva y más dura que destruía la distancia llamada compasión y le colocaba muy cerca del cuerpo de ella, junto a aquella mesa, en el suelo sucio. La única luz amarilla caía terriblemente sobre los dos. Se acercó a ella, resignado, tierno y desamparado, pues sus sollozos parecían hacer que a él le doliera el pecho. Y, sin embargo, durante un momento, no pudo tocada, no sabía cómo hacerlo. Pensaba, involuntariamente, en todas las rameras, las rameras negras, con las que había estado, y en lo que había esperado de ellas, y era presa de una especie de náusea retrospectiva. ¿Qué verían cuando volvieran a mirarse a la cara?

—Vamos, Ida —murmuró—, levántate.

Y por fin le tocó los hombros y trató de obligarla a levantarse. Ida procuró contener su sollozos y puso las dos manos en la mesa.

—Estoy bien —murmuró—. Dame un pañuelo.

Vivaldo se arrodilló junto a ella y le puso su pañuelo, caliente y arrugado pero bastante limpio, en la mano.

—Levántate —repitió—. Ve a lavarte la cara. ¿Desearías tomar café?

Ida movió la cabeza afirmativamente y se levantó con lentitud. Vivaldo se levantó con ella. Ida mantenía la cabeza baja y fue rápidamente, tambaleándose, al cuarto de baño. Cerró la puerta. Vivaldo tenía la sensación de que había pasado por todo aquello anteriormente. Encendió una llama debajo de la cafetera, haciéndose mentalmente el propósito de forzar la puerta del cuarto de baño si ella guardaba silencio durante demasiado tiempo, si tardaba demasiado tiempo en salir. Pero oyó que corría el agua y bajo de ella el sonido de la lluvia. Comió una costilla de cerdo, vorazmente, con un

pedazo de pan, y bebió un vaso de leche, porque temblaba, y tenía que ser a causa del hambre. Sin embargo, por el momento no sentía nada. La cafetera, que comenzaba a hervir, era real, así como la llama azul debajo y las costillas en la cacerola, y la leche, que parecía agriarse en su estómago. Las tazas de café, mientras las lavaba pensativamente, eran reales, y el agua que caía en ellas sobre sus manos largas y torpes. El azúcar y la leche eran reales, y los puso en la mesa, otra realidad, y también eran reales los cigarrillos, uno de los cuales encendió. El humo le salía por las ventanas de la nariz, y un detalle que necesitaba para su novela y que buscaba desde hacía meses ocupó, clara y vividamente, como unos cerrojos, un lugar en su mente. Parecía imposible que no se le hubiera ocurrido antes, pues iluminaba, justificaba y aclaraba todo. Trabajaría en eso hasta una hora avanzada de la noche y pensó que quizás debería tomar nota inmediatamente, por lo que se dirigió a su mesa de trabajo. Sonó el teléfono. Levantó el auricular en seguida, con cautela, como si alguien estuviera enfermo o durmiendo en la casa, y preguntó en voz baja:

—¿Quién llama?

—¡Hola, Vivaldo! Soy Eric.

—¡Eric! —exclamó, muy contento, y lanzó una mirada rápida a la puerta del cuarto de baño—. ¿Cómo han ido las cosas?

—Bien. Cass es maravillosa, como sabes, pero la vida es horrenda.

—Como yo sé. ¿Se ha decidido algo?

—En realidad, no. Me ha llamado hace unos minutos. Yo no he estado en casa mucho tiempo. ¡Oh, gracias por tu nota! Cass cree que podría ir a Nueva Inglaterra con los niños para pasar allí algún tiempo. Ricardo no ha vuelto a casa todavía.

—¿Dónde está?

—Probablemente emborrachándose.

—¿Con quién?

—Quizás con Ellis.

Los dos vacilaron ante ese nombre. Vivaldo volvió a mirar a la puerta del cuarto de baño.

—¿Tú sabías eso, Eric, lo sabías esta mañana?

—¿Sabía, qué?

Vivaldo bajó más la voz e hizo un esfuerzo para decirlo:

—Lo de Ida. Sabías lo de Ida y Ellis. Cass te lo dijo.

Hubo un instante de silencio, y luego Eric confesó:

—Sí. ¿Quién te lo ha dicho?

—Ida.

—¡Oh, pobre Vivaldo!... Pero es mejor así, ¿verdad? Yo no creía que fuese yo quien debiera decírtelo... sobre todo... bueno, especialmente esta mañana —Vivaldo guardó silencio—. ¿Vivaldo?

—¿Sí?

—¿No crees que he hecho bien? ¿Estás resentido conmigo?

—No digas tonterías. ¿Cómo voy a estarlo? Es mucho mejor así.

Se aclaró la garganta, lenta, deliberadamente, pues de pronto sintió ganas de llorar.

—Vivaldo, es un momento terrible para pedírtelo, lo sé, pero... ¿crees que hay alguna probabilidad de que tú... e Ida podáis venir a mi casa mañana por la noche o la noche siguiente?

—¿Qué pasa?

—Yves estará aquí por la mañana. Sé que le gustaría conocer a mis amigos.

—¿Decía eso el cablegrama?

—Sí.

—¿Te alegras, Eric?

—Supongo que sí. Pero en este momento estoy asustado. No sé si tratar de dormir, es muy temprano pero me parece la medianoche, o si ir a un cine o qué hacer.

—Me gustaría ir a un cine contigo, pero... supongo que no puedo.

—No. ¿Cuándo me harás saber tu decisión acerca de mañana?

—Te llamaré más tarde esta noche. O por la mañana.

—Muy bien. Si me llamas por la mañana y no estoy, vuelve a llamar. Tengo que ir a Idlewild.

—¿A qué hora llega él?

—Al amanecer, prácticamente. A las siete de la mañana o una hora tan cómoda como ésa.

—¡Pobre Eric! —rió Vivaldo.

—Sí. La vida nos alcanza. Buenas noches, Vivaldo.

—Buenas noches, Eric.

Vivaldo colgó el auricular, sonriendo pensativamente, encendió la lámpara de la mesa de trabajo y garrapateó su nota. Luego fue a la cocina, apagó el gas y sirvió el café. Llamó a la puerta del cuarto de baño.

—¿Ida? Se te enfría el café.

—Gracias. Salgo ahora mismo.

Se sentó en su taburete y poco después salió ella, limpia y tranquila, con el aspecto de una niña. Vivaldo se obligó a mirarle a los ojos; no sabía qué

vería ella en los suyos, pues no sabía cuáles eran sus propios sentimientos.

—Vivaldo —dijo Ida en pie y rápidamente—, quiero que sepas que no habría vivido contigo tanto tiempo y no te habría hecho sufrir tanto si... —vaciló y se asió con ambas manos al respaldo de una silla— no te hubiese querido. Por eso tenía que decirte todo lo que te he dicho. Quiero decir... que sé que te hago sufrir. —Se sentó y bebió su café—. Tenía que decirlo mientras podía.

Ida llevaba ventaja a Vivaldo, pues éste no sabía qué decir. Se daba cuenta de eso con vergüenza y temor. Deseaba decir: «Te quiero», pero no le salían las palabras. Se preguntaba qué sabor tendrían ahora los labios de ella, cómo sería para él ahora su cuerpo y observaba su rostro tranquilo. Parecía completamente pasiva, pero esperaba, con una desesperación que se enfriaba y endurecía progresivamente, alguna palabra, algún contacto de él. Y él no podía encontrarse a sí mismo, no podía reunir o concentrar lo bastante de sí mismo para hacer señal alguna. Miraba fijamente su taza y advertía que el café negro no era negro, sino castaño oscuro. En el mundo no había muchas cosas que fueran realmente negras, ni siquiera la noche, ni siquiera las minas. Y la luz no era blanca tampoco, pues incluso la luz más pálida contenía algo de origen de fuego. Pensaba que por fin había conseguido lo que deseaba, la verdad acerca de Ida, o la verdadera Ida, y no sabía cómo iba a vivir con esa verdad.

—Gracias por haberme dicho todo lo que me has dicho —dijo—. Sé que no era fácil. —Ida calló e hizo un sonido débil y vaporoso al sorber el café, y ese sonido era extrañamente molesto—. Y perdóname si parece que no sé qué decir; estoy quizás un poco... aturdido. —Volvió a mirar a Ida y se sintió presa de una mezcolanza de ira, compasión, amor, desprecio y lujuria. También ella era una ramera y le había engañado cruelmente—. No trato de negar nada de lo que has dicho, pero, de todos modos, hay muchas cosas que no comprendo realmente. Ten paciencia conmigo; dame, por favor, un poco de tiempo.

—Vivaldo —replicó Ida, cansada—, sólo te diré una cosa. No quiero que me *comprendas*, no quiero que seas bondadoso, ¿estamos? —Le miró directamente, y se produjo una violencia entre ellos una tensión que se parecía al odio tanto como al amor. Luego se calmó y tocó la mano de Vivaldo—. Prométemelo.

—Te lo prometo. —Y añadió, con furia: —¡Pareces olvidarte de que te quiero!

Se miraron el uno al otro. De pronto Vivaldo tendió las manos y la atrajo hacia él, temblando, con las lágrimas asomándole a los ojos, quemándolo, cegándolo, y le cubrió la cara con besos, que parecían congelarse inmediatamente. Ella se agarró de él y lanzando un suspiro ocultó el rostro en su pecho. No había nada erótico en ello; eran como dos niños cansados. Y era ella quien consolaba a Vivaldo. Sus largos dedos le acariciaban la espalda, y él comenzó, lentamente, con un horrible sonido ahogado, a llorar, pues ella le despojaba de su inocencia.

Luego se quedó más tranquilo. Se levantó, fue al cuarto de baño, se lavó la cara y a continuación se sentó a su mesa de trabajo. Ella puso en el tocadiscos un disco de Mahalia Jackson, *In the Upper Room*, y se sentó junto a la ventana, con las manos en el regazo, mirando a la calle centelleante. Mucho, mucho más tarde, mientras él seguía trabajando y ella dormía, se volvió en su sueño y pronunció el nombre de Vivaldo. Él se interrumpió, esperando y mirándola, pero Ida no volvió a moverse ni a hablar. Vivaldo se levantó y fue a la ventana. La lluvia había cesado, en el cielo azul oscuro brillaban unas pocas estrellas y el viento arrastraba violentamente las nubes.



II

EL sol golpeaba en el acero, en el bronce, en la piedra, en el vidrio, en el agua verde muy abajo, en lo alto de las torres blindadas y en los centelleantes parabrisas de los coches que se arrastraban, en las carreteras increíbles que se extendían, se enmarañaban y serpenteaban kilómetro tras kilómetro; en las casas, cuadradas y altas, bajas y con tejados en caballete, y en sus ululantes antenas; en los árboles débiles y dispersos, y, a lo lejos, en las torres de la ciudad de Nueva York. El avión se ladeaba, bajaba y subía, y la tierra entera se inclinaba y ora parecía lanzarse sobre las ventanillas del avión, ora se perdía de vista. El firmamento era de un azul cálido y pálido y la luz estática investía todo con su falta de movimiento. Sólo las cosas se podían ver desde allí, la obra de las manos de la gente, pero la gente no existía. El avión fue bajando cada vez más, como si deseara descender de su alta tranquilidad; se ladeó, e Yves miró hacia abajo, con la esperanza de ver la Estatua de la Libertad, aunque le habían advertido que no podía verse desde allí; luego el avión comenzó a descender como una piedra, el agua ascendió hacia ellos, los motores rugieron y las alas temblaron, resistiéndose a aquel descenso espantoso. Después, cuando el agua estaba a sus pies, la blanca faja de la pista de aterrizaje apareció abajo. Las ruedas golpearon el suelo con un ruido sordo y breve y los alambres, las luces y las torres pasaron dando gritos. La voz de la azafata les llegó por el micrófono felicitándolos por el viaje y expresándoles la esperanza de volver a verlos pronto. La azafata era muy guapa y él la había galanteado intermitentemente durante toda la noche, complacido al descubrir cuán fácil era. Estaba embriagado y enormemente cansado y presa de una excitación que se parecía al pánico; en realidad había pasado al otro extremo de la embriaguez y el cansancio para caer en una sobriedad diamantina. Con la voz de la azafata surgieron de la tierra los

habitantes de este planeta, empujando carretillas, moviendo los brazos, cruzando caminos y desapareciendo en los edificios o brotando de ellos. La voz de la azafata pidió por favor a los pasajeros que siguieran sentados hasta que el avión se detuviese por completo. Yves tomó el paquete que contenía el coñac y los cigarrillos que había comprado en Shannon y dobló sus ejemplares de *France—Soir*, *Le Monde* y *Paris—Match*, pues sabía que a Eric le gustaría verlos. En lo alto de un edificio de colores vivos se destacaba la gente contra el cielo; miró en busca del cabello rojizo de Eric, con otra excitación, una excitación parecida al dolor. Pero la gente estaba demasiado lejos y todavía carecía de rostro. La veía moverse, pero no había movimiento alguno que le recordara a Eric. Sin embargo, sabía que Eric estaba allí, en alguna parte de aquella multitud sin rostro, esperándole, y eso le llenó, inmediatamente, de una paz y una felicidad extraordinarias.

El avión se detuvo lentamente. Cuando lo hizo, los pasajeros parecieron suspirar colectivamente y descubrieron que habían recuperado la facultad de moverse. Se quitaron los cinturones de seguridad y tomaron los paquetes, papeles y abrigos. Los rostros que llevaban cuando colgaban, a merced de misterios que no podían desentrañar, en el aire eran sustituidos ahora por los rostros que llevaban en tierra. El ama de casa que viajaba sola y que durante el viaje se había convertido en una muchacha un tanto coqueta, volvía a ser el ama de casa: su rostro respondía a sus impulsos tan abyectamente como su sombrero. El hombre de negocios que le había hablado a Yves de las aguas del lago Michigan y de la época en que había paseado y pescado allí, abandonó implacablemente ese tema y solemne y cruelmente se arregló el nudo de la corbata. Yves no llevaba corbata, sino una camisa azul de manga corta y una chaqueta deportiva liviana, y pensaba, con algún terror, que probablemente había cometido un error; después de todo no estaba todavía en los Estados Unidos y podían prohibirle la entrada. Pero nada podía hacer ya al respecto. Se arregló el cuello, se puso la chaqueta y se pasó los dedos por el cabello, que llevaba, probablemente, demasiado largo. Se maldijo y deseó pedir a uno de sus compañeros de viaje que le tranquilizara. Pero su compañero de asiento, un joven que tocaba el órgano en Montana, fruncía el ceño, respiraba con dificultad y enderezaba el cuerpo todo lo posible. Se había mostrado muy amistoso durante el viaje e incluso había pedido a Yves que le visitara si iba alguna vez a Montana, pero Yves se daba cuenta ahora de que no le había dado su dirección y de que no conocía de aquel joven más que el nombre de pila, que era Pedro. Y era demasiado evidente que ya no podía pedirle información alguna. Casi todos los pasajeros del avión sabían

—pues él se había mostrado muy animado y conversador— que era francés e iba a los Estados Unidos por primera vez; y algunos de ellos sabían también que tenía en Nueva York un amigo que era actor. Esto les había parecido a todos que estaba muy bien mientras se hallaban en el aire, pero ahora, en tierra, y a la luz, fuerte y norteamericana, de una nueva reflexión más serena, les parecía un tanto sospechoso. Yves se sentía desamparadamente francés, y nunca se había sentido francés hasta entonces. Y sentía que se apartaban de él, decente pero definitivamente, con sonrisas nerviosas y, por decirlo así, retraídas; le hacían saber con claridad que no podía recurrir a ellos, pues no sabían quién era. Se le ocurrió que, por supuesto, tenía que pasar por una prueba; todavía no había entrado en el país y quizás no pasaría la prueba. Observó cómo llenaban los pasillos y se alejaban de él, dejándolo en su conocida soledad y su menosprecio.

—Buena suerte —le dijo su compañero de asiento rápidamente, y ocupó su lugar en la fila. Probablemente habría dicho las mismas palabras, y con la misma rapidez, y en el mismo tono de voz, a un amigo a punto de ser llevado a la cárcel.

Yves suspiró y se quedó en su asiento, esperando a que el pasillo se despejase. Y pensaba, desolado: «*Le plus dur reste à faire*».

Luego se unió a la fila y avanzó lentamente hacia la puerta. La azafata se hallaba allí, sonriendo y despidiéndose. El sol brillaba en sus rostros, y en los rostros de los pasajeros que desembarcaban. A medida que se volvían y desaparecían parecían entrar en una luz nueva y curativa. Yves se puso los diarios bajo el brazo, pasó su equipaje de una mano a otra y se arregló el cinturón temblando. La azafata con la que había coqueteado estaba cerca de la puerta. «*Au revoir*» le dijo, con la sonrisa brillante, generosa y burlona característica de tantas de sus compatriotas. De pronto se dio cuenta de que nunca volvería a verla. No se le había ocurrido hasta aquel momento que probablemente había dejado a su espalda algo que algún día podía anhelar y necesitar con todo su corazón.

—*Bon courage* —dijo ella.

Yves sonrió y contestó:

—*Merci, mademoiselle. Au revoir!*

Deseaba decir: «*Vous êtes très jolie*», pero era demasiado tarde, había salido a la luz, el sol lo iluminaba y todo oscilaba en el calor. Comenzó a bajar las escaleras especiales. Cuando puso los pies en tierra, una voz dijo sobre él:

—*Bonjour, mon gar. Sois le bienvenu.*

Levantó la vista y vio a Eric apoyado en la barandilla de la terraza; sonreía y vestía una camisa blanca abierta y pantalones caqui. Parecía muy a sus anchas, más delgado que en otro tiempo, con el cabello corto llameando en su cabeza. Yves le miró alegremente y le saludó con la mano, incapaz de pronunciar la palabra Eric. Y todo su temor le abandonó, pues ahora estaba seguro de que todo saldría bien. Silbaba por lo bajo mientras seguía la línea que le separaba de los norteamericanos hasta la aduana. Pero pasó el trámite sin dificultad alguna y en muy poco tiempo; pusieron el sello a su pasaporte y se lo devolvieron con una sonrisa y un pequeño chiste, cuyo significado, aunque no su buena intención, se le escapó. Luego se encontró en una sala más grande, esperando su equipaje, con Eric sobre él, sonriéndole a través de un vidrio. Después le devolvieron también su equipaje y cruzó la barrera, más animoso que cuando era niño, y entró en aquella ciudad de la que los habitantes del cielo habían hecho su hogar.



JAMES BALDWIN: Escritor estadounidense, James Baldwin nació el 2 de Agosto de 1924 en Harlem, Nueva York.

Conocido por su obra dedicada a explorar y denunciar los problemas discriminatorios por raza y sexualidad en Estados Unidos, algo que vivió en primera persona debido a su condición de negro y homosexual.

De familia humilde, Baldwin comenzó su carrera literaria con la publicación de *Ve y dilo en la montaña* (1953), obra de marcado carácter autobiográfico. Los temas elegidos por Baldwin, así como su combativa postura pública acerca de su condición sexual, motivaron su marcha de los Estados Unidos para establecerse en París en 1948 y, a partir de 1960, pasar varios años entre Turquía, la capital de Francia y cortas estancias en América.

Hizo sus estudios en la Clinton High School y ejerció durante algunos años como predicador en la iglesia de la Fireside Pentecostal Assembly. Al dejar esa carrera, se consagró a la literatura, publicando en 1948 su primer libro: *El ghetto de Harlem*. Baldwin incide sobre todo en el desajuste y la rebeldía del hombre negro enfrentado a la sociedad norteamericana. Entre sus obras, que abarcan el teatro, la crítica literaria y la novela, destacan *El cuarto de Giovanni*, *Blues de la calle Beale*, *Otro país* y *Sobre mi cabeza*.

James Baldwin murió el 30 de Noviembre de 1987, en Saint-Paul-de-Vence.

Notas

[1] —Y.M.C.A. Siglas de Young Men's Christian Association (Asociación Cristiana de Jóvenes). Albergues estudiantiles. (N. del E.). <<